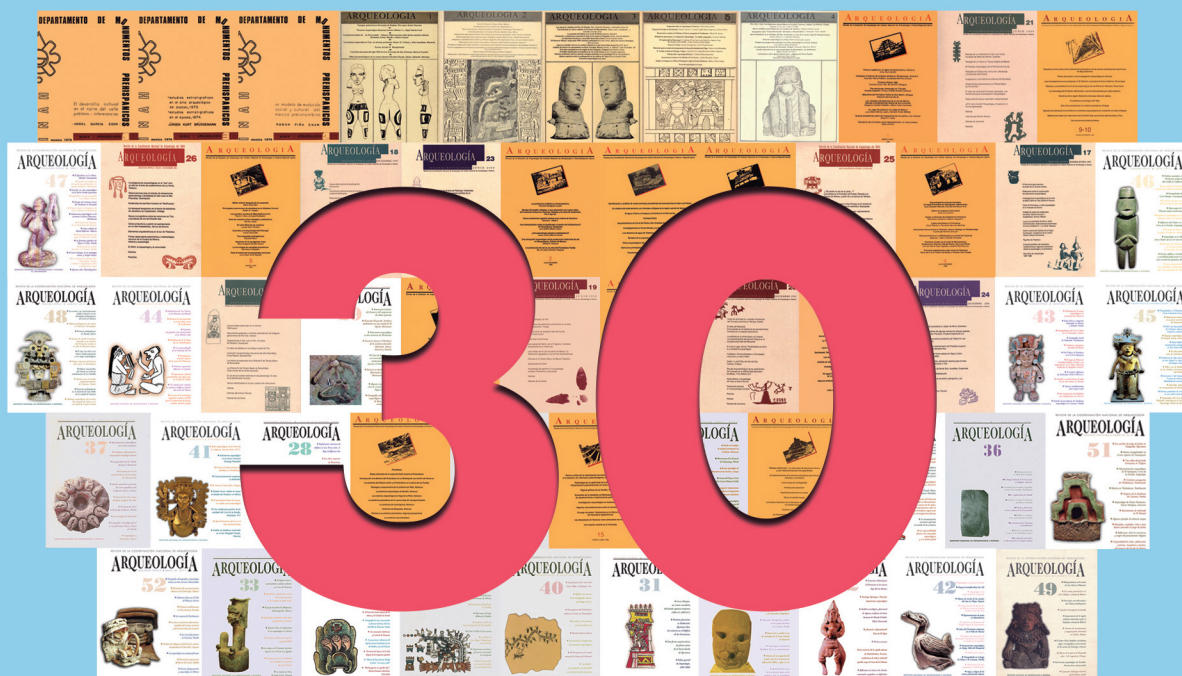


Edición de aniversario



años

-
- El desarrollo cultural en el norte del valle poblano • Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino • Estudios estratigráficos en Acozac
 - Proyecto arqueológico Huasteca • Lapidaria en el estado de Guerrero
 - Oscilación de la frontera norte mesoamericana • Arqueología de la presa de Chicoasén, Chiapas • Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico
 - El desarrollo prehispánico de la bahía de Chetumal
 - Algo sobre los papeles viejos de Palenque

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INAH

Secretaría de Cultura

María Cristina García Cepeda • Secretaria

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Diego Prieto Hernández • Director General

Aída Castilleja González • Secretaria Técnica

Maribel Núñez-Mora Fernández • Secretaria Administrativa

Pedro Francisco Sánchez Nava • Coordinador Nacional de Arqueología

Adriana Konzevik Cabib • Coordinadora Nacional de Difusión

Alejandra García Hernández • Encargada del despacho de la Dirección de Publicaciones

Benigno Casas • Subdirector de Publicaciones Periódicas

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología
ARQUEOLOGÍA
Segunda época

Laura A. Castañeda Cerecero • Editora

Comité editorial

- Margarita Carballal • Robert H. Cobean • Annick Daneels
- Dan M. Healan • L. Alberto López Wario • Rubén Maldonado
- Dominique Michelet • Carlos Navarrete • Jeffrey R. Parsons
- Otto Schöndube • Barbara L. Stark • Elisa Villalpando

Benigno Casas • Producción editorial

César Molar • Cuidado de la edición

Álvaro Laurel Valencia • Diseño y formación

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología. Arqueología, segunda época núm 55, agosto de 2018, es una publicación cuatrimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de Derechos al uso exclusivo: 04-2012-081510552300-102; ISSN: 0187-6074, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título y contenido: 16119, otorgada por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Hamburgo 135, Mezzanine, col. Juárez, C. P. 06600, deleg. Cuauhtémoc, Ciudad de México. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, col. Culhuacán, C.P. 09840, deleg. Iztapalapa, Ciudad de México. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH: Hamburgo 135, Mezzanine, col. Juárez, C. P. 06600, deleg. Cuauhtémoc, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir el 29 de octubre de 2018, con un tiraje de 1000 ejemplares.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INAH

Secretaría de Cultura

María Cristina García Cepeda • Secretaria

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Diego Prieto Hernández • Director General

Aída Castilleja González • Secretaria Técnica

Maribel Núñez-Mora Fernández • Secretaria Administrativa

Pedro Francisco Sánchez Nava • Coordinador Nacional de Arqueología

Adriana Konzevik Cabib • Coordinadora Nacional de Difusión

Alejandra García Hernández • Encargada del despacho de la Dirección de Publicaciones

Benigno Casas • Subdirector de Publicaciones Periódicas

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología

ARQUEOLOGÍA

Segunda época

Laura A. Castañeda Cerecero • Editora

Comité editorial

- Margarita Carballal • Robert H. Cobean • Annick Daneels
- Dan M. Healan • L. Alberto López Wario • Rubén Maldonado
- Dominique Michelet • Carlos Navarrete • Jeffrey R. Parsons
- Otto Schöndube • Barbara L. Stark • Elisa Villalpando

Benigno Casas • Producción editorial

César Molar • Cuidado de la edición

Álvaro Laurel Valencia • Diseño y formación

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología. Arqueología, segunda época núm 55, agosto de 2018, es una publicación cuatrimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de Derechos al uso exclusivo: 04-2012-081510552300-102; ISSN: 0187-6074, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título y contenido: 16119, otorgada por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Hamburgo 135, Mezzanine, col. Juárez, C. P. 06600, deleg. Cuauhtémoc, Ciudad de México. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, col. Culhuacán, C.P. 09840, deleg. Iztapalapa, Ciudad de México. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH: Hamburgo 135, Mezzanine, col. Juárez, C. P. 06600, deleg. Cuauhtémoc, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir el 29 de octubre de 2018, con un tiraje de 1000 ejemplares.



Índice

Presentación	3
Ángel García Cook El desarrollo cultural prehispánico en el norte del valle poblano-tlaxcalteca: inferencias de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida	9
Román Piña Chan Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino	61
Jürgen Kurt Brüggemann Estudios estratigráficos en el sitio arqueológico de Acozac, 1973	82
B. Leonor Merino Carrión Ángel García Cook Proyecto arqueológico Huasteca	110
Alba Guadalupe Mastache Flores El trabajo de lapidaria en el estado de Guerrero, una artesanía actual inspirada en formas prehispánicas	127
Beatriz Braniff Cornejo Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo	136
Alejandro Martínez Muriel La arqueología de la presa de Chicoasén, Chiapas	155
Margarita Gaxiola González Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico	162
Enrique Nalda Hernández Algunas consideraciones sobre el desarrollo prehispánico de la bahía de Chetumal	183
Roberto García Moll Algo sobre papeles viejos de Palenque	191



Figurillas de la fase Tlatempa.

Presentación

Aunque este número conmemora su 30 aniversario, los antecedentes de la revista *Arqueología* se remontan a un periodo de más de 40 años, cuando se generó la inquietud de tener una publicación científica de esta disciplina que difundiera las investigaciones de los diversos proyectos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Fue así que en el entonces Departamento de Monumentos Prehispánicos, los arqueólogos Ángel García Cook, Román Piña Chán y Rubén Maldonado Cárdenas propusieron la edición de una revista coordinada por ellos mismos, a la que posteriormente se integraron Guadalupe Mastache y Jürgen Brüggemann. En ese marco y bajo el nombre *Serie: Arqueología* se imprimieron en 1976 los tres primeros números cuyos contenidos se incluyen en este volumen. El breve tiempo de esa publicación se debió en parte al cambio del Departamento de Monumentos Prehispánicos al nivel de Dirección.

En 1987, Ángel García Cook solicita a Guadalupe Mastache continuar con la publicación, creándose así su nueva serie como *Arqueología*, coordinada en sus dos primeros números por Patricia Fournier y Guadalupe Mastache; posteriormente se integraría al cuerpo de editores Jorge Angulo. En esta época sólo se imprimen cinco números de la entonces Dirección de Monumentos Prehispánicos. Después se integra a la comisión editorial Joaquín García Bárcena, con lo cual se transita a otra etapa de la revista, denominándola *Revista Arqueología, segunda época*, en el marco de la recién instituida Dirección de Arqueología y a partir del número 8, con el apoyo de la Coordinación de Arqueología. Ya para la nueva fase se integra al contenido de la revista una sección de entrevistas, reseñas de libros y comentarios sobre el Archivo Técnico. La comisión editorial mencionada coordinó así la edición de 26 números.

A partir del número 27 y hasta el 54, Ángel García Cook fungió como el editor de la misma; durante este periodo estuvo asistido por Ana María Álvarez Palma (hasta el número 39) y posteriormente por Alejandro Martínez Muriel, quien lamentablemente sólo colaboró en el número 40; para el número 41 fue apoyado por Alberto López Wario y posteriormente, como coeditora, se integró Laura Castañeda Cerecero en los números 52, 53 y 54.

Con este número 55 se conmemoran los 30 años de la revista, sobre el que una comisión presidida por el coordinador nacional de arqueología, Pedro Francisco Sánchez Nava, decidió que los artículos que la formaran fuesen trabajos pioneros de los mismos arqueólogos que impulsaron la revista. Se incluyen también los trabajos de otros investigadores, lamentablemente ya fallecidos y que estuvieron adscritos a la Dirección de Estudios Arqueológicos en sus diferentes etapas.

El proceso de edición y formación de este número presentó diversos retos. Aunque los textos ya habían sido publicados, se tuvo un manejo diferente, que implicó la búsqueda de los contenidos en diversos acervos bibliográficos, el de la propia revista y del archivo personal de Laura Castañeda. Seleccionados los textos, se procedió a capturarlos para su manipulación digital; durante esta etapa fue posible enmendar algunos errores menores u omisiones de letras y signos de puntuación, los cuales fueron corregidos sin afectar el significado del contenido.

La edición de las imágenes se realizó, principalmente, mediante tres procedimientos: escaneado y edición de las páginas impresas; digitalización y edición de los negativos originales de las imágenes individuales que componían algunas láminas, y por último, el redibujo de los trazos esquemáticos originales, para obtener una imagen más clara de la que se obtuvo en la impresión, debido a las limitaciones tecnológicas de la época.

Cuando no fue posible contar con las imágenes originales que ilustraban los textos, fue necesario obtenerlas del ejemplar impreso. A partir de ese archivo, la edición consistió en adecuar la nueva imagen, corrigiendo errores o defectos en la impresión, ajustando el balance de los tonos para contar con mayor definición, etcétera. El texto de Merino Carrión incorpora 14 figuras, de las cuales las tres primeras son esquemáticas y las 11 restantes son láminas compuestas por 8 a 10 fotografías de piezas o dibujos. Muchas de estas imágenes estuvieron disponibles en el archivo fotográfico del Proyecto Arqueológico Huasteca; sin embargo, fue necesaria una minuciosa tarea de identificación de cada pieza para poder integrarla al texto. Después de la identificación y localización de las piezas que integraban cada lámina, los negativos fueron digitalizados y editados para obtener la mejor calidad: del negativo se obtuvo un positivo, del cual se balancearon los tonos de grises, se corrigieron defectos de la toma como enfoque o iluminación, etcétera. Finalmente se integraron los elementos en cada una de las láminas que complementan el texto. Otra ventaja que tuvo el escaneo de los negativos es la incorporación de una escala común para muchas de las piezas que integran las láminas, la cual era un tanto ambigua en las impresiones originales debido a las limitaciones tecnológicas de la época. Las imágenes que no estuvieron disponibles en el archivo fotográfico se obtuvieron de la página impresa, por lo cual fue necesario el tratamiento mencionado.

En algunos textos, como los de García Cook, Brüggemann, Merino, Gaxiola, Martínez Muriel y Braniff existen mapas, cuadros y dibujos esquemáticos que requirieron ser redibujados para ofrecer mejor calidad

de la que se obtuvo en la impresión. Debido a las características técnicas de los trabajos originales, los mapas con muchos elementos (como los que presenta García Cook) tienen el problema de que las líneas son muy gruesas y en algunos puntos se traslapan unas con otras; además de esto, la tinta no fue aplicada de manera uniforme, dando como resultado algunas zonas con manchas con el color del papel. Además de la corrección de las líneas de cada esquema, se tuvo la ventaja de manipular los textos complementarios de cada uno de esos esquemas para aprovechar mejor el espacio dentro de la publicación.

Para el diseño de la portada se buscó brindar un mayor espacio a la imagen, creando así un lienzo que le da la importancia necesaria. El cabezal fue modificado con la intención de brindar una sensación de renovación. Utilizando un tipo de letra serif, la jerarquía de este cabezal radica en el espacio que lo rodea, teniendo a su vez una estrecha relación con el elemento que envuelve al número consecutivo de la publicación. Tomando en cuenta los elementos que presentaba el diseño anterior, los artículos que integran este número fueron dispuestos en la parte baja del espacio, debajo de una pleca que delimita y a su vez sirve de sustento para la imagen principal.

El diseño de los interiores se basó en la necesidad primordial de aprovechar mejor el espacio de la página. Se eligió una familia tipográfica que permitiera una mayor cantidad de caracteres por línea, lo cual se traduce en una disminución en el número de páginas utilizada. Respecto de las imágenes, la mayoría se integran al texto en tanto son mencionadas, intentando que sea en un espacio inmediato a la llamada. Debido a este requerimiento, en algunos casos se modificó la disposición de las láminas o incluso su tamaño, sin sacrificar su legibilidad. Para todo el proceso antes mencionado contamos con el apoyo técnico del D.C.V. Álvaro Laurel y Karina Osnaya.

Vale la pena enfatizar que la revista *Arqueología* ha sido el recipiente en el que se han vertido los resultados de numerosas investigaciones de expertos tanto de nuestra institución como de otras instancias académicas, lo mismo arqueólogos nacionales que extranjeros, convirtiéndose en una fuente constante de divulgación y consulta del quehacer arqueológico.

Es muy satisfactorio presentar el número 55 de la revista *Arqueología*, una edición singular en tanto compila diez destacados trabajos de igual número de investigadores, todos ellos entrañables, varios de ellos nuestros maestros, jefes o guías en la disciplina arqueológica y, como ya se dijo, todos por desgracia ya fallecidos.

En este número los arqueólogos Ángel García Cook, Román Piña Chán, Jürgen Kurt Brüggemann, B. Leonor Merino Carrión, Alba Guadalupe Mastache, Beatriz Braniff, Alejandro Martínez Muriel, Margarita Gaxiola, Enrique Nalda y Roberto García Moll nos brindan un ejemplo de su erudición y de la riqueza cultural que distingue a la arqueología nacional a través de esta muestra de sus investigaciones de las que intentaremos hacer unas breves reseñas, invitando al lector a disfrutar el texto completo:

A partir de los trabajos iniciados desde 1972 en el Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, en los que se localizaron más de 650 sitios arqueológicos, García Cook plantea que fue posible establecer que las primeras ocupaciones humanas en el área se dieron hace 12000 años a. n. e., registrándose materiales como: proyectiles de piedra, tajadores y puntas Clovis, asociados a fauna pleistocénica; y 7 fases posteriores:

1) Tzompatepec; 2) Tlatempa; 3) Texoloc o Fase III; 4) Tezoquipan o Fase IV; 5) Tenanyecac; 6) Texcalac y Tlaxcala.

Piña Chán presenta una propuesta del desarrollo social basado en la dinámica cultural secuencial del México precolombino, ello a partir de las evidencias arqueológicas y hechos históricos, apoyados en una cronología relativamente exacta con el fin de incorporar las fases locales establecidas. Dicho modelo se divide en dos épocas: primero, la época de apropiación de alimentos. Enmarcada por las etapas de los recolectores y cazadores nómadas, ubicándose en los periodos preagrícola (20 000–7 000 a. n. e.) y protoagrícola (7 000–5 000 a. n. e.); engloba los primeros acontecimientos dentro del continente americano, incluyendo las primeras penetraciones inmigrantes y la adaptación de éstos. La segunda es la época de la producción de alimentos. Comprende desde la etapa de comunidades sedentarias (5 000–2 400 a. n. e.) hasta la etapa de los pueblos y estados militaristas (1 250–1 521 d. n. e.); es decir, abarca todo tiempo posterior al temprano poblamiento de América, los pueblos que fueron asentando las bases de las culturas propiamente sedentarias del Nuevo Mundo, las cuales alcanzarían periódicamente niveles culturales más avanzados y que finalmente se vieron truncados por la conquista española.

Brüggemann establece la ubicación del sitio arqueológico de Acozac dentro del fraccionamiento habitacional del mismo nombre en el municipio de Ixtapaluca, en el Estado de México, anotando que está asentado sobre una colina conocida como Ixtapaluca Viejo, la cual da inicio a una cadena de elevaciones. Se señala en el texto que los primeros estudios de la zona datan de 1964, y corresponden a los realizados por los arqueólogos estadounidenses Nicholson y Grove, quienes por primera vez hicieron un estudio estratigráfico en la zona. Posteriormente el arqueólogo Eduardo Contreras exploró y reconstruyó la llamada pirámide circular, el palacio, algunos altares y la parte inferior de la pirámide principal.

La investigación de Jürgen Kurt Brüggemann y un grupo de pasantes ocurrió en 1973, y buscaba hacer estudios estratigráficos en tres zonas del sitio: 1) Zonas de producción primaria (dedicada al cultivo de plantas domésticas); 2) Zona habitacional, y 3) Zona central o monumental (edificios cívico-religiosos). Brüggemann y su equipo registraron 5 capas estratigráficas, desplantando desde una compuesta por tepetate. Lograron afinar la cronología del asentamiento para el periodo Posclásico y avanzaron en la definición de la filiación cultural con base en la identificación de los tipos cerámicos que registraron: aztecas, cholultecas y texcocanas, de formas varias.

El texto de Merino Carrión expone los trabajos realizados de 1978 a 1982 en el área de la Huasteca, comprendiendo un espacio cultural de 9 500 km², en los cuales se lograron localizar 525 asentamientos humanos prehispánicos (483 grupos sedentarios y 42 grupos nómadas). Se registraron además diversos materiales como: cerámica, lítica, concha, hueso, metal, entre otros; además se hallaron 181 enterramientos humanos.

La correlación tipológica de materiales y contextos, así como las pruebas de C-14 permitieron establecer la diferenciación de 8 fases culturales: 1) Pujal (1 600 a 1 100 a. n. e.); 2) Tampaón (1 100 – 650 a. n. e.); 3) Tantuán I (650 – 350 a. n. e.); 4) Tantuán II (350 a. n. e. – 200 d. n. e.); 5) Coy (200 – 650 d. n. e.); 6) Tanquil (650 – 900 d. n. e.); 7) Tamul (900 – 1 200 d. n. e.), y Tamuín (1 200 – 1 550 d. n. e.).

Mastache presenta un estudio de caso realizado entre los artesanos de las ciudades de Taxco e Iguala, a finales de 1979 y principios de 1980,

sobre la producción, distribución y consumo de la artesanía. Una región rica en yacimientos minerales, que desde hace más de tres milenios ha proveído los materiales en los que fueron elaborados objetos suntuarios y ceremoniales en Mesoamérica. Lejos de esta tradición prehispánica, durante la década de los años treinta del siglo xx, surgió la industria lapidaria en esa entidad, una actividad que reconfiguró la economía y las relaciones sociales de las comunidades de la zona.

Para un mayor entendimiento de la Mesoamérica septentrional, Braniff analiza, a partir de varios modelos teóricos, la conceptualización de esa región tan diferente a la Mesoamérica tradicional. A través de la revisión de las áreas culturales y naturales establecidas hace un siglo por antropólogos estadounidenses en ese territorio, y a partir también de la definición de Kirchhoff de Mesoamérica como un área cultural y de los esfuerzos subsecuentes para fijar con claridad sus límites, busca aclarar lo perteneciente a Mesoamérica, contrastándolo con lo que no lo es, es decir, el área norte. Tras esta profunda exposición, distingue a la región septentrional de Mesoamérica a partir de los primeros grupos del Formativo que la ocuparon en su parte noroccidental y norcentral, así como del desarrollo disímil de su porción nororiental, hasta su abandono.

Martínez Muriel narra los alcances de investigación del proyecto de salvamento arqueológico originado por la construcción de la presa hidroeléctrica, localizada en el cauce del río Grijalva. En los valles de Osumacinta-río Hondo y el Sumidero se localizaron casi cincuenta sitios arqueológicos: asentamientos abiertos, cuevas y abrigos rocosos, en los que se identificaron principalmente dos momentos de desarrollo, el primero en el Formativo, cuya evidencia fue escasa, y uno durante el Clásico tardío y Posclásico temprano, del que se registraron vestigios arquitectónicos, tales como juegos de pelota, plazas, terrazas y edificios. La investigación, llevada a cabo entre 1978 y 1980, dio pie a numerosos estudios arqueológicos, etnohistóricos e incluso uno etnoarqueológico, toda vez que en su momento se había abandonado el pueblo viejo de Osumacinta, dejando un cúmulo de evidencia arqueológica de una ocupación moderna.

A través del análisis minucioso de la cerámica de Huapalcalco, fechada entre el 650 y 900 d.C., y procedente de excavaciones extensivas de tres unidades habitacionales, dos ubicadas dentro de la zona habitacional del sitio y la tercera sobre el yacimiento de obsidiana del Pizarrín, se identificaron cuatro tipos predominantes: la de servicio, la utilitaria, la ritual y la de intercambio. El complejo cerámico de Huapalcalco apoya algunas de las tesis planteadas por diversos autores, entre ellas: que la gestación de las tradiciones alfareras del Epiclásico ocurrió fuera de la cuenca de México, y son en cierta medida contemporáneas a la fase Metepec; que la tradición representada por la cerámica Coyotlatelco, no fue la dominante en el centro de México durante el Epiclásico, sino que lo fue la cerámica café pulido de palillos; y que durante este periodo hubo un intenso contacto comercial e ideológico entre grupos de la costa del golfo de México y del norte de Mesoamérica, en el que Huapalcalco ocupó un papel importante.

Con la intención de aproximar la ubicación del antiguo Chetumal, Nalda consultó el relato de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y el de Alonso Dávila, cuando este último incursionó a la provincia de Uaymil-Chetumal, en 1531-1532. Los textos son contradictorios con respecto de la ubicación de la antigua ciudad, el primero situándola lejos de la costa mientras que el segundo la ubica en la costa. Por otro lado, en su

Historia de Yucatán, fray Diego López Cogolludo narra el viaje de evangelización de Bartolomé de Fuensalida y Juan de Orbita, al norte de lo que es hoy Belice, en 1618; aquí se encuentran ciertas contradicciones en cuanto a lo dicho por Dávila. Los posibles sitios prehispánicos de importancia, asentados en la bahía de Chetumal son: El Cocal, Oxtankah, Ichpaatun y Calderitas Pueblo, en México; y Santa Rita Corozal en Belice. De acuerdo a la cronología, la arquitectura y la ubicación de éstos, es posible que Ichpaatun sea el antiguo Chetumal; por ello, Nalda se aboca al análisis del desarrollo mismo de la región, bajo el control político de esta ciudad.

Roberto García Moll hace una revisión de dos textos sobre las exploraciones hechas en el Templo de la Cruz, la de Alfred P. Maudslay, precursor de la arqueología moderna en el área maya, y la de Edward H. Thompson, arqueólogo estadounidense, famoso por haber extraído objetos rituales del cenote sagrado de Chichén Itzá y entregarlos al Museo Peabody. Ambos textos fueron publicados a finales del siglo XIX y contienen extensas descripciones de los depósitos funerarios explorados. También los citó Alberto Ruz en su trabajo sobre costumbre funerarias. El Conjunto de las Cruces, constituido por varios edificios, entre ellos el de la Cruz, ha sido estudiado también a través de la epigrafía, gracias a lo cual se sabe que ese conjunto fue erigido por el descendiente del gobernante Pakal, por tanto, se presupone que aquí estaría el sepulcro de dicho personaje, específicamente en el Templo de la Cruz, uno de los edificios más explorados del sitio. García Moll reflexiona sobre la importancia de recurrir a estos escritos para articular la información vertida en ellos con el referente arqueológico. Quizás en ellos podrían hallarse las respuestas a varias interrogantes sobre la gran cantidad de enterramientos hallados en el sitio y la identificación de los personajes a los que fueron dedicados suntuosamente algunos de ellos.

Pedro Francisco Sánchez Nava
Laura A. Castañeda Cerecero

El desarrollo cultural prehispánico en el norte del valle poblano-tlaxcalteca: inferencias de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida

Ángel García Cook

Cuadernos del Departamento de Monumentos Prehispánicos, serie Arqueología, núm. 1, INAH, 1976

Después de 30 meses de trabajos del Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala, en los que se logró la localización de poco más de 650 sitios arqueológicos —correspondientes a 1 528 asentamientos diferentes, más 44 sitios de otra índole— en un área poco mayor a los 4 500 km² y de haber efectuado un primer análisis general de los elementos culturales en ellos observados; además de apoyarnos en los datos aportados por los diferentes proyectos arqueológicos de área, que se han y se están efectuando en la región poblano-tlaxcalteca (figs. 1-3), nos atrevemos ya a escribir ciertas líneas sobre el desarrollo cultural observado durante la época prehispánica en dicho valle poblano-tlaxcalteca.

La base para lanzarnos a la realización de esta empresa nos la dan los resultados —repetimos— que se vienen logrando en el Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala, el cual, de acuerdo con lo que se planteó en un escrito anterior a esta obra (García Cook, en prensa), en sus 30 meses de actividad lleva ya realizados 42 trabajos, correspondientes a estudios sobre elementos culturales obtenidos para un área que supera los 4 500 km².

Ya desde los primeros meses de trabajo en la región (García Cook, 1972) se había observado el comportamiento propio de los distintos elementos que conformaban la “cultura” a lo largo del tiempo en Puebla-Tlaxcala, respecto de las regiones vecinas. Por ello, a seis meses de haberse iniciado los trabajos

del proyecto, en octubre de 1972 (García Cook, 1973a) se planteó una secuencia cultural para Tlaxcala, y se hizo para esta entidad porque fue y es en dicho estado donde hemos concentrado nuestros esfuerzos de estudio, al conocer que de dicha localidad no se tenía mayores referencias. La secuencia planteada en esa ocasión se realizó en forma sintética, debido a las exigencias de su publicación (sólo un resumen), pero en enero de 1973 (García Cook, 1973b) se distribuye, aunque en forma mimeografiada, la misma secuencia cultural, ahora sí con mayores comentarios, comparaciones y referencias bibliográficas, de lo cual careció la anterior. Ambas publicaciones fueron basadas en el análisis de alrededor 300 000 elementos culturales correspondientes a 308 sitios localizados en un área (subárea I) de unos 1 500 km². Posteriormente, al continuar nuestras investigaciones esta secuencia cultural se vio confirmada y fortalecida, y para fines de 1973 se escribe más sobre dicha secuencia (García Cook, 1974a); en esta ocasión basado en el material procedente de 427 sitios localizados, que hacían un total de 1 047 ocupaciones diferentes distribuidos en un área de aproximadamente 2 500 km² —subárea I (completa) del Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala— y de acuerdo con unos 500 000 elementos culturales correspondientes a dichas ocupaciones de grupos sedentarios agrícolas, ya con cerámica.

Al concluirse con la localización de los asentamientos prehispánicos de la subárea II del Proyecto

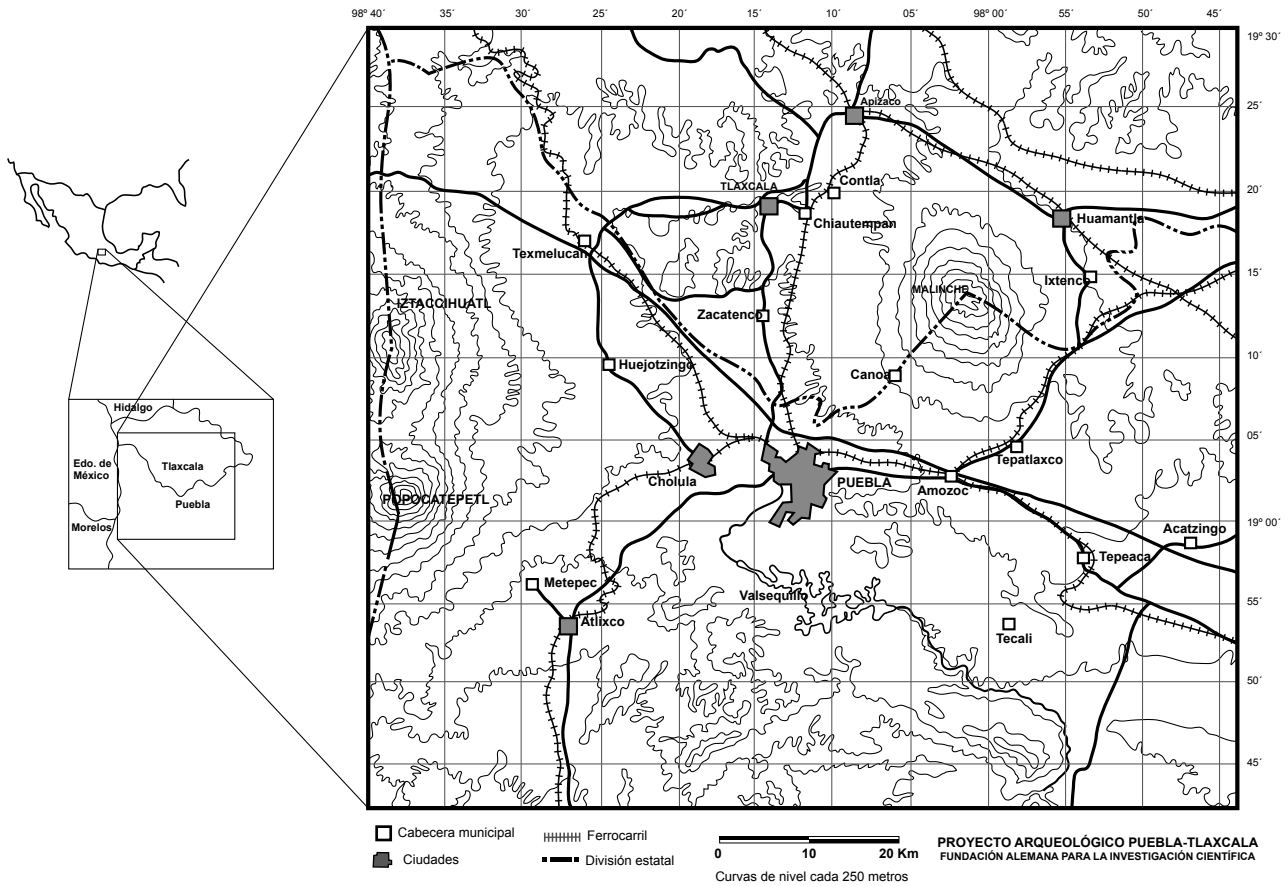


Fig. 1 Área del proyecto Puebla-Tlaxcala de la FAIC.

arqueológico Puebla-Tlaxcala e iniciarse la localización de sitios en la subárea III, hemos visto con mayor claridad la extensión de las distintas fases culturales planteadas con anterioridad, con delimitación temporal pero no espacial, y creemos en la actualidad tener cada una de dichas fases culturales que integran la secuencia regional delimitadas tanto cronológica como corológicamente; es decir, creemos conocer ya las fases culturales del desarrollo regional espacial y temporalmente delimitadas. A su vez, esta delimitación espacial de cada una de las siete fases culturales que conforman la secuencia cultural, para buena parte del actual estado de Tlaxcala, nos ha permitido observar el comportamiento de las regiones vecinas y ver, igualmente, las interinfluencias de unas con otras.

Tanto la secuencia cultural establecida como las generalidades sobre el desarrollo cultural que aquí apuntamos sobre le comportamiento prehispánico en el valle poblano-tlaxcalteca girarán y tendrán mayor vigencia para le región comprendida en el actual estado de Tlaxcala, y es así porque es en dicho estado donde se presenta la distribución geográfica de las distintas fases. Al darnos cuenta de ese com-

portamiento —una vez de concluida la exploración de superficie de la subárea I— y de terminar con la localización de los sitios de la subárea II, comprendida también en su mayor parte en el estado de Tlaxcala, se planteó la tercera temporada —exploración de la subárea III— en forma un poco distinta al enfoque de las dos subáreas anteriores; es decir, para la tercera temporada el recorrido arqueológico de superficie sería de un carácter menos intensivo, tratando de localizar los sitios más “fáciles” de ser observados —asentamientos de mayores dimensión— y sin cubrir el área entera en forma exhaustiva, ya que los materiales procedentes de esta subárea III permitirían terminar de delimitar espacialmente las fases culturales del desarrollo tlaxcalteca y servirían como material de comparación, por medio de los cuales observaríamos las diferencias y correspondencias en las regiones vecinas.

De esta manera, tanto del reconocimiento arqueológico de superficie de la subárea I, como de la subárea II del Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala podemos decir que pueden considerarse con un 95% de seguridad en la localización del total de los asentamientos existentes en tales subáreas, por haberse

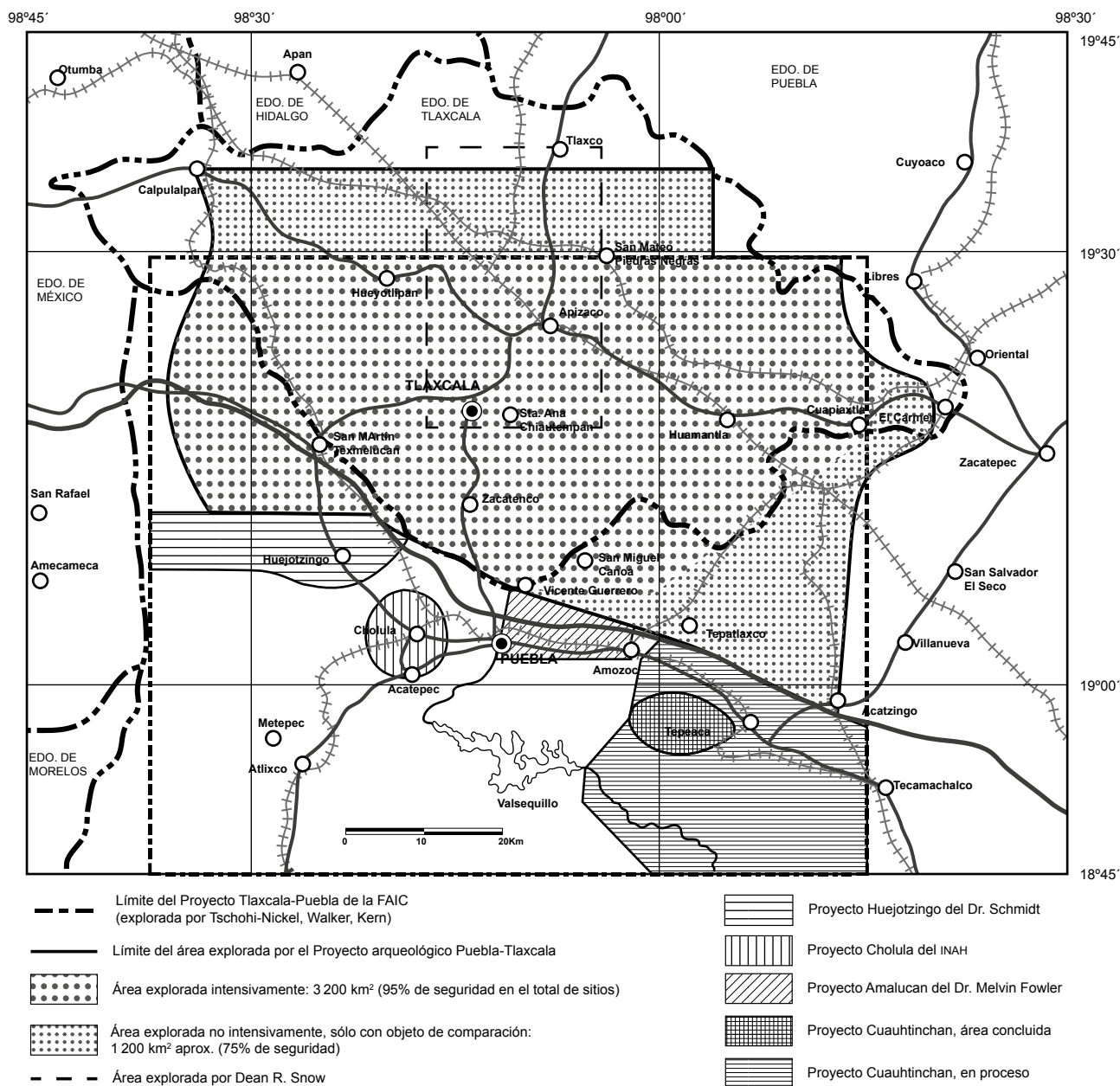


Fig. 2 Investigaciones arqueológicas (de área) en el “valle poblano-tlaxcalteca”.

efectuado dichos reconocimientos de un modo sistemático, intensivo y exhaustivo; mientras que los asentamientos localizados en la subárea III —aún en proceso— pueden ser considerados como representando un 75% respecto al total de sitios, supuestamente existentes en dicha región¹ (figs. 2 y 3).

1 La subárea III fue subdividida en IIIa y IIIb, con el objeto de comprender mejor el comportamiento de las fases establecidas: IIIa hacia la zona sur y SE de Tlaxcala y parte de Puebla y con un 80% de seguridad, y IIIb hacia el norte de Tlax., fuera del área base de investigaciones del Proyecto Tlaxcala-Puebla y únicamente para delimitar y comprender mejor a dichas fases culturales tlaxcaltecas, el índice de seguridad del total de sitios existentes en esta región es de un 70%.

Antes de entrar al tema en sí, debemos aclarar que, con el objeto de hacerlas menos pesadas, en las líneas que tratarán sobre el desarrollo cultural prehispánico en la región que nos ocupa, norte del valle poblano-tlaxcalteca, evitaremos en lo posible la enumeración de elementos y la descripción de los mismos; mencionaremos sin embargo las referencias bibliográficas requeridas, para que el lector que lo desee amplíe la información ofrecida y corrobore por sí mismo los planteamientos que de aquí se hagan.

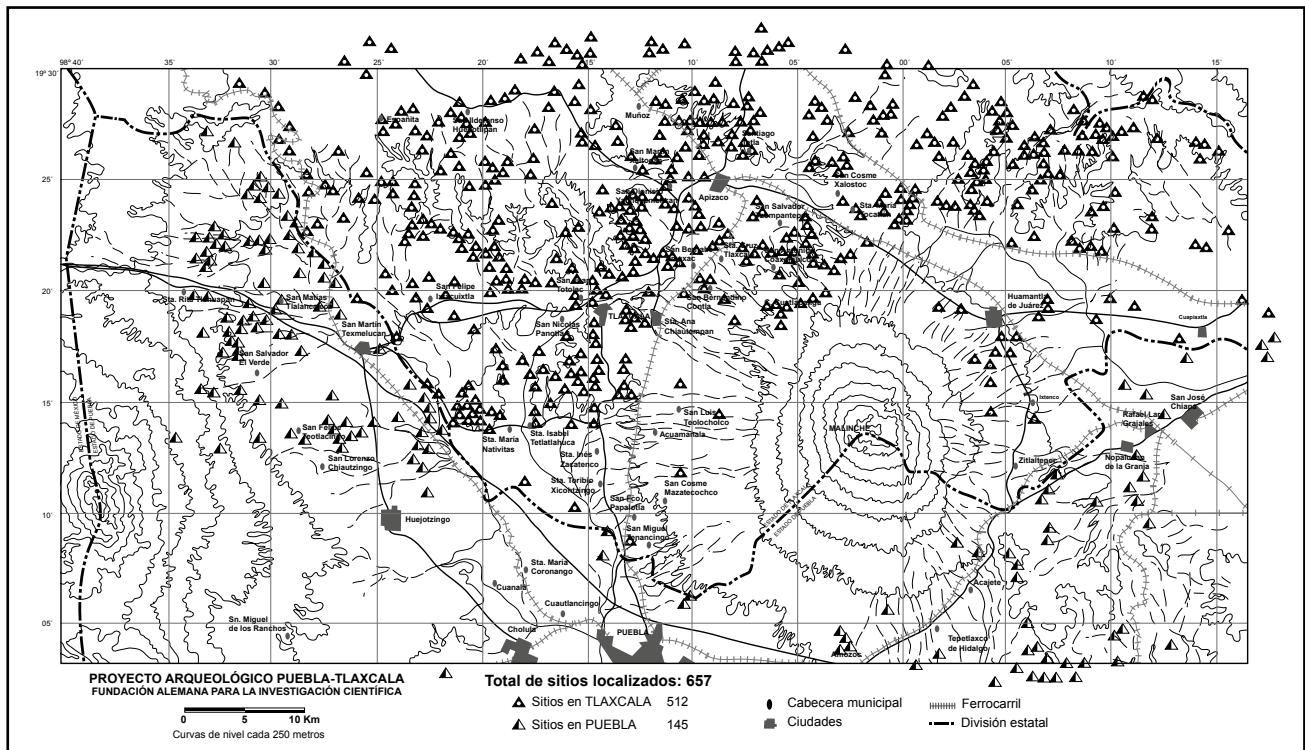


Fig. 3 Mapa con el total de sitios arqueológicos localizados por el Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala (hasta el 7 de diciembre de 1974).

Sobre los primeros habitantes de la región

Por los datos arqueológicos con que se cuenta, sabemos que la presencia humana en la región norte del valle poblano-tlaxcalteca se remonta a unos 12000 años antes del presente y que ésta se trataba de pequeños grupos, formados quizá por una sola familia, los que efectuaban una vida nómada, es decir, no tenían habitación estable y permanente; que se alimentaban de la apropiación de lo que el medio ambiente les brindaba, dedicándose con mayor énfasis en la cacería de animales —muchos de los cuales hoy inexistentes—, pero también a la recolección de plantas, frutos y bichos menores. Esta última aseveración la hacemos basados en la presencia de un fragmento de punta de proyectil —tipo Clovis— semejante a las que abundaron durante una época y en un amplia región de Estados Unidos; es decir, entre 11 000 y 9000 años antes de nuestra era se utilizaron este tipo de puntas de proyectil en el altiplano SW y este del territorio que ocupa en la actualidad aquel país y que, de acuerdo con los estudios realizados allá y a las asociaciones con que ha aparecido este tipo de instrumentos, fueron utilizados para ultimar una fauna específica —fauna pleistocénica—, la cual también existió en nuestra región de estudio en épocas correspondientes.

Por lo anterior podemos afirmar que estos primeros habitantes pasaron o merodearon por Tlaxcala, habitando por algunos días —quizá años— porque cerca había animales de su preferencia y plantas o frutos para alimentarse, los cuales tomaban del medio. Sus relaciones sociales puede imaginarse que están basadas en lazos familiares, es decir, son de consanguinidad; siendo quizá el “jefe” el más capaz, hábil o fuerte en la realización de las tareas cotidianas del subsistir. El nivel de desarrollo de estos pequeños grupos —una familia quizá— o “bandas,” aunque bastante bajo, sin embargo, les permite contar ya con puntas de proyectil de piedra, elaboradas por las técnicas de lasqueado por percusión y presión, así como el conocimiento de otros instrumentos manufacturados también sobre piedra, tales como raspadores (quizá para preparar las pieles de los animales, lo cual bien pudo servirles como vestido), tajadores y con seguridad podían igualmente elaborar algunas trampas para obtener su alimento.

Además de esta punta de proyectil cuya características técnico-morfológicas —tipo Clovis— la sitúan con una antigüedad indudable y le adjudican una cultura específica —de cazadores especializados— (fig. 4), se cuenta también con otro fragmento de artefacto obtenido de su posición estratigráfica y en asociación directa a fauna pleistocénica hoy

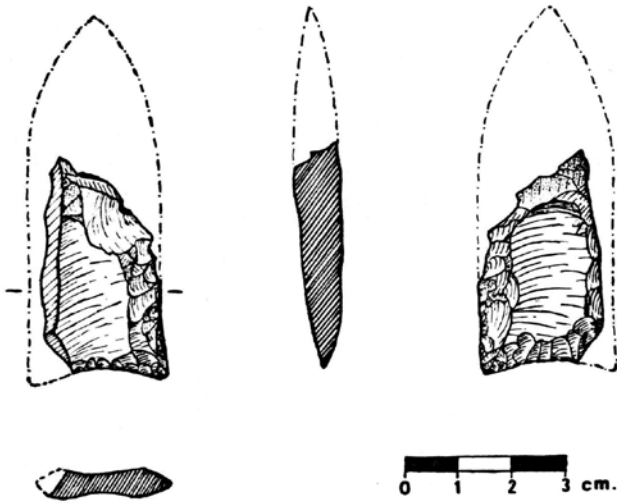


Fig. 4 Fragmento de punta de proyectil tipo Clovis.

desaparecida (García Cook, 1973c; Mora y García Cook, 1974), el cual corresponde a una época aún más temprana que la punta de proyectil mencionada; confirmando entonces la presencia del ser humano en la región, en por lo menos unos 10000 años a. n. e.

Por otro lado, si todos sabemos que hacia el sur-central del valle poblano mismo, en la región de Valsequillo, abundaron estas especies de fauna pleistocénica y que en dicha región se tienen datos respecto de la presencia humana desde hace más de 20000 años —fase Caulapan— fechado de un modo más preciso —por medio de C-14: $21\ 850 \pm 850$ (W1895)— y que posteriormente habrían de existir grupos mayores de gente que efectuaban también una vida de carácter nomádico o seminomádico —complejos El Horno, El Mirador, Tecacaxco, Huetatlaco (I, E y C), y Texcal— que merodeaban por la región ininterrumpidamente (Szabo *et al.*, 1969; Irwin y Williams, 1969; Lorenzo, 1967; Mirambell, 1973 y 1974; García Moll, 1973; Mora y García Cook, 1973).

Y si conocemos también que el área de Tlapacoya, Estado de México, nuestra vecina al oeste, se cuenta ya con ciertos elementos culturales que denotan la presencia del hombre, también desde hace unos 20000 años — $21\ 700 \pm 500$ (1-4449) y $24\ 000 \pm 4000$ (A-794B)— (Mirambell, 1967, 1973 y 1974) entonces queda más clara la localización temporal de nuestros pocos hallazgos, que denotan la antigüedad del hombre en nuestra región hará unos 12000 años.

Tanto en Valsequillo, Puebla, como en Tlapacoya, México (y en general en toda la cuenca de México), a partir del año 10000 antes del presente, se observa ya una mayor confluencia de gentes habitando en el Altiplano central y a partir de este momento —unos 9000 años de nuestra era— se aprecia un cierto nú-

mero de hallazgos aislados; que denotan la presencia de un número mayor de gentes habitando estos lugares y que, al igual que los primeros habitantes de Tlaxcala, efectuaban un modo de vida nomádico, habitando en campamentos al aire libre o en cuevas, basado en la apropiación de alimentos de los recursos que el medio les brindaba —cacería-recolección— (Aveleyra, 1950 y 1962; García Cook, en prensa).

Existen, por otra parte, algunos elementos culturales localizados en la región que nos ocupa —norte del valle poblano-tlaxcalteca—, como son las pinturas rupestres y los petroglifos, cuya ubicación temporal y adjudicación cultural son de difícil localización. Algunas de entre ellas, por sus asociaciones con otros elementos, pertenecen a fases posteriores de desarrollo, correspondientes a grupos establecidos en forma permanente y ya con una economía basada en la explotación y transformación de los recursos; una economía de producción cuya esencia es la agricultura; pero del resto de esas pinturas rupestres y de los petroglifos no podemos saber a ciencia cierta si corresponden o no a estos momentos tempranos de ocupación, pero de cualquier forma queremos apuntarlo aquí (figs. 5 y 6) (Mora, 1974; Mora y García Cook, 1973; García Cook, 1973d).

Además de este fragmento de punta de proyectil —del tipo Clovis— y del fragmento del artefacto localizado *in situ*, ya mencionados, que nos indican la presencia hasta hoy más antigua del hombre en el área tlaxcalteca, se cuenta también con otros 4 elementos —una punta Tilapa, una punta Hidalgo y

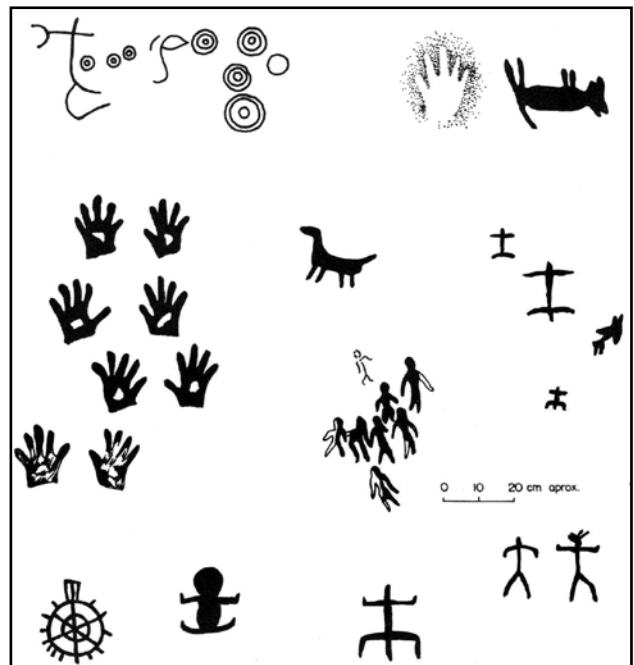


Fig. 5 Representaciones de pinturas rupestres y petroglifos.

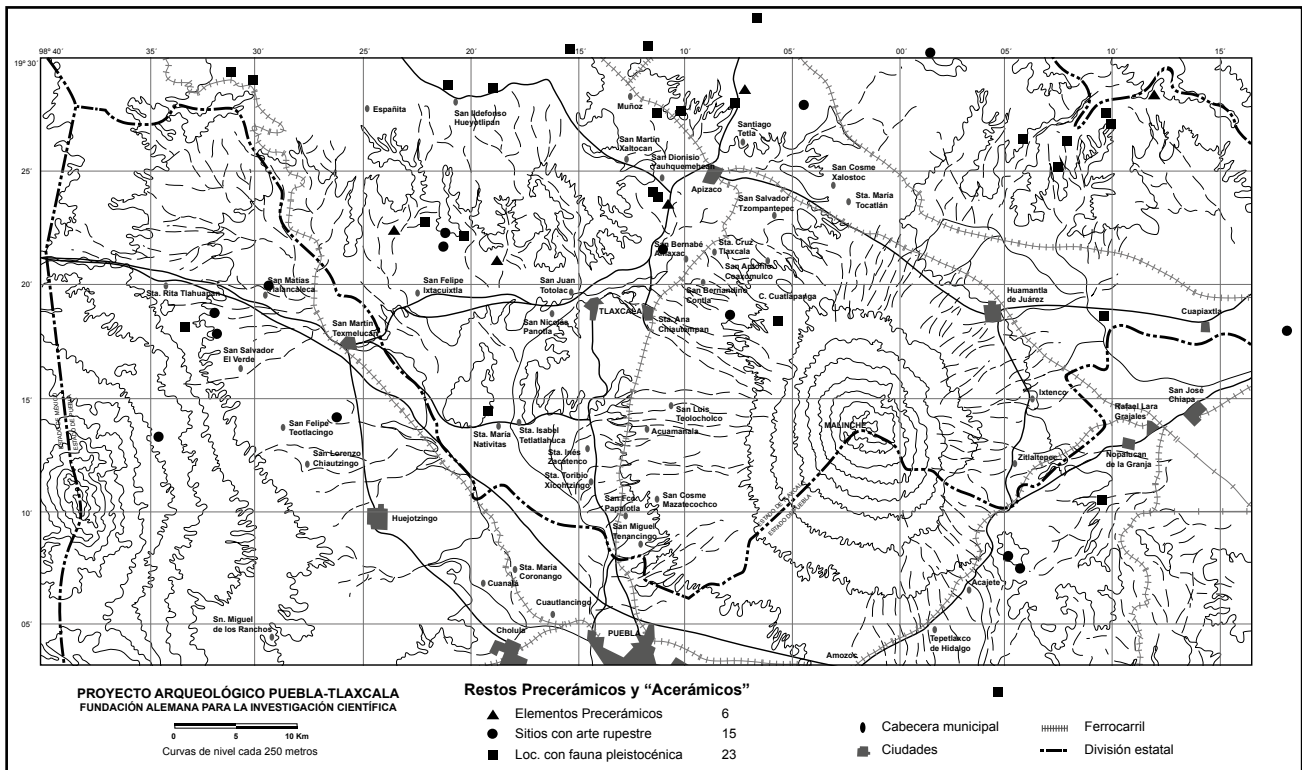


Fig. 6 Distribución de los sitios precerámicos de arte rupestre y con restos de fauna pleistocénica.

dos raspadores— correspondientes también a cuatro sitios diferentes, de carácter precerámico pero correspondiente a épocas más tardías, que nos indican igualmente la presencia de grupos humanos, también de vida nomádica y de la cultura cazadora-recolectora, posteriores a los primeros mencionados, pero anteriores a 1500 a. n. e., que es cuando ya tenemos evidencias claras de grupos asentados en forma permanente.

Tanto los primeros habitantes de la región —hace unos 12000 años— como los que le siguieron en épocas tempranas anteriores a las primeras aldeas permanentes conocieron un paisaje diferente al que actualmente presenta Tlaxcala, esto debido básicamente al clima reinante en esa época, también diferente del actual, y en la escasa transformación del medio ambiente efectuada por el hombre en la explotación de sus recursos. De este modo vemos que los primeros grupos nomádicos que habitaron en Tlaxcala conocieron una fauna y flora diferente a la actual; los restos de proboscídeos, camélidos y équidos —quizá bisonte—, hoy desaparecidos, nos indican a su vez la presencia de bosques o praderas hoy inexistentes, de donde tomaban sus plantas y hierbas para alimentarse. Por otro lado, si conocemos la existencia de cuatro —y en partes cinco— glaciaciones diferentes que se dieron tanto en la Malinche, como en la Sierra Nevada y el Pico de Orizaba (que

se encuentran dentro y los lados del territorio que nos ocupa), y que tres de dichas glaciaciones se sucedieron entre los 10000 años a. n. e. y el inicio de la misma, podemos comprender mejor la diferencia climática que prevaleció en aquel entonces y por la diferencia también de paisaje natural existente (Heine y Heide-Weise, 1972; Heine, 1973; Klaus, 1973). Los análisis palinológicos correspondientes a esta época están por ahora en proceso, pero de acuerdo con los aportes que ha ofrecido el estudio del polen fósil tanto de épocas anteriores a la parte que nos interesa como de etapas posteriores, parecen indicarnos también la existencia de la mencionada diferencia ambiental (Ohngemach, 1973).

Dadas las características de su escasa tecnología y de la forma de explotación —apropiación— de su hábitat, no es posible establecer fronteras territoriales para estos primeros habitantes en un principio; no sólo los pocos grupos humanos de nuestra región efectuaban un modo de vida —en todos sentidos— semejante al de sus vecinos de Valsequillo o de la cuenca de México, sino también igual a los de Tehuacán, Hidalgo o Querétaro y en general igual a la de todos los demás grupos nomádicos que merodeaban por nuestro actual país. Más tarde, algunos de estos grupos —en el área de Tehuacán, por ejemplo, y quizá en la cuenca de México— van a irse diferenciando del resto de sus contemporáneos, por su preferencia

por la recolección de ciertas plantas y el cuidado y selección de las mismas, que dará como resultado la domesticación —y por tanto el cultivo— de algunas de ellas y el cambio hacia un modo de vida sedentario. De este proceso de la domesticación de plantas —y después de algunos animales— no tenemos evidencia alguna en Tlaxcala, quizá porque no se dio en nuestra región de estudio, o tal vez porque no hemos encontrado aún los asentamientos de grupos protoagrícolas con estas características, y sólo podemos mencionar, repetimos, la presencia del hombre en la región que nos ocupa —norte del valle poblano-tlaxcalteca— a partir de hará unos 12000 años y con una “cultura” de cazador-recolector.

Con el descubrimiento de la agricultura se inician —o proliferan— también las aldeas sedentarias, por la necesidad de establecerse cerca de los campos de cultivo para su cuidado, asentamientos que van a realizarse ya sea en abrigos naturales o en establecimientos al aire libre, surgiendo igualmente el inicio o proliferación de las “casas” construidas en lugares abiertos. La seguridad que ofrecía la producción de sus alimentos, las ventajas nutritivas de éstos y los peligros menores que implicaban su nuevo modo de vida sedentario, hicieron aumentar la población y así mismo multiplicarse el número de aldeas.

Las primeras aldeas sedentarias agrícolas (fase Tzompantepec)

Aparecen de esta manera los primeros grupos sedentarios en el norte del valle Puebla-Tlaxcala, de los cuales tenemos conocimiento de la existencia de al menos 17 aldeas, separadas entre sí geográficamente pero unidas por rasgos culturales semejantes. Estos primeros habitantes sedentarios del área que nos ocupa basaban su alimentación de los productos obtenidos de su medio, tanto por la explotación agrícola como por las actividades de la caza y la recolección; eran autosuficientes. Al parecer las personas que integraban estas aldeas provenían de regiones situadas hacia el sureste, ya que las semejanzas de algunos elementos culturales, como lo son los recipientes de cerámica y las figurillas, los relacionan con sus contemporáneos del valle de Tehuacán hacia el S-SE —fase Ajalpan— (García Cook, 1974a) MacNeish *et al.*, 1970), y también se puede ver en dicho elemento cerámica, formas y decoración —color— semejantes a los encontrados en la costa del Pacífico, hacia Guatemala-Chiapas —fase Ocós— (Coe y Flannery, 1967; Green y Lowe, 1967) y otros sitios más localizados en Chiapas (fase Chiapa de Corzo I)(Ekholm, 1969; Dixon, 1959).

Estos primeros asentamientos de gente “agricultora” y sedentaria y con el conocimiento de la cerámica, parecen situarse cronológicamente entre algún tiempo anterior a los 1500 y los 1200 años a.n.e. e integran en nuestra área la fase cultural que hemos llamado Tzompantepec y que viene a ser la fase I del desarrollo regional. Por el momento se cuenta, repetimos, con 17 asentamientos diferentes distribuidos en toda la región de estudio (fig. 7); pero creemos que existen al menos otro número igual que no han sido aceptados por la carencia de excavaciones, ya que hasta la actualidad, salvo uno o dos asentamientos que aparentan presentar únicamente ocupación Tzompantepec, por lo general la habitación de estas aldeas se continuó durante la fase siguiente, Tlatempa; por lo tanto, al excavar sitios Tlatempa se podrán localizar ocupaciones Tzompantepec.

Por otro lado estas 17 aldeas a que hacemos referencia son asentamientos concentrados —con patrón lineal en su mayoría—, conteniendo entre 10 y 25 casas-habitación, los cuales podemos inferir fueron ocupadas por varias familias tal vez ligados por algún lazo de parentesco: pero bien pueden existir aldeas menores dispersas, o únicamente casas-habitación aisladas y correspondientes a una sola familia que habitaba junto a su campo de cultivo y que no hemos podido captar debido a la fuerte erosión que prima en la región, así como la abundante población actual, o bien porque han quedado abarcadas por un asentamiento posterior —prehispánico— donde las hemos incluido. Además de esto, creemos también que, contemporáneos con nuestro grupo de Tzompantepec, existieron algunas bandas realizando aún una vida nómada o seminómada y habitando en pequeños campamentos al aire libre, pero las evidencias que los caracterizan, tampoco las tenemos.

En algún lugar fuera de nuestra área, pero cercano a la misma —valle de Tehuacán de acuerdo con los datos actuales— se inicia la domesticación de plantas y los primeros cultivos desde unos 5000 años a.n.e., y para los 3000 también antes de la misma, un buen porcentaje de la dependencia humana radica en los productos adquiridos por las labores agrícolas (Byers, 1967). Igualmente fuera de nuestra área, esta dependencia mayor de los productos agrícolas —que repercutió en sus hábitos de asentamientos transformando sus residencias temporales en asentamientos permanentes, es decir transformándolos en grupos estables y sedentarios—, los impulsará a descubrir o inventar nuevos elementos culturales, incrementando así su tecnología para una mejor explotación del medio ambiente; entre estos nuevos descubrimientos tecnológicos puede citarse la cerámica (figs 8 y 9). En México sabemos de ella

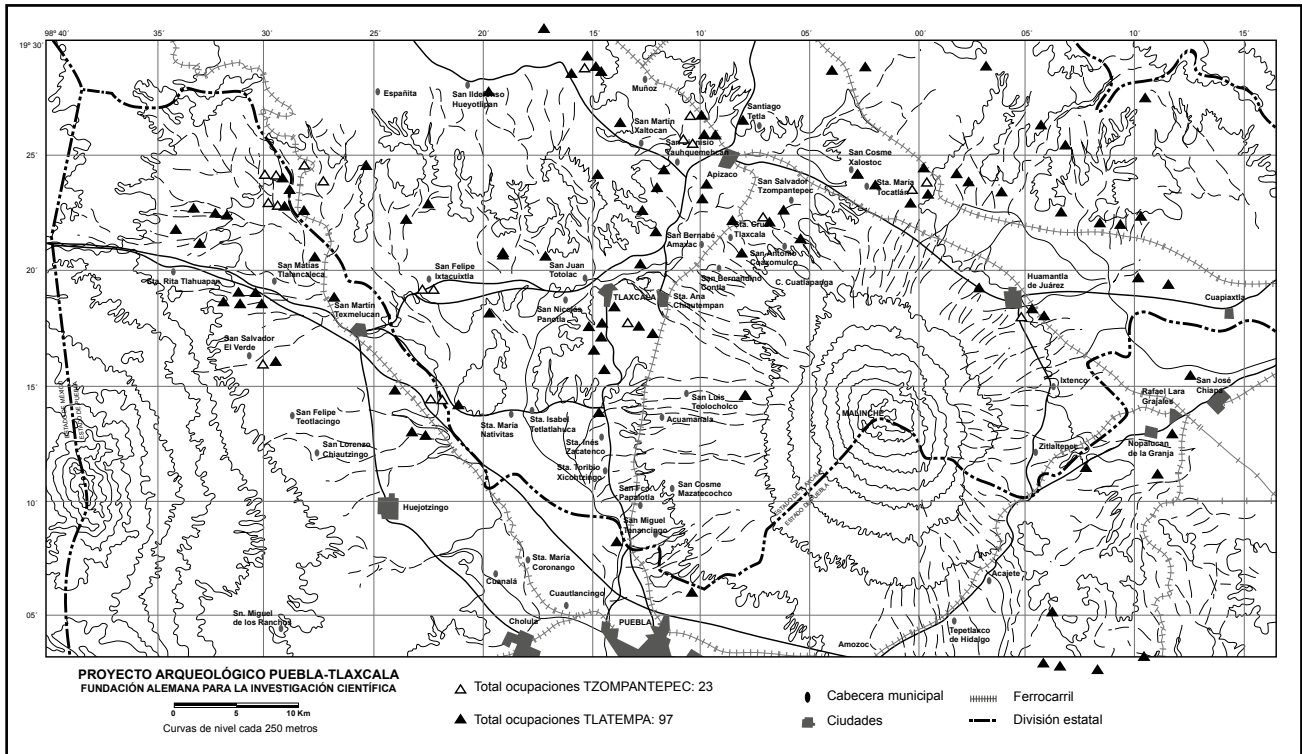


Fig. 7 Distribución de asentamientos correspondientes a las fases Tzompantepec (T-I) y Tlatempa (T-II).

pues contaban, además de sus instrumentos líticos —puntas de proyectil, cuchillos, raspadores, tajadores, navajas, piedras de molienda, hachas, etcétera—, que eran mayor en número y en calidad, también con utensilios de cerámica; la fabricación y aprovechamiento de terrazas para efectuar sus cultivos o construir sus viviendas; la construcción de sus viviendas mismas —aunque de material perecedero, en ocasiones revestidas de lodo— muestran un avance tecnológico, pues requiere la transformación del medio ambiente, diferente a las habitaciones de sus antepasados, que era el aprovechamiento de los refugios naturales —cuevas o abrigos— o de simples ramadas o rompevientos; ya se contaba con cierta indumentaria —de acuerdo con lo que se observa en las figurillas— y tenían algunos adornos, conocieron —por inferencias de las dimensiones y formas de sus puntas de proyectil— el lanzadardos y lo utilizaron, y quizá también el arco y la utilización de algún instrumento de madera para la labranza de la tierra. En general, tanto sus instrumentos y utensilios que utilizaron en la explotación del medio ambiente como su modo de vida sedentario y la organización de sus asentamientos mismos los separan mucho de sus antepasados nomádicos, con instrumentos reducidos en número y calidad, como por su modo de vida de trashumancia y su forma de explotación —apropiación— de los recursos que el medio ambiente brindaba.

Tratar de delimitar espacialmente nuestra fase Tzompantepec no es del todo fácil, ya que contando con tan pocos asentamientos —17— distribuidos en un área tan grande, es imposible ver alguna unidad; sin embargo, de acuerdo con lo que nos refiere la literatura sobre lo que pasó en tiempos correspondientes —o pocos más tardíos— y de acuerdo con los pocos recipientes cerámicos que conocemos de las regiones vecinas, como lo son la cuenca de México, el resto del valle poblano mismo o del valle de Morelos, podemos mencionar que la región de estudio, aunque no aislada del resto de gentes en el Altiplano, sí indica con esta fase un desarrollo cultural propio, ya que las características de su cerámica —básicamente— los hacen diferentes de las existentes en la cuenca de México en el mismo tiempo, así como del resto del valle poblano, y más bien aparentan cierta relación con las cerámicas de la fase Ajalpan temprano de Tehuacán (Piña Chán, 1971, MacNeish *et al.*, 1970). Por lo tanto, aunque resta aún establecer los límites geográficos de esta fase cultural Tzompantepec, creemos que al encontrarse sitios con ocupación correspondiente a esta fase temprana del norte del valle Puebla-Tlaxcala, hacia el centro y sur del valle poblano, éstos serán diferentes y quizá estén más relacionados con los grupos sincrónicos de la cuenca de México, del sur de Puebla o de Morelos (Grennes, 1971; Grove, 1973).



Fig. 8 Figurillas de cerámica características de la fase Tzompantepec (T-I).

Aparición de las primeras Villas (fase Tlatempa)

Surge la fase II regional a la cual hemos llamado Tlatempa (o T-II). Para este momento el número de aldeas se multiplica, tanto por la evolución interna natural como por la llegada a nuestra área de grupos provenientes de otros lados —del sur y del este—; aparecen las primeras villas, en torno a las cuales “giran” de algún modo —económico, político o religioso, o los tres— las aldeas menores. Se cuentan con 97 asentamientos distintos, siendo su mayoría aldeas concentradas —en forma lineal o circular— con unas 80 casas-habitación cada una, continuándose por supuesto algunas con sólo 20 e incluso otras menores, de sólo diez casas-habitación; pero aparecen unos asentamientos —siete aproximadamente— más grandes, que agrupan alrededor de 200 casas, a las cuales hemos considerado como villas (fig. 7); por otro lado, algunas de estas últimas parecen haber contado con pequeñas plataformas “ceremoniales,” a las cuales los tractores —para el cultivo— o los buldóceres —para abrir carreteras— se han encargado de destruir; así como los saqueadores mismos, que en busca de “tesoros” —tráfico de piezas— las hacen pedazos, sin embargo, aún quedan huellas de esas estructuras y en las pocas excavaciones que hemos realizado han aparecido, igualmente alineaciones de piedra y muros del mismo material.



Fig. 9 Lámina donde se ilustra la figurilla correspondiente a “Zohapilco” de Tlapacoya, Méx. Y algunas de la fase Nevada, también Tlapacoya. (Fuente: reproducciones de *Historia de México*, pp. 112-114; México, Salvat, 1974).

Al igual que para la fase anterior, existen además de los 97 asentamientos localizados, algunos restos culturales aislados correspondientes a esta fase Tlatempa, mezclados con los materiales de sitios más tardíos y que pensábamos corresponden a “familias” dispersas diseminadas en toda el área de estudio. También —aunque sus evidencias no las conocemos— no dudamos de la presencia, aún a esas alturas, de grupos de cazadores-recolectores nomádicos.

El avance tecnológico continúa incrementándose y con ello la “sociedad” se va tornando compleja; se observa —ahora en forma clara— la presencia de hornos para hacer cerámica y con ello se ven surgir los artesanos alfareros, los que si bien es cierto que en un principio cualquier —o todos— miembro de la población, en un momento dado podía fabricar sus recipientes para el consumo interno, también lo es el hecho de que, al iniciarse los intercambios —con grupos de la misma región o situados fuera del área— aparecerán los especialistas en la fabricación de las “vajillas”. Estos hornos cumplen en muchos casos un papel muy importante en la distribución de sus habitaciones —patrón de asentamiento interno— y por ello se ha supuesto tienen un carácter comunal, es decir, pudieron haber sido utilizados por todos los miembros de la población (García Cook, 1974a; Abascal, 1974). Se multiplica el número de terrazas para efectuar sus cultivos, las cuales también sirven en muchos casos para asentar sus habitaciones y en otros para, además de construir la casa, contar también con terreno cercano —especie de huerta familiar— para ser cultivado. Esto sólo es posible por la presencia de terrazas de dimensiones mayores —60 a 150 m de largo \times 6 a 15 de ancho y 1 a 1.50 de peralte— a las de la fase Tzompan-tepec. Algunas de dichas terrazas, además de ser más elaboradas —con recubrimiento de piedra o tepetate cortado, parcial—, cuentan ya con canales situados al inicio de la terraza, como continuación del peralte de la terraza anterior, para el control y aprovechamiento del agua de lluvia. (Abascal y García Cook, 1973 y 1974). Esto, a la vez que indica un gran avance tecnológico, pues permite aprovechar el agua de lluvia y la explotación de tierras —terrenos— que de otra forma hubiese sido imposible hacerlo, así como controlar la erosión de sus campos —situados casi siempre en laderas, en nuestra región de estudio—, indica también el conocimiento de los ciclos climáticos —época de lluvias— y, por tanto, de las estaciones del año; es decir; aparecen los “especialistas” en el control del tiempo, que generalmente se les identifica con los “sacerdotes”.

La alfarería se enriquece en formas y tipos y las figurillas se incrementan tanto en número como en calidad (fig. 10). Aparecen y pronto se vuelven



Fig. 10 Figurillas de la fase Tlatempa.

característicos de la fase —aunque se continúan en menor número y poco diferentes— unos recipientes zoomorfos y antropomorfos, semejantes aunque no idénticos a los *Ducpots* de Guatemala (De Borhegyi, 1952), pero en nuestro caso sí aparentan haber funcionado como tapas de braseros o especies de “pantallas” de lámparas, ya que todos carecen de fondo (fig. 11). La aparición de estos objetos (los que en ocasión anterior nos hizo apuntar sobre un “culto al tejón” (García Cook, 1974a) por ser ese el animal más representado) y el incremento de las figurillas, así como la presencia de estructuras elevadas, nos hace pensar que el proceso religioso se está fortaleciendo en forma acelerada, y con ello, pensar también en la aparición de gentes que se iniciarían en la especialización de los cultos, los que más tarde van a formar la clase sacerdotal.

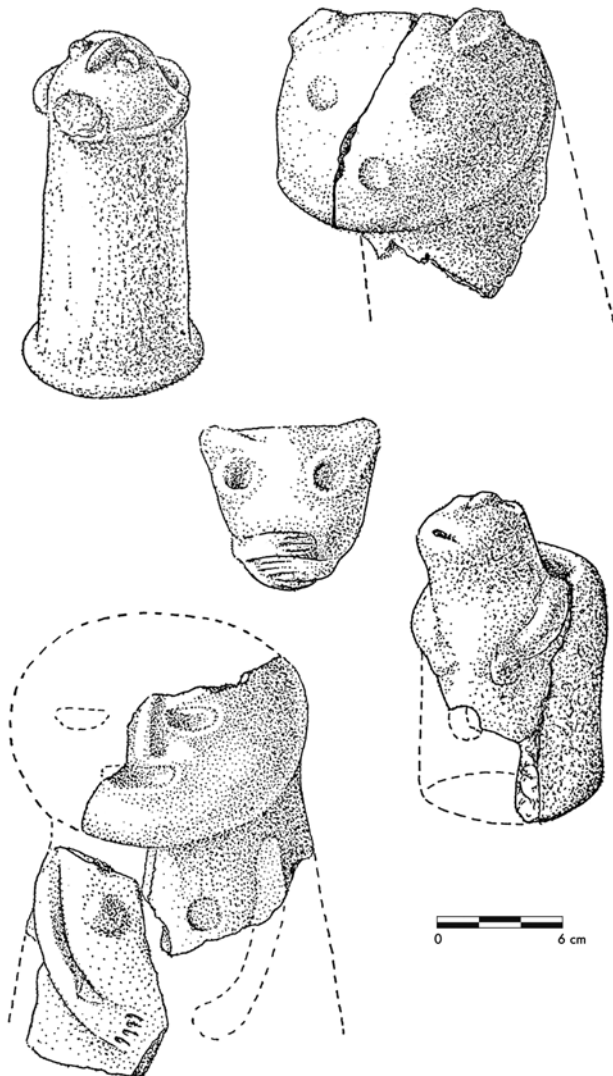


Fig. 11 Objetos zoomorfos y antropomorfos (“tejones”).

Por lo anteriormente mencionado vemos que la “sociedad” se va haciendo cada vez más compleja y que de los campesinos aldeanos de la fase anterior, que realizaban quizá en forma comunal todas sus tareas, van a ir surgiendo los especialistas —artesanos— alfareros y “sacerdotes” o “chamanes” en nuestro caso; los cuales si en un principio participaban también en las tareas agrícolas, más tarde van a volverse cada más especializados y a separarse de dicha actividad “productiva”. Estas gentes —pensamos— se concentraban en las villas nacientes o en las aldeas productoras de cerámica, las cuales poco a poco van dejando de ser autosuficientes para pasar a depender de los productos o intercambios con los asentamientos cercanos o distintos.

De ese modo vemos que los pobladores Tlatempa, aunque dependientes igualmente de los productos agrícolas y del aprovechamiento de los recursos que el medio les brindaba —por la caza, la pesca y la recolección—, inician ya la elaboración de ciertas artesanías, como lo es el caso concreto —y de la cual tenemos evidencias— de la alfarería.

Reciben rasgos que imprimen en sus vasijas y a su vez influyen tecnológicamente tanto en su región vecina al oeste, la cuenca de México, como hacia el sur, valle de Puebla, y comparte con ellas elementos culturales venidos de lugares más lejanos y plasmados también en la alfarería.

Tlatempa se sucede entre los años 1200 y 800 a.n.e. y es justo en esos tiempos cuando van a plasmarse en el Altiplano central rasgos culturales olmecas, o que han sido considerados como olmecas, y de este modo vemos como en la cuenca de México, tanto en Tlapacoya —subfase Ayotla y Justo— como Tlatilco (Tolstoy-Paradise, 1970) aparecen dichos elementos culturales olmecas; lo mismo sucede en Chalcatzingo, Morelos (Grove, 1974); en Gualupita o en la región de Atlahuayán, también de Morelos (Grannes, 1971), en fases correspondientes cronológicamente. Del mismo modo, hacia el sur de Puebla tanto en “Las Bocas” como en el valle de Tehuacán, se observa esta “influencia olmeca”, y qué decir de sitios localizados en Guerrero e inclusive en el valle de Oaxaca; en cambio, en nuestra región de estudio —norte del valle Puebla-Tlaxcala— lo “olmeca” está bastante poco representado.

A excepción hecha para el sitio denominado La Conejera (P-155), situado por el kilómetro 97 de la autopista México-Puebla, aldea olmeca arrasada y desbastada por los ingenieros que construyeron dicha autopista, donde sí se observa en cierto grado la presencia “olmeca” e incluso se obtuvo una pequeña figurilla de piedra verde semejante a los “olmecas” de Guerrero (Guevara, 1973; Rodríguez, 1975); o de

Moyotzingo (Aufdermauer, 1970) sitios cercanos al P-155 (hacia el oeste) y donde también se ve cierta influencia “olmeca”, reflejada en su cerámica; así como en algunos sitios hacia el SE de la Malinche, donde también la alfarería aparenta ciertas características que han sido consideradas “olmecas”; en el resto del área explorada, sobre todo en el “bloque Tlaxcala” y en la “sierra de La Caldera” no se observan elementos olmecas u olmecoideas, ¿Quizá porque nunca fueron “olmequizados”?

De acuerdo con algunos autores (Grennes, 1971) lo olmeca del Altiplano se da antes de: “la grandeza y esplendor de los grandes centros ceremoniales de la costa del golfo” (Grennes, 1971: 7) y muchos de los rasgos considerados como olmecas —figurillas huecas, sellos cilíndricos o con forma de pie humano, cajetes decorados con incisión exterior, etcétera— existen ya en Morelos —Gualupita, Iglesia Vieja— y en la cuenca de México —Tlatilco y Tlapacoya— desde antes del 1200 a.n.e., que es cuando se observa la presencia clara de rasgos “olmecas”. Estos hallazgos tempranos corresponderían al “periodo de formación” de la cultura olmeca (1600-1300 que propone Piña Chán (1974), de origen común aunque con evolución independiente en: la costa del golfo de México y en Guerrero-Altiplano central. Más tarde, y correspondiente a la época que nos ocupa, se produce el “periodo de integración” de la cultura olmeca, de acuerdo con Piña (1971), en forma independiente en esos grandes focos aunque con algunas interrelaciones, y es en este momento (1200-900 a. C.) cuando se observa la interinfluencia de los elementos culturales existentes en el Altiplano —Morelos y la cuenca— con los propiamente “olmecas”, para la cual Grennes (1971) propone la utilización del término “complejo D”, con objeto de definir esta mezcla de los componentes “Morelos y olmeca (Morelos por ser la región donde está mejor representada la figurilla D2, su diagnóstico) y la no utilización del concepto “olmeca” u “olmecoidea” para no causar la impresión de sumisión, de los grupos que los contengan, bajo un “Imperio olmeca” del golfo. (Grennes, 1971: 8).

Por nuestra parte, pensamos que a lo “olmeca” le ha sucedido lo mismo que a los grandes centros urbanos con enormes monumentos piramidales, los cuales han atraído la atención de los arqueólogos e historiadores y en ellos se ha centrado la investigación y también con base en ellos se ha querido reconstruir la cultura de toda una región o de un área mayor, olvidándose —o no tomando muy en cuenta— al grueso de la población, que a fin de cuentas es la que soporta la creación de todas esas instituciones. Con lo olmeca creemos pasa lo mismo, la calidad estética de sus elementos culturales ha llamado la atención tanto

de arqueólogos especialistas, como de saqueadores y “diletantes” y es en torno a ellos que se quiere comprender el desarrollo cultural de un área. Pensamos que lo “olmeca u olmecoidea” si tienen gran importancia en el proceso de integración de las culturas posteriores, forma un gran elemento de juicio pues refleja la presencia de una clase privilegiada que podía darse el lujo de contar con objetos tan finamente acabados, además de poder observar el incremento y consolidación de ciertos cultos religiosos; pero al resto de la población, económicamente activa, no hay que olvidarla.

Por otro lado, lo olmeca de algunos lugares lo integran tan sólo una figurilla hueca, o algunos fragmentos de figurillas de características olmecoideas; uno o algunos recipientes olmecas puros y el resto con supuestas influencias olmecas completamente locales, pero a estos últimos no se les toma muy en cuenta, a pesar de representar un fuerte porcentaje de la cultura local, al establecer las interpretaciones.

Esto denota, por otro lado, que el o los “jefes” de la localidad hubiesen adquirido por trueque o “compra” la figurilla o el “hacha decorativa” como muestra de “importancia”, o bien, como prueba de “riqueza”, o porque era la moda de la gente en el “poder”, o bien, que dichos elementos —figurilla, vasija, pequeña escultura, etcétera— se hubiesen realizado localmente imitando las originales conocidas; como en la actualidad mucha gente puede contar con una vajilla china (auténtica), sin que esto denote otra cosa más que un supuesto prestigio y cierto desahogo económico, pero de ninguna manera implica la presencia de un imperialismo chino sobre el área en la que se encuentra dicha vajilla; implica sí una influencia de la cultura China que de algún modo —comercio, intercambio, obsequio— llegó hasta su poseedora, la cual denota el grado de intercambio a distancias enormes, debido precisamente al comercio existente y a los medios de transporte, pero en ninguna forma, repetimos, implica la presencia de un imperialismo.

De ninguna manera negamos lo olmeca, ya que existe, e incluso tiene en el Altiplano “focos” importantes como Chalcatzingo en Morelos, y una buena parte de sus elementos decorativos tienen una amplia distribución, demostrando por tanto la existencia de grupos más avanzados, tanto tecnológica como intelectualmente —así como la existencia de fuertes intercambios, o de comercio—, es decir, denota la presencia de un Estado teocrático incipiente con sede en la costa del golfo, pero de ningún modo podemos aún hablar de la presencia de un Estado expansionista, y muchos de los rasgos culturales considerados “olmecas” se dan, como Piña (1974) lo menciona, en forma independiente tanto en el Altiplano-Guerrero, como

en la costa del golfo, quizá como resultado de contar con un origen común.

La fase Tlatempa (1200-800 a.n.e.) que nos ocupa sí la hemos tratado de delimitar, precisamente basados en la presencia o ausencia de estos rasgos “olmecas” u “olmecoides”. De este modo, si dejamos fuera a “La Conejera” (P-155), a Moyotzingo (P-106) y sus vecinos en esta región, así como los sitios del SE de la Malinche y los cercanos a Nopalucan la Granja, que aunque comparten muchos rasgos Tlatempa sin embargo también están emparentados con los del resto del valle hacia el sur —Cauhuinchan-Acatzingo—, queda el espacio de la cultura Tlatempa —situación cronológica— abarcando un área de aproximadamente 2 100 km² comprendida entre San Martín Texmelucan, Zacatelco, Huamantla, Piedras Negras y Hueyotlipan, como se puede observar en la figura 12, y representada por 80 asentamientos, entre

aldeas y villas. La región al sur, aunque comparte un gran número de rasgos Tlatempa, sin embargo observa —por lo que se ve en su cerámica— mayores contactos y relaciones con los grupos establecidos en la cuenca de México y en cierta proporción con los situados más al sureste (valle de Tehuacán), y, salvo contadas excepciones de rasgos “olmecas” o del “complejo D” que aparecen hacia el SW de la región de estudio —el valle comprendido entre Texmelucan-Puebla-Atlixco-sierra Nevada—, en general comparte un alto porcentaje de elementos Tlatempa, por lo cual bien podríamos integrarla bajo el término de Tlatempa de valle, denotando con ello la presencia de una cultura Tlatempa pero adaptada al valle y, por tanto, con los elementos obtenidos de los contactos de dicho valle con la regiones vecinas hacia el sur y SE.

Por el norte, nuestra cultura Tlatempa se liga con grupos hoy desconocidos por nosotros, pero que por

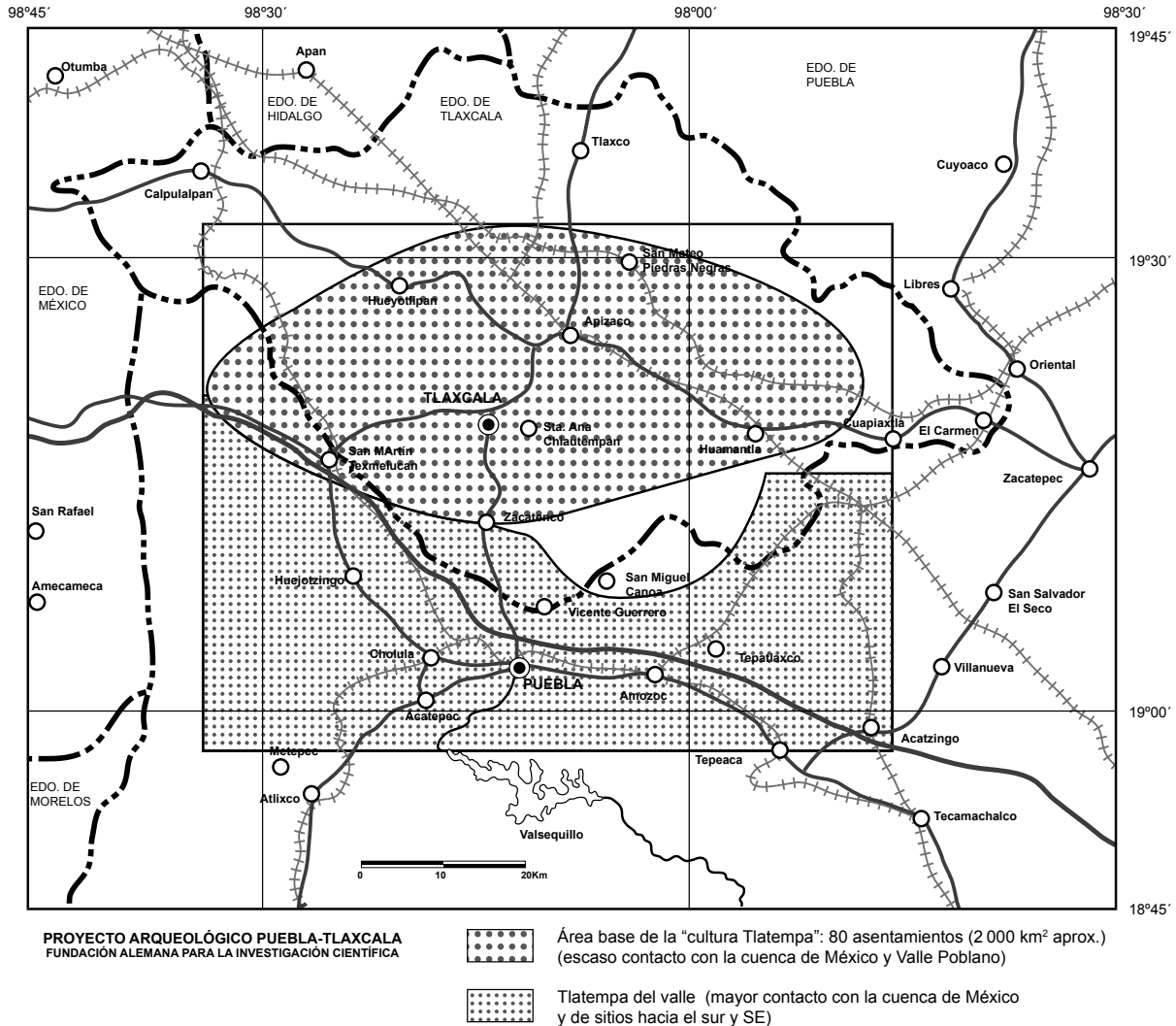


Fig. 12 Delimitación geográfica de la “cultura Tlatempa” (1200-800 a.n.e.)

su cercanía y fácil acceso a la cuenca de México —por el NW— pensamos que están relacionados con esta.

Hacia el este, tampoco hay datos, pues nuestras investigaciones no cubrieron algo de esa región, pero por su cercanía con las culturas del golfo, pensamos que grupos de dicha filiación sean sus correspondientes por este lado oriental.

La “región simbiótica del centro de México”, propuesta por Sanders (1956) como una unidad “histórico-cultural” y que básicamente comprende los valles de Toluca, el valle de México y el valle de Puebla (Tlaxcala), abarcando igualmente el valle de Morelos o el sistema de drenaje Amacuzac, que incluye parte de Guerrero, aparenta tener bases sólidas desde estas fases tempranas del desarrollo cultural en el Altiplano, si tomamos en cuenta la distribución de rasgos “olmecas” u “olmecoides” que aparecen tanto en el estado de Guerrero, el SW de Puebla, gran parte de Morelos y cuenca de México, como lo hace notar Grennes; pero el área en que se sucede la fase Tlatempa, localizada hacia el norte del valle Puebla-Tlaxcala, no participa de esta unidad cultural, y en gran parte tampoco el resto del valle Poblano —con cultura Tlatempa de valle— comparte esta homogeneidad cultural que le daría la presencia de elementos “olmecoides” o del “complejo D”, a pesar de que geográficamente sí está incluida en esta gran “región simbiótica del centro de México”.

Todo parece indicar que nuestra área de estudio no comparte un gran número de elementos culturales —quizá demasiado pocos—, sobre todo en cuanto a la alfarería se refiere, y ni qué decir de la “escultura”, que sí aparecen en otras zonas que integran dicha “región simbiótica del centro de México”; tal vez fueron amigos o parientes de esos grupos “olmecoides” u “olmequizados” —con características del complejo D— del valle y áreas más al sur, pero al parecer a dichos grupos no les agradaba la idea de internarse en las montañas, o situarse en las barrancas estrechas del bloque Tlaxcala, pues por lo que conocemos, tuvieron preferencia por habitar las partes planas de los valles abiertos —Tlatilco, Gualupita, Ajalpan, valle de Oaxaca, La Conejera, etcétera—, o bien en las laderas y algunas lomas o al pie de algún cerro, pero cercanos al valle —Tlapacoya, Chalcatzingo, Las Bosas (?); según lo observado en el área por nosotros explorada, esa idea parece existir; al igual que posteriormente los “teotihuacanos”, quienes también prefieren establecer sus asentamientos en lugares abiertos y no en el interior de las cañadas o sobre las montañas alejadas de los valles.

Tenemos pues que nuestra fase Tlatempa, se sucede entre 1200 y 800 a.n.e., justo durante el “periodo de integración de la cultura olmeca

aldeana”, de acuerdo con Piña Chan, (1974), pero sin contar con elementos culturales que la ligen de modo alguno con esa “tradición olmeca”; al menos que se quiera considerar como olmeca un diseño geométrico —en forma de estrella— que es característico de algunas cerámicas —blancas con fondo cóncavo—, típicas de la fase; fuera de eso no creemos encontrar nada en especial que lo defina como “olmeca”, como hemos mencionado anteriormente. Que Tlatempa se diferencia de la fase anterior, Tzompantepec, por el fuerte incremento de la tecnología agrícola —aumento de terrazas, cierto control del agua—; por la multiplicación de las aldeas y la aparición de un nuevo tipo de asentamientos, las villas; el incremento también de las ideas religiosas; la aparición segura de gentes que ejercían funciones diferentes al de la producción de alimentos —artesanos y “sacerdotes o brujos”—, etcétera y por todo ello vemos que la organización social se ha vuelto más compleja: de una simple comunidad multifamiliar regida por personas de prestigio o más capacitados en las tareas de producción, se puede pensar que pasa el mando a los “brujos” o “chamanes” (“sacerdotes”) o recae en algún consejo representante de las diferentes familias que integraban la población, y al mismo tiempo las aldeas menores van a depender de otras mayores y éstas a su vez de las villas, fomentando por tanto el intercambio de objetos e ideas; ya no serán autosuficientes y dependerán en parte de los recursos de otros grupos, iniciándose así el “comercio” interno y con otras áreas. Que los grupos Tlatempa mantuvieron fuertes contactos con el valle de Tehuacán y en menor proporción con el golfo.

Aparición de los primeros pueblos y del inicio y proliferación de los “centros ceremoniales” (fase Texoloc)

Así las cosas, surge la fase Texoloc, o fase III en el desarrollo regional que venimos tratando. Con Texoloc, no sólo va a incrementarse aún más la población —1600% respecto a la primera sedentaria Tzompantepec y casi 300% (275%) la población Tlatempa anterior— y las villas y aldeas se multiplican, sino que hacen su aparición en forma clara los primeros pueblos, que con un carácter “ceremonial”, van a controlar económica y políticamente el resto de la población existente en el área; es decir, van a iniciarse los pequeños Estados incipientes (regionales) que va a controlar cada uno parte de la población activa de la región, ¿o se trata acaso del surgimiento de “cacicazgos” o de pequeños señoríos?

Texoloc cuenta con 267 ocupaciones diferentes, entre ellas, la mayor parte se trata de aldeas —más

de 200—, el número de villas se incrementa —más de 30—, algunas de las cuales —catorce— cuentan con estructuras mayores, “ceremoniales”, y aparecen por vez primera los pueblos —34— con la presencia tanto de “estructuras ceremoniales” para la erección de sus templos, como con plataformas bajas para la localización de las habitaciones de los “sacerdotes” encargados de los cultos, y/o de los “jefes” que controlaban la parte administrativa y política de la localidad (fig. 13).

El medio ambiente en que se desarrolla la cultura Texoloc es completamente distinto al que conocieron sus antepasados, primeros habitantes —fase Tzompantepec— sedentarios de la región, ya que dicho marco ecológico fue transformado, en parte, por los grupos existentes durante la fase anterior Tlatempa, dada su creciente tecnología agrícola: terrazas con canal, canales de riego y de control de agua, represas con sistemas de canales, depósitos de agua, aparición de azadas de piedra, etcétera; el mayor número de asentamientos y por tanto el mayor uso de la tierra; la aparición y multiplicación de caminos y la mayor explotación de los recursos naturales por una población cada vez más grande son los causantes de este ambiente diferente. Texoloc construye un “paisaje cultural” bastante diferente al paisaje natural conocido por los primeros habitantes en el área.

Los pobladores Texoloc continúan basando su dieta en los productos obtenidos de la agricultura,

que como ya mencionamos se efectúa generalmente apoyada en grandes sistemas de riego ya existentes (Abascal y García Cook, 1973 y 1974), y en menor proporción de la explotación del medio a través de la cacería, pesca o recolección quizá también de los productos obtenidos por el intercambio entre los grupos del área y con otros asentados en lugares más lejos. La localización de sus asentamientos se hacen tanto en las cimas de las lomas y cerros como en sus laderas o al pie de los mismos, pero siempre cercanos a ríos, arroyos o manantiales de agua permanente, que casi no existen, o lo son en número ínfimo, en el valle mismo. Las dimensiones de sus asentamientos varían según se trate de una pequeña aldea o estancia aislada —con 5 o 20 casas-habitación— de aldeas mayores —de 50 a 120 casas-habitación—, o bien, de pueblos con estructuras de carácter religioso o administrativo, o de verdaderos pueblos con “centros ceremoniales” —de 150 casas a 300 casas o más—.

Este notable incremento demográfico y la diferenciación en asentamientos de diferente tamaño, observados en la región de estudio, van a dar como resultado igualmente la más acentuada diferenciación social entre los habitantes de uno y otro lugar; las diferencias entre los campesinos aldeanos respecto de los “jefes” o sacerdotes de las villas y a su vez la de éstos con los “sacerdotes” y “jefes” de los poblados mayores; van a tener también una fuerte diferencia de

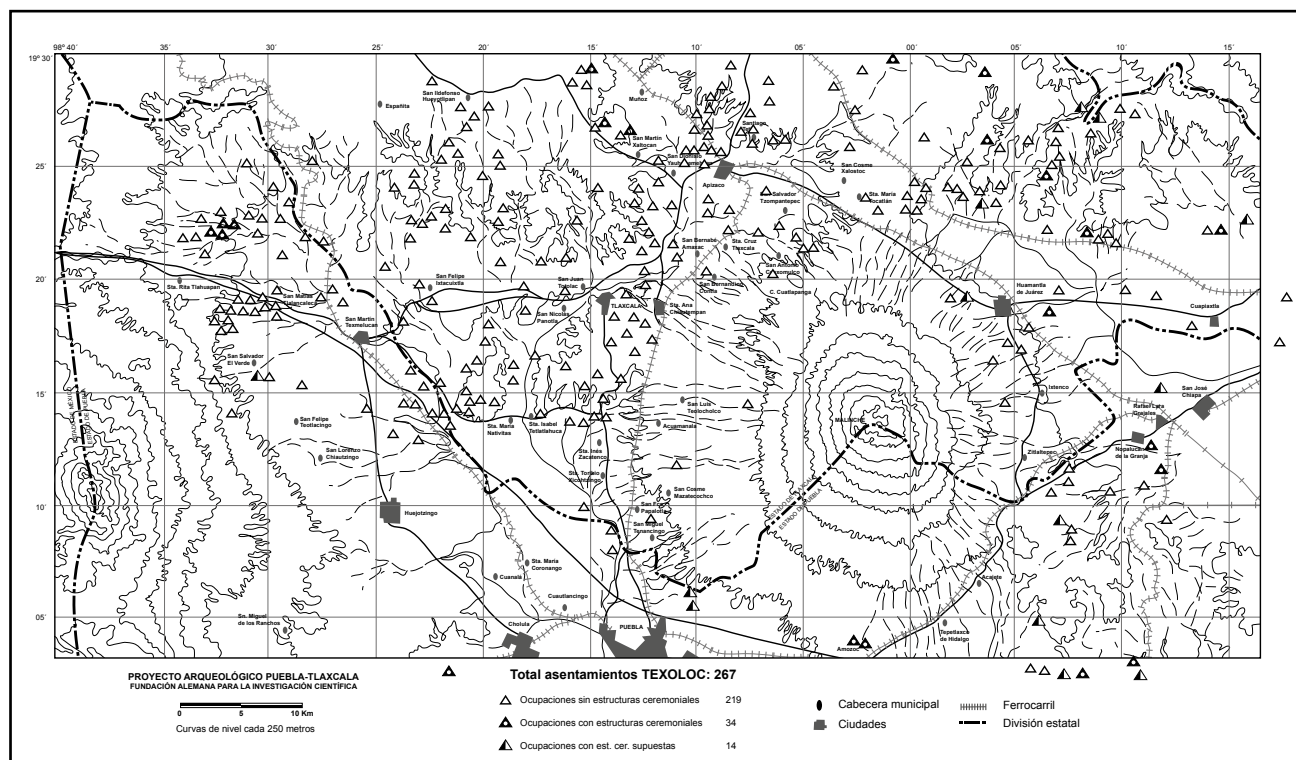


Fig. 13 Distribución de asentamientos de la fase Texoloc (T-III).

carácter económico, lo cual a su vez va a repercutir en la organización social y económica general del área. El notable avance tecnológico logrado tanto para una mejor y controlada explotación del medio en sus necesidades agrícolas, como en el dominio y control de algunas artesanías —alfarería y tejidos, entre otros— va a producir también la necesidad de efectuar mayores intercambios entre sí y con lugares distantes fuera de su fronteras, más adelante veremos ejemplos concretos sobre esto; pero también la aparición y multiplicación de estos artesanos va a aumentar el número de gente que no se dedican a la producción de alimentos —a trabajos agrícolas— sino que van a depender de los excedentes de producción de su localidad. Entre estas gentes pueden citarse tanto a los artesanos, como a los “chamanes”, “brujos” y “sacerdotes.” Se inicia una fuerte diferenciación social de la población y el carácter de la producción será tanto de forma comunal —agricultura, construcción de estructuras y templos— como de carácter individual —producción de artesanías y los servicios de cultos y ceremonias—.

Por lo anterior vemos cómo ya para este momento de la fase Texoloc la organización social de sus habitantes es cada vez más compleja y en ella existen sacerdotes, brujos o curanderos, artesanos y campesinos, que se diferencian entre sí tanto por sus actividades distintas como por la posición que ocupan en la producción conformándose de un modo más sólido la presencia de un grupo dirigente que tendrá el control, que como todos sabemos recayó en los “sacerdotes”, quienes a la vez que realizaban los cultos a los dioses, que ahora son también en número mayor, marcaban igualmente las pautas de la producción —agrícolas y artesanales— y la de sus intercambios con otras áreas.

Si en Tlatempa vimos ya la presencia de algunos cultos relacionados con la fecundidad de la tierra, representadas por figurillas femeninas y objetos zoomorfos —tejones, aves— y antropomorfos, así como fálicos; en Texoloc van a hacer su aparición el dios del fuego o Huehuetotl, así como otro antecedente de Tlaloc, además de continuarse los anteriores; desde el inicio de la fase se cuenta ya con el culto a Huehuetotl, esto lo afirmamos basados en la presencia de un brasero, en cuya base pedestal se encuentra representada la cara de un viejo y hacia los lados colocados unos pequeños brazos (fig. 14), éste que fue obtenido en su posición estratigráfica, al efectuar la excavación de un pozo de muestreo (García Cook, 1974; Reyna, 1973). Además se cuenta con un gran número de estos pequeños brazos y fragmentos de los mismos (braseros) localizados en superficie y colocados por seriación hacia fines de la fase an-



Fig. 14 “Brasero-Huehuetotl” procedente de excavación en Tlaxcala.

terior Tlatempa e inicios de Texoloc. Morfológicamente y quizá también cronológicamente, nuestro Huehuetotl parece antecedente de los que aparecen —más tarde— en Cuicuilco, de la cuenca de México (Piña Chan, 1960 y 1974) o al menos corresponden a una misma tradición cultural estilística. La forma de remarcar los rasgos de la cara —ojos, nariz, boca, pómulos y cejas— los hace casi idénticos, pero los de Cuicuilco aparentan ser más elaborados, pues (aunque en forma tosca) tienen representado todo el cuerpo del individuo, el cual está sentado —en ambos casos de Cuicuilco— con las piernas cruzadas y los brazos apoyados sobre las mismas, con las manos unidas, y ambos llevan un recipiente —brasero— aunque distinto en cada caso, sobre la espalda. En uno de ellos (fig. 15) y más elaborado, el recipiente es bastante semejante al localizado por nosotros (fig. 16). La forma de representar la cara y brazos del personaje, incluidos en el pedestal, en nuestro caso, nos hace pensar que éste sea más antiguo que los de Cuicuilco; por otro lado, las fechas de C^{14} con que se cuenta para este pozo² lo sitúan entre 400 a 500 a. n. e. El Huehuetotl de Tlaxcala tiene decoración de rojo, y amarillo sobre baño blanco, que cubre el objeto entero y los de Cuicuilco —al menos 1, quizá el más antiguo— también tiene restos de pintura amarilla y roja sobre el color del barro, según pudimos observar en una fotografía (Piña Chan, 1974).

En Tlalancaleca (P-119), en unos petroglifos localizados en las piedras existentes hacia la margen del sur del sitio, aparece la representación de unos Tlaloc (o pre-Tlaloc); uno de los cuales, que a su vez tiene la representación de una especie de flor (fig. 17) lo hemos podido relacionar con otras especies de flores representadas sobre unas grandes piedras —1.10 y 0.82 m

² Muestra HV 6053, 2180 ± 65 para la capa V, muestra Hv 6054, 2205 ± 60 para la capa VIII y muestra Hv 6055, 2515 ± 90 y Hv 6056, 2485 ± 80 para la capa X. Se está en espera de otros fechamientos para las capas del mismo pozo. El “Huehuetotl” se localizó en la capa VIII.



Fig. 15 (Izquierda)
Braseros-Huehueteotl
de Cuicuilco.

Fig. 16 (Abajo)
Brasero con representación de
Huehueteotl procedente
de Tlaxcala.



de diámetro cada una —actualmente empotradas al costado de la iglesia de San Matías Tlalancaleca, pero de las cuales conocemos su procedencia y que las hace correspondientes con la parte media-tarde de esta fase Texoloc que estamos tratando, a la vez que parecen estar relacionados con algún sistema calendárico (Noguera, 1964; García Cook, 1973d).

Además de estas representaciones de dioses —Huehueteotl y Tlaloc (?)— se continúan con la presencia —sobre todo al principio de la fase— de las vasijas zoo y antropomorfas; así mismo, se va incrementando el número y tipos de figurillas de arcilla cocida, apareciendo los tipos C10, E, H, y EH (fig. 18), además de fragmentos de “máscaras” de cerámica, lo cual denota el incremento que han observado los cultos religiosos. Esto y la multiplicación y mayor elaboración de los centros ceremoniales nos indica que tanto la religión como el sacerdocio se han institucionalizado —o están en proceso de serlo—.

Respecto de los “centros ceremoniales” que como dijimos anteriormente, durante Texoloc se inician

y desarrollan con gran fuerza, se cuenta con más de 30, entre ellos podemos mencionar por ejemplo a Tlalancaleca (P-119), donde al menos existe una docena de estructuras piramidales —grandes o chicas bajas—; además, durante esa fase en este mismo lugar se cuenta también con la presencia de una estela lisa, así como de dos “sarcófagos monolíticos” —una de 2.70×2.00×1.30 m y el otro menor, de 1.40×0.65×0.70 m— como aquel que apareció *in situ* en el interior del cuerpo de una pirámide en Totimehuacan y cuyo fechamiento por radiocarbono lo sitúa alrededor del año 55 a. n. e.³ (Noguera, 1964; Spranz, 1970; García Cook, 1973d) (fig. 17); Gualupita Las Dalias o “Tlalancalequita” (P-164), donde también hay para esta fase la presencia de unas diez estructuras piramidales; Cuajimala (T-158), donde también hay varias estructuras; San José Tetel (T-158), el cual está situado al lado de lo que en Tlatempa fuese una villa

³ Prueba Hv1714: 2645± 90 años o sea 605 ± 90 a. n. e.
Prueba Hv1947: 2430± 60 años o sea 480 ± 60 a. n. e.

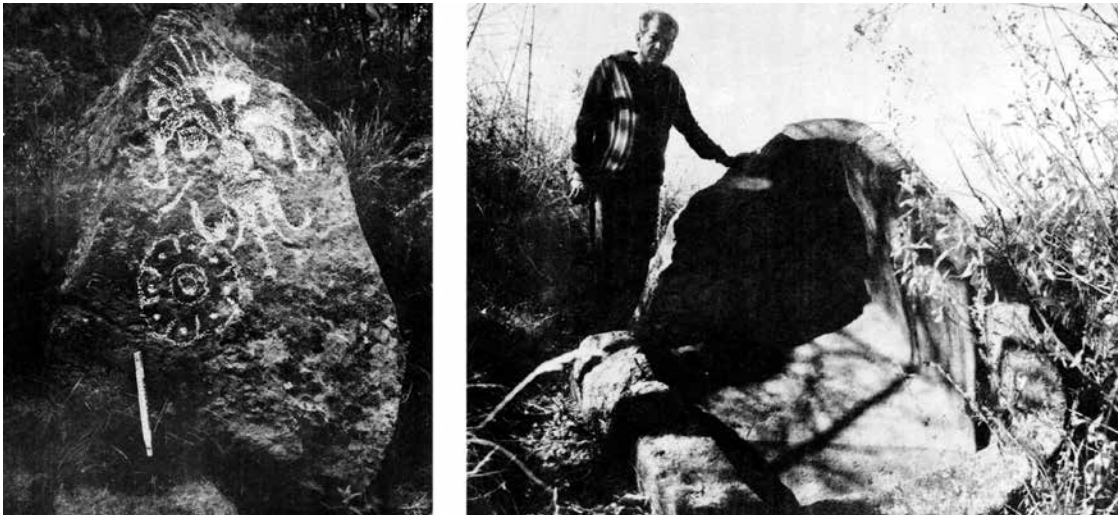


Fig. 17 (Izquierda) Representación de “Tlaloc” en un petroglifo de La pradera de Tlalancaleca, Puebla (sitios P-119) (Derecha) Ilustración del “Sarcófago” del mismo sitio.

también con estructuras (T-26, Zimacatepec) y quien observa además de tres estructuras mayores, algunas plataformas bajas —quizá “residenciales”— en un asentamiento que abarca más de 100 hectáreas, pobladas ampliamente y con restos de un sistema de canales. Atlantepec (T-209), con lo que será durante la fase siguiente una enorme plataforma —de 400 × 300 × 8 m de altura— se inicia ya durante Texoloc, o Coyotzingo (T-209) también con algunas —cuatro— estructuras piramidales, además de sus amplias terrazas habitacionales o de cultivo cuyos altos peraltes están totalmente recubiertos de piedra. O las de Xaltocan (T-47 y T-76), o Coaxomulco (T-112), o San Diego Meca (T-433), por citar algunas.

Al sur de la Malinche, en los sitios de Capulac, uno de ellos —el P-212— tiene una gran pirámide circular situada sobre la cima de un cerro, con estrechas terrazas a los lados que hacen parecer dicha pirámide, si es vista a cierta distancia, con gran monumentalidad (Tschohl y Nickel, 1968; García Cook, 1974b), y la hacen semejante y correspondiente cronológicamente a la de Cuicuilco en la cuenca de México, y a otra menor, también circular, situada igualmente casi en la cima del cerro de Santa Anita Nopalucan en Tlaxcala (T-170), etcétera.

Sirva esto, tanto los sitios con estructuras como las figurillas y “sarcófagos” —además de la estela lisa, las “piedras calendáricas”—, para poder apreciar, en parte, la enorme importancia que han adquirido la religión y por tanto la fuerza —y presencia— de la clase sacerdotal dirigente de estos sitios mayores. Se puede inferir con ello que los pequeños Estados incipientes existentes se van consolidando para dar lugar a los diversos pequeños Estados teocráticos (regionales), que aparecerán durante la fase siguiente, y también

podemos comprender mejor el gran desarrollo ideológico que se ha alcanzado, con los diversos cultos a un mundo de lo sobrenatural y los sentimientos espirituales fomentados por la religión.

Respecto de la tecnología de esta fase Texoloc, hemos dicho que han alcanzado un gran desarrollo: las técnicas agrícolas se multiplican pues además del incremento y mejor elaboración de las terrazas, tanto para efectuar sus cultivos como para asentar sus habitaciones, aparece también todo un sistema de canales para irrigación y control del agua; se cuenta igualmente con la presencia de represas con canales de salida para la distribución del agua en ella reservada; depósitos excavados en la roca o represas sin canales para el almacenamiento de agua de lluvia y su posterior utilización. Aparece por vez primera en nuestra secuencia un instrumento de piedra —tallada y pulida— para efectuar servicios agrícolas como lo son las azadas (Tesch y Abascal, 1975). También creemos contar ya desde estos tiempos con los pesos de los husos para hilar, “malacates” (García Cook y Merino, 1975) que sirvieron tal vez para procesar textiles de la fibra de maguey o quizá de algodón traído de lugares situados al sur de Puebla o de Morelos.

En la cerámica, aunque se continúan algunos tipos de los de la fase anterior —cerámicas blancas sobre todo—, aparecen otros desde la parte temprana de Texoloc y que junto con algunos otros elementos van a ser diagnósticos de dicha fase. Se trata de una cerámica café —en menor proporción negra y más tarde también un poco de roja— con gruesas líneas incisas en su borde, a la cual hemos llamado Texoloc (Mora, en preparación; Abascal, 1974) y semejante en algunas formas y decoración a las llamadas Quachilco de Tehuacán (MacNeish *et al.*, 1970) aunque no en

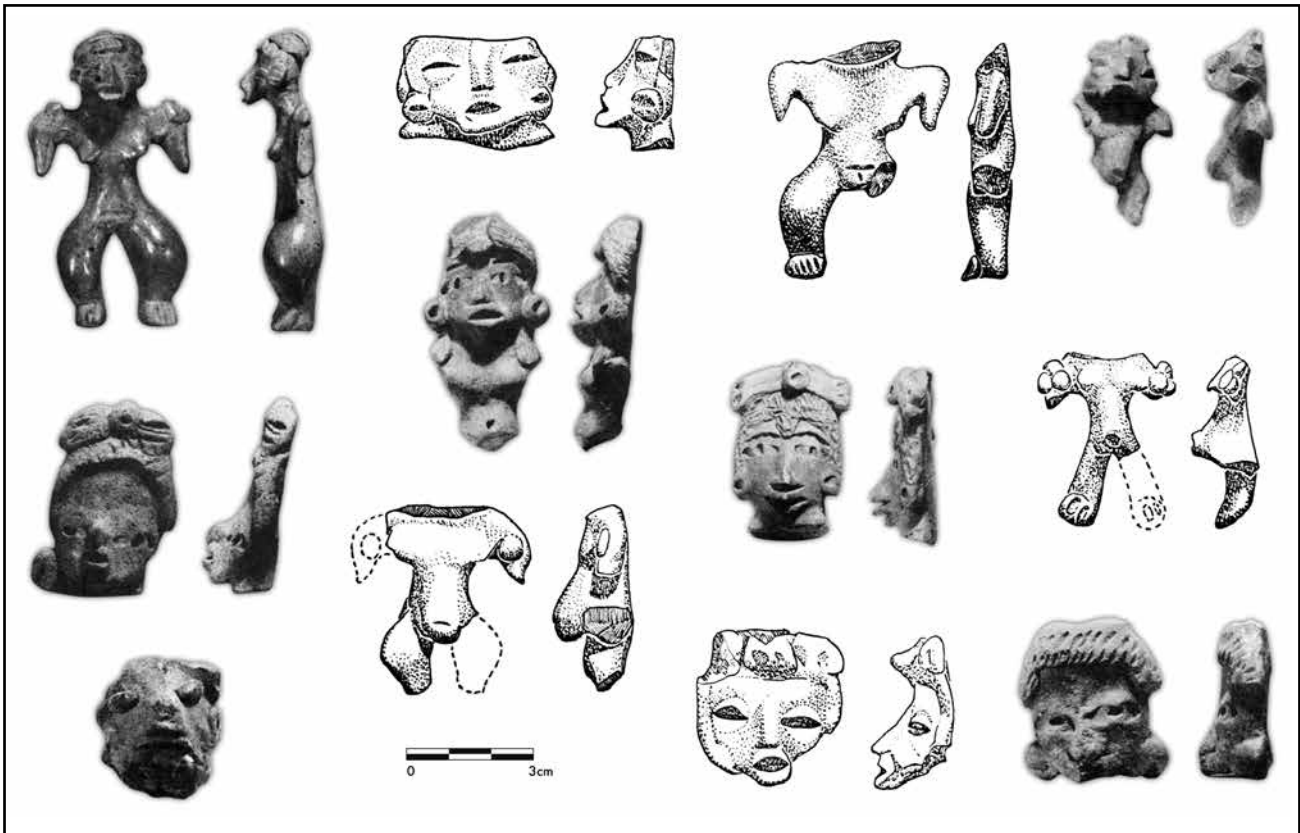


Fig. 18 Figurillas de la fase Texoloc (C-10, E, H y EH).

tamaño —las nuestras son muy grandes—, ni en la composición y calidad de la pasta —las de Tehuacán son más finas y mejor cocidas—. Por diferentes elementos de juicio con que contamos y que no podemos tratar aquí, pues no es el caso, pensamos que nuestra cerámica Texoloc dará origen a la Quachilco, la cual al parecer es el resultado de la copia de algunos elementos decorativos Texoloc elaborados sobre formas y pasta semejante a las de Monte Albán, hacia el sur. También la cerámica Texoloc aparece por el norte en lugares de Hidalgo, hacia el NW se le ha localizado en Cuauhtinchan y distribuidos en el resto del valle poblano (Abascal, 1974; McBride, 1973; Dávila, 1974). También en la cerámica, además de los malacates ya mencionados, aparecen con seguridad los comales para cocer las tortillas, los que tendrán un uso tan extensivo e intensivo en las fases siguientes (Trejo, 1975). Aparecen igualmente en cierta proporción las orejeras cortas, sólidas y huecas, las que en su mayoría son blancas y en menor proporción negras con pintura roja o blanca.

Entre las figurillas, de las cuales hemos mencionado ya las más características, aparecen algunas al parecer procedentes o influenciadas por el occidente. También en la cerámica existen algunos elementos provenientes de dicha región (Guevara, 1973). Ade-

más los fragmentos de pequeñas máscaras de barro y la representación de cerámica de pequeños animales se multiplica, etcétera.

A la fase Texoloc sí la hemos podido delimitar espacialmente con mayor seguridad, y así vemos que ocupa en principio la misma área que ocupó Tlatempa con una cierta extensión hacia el SW y el norte. Abarcando entonces un área de unos 2 400 km², donde se asentaron 232 grupos diferentes. El resto del valle también presenta algunos elementos de Texoloc, pero con mayor predominio de elementos semejantes a la cuenca de México y con mucha menor —casi ausente— influencia de occidente, que la observada en nuestra área. Así que la región comprendida hacia el SW —el valle localizado entre San Martín Texmelucan-Puebla-Atlixco y la sierra Nevada— de nuestra área, bien podría llamarse Texoloc-Coapan, por ser este último un centro ceremonial que comienza a tomar importancia en esa época y queda localizado en el centro de dicha área, y la del SE —hacia el oriente del Atoyac, sur y SE de la Malinche, hasta Tecamachalco-Valsequillo por el sur— como Texoloc-Amalucan, por ser también ese un gran centro de importancia, sobre todo hacia la segunda mitad de esta época (Fowler, 1968), y ambas, incluidas en general en lo que hemos llamado Texoloc de valle (fig. 19).

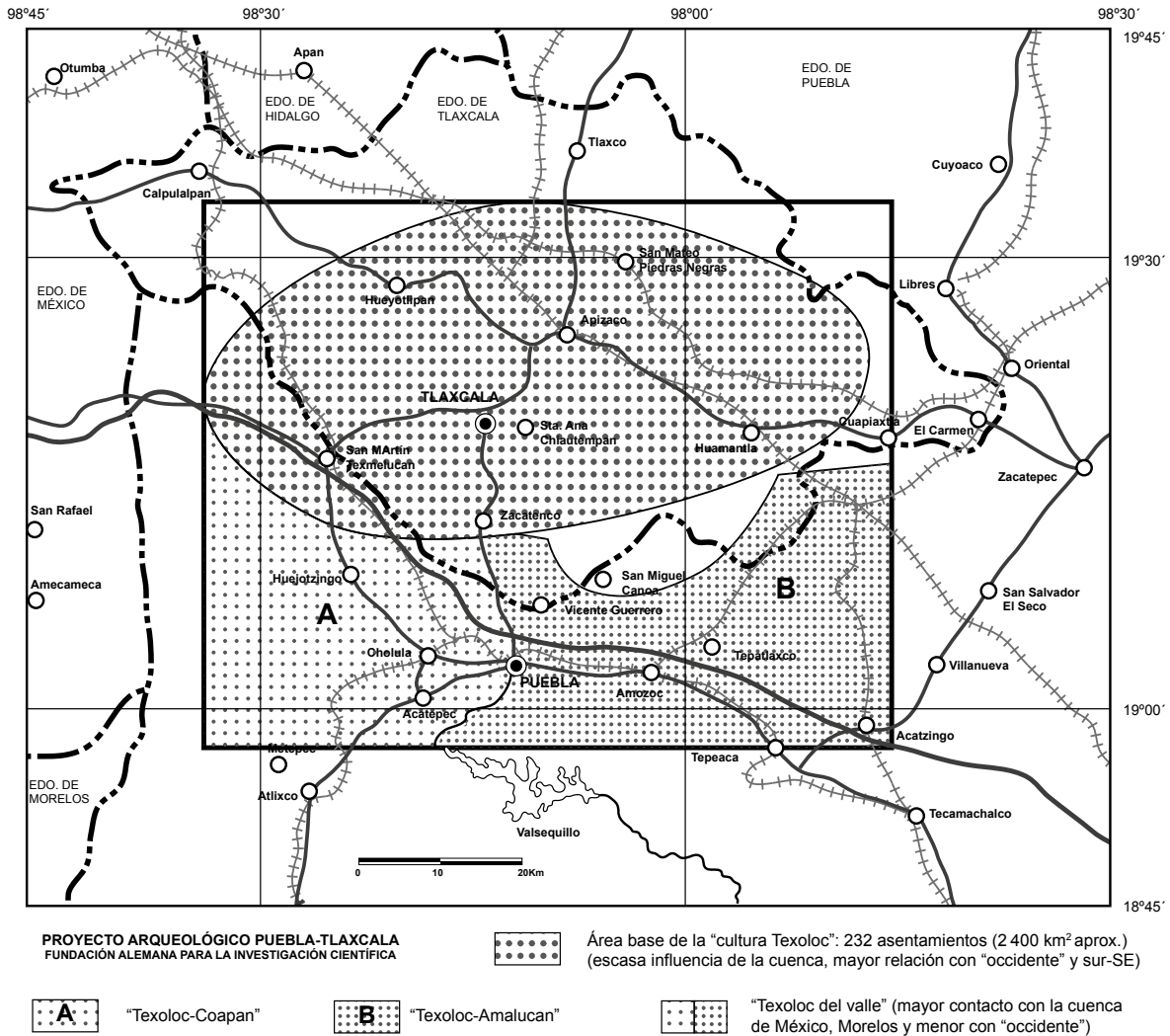


Fig. 19 Delimitación geográfica de la "cultura Texoloc" (800-300 a.n.e.).

Por todo lo leído sobre esta fase Texoloc hasta el momento, vemos que los pobladores de dicha época sí tuvieron mayores contactos entre sí, como con otros grupos de gentes habitando fuera de sus fronteras. Así vemos que las gentes Texoloc tuvieron fuertes contactos con los habitantes del valle de Tehuacán —tanto por la cerámica Texoloc, semejante o antecedente de la Quachilco, como por otros tipos ligados—; con la cuenca de México —tanto por la amplia distribución de la cerámica Texoloc como por algunos tipos de figurillas, la presencia de Huehuetotl semejantes en ambas áreas, la elaboración de estructuras circulares en las dos regiones, etcétera—; como el occidente, de donde hasta ahora sólo conocemos su influencia, pero no sabemos de la Texoloc hacia ella; con el golfo central —también interinfluenciado en su cerámica—; con el resto del valle poblano, y la ausencia —salvo quizá la procedencia del algodón— de

relaciones con Morelos. Aún con todos los contactos observados, la cultura Texoloc tiene sus propios elementos culturales que la definen, de gran tradición y de mucha fortaleza.

Vemos pues que durante Texoloc, además de incrementarse las técnicas agrícolas y de multiplicarse la población, se ve acelerado, igualmente, el proceso de integración de una religión que durante la fase siguiente se verá cristalizada, y por tanto se observa también el surgimiento de una clase sacerdotal. Del mismo modo, se fortalece el establecimiento de otra clase más, aparte de la anterior —la sacerdotal— y de la campesina: la de los artesanos. Estos últimos, junto con la clase sacerdotal, han de cumplir un gran papel en la dirección y control de la clase campesina mayoritaria y van a ser los principales causantes de la transformación de la sociedad y de su gobierno, de la fase siguiente.

El apogeo regional (fase Tezoquipan)

Se inicia Tezoquipan, como ha sido llamada la fase IV de la secuencia cultural del área que nos ocupa.

Tezoquipan va a observar la cristalización de todos los cambios “técnico-intelectuales” cuyo proceso acelerado se observó en Texoloc, tanto el religioso como el sacerdotal; el artesanal y el hidráulico, etcétera, que venían gestándose desde las fases anteriores. Durante Tezoquipan se va a plasmar completamente, tanto el carácter religioso del control de la población (y por tanto, la enorme fuerza política y económica ejercida por la clase sacerdotal), como la preponderancia y proliferación de la clase de artesanos, quienes en su mayoría sin efectuar una actividad productora de alimentos, sí tienen un *status* social más elevado que de las campesinado económicamente activo en dicha producción agrícola. Tezoquipan va a ver también el “clímax” de los sistemas hidráulicos utilizados en la explotación del medio ambiente, aplicados en sus sistemas de cultivo, y por tanto la tecnología agrícola alcanza también durante Tezoquipan su máximo apogeo. Todo esto producto de una fuerte transformación tecnológica y del gran desarrollo intelectual producidos durante Texoloc.

La fase Tezoquipan es la que cuenta con el mayor número de asentamientos respecto de las demás fases culturales que integran la secuencia, y por el número de poblados mayores puede pensarse también que es la de mayor densidad demográfica.⁴

La dependencia alimenticia es básicamente de la obtenida por la agricultura, pero sigue observándose, aunque en menor escala, el aprovechamiento de los recursos naturales tanto por la cacería como de la recolección en general. Creemos que durante Tezoquipan tiene un papel, en algunos lugares, la utilización de los productos obtenidos por la explotación de los ríos y lagunas ya que esta fase si presenta asentamientos en el valle, junto a los lagos y a los dos grandes ríos de agua permanente.

Antes dijimos que los pobladores Tezoquipan desarrollan una amplia tecnología agrícola y esto lo apuntamos basándonos en la presencia física para esta fase, de diferentes y variados instrumentos de producción utilizados para un mayor aprovechamiento del medio para su explotación agrícola. De este modo vemos que durante esa fase existen además de las terrazas de cultivo, que como sabemos se inician en nuestra región desde muy temprano, grandes sistemas de canales de riego, con la utilización

de canales “primarios” y “secundarios”; un mayor número de represas para el control, almacenamiento y distribución de agua —tanto de lluvia como inducida—; la aparición de “diques” para desviar las aguas de los ríos y aprovecharla por canalizaciones; la utilización de campo cercanos a las lagunas o situados entre ríos o al borde de los mismos por la fabricación de “camellones” o bien por la creación de “chinampas” tanto de orilla del lago, como localizadas lago adentro —“Atlazompa”— (Abascal y García Cook, 1973 y 1974), y la multiplicación del número de azadas de piedra utilizadas en los servicios de la agricultura.

Además de lo anterior, el número y formas de las piedras de molienda y de los morteros para el procesamiento de los productos obtenidos se incrementa; como se incrementan también el número de comales elaborados en cerámica para la transformación de sus alimentos (Trejo, 1975), y el de los “malacates” para la elaboración de tejidos.

Los asentamientos Tezoquipan se tornan más concentrados y los escasos pequeños grupos dispersos existentes durante Texoloc parecen desaparecer. De este modo, las aldeas menores que cuentan con unas 40 casas-habitación son muy escasas. Abundan las aldeas y villas que cuentan entre 200 y 250 casas-habitación y existen bastantes pueblos con centro ceremonial que tienen entre 250 y (más de) 300 casas, pero aún más: se presentan, aunque en menor número, algunos poblados mayores —¿ciudades acaso?— que tienen más de 400 casas, además de su centro ceremonial y estructuras “residenciales” perfectamente planificados.

El total de asentamientos Tezoquipan que se han localizado hasta la actualidad en nuestra área de estudios, es de 338 —27% más respecto de Texoloc—; siendo entre ellos 115 los que cuentan con algunas —de una diez— o muchas —más de diez— “estructuras ceremoniales” (fig. 20). Pero además de este gran número de estructuras elevadas, llama la atención la planeación que existe en su elaboración; de este modo, en los conjuntos arquitectónicos se ve la presencia de “plazas abiertas” —cerrada por tres de sus lados— y el patrón general de las estructuras se observa una distribución planeada, siguiendo algún eje o bien en forma circular, persiguiendo cierto arreglo a su disposición.

Así, vemos por ejemplo el caso de Tlalancaleca (P-119), con sus 24 estructuras mayores (más las tres del Ameyal), además de las múltiples plataformas bajas, muchas de las cuales hoy casi han desaparecido por el arado, que presenta un patrón lineal siguiendo un eje este-oeste y en la cual al parecer existieron sistemas internos de comunicación —al menos dos calles este-oeste y varias (unas cinco) norte-sur— así como

4 Aún no se ha terminado el cálculo demográfico, pero por el número de sitios mayores existentes y la escasa población dispersa que observa esta fase, pensamos sea la más densamente poblada.

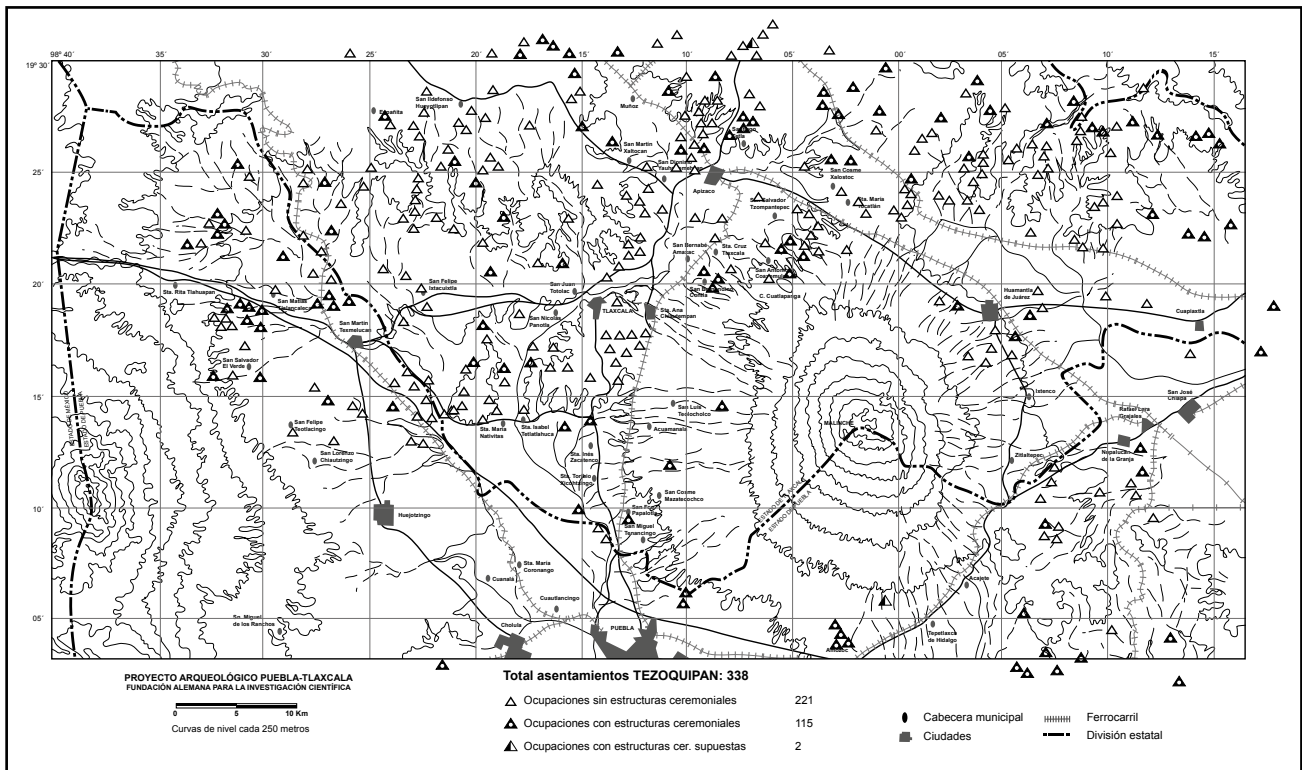


Fig. 20. Distribución de asentamientos de la fase Tezoquipan (T-IV).

algunas vías de acceso —tres por el este y quizá una por el oeste, entre otras—. En este sitio las ocupaciones más tempranas —Texoloc con seguridad y tal vez desde Tlatempa medio— se asentaron en la parte superior del sitio en el extremo este, donde construyeron una amplia plataforma y dos estructuras elevadas, más tarde eligieron una estela lisa, en forma de gran disco vertical y cuya cara principal —superficie trabajada— fue colocada viendo al oeste franco y todo parece indicar que el crecimiento de la población tuvo como eje una línea este-oeste que pasa por dicha “estela lisa” (García Cook, 1973d).

Este sitio —La Pradera de Tlalancaleca— además de presentar esta disposición lineal, planificada, en un área de 3 km de longitud por unos 650 m promedio de ancho, cuenta entre sus hallazgos, los que actualmente están en varios poblados vecinos —San Matías, Santa María Texmelucan, etcétera— o bien salieron a engrosar las colecciones nacionales y extranjeras —ya que saqueaban con helicóptero—, un buen número de “esculturas” sobre piedra, o bien de grandes bloques monolíticos con diseños excavados o incisos; entre éstos pueden contarse “dos piedras calendáricas” (Noguera, 1964; García Cook, 1973d), “dos sarcófagos” monolíticos —aunque correspondientes a la fase anterior, al igual que la estela lisa—; varios petroglifos —dos de ellos representaciones de “Tlaloc” y tres más con puntos excavados y tal vez

relacionados también con el control del tiempo, pues suman 300—; varias pinturas rupestres y una estela —Elemento 7— totalmente decorada por incisiones en la que se representa a un personaje o deidad con boca descarnada y dos cráneos sobre el pecho, así como portando una especie de capa que está formada por la representación del 16 cráneos unidos entre sí (García Cook, 1973d: 28-30; Aguilera, 1974) y que se encuentra aún en el sitio que ocupó durante su última “utilización” de la época prehispánica, asociada a una estructura piramidal levantada junto con otras dos en torno a un manantial —El Ameyal de la pradera de Tlalancaleca— como culto al agua. Además de lo anterior, entre los elementos arquitectónicos observados en este sitio se puede mencionar la presencia de anchas alfardas —un metro— limitando las escalinatas, situadas —en un caso observado— en el lado oriental de un edificio; la existencia también —y en subestructura— del talud-tablero, tan característico de una época y de una cultura. La orientación general de las estructuras es norte-sur, este-oeste, con una ligera desviación en ciertos casos de 5° a 7° del norte magnético —hacia el este en su mayoría—, etcétera (figs. 21-24).

Por lo poco que hemos escrito sobre este sitio de La Pradera de Tlalancaleca (P-119), nos podemos dar una idea aproximada de la enorme importancia tanto religiosa como de carácter político y económico que



Fig. 21



Fig. 22

Figs. 21 a 24 Diversos elementos culturales existentes en La Pradera y El Ameyal de Tlalancaleca (P-119).

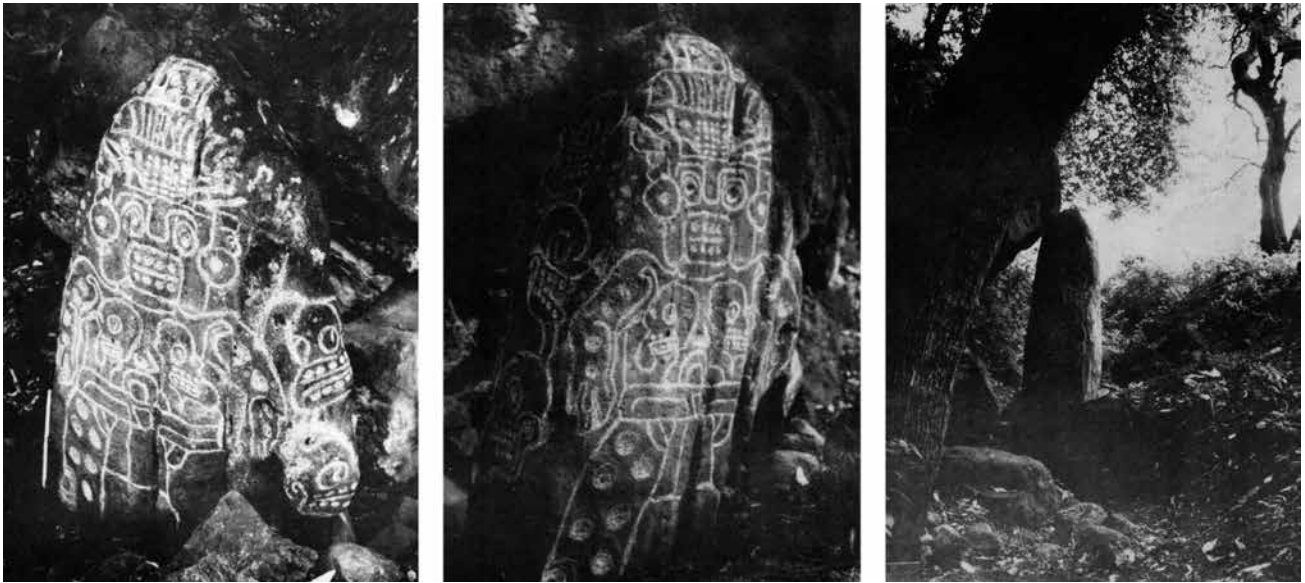


Fig. 23

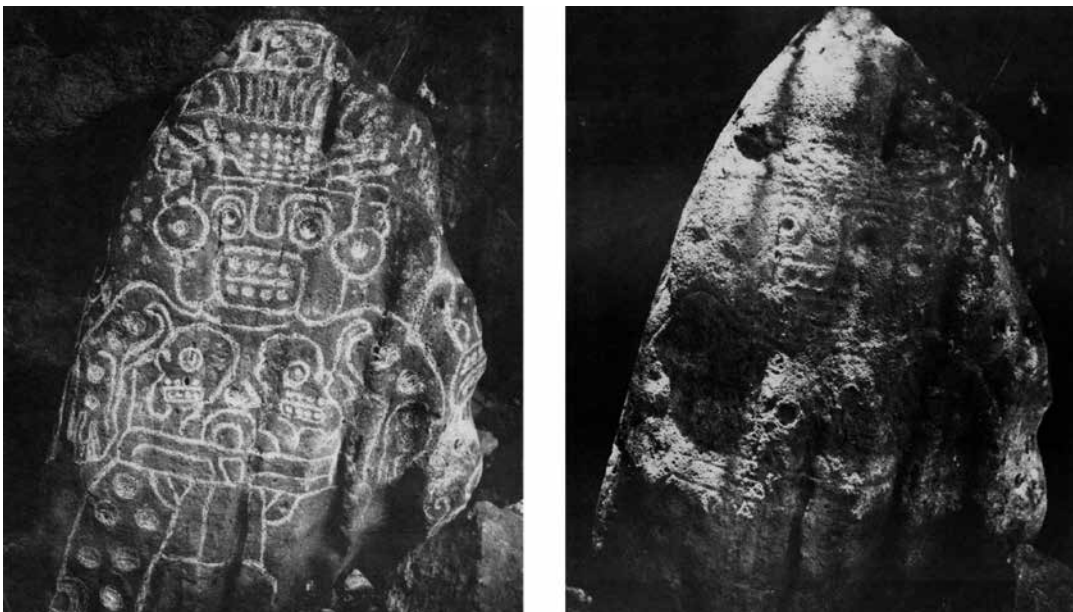


Fig. 24

debió ejercer ese sitio durante esta fase Tezoquipan, que es la época en la que alcanza su mayor apogeo —aunque e importante desde Texoloc y para el inicio de Tenanyecac (fase V) está casi abandonado—. Este asentamiento y algunos otros que si no tan grandes como él, ni con tantas estructuras, ni con la abundancia de otros elementos culturales, nos hace pensar en la existencia clara de varios “pueblos-Estado” o, ¿tratare ya de una pequeña ciudad-Estado?, que tenía el control en un político-económico-religioso de un área considerable a su alrededor. Tlalancaleca, por sus características y de acuerdo con los asentamientos que la rodean, parece haber controlado varios pueblos,

villas y aldeas cercanas, y pensamos que también de manera alguna, sólo religiosa, tendría un fuerte control de un área mayor.

Otros “pueblos-Estado” o pequeños Estados teocráticos serían por ejemplo, hacia el bloque Tlaxcala: Gualupita Las Dalias (P-104) (Tlalancalequita); Tecopilco (T-73); San José Tetel (T-24); Cuajimala (T-158); Xalpetlahuaya (T-347); San Dieguito (T-432); uno de los Tetlas (T-13), entre otros, y por el sur: Nopalucan (T-170); Atlantepec (P-209); San Jacinto (T-310); San Aparicio (P-221); Los Teteles de Gorozpe (P-217-218); Capulac-Concepción (P-211), el cual además de tener también patrón lineal (norte-sur) y de

contar con varias estructuras piramidales y de grandes plataformas elevadas, cuenta con la presencia de un juego de pelota para esta fase Tezoquipan: juego cuyas dimensiones y para la época que corresponde se le puede considerar “enorme”: 105×12 m el área de juego, por 2.50 m de altura media en su interior, abierto y colocado sobre una amplia plataforma, hacia el extremo norte-central del asentamiento en sí (fig. 25) (García Cook, 1974b; Beristáin *et al.*, en preparación). Y fuera de nuestra área —aunque los visitamos y conocemos su material— pero también de gran importancia, podemos nombrar: San Francisco Coapan; Amalucan; “Los Teteles de San Miguel” en Cuauhtinchan, (Fowler, 1968; Dávila, 1974).

Vemos pues que durante Tezoquipan están perfectamente definidas por lo menos tres y quizá cuatro clases integrando la sociedad, las cuales se diferencian entre sí por los servicios que prestan en su comunidad. Estas clases son: los “sacerdotes” o dirigentes, que se encargarían de los servicios religiosos y del control político y económico del grupo al que pertenecen, abarcando su influencia los grupos vecinos, de acuerdo con la importancia que hayan logrado dar

al sitio al cual prestan sus servicios; los artesanos, cuya clase se ve incrementada tanto el número de componentes como en la diversidad en los especialistas existentes, pues ahora, además de los alfareros, tejedores y lapidarios o especialistas en trabajar la piedra, se cuenta también con la presencia e importancia de los canteros, albañiles (constructores) y otros artesanos especializados en la fabricación (elaboración) de algún utensilio o elemento en particular. Además, en esta ocasión se ve ya fortalecida pues surge desde Texoloc y quizá también existe como especialista “el comerciante,” quien se encargará de la distribución e intercambio de los alimentos producidos por el grupo, así como el de obtener (conseguir) la materia prima requerida para la elaboración de ciertas artesanías para la satisfacción de sus necesidades en general —vestido, adornos, alimentos, etcétera—, las cuales no existían en la región donde se habita; o cuando dicho elemento sea un recurso natural “propiedad” de otro grupo —canteras, maderas, arcillas, etcétera— vecino, habitantes de la región y compartiendo la misma cultura; o bien de la obtención de elementos correspondientes a grupos asentados en otras áreas culturales —conchas marinas, piedras preciosas, plumaria, pigmentos, algodón, sal, alimentos, etcétera— e indispensables para satisfacer las necesidades del grupo al que pertenecen.

Vemos pues que este especialista, “comerciante” o intermediario, es sumamente importante y que actuará de acuerdo con el (o los) sacerdote(s) o dirigente(s) —en los grupos menores, quizá sea él mismo—, en la planeación económica —extrarregional— del grupo y, por tanto, tendrá una posición social y privilegiada; quizá de mayor importancia que la de los demás especialistas-artesanos.

Estos pequeños Estados teocráticos estarán basados en la “explotación” hecha por los dirigentes —sacerdotes, comerciantes y en menor proporción los o algunos de los artesanos— sobre la gran población de esos grandes pueblos o pequeños núcleos “suburbanos” —protociudades—, y vivirán a expensas de los servicios y tributos realizados por dicha población campesina. Estos últimos, además de producir excedentes para alimentar a los jefes dirigentes o sacerdotes, a los artesanos especializados y quizá igualmente a los comerciantes, habrán de contribuir también, en ocasiones, en obras o tareas comunales —limpieza de canales, construcciones de terrazas y templos, limpieza de los centros religiosos, transporte y colocación de monumentos, etcétera— y de prestar sus servicios individuales cuando les sean requeridos.

Durante Texoloc, fase anterior, creemos que los especialistas —artesanos—, además de elaborar sus artesanías, tomaban también parte activa en las tareas



Fig. 25 Juego de pelota Tezoquipan.

de producción agrícola para Tezoquipan —fase que estamos tratando—, aunque dudamos que el total de los artesanos se desatiendan por completo de las tareas de producción de alimentos; así, creemos que algunos de ellos —los encargados del mantenimiento de los templos y centros religiosos en general, los “comerciantes,” los tejedores, entre otros— se dediquen completamente a su actividad y no participen en las tareas del campo para la obtención de sus alimentos. Así, vemos que para Tezoquipan existe una sociedad perfectamente establecida por clases diferentes: en el rango más elevado quedan los sacerdotes o jefes de los grandes sitios; en seguida los artesanos y jefes de las villas y aldeas, y por último los campesinos, quienes son la mayoría y también la base económica —junto con los artesanos— de dicha sociedad. Un papel de suma importancia, ya dijimos, lo ejercen los comerciantes, clase la cual creemos ya existe perfectamente diferenciada para esta fase.

Tenemos entonces que para Tezoquipan, la religión —y sus representantes y ejecutores— está plenamente integrada e institucionalizada; ha llegado a su madurez y el proceso que se había iniciado desde la fase Tlatempa —fase II del desarrollo regional— se ve cristalizado, logrando un control político y económico, además del puramente religioso, sobre la sociedad en la que se erige.

Tanto el alto grado tecnológico, como la explosión demográfica y el auge de las artesanías van a originar

que durante Tezoquipan se observan mayores contactos y relaciones con otras áreas cercanas o distantes. De esta manera vemos que las relaciones con el occidente —Guanajuato, Michoacán, Jalisco— se incrementan y aparecen en la alfarería —por ejemplo— elementos culturales, tanto en vasijas como las figurillas procedentes de aquella región —vasijas de cortas paredes y soportes de “joroba”, figurillas H, orejeras de barro, etcétera—, (fig. 26); o surjan elementos locales donde se observa claramente la influencia o inspiración de rasgos de occidente —figurillas E-H, Texoloc III e inicios de las Tenanyecac I y formas cerámicas—. Respecto de la cuenca de México también se ven ciertos contactos, región donde al parecer Tezoquipan influyó notablemente figurillas E, elementos arquitectónicos, como el uso intensivo de estuco para recubrir sus plataformas o bases de templos, presencia de alfardas en las escaleras, elaboración de tumbas en los basamentos piramidales (Tlapacoya y antes Tlalancaleca o Totimehuacan), etcétera (Guevara, 1973; Trejo, 1973; García Cook, 1974a; Barba de Piña Chán, 1950). Con la costa del golfo también existe cierta relación reflejada en las formas y tipos decorativos en la cerámica, y con el sur —valle de Tehuacán— se continúan los intercambios aunque al parecer en menor proporción que durante las fases anteriores, debido tal vez al que a estas alturas —temporales— la cultura Tezoquipan está más avanzada, es más compleja que la existente hacia

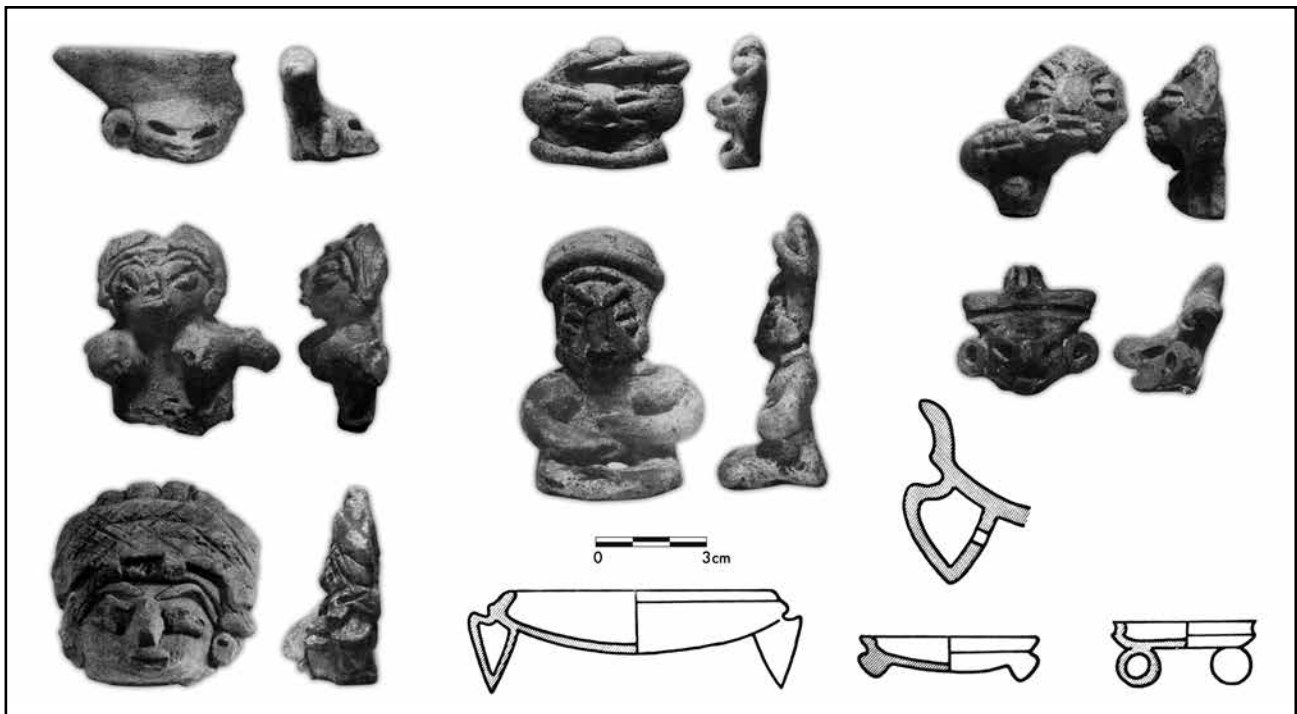


Fig. 26 Diversos elementos culturales de filiación del “occidente de México”.

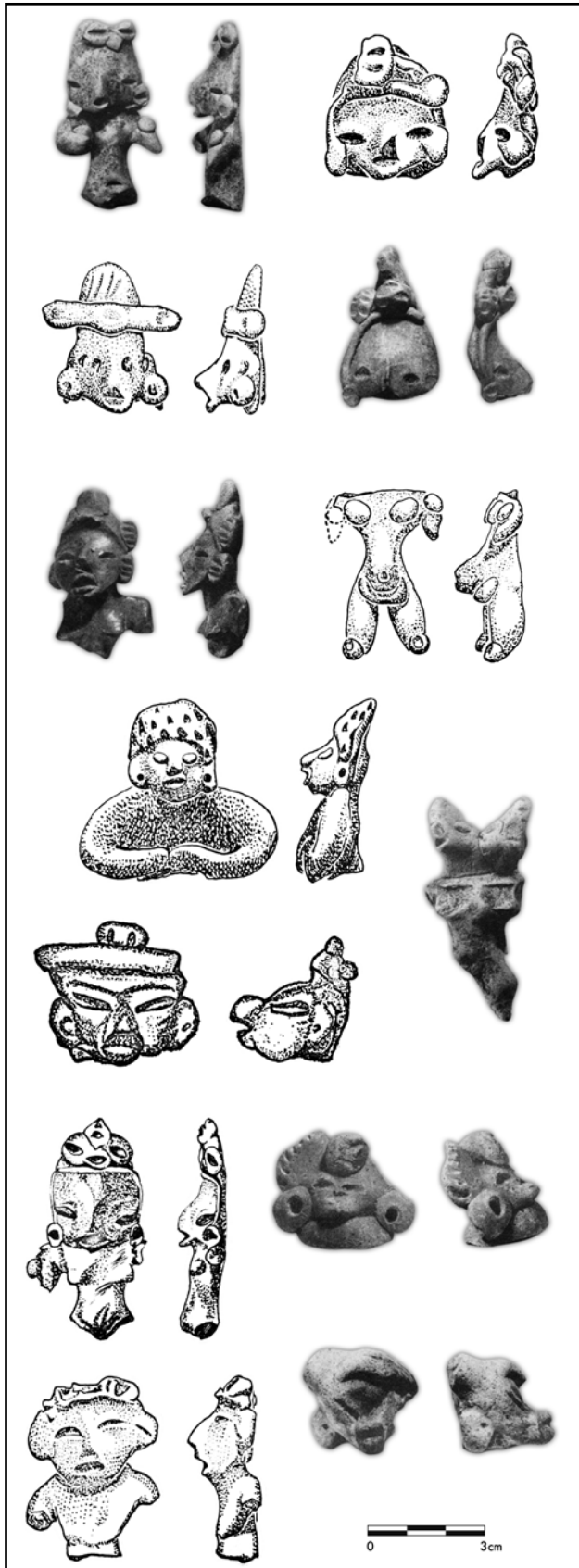


Fig. 27

el valle de Tehuacán (García Payón, 1966; Ekholm, 1944; MacNeish, *et al.*, 1970). Respecto del resto del valle poblano, Tezoquipan comparte un amplio número de elementos culturales y podríamos decir que dicha cultura Tezoquipan abarca toda el área poblano-tlaxcalteca; sin embargo, existen otros elementos que la hacen diferente.

Tratar de poner fronteras a la cultura Tezoquipan dentro del valle poblano-tlaxcalteca es bastante difícil, debido al gran número de componentes culturales que comparten, tanto en el elemento cerámico, como en el modo de explotación del medio y la forma de elaboración y planteamiento de sus “centros ceremoniales”; aunque de acuerdo con el grado de relación que presenta con otras áreas culturales, ciertos rasgos de patrón de asentamiento —inherentes a la topografía natural— y algunas diferencias resultantes de mencionados contactos podemos observar dos grandes culturas Tezoquipan: la cultura Tezoquipan del norte del valle Puebla-Tlaxcala, área que nos ocupa en este trabajo a la cual sólo llamaremos cultura Tezoquipan, y la cultura Tezoquipan de valle, por ocupar la mayor parte del valle, propiamente dicho de Puebla-Tlaxcala (fig. 28).

Así, vemos que Tezoquipan observa mayores contactos con el “occidente”, o mayores influencias que los perceptibles en Tezoquipan valle. Que Tezoquipan más bien parece influir en la cuenca de México más de lo que ella reside, mientras que Tezoquipan de valle aparenta una mayor influencia de dicha cuenca de México (reflejada en la calidad, forma y dimensiones de su alfarería). Tezoquipan de valle observa una fuerte influencia del valle de Tehuacán y de Oaxaca, más de la captada en Tezoquipan de dichas áreas. Tezoquipan aparenta mayores intercambios con el golfo que Tezoquipan de valle. Por último, entre otras muchas diferencias, que en Tezoquipan de valle se continúan en fuerte proporción algunos rasgos decorativos de la cerámica (figurillas y vasijas) Texoloc, adaptados a las formas locales y combinados con elementos procedentes de las otras regiones, sobre todo con las venidas de la cuenca de México.

De este modo tenemos que la cultura Tezoquipan ocupa casi la mitad norte —área que nos ocupa—, del valle poblano-tlaxcalteca —incluido el bloque Tlaxcala, por supuesto—, abarcando un área poco mayor a los 2800 km² y representada por 300 asentamientos distintos (figs. 20 y 28).

Hacia el sur, esta cultura Tezoquipan o Tezoquipan de valle, como la hemos llamado, aunque es bastante homogénea entre sí, sin embargo observa pequeñas diferencias entre las situadas hacia el SW, con las del SE. Es decir, los asentamientos situados en el valle o —entre San Martín y Atlixco—, hacia el

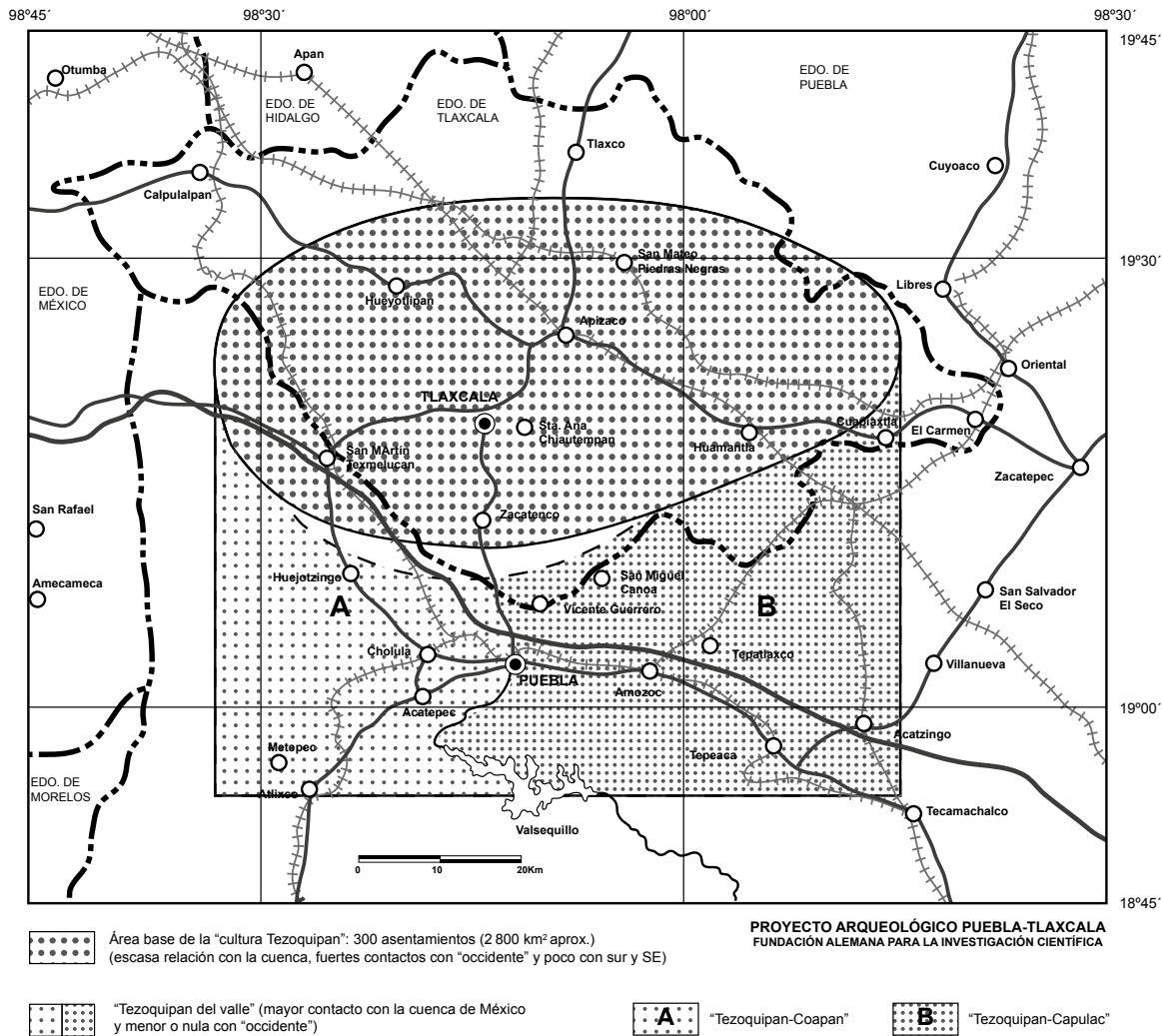


Fig. 28 Delimitación geográfica de la "cultura Tezoquipan" (300 a.n.e.-100 d.n.e.).

lado occidental del río Atoyac y los localizados hacia el oriente de dicho y hacia el sur y SE de la Malinche presentan ciertas diferencias, aunque comparten en su mayoría los rasgos de las culturas Tezoquipan de valle. Por el momento las hemos incluido en una sola —Tezoquipan de valle— por carecer de mayores fundamentos para establecer esta diferenciación, pero bien podría ser nombradas como Tezoquipan-Coapan —este último en pleno apogeo para la cultura Tezoquipan de valle y Tezoquipan-Capulac, para nombrar a la cultura Tezoquipan del valle del este. Y hemos llamado como Tezoquipan-Capulac a esta última, pues aunque Amalucan continúa con fuerte apogeo —sobre todo para la parte temprana de esta fase— sin embargo el área de Capulac ejerce fuerte control con la presencia de su juego de pelota y además está situada al centro de Amalucan y la región de Los Teteles de Gorozpe, quienes también tienen fuerte importancia en esta época.

Pensamos que esta cultura Tezoquipan, incluida Tezoquipan del valle, va a desempeñar un gran papel en el surgimiento de las grandes urbes teocráticas que le suceden —Teotihuacán y Cholula—, tanto como desenvolvimiento regional (Cholula) como por influencia extraregional (Teotihuacán), y pensamos lo siguiente ya que: durante la fase Ticomán de la cuenca de México —siguiendo a Tolstoy-Paradise, 1970— incluyendo bajo este rubro el momento correspondiente a Tlapacoya —su apogeo como centro ceremonial—. El tepalcate Chimalhuacán, Cuicuilco, Ticomán mismo, cerro del Tepalcate, Tezojuca, Tamesco y Teotihuacán (Barba de Piña Chan, 1950; Noguera, 1943; Dixon, 1966; West, 1965; Million y Drewitt, 1961, Millon y Bennyhoff, 1961; Piña Chan, 1960 y 1974); no se alcanzó ni la tecnología arquitectónica ni la solidez intelectual y religiosa que le permitiesen erigir un sitio tan monumental como Teotihuacán. Por otro lado, aunque los trabajos de

exploración de área iniciados por Parsons (1969, 1971, 1973, 1974⁵) nos muestran que sí hubo cierta densidad demográfica en la cuenca durante este momento, y aunque pensamos existieron unos 200 o 250 asentamientos para esa época en la cuenca de México —800 km²— vemos también por los mismos trabajos, que salvo los sitios mencionados, con “centros ceremoniales” de cierta importancia, el resto sólo se trata de aldeas y de pequeñas aldeas de agricultores. Y aun considerando que el número de villas y poblados con estructuras arquitectónicas religiosas hubiesen sido en número cinco veces mayor a las que se conocen y debido al poblamiento posterior y a la constante transformación que ha padecido la Ciudad de México, no se les observa; éstas llegarían a ser unas 50 o 75 si se quiere, distribuidas en toda ella y por tanto aun en número menor que las existentes en nuestra área, 115 en la mitad de superficie (4400 km²).

Por otro lado, las bases que arguyen los investigadores para pensar en un origen local para Teotihuacán (Dixon, West y Million, entre otros) es, según ellos, el hecho de que no se observan en otras áreas rasgos culturales que caracterizan a Teotihuacán. Tlaxcala-Puebla, además de su fuerte “sociedad teocrática”, cuenta entre sus elementos, que aparecerán más tarde en Teotihuacán, con alfardas en sus escaleras, el sistema constructivo de talud-tablero, drenaje de sus principales edificios, el uso intensivo y extensivo del estuco para el recubrimiento de sus construcciones, que se observa desde la fase Texoloc, y en general la existencia de centros ceremoniales sumamente elaborados: con múltiples estructuras ceremoniales, la presencia de plazas y de juego de pelota; el conocimiento de algún sistema calendárico; la variedad —al menos tres: Huehueteotl, Tlaloc y Mictlantecuhtli o Tlahuiscalpantecuhtli— de los dioses existentes; la erección de estelas; la presencia de esculturas, etcétera.

Creemos, pues, que la población existente durante la fase Ticomán de la cuenca no estaba capacitada ni técnica ni intelectualmente para erigir una urbe como la teotihuacana, sede posteriormente de un gran Estado teocrático, ni tampoco los habitantes de la cuenca de México habían llegado al desarrollo de una sociedad con características complejas, bajo un fuerte control sacerdotal, que hiciese posible la realización de dicha ciudad teotihuacana.

Con el afán de encontrar los antecedentes de Teotihuacán en la cuenca, se ha llegado a pensar inclusive, al darse cuenta de la imposibilidad de ver los antecedentes en los sitios con “estructuras archi-

tectónicas” proto-teotihuacanos, de que las características de estilos y técnicas de Teotihuacán hayan sido creados internamente, en Teotihuacán mismo, diferentes a la de sus contemporáneos vecinos del Preclásico tardío de la cuenca (Dixon, 1966: 42). Pensamos por nuestra parte que los procesos tanto tecnológicos como intelectuales que darán lugar a Teotihuacán tuvieron un largo desarrollo, no se sucedieron en forma instantánea, sino que pasaron por una evolución y acumulación de conocimientos graduales hasta que se dieron las condiciones para verse cristalizados en Teotihuacán —y/o Cholula—. Que las raíces de este proceso debe no sólo buscarse en el interior de la cuenca de México, sino también en su periferia e inclusive en lugares más distantes como el “occidente” inmediato y el golfo, y que en dichos orígenes tuvo un gran papel el valle de Puebla-Tlaxcala, con su cultura Tezoquipan como representante, la cual se desarrolló y que con gran apogeo, entre los 300 (o 400) a. n. e. al 100 d. n. e.

Resumiendo, tenemos que la fase Tezoquipan se desenvuelve en la región que nos ocupa —norte del valle poblano-tlaxcalteca, entre los años 300 a. n. e. y 100 d. n. e. aunque se inicia en lugares desde un siglo, o poco más, antes y se continúa e igualmente en ciertas partes hasta 100 o 150 años después —200 o 250 d. n. e.—, que es en la que se observa mayor adelanto tecnológico para la explotación del medio, durante toda la secuencia regional y también es la que presenta mayor número de ocupaciones y todo parece indicar que fue la que tuvo mayor densidad demográfica; desapareciendo las pequeñas aldeas dispersas. Que la religión alcanzó su máximo apogeo, teniendo sus “servidores” el control político-económico y religioso, de la población campesina mayoritaria, escudándose en los mitos, ritos y creencias sobrenaturales por ellos “fabricados”, para afianzar su hegemonía y control. Que las artesanías también se desarrolla notablemente, donde cumplen un gran papel, además de los alfareros, los tejedores, los “constructores” o albañiles, los comerciantes, etcétera.

Fue a tal grado el apogeo alcanzado por Tezoquipan, resultado de un proceso que se venía gestando desde la fase Tlatempa, que nos ha lanzado a proponer o a aceptar a tal fase —Tezoquipan— como tratándose del “periodo clásico regional” (García Cook, 1974a y 1974b), tomando para tal afirmación como Clásico, el momento de mayor apogeo cultural y económico de un área.

Pero a pesar del gran logro alcanzado por los pobladores Tezoquipan, de repente esta evolución ascendente se vio transformada completamente, iniciándose un periodo de decadencia o estancamiento cultural. Surge de esta manera la fase Tenanyecac.

5 Al ser entregado el mecanoscrito de este trabajo para su publicación, llega a nuestras manos una última publicación de Parsons (1975) que aunque amplía sus datos anteriores, en nada cambia nuestras inferencias.

Decadencia regional (fase Tenanyecac)

Con Tenanyecac se inicia un rápido proceso de involución cultural, una completa y rápida transformación de la población existente en el área. De esta manera el magnífico adelanto tecnológico e ideológico alcanzado durante Tezoquipan, si bien no desaparece, no se ve incrementado de modo alguno. El fuerte carácter teocrático que había alcanzado la sociedad Tezoquipan se ve transformado y aun cuando el “sacerdocio” sigue manteniendo cierto control en la dirección de los grupos, sin embargo la enorme fuerza que se manifestó durante Tezoquipan se ve debilitada por la aparición de nuevos “jefes” gobernantes en los que la religión tiene un papel secundario y más bien se preocupan por mantenerse independientes de los “grandes centros urbanos” que hacen su aparición en las zonas vecinas: Teotihuacán y Cholula; iniciándose de esta manera (o fortaleciéndose) el control militar de la población. “Militarismo” surgido no con el afán de conquistar mayor territorio y sojuzgar a otros grupos más débiles, sino todo parece indicar que surge como una necesidad de mantenerse independientes y evitar ser tributarios de los nuevos Estados (¿expansionistas?) que hacían su aparición: surge como una necesidad de defenderse, como mera protección a sus intereses.

Tenanyecac, cuyos inicios pueden localizarse por el año 100 d.n.e., observa aún el apogeo de algunos grupos —villas y pueblos con tradiciones Tezoquipan— por un siglo o poco más, repetimos, pero para la segunda mitad del tercer siglo de nuestra era, su “cultura” se ha generalizado; es decir, alrededor del año 250 se está en plena decadencia en toda el área que nos ocupa, norte del valle Puebla-Tlaxcala; habitada en su mayor parte por aldeas y villas de agricultores, existiendo solamente la concentración de algunos sitios que luchan por permanecer independientes y se agrupan en “cacicazgos” o “señoríos” para lograrlo, manteniendo a su derredor algunos poblados menores para su subsistencia. De éstos puede mencionarse, por ejemplo, en el caso del “bloque Nativitas,” donde los grandes pueblos de Xochitécatl, Cacaxtla y Mixco parecen integrar un fuerte grupo, en unión de una docena más de aldeas campesinas, contando con Cacaxtla como centro fortificado, quizá para defenderse de, o negarse a tributar a Cholula. Otro “bloque” lo integran los “contlas”: Tlcatécpac, Tetepetla y Tepenacas, e igualmente para mantenerse libres de la “influencia” y tributos de Teotihuacán o Cholula (García Cook y Mora, 1974). Otros grupos con fuerte tradición local se unifican igualmente pero adaptándose al nuevo control ejercido por Teotihuacán, que crece en importancia, manteniendo fuertes relaciones y quizá

dependiendo en gran escala de ella. De estos grupos pueden mencionarse a “los tetlas”: Chimalpa (T-13), Atipan (T-14), El Santuario (T-15), etcétera, quienes a su vez controlan algunas aldeas mayores.

Vemos pues que Tenanyecac, aunque cronológicamente —100 a 650 d.n.e.— ocupa justo la época correspondiente al apogeo de otras regiones y culturas, al llamado “periodo Clásico mesoamericano,” sin embargo, en nuestra área de estudio se comporta en forma totalmente diferente. El grandioso apogeo alcanzado durante la fase Tezoquipan anterior nuestro “clásico regional” se ve frenado y se inicia una decadencia cultural. Las razones para tal transformación las trataremos de explicar más adelante, antes escribamos algunas líneas sobre la cultura Tenanyecac que nos ocupa.

La fase Tenanyecac está representada por 297 ocupaciones diferentes, es decir, disminuye en un 12% respecto de las de la fase anterior (fig. 29). La población, que durante todo el desarrollo regional venía incrementándose notablemente, se ve en esta fase reducida. Además, las pequeñas aldeas o estancias dispersas que durante Tezoquipan habían desaparecido, se hacen presentes nuevamente, lo cual corrobora más la idea de que la población total disminuye notablemente. De estos 297 asentamientos Tenanyecac, 101 cuentan con estructuras de carácter ceremonial y/o residencial; pero de estos sitios con estructuras elevadas, el mayor número de ellos sólo perdura durante la primera mitad de la fase, como una continuación o supervivencia de los pobladores Tezoquipan anteriores; contándose y entonces para la segunda mitad con un número de sitios con “centro ceremonial” muy reducido.⁶

La tecnología que durante la fase Tezoquipan había sido muy elaborada se ve ahora bastante mermada y así tenemos que respecto de los sistemas agrícolas y explotación del medio ambiente no aparece nada nuevo, únicamente se ven ciertas adaptaciones de forma a los tipos existentes: en los sistemas constructivos se abandona en gran escala el uso del recubrimiento de estuco de sus estructuras, asimismo la presencia del talud-tablero desaparece, contándose únicamente con la técnica de cuerpos en talud superpuestos sobre los cuales se colocaba el templo.

La orientación de los edificios sigue siendo igual que en Tezoquipan —norte-sur con ligera desviación al este— para la mayoría de los casos, aunque aparecen orientaciones muy diversas —25° a 350° hacia el este del norte— en otros. Los juegos de pelota aunque se incrementan en número —cuatro o cinco en esta ocasión—, sin embargo, salvo uno, los demás apare-

6 En próxima publicación se plantea con mayor exactitud esta situación.

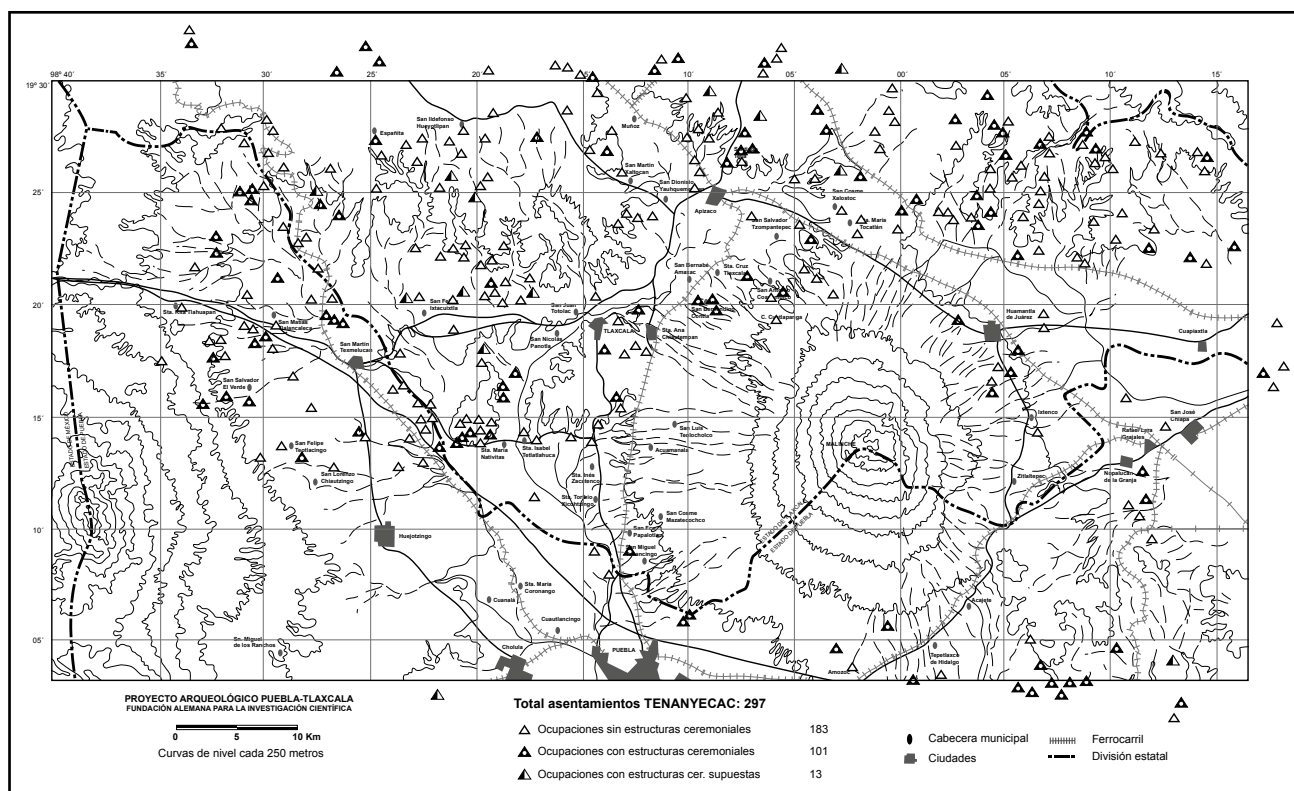


Fig. 29 Distribución de asentamientos de la fase Tenanyecac (T-V).

cen en zonas con fuerte influencia teotihuacana. La cerámica se vuelve tosca y mal acabada, con decoración muy sencilla, sólo las imitaciones o las de origen extrarregional observan un mejor acabado. Del mismo modo las figurillas degeneran notablemente y se les puede identificar fácilmente por sus formas tan simples y mal cocidas; algunas de entre ellas, las de mejor apariencia, tienen una fuerte influencia de occidente y predominan sobre todo durante la primera mitad de Tenanyecac (fig. 30). Los comales se vuelven gruesos y mal acabados; las orejeras son escasas y toscas (denotando la reducción de gentes “importantes”). El número de hornos cerrados para cocer cerámica disminuye o desaparece. Sólo en el caso de los “malacates” se observa cierta evolución tecnológica y decorativa (Trejo, 1973, 1975; García Cook y Merino, 1974).

En la lítica, aunque se incrementa el número de azadas, sin embargo los artefactos de molienda se elaboran en forma más tosca que durante la fase anterior y para esta fase predominan los metates ápodos sobre los que tienen patas. Las puntas de proyectil también se incrementan, implicando con ello o que la caza vuelva a ser de suma importancia, o bien, la existencia de ciertas luchas entre sí o con extranjeros arribeños.

En general la tecnología se ve estancada y si no se observa cierta regresión, tampoco se ve nada nuevo

y más bien se estanca notablemente, y aunque se depende de la explotación del medio por los productos de la agricultura; sin embargo, creemos que es de suma importancia la recolección de plantas y frutos, la cacería y los productos de ríos, lagos y lagunas. El comercio o intercambio disminuye también, lo cual es lógico si se piensa que el mayor número de gentes que habitan la región se trata de campesinos aldeanos y los pobladores de las villas y pueblos más bien reciben elementos procedentes de otras áreas, de lo que pueden ofrecer a cambio.

Los asentamientos Tenanyecac lo mismo están situados en las laderas y cimas de los cerros, las cañadas, al pie del valle o en el valle mismo, y aunque una buena parte de ellos siguen observando una distribución concentrada, se cuenta nuevamente con la presencia de pequeñas aldeas dispersas. Los pueblos con estructuras mayores —en menor número respecto a la fase anterior— aunque presentan cierta monumentalidad, como Cacaxtla, Mixco, Contla, o Los Teteles de Ocotitla, sin embargo, el número de ellos es reducido y el resto no es comparable con los poblados —con centro cívico religioso— Tezoquipan. Sólo los sitios con fuerte influencia teotihuacana o situados en la “esfera” y/o “corredor” teotihuacano, observan mayor o igual “grandiosidad” que los de Tezoquipan; entre ellos pueden citarse a Los Tetlas, Baquedano,



Fig. 30 Figurillas de la fase Tenanyecac.

Los Cerritos de Huamantla y Col. Juárez, localizados en el corredor teotihuacano; y Los Cerritos de Calpulalpan, San Nicolás el Grande y los de Santórum en la esfera teotihuacana, pero con fuerte influencia Tenanyecac.

La religión, por lo que se observa en el tamaño y número de sus estructuras —las típicas Tenanyecac— parece perder importancia, como ya se dijo anteriormente. Sólo durante la primera parte aparenta tener un fuerte control, pero para la segunda mitad de Tenanyecac, salvo para los sitios localizados en el corredor teotihuacano, o en el área de la esfera Teotihuacán a (o de Cholula), así como para las pocas agrupaciones de sitios que mantenían el control regional —bloque Nativitas, bloque de los contlas, grupo Totolqueme, y bloque de Ocotitla— no tiene mayor importancia en el resto del área. Aun así, los sitios que mantenían el control económico y político, los “señoríos o cacicazgo” localizados en los grupos o bloques mencionados, todos tienen una particularidad: además de sus estructuras “ceremoniales” o “cívico-religiosas,” la presencia de un sitio fortificado.

De esta manera vemos que el bloque Nativitas, que lo integran más de 20 asentamientos, de los cuales nueve cuentan con estructuras elevadas, destacando Xochitécatl, Cacaxtla, Mixco y las de San Miguel del Milagro, tienen su fortaleza en Cacaxtla, elaborada a base de fosos y situado de tal manera que parecen indicar que se defendían de ataques provenientes del sur, de Cholula o Teotihuacán vía Cholula..? El bloque de los contlas, integrado básicamente por pueblos con “centro cívico-religioso —Tlacatecpac, Tetepetla, Tepenacas—, tiene también su sitio fortificado en Tetepetla, el cual, al igual que Cacaxtla, está elaborado a base de fosos con un magnífico control de entrada-salida (Armillas, 1948; García Cook y Mora, 1974). El grupo de Totolqueme también ocupa una situación topográfica de fácil defensa y lo conforman los “cerritos” de Tepatlaxco (T-258 A y B), el cerro de Totolqueme (T-258C), la loma de Guadalupe (P-102) y los cerritos de San Miguel (P-101); y el bloque de Ocotitla integrado por un número bastante numeroso de asentamientos, tiene en los Teteles de Ocotitla su fortaleza, ya que además de estar situado en el centro de la barranca del río la Caldera, tiene en la cresta del cerro que lo protege, hacia el norte, especies de miradores así como los restos de un foso; también, el sitio Piedra del Padre (T-436) que forma parte de este bloque de Ocotitla hacia su extremo NE, tiene una localización completamente defensiva, en la cresta de un cerro alargado y rodeado de cantiles y profundos barrancos en tres de sus lados, dominando tanto el estrecho valle del río la Caldera al oeste, como una barranca más hacia el este, así como su ladera de acceso por el sur.

Entonces podemos apreciar que el poder económico político ha pasado de manos de los sacerdotes a los de un (o unos) jefe militar, o bien, que los sacerdotes se han rodeado de un grupo militar o han adquirido ese carácter bélico, observando por tanto la sociedad un cariz diferente. Eso no impide que los sacerdotes continúen teniendo gran influencia en el control de la población, en el caso de la existencia de un jefe militar, pero la dirección y planeación de la sociedad estará guiada por este nuevo carácter militar existente.

Teniendo entonces que son raros o no existen los sitios con centro ceremonial que no estén “protegidos” por un sitio fortificado cercano al mismo, a menos de que dicho sitio este situado en el corredor teotihuacano o quede comprendido en el área de la esfera teotihuacana. Ejemplo de esto último serían Los Tetlas (T-13, T-14, y T-15); Los Cerritos de Guadalupe (T-85); Col. Juárez (T-414), Los Cerritos de Huamantla (T-346), etcétera, para el “corredor” y Calpulalpan (T-514); San Nicolás el Grande (T-510) Santorum (T-512), Cerro Pachuquilla (T-526) y los Teteles de Zumpango (T-518) para el área de control o de la “esfera teotihuacana”.

Si hemos visto que la tecnología decrece y que los instrumentos y utensilios que se producen aparentan ser únicamente para el consumo interno, o para la producción agrícola, entonces podemos suponer que las artesanías también pierden importancia, y con ellas, además de los artesanos, los “comerciantes” también disminuyen notablemente. La única artesanía que parece tener mayor fuerza es la de la fabricación de textiles, la cual de acuerdo con el nuevo giro que va tomando la sociedad, además de producir para el consumo regional quizá tuvieron que “fabricar” telas para tributar a los vecinos en el poder: Teotihuacán o Cholula.

De lo escrito para esta fase deducimos que la organización social de Tenanyecac es diferente a las existentes anteriormente, y que por un lado se encuentran a los campesinos, que es el grueso de la población, enseguida algunos pocos artesanos y por arriba de todos ellos estarían los “caciques o señores” integrados por militares sacerdotes, o por “señores” tal vez ligados por lazos familiares, como se puede observar más tarde en los señoríos que mencionan las fuentes, donde el poder o casa reinante se heredaba. Una clase militar (o grupo de militares) en sí, creemos que no existió como tal, sólo los jefes o principales harían los planes de defensa y dirigirían las luchas al momento de existir, en la cual la población campesina sería la que haría las veces de “ejército”. Sin embargo, si consideramos a la fuerte y compleja organización militar existente en la región a la llegada de los españoles, podemos inferir que aunque en

corta cifra sí hay un cierto número de “especialistas” en el arte de la guerra, los cuales junto con los “jefes” diseñarían los sitios defensivos y organizarían las técnicas militares durante las luchas sostenidas; además de controlar a sus gentes.

Ya desde Tezoquipan se vislumbra cierto carácter defensivo de parte de los sitios más importantes desde el punto de vista económico y religioso y quizá político; de esta manera tenemos que dichos sitios importantes se encuentran localizados en lugares estratégicos, así vemos cómo algunos están rodeados de profundas barrancas, como es el caso de Tlalancaleca (P-119) o Tlalancalequita (P-164), por citar algunos.

Hemos mencionado en diversas ocasiones la existencia de un “corredor teotihuacano” o la de un área de “esfera teotihuacana”, precisamos más al respecto:

Para poder comprender lo anterior es necesario primero que tratemos de delimitar el área en que se desarrolló la cultura Tenanyecac. Entre otros elementos que nos sirvieron de base para la delimitación geográfica de Tenanyecac, se encuentra la proporción observada de elementos culturales que se han considerado como característicos de Teotihuacán. Así vemos que el área de la cultura Tenanyecac se ve cortada por una alineación de sitios teotihuacanos o con fuerte influencia teotihuacana; por el norte limita con una zona con cultura (en su mayor parte) teotihuacana, y por el sur, aunque comparten muchos elementos, sin embargo también esta región observa fuerte influencia —y quizá control— de Teotihuacán.

El corredor teotihuacano cruza el área de la cultura Tenanyecac en forma diagonal hacia el centro NE de la misma. “Corredor” que, partiendo al sur de un área con fuerte influencia y dependencia de Teotihuacán, a la que hemos llamado área de esfera teotihuacana, pasa por las llanuras de Apizaco rumbo a Huamantla, donde al parecer se bifurca siguiendo por el este con dirección al golfo central y por el sur rumbo al valle poblano (bordeando la Malinche) para seguir a Tehuacán y Oaxaca (fig. 31). El ancho promedio de este corredor es de unos diez kilómetros y en él se encuentran asentados sitios teotihuacanos o con fuerte influencia de aquella ciudad; entre ellos podemos mencionar: Los Cerritos de Guadalupe (T-85); Los Tetlas (T-13, T-14, T-15); Baquedano (T-357); Col. Juárez (T-414); Los Cerritos de Huamantla (T-346); San Mateo (P-227), y fuera del área por nosotros explorada quedarían Manzanilla, Chachapa, Cuauhtinchan, Tecamachalco, etcétera.

El área bajo la esfera teotihuacana es la que se encuentra hacia el norte de la región ocupada por la cultura Tenanyecac, y en ella un fuerte porcentaje de la cultura es teotihuacana, aunque observa cierta

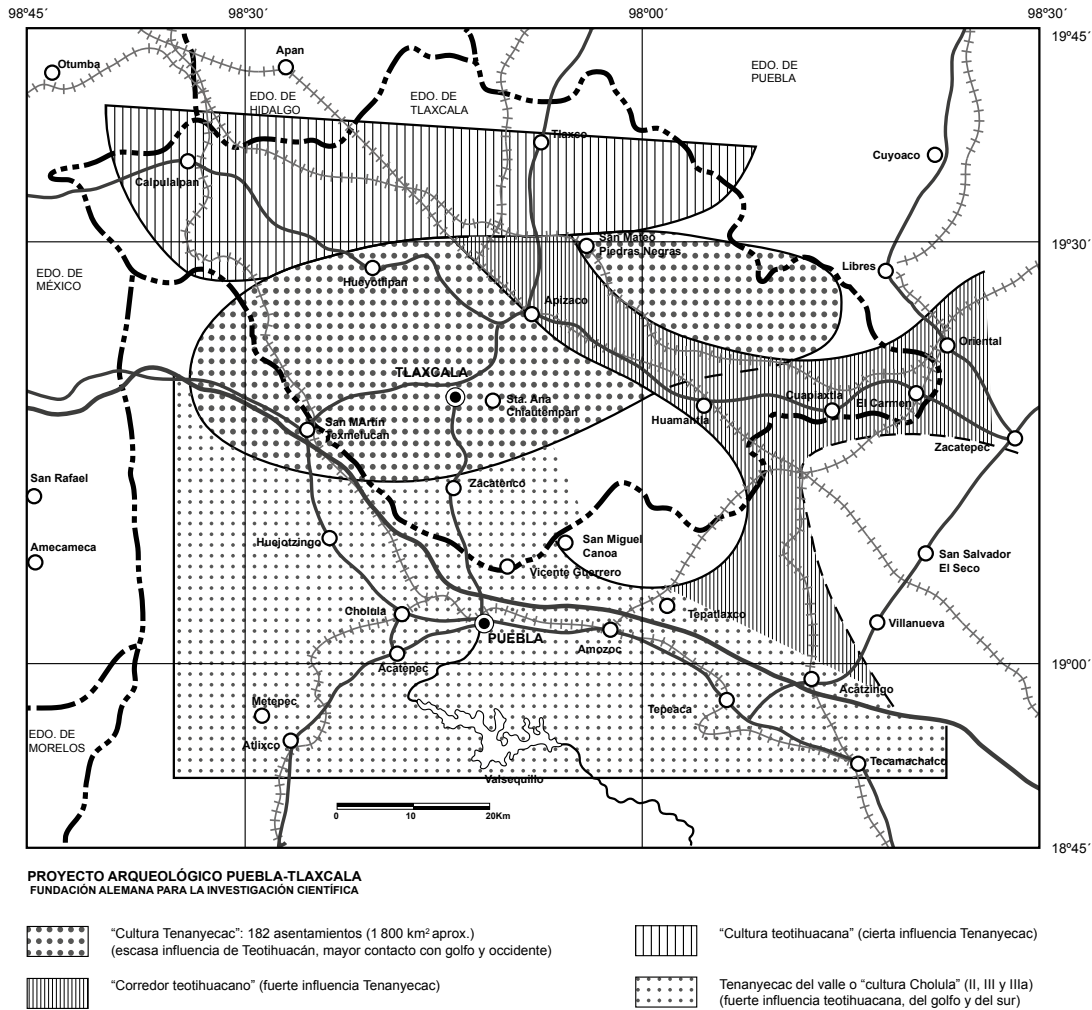


Fig. 31 Delimitación geográfica de la "cultura Tenanyecac" (100-650 d.n.e.).

influencia Tenanyecac, sobre todo en su arquitectura y la orientación de sus edificios. En esta región pueden citarse: "Los Cerritos de Calpulalpan" (T414); San Nicolás el Grande (T-410); Santorum (T-412); Cerro Pachuquilla (T-526); Los Teteles de Zumpango (T-518); etcétera, como sitios mayores, y estos sí participando del área "metropolitana de Teotihuacán".

Por el sur, hacia el valle de Cholula-Huejotzingo y de Amozoc-Acatzingo, aunque comparte un gran número de rasgos culturales Tenanyecac, sin embargo observa también una fuerte influencia teotihuacana y/o de Cholula, por lo cual bien podría ser considerada como Tenanyecac del valle, o tal como todo mundo lo conoce: como cultura Cholula —Cholula II, III, IIIa— (Müller, 1973).

De esta manera la cultura Tenanyecac, localizada en su mayor extensión en el actual estado de Tlaxcala, cubre un área aproximada de unos 1 650 km². (fig. 31) y aunque presenta una muy escasa influencia de Teotihuacán, eso no prueba que no haya observado

contactos con dicha metrópoli. Tenanyecac presenta también relaciones más claras y de mayor importancia, con el occidente durante la primera mitad de la fase, y con el golfo de México durante toda su existencia, incrementándose al parecer durante su segunda mitad. También observa relaciones con el sur.

El corredor teotihuacano tiene una fuerte influencia Tenanyecac, ya que además de los sitios típicamente teotihuacanos existen también aldeas Tenanyecac, además que salvo en la cerámica y escasas características arquitectónicas el resto es Tenanyecac; lo cual es lógico si nos damos cuenta de que la región que ocupa dicho corredor se trata de un área de fuerte tradición local y sólo aparecen estos sitios "teotihuacanos" cruzándola en su parte media. Tiene igualmente fuerte influencia del golfo y en esta región inclusive se han encontrado "yugos" y "hachas" características de aquella región (Mora y Guevara, 1974).

La cultura teotihuacana hacia el norte de nuestra área —norte actual del estado de Tlaxcala— observa

también cierta influencia de la cultura Tenanyecac, ya que aun cuando la cerámica en su mayoría es la considerada como teotihuacana, sin embargo, las estructuras no observan la presencia de talud-tablero y la orientación de las mismas es igual a las de Tenanyecac: norte-sur con cierta (8° a 10°) desviación al este.

Tenanyecac del valle o cultura Cholula (II, III IIIa), además de contar con una fuerte influencia teotihuacana, presenta también fuertes relaciones con el golfo y con Oaxaca, y la ciudad de Cholula misma es claro ejemplo de dichas influencias.

Volviendo a la cultura Tenanyecac que como dijimos en un principio observa un fuerte estancamiento cultural y una transformación radical en su sociedad, ya que inicia una ruta diferente en el desarrollo regional, que inclusive nos ha hecho afirmar que esta fase Tenanyecac marca el proceso de cambio de un momento “clásico” a uno “posclásico” (García Cook y Abascal, 1973; García Cook, 1974b). Ahora la preocupación básica de los líderes o jefes es la del control político y económico, más que la del tecnológico y cultural.

¿Y a qué se debe todo este fuerte cambio involutivo? Ahora la sociedad está representada por sus “jefes” o “señores”, se preocupan más por mantenerse independientes, por conservar el control político y económico más que por el tecnológico y cultural; por otro lado, todo indica que la mayor parte de la gente importante: artesanos, comerciantes y tal vez sacerdotes, abandonan la región para irse a vivir a Teotihuacán o Cholula, que ofrecían grandes atractivos.

Sí sabemos, por lo que nos refieren las fuentes, que a la “caída” de Teotihuacán y de Cholula, un grupo de “olmecas-xicalancas” toman el poder de esta última y así también conocemos, por las mismas fuentes, que estos “olmecas-xicalancas” habitaron en la región de nativitas —Xochitécatl, Cacaxtla y Mixco—, entonces nos atrevemos a proponer que los habitantes de esta región, que aun cuando la mayor parte del resto del área se encontraba en decadencia se mantuvieron con una cultura poco más elaborada que la de aquellos, se trataba de gentes dirigidos por olmecas⁷ y xicalancas (Muñoz Camargo, 1947), y nos atrevemos a sugerir igualmente que los habitantes de los contlas —Tetepetla, Tlacatecpac y Tepenecas— también eran olmecas-xicalancas y ambos grupos, bloque nativitas y los contlas, estaban fortificados para defenderse de sus enemigos —más poderosos intelectualmente— de Cholula y/o Teotihuacán y tan pronto como pudieron se asentaron en Cholula, donde habrían de permanecer por varios siglos (Muñoz Camargo, 1947; Armillas, 1948; Dixon, 1959; Kirchhoff, 1947; Reyes,

1975) hasta que fueron vencidos y expulsados por los tolteca-chichimeca en el siglo XII.

Tenemos entonces que Tenanyecac marca un cambio brusco en el desarrollo regional y que del gran avance cultural ascendente que se venía sucediendo, de pronto se observa un estancamiento en todos sentidos, que en ocasiones nos hace pensar en una involución cultural. En la primera mitad de la fase aún se respira cierto apogeo regional, dados los grandes grupos Tezoquipan que aún subsisten, pero para la segunda mitad de Tenanyecac —250 o 300 d.n.e.— todo es retroceso y estancamiento, y salvo los pocos grupos de poblados que mantienen cierto grado de civilización, y de los cuales quizá en su mayoría se trate de olmecas-xicalancas, casi recién inmigrados, el resto de la población efectúa un modo de vida completamente rural, distribuyéndose en su gran parte (el 70% aproximadamente) en aldeas dispersas y villas muy rudimentarias. Los pueblos y villas mayores para mantenerse independientes del control ejercido por Teotihuacán o Cholula, han de fortificarse para realizarlo.

Pero ¿podemos explicarnos de algún modo por qué el desarrollo regional da un giro y toma ahora un rumbo diferente cuando en la regiones vecinas, cuenca de México, valle poblano o valle de Tehuacán, llegan a su apogeo? En un estudio anterior (García Cook, 1974b) se analiza más ampliamente esta interrogante y se observa que respecto a los modos de explotación y control del medio ambiente se había alcanzado un fuerte adelanto tecnológico —sistemas de cultivo muy elaborados— y, por tanto, aún no es ello la razón de la decadencia, como tampoco lo es el hecho del agotamiento de las tierras para sus cultivos, ya que ahora se observan asentamientos en lugares donde antes no habían sido ocupados —los valles abiertos—. Se descarta también la posibilidad de la invasión de grupos nómicos con una cultura más rudimentaria como la causante de este estancamiento general, aunque no se elimina la llegada de nueva gente y con otra cultura al área que nos ocupa, sean éstos otomíes u olmecas-xicalancas, pero como vimos, al parecer estos últimos son los que mantienen en gran parte ciertas regiones con “cultura” más elaborada. La presencia de sitios fortificados nos sugiere la idea de invasiones de otro grupo, pero ahora pensamos que los asentamientos locales se protegían de las invasiones teotihuacanas o Teotihuacán vía Cholula (o de sus “comerciantes” o recolectores de impuestos) y trataban (lográndolo) de mantenerse independientes.

Pero entonces: ¿qué sucedió en el bloque Tlaxcala y en general en el valle poblano-tlaxcalteca durante esta fase Tenanyecac, que es caracterizada por un fuerte estancamiento o incluso retroceso cultural,

7 Olmecas históricos.

cuando supuestamente, en el resto de Mesoamérica todo es apogeo y tanto las ciudades como las regiones en general llegan a un gran florecimiento y a un fuerte incremento de la población, de su tecnología y en general del conocimiento? Pensamos que este estancamiento o decadencia que caracteriza a Tlaxcala y norte del valle poblano-tlaxcalteca para este momento, que inclusive nos está indicando el inicio prematuro (?) de un “Posclásico” en la región, no sólo es resentido por el área que nos ocupa, si nos atrevemos a plantear que lo mismo sucedió en las zonas periféricas o vecinas de Teotihuacán, e inclusive pensamos que este planteamiento se puede generalizar para todas aquellas áreas periféricas a las grandes ciudades de este “periodo Clásico” (García Cook, 1974b: 95).

Las razones al parecer fueron precisamente el surgimiento y construcción de Teotihuacán y Cholula, para lo cual hubo la necesidad de utilizar toda la mano de obra disponible, además hubo de intervenir igualmente un fuerte número de “intelectuales” de la época, ya fuese en estos “sacerdotes”, arquitectos, astrónomos, etcétera, para su planeación, realización y funcionamiento; así como de una gran cantidad de artesanos especializados y “peones” en general para su construcción y mantenimiento (García Cook, 1974b: 95). Y así, de acuerdo con lo que hemos apuntado en páginas anteriores, sabemos que la población “protoclásica” existente en la cuenca de México no era capaz de soportar ella sola la construcción de esa gran obra (como Teotihuacán), y así por otro lado conocemos que la población Tezoquipan había alcanzado un fuerte adelanto tecnológico y cultural, entonces podemos suponer que esta población Tezoquipan de la región poblano-tlaxcalteca construyó o participó en gran escala en la realización de Teotihuacán y de Cholula. Más tarde, los pocos intelectuales y artesanos que restaban en la región de estudio, norte del valle poblano-tlaxcalteca, habían de abandonar también su región dada la decadencia que en ella se generalizaba y por la gran atracción que ofreció una ciudad en auge como lo era Teotihuacán, y que inclusive una fuerte parte de la población campesina quizá se trasladó igualmente a radicar a la cuenca de México.

Integración de los “pueblos-Estados” Tlaxcaltecas (fase Texcalac)

Surge Texcalac, nombre que recibe la fase IV de la secuencia cultural establecida para Tlaxcala y que podemos localizar entre los años 650 a 1100 d. n. e.

Con Texcalac sucede algo semejante al origen de la fase anterior Tenanyecac, sale un fuerte número

de pobladores de la región para ir a controlar otros lugares, al mismo tiempo se nota el arribo de nuevos —y en gran número— grupos procedentes de otras áreas. Todo parece indicar que los olmecas-xicalancas, o al menos algunos de ellos, los principales, a la caída de Teotihuacán y con el de Cholula y de otros muchos sitios importantes sujetos o dependientes de Teotihuacán, se dirijan a tomar el control de aquella ciudad Cholula, tal como mencionan las fuentes. Por otro lado, además de notarse en el material cultural la presencia de gentes procedentes del sur —área ñuiñe— tal vez también muchos de los descendientes de los antiguos pobladores —Tezoquipan o Tenanyecac— que habían abandonado la región (poblano-tlaxcalteca) para ir a radicar a Teotihuacán regresan a nuestra área a reunirse con sus parientes y para habitar nuevamente en ella.

De esta manera vemos que el número de ocupaciones existentes en la zona de estudio se ve incrementado nuevamente y ahora se observan 310 asentamientos diferentes, además de las pequeñas aldeas o estancias dispersas que no hemos tomado en cuenta en nuestro registro. Se aprecia también un abandono de las áreas o “bloques” que dominaban en Tenanyecac, y de esta manera vemos que del bloque Nativitas los sitios más importantes son abandonados y sólo resta escasa población campesina sin contar con centros cívico-religiosos de fuerza alguna; en el grupo de Totolqueme (situado al norte inmediato de San Martín Texmelucan) sucede lo mismo; así como en los contlas, donde también se observa la desocupación masiva de sus tres centros más importantes. Algunos de entre ellos, como mencionamos anteriormente, han de ser los que pasan a ocupar y controlar Cholula, de ellos tal vez se traten sobre todo de los que habitaron en el bloque Nativitas y otros, o se van a regiones distintas para tomar también el control político y económico dada la desintegración de Teotihuacán y de Cholula, o a partir de la segunda mitad de Texcalac se han de concentrar hacia el centro-norte de la región explorada, hacia los cerros blancos, donde se habrán de localizar posteriormente los principales señoríos que van a ser los dirigentes de la fase siguiente, Tlaxcala (fig. 32).

Esta última aseveración tal vez ilustre igualmente el hecho de nuevos arribeños —primeros Chichimecas?— y del surgimiento de luchas por obtener el control de la región. Quizá durante la primera mitad de Texcalac, los nuevos grupos van consolidando sus asentamientos y para la segunda mitad de la fase han de sucederse las primeras grandes luchas internas para poder alcanzar el control regional o al menos el control de un área mayor a la de sus ocupaciones:

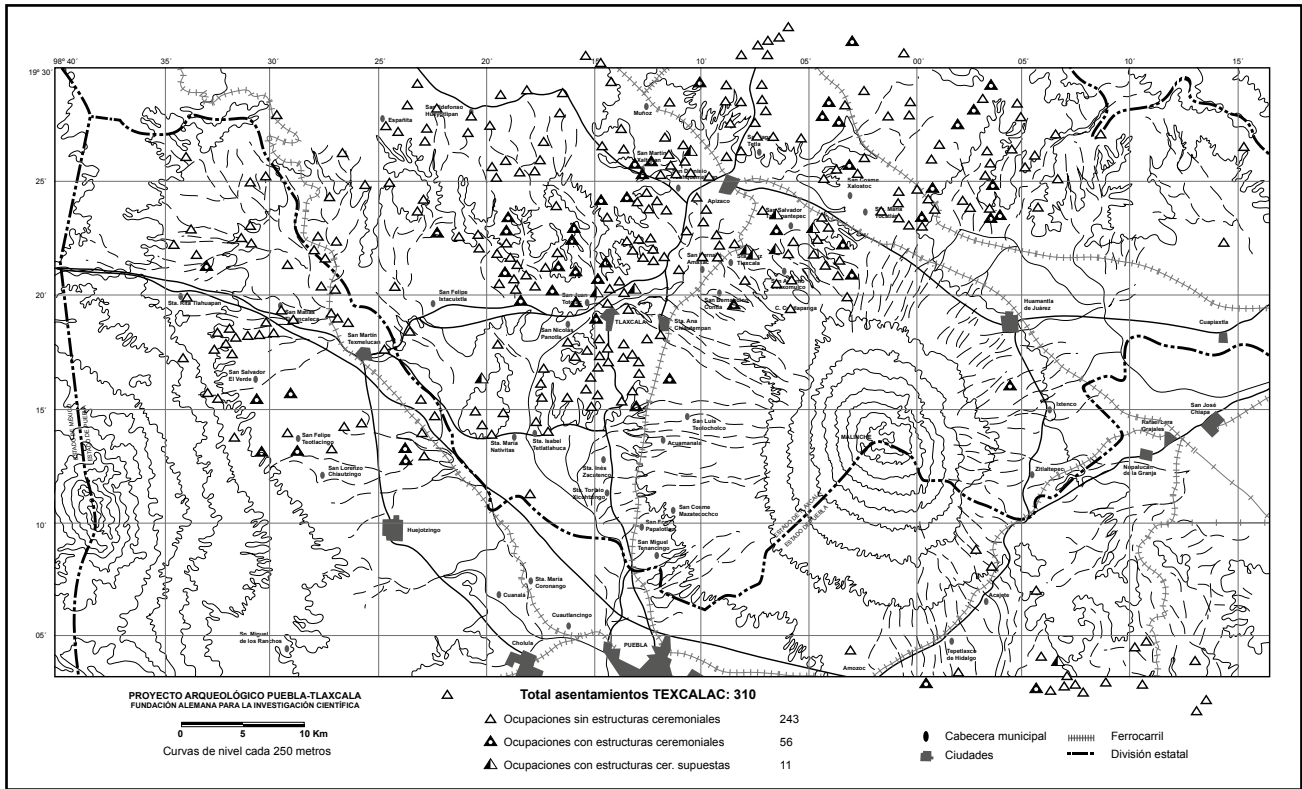


Fig. 32 Distribución de asentamientos de la fase Texcalac (T-VI).

“[...] y a tener la más cruda y sangrienta guerra civil que en el mundo ha habido, matándose unos con otros como enemigos crueles y rabiosos perros, siendo hermanos contra hermanos, padres contra hijos, hijos contra padres, mezclándose la sangre derramada de ellos propios y de su propia patria, que con palabras no se puede explicar, ni encarecer las no pensadas crueldades que en esta guerra se usaron y acaecieron [...]” (Muñoz Camargo, 1947: 66).

Al mismo tiempo esta situación de enfrentamiento fijará fronteras e irá separando a los grupos, para dar lugar al establecimiento de Huejotzingo y Cholula por un lado y a tlaxcaltecas por otro, además de empezar a desocuparse amplias zonas entre dichos grupos. Quizá esta fase de Texcalac sea la que concluiría con la fuerte lucha que se tiene noticia entre un enorme grupo de chichimecas acusados por el (los) jefe(s) de Huejotzingo con la gente que se había fortificado en Tepeticpac (cerro Blanco y cerro Cuautzi) y alrededores; tras la cual y en la que vencieron estos últimos, habrían de guardarse en paz por mucho tiempo, surgir las delimitaciones de cada cual y dar lugar al inicio de los grandes señoríos tlaxcaltecas que habrían de conocer los españoles a su llegada (García Cook, 1973c y 1974a). Aunque las fuentes históricas (Muñoz Camargo, 1947) sitúan esta lucha por 1384, nosotros creemos que ésta se sucede unos cinco “ciclos calendáricos” antes, es decir, por el año 1124,

pues es a partir del siglo XII, de acuerdo con los restos arqueológicos, cuando aparece ya perfectamente delimitadas las fronteras entre Tlaxcala con Huejotzingo y Cholula por un lado —sur y suroeste— y también con el área controlada por Cuauhtinchan por el otro lado —sureste— (fig. 33) (García Cook, 1973e).

Todas las fuentes parecen coincidir en esta lucha entre tlaxcaltecas y Huexotzingo en el año nueve Tecpatl (ver Davies, 1968: 88-89) pero no todos los historiadores coinciden en la cronología de dicho año nueve Tecpatl, para Lehmann, nueve Tecpatl corresponde al año 1228 de nuestra era; para Jiménez Moreno equivale al 1352, y para las anotaciones a Muñoz Camargo hechas por D. José Fernández Ramírez, es el 1384, ya mencionado. Por nuestra parte pensamos que este nueve Tecpatl puede corresponder al 1124 o 1144 según si se trata del calendario mexicano o tezcocano (Davies, 1968: 88-89), si consideramos que para el siglo XII ya están definidas las fronteras entre Tlaxcala y Huexotzingo. Esto no impide que la lucha sostenida entre dichos grupos y registrada por las fuentes se haya realizado posteriormente a la fecha por nosotros propuesta, pero si esta lucha fue definitiva para establecer dichas fronteras, entonces ésta se libró en el siglo XII: 1124 o 1144.

La población Texcalac depende, al igual que sus antepasados, de los productos obtenidos por la agri-

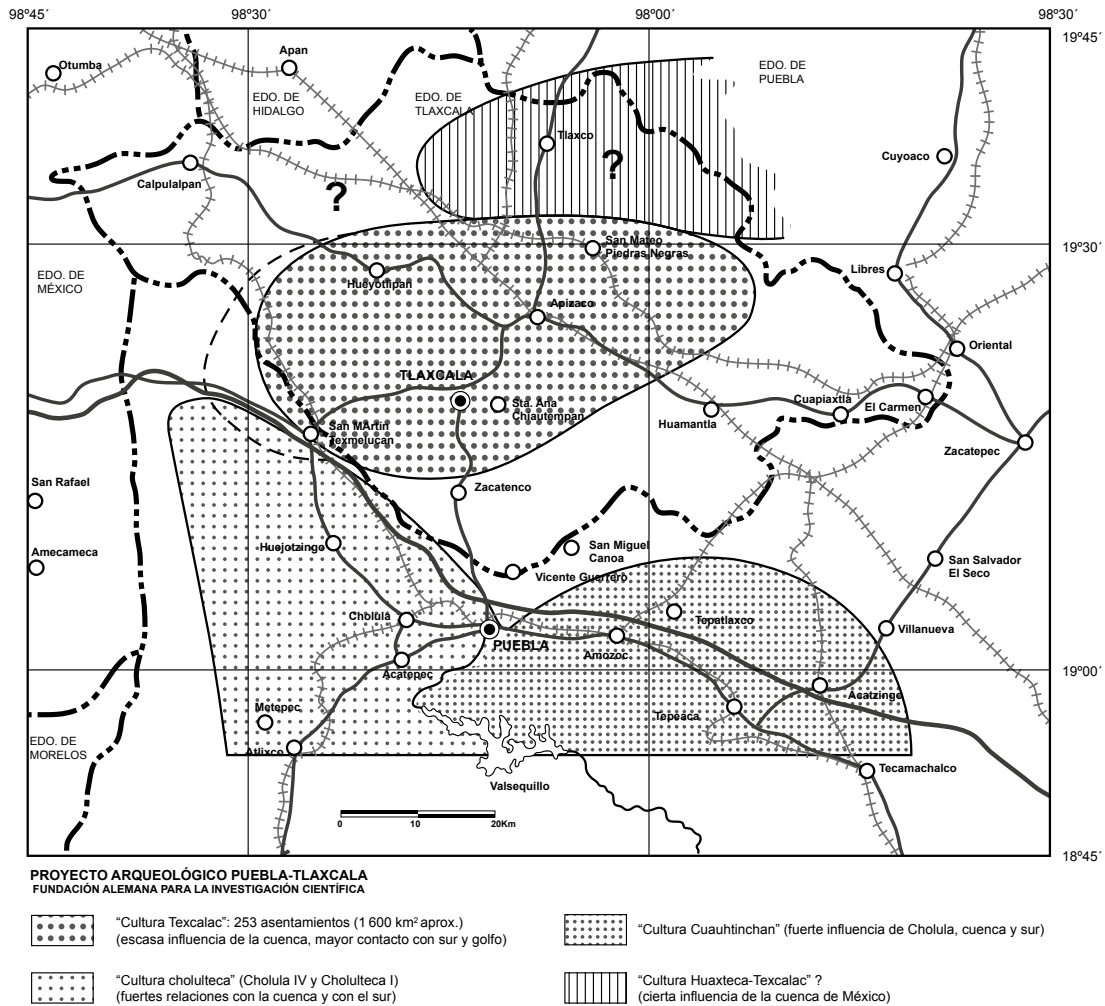


Fig. 33 Delimitación geográfica de la "cultura Texcalac" (650-1100 d.n.e.).

cultura, así como de los apropiados de su medio ambiente, además de los que pudiesen obtener de los intercambios de sus productos artesanales con otras regiones. El medio ambiente que habitaban se veía cada vez más transformado por su fuerte explotación y por el mayor número de habitantes. Del paisaje natural conocido por sus antepasados, pobladores sedentarios de la región que habitaron unos 2000 años atrás, poco o casi nada quedaba; había sido totalmente transformado por la fuerte explotación y transformación de que fue objeto durante este tiempo por los grupos humanos que en ella localizaron sus asentamientos. La tierra poco a poco se iba agotando por el intenso cultivo y la fuerte erosión que se originaba por la falta de vegetación que la protegiera, ya que tal vez esta última era dismantelada para establecer sus habitaciones y para abrir nuevos campos de cultivo.

Se utiliza el mayor número de tierra disponible para efectuar su agricultura y de este modo se observa una amplia población dispersa que habita en o cerca

de sus terrenos de cultivo; se trata sólo de pequeñas aldeas o de estancias diseminadas en toda el área de estudio y que, además de los pueblos mayores, de las villas y demás aldeas que hemos podido registrar, integran la población actual.

Los instrumentos Texcalac son los mismos que heredaron de sus antepasados y sólo varían en su forma y arreglo. Aparenta cierto retroceso tecnológico aunque parece incrementarse en número, pero ambas cosas son debidas a la inestabilidad causada por las constantes luchas sostenidas durante esta fase. Se cuenta lo mismo con canales de riego, como son represas y depósitos, que con terrazas para su cultivo; el número de azadas de piedra se multiplica y son utilizadas al parecer tanto para el trabajo de la tierra como para cavar en general, así como tal vez se utilicen igualmente para raspar las hojas del maguey y obtener las fibras para elaborar sus textiles; respecto a esto último, también el número y tipos de malacates se incrementa.

En general, con el incremento de la población (respecto de la fase anterior Tenanyecac, pero no comparable con la población Tezoquipan) se aumenta igualmente el número de instrumentos y de artefactos, de esta manera vemos cómo, respecto de los coales, éstos se multiplican tanto en número como en tipos; las puntas de proyectil también aumentan su número, y lo mismo sucede con los artefactos de mollienda. En las vasijas se ve nuevamente un cierto renacimiento con la presencia de las cerámicas policromas a partir de la parte media de la fase (800 ± d. n. e.) y con la presencia de cerámica procedente del sur (la llamada "Coxcatlán Red on Orange" por MacNeish *et al.*, 1970), tal vez el área Huehuetlán-Izucar-Tepexi. Las figurillas se transforman nuevamente y surgen unas completamente nuevas y locales, que llevan un asa horizontal o vertical en la parte posterior y están elaboradas en un molde y al parecer fueron pintadas en colores (Noguera, 1954: 207, fig. 1-3; García Cook, 1973e), representan por lo general a personajes, diferentes dioses o a la dualidad vida-muerte. Existen también otras igualmente locales y hecha sobre molde, muchas de las cuales representan asimismo a dioses (Trejo, 1973), sobre todo Tlaloc se encuentra frecuentemente representado (fig. 34).

Los asentamientos Texcalac están localizados sobre la cima de cerros o lomas, o bien en laderas altas, en pocas ocasiones se encuentran situados en la

parte baja de las laderas y en el valle, a menos que estos sitios se localicen hacia el lado del actual estado de Puebla. Texcalac, está representada por 310 asentamientos, es decir, se supera un poco el número de sitios Tenanyecac, y aunque se continúa con un gran número de aldeas menores —de 50 a 100 casas-habitación—, aparecen también un buen número (más de 10) de pueblos de dimensiones considerables, algunos de los cuales llegan a contar hasta con más de 500 casas-habitación, en donde además de los recintos ceremoniales abundan también las plataformas bajas sobre las cuales se asentarían las casas residenciales de los jefes. Se incrementa igualmente el número de las pequeñas aldeas dispersas y de estancias de campesinos, los cuales contarían como máximo con tres a seis casas asentadas en grandes extensiones de terreno.

Parece ser que este incremento en la dispersión de la población nos indica, además de la llegada de muchas familias, quizá procedentes de Teotihuacán o de Cholula y que se asientan en forma dispersa, que los problemas políticos y económicos les impiden establecer verdaderas ciudades y sólo lograban integrar grandes poblados, algunos de los cuales incluso llegaron ocupar hasta 4 × 2 km de superficie; o bien a vivir en forma aislada, con el objeto de encontrar lugares donde la tierra estuviese menos cansada de la intensiva explotación sufrida en las últimas fases y fuesen más protegidas de la erosión, a la vez que

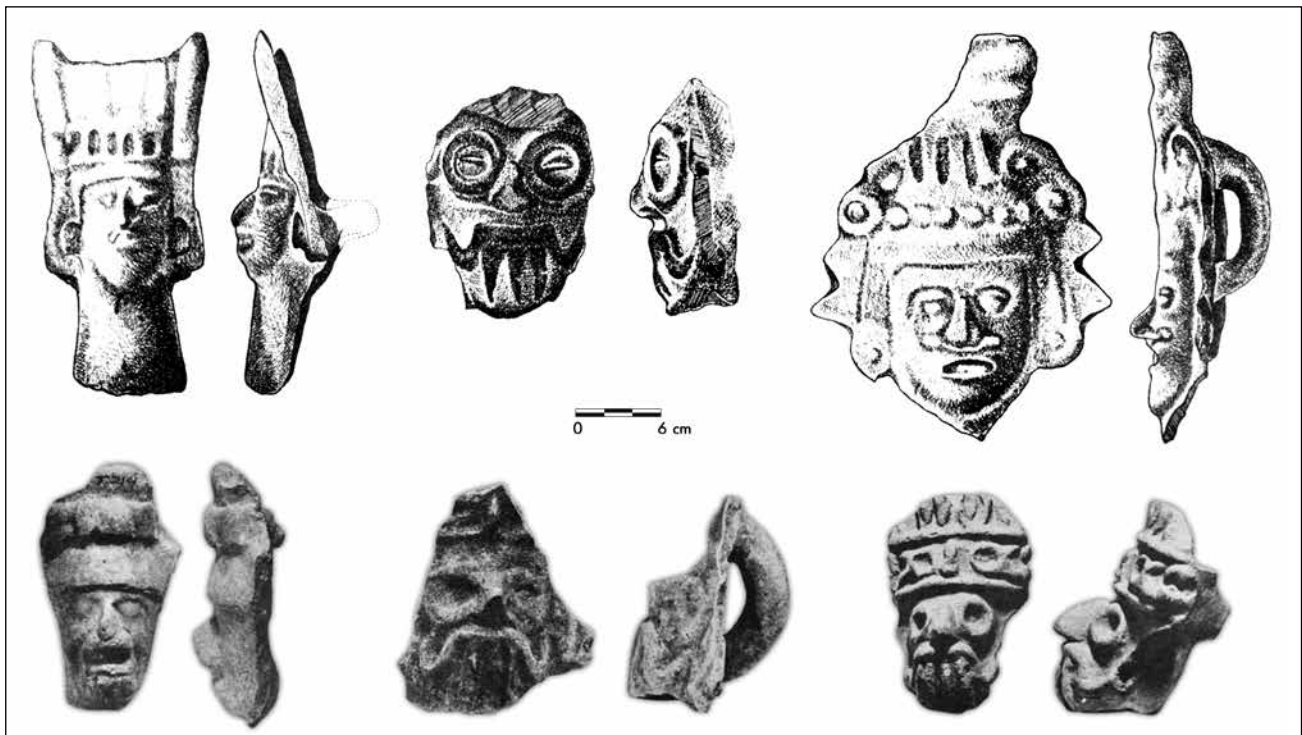


Fig. 34 Figurillas típicas del área tlaxcalteca y correspondientes a la fase Texcalac.

mantenerse aislados y marginados de las fuertes luchas militares que constantemente se sucedían por tener el control político y económico.

De estas 310 ocupaciones Texcalac, sólo 58 observan estructuras elevadas que bien pueden representar centros ceremoniales o de algún control cívico religioso (fig. 32). En la mayor parte de estos sitios predominan el número de plataformas bajas —repetimos—, sobre la supuestas ceremoniales, elaboradas a base de adobes cocidos con ladrillos de diferentes dimensiones, sobre las cuales suponemos se asentaban las casas de los jefes y gente importante y a las que hemos llamado “estructuras residenciales”. Como se ve, el número de estructuras con carácter cívico-religioso disminuye en 50% respecto de la fase anterior, la cual fortalece nuestra posición de que los habitantes de Texcalac se preocupaban menos por su religión que por conservar el dominio territorial, el económico y político de los grupos existentes.

De estos pueblos con carácter de control cívico-religioso la mayor parte de ellos se localizan hacia el centro del bloque Tlaxcala, en donde se observan 20 asentamientos con estas características en un área menor a los 200 km² (fig.32), región que durante Tenanyecac no tiene un gran papel. Por el contrario, el bloque nativitas, que durante la fase anterior Tenanyecac fue un centro de gran importancia con una docena de sitios de estas características, además de fuerte ocupación habitacional, ahora su población se ve reducida a escasas aldeas de campesinos o quizá de “militares-campesinos” que ocupaban el área a la vez que controlaban la fortaleza de Cacaxtla.

En general, la concentración habitacional de los pobladores Texcalac se presenta hacia el centro de nuestra área explorada y, salvo algunos sitios “importantes” hacia el NE, otros pocos al SW y escasos al SE, el resto se localiza hacia la parte central mencionada. La población Texcalac, pensamos, es mayor a la de la fase Tenanyecac que le precedió.

La religión, por lo que podemos observar en el tamaño y conformación de las estructuras piramidales, así como el número y (escasa) variedad de las figurillas, ha perdido importancia, la cual sabemos se inició desde la segunda mitad de Tenanyecac. Surgen al parecer ciertos ritos ligados con la guerra, quizá el culto a Camaxtli haga su aparición a estas alturas, lo mismo que a Xipe y a Tezcatlipoca, de acuerdo con lo que se observan sus figurillas y por lo que mencionan las fuentes. Por el contrario, la fuerza de los jefes civiles o militares es cada vez mayor, reflejada en un número creciente de estructuras “residenciales”, respecto al de supuestas “ceremoniales,” como ya hemos visto, y quizá también muchas de las figurillas típicamente locales —que ya hemos mencionado— son represen-

taciones de algunos de estos personajes importantes. Para este momento, pensamos, ya el militarismo está plenamente desarrollado y tiene el control absoluto de la población; aunque al parecer, respetándose los “señoríos” o “cacicazgo” entre sí y cooperando en forma de pequeños Estados confederados de los ataques de nuevos arribeños y de los pobladores hacia el oeste y suroeste —Huejotzingo-Cholula— que poco a poco y van adquiriendo fuerza: “[...] Y aunque para las cosas particulares, cada cual regía, y mandaba a los suís, para las generales, y de la república, todas quatro junto las determinaban”, escribe Torquemada (citado en Davies, 1988: 99) pensando siempre en sólo cuatro señoríos para la parte tardía de la época prehispánica. Nosotros creemos que ya desde Texcalac existe esta forma de gobernarse, a manera de estados confederados girando en torno del más fuerte, Tepeticpac en este caso.

Tal vez para la primera mitad de Texcalac las luchas internas por la posición territorial y política fuese aguda, para la segunda y parte final de la fase, con la llegada de los de los teochimecas o tolteca-chichimecas que se asientan hacia la parte central del bloque Tlaxcala y se han fortificado en Tepeticpac, derrocando a los habitantes existentes en la región y que se unen a los huejotzincas para desterrarlos del área, se estabiliza la situación, se plantean fronteras territoriales y se conforman los “señoríos” o “pequeños Estados militaristas” que habrían de mantenerse unidos, tal vez bajo el mando del grupo más fuerte política y militarmente hablando localizado en Tepeticpac.

De estos supuestos señoríos o cacicazgo existentes en la región para esta época podemos mencionar: Tepeyanco (T-210, T-211, T-222); Xaltocan (T-44, T-45, T-47 y T-63); Texcalac (T-6, T-16, T-70, T-71); Las Margaritas (T-31, T-32, T-33), además de los localizados hacia el centro, donde se destacan los sitios en torno a San Tadeo Huilopan (T-278, T-279); los de Tlacoacalpan (T-290, T-291, T-285 y T-298), con sus abundantes estructuras residenciales elaboradas a base de tabique (adobes cocidos) o adobes; los de Temetzontla (T-97 y T-98) con Tepeticpac (T-303, T-303d), cuya posición central y dominante, así como poseer una fortaleza inexpugnable que contaba “con muchas albarradas, y fosas y otros reparos y pertrechos de guerra, y muy grandes profundos despeñaderos que tiene la propia sierra de Peña Tajada, estuvieron encastillados allí” además de que su dios Camaxtli “Les había asegurado ser vencedores de todas sus guerras, y allí había de ser el principio de su monarquía” (Muñoz Camargo, 1947: 67; García Cook y Mora, 1973).

Por su posición tanto topográfica como geográficas, además de haberse fortificado a base de fosos y

murallas como arqueológicamente se ha demostrado (García Cook y Mora, 1973) lo hacen ser el asentamiento más importante y será el que posteriormente dará principio a los cuatro grandes señoríos que mencionan las fuentes y que nosotros creemos que empiezan a consolidarse desde la mitad de Texcalac, estando plenamente definida su posición rectora al final de dicha fase.

El incipiente militarismo que se inicia desde los comienzos de Tenanyecac —y quizá desde Tezoquipan— se consolida durante la segunda mitad de la misma y para el inicio de Texcalac está plenamente desarrollado y pensamos que existe ya como clase dirigente, y que todo el ceremonial y preparación requerida para ser militar que mencionan las fuentes históricas está ya en pleno uso. Del mismo modo suponemos que la forma de heredar el poder que indican tales fuentes para la parte tardía (poco antes de la llegada de los españoles) existente en Tlaxcala, ya se presenta desde esta época.

De esta manera podemos ver que el proceso de cambio de una sociedad teocrática a una de carácter cívico-religioso o militarista observa un paso más bien lento, y aunque se ve casi definida para la segunda mitad de Tenanyecac (\pm 300 d. n. e.), creemos que está plenamente consolidada desde los inicios de Texcalac (650 -700 d. n. e.) completamente delineada y establecida hacia la parte tardía de la misma. Pensamos que para fines de esta fase la organización regional está basada en un conjunto de señoríos o cacicazgos o especie de “Estados confederados” con un poder mayor central, el cual se asienta desde estos momentos hacia el centro del área explorada, en torno a Tepeticpac-Huiloapan-Tlacotalpan para la región que venimos tratando y en Cholula para el resto del valle.

Y los jefes militares o “sacerdotes-militares” serían los que ostentan el poder y tan sólo producirían servicios, mientras que el grueso de la población lo ocupa la clase campesina y una posición intermedia, de cierta comodidad social, la tendrían los artesanos, dedicados a la alfarería, al tejido, la construcción, entre otros. Por su parte, otra clase también de posición elevada y brazo derecho de las personas dirigentes serían los militares, quienes incluso podían ser armados caballeros en caso de que hubiesen destacado en la guerra o hubiesen hecho muchos prisioneros. También los comerciantes o “mercaderes ricos” eran igualmente armados caballeros (Muñoz Camargo, 1947) indicando con ello una buena posición social.

Texcalac, ha sido delimitado hasta cierto punto en forma más o menos fácil, ya que para estos momentos existe un área bastante extensa sin la presencia de asentamientos, tanto hacia el norte y este como hacia el sur y SW, sólo hacia el lado oeste y SW es un

poco más complejo tratar de fijar la frontera, sobre todo para la parte temprana de la fase. Para la segunda mitad de Texcalac, así es la frontera que se ha marcado, para este lado W y SW, en el mapa que se incluye (fig. 33), pero para el principio de la misma bien puede crecer un poco hacia el dicho lado oeste y SW. Sin embargo, dado el mayor número de contactos observados en sus elementos culturales, como lo es la cerámica, que aparenta mayor relación con la cuenca de México, hemos fijado la frontera tal como aparece en la ilustración (fig. 33).

De este modo la cultura Texcalac cubre un área de unos 1600 km², aproximadamente, en la cual se localizan 253 asentamientos diferentes entre villas, pueblos (algunos semiurbanos) y aldeas; además de contar con un gran número de pequeñas aldeas o estancias de campesinos dispersas en todo su territorio. Hacia el oeste y SW limita con los grupos de Huejotzingo, de ascendencia igualmente Chichimeca mezclada con los grupos de cultura cholulteca anterior; hacia el SW y sur y separado por un área desocupada limitada con la cultura cholulteca (Cholula IV, Cholulteca I y parte de II) y hacia el SE y separados por un espacio bastante amplio de más de 20 km sin asentamientos, tenemos algunos sitios que al parecer se relacionan con otros situados más al sur (y fuera de nuestra área estudiada) las que de acuerdo a los datos existentes para esa zona parece haber controlado Cuauhtinchan, quien se encontraba en apogeo durante esta etapa. Las fuentes históricas —*Historia tolteca chichimeca* y el mapa núm 2 de Cuauhtinchan⁸— nos hablan de la grandeza de Cuauhtinchan a partir del siglo XII, pero de acuerdo a los datos arqueológicos (Dávila, 1974) tal parece que su apogeo podemos situarlo justo de un modo contemporáneo con Texcalac, sobre todo para su segunda mitad; es por lo anterior que en el mapa núm. 31 ha sido utilizado el término de cultura cuauhtinchantlaca (arqueológica) para delimitar esta zona, aunque comparten muchos elementos de Cholula y con la cuenca de México, así como muchos procedentes de lugares hacia el sur inmediato y quizá controlado también (políticamente) por Cuauhtinchan. Así mismo, el vacío existente en torno de Huamantla, si hacemos caso de las fuentes (Reyes, 1975), fue controlado por los cuauhtinchantlacas; aunque las fuentes lo mencionan para épocas más tardías, repetimos, nosotros creemos que en este momento es cuando tienen su mayor apogeo.

Hacia el este ignoramos los grupos existentes, pues prácticamente tampoco contamos con ocupaciones (considerables), aunque pensamos tengan filiación

8 Citado en Reyes, 1975.

totonaca; hacia el NE existe un cierto número de sitios con fuerte ocupación o huasteca o totonaca(?), es decir, de grupos ligados con gente del golfo, y hacia el NW la carencia de asentamientos localizados hasta la actualidad, nos impide saber a qué clase de grupos pertenecieron, pero pensamos que se trata de un área controlada por asentamientos de la cuenca o habitada por otomíes y chichimecas seminómicos.

La cultura Texcalac observa relaciones, aunque no muy fuertes, con asentamientos hacia el sur de Puebla —Huehuetlán-Izucar-Tepexi—, quizá vía Cuauhtinchan; en igual proporción se ven contactos, con el golfo central y con el resto del valle hacia Cholula-Huejotzingo, y también, en escasa proporción relaciones con la cuenca de México y con la Huasteca.

Resumiendo: la fase Texcalac, en cuyo inicio se observa la salida de un fuerte número de “intelectuales”, militares —olmecas y xicalancas, quizá— que van a tomar el poder de Cholula, y la desocupación masiva de la mayor parte de los sitios “importantes” de la fase anterior, Tenanyecac, ve también la llegada de un gran número de personas provenientes sobre todo de la cuenca de México, del sur de Puebla —área ñuiñe y la controlada por Cuauhtinchan— y tal vez de grupos chichimecas procedentes de la cuenca o del norte de Tlaxcala. Texcalac origina un nuevo “floreCIMIENTO regional” con el arribo de estas gentes, sobre todo de los provenientes del sur, que “inyectan” nueva cultura al área. Se incrementa la población, explotándose toda la tierra disponible para el cultivo. Se consolida el poder en manos de la clase militar, ahora ya plenamente definida y la cual cambia —o se incrementa— en cierto modo el patrón de asentamiento de sus poblados mayores, situándolos sobre todo en lugares inaccesibles y de fácil defensa, además de concentrarse en esta ocasión hacia el centro del bloque Tlaxcala; en los Cerros Blancos donde fabrican, utilizan y se valen de un sitio completamente fortificado: Tepeticpac, que con el tiempo vendría a tener un papel para la fase siguiente. Durante Texcalac se comienza a definir el territorio tlaxcalteca que habrían de conocer los españoles a su llegada en el siglo XVI y se empieza a consolidar igualmente su modo de gobierno a base de pequeños Estados confederados o agrupaciones de señoríos, entre los cuales Tepeticpac será uno de los más importantes.

Consolidación del “Estado” (o pueblos-Estado-confederados) Tlaxcalteca (fase Tlaxcala)

Estando así las cosas surge Tlaxcala, nombre con el que hemos denominado a la séptima y última fase

del desarrollo regional que venimos tratando y que por su material cultural arqueológico prehispánico hemos localizado a partir de 1100 y tendrá a su fin en 1519 con la llegada de los españoles, con la cual termina una larga historia del desarrollo regional y se inicia un nuevo proceso en el modo de ser y de comportarse de los habitantes del área que nos ocupa: norte del valle poblano-tlaxcalteca.

Hemos llamado Tlaxcala a esta última fase en que se desenvuelven todo los grandes señoríos tlaxcaltecas que mencionan las fuentes históricas y de los que existe abundante literatura, con el objeto de no utilizar ninguno de los nombres de dichos señoríos para no causar la impresión de la hegemonía del señorío cuyo nombre fuese utilizado. Y ha sido llamado como Tlaxcala, pues es en el actual estado del mismo nombre, Tlaxcala, donde tiene su sede dicha cultura; además, como se ha venido observando, las fases culturales que hemos establecido funcionan perfectamente para Tlaxcala y se localizan en su mayor extensión en dicho estado, y aunque hemos comentado en parte algo respecto al desarrollo del resto del valle, analizado de alguna manera por nosotros, sin embargo, hemos concentrado nuestra atención en el área donde se desenvuelven en su mayor extensión las fases establecidas y que por razones ecológicas e históricas guardan cierta unidad y observan una fuerte tradición en su desenvolvimiento desde épocas muy tempranas: Tlaxcala.

Por otro lado, si las fases culturales establecidas se localizan en su mayor extensión en el territorio que actualmente ocupa Tlaxcala, quiere esto decir que el área en que se desenvuelve la última fase cultural será la región ocupada por el grupo tlaxcalteca que conocen los españoles a su llegada, por tanto, queda justificado también la utilización de dicho término para nombrar esta última fase del desarrollo cultural prehispánico en la región de estudio: Tlaxcala.

Tlaxcala se inicia con la consolidación en el poder del grupo que habita en el centro del bloque, en los Cerros Blancos, comandados por Tepeticpac, cuyo proceso habría de iniciarse tres siglos antes; y aunque observa fuertes luchas con sus vecinos al oeste y suroeste —Huejotzingo, Cholula— así como con los mexicas asentados en la cuenca de México, además de sus luchas internas, su control político y económico cada día está más asegurado, y van a irse consolidando algunos señoríos, así como ir surgiendo otros más que aunque dependientes de los centrales —geográficamente—: harán su propia vida y controlarán cierta extensión territorial, de un modo independiente y de acuerdo con los señoríos principales (fig. 35).

Las fuentes históricas nos dan amplia referencia del surgimiento, consolidación y organización de

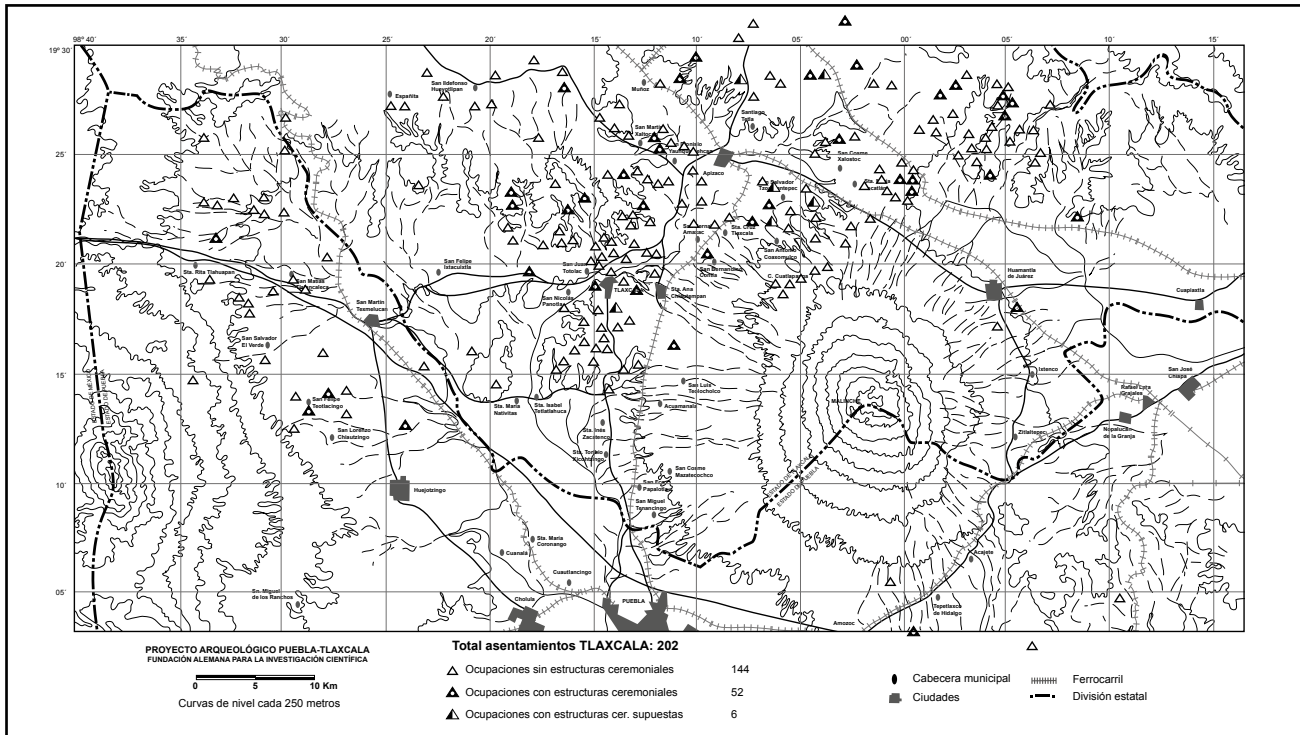


Fig. 35 Distribución de asentamientos de la fase Tlaxcala (T. VII).

algunos de estos señoríos e incluso se ha llegado a pensar por la constante repetición de los principales señoríos mencionados en ellos se trata tan sólo de 4 grandes señoríos los que tuvieron el control total y absoluto del territorio tlaxcalteca que encontraron los conquistadores hispanos a su llegada. Por las fuentes mismas se pueden captar que no sólo estos cuatro señoríos son los únicos existentes en la región, para el inicio del siglo XVI y en ella se logra ver la presencia de algunos más. Y como subraya Gibson (1952: 12 y 13) ni los conquistadores o cronistas e historiadores más tempranos señalan la presencia de estos cuatro grandes señoríos, sino dicha referencia viene a iniciarse hasta poco más de dos décadas después. Por otro lado, los restos arqueológicos mismos y el tamaño e importancia de los asentamientos nos hacen ver con mayor claridad la presencia de otros y en mayor número de supuestos “señoríos”. Adelante volveremos sobre el particular, antes escribamos algunas líneas sobre la cultura que desarrollan estas gentes tlaxcaltecas.⁹

El medio ambiente en que se desarrolló Tlaxcala era el mismo conocido por los hispanos a su llegada y tal vez con tierras bastante agotadas por la intensa

explotación de que eran objeto; por otro lado, los habitantes del área de la cultura Tlaxcala cada día contaban con terrenos más y más erosionados, para quedar situados en laderas y cimas de cerros, o en estrechos valles internos. Aunque dependían básicamente de la agricultura, era también de gran importancia la recolección de alimentos —caza, pesca, recolección—, dada la inestabilidad política y tal vez debido a las constantes luchas que sostenían, así como de sus intercambios con otras áreas vecinas o distantes.

Los sistemas de cultivo eran los conocidos y heredados de sus antepasados y sólo se ven cambios en formas y dimensiones de acuerdo con la posición topográfica en que se encuentre. La tecnología agraria no observa cambios, antes bien parece disminuir en calidad y número sus elementos. Del mismo modo se observa un abandono en otros campos tecnológicos. En la cerámica se continúan los tipos Texcalac y vemos que predomina la monocroma local; en las policromas de las llamadas “cholultecas” se incrementa el número de formas y diseños, y existe también un Negro sobre Guinda regional semejante o antecesor al “Texcoco Black on Red” que menciona Tolstoy (1958) para la cuenca de México.

Se continúa e igualmente, aunque en menor número al parecer, con las figurillas elaboradas sobre moldes que son características de esta región, es decir, las que llevan un asa —horizontal o vertical— en la parte posterior, y aparecen también algunas semejantes

9 Es curioso que, a pesar de ser la época más reciente, sin embargo arqueológicamente no hemos podido diferenciarla plenamente de la anterior y mucho menos contamos aún con un buen muestrario procedente de excavaciones que nos aclare muchas dudas al respecto. Tampoco se tienen fechados para esta fase o sus correspondientes en el valle poblano. De este modo, con las reservas del caso, hay que tomar lo que se escriba.

o idénticas a las “aztecas” de la cuenca o de Cholula (Trejo, 1973). Los malacates observan un cambio en forma y tamaño. Además de que muchos de ellos están elaborados en molde (García Cook y Merino, 1974). De la lítica no se observan grandes cambios, más bien parecen degenerar la tecnología (fig. 36).

Los asentamientos se localizan en la cima o laderas altas de los cerros, aparecen en laderas bajas o cañadas cuando existe algún arroyo de carácter permanente, y no existe en el valle mismo a excepción de los que se localizan en el actual estado de Puebla. Los asentamientos en sí son de abundantes aldeas concentradas, de pequeñas villas o de grandes pueblos; además de algunas pequeñas aldeas y/o estancias dispersas que no hemos tomado en cuenta en nuestra cuantificación. Los poblados se agrupan hacia la parte central del área estudiada y se observan grandes extensiones de terreno sin ocupación alguna, tanto hacia el sur y oeste como por el norte y el este (fig. 35).

La delimitación de la cultura Tlaxcala no ha sido nada difícil pues se separa de sus vecinos tanto por zonas desocupadas como por su organización y rasgos culturales mismos. Abarca de esta forma alrededor de 1400 km² aproximadamente, en los que se

localizan 180 asentamientos diferentes (sin contar las pequeñas aldeas o estancias dispersas). Colinda por el sur y separados por un pasillo deshabitado, de unos 12 km de ancho, con Huejotzingo y Cholula; por el sur y SE con Cuauhtinchan-Tepeaca; estos últimos aunque muy ligados con los grupos cholultecas, sin embargo se diferencian de aquélla por su mayor contacto con grupos asentados hacia el sur inmediato (fig. 37).

Aunque por el número de sitios arqueológicos existentes estos grupos están separados por una amplia zona deshabitada hacia el SE de la Malinche, sin embargo, si hacemos caso de lo que nos plantean las fuentes históricas (con sus debidas reservas), sabemos que esta región la controlaba en un principio Cuauhtinchan y quizá después Tepeaca (Reyes, 1975), y podemos pensar también que estuviese habitada por otomíes dependientes de alguna manera de Tlaxcala. Por el NW, aunque no contamos con asentamientos localizados pensamos que, de existir, tales están ligados con la cultura mexicana controlada por Texcoco en esta región, y hacia el noreste aparecen sitios con un buen porcentaje de material y estilo arquitectónico semejante a los del golfo —inclusive se cuenta con un sitio fortificado—, aunque observan también cierta



Fig. 36 Figurillas que aparecen en los asentamientos Tlaxcala.

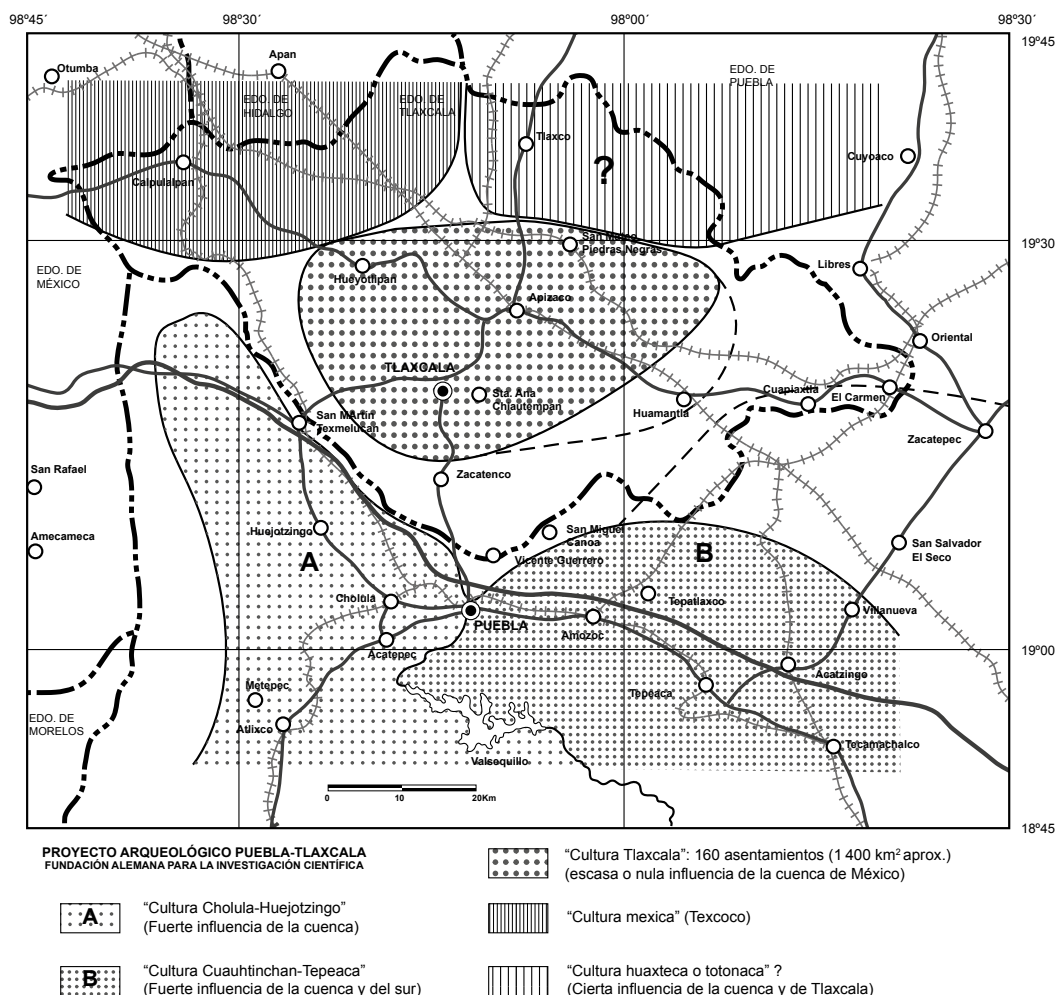


Fig. 37 Delimitación geográfica de la "cultura Tlaxcala" (1100 - 1519 d.n.e.).

influencia tanto con la cuenca de México como con Tlaxcala; aún no hemos podido definir si se trata de grupos huastecos o de totonacos, en breve tiempo, cuando se termine de analizar sus elementos, sabremos con mayor precisión.

Tlaxcala presenta escasa o nula influencia de la cuenca de México, aunque no negamos contacto con ella, sobre todo a principios de la fase. Observa mayor relación con el golfo de México, con el valle poblano, representado por Cholula-Huejotzingo o por Cuauhtinchan-Tepeaca, (incluyendo la mixteca poblana), así como con grupos situados más al sur como podría ser Tehuacán y Oaxaca.

Durante toda su existencia, de acuerdo con las fuentes históricas, Tlaxcala (parte final del desarrollo prehispánico) sostuvo fuertes guerras con los invasores y luchó por mantenerse independientes del dominio cada vez mayor logrado por los mexicas; pero también, y de acuerdo a las mismas fuentes, parece ser que Tlaxcala fue una especie de reservorio para tener víctimas que sacrificar a sus dioses, los

cuales eran obtenidos por las guerras floridas que se organizaban a cada cierta temporada (Gibson, 1952; Canseco, 1966; Muñoz Camargo, 1947).

La organización de la cultura Tlaxcala podemos imaginarla semejante a la Texcalac, basada en la confederación de pequeños Estados militaristas, o agrupación de "señoríos" o "cacicazgos" que se mantenían en el poder por la fuerza de las armas y que controlaba al grueso de la población campesina, así como a los artesanos y comerciantes, quienes por su "profesión" misma habrían de tener una mejor posición que el campesinado mayoritario. El poder de cada uno de esos "señoríos" era heredado al menos en tres de los cuatro señoríos mencionados insistentemente en las fuentes: Tepeticpac, Ocotelulco y Tizatlán; no así Quiahuiztlán, donde de acuerdo con Muñoz Camargo (1947: 4) el gobierno del señorío era por elección. Pensamos que lo mismo puede generalizarse para el resto de los señoríos que nosotros creemos existieron en forma paralela a los cuatro mencionados, en su mayoría quizá el señorío fuese

heredado y en otros tal vez adquiriese por elección y tal vez en los señoríos menores en caso de conflicto para la elección del nuevo gobernante, quizá tuviesen injerencia los señoríos más fuertes. Bien puede suponerse que pasase lo mismo que en la región de Cuauhtinchan, donde de acuerdo con las fuentes (Reyes, 1975) los nuevos jefes o señores eran embestidos en el poder en Cholula, (más tarde en Tenochtitlan). En nuestro caso, los jefes o gobernantes, así como los nuevos “caballeros” bien podían recibir la investidura en alguno de los señoríos más fuertes económica y políticamente hablando: Ocotelulco o Tepeticpac.

Los cuatro grandes señoríos que mencionan las fuentes, que como todos sabemos y ya dijimos anteriormente, más bien se trate de una creación colonial, pues surge hasta la década de los cuarenta del siglo *xvi* (Gibson, 1952) y los primeros cronistas —Cortés, inclusive— no hablan de estos cuatro señoríos y sí se observan otros más: Tepeyanco, Atlihuahuetzian, Hueyotlipa, etcétera (Dixon, 1952; Muñoz Camargo, 1947); tal vez sí cumplen un fuerte papel durante la época prehispánica; sobre todo de control administrativo, pues como sabemos Cortés a su llegada fue recibido por Xicoténcatl en Tizatlán y ahí se decidió si presentaban o no su ayuda para atacar a los mexicas (Muñoz Camargo, 1947; Gibson, 1952). Ocotelulco sabemos que funcionó como un gran mercado y por tanto tenían el control económico, lo cual le daría una posición muy privilegiada, y Tepeticpac, por estar fortificado, cumpliría un fuerte papel de carácter defensivo. Pero también las fuentes mencionan, como ya apuntamos, Tecocac como si se tratase de un señorío independiente por donde entró Cortés con su gente a territorio tlaxcalteca; igualmente se habla de Tzompantzingo (T-90, T-75 y T-80) donde acampó por algunos días y sostuvo varias luchas con tlaxcaltecas y también donde concertó la paz con ellos (Muñoz Camargo, 1947: 200; Gibson, 1952: 17), y desde donde mandó emisarios totonacas, cempoaltecas y quizá los mismos tlaxcaltecas de Tzompantzingo intercedieron para que los recibiese Xicoténcatl de Tizatlán. Bernal Díaz del Castillo (citado en: Gibson, 1952: 12; Davies, 1968: 97) habla de cinco parcialidades mencionando únicamente a Tepeyanco, además de 30 pueblos más. Por otro lado, además de los referidos y de Tizatlán y Ocotelulco, cuyos jefes y capitanes desempeñan un gran papel a la llegada del conquistador, también se refieren en otras ocasiones al señorío de Atlihuahuetzian (T-163) y al de Hueyotlipan (T-92) donde habría de refugiarse después de la derrota sufrida en la tan famosa noche triste de Tlacopan. Además de estos supuestos señoríos que arqueológicamente sí se justifican, creemos que se pueden mencionar igualmente: Tepeyanco (T-222);

Atlihuahuetzian (T-163); Xaltocan (T-45, T-47, T-63); Huiloapan (T-278 y T-279) Tlacocalpan (T-285, T-290, T-298); Yauhquemecan (T-48 y T-68); Xalpetlahuaya-Quimicho (T-374, T-352, T-378) con varias aldeas a su alrededor: Xipetzingo? (T-108); Temetzontla (T-97, T-98), y Oztotlapango (?) (T-269).

Pensamos que Tepeticpac debe haber tenido uno de los papeles más importantes dada su enorme extensión territorial observada y su situación estratégica y por contar con murallas y fosos que la hicieron inexpugnable, ya que al parecer y de acuerdo con Muñoz Camargo (1947: 67): “Fue tan grande la fuerza y reparos que los chichimecas aquí hicieron, y fue su intento hacerla con tanta pujanza, que fue más para inmortalizar su fama y memoria, que para defensa y resistencia presente”, además y de acuerdo también con Muñoz Camargo, es: “en los riscos y peñascos que quieren decir en lengua náhuatl, Texcalticpac o Tecpatl o Texcalla, que andando el tiempo se vino a llamar Tepeticpac, Texcalla y más adelante Tlaxcalla, como los principios de esta relación dejamos dicho, que ésta fue y en este lugar la fundación de este reino y provincia” (Muñoz Camargo, 1947: 81) sería pues Tepeticpac la que dará lugar a los cuatro grandes señoríos de que tanto se hablan y el que arqueológicamente se observa una mayor profundidad temporal. Es también en Tepeticpac donde se libra la fuerte batalla contra los huejotzincas y aliados, los cuales pidieron ayuda a los “mexicanos y tecpanecas,” quienes estuvieron presentes pero no entraron en acción, ellos mismos habían ofrecido a los chichimecas de Tepeticpac (Muñoz Camargo, 1947: 67-77). Después de tan fuerte lucha donde habría de morir mucha gente, sobre todo huejotzincas, se establece una paz con todos los pueblos vecinos, “haciendo sus límites y mohoneras de lo que cada provincia había de tener, para lo cual señalaban ríos, sierras y cordilleras de serranías grandes, haciendo sus compartimentos según y de la manera que cada legión y capitania lo merecía, o le había caído en suerte, poblando en las mejores partes que podían y según los méritos, deméritos o calidades de las personas” (Muñoz Camargo, 1947: 80).

Y pensamos que Tepeticpac cumplió un gran papel pues además de ser el creador de estas nuevas “dinastías” que habrían de gobernar y controlar toda la región de un modo directo o indirecto, durante los últimos siglos de ocupación prehispánica, también sería allí donde se habrían de “guarecer” la gente importante de los demás señoríos en caso de ataques o sitios de sus enemigos, tanto cholultecas o huejotzincas, o de los ligados con los mexicas en general.

No negamos de manera alguna la gran importancia que debieron ejercer los cuatro señoríos mencionados

más insistentemente por las fuentes: Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán y Quiahuiztlán, y de los cuales se tiene inclusive cierta relación de sus dinastías, pero sí queremos aclarar que desde el punto de vista de asentamientos arqueológicos existen otros “centros” de igual o mayor importancia que tales cuatro “señoríos”, entre los que destacan los enlistados anteriormente.

De este modo llegamos a la primera mitad del siglo XVI, al 1519, año en que hacen su aparición los conquistadores hispanos, sufriendo un gran y trascendental cambio al desarrollo regional que venimos tratando. Lo que sucede en la región después de esta fecha nos lo refieren las fuentes y a ellas debemos recurrir para tratar de comprender el cambio y adaptación al nuevo modo de vida, y con él, el surgimiento de la actual sociedad poblano-tlaxcalteca, quienes tuvieron grandes privilegios durante la Colonia y que distan mucho de ser semejantes (poblanos y tlaxcaltecas del área estudiada) en la actualidad.

Comentario final

Confiamos en que, con lo anteriormente expuesto, haber otorgado una idea general del desarrollo regional en el norte del valle Puebla-Tlaxcala. Creemos haber ofrecido, aunque de un modo tentativo, el comportamiento través de su historia prehispánica del actual estado de Tlaxcala; en forma menos aproximada, planteamos ciertas inferencias para el resto de dicho valle poblano-tlaxcalteca.

Estas generalidades sólo hemos podido realizarlas gracias a los trabajos de exploración arqueológica que con base en un reconocimiento intensivo de superficie se ha venido realizando en los últimos 30 meses en la región de estudio. Este reconocimiento arqueológico de superficie fue planeado con el fin de obtener el mayor número de datos posibles que pueden ser observados sobre el terreno en que se localizan los asentamientos; para lograr dicho contenido elaboramos una “cédula de reconocimiento,” con el objeto de captar en ella un mínimo de elementos indispensables, además de anotar por supuesto todos aquellos otros no considerados en la misma (fig. 38). De este modo, además de anotar los datos referentes a la localización geográfica del sitio en cuestión, su ubicación en las fotos aéreas y mapas que se utilizaron, así como sus coordenadas, nombre del mismo, dependencia política y modo de acceso al sitio; se tomó en cuenta también la condición actual del terreno —ocupación y utilización, vegetación, estado de erosión— la distancia y altura a las fuentes de agua; su situación topográfica, el rumbo y ángulo de la pendiente del terreno; su distribución general. La presencia o no de terrazas de ocupación prehispa-

nica; las formas de control del agua. Datos sobre la zona ceremonial y de la habitacional; las observaciones sobre el material que se podía captar en el sitio mismo; el espesor de la ocupación y así como tratar de adjudicarle una cronología tentativa. Las anotaciones sobre las probabilidades o necesidades de efectuar estudios específicos posteriormente, además de elaborar los croquis cuando fuesen posibles y anotar en el las diferentes unidades de muestreo que se hubiesen realizado (fig. 38).

Estamos conscientes de que esta cédula de reconocimiento no es perfecta y que existen algunos datos que escapan al contenido de la misma, pero también estamos seguros de que dichos datos, de ser captados por el arqueólogo que realiza el reconocimiento, pueden ser anotados en hojas que se anexen a esta cédula. Por otro lado, la cédula de reconocimiento trata de captar un mínimo de información y ha sido elaborada con el objeto de tener homogeneidad, al menos en ese mínimo de datos, y por supuesto, habrá sitios que requieren de textos y croquis anexos a los que en la cédula requerida y en algunos otros casos igualmente no será posible llenarla en su totalidad. Los datos registrados en esta cédula sirven como base para ofrecer una idea general de la región explorada y posteriormente, en forma paralela —ahora que conocemos sus límites—, pueden llenarse cédulas específicas, sobre algún problema en particular: sobre sistemas de riego; sobre sistemas constructivos; sobre tipos de vegetación, etcétera, así como poder profundizar sobre estudios en particular; por nuestra parte creemos que cumple bastante bien su cometido y para la actualidad, con algunas modificaciones que la benefician, se viene utilizando en la ampliación del Proyecto arqueológico Cuauhtinchan, hacia el S y SE del área base de investigaciones de la Fundación Alemana para la Investigación Científica (FAIC).

Las generalizaciones a lo que nos han llevado los datos de elementos culturales con que disponemos pueden ser ratificados o rectificadas al contarse con investigaciones más profundas sobre problemas en particular, así como al contar con un mayor número de fechamientos y tras haber concluido con el análisis de los materiales ahora en proceso en los laboratorios. Hasta la actualidad, repetimos, todo lo hasta aquí referido está basado primordialmente en un estudio primario —seriación del material— de los elementos culturales producto del reconocimiento arqueológico de superficie realizado en la región; además de la comparación de los mismos con los provenientes de unos 60 sondeos estratigráficos realizados en dicha área de estudio, así como con los existentes para las áreas vecinas, “amarrados” cronológicamente con 40 fechas de C¹⁴ con que se cuenta

<p>P.A.P.T. F.A.I.C.</p>	<p>I.N.A.H. S.E.P.</p>	
CÉDULA DE RECONOCIMIENTO		
Grupo _____	Sitio No. _____	No. de catálogo _____
Mapas _____		
Vuelo _____	Grupo _____	Fotos _____
Coordenadas _____		Altitud _____
Visuales _____		

Nombre _____ Poblado _____		
Municipio _____		Distrito _____ Estado _____
Acceso _____		

Locatario _____		Propietario _____
Ocupación actual _____		
Actitud _____		
Vegetación _____ Erosión _____		
Distancia al agua _____		Altura al agua _____ Temporal Permanente
SITUACIÓN TOPOGRÁFICA Valle Ladera Loma Cresta Meseta Cañada Margen Río		
Intersección río _____		Otros _____
Rumbo pendiente _____		Ángulo pendiente _____
Área total _____		
DISTRIBUCIÓN GENERAL Lineal Circular Disperso		
Otros _____		
TERRAZAS Ceremonial Habitacional Cultivo Ceremonial-Habitacional		
Habitacional-cultivo _____		Otros _____
CONTROL DE AGUA Canales Depositos Chinampas Otros _____		

ZONA CEREMONIAL		
Área total _____		Total de conjuntos _____ Total de estructuras _____
Dimensiones de cada conjunto _____		
Forma de conjuntos _____		
No. de estructuras por conjunto _____		
Forma de estructuras _____		
Dimensiones de estructuras _____		
Otros _____		
ZONA HABITACIONAL		
Área total _____		Total de conjuntos _____ Total de estructuras _____
Dimensiones de cada conjunto _____		
Forma de conjuntos _____		
No. de estructuras por conjunto _____		
Forma de estructuras _____		
Dimensiones de estructuras _____		
Conjuntos combinados _____		No. de unidades del muestreo _____
OBSERVACIONES SOBRE EL MATERIAL Concentración general _____		
Lítica _____		Cerámica _____
Otros _____		
Condiciones del material _____		Espesor ocupación _____
Cronología aproximada _____		
PERSPECTIVAS Detallar o ampliar reconocimiento Mapear Excavar		
Mano de obra _____		Recomendaciones _____
Anexos _____		
FOTOS Color _____ Rollo _____ Blanco y Negro _____ Rollo _____		
No. de bolsas _____		Otros _____
Fecha _____		Registraron _____
Observaciones _____		

Rasgos etnográficos actuales _____		

Anotó _____		

Fig. 38 Ilustración de la “cédula de reconocimiento”, elaborada expresamente para los trabajos de exploración arqueológica de superficie del Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala.

para la región y elaborados por miembros de la Fundación Alemana; además de lo que fue posible captar en los demás trabajos de investigación arqueológica, que se han efectuado y se están realizando en nuestra región de estudio valle poblano-tlaxcalteca.

El Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala, patrocinado por la Fundación Alemana para la Investigación Científica, concluirá en seis meses más; quizá —lo más seguro— al salir el presente a la luz pública, dicho proyecto haya sido concluido, pero para entonces confiamos en contar con un mayor número de pu-

blicaciones sobre temas en particular, así como haber concluido con el análisis integral de todo los materiales¹⁰ y poder contar ya tanto con los datos cronológicos de 50 muestras (por ahora sólo tenemos seis) de carbón enviadas para su fechamiento a Hannover, Alemania, así como con otros 30 que están siendo procesadas en los Laboratorios de la Universidad de Austin, Texas, y con todo ello poder ampliar, detallar y afinar la información que en esta ocasión ofrecemos sobre el desarrollo cultural prehispánico en el norte del valle poblano-tlaxcalteca.

¹⁰ Se confía en que al finalizar el proyecto se hayan terminado también la elaboración de cuatro tesis para la ENAH, en las que se analiza en forma más exhaustiva el material obtenido por el PAPT. Dichos trabajos están siendo realizados por Raziel Mora López, Felipe Rodríguez, Elia del Carmen Trejo Alvarado y Gloria Salazar.

Bibliografía

Abascal, Rafael, y García Cook, A.

- 1973 Sistemas de cultivo, riego y control de agua en el área de Tlaxcala. Ponencia presentada en la *XIII Mesa Redonda de la SMA*, septiembre de 1973, Jalapa, Ver. México.
- 1974 Riego y control de agua en los sistemas de cultivo prehispánicos de Tlaxcala. Ponencia presentada en el *XLI Congreso Internacional de Americanistas*, septiembre, México.

Aguilera, Carmen

- 1974 La estela (elemento 7) de Tlalancaleca. *Comunicaciones, 10*. Puebla, FAIC.

Armillas, Pedro

- 1946 Los olmecas-xicalancas y los sitios arqueológicos del sureste de Tlaxcala. *Rev. Mex. Est. Antrop.*, VII: 137-144, México.
- 1948 Fortalezas mexicanas. *Cuadernos Americanos, VIII*: 143-165. México, D.F.

Aufdermauer, Joerg

- 1970 Excavaciones en dos sitios Preclásicos de Moyotzingo, Puebla. *Comunicaciones, 1*. Puebla, FAIC.

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis

- 1950 *Prehistoria de México*. México, Ediciones Mexicanas.
- 1962 Antigüedades del hombre en México y Centroamérica. Catálogo Razonado de Localidades y Bibliografía Selecta (1867-1961). *Cuadernos del Instituto de Historia*. México, UNAM. (Serie Antropológica, 14).

Barba de Piña Chan, B.

- 1950 Tlapacoya. Un sitio preclásico de transición. *Acta Antropológica, época 2, 1* (1). México, ENAH.

Beristáin, Francisco, García Cook, A., y Rodríguez, Felipe

- En preparación. *Un juego de pelota de la fase tezoquipan, Capulac, en el estado de Puebla*.

Borhegyi, Stephen F. De

- 1952 Notes and Comments on "Duck-Pots" from Guatemala. *Middle American Research Records, II* (1).

Brush, Charles P.

- 1965 Pox Pottery: Earliest Identified Mexican Ceramic. *Science, 149*, July 9 (3680): 194-195.

Byers, Douglas S. (Ed.)

- 1967 *Environment and Subsistence, The Prehistory of the Tehuacán Valley*. Vol. 1. Austin/Londres, Robert's Peabody Univ. of Texas Press.

Canseco Vincourt, Jorge

- 1963 *La guerra sagrada*. México, INAH (serie Historia, XIV).

Coe, Michael

- 1961 *La Victoria: An Early Site on the Pacific Coast of Guatemala*. Cambridge, Mass, Peabody Museum of Archaeological and Ethnology (Papers).

Coe, Michael, y Flanery, Kent V.

- 1967 *Early Cultures and Human Ecology in South Coastal Guatemala*. Washington, Smithsonian Press.

Dávila Cabrera, Patricio

- 1974 *Cauhtinchan: Estudio arqueológico de un área*. Tesis. ENAH, México.

Dávila, Patricio y Zaragoza, Diana

- 1973 Resultados preliminares de investigaciones arqueológicas en el área de Cauhtinchan. *Comunicaciones, 8*. Puebla, FAIC.

Dixon, Keith A.

- 1959 Ceramics Prem Two Preclassic Periods at Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico. *New World Archaeological Foundation Papers, No. 5*, Brigham Young University, USA.
- 1966 *Progress Report on Excavations of Terminal Late Preclassic Ceremonial Architecture, Temesco, Valley of México, (summer 1965) Report min*. Long Beach Department of Anthropology, California State College.

Ekholm, Gordon F.

- 1944 Excavations at Tampico an Pánuco in the Huasteca, México. *American Museum of Natural History Anthropological Papers, 38*. Nueva York.

Ekholm, Susanna M.

- 1969 Mound 30^a an the Early Preclassic Ceramic Sequence of Izapa Chiapas, México. *Papers of the New World Archaeological Foundation, 25*. Provo, Brigham Young University.

Flanery, V. K.

- 1967 Farming Systems and Growth in Ancient Oaxaca. *Science, 158*, oct. 27 (3800). 445-454.

Fowler, Melvin L.

- 1968 *Un sistema preclásico de distribución de agua en la zona arqueológica de Amalucan, Puebla.* Puebla, Instituto Poblano de Antropología e Historia.

García Cook, Ángel

- 1972 Investigaciones arqueológicas en el estado de Tlaxcala. *Comunicaciones*, 6. Puebla, FAIC.
- 1973a El desarrollo cultural prehispánico en el norte del área. Intento de secuencia cultural. *Comunicaciones*, 7. Puebla, FAIC.
- 1973b El desarrollo cultural prehispánico en el norte del área. Intento de una secuencia cultural. (Mimeo., 24 pp.). Presentado en el Primer *Simposio del Proyecto Puebla Tlaxcala de la FAIC, enero-febrero*, México.
- 1973 c Las fases Texcalac y Tlaxcala o Posclásico de Tlaxcala (mecanoescrito). *XIII Mesa redonda de la SMA*. Jalapa, Ver. México.
- 1973d Algunos descubrimientos de Tlalancaleca estado de Puebla. *Comunicaciones*, 9. Puebla, FAIC.
- 1973e Una punta acanalada en el estado de Tlaxcala, México. *Comunicaciones*, 9. Puebla, FAIC.
- 1974a Una secuencia cultural para Tlaxcala. *Comunicaciones*, 10. Puebla, FAIC.
- 1974b Transición del Clásico al Postclásico en Tlaxcala: Fase Tenanyecac. *Cultura y Sociedad*, 1 (2): 83-89. México.
- En prensa El Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala: origen, finalidad y logros. En *El Proyecto México de la Fundación Alemana para La Investigación Científica*, (t. I, vol. I del Proyecto arqueológico Puebla-Tlaxcala). Wiesbaden, Alemania.
- En prensa *Dos artefactos de hueso en asociación a restos pleistocénicos en Los Reyes, La Paz, Edo. México*. México, INAH.

García C., Ángel, y Abascal M., R.

- 1973 El Clásico de Tlaxcala, fase Tenanyecac (mecanoescrito). En *XIII Mesa Redonda de SMA*. Jalapa, SMA.

García C., Ángel, y Merino C., B. L.

- 1975 Los malacates de Tlaxcala: Intento de una secuencia evolutiva. *Comunicaciones*, 11. Puebla, FAIC.

García C., Ángel, y Mora L., R.

- 1974 Tetepetla: un sitio fortificado del clásico en Tlaxcala. *Comunicaciones*, 10. Puebla, FAIC.

García Moll, Roberto

- 1973 *Análisis de los materiales arqueológicos de Texcal, Puebla*. Tesis. ENAH, México.

García Payón, José

- 1966 *Prehistoria de Mesoamérica, excavaciones en Trapiche y Chalahuite, Veracruz, México, 1942, 1951 y 1959*. Jalapa, Ver., Facultad de Filosofía, Ciencia y Letras., Universidad Veracruzana.

Gibson, Charles

- 1952 *Tlaxcala in the Sixteenth Century*. New Haven, Yale University Press.

Green, Dee F., y Garth, L.W.

- 1967 Altamira and Padre Piedra: Early Preclassic Sites in Chiapas, México. *New World Archaeological Foundation, Papers*, 20. Provo, Utah, Brigham Young University.

Grennes-Ravitz, Ronald. A.

- 1971 *La presencia olmeca en Iglesia Vieja, Morelos*. México, ENAH (Serie Traducciones, 7).
- 1971 The Quintessential Role of Olmec in the Central Highlands of México: A Refutation (mecanoescrito). Lexington Latin American Studies Virginia Military Institute.

Grove, David, C.

- 1967 Localización de sitios arqueológicos en el centro y este del estado de Morelos. *Boletín del INAH*, 29: 31-34. México, INAH.
- 1974 The Highland Olmec Manifestation; A Consideration of What it Is and Isn't. En Norman Hammond (Ed.) *Mesoamerican Archaeological new approaches* (pp. 109-128). Londres. Duckworth Press.

Guevara, Jonathan

- 1973 Presencia de las culturas del occidente de México en la región de Tlaxcala. *XIII Mesa Redonda de SMA*. Jalapa, SMA.

Heine, Klaus

- 1973 Variaciones más importantes del clima durante los últimos 40000 años en México. *Comunicaciones*, 7. Puebla, FAIC.

Heine K., y Heide Wise, H.

- 1972 Estratigrafía del Pleistoceno reciente y del Holoceno en el volcán de la Malinche y región circunvecina. *Comunicaciones*, 5. Puebla, FAIC.

Irwin-Williams, Cynthia

- 1969 Un Summary of Archeological Evidence from the Valsequillo Región Puebla, México. Ponencia presentada en *Conference on Pleistocene man in Latin American*, San Pedro Atacama, Chile.

Kern, Horts

1968 Investigaciones sobre el asentamiento y el desarrollo de los campos en el comienzo de la época colonial. En Franz Tichy (ed.) *Proyecto México*, t. I.

Kirchhoff, Paul

1947 La historia tolteca-chichimeca. Un estudio histórico sociológico. En *Historia tolteca-chichimeca*, versión preparada y anotada por Heinrich Berlin. México, Fuentes para la Historia N°1.

Klaus, Dieter

1973 Las fluctuaciones del clima en el valle de Puebla Tlaxcala. *Comunicaciones*, 7. Puebla, FAIC.

Lorenzo, José Luis

1967 *La etapa lítica en México*. México, INAH, Departamento de Prehistoria (publicaciones, 20).

MacNeish, Richard S., Nelken-Terner, A, y Johnson, I. W.

1967 *The Non-ceramic Artefacts. The Prehistory of the Tehuacán Valley*, vol. 2. Austin/Londres, Robert's Peabody Foundation, Univ. of Texas Press.

MacNeish, Richard S., Peterson, F., y Flanery, K. V.

1970 *Ceramic. The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 3. Austin/Londres, Robert's Peabody Foundation, Univ. of Texas Press.

McBride, Harold W.

1973 Middle Formative Ceramics from the Cuauhtitlan Region, Valley of Mexico (mecanoescrito). *XIII Mesa Redonda de SMA*. Jalapa, SMA.

Million, Rene

1960 The Beginnings of Teotihuacan. *American Antiquity*, 26 (1). Salt Lake City.

1964 The Teotihuacan Mapping Project. *American Antiquity*, 29 (3). Salt. Lake City.

Million, Rene, y Bennyhoff, J. A.

1961 A Long Architectural Sequence at Teotihuacan. *American Antiquity*, 26 (4). Salt Lake City.

Million, Rene, y Drewitt, B.

1961 Earlier Structures Within the Pyramid of the Sun at Teotihuacan. *American Antiquity*, 26 (5) Salt Lake City.

Mirambell, Lorena

1967 Excavaciones en un sitio pleistocénico en Tlapacoya, Estado de México. *Boletín del INAH*, 29: 37-41. México.

1973 El hombre en Tlapacoya desde hace unos 20 mil años. *Boletín del INAH*, 4: 3-8. México.

1974 La Etapa Lítica. En *Historia de México*, núm. 3. México, Salvat de México.

Mora, L. Raziel

1974 Las pinturas rupestres de Atlhuetzian, Tlaxcala. *Anales de Antropología*, XI. México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

En preparación *Preclásico del norte del valle poblano-tlaxcalteca*. Tesis. ENAH, México.

Mora, L. Raziel, y García Cook, Ángel

1974 Restos precerámicos y acerámicos en el área (mecanoescrito). *XIII Mesa Redonda de la SMA*. Jalapa, SMA.

Mora, L. Raziel, y Guevara R., J.

1974 Hallazgo de un "yugo" de piedra lisa, en el estado de Tlaxcala. *Comunicaciones*, 11. Puebla, FAIC.

Müller, Florencia

1973 La extensión arqueológica de Cholula a través del tiempo. *Comunicaciones*, 8. Puebla, FAIC.

Muñoz Camargo, Diego

1974 *Historia de Tlaxcala*. 6ª ed., México, s.e.

Niederberger, Cristine

1969 Paleocología humana y playas lacustres post-pleistocénicas en Tlapacoya. *Boletín del INAH*, 37. México.

1974 Los inicios de la vida aldeana en la América media. En *Historia de México*, núm. 5. México, Salvat de México.

Noguera, Eduardo

1943 Excavaciones en el Tepalcate, Chimalhuacán, México. *American Antiquity*, 1 (1). Salt Lake City.

1964 El sarcófago de Tlalancaleca. *Cuadernos Americanos*, 3: 139-148 México.

Ohngemach, Dieter

1973 Análisis polínico de los sedimentos del Pleistoceno reciente y del Holoceno en la región de Puebla-Tlaxcala. *Comunicaciones* 7. México, FAIC.

Parsons, Jeffrey

1969 Patrones de asentamiento prehispánico en la región texcocana. *Boletín INAH*, 35: 31-37, México.

- 1971a Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico. *Antropological Papers, Museum of Anthropology*, 3. Ann Arbor, Univ. of Michigan.
- 1971b Prehistoric Settlement Patterns in the Chalco Region, Mexico. Reporte presentado al Departamento de Monumentos Prehispánicos, México.
- 1973 Reconocimiento superficial en el sur del valle de México. Temporada 1972 (mimeo.). Informe al INAH, México.
- 1974a The Development of Prehistoric Complex Society: A Regional Perspective from the Valley of Mexico. *Journal of field Archaeology* (vol. 1, pp. 81-108). Ann Arbor, Univ. Michigan. USA.
- 1974b Patrones de Asentamientos Prehispánicos en el noroeste de valle de México, región de Zumpango. Informe presentado al Instituto Nacional de Antropología, México.
- Piña Chán, Román**
- 1958 *Tlatilco*. México, INAH (Serie Investigaciones, 1).
- 1958 *Tlatilco*. México, INAH (Serie Investigaciones, 2).
- 1960 Mesoamérica: ensayo histórico cultural. *Memorias*, VI. México, INAH.
- 1971 Preclassic or Formative Pottery and Minor Arts of the Valley of México. *Handbook of Middle American Indians*, X (1). Austin, Univ. of Texas press.
- 1974 Los centros Preclásicos del México antiguo. En *Historia de México*, núm 7. México, Salvat de México.
- Reyna, R. Rosa**
- 1971 *Las figurillas Preclásicas*. Tesis. ENAH, México.
- Reyna, R. Rosa, Torres, Olivia, Robles, F., y Terrones, E.**
- 1973 Posibles representaciones de deidades en figurillas Preclásicas del Altiplano (mecanoescrito). *XIII Mesa Redonda de la SMA*. Jalapa, SMA.
- Reyes, Luis**
- 1975 *Cuahtinchan del siglo XII al XVI*. Tesis. ENAH, México.
- Rodríguez, Felipe**
- 1975 Motivos incisos de la cerámica de Tlaxcala. *XIII Mesa Redonda de la SMA* (mecanoescrito). Jalapa, SMA.
- Sanders, William T.**
- 1956 The Central Mexican Symbiotic Region: A Study in Prehistoric Settlement Patterns. *Viking Fund Publications*, 23: 115-28.
- Snow, Dean R.**
- 1966 A Seriations of Archaeological Collections from the Rio Zahuapan Drainage, Tlaxcala, México. Informe presentado a la Dir. Monumentos Prehispánicos, INAH, México.
- 1969 Ceramic Sequence and Settlement location in Prehispanic Tlaxcala. *American Antiquity*, 34 (2). Salt Lake City.
- Spranz, Bodo**
- 1970 *Las Pirámides de Totimehuacan y el desarrollo de las pirámides preclásicas en Mesoamérica*. Wiesbaden, Alemania, FAIC.
- Szabo, Barney J., Malde, H. E., y Irwin-Williams, C.**
- 1969 Dilema Pased by Uranium-Series Dates on Archaeologically Significant Bones from Valsequillo, Puebla, Mexico. *Earth and Planetary Science Letters*, 6. Ámsterdam, North-Holland Publishing comp.
- Tesch, Monika, y Abascal, R.**
- 1975 Azadas. *Comunicaciones*, 11. Puebla, FAIC.
- Tolstoy, Paul**
- 1958 Surface Survey of the Northern Valley of México: The Classic and Postclassic Periods. *Transactions of the American Philosophical Society*, 48 (5). Philadelphia.
- Tolstoy, P., y Paradis, L.I.**
- 1970 Early and Middle Preclassic Culture in the Basin of México. *Science*, 167.
- Torquemada, Juan de**
- 1943 *Monarquía Indiana*. 3 vols. México, Salvador Chávez Hayhce.
- Tschohl, Peter, y Nickel, H. J.**
- 1972 *Catálogo arqueológico y etnohistórico de Puebla-Tlaxcala, México. t. 1, Preliminar A-C*. Friburgo de Brisegbia.
- Trejo A., Elia del C., y Ruíz, María E.**
- 1973 Figurillas características de la secuencia cultural de Tlaxcala (mecanoescrito). *XIII Mesa Redonda de la SMA*. Jalapa, SMA.
- En prensa Los comales en el material cerámico del área Puebla-Tlaxcala. *Comunicaciones*, 12. Puebla, FAIC.
- West, Michael**
- 1965 Transition from Preclassic to Classic at Teotihuacan. *American Antiquity*, 31 (2) Salt Lake City.

Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino

Román Piña Chan

Cuadernos del Departamento de Monumentos Prehispánicos, serie Arqueología, núm. 2, INAH, 1976

El continente americano se pobló, desde hace miles de años, por una serie de grupos humanos que en distintos tiempos y en oleadas sucesivas penetraron fundamentalmente por el estrecho de Bering; y este paso sólo era posible durante los periodos glaciales en que avanzaban los hielos, decrecía el nivel del mar y se formaba un puente helado entre Asia y Norteamérica, el cual podía cruzarse a pie.

Las estimaciones geológicas, las fechas de C-14 y los restos materiales de esos grupos indican que cuando menos por 2500 años antes de la era cristiana ocurrió una antigua inmigración de gente, de *Homo sapiens* en proceso de diversificación; y éstos trajeron una cultura muy sencilla, adaptada principalmente a la recolección de alimentos vegetales y animales, por lo cual sólo se han encontrado una serie de pobres artefactos hechos de nódulos y lascas de piedra, de cantos naturales trabajados por percusión, sin poseer todavía puntas de proyectil líticas.

Estos primeros pobladores fueron asentándose en lugares de Alaska y de las Aleutianas, avanzando por la costa del Pacífico —que era un corredor más amplio por las tierras emergidas— hasta dejar atrás la parte glaciada de Norteamérica, en busca de regiones más aptas para vivir; y poco a poco se fueron extendiendo por el sur, libre de hielos, logrando alcanzar algunos de ellos el territorio mexicano e inclusive partes de Centro y Sudamérica.

Posteriormente, tal vez entre 18000 y 15000 años antes de la era cristiana, penetró otra oleada de gente cazadora de fauna pleistocénica, la cual ya se había diversificado físicamente en sus lugares de origen; ellos introdujeron el germen de las puntas de proyectil acanaladas de las que surgieron las puntas Sandía, Clovis y Folsom en territorio americano.

Estos cazadores pronto cubrieron buena parte de Norteamérica, desde Alberta en el Canadá hasta las grandes planicies, ya que los hielos habían retrocedido hacia el norte, dejando un corredor paralelo a las Montañas Rocosas; y por abundar la fauna pleistocénica fueron abarcando nuevos territorios, cada vez más, hasta penetrar a México, en donde continuaron con su mismo tipo de vida. También esos cazadores pudieron irse mezclando con gente de la oleada anterior que sobreviviría en lugares de refugio, incrementando así el mestizaje de la población americana.

Después penetraron otros grupos ya más diferenciados y mezclados en sus lugares de origen, entre ellos los mongoloides, tal vez entre 8000 y 4000 años antes de la era cristiana; y éstos fueron introduciendo poco a poco la industria de piedra pequeña o microlítica, las viviendas semisubterráneas, el perro con afinidades árticas, la utilización del cobre nativo, la cerámica con semejanzas asiáticas y otros rasgos culturales más avanzados, sin perder sus contactos con Siberia y la costa de Asia, mediante la navegación.

En suelo de Norteamérica, y por los continuos desplazamientos, todos estos grupos —diferenciados y mezclados en sus lugares de procedencia— continuaron mestizándose, aclimatándose a distintos ambientes y aun asentándose en zonas de refugio, lo cual contribuiría a dar la diversidad de la población del Nuevo Mundo, máxime que algunos de ellos se extendieron a partes de México, Centro y Suramérica; no descartándose, desde luego, la penetración de otros pequeños grupos por la vía del Pacífico, después de 3000 a. C. y por medio de la navegación, aunque éstos no contribuirían tanto a la diversificación del tipo físico, sino que más bien influirían sobre la cultura de esos tiempos.

En nuestro territorio las evidencias humanas más antiguas se fechan hacia 20000 a. C., especialmente las de Tlapacoya, Estado de México, las cuales revelan que por esos tiempos el hombre era tanto recolector como atrapador de animales, tal como ocurría entre las gentes de la primera oleada de inmigrantes a Norteamérica; en tanto que después aparecen los cazadores de animales pleistocénicos, como lo indican las puntas de proyectil de los tipos Clovis, Folsom, Lerma, Plainview, etcétera, encontradas en varias localidades del suelo mexicano; algunos de los cuales pasaron a la recolección especializada y de ahí a la agricultura incipiente.

En otras palabras, los primeros pobladores del territorio mexicano fueron reducidos grupos que se desplazaron de Norteamérica, cuando todavía existían animales pleistocénicos como el mamut, gliptodonte, mastodonte, bisonte de gran cornamenta, caballo americano, camélidos y otras especies asociadas a una flora también muy antigua; y estos grupos tenían unos pocos artefactos adaptados a sus necesidades más apremiantes, como lo era el alimento, el abrigo y el vestido.

Estos primitivos pobladores eran recolectores y cazadores que llevaban una vida nómada, subsistían de la recolecta de plantas y animales en forma aleatoria, poseían pocos artefactos, se organizaban en bandas y tenían una cultura sencilla, aunque algunos comenzaron a experimentar con el cultivo de ciertas plantas nativas, desembocando a la horticultura o agricultura incipiente, base de las futuras comunidades aldeanas.

Dicho en otra forma, los recolectores y cazadores nómadas —que dependían esencialmente del medio vegetal y animal— se agrupaban en bandas menores o mayores, según las potencialidades de su ambiente; tenían una tecnología sencilla y en función de sus necesidades más apremiantes; su utillaje era escaso y sus poblamientos, dispersos y temporales; pero poco a poco algunas bandas se fragmentaron en familias

semisedentarias que vivían de la recolección y caza estacional en determinados territorios; nacieron los matrimonios exógamos; lo sobrenatural era la experiencia constante; prosperó algo la tecnología y al iniciarse la experimentación de los cultivos fueron abandonando el modo de la apropiación o recolecta de sus alimentos.

La agricultura fue una revolución en la producción alimenticia, facilitó el crecimiento de la población, permitió la vida en aldeas y el surgimiento de pequeñas sociedades y culturas originales que se apegaron a su propia tradición; o sea que con las aldeas se inició el sedentarismo, la producción de alimentos, las viviendas y poblamientos estables, la organización en comunidades tribales, el chamanismo, los clanes totémicos y la magia.

Los grupos agrícolas adoptaron una actitud distinta frente a su universo, dependían de otros medios, crearon una nueva forma de sociedad, pensaron diferente; y así surgieron las prácticas y creencias mágicas para explicar lo sobrenatural, el culto a los antepasados y las festividades agrícolas, la experiencia de los ciclos agrarios, etcétera; a la vez que se fueron generalizando ciertas reglas sociales como la exogamia, la obligación de cultivar el suelo, la distinción de los individuos por edad y sexo, los ritos de pubertad, la autoridad familiar y tal vez la integración de consejos con ancianos o personas de prestigio para la decisión de las empresas colectivas.

Con el tiempo se multiplicaron las economías autónomas, que aseguraban la cohesión y durabilidad de las comunidades aldeanas; aumentaron los recursos alimenticios por la explotación de nuevos ambientes, y con ellos crecieron las poblaciones; se intensificaron los intercambios entre los grupos y poco a poco algunas aldeas se fueron convirtiendo en focos de integración regional, en los cuales comenzó a concentrarse la riqueza, los excedentes económicos, surgiendo así los primeros centros ceremoniales y una nueva sociedad y cultura.

En esos centros la economía se basaba en una agricultura intensiva, gracias al inicio de la irrigación sencilla por medio de canales y al terracedo, complementada con la caza, pesca, recolección, ciertas artesanías y los intercambios; se disponía de un excedente de mano de obra; surgieron nuevas herramientas y técnicas; la sociedad estaba organizada bajo el gobierno de una casta sacerdotal; y entonces también surgieron los cultos y las festividades a los primeros dioses agrarios, los basamentos para templos y construcciones, es decir, la arquitectura, lo mismo que la escultura en piedra, los conocimientos del calendario, la numeración y la escritura jeroglífica, que hicieron posible el auge de una teocracia cada vez más poderosa.

De dichos centros nacieron las culturas regionales y locales, que se caracterizaron principalmente por sus estilos artísticos, en los que se advierte el desarrollo de la agricultura y la escultura, la pintura y la producción de objetos suntuarios, los conocimientos intelectuales y otros progresos; a la vez que se observa la repartición de las funciones sociales y cargos, los especialistas y artesanos de tiempo completo, el desarrollo de la religión y los cultos, el inicio del comercio, la fijación de las fiestas religiosas de acuerdo con un calendario, el apogeo de las matemáticas y la astronomía, la medicina herbolaria y otros aspectos.

En algunas partes la teocracia impulsó la creación de verdaderas ciudades y centros urbanos en el sentido prehispánico, en donde una economía productora de alimentos tuvo que recurrir a una mejor irrigación para intensificar la agricultura, aunada a la producción artesanal y al comercio interno y foráneo, a la vez que extraer de las poblaciones vecinas un mayor excedente económico para el sostenimiento de dichos centros o ciudades; y allí florecieron las artes y los conocimientos, la religión, las artesanías, y la sociedad fue organizada jerárquicamente bajo un gobierno sacerdotal con la consiguiente división social y explotación.

Algunas sociedades teocráticas extendieron su comercio a lugares bastante alejados, iniciaron la formación de una casta de mercaderes que se acompañaban de una escolta militar para su defensa cuando viajaban por tierras lejanas; y esto, más una serie de movimientos de grupos que buscaban nuevos lugares donde asentarse, migraciones de gente belicosa que atentaba contra los centros de alta cultura, invasiones de tierras y fronteras, empobrecimiento de las poblaciones y suelos de cultivo, ineficacia de la religión para resolver los problemas sociales, difusión de nuevos cultos y dioses, etcétera, fueron factores que asentaron las bases del militarismo y el surgimiento de nuevas sociedades y culturas.

En ese periodo la sociedad es gobernada por la casta militar o guerrera; la conquista de otros grupos y pueblos se vuelve práctica corriente; se imponen los tributos como factor económico; se transforma la religión agraria; se integran los cacicazgos o señoríos, la cultura propicia la creación de caudillos y héroes divinizados; se monopoliza el comercio hasta el máximo y el arte exalta al espíritu militar, se pone a su servicio; y así se llega a un periodo francamente imperialista, con metrópolis que gobiernan un gran territorio, que impone sus costumbres y su lengua al vencido, que institucionaliza la tributación y hace de la guerra un factor económico y de dominio político, al mismo tiempo que dicta leyes, mantiene un ejército y establece una sociedad con casi verdaderas clases sociales.

Desde los primeros pobladores del territorio mexicano —Tlapacoya, Iztapan, Tepexpan— hasta los mexicas de Tenochtitlan hay una evolución social y cultural continua, la cual a grandes rasgos hemos tratado de bosquejar, especialmente a través de los cambios que pueden observarse en los materiales arqueológicos y fuentes históricas; evolución que muestra, por otra parte, la larga historia de nuestro pasado precolombino, rico en sociedades y culturas que cambiando constantemente llegaron hasta los tiempos de la conquista española, sentando las bases de la nacionalidad mexicana.

Al respecto, México es un mosaico de ambientes físicos y culturas, cuenta con una compleja configuración superficial y geológica, con variadas regiones o provincias fisiográficas y ecológicas donde el hombre de tiempos precolombinos encontró los lugares más favorables para vivir, no sin luchar contra la naturaleza; y así, desde las planicies calcáreas de la península de Yucatán hasta las tierras pantanosas de Tabasco fue la región de los mayas, quienes construyeron ciudades como Palenque, Comalcalco, Bonampak, Yaxchilán, Río Bec, Edzná, Jaina, Uxmal, Chichén Itzá, Tulum y muchas más, cada una de ellas con un estilo peculiar; región en donde surgieron también varios pueblos derivados del gran tronco maya, entre ellos los chontales, lacandones, tzeltales, tzotziles, tojolabales, choles, mames y mayas yucatecos, que aún subsisten.

Los mayas antiguos fueron los genios matemáticos y astrónomos del Nuevo Mundo: ellos descubrieron la exacta posición y uso del cero; crearon un sistema numérico vigesimal por posición; ajustaron su calendario solar o civil en 365 días; calcularon el mes sinódico lunar en 29 días; computaron el ciclo venusino en 584 días; dejaron tablas para la predicción de eclipses; y registraron las fechas de sus acontecimientos más importantes en preciosas estelas, dinteles y escalinatas, partiendo de una fecha-era.

Esos conocimientos estaban en manos de los sacerdotes, quienes residían en los numerosos centros ceremoniales y ciudades, en los que no faltaban observatorios, basamentos y templos, canchas para el juego de la pelota, calzadas, chultunes, adoratorios y en ocasiones arcos de entrada a las ciudades; y fueron los mayas quienes inventaron el arco falso o bóveda de piedra salediza para techar sus edificios, las crestas, las columnas serpentinadas y otros elementos arquitectónicos, a la vez que fueron diestros talladores de piedras finas, creativos ceramistas, tejedores, escultores, pintores y literatos, como puede leerse en el Popol Vuh o en los libros de los Chilam Balam.

En Oaxaca, cuyo territorio es sumamente montañoso, se desarrollaron los zapotecas y mixtecas, los

primeros asentados principalmente en los valles y la costa —Monte Albán, Quiotepec, Etla, Cuilapan, Zaachila— los segundos en la cadena serrana de la alta Mixteca —Nochistlán, Yanhuitlán, Tilantongo, Coixtlahuaca, Mitla, Tututepec— y también allí se asentaron otros grupos marginales, como los huaves, amuzgos, triques, mixes, cuicatecos, mazatecos y chinantecos, quienes a pesar de la conquista española todavía sobreviven.

Antiguamente los zapotecas poseían una gran cultura: vivían en ciudades o centros ceremoniales en los que había templos sobre basamentos con tablero de doble escapulario, juego de pelota, observatorios, palacios y otras estructuras menores; conocían la escritura jeroglífica, la numeración y el calendario; desarrollaron una arquitectura funeraria con tumbas de cajón o con cámaras abovedadas, decoradas con nichos y a veces con pinturas; tuvieron una cerámica principalmente de color gris, representando a sus diversos dioses en urnas y braseros que ponían como ofrendas a los difuntos para que les sirviesen de acompañantes y custodios; a la vez que tallaron las piedras verdosas en forma de placas-pectorales, orejeras, máscaras y otros ornamentos.

Por su parte los mixtecas bajaron de la sierra hacia los valles para conquistar poblamientos zapotecas y fundar sus señoríos, con centros como Mitla en donde impusieron su decoración preciosista en forma de grecas sobre las fachadas de los edificios y en el interior de los cuartos; decoraron también sus tumbas cruciformes, en donde enterraban a sus señores con ricas ofrendas; y fueron consumados orfebres del oro, plata y cobre; trabajaron delicadamente el hueso, la madera, el cristal de roca, el alabastro y la turquesa; hicieron una bella alfarería policroma y pintaron códices en piel de venado, en los que dejaron constancia de sus genealogías, conquistas, conocimientos geográficos e históricos, fiestas religiosas, dioses y varios temas más.

Por la costa del golfo de México, desde el sur de Veracruz hasta las planicies de Tabasco, se asentaron los olmecas arqueológicos, quienes fundaron centros ceremoniales como San Lorenzo, Tres Zapotes, Cerro de Las Mesas y La Venta, ubicados especialmente en las márgenes de los ríos y ambientes selváticos; centros en los que floreció la escultura en piedra, monumental o preciosista, como lo atestiguan las cabezas colosales, los altares monolíticos, los pisos de mosaico, cajas o sarcófagos, esculturas del dios jaguar y de sacerdotes, delicadas figurillas de jade, diminutas máscaras, orejeras y otros ornamentos, además de que iniciaron la escritura jeroglífica y el calendario que fueron heredados por los zapotecas y mayas.

En la franja costera del centro de Veracruz floreció la cultura totonaca, principalmente en sitios como El Tajín, Yohualichan, Cempoala, Isla de Sacrificios, Quauhtochco y Quiahuiztlan, que eran grandes centros cívico-religiosos en diferentes periodos; y allí sobresalieron los edificios decorados con nichos, los juegos de pelota con paneles decorados en bajorrelieves el complejo yugos-hachas-palmas y figurillas sonrientes; lo mismo que una alfarería policroma, figuras de animales con ruedas y vasijas talladas en alabastro; rasgos que después fueron modificados por las conquistas mexicanas.

Y más hacia el norte, por la sierra Madre Oriental que tiene algunos valles y escarpamientos dirigidos a la costa del golfo, se desarrolló la cultura huasteca, caracterizada por sus construcciones de planta circular, una cerámica de color blanco o crema en forma de calabazas con vertedera, también por vasijas bicromas y policromas representando animales y seres humanos, figurillas y un delicado tallado de la concha y el caracol marino; además de que los huastecos gozaron fama de ser grandes tejedores, brujos o hechiceros e ilusionistas y en su territorio se crearon varias deidades —Tlazolteotl, Quetzalcóatl-Ehécatl, Ixcuina— que fueron adoptadas por los mexicanos.

En el Altiplano o mesa central de México florecieron importantes culturas prehispánicas, ya sea por los fértiles valles del Bajío, Toluca, México, Puebla y Morelos, o por las zonas lacustres de Chapala, Cuitzeo, Pátzcuaro y cuenca de México; o sea que allí tuvieron asiento los teotihuacanos, toltecas, mexicas, otomíes, matlatzincas, cholultecas, colimenses, tarascos y muchos grupos más, algunos de los cuales han sobrevivido.

Los teotihuacanos construyeron una gigantesca urbe y un Estado teocrático por excelencia; allí elevaron la arquitectura y la escultura a planos monumentales, no exentos de religiosidad; decoraron sus cuartos y palacios y templos con bellas pinturas murales; modelaron elegantes vasos con soportes y tapas, lo mismo que vasijas y braseros en los que se advierte su espíritu creador; hicieron delicadas figurillas de barro, algunas con los miembros móviles como títeres, a la vez que figuras recortadas en obsidiana; y tallaron excelentes máscaras de piedra con fines funerarios; tuvieron una religión politeísta con dioses como Tláloc (lluvia), Xipe Tótec (primavera), Huehuetotl (fuego); desarrollaron el comercio, establecieron colonias y fueron los creadores del estilo arquitectónico de talud y tablero.

Los toltecas fueron más bien militaristas; fundaron su capital en Tula, Hidalgo; ciudad compuesta de varios conjuntos de edificios, entre ellos el Templo de Tlahuizcalpantecuhtli (señor del alba o venus como

estrella matutina), el Palacio Quemado, los juegos de pelota, el Cuatepantli, El Corral, etcétera; y allí también se labraron los famosos colosos o cariatídes en forma de guerreros, columnas serpentina, banquetas con escenas procesionales de guerreros, lápidas con jaguares y águilas devorando corazones humanos, chacmoles, almenas en forma de caracol cortado y lápidas del hombre-pájaro-serpiente (del dios Quetzalcóatl) las cuales embellecían los edificios y el centro ceremonial.

Por su parte, los mexicas o aztecas fueron imperialistas, ya que lograron conquistar en poco tiempo un vasto territorio por la fuerza de las armas; y así la gran Tenochtitlan se convirtió en una rica metrópoli, urbana y cosmopolita, en la que habían calzadas y canales, acueductos y fuentes públicas, templos y adoratorios, escuelas y bibliotecas, jardines botánicos y parques zoológicos, palacios con huertas, mercados o tianguis y, en suma, todos los elementos de una gran ciudad, en la que se concentraba el poder político y los tributos de los pueblos conquistados.

En consecuencia, allí floreció la arquitectura de los templos gemelos y de las alfardas de escaleras rematadas en un cubo para poner los braseros y portaestandartes; la escultura monumental como la Coatlicue (diosa de la tierra), Piedra del Sol y Piedra de Tizoc; la metalurgia y la plumaria; las obras hidráulicas como el acueducto de Chapultepec y El Albarradón; lo mismo que la hechura de códices en papel de amate; la escritura, literatura y poesía; la medicina herbolaria; el comercio y otros muchos aspectos culturales.

Los matlatzincas fundaron señoríos militaristas en Calixtlahuaca, Malinalco, Joquicingo, Calimaya, Teotenango y otros lugares; conocieron la metalurgia, tallaron la obsidiana fueron buenos tejedores de algodón y fibra de maguey, lo mismo que ceramistas y escultores; a la vez que ayudaron a los tarascos en sus guerras y algunos grupos poblaron en el centro de Michoacán, por lo cual fueron llamados Pirindas o Los de en Medio.

Y antiguamente los tarascos o purépechas dominaron un gran territorio por medio de conquistas militares; establecieron su capital en Tzintzuntzan, Michoacán; construyeron yácatas o basamentos de planta rectangular-circular; fueron afamados metalurgistas, plumarios, ceramistas y talladores de obsidiana; a la vez que mantenían guarniciones para la defensa del imperio en Jarácuaro, La Huacana, Zitácuaro y Oztuma, contra la penetración mexicana principalmente; y comerciaban con la tierra caliente, la costa y la sierra, obteniendo miel, cera, algodón, plumas, pieles, aceites, copal, oro, plata, cobre y sal.

Por la zona semiárida volcánica de la Mesa del Norte, desde Zacatecas a Chihuahua —que cuenta con

varias cuencas aluviales como Valparaíso, Villanueva, Guadiana, Poanas y Guatímape— hay una franja territorial que fue ocupada por grupos de agricultores avanzados, como lo revelan los sitios arqueológicos de Chalchihuites y La Quemada, con sus impresionantes construcciones sobre los cerros, o como se observa en El Teul, Las Ventanas, El Zape y Casas Grandes; sitios que adquirieron una base cultural mesoamericana, pero con influencias de otros pueblos nortños.

Así, en Casas Grandes o Paquimé, Chihuahua, hay casas de planta circular y semisubterráneas; edificios con varios pisos y cuartos hechos de adobe; un juego de pelota de planta oval; canales de riego y cisternas para almacenar el agua; hornos para cocer mezcal; jaulas de adobe para guardar pericos y aprovechar sus plumas; cerámica policroma como la del suroeste de Estados Unidos; ornamentos de concha, turquesa y cobre; pipas y hachas de ranura; mientras que en La Quemada, Zacatecas, hay todo un sistema de revestimiento del cerro, con edificios de lajas cuatrapeadas y columnas, plazas y adoratorios, que le dan la impresión de una ciudadela fortificada; además de cerámica, ornamentos, enterramientos, pipas, hachas de ranura y otros objetos.

Con posterioridad este territorio fue ocupado por grupos de más bajo nivel cultural, como los zacatecos, cuachichiles, cazcanos, conchos, jovas y huicholes; últimos que continúan habitando por la parte septentrional del estado de Jalisco, allá en los límites con Nayarit y Zacatecas, especialmente en las barrancas, picachos, valles y mesetas, donde suelen encontrarse sus cabeceras y santuarios.

En la propia sierra Madre Occidental —donde Imperan lo cañones y barrancas como la del Cobre y del Presidio— el hombre ocupó los abrigos rocosos y las cuevas como viviendas temporales y para enterrar a sus muertos; región que también fue ocupada por algunos grupos seminómadas que llegaron a contar con la agricultura y, desde luego, por los Varohios, Tepehuanos, Jovas y Tarahumaras que aún subsisten.

Hacia el noroeste de México, de Sonora a Nayarit —donde se ubica el ardiente desierto de Altar y numerosas planicies aluviales son surcadas por ríos como el Mayo, Yaqui, Fuerte, Acajoneta y Santiago— se asentaron varios grupos humanos que evolucionaron de una vida nómada a la sedentaria, levantaron aldeas agrícolas y pueblos con estructuras ceremoniales como se observa en Guasave, Culiacán, Chametla, Amapa, Trincheras y otros sitios más; culturas prehispánicas que se caracterizaron por el conocimiento de la cerámica, de los tejidos y aún de la metalurgia del oro y del cobre; que tenían pipas de barro y de piedra para fumar el tabaco; poseían artefactos y hachas de ranura, malacates y agujas, ornamentos de concha y

de turquesa, a la vez que levantaban edificios ceremoniales y fortificaciones en lugares estratégicos. Además de esos grupos, por tiempos cercanos a la conquista española hubieron otros que en su mayoría sobreviven; tales como los seris, pimas, opatas, pápagos, yaquis, mayos y coras.

Y en la península de Baja California —que tiene desiertos como El Vizcaíno, sierras como las de Juárez y San Pedro Mártir, llanuras como la de La Paz y verdes franjas costeras como la de San José del Cabo— vivieron originalmente grupos de cazadores de animales pleistocénicos y recolectores como los de Comondú, San Joaquín y Laguna Chapala, hoy desaparecida; luego se asentaron gentes pescadoras y recolectoras de moluscos que dejaron concheros desde Ensenada hasta el Cabo San Lucas; y más tarde allí vivieron grupos nómadas que nos legaron pinturas rupestres y petroglifos, como los de San Fernando, San Borjita, Palmarito y Cabo Pulmo, así como los Yumanos históricos, Laymones, Cochimíes, Seris, Guaicurús y Pericues, conocidos por los misioneros del siglo XVI e historiadores posteriores.

Por todo ello decíamos que México es un mosaico de paisajes y de grupos indígenas, de regiones geográficas y ambientes en donde el hombre encontró, desde lejanos tiempos los lugares más propicios para vivir; y de ahí la existencia de numerosas sociedades y culturas precolombinas, lo mismo que de grupos actuales que prácticamente habitan en las regiones que ocuparon sus ancestros y, que en conjunto, constituyen el México indígena de ayer y de hoy.

En nuestro tiempo el estudio y conocimiento de los indígenas del pasado es tarea de la arqueología, apoyada en las otras ramas de la antropología y en otras disciplinas científicas que contribuyen al conocimiento del hombre, de la humanidad; tarea cuyo propósito debe ser el conocimiento de las sociedades y culturas desaparecidas, de su desarrollo y evolución, a través del cambio, a efecto de que ese conocimiento ayude a comprender a los indígenas actuales y se procure su mejoramiento y transformación, en base a la realidad social del país y a la aspiración de una sociedad más justa.

Formulación del modelo

Todo grupo humano o sociedad obtiene de la naturaleza las fuentes de su vida, dominándola por medio de las energías de que dispone, según el grado de conocimientos y tecnología alcanzados en un momento determinado; y la forma de vida resultante y compartida por sus miembros evoluciona y cambia en el transcurso del tiempo, permitiendo nuevas transformaciones de la naturaleza y sociedad

En otras palabras, cualquier grupo humano o sociedad emplea su fuerza de trabajo, herramientas y técnicas que posee para arrancar al medio ambiente de su localidad lo que necesita para vivir; y las actividades cotidianas y colectivas que resultan, así como las relaciones existentes entre sus miembros, progresan y cambian con el tiempo, determinando nuevas transformaciones en la naturaleza y sociedad.

Este proceso que ocurre en el presente ha ocurrido también en el pasado, es aplicable a las sociedades desaparecidas que estudia la arqueología; y así, tanto en el viejo como en el Nuevo Mundo las sociedades han evolucionado de formas sencillas a formas cada vez más complejas, sin que necesariamente todas ellas hayan progresado igual, o hayan tenido que pasar por una serie sucesiva de formas de desarrollo.

Así, ya mencionábamos anteriormente que los primeros pobladores del territorio mexicano fueron recolectores y cazadores nómades que vivían de la apropiación de plantas y animales; que algunos se volvieron cazadores especializados de animales pleistocénicos y otros fueron recolectores especializados; que algunos grupos comenzaron a experimentar con el cultivo de ciertas plantas nativas, lo cual los llevó a la agricultura incipiente; y que más tarde se desarrolló la agricultura y surgieron las aldeas sedentarias, luego los centros ceremoniales, las ciudades urbanas y la teocracia; finalizando con la creación de señoríos militaristas que sucumben ante la conquista española.

Esta evolución brevemente bosquejada, considero que se adapta bastante bien a la dinámica cultural del México precolombino, constituye en sí un modelo de desarrollo sociocultural que puede ser aplicado por la arqueología; y sólo necesita ser formulado con términos claros y precisos que muestren dicha evolución y cambios, que concuerden con las evidencias arqueológicas y hechos históricos, a la vez que dentro de una periodificación y cronología relativamente exacta, la cual permita la incorporación de las fases locales establecidas por los arqueólogos.

Tomando en cuenta todo ello, y sujeto desde luego a la revisión y crítica de los estudiosos, el modelo propuesto es el siguiente:

- I. Época de la apropiación de alimentos
 - Etapas de los recolectores y cazadores nómades
 - Periodo preagrícola: 20 000-7 000 a. C.
 - Periodo protoagrícola: 7 000-5 000 a. C.
- II. Época de la producción de alimentos
 - Etapas de las comunidades sedentarias
 - Periodo agrícola incipiente: 5 000-2 400 a. C.
 - Periodo agrícola aldeano: 2 400-1 200 a. C.

Etapas de los pueblos y Estados teocráticos

Periodo de las aldeas y centros ceremoniales: 200 a. C.-200 d. C.

Periodo de los centros ceremoniales y ciudades urbanas: 200-900 d. C.

Etapas de los pueblos y Estados militaristas

Periodo de las ciudades y señoríos militaristas: 900-1 250 d. C.

Periodo de los señoríos y metrópolis imperialistas: 1 250-1 521 d. C.

En este esquema las épocas se caracterizan por la forma de obtener los alimentos, es decir, por la simple apropiación de ellos, sin transformación o recolectados y por la producción alimenticia que implica el control de los mismos; las etapas van definiendo el paso del nomadismo o trashumancia al sedentarismo, de las bandas a las comunidades, aldeas, pueblos y Estados, es decir, a los agrupamientos humanos que van de lo sencillo a lo complejo con sus implicaciones demográficas; y los periodos van marcando el poblamiento de los grupos o sociedades: cuevas, campamentos temporales, aldeas, centros, ciudades y metrópolis, con el consiguiente desarrollo económico, tecnológico, social, político y cultural.

Por apropiación entendemos el tomar una cosa sin transformarla o producirla, una especie de recolecta; la producción es lo contrario; nomadismo es el cambiar de lugar frecuentemente, propio de grupo no civilizados o de bajo nivel cultural, en tanto que sedentarismo es lo contrario; por comunidad entendemos la a una congregación de personas que viven unidas y observan ciertas reglas; aldea es un lugar pequeño de corto vecindario o de población reducida; pueblo es un lugar mayor, centro o ciudad, con población concentrada y aumento demográfico; centro es el punto más concurrido de una población local y foránea, donde se radica la organización administrativa, política y religiosa; en tanto que ciudad es el lugar donde habita una gran población, el cual tiene conjuntos de edificios intercomunicados, subcentros o barrios, algunos servicios públicos y otros progresos.

Por teocrático entendemos un gobierno ejercido por los sacerdotes; por ceremonial queremos decir un lugar donde se llevan a cabo los cultos religiosos, las festividades y otros actos públicos; urbano implica planeación de un pueblo o ciudad, lugar populoso y con servicios públicos, edificios, plazas, mercados, calles, etcétera, dentro de una traza premeditada; por señorío entendemos el lugar o territorio que gobierna un señor, cacique o jefe, por lo general una jurisdicción o provincia; Estado es un territorio cuyos habitantes se rigen por leyes, sujeto a un gobierno central y constituido por cabeceras, pueblos, centros, provin-

cias y aún naciones; provincia es la división territorial de un Estado, sujetas administrativamente a una autoridad; en tanto que militarista indica el predominio del elemento militar o guerrero en el gobierno de una provincia o Estado; y por imperialista entendemos ser partidario de extender por medio de la fuerza de las armas el dominio de un Estado sobre otros pueblos, aunque el jefe del gobierno no sea emperador.

Aplicación del modelo

I. Época de la apropiación de alimentos

Se refiere a los más antiguos acontecimientos que ocurrieron en el continente americano, a las primeras oleadas o penetraciones de inmigrantes que se fueron adaptando progresivamente a sus nuevos ambientes ecológicos, dispersándose y aun mezclándose con el tiempo en varias partes de América; los cuales traían algunos rasgos culturales del Viejo Mundo que se adaptaron y transformaron o evolucionaron en suelo americano.

Estos grupos humanos fueron contemporáneos a una flora y fauna pleistocénica que se extinguió o transformó en parte ante los cambios climáticos del Holoceno o Reciente, su economía era fundamentalmente del tipo de apropiación de alimentos naturales dentro de un patrón recolector que se ajustaba a las potencialidades de cada zona; la producción de sus artefactos o instrumentos estaban en función de las necesidades de subsistencia, como el alimento, el abrigo y el vestido, por lo cual pueden mostrar cierto progreso tecnológico gradual y aún alguna especialización; a la vez que la densidad de población era muy reducida, el nivel cultural era bastante bajo, y existían varias formas o modos de vida tradicionales, localizadas en unos pocos sitios pero dentro de vastos territorios.

Etapas de los recolectores y cazadores nómadas

Estas formas de vida, sencillas y generalizadas, se basaban fundamentalmente en la recolección y cacería, solas o combinadas, primarias o secundarias, en diversos grados de especialización o no, y de carácter nómada por lo común; esa trashumancia se ajustaba a los hábitos de los animales y a las estaciones de los productos vegetales, lo mismo que al problema de conseguir suficientes alimentos para la subsistencia del grupo, no permitiendo una gran población ni una organización social compleja.

En otras palabras, la explotación de los recursos alimenticios del medio natural, de zonas ecológicamente variables, se traducían en una simple apropiación

o recolecta; y ello sólo permitía la formación de bandas menores o mayores, unidas tal vez por lazos de parentesco, sexo y edad, las cuales poseían una gran movilidad y un escaso equipo material, ajustado a las necesidades más apremiantes.

Periodo preagrícola: 20-7000 a. C. Independientemente de los hallazgos ocasionales de ciertos artefactos estimados como muy antiguos, en Tlapacoya, Estado de México, se han encontrado evidencias de que el hombre ya existía desde cuando menos 20000 años antes de la era cristiana; y ello permite suponer que el poblamiento americano es más antiguo en Norteamérica y cuando menos igual o un poco más reciente en Sudamérica, aunque nuevos descubrimientos deben mostrar una antigüedad decreciente de norte a sur.

En Tlapacoya los escasos implementos encontrados no permiten definir con certeza qué tipo de vida llevaban, es decir, que el grupo pudo ser tanto recolector como cazador; y ello nos recuerda a una serie de hallazgos ocurridos en América, consistentes en núcleos y lascas, partidores o *choppers*, martilladores, machacadores y otros sencillos artefactos, generalmente toscos e indiferenciados, que pudieron aplicarse indistintamente a la recolección y a la caza de una paleofauna en vías de extinción, para lo cual los grupos podían contar también con puntas de proyectil no líticas.

Y por ciertas evidencias asociadas a esos hallazgos, los grupos conocían la manera de producir el fuego pudieron habitar estacionalmente las cuevas o abrigos rocosos, lo mismo que acampar temporalmente al aire libre; y los grupos constituirían reducidas bandas de familias nomádicas, que explotaban un hábitat determinado por cierto tiempo, cambiando de lugar cuando la subsistencia ya no era posible.

Junto a esa vida, indiferenciada por los artefactos encontrados, se observa que otros grupos posteriores dependían más de la caza de animales pleistocénicos o mega fauna, selectivamente o especializada localmente, con recolección estacional como actividad secundaria, en baja escala y con cierta restricción territorial pero nomádicos; y de ahí también la especialización de algunos implementos, como las puntas de proyectil de los tipos Clovis, Folsom, Lerma, Plainview, etcétera, localizadas en varios lugares del territorio mexicano, lo mismo que raspadores, grabadores, tajadores, raederas, buriles, pulidores, machacadores, lascas, etcétera, que acusan cierto adelanto tecnológico y más variados usos.

De hecho, estas bandas nomádicas o trashumanteras eran recolectoras de plantas y animales, aunque algunas fueran de cazadores especializados y reco-

lectores en baja escala; así en la fase Ajuereado del Valle de Tehuacán, Puebla, Mc. Neish ha señalado que las micro bandas o familias nomádicas vivían de la recolección de plantas silvestres, de la caza y atrapamiento de animales, tanto paleofauna como especies menores (caballo, antílope, conejo silvestre, aves, etcétera) a la vez que habitaban las cuevas, cambiando sus campamentos varias veces al año, estacionalmente. Entre sus implementos se encuentran puntas Lerma, navajas, buriles, raspadores, lascas, tajadores, cuchillos y raederas.

También es evidente que otros grupos dependían más de la recolección especializada y de la caza tardía, con eficientes técnicas para recoger y preparar sus alimentos vegetales, y que cazaban y atrapaban animales, lo mismo pleistocénicos sobrevivientes que pequeños; a la vez que pudieron iniciar la pesca y la recolección de moluscos en lugares aptos para ello.

Ejemplo de este primer periodo son los hallazgos de Tlapacoya, Edo. de México (20000 a.C.) Tepexpan (12-10000 a.C.) el Complejo Ajuereado del Valle de Tehuacán, Puebla (11-10000- a.C.) el Complejo Diablo, Tamaulipas (10000 a.C.) el Complejo Lerma (10-9000 a.C.) Santa Isabel Iztapan (9-8000 a.C.) y algunos más.

Periodo protoagrícola: 7-5000 a. C. La vida recolectora se fue especializando más, desde luego sin abandonarse la cacería y la pesca, pasando los grupos a los umbrales de la agricultura; y así MacNeish dice que en la fase El Riego de Tehuacán, Puebla, se han encontrado piedras para la molienda, machacadores, morteros, manos, raspadores, navajas, buriles, agujas y punzones de hueso, puntas de proyectil con espigas, dardos de asta de ciervo o de madera, trampas, redes y otros implementos más, adaptados a varias actividades cotidianas; y los grupos han de haber constituido bandas de familias extendidas, nomádicas estacionalmente, que ocupaban semipermanentemente las cuevas o abrigos rocosos, o que podían levantar campamentos al aire libre; a la vez que recolectar plantas silvestres como el guaje o calabazo, agaves, amaranto, maíz, chile, aguacate, zapote, frijol, algodón, etcétera.

De hecho, los grupos de Tehuacán y de otros lugares alcanzaron nuevos progresos culturales, entre ellos el tejido y la cestería, evidente en las redes, mantas, sandalias, bolsas, cestos tejidos en espiral, petates, etcétera y también incineraban a sus muertos o los enterraban en el interior de las cuevas, envueltos en mantas o petate y con acompañamiento de pobres o sencillas ofrendas para la otra vida. Algunos grupos pudieron practicar el chamanismo y los sacrificios humanos.

Ejemplos de este periodo son los hallazgos de la cueva Espantosa de Coahuila; el complejo El Riego de Tehuacán (7-5 200 a.C.) el complejo Infiernillo de Tamaulipas (6 500-6 200 a.C.) los niveles más bajos de la cueva de Santa Marta, Chiapas, el nivel Zohapilco 1 de Tlapacoya, etcétera; y desde luego, por estos tiempos los recolectores y cazadores seguían las rutas naturales determinadas por el terreno, permanecían temporalmente ahí donde las posibilidades del medio se los permitía, y cambios climáticos importantes modificaban sus fuentes de alimentos, animales y vegetales, repercutiendo en sus modos de vida.

II. Época de la producción de alimentos

Se refiere a los tiempos posteriores al temprano poblamiento de América en general y de México en particular, durante los cuales los grupos, con un carácter más americano, fueron asentando las bases de las culturas propiamente sedentarias regionales del Nuevo Mundo; y con ello se inicia y evoluciona la forma de vida productora de alimentos, en diversos grados; aumenta la densidad demográfica; se hace común la vida en aldeas, centros ceremoniales y ciudades en el sentido prehispánico; progresa la tecnología; etcétera; alcanzándose niveles culturales cada vez más adelantados, que se ven truncados por la conquista española.

Etapa de las comunidades sedentarias

Significa una forma de vida estable; basada principalmente en la agricultura o pesca, con caza y recolección subsidiaria, que van determinando una gradual economía mixta productora de alimentos; misma que se traduce en una cultura más desarrollada, con poca especialización y abierta al cambio. La economía, autosuficiente gradual, permite cierto aumento de la población; la fundación de aldeas pequeñas o grandes, dispersas o relativamente cercanas, formando una comunidad tribal, multifamiliar; y el equipo material se acrecienta ante la aparición de nuevas ocupaciones que pueden realizar ambos sexos, o sea que puede llegarse a una producción artesanal sencilla y practicada por todos, sin requerimientos de especialistas de tiempo completo.

Aspectos como una producción de alimentos que se destina a cubrir las necesidades de la comunidad aldeana; cierta organización social autónoma; economía autosuficiente; vinculación entre la agricultura o pesca con las artesanías que se conciben como ocupaciones suplementarias practicadas por ambos sexos; apropiación de la tierra para la realización de los cultivos; intercambios de recursos entre los grupos de diferentes zonas geográficas; población se-

dentaria concentrada; afianzamiento y divulgación del patrón agrícola; propagación de plantas; etcétera, son factores que se presentan en esta etapa de las comunidades sedentarias

Periodo agrícola incipiente: 5000-2400 a. C. En el curso del tiempo algunas bandas rebasaron el nivel de vida y de cultura recolectora, especialmente en zonas potencialmente ricas en plantas y animales, llegando a un franco sedentarismo estacional y a la experimentación cultivadora de algunas especies vegetales nativas, lo cual condujo a la integración de tempranas y reducidas aldeas, habitadas más bien semipermanentemente, y al cultivo u horticultura incipiente, base de futuros progresos culturales.

Pero esos cultivos incipientes —que marcan de hecho la etapa productora de alimentos— jamás eliminaron el modo de recolección de plantas y la caza de animales, que cuantitativamente definen a la época anterior; o sea que la presencia de cultivos y aldeas sólo alcanza su máximo en periodos posteriores, cuando la agricultura es capaz de sostener a comunidades mayores y permanentes, por lo cual este periodo es más bien transicional a ellos.

Así, este periodo se refiere a tiempos en que se iniciaron los cultivos, después de un largo y lento proceso de observación y experimentación con algunas plantas nativas, con lo cual se inicia o gesta la época de producción de alimentos; pero estos cultivos sólo constituían un bajísimo porcentaje de la dieta alimenticia, la cual seguía siendo prácticamente recolectora, cazadora y pescadora, combinadas en diversos grados.

En otras palabras, algunos grupos dependían más de la caza, recolección y pesca, aunque comenzaron a domesticar algunas plantas por la selección de ciertas especies; o sea que de una larga experimentación pasaron a la domesticación gradual de plantas silvestres, desembocando a la horticultura o cultivo de algunas de ellas. Y también, por depender de los recursos alimenticios de los bosques, ríos y costas, eran recolectores estacionales de vegetales y moluscos, lo mismo que pescadores en baja escala.

Según las exploraciones de MacNeish en el valle de Tehuacán y otras evidencias arqueológicas, estos grupos podían constituir macrobandas seminómadas, con tendencia al sedentarismo y a la concentración de la población en aldeas restringidas, situadas en un lugar determinado y ocupadas por periodos anuales; y dichas macro bandas estarían formadas por familias nucleares, unidas por parentesco, y posiblemente integrando clanes patrilineales con diferenciación por sexo y edad; contaban ya con el perro domesticado y habitaban también estacionalmente las cuevas, o se asentaban a lo largo de los ríos

y costas, construyendo casas o viviendas semisubterráneas en algunos sitios.

Entre sus artefactos, algunos mejor adaptados, pueden citarse: piedras de molienda, metates, morteros y manos; molcajetes, machacadores, recipientes de piedra, agujas, punzones, puntas de proyectil pequeñas, navajas, etcétera; y ya contaban con plantas domesticadas como el maíz, la calabaza, frijol, chile y otras más, que contribuían quizás hasta con un 25% de la dieta alimenticia.

También tejían bolsas, redes, sandalias, cordeles, mantas, petates, canastos, entre otros enseres de varias fibras vegetales; enterraban a sus muertos envueltos en telas o esteras, rociados con polvo rojo de hematita o cinabrio, acompañándolos con ofrendas para la otra vida; y pudieron tener ciertas creencias mágicas y practicar el chamanismo e iniciar el sentido artístico en sus ornamentos y artefactos.

Dichos grupos pudieron prosperar más en zonas ricas en plantas y animales, evolucionado por sus propios medios o por contactos con otros vecinos; y al final del periodo pudo introducirse la cerámica, de aspecto tosco o primitivo en algunos casos.

Ejemplos de este primer periodo son los hallazgos de Coxcatlán (5200-3400 a.C.), el complejo Nogales (5000-3000 a.C.), Ocampo (3700-2600 a.C.), el complejo Abejas (3400-2300 a.C.), La Perra (3000-2200 a.C.), cueva de Santa Marta, etcétera; y durante él se intensifica la explotación de los bosques, hay un ligero aumento de la población, se inician las técnicas agrícolas, surgen algunos implementos para el trabajo del campo, se establecen las primeras aldeas y hay más ocupaciones cotidianas que contribuyen a la vida en comunidad y al sedentarismo.

Periodo agrícola aldeano: 2400-1200 a.C. Se refiere a los grupos plenamente sedentarios, agrícolas o pescadores básicamente, que vivían en aldeas y cuya economía autosuficiente permitía la subsistencia de una población relativamente pequeña; misma que poseía un orden social interno que no rebasaba el plano de la comunidad tribal y que tampoco requería de personas especializadas.

En este periodo diversos grupos van asimilando una economía agrícola o pesquera, se expande el conocimiento de la agricultura, se transmiten las plantas y técnicas de cultivo de una región a otra y se va consolidando un régimen agrario o de pesca, productor de alimentos.

Aunque en algunos lugares se pueden aprovechar las cuevas temporalmente, hay ahora la tendencia a construir aldeas a lo largo de los ríos y la costa, a veces con chozas o viviendas semisubterráneas; y los grupos agrícolas cuentan ya con varias especies de

maíz, calabaza, frijol, chile y otras plantas alimenticias, lo mismo que con el algodón y frutas silvestres que recolectan. También tienen al perro domesticado, entierran a sus muertos, y cuentan con artefactos más adaptados a sus necesidades.

Un nuevo rasgo en este periodo es la introducción de la cerámica, como se ha visto en el valle de Tehuacán e Izúcar, Puebla, o en Puerto Márquez, Acapulco, Guerrero; y ésta se caracteriza por un color cafetoso, con la superficie cuarteada o con hoyitos, debido al grueso desgrasante de arena o grava que contiene la pasta que no permite un buen pulimento, por lo cual se le ha llamado “cerámica con viruela” por Brush. Entre sus formas predominan las ollas y cuencos sencillos, con bases esféricas; y esta cerámica no guarda al parecer, relaciones con las tradiciones alfareras conocidas. Su aparición se coloca, de acuerdo con fechas de Carbono 14, de 2400 a 2300 a.C. por ahora.

Ejemplos de este periodo son la fase Purrón del valle de Tehuacán (2300-1500 a.C.), que según MacNeish contaba con pequeñas aldeas de casas semisubterráneas, cuencas o recipientes de piedra y cerámica cafetosa; la fase Flacco de Tamaulipas (2000 a.C.), la cueva de Santa Marta; Tlapacoya etcétera; y para entonces las tempranas comunidades cuentan con una mayor variedad de recursos, la caza y la pesca continúan contribuyendo a la dieta y la agricultura se va desarrollando lo suficiente, como para poder sostener a grupos mayores.

Así, el paulatino desarrollo de la vida aldeana lleva a la ocupación no sólo de los ríos y costas sino también de los valles y laderas de los cerros, en los que habían tierras aptas para la agricultura; y ésta se practicaba por el sistema de humedal o de avenida, aunque también se utilizaba la roza o milpa, aclarando parte del bosque con ayuda del fuego y hachas de piedra. Para la siembra se usó el bastón plantador y la semilla se guardaba en graneros.

Además de la cerámica y modelado de figurillas, los grupos se dedicaban a la manufactura de sus artefactos o herramientas: puntas de proyectil para la caza; metates y morteros para la molienda; raspadores o raederas, navajas y cuchillos, hachas y pulidores, punzones y agujas, etcétera; para los cuales empleaban el pedernal, la obsidiana, la serpentina, el hueso y el asta, la madera y otros materiales.

También aprovechaban y tejían el algodón para la confección de sus vestidos y adornos para la cabeza; hacían cestas y petates; trabajaban la concha para obtener sus ornamentos que completaban el atuendo personal; y mantenían ciertos intercambios con los grupos vecinos, para suplir o equilibrar las deficiencias de materias primas y aún de productos alimenticios y algunos objetos elaborados.

Para este periodo ya existía la división del trabajo por sexo y edad, aunque todavía no perfectamente institucionalizada, pues habían agricultores, cazadores, pescadores, alfareros, tejedores, lapidarios, cesteros y personas dedicadas a otras actividades sencillas, a veces practicadas por ambos sexos; integrando todos ellos una comunidad tribal gobernada tal vez por individuos de experiencia, edad y prestigio, que veían por la colectividad.

Y desde el punto de vista religioso o de sus creencias, la sociedad de aquellos días ha de haber tenido un culto a las fuerzas de la naturaleza, ligadas a la agricultura, a la tierra y al agua, por lo cual celebrarían ciertos ritos y ceremonias agrícolas; a la vez, rendían culto a sus muertos, enterrándolos en agujeros excavados en el suelo, en posición extendida por lo regular, y con acompañamiento de ofrendas para la otra vida.

Este desarrollo cultural, a grandes rasgos, es el que se observa inicialmente en algunos lugares del Altiplano central de México, entre ellos El Arbolillo, Tlapacoya, Zacatenco y Tlatilco; y en ellos aparece una cerámica esencialmente monocroma, en coloraciones negro, café negruzco, bayo y café rojizo y blanca, en vasijas que adoptan la forma de cuencos sencillos o de silueta compuesta, ollas y vasos de paredes divergentes, todas ellas de cuerpos y bases esféricas. También se aprecia que la decoración es continúa alrededor de la pieza, sobresaliendo un motivo de triángulos rellenos de líneas paralelas incisas.

Y las figurillas se hacían a mano, agregando a la cara y el cuerpo los rasgos faciales y los adornos, por medio de filetes y bolitas de barro, técnica conocida como “al pastillaje”, lo cual indica una tradición alfarera propia del Altiplano; dichas figurillas fueron evolucionando de formas toscas a formas mejor equilibradas anatómicamente, desarrollo que puede apreciarse en los llamados “tipos C3, C2, F antiguo y C1” con sus variantes locales.

Las figurillas, por otra parte, revelan algunos datos más, y así éstas representan generalmente a mujeres, lo cual podría indicar la existencia de clanes matrilineales o el culto a la fertilidad; muestran escasa indumentaria y mayor énfasis en la desnudez y pintura facial y corporal; a la vez que se observa el uso de orejeras, narigueras, collares, brazaletes, sandalias y tocados elaborados, que implican el tejido, la preocupación por los adornos y un mayor gusto estético que en el periodo anterior.

Desde estos tiempos la cultura olmeca se comienza a formar en el sur de Mesoamérica, sobre la base de una tradición cerámica que incluye la impresión de cuerdas y de textiles, la excisión, el estampado de mecedora o *rocker stamp*, el punteado o punzonado,

la impresión de uña, el asa de estribo y otros rasgos más; tradición cerámica a la cual se le añade el simbolismo del jaguar, animal totémico del grupo, y el modelado de figurillas con los ojos ranurados o incisos, bocas con las comisuras hacia abajo, como de recién nacidos y cabezas deformadas y rapadas o combinadas con mechones de pelo.

Una vez formada la cultura olmeca, con una clara obsesión felina, esta comienza a extenderse en dos direcciones principales: una dirigida hacia la costa del golfo, vía istmo de Tehuantepec, para alcanzar lugares como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes, etcétera, y otra dirigida hacia Oaxaca, Guerrero, Puebla y Morelos, la cual, hacia 1250 a.C., cuando menos, alcanza la cuenca de México.

Por ello decimos que los olmecas se dispersaron por la costa del golfo y por Oaxaca-Guerrero-Altiplano central, estableciéndose en lugares no ocupados con anterioridad y en sitios en donde ya existía una población distinta a ellos; y en este último caso los olmecas contribuyeron a modificar la cultura existente y a enriquecerla, como se observa en Tlapacoya, Tlatilco, Chalcatzingo, Las Bocas, Ajalpan y otros lugares.

De ahí que en esos sitios se encuentre cerámica negra, blanca, roja, blanco sobre rojo, café, rojo sobre blanco y rojo sobre café, que corresponden a la tradición alfarera local; junto con cerámica negra gruesa, negra con bordes blancos, grisácea brillante, blanca o marfil fina, amarillenta laca y otras más, que corresponden a los olmecas; y de allí también que junto a formas sencillas esféricas aparezcan tecomates, platos y vasos de base plana, botellones tipo Chavín, botellones con asa de estribo, vasijas efigie, platos con pico vertedera, vasijas de caolín, decoradas en muchos casos con los típicos elementos felinos.

En las figurillas se advierte el mismo proceso que en la cerámica, pues los alfareros locales producían ejemplares de la tradición “C” o al pastillaje, mientras que los olmecas introdujeron sus figurillas de color blanco pulido, por lo regular sedentes, y con la cabeza deformada, de cuya mezcla surgieron las figuras huecas o tipo “cara de niño,” el tipo “D” o “mujer bonita” y otras muchas variantes.

El impacto de esta cultura olmeca sobre la población aldeana del Altiplano central fue decisiva, pues impulsó al mismo tiempo la tecnología, la economía, las artes y la religión iniciales; y así a través de las figurillas se ven representaciones de magos o brujos, músicos y danzantes, acróbatas y enanos o bufones, mujeres embarazadas o cargando a sus hijos, jorobados y otros seres deformes, viejos y niños, jugadores de pelota, etcétera; lo mismo que la práctica de la deformación craneal, la mutilación dentaria, el corte

total o parcial del pelo, la pintura corporal y facial, el uso de trenzas entre las mujeres, y otras costumbres.

También mejora el tejido y la indumentaria (faldillas, bragueros, capas, cinturones, sandalias, sacos, sombreros, barbiquejos, entre otros); se hacen más ricos y variados los ornamentos (orejeras, collares, narigueras, espejos pectorales, etcétera); y se utilizan sellos o pintaderas de barro, máscaras de barro y tal vez de madera, silbatos, por mencionar algunos.

La representación de magos o hechiceros permite inferir que ahora éstos son los que dirigen o gobiernan a la comunidad, que son los que participan en las festividades agrícolas, en las que no faltan la música y la danza, las acrobacias y el juego de la pelota; y a esas fiestas asistían ataviados con máscaras fantásticas, pelucas y sonajas en las manos, para causar mayor impresión.

Esos brujos eran, por otra parte, los representantes de la autoridad política y religiosa de aquel entonces, aunque en este último sentido sería más correcto hablar de creencias mágicas; ya que rendían culto a la lluvia y a la tierra, a la fertilidad, simbolizado por el jaguar-serpiente y realizaban ritos agrícolas y fiestas; al igual que adoraban a algunos animales totémicos como el pato y la serpiente, tanto acuática como de cascabel, y llegaron a fusionar el concepto de la serpiente acuática con el jaguar, para elaborar una especie de dragón terrestre conectado con la tierra y el agua fertilizante.

En relación con la magia representaron en sus figurillas a seres femeninos con dos cabezas o con tres ojos en una misma cara, a personas con manchas de pelo en las mejillas, a viejos con la lengua colgante y partida, a jorobados y a otros individuos patológicos, lo mismo que máscaras con una mitad jaguar y otra mitad hombre, o una mitad vida y otra mitad muerte, todo ello tal vez como amuletos para conjurar o evitar esos aspectos inexplicables.

Y en cuanto al culto a los muertos, ahora se observa que los cadáveres se enterraban comúnmente en posición flexionada, además de la extendida, colocados en hoyos excavados en la tierra, en ocasiones con ringleras de piedras para delimitar la fosa, y con acompañamiento de ricas ofrendas para la otra vida; a la vez que se hacían sacrificios humanos, especialmente de niños y perros que fungían como custodios o acompañantes del muerto.

Además de estos grupos más adelantados, en las costas habían aldeas de individuos que dependían fundamentalmente de la pesca y la recolección marítima, aunque también podían recolectar productos vegetales silvestres y cazar algunos animales terrestres; los cuales desarrollaron el arte de la navegación en canoas o balsas; tuvieron una tecnología

apropiada a sus actividades de subsistencia; conocían el tejido y la cestería, y mantenían contactos con los grupos agrícolas, propiciando el cambio cultural.

Así, en Altamira, Izapa, Mazatán y otros lugares de Chiapas, los grupos eran fundamentalmente pescadores, tenían cerámica roja, negra, incisa y acanalada, en forma de tecomates y cuencos sencillos; explotando sus microambientes por la recolección y la caza como actividades complementarias, y tal vez con una agricultura a base de plantar tubérculos como la yuca.

Otros sitios, como Chiapa de Corzo, eran agricultores, tenían una cerámica desarrollada, hacían figurillas de barro, enterraban a sus muertos con acompañamiento de ofrendas; y tenían sellos de barro, sonajas y silbatos, pequeñas máscaras, cuentas y orejeras de jade, etcétera

De hecho, en este periodo pudieron existir aldeas iniciales o primitivas que por ser autosuficientes permanecieron sin cambiar prácticamente; aldeas de pescadores, basados en su autoabastecimiento, que también por cierto aislamiento no prosperaron; y aldeas principalmente agrícolas que recibieron estímulos de otros grupos contemporáneos, haciéndolas progresar notablemente.

Sin embargo, todas ellas definen a una etapa bastante homogénea, de comunidades tribales autosuficientes; aunque ciertas aldeas comienzan a mostrar, como es natural, una serie de rasgos que definirán una etapa más avanzada, entre ellos: la existencia de brujos o hechiceros que controlan el poder, y que se convertirán en sacerdotes y jefes; la colonización de lugares por algunos grupos, como los olmecas; una mayor intensidad de los intercambios de productos; un mayor intercambio de recursos provenientes de zonas geográficas alejadas; ciertos servicios comunales como los cementerios o lugares fijos para los enterramientos; creencias mágicas tendientes a la creación de dioses; un mayor desarrollo de la tecnología; aumento de población y proliferación de aldeas; y aún un patente mejoramiento en la construcción de las viviendas, con la aparición en algunos lugares de plataformas de tierra o lodo, revestidas de piedra, para asentar las chozas. En algunos sitios se delimitan los entierros con ringleras de piedras, germen de las tumbas; y pudieron haber casas comunales hechas de materiales perecederos.

Etapa de los pueblos y Estados teocráticos

Se refiere a la consolidación de una economía mixta productora de alimentos, que exige una máxima explotación de los diversos ambientes ecológicos, el desarrollo de nuevos sistemas agrícolas como el terracedo y los sencillos canales para el riego artificial;

lo mismo que el aumento de la población, el gradual desenvolvimiento de las artesanías y la tecnología, la acumulación de excedentes económicos, el comercio interno y foráneo, etcétera, lo cual determina el nacimiento de una nueva sociedad, en la que un grupo de individuos controlan el poder político y económico, la producción de los alimentos y las manufacturas, creando un sistema de redistribución de los excedentes en beneficio de los centros ceremoniales y urbanos, lo mismo que de la población que en ellos reside.

Gradualmente, algunas aldeas mayores se van transformando en pequeños centros ceremoniales, los cuales incorporan a su órbita a ciertas aldeas vecinas; algunos centros ceremoniales crecen y se transforman en verdaderos centros urbanos o ciudades, los cuales aglutinan a otros centros y aldeas vecinas; y en ellos florecen las artes y los conocimientos, las artesanías y el comercio, la religión y otros aspectos culturales, cada vez más complejos.

Periodo de las aldeas y centros ceremoniales: 1 200 a. C.-200 d. C. La aparición de los primeros centros ceremoniales ocurre en la costa del golfo y en el sureste de México antes que en el Altiplano central, principalmente en lugares ocupados por los olmecas, como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes, entre otros; y en ellos ha de haber intervenido decididamente la intensificación de los intercambios, la colonización de lugares estratégicos a manera de rutas comerciales y el control de ellas, ya que desde el periodo anterior los olmecas llevaban de la costa del golfo el hule para las pelotas, el chapopote, las conchas y caracoles marinos, el jade, entre otros, controlando por medio de intermediarios el algodón, el caolín, turquesa, obsidiana, hematita, etcétera, de otros grupos.

Así, los intercambios, la incorporación de los recursos de otras zonas geográficas, la integración de varias aldeas a un centro mayor y una organización centralista permitió el desarrollo de sus centros ceremoniales, en los cuales había sacerdotes y jefes, artesanos especializados, campesinos, mercaderes, sirvientes, etcétera, dentro de un sistema jerárquico.

Estos olmecas construyeron centros ceremoniales con plazas rodeadas de basamentos, edificios cívicos y religiosos, aunque hechos de tierra o lodo; desarrollaron una escultura mayor y menor, fundamentalmente en piedra, material que tenía que ser llevado a los centros desde lugares alejados, por medio de balsas y canoas; lograron desarrollar excelentes técnicas lapidarias y una escuela artística tradicional que influyó sobre otros pueblos; y fueron los iniciadores de la expansión territorial, aspecto que más tarde desembocaría en el militarismo.

Ellos tallaron enormes altares monolíticos, a veces con representación de sacerdotes saliendo de la entraña del jaguar; labraron cabezas colosales a manera de retratos de sus jefes que habían sido decapitados en el juego de la pelota; hicieron cajas o sarcófagos de piedra; figuras en bulto; pisos de mosaico de serpentina, figurando mascarones esquematizados del jaguar; tumbas hechas con bloques de basalto a manera de troncos de árboles clavados en el suelo; lápidas y estelas con personajes en relieve; grabados sobre rocas naturales y otras obras mayores; lo mismo que bellas figurillas de jade y otras piedras verdes, hachas votivas con finas incisiones, máscaras y delicados ornamentos.

También construyeron largos caños de piedra para el aprovechamiento del agua y para los desagües; colocaban monumentos de piedra en las plazas y al frente de sus edificios; sanearon y nivelaron terrenos para el crecimiento del centro ceremonial; iniciaron la planeación y la orientación de sus construcciones; tuvieron una religión centrada principalmente en el jaguar, pero relacionada con la agricultura, la tierra, la lluvia, la fecundidad y otros aspectos conexos; al mismo tiempo, iniciaron el conocimiento del calendario, de la numeración y de la escritura jeroglífica, o sea que tuvieron algunas observaciones astronómicas, preocupándose por fijar el ritmo de las estaciones, las épocas de siembra y cosecha, celebración de sus festividades agrícolas y otros progresos.

Estos olmecas influyeron sobre otros grupos aldeanos, gracias al intercambio de experiencias, ideas y conocimientos, a veces interviniendo directamente sobre las poblaciones o por los intercambios de productos; y así surgió Monte Albán y otros centros tempranos de Oaxaca, en donde comenzó la arquitectura, el calendario, la numeración y la escritura jeroglífica, que llegaron a ser más adelantadas; o Izapa y otros lugares de Chiapas, en donde se desarrolló un estilo artístico con raíces olmecas, relacionado con el de la costa del Pacífico de Guatemala, de los cuales nació prácticamente la cultura maya.

Así, por los finales del periodo ya están presentes rasgos como: centros ceremoniales que se colocan como focos rectores de varias aldeas vecinas; sociedades formadas por sacerdotes, jefes, artesanos, mercaderes, campesinos, etcétera, que constituyen estamentos sociales o grupos clasistas; cierta especialización de productos manufacturados; intercambio de productos, experiencias e ideas; estilos artísticos regionales; religión institucionalizada; conocimientos como el calendario; numeración y escritura jeroglífica; división del trabajo; etcétera; todo lo cual contribuirá a la formación de los primeros Estados que en periodos siguientes alcanzarán nuevas modalidades.

En la evolución de las aldeas, en el Altiplano central se observa como algunas de ellas se fueron transformando en villas o pueblos concentrados, como aumentó la población y fueron proliferando los sitios ocupados, entre ellos; el cerro del Tepalcate, Ticomán, Cuicuilco, Tlapacoya, Chimalhuacán, Xico, Cuanalán y muchos más; lo cual inicia un nuevo periodo de progreso cultural, en el que se incrementa la agricultura, se desarrolló la tecnología, aparece la arquitectura y comienzan los artesanos de tiempo completo y la casta sacerdotal.

La agricultura se vuelve casi óptima gracias a nuevos sistemas como el terracedo y la iniciación del regadío por medio de canales, como se ha visto en Amalucan, Puebla, a lo cual se agrega el trueque y una producción artesanal más eficiente, y tal vez el cultivo de nuevas plantas y el empleo de abonos. A su vez, el contacto mayor con otros grupos contribuye también el progreso cultural, recibiendo estímulos para el cambio y una orientación casi urbana en el sentido prehispánico.

Los nuevos sistemas agrícolas aumentan la eficiencia en la producción de alimentos, con menos trabajos y mayores excedentes, lo cual se traduce también en un mayor tiempo disponible para el desarrollo de las artes y las artesanías, para la elaboración de los conocimientos; surgiendo los estilos artísticos locales o regionales que caracterizarán a las altas culturas, ya sean decorativos o en función de la religión.

Los excedentes económicos, el aumento de población, la intensificación de los intercambios y el surgimiento de una clase de individuos que organizan y centralizan la producción de varias aldeas, la fuerza de trabajo de las comunidades y el control político, permite el nacimiento de los primeros centros ceremoniales con estructuras cívico-religiosas, que actúan como focos de concentración humana, interna y foránea; o sea que ahora se integran varias aldeas en un centro mayor, tal vez por razones de tradiciones o forma de vida y lengua común, o por medios coercitivos, centro en el cual surge un nuevo modo de producción y grupos clasistas que tienden a concentrarse cada vez más.

Con la aparición de los centros ceremoniales, pequeños o grandes, surge la arquitectura, la cual se manifiesta en las plataformas para casas, basamentos para templos, plazas o patios, altares, muros de contención, caños para el drenaje y otras obras menores; y con ello adelanta la tecnología, pues aparecen los martillos o mazos de piedra, cuñas de madera para la extracción de la piedra, cinceles de serpiente, plumadas, pulidores de pisos y paredes, taladros, etcétera, y se diversifican los materiales de construc-

ción, entre ellos: troncos, morillos, lodo, piedra, cantos de río, paja, palma, estuco y otros más.

Algunos de esos centros ceremoniales, pequeños pero con una población concentrada, se situaban en las estribaciones de los cerros, otros se asentaban por las márgenes de los ríos y lagos, en terrenos abiertos; y servían como núcleos integradores de las aldeas o rancherías vecinas, las cuales contribuían a su sostenimiento, o sea que ya estaba constituido el poblamiento denominado de "constelación," es decir, aldeas dispersas dependientes de un centro mayor.

Esos centros se regían por sacerdotes que actuaban como jefes, auxiliados por otros sacerdotes menores o personas de linaje y prestigio, con funciones específicas para la buena marcha de la sociedad, entre ellas la organización del trabajo comunal para la construcción de edificios cívicos y religiosos, que contribuían al engrandecimiento de dicho centro; y también había artesanos, algunos especializados, lo mismo que mercaderes campesinos, sirvientes, etcétera; o sea que ya existían categorías sociales con funciones diversificadas, antecedente directo de la sociedad teocrática monopolista de las verdaderas civilizaciones.

En la cuenca de México la arquitectura evolucionó de la sencilla choza asentada sobre una plataforma a los basamentos para templos, compuestos de una serie de plataformas superpuestas, rectangulares o circulares, con rampas o escaleras y con un templo-choza encima; y de ahí se pasó al concepto de la pirámide truncada, que culminó en las imponentes estructuras de Teotihuacán.

Con la aparición de los primeros centros ceremoniales y la casta sacerdotal nació también la religión, pues ahora hay representaciones de un dios Viejo del Fuego, concebido como un anciano jorobado, que carga a la espalda un brasero; también se comienza a representar al antecedente del dios Tláloc o de la lluvia, con rasgos de animal y hombre, esquematizados, sobre el cuello de algunos botellones; lo mismo que al antecedente del dios Xipe, que llegará a ser patrono de los mantenimientos y de la primavera. Por su parte, los olmecas tienen a un dios jaguar y representaciones de serpientes aladas que simbolizan a la lluvia.

A su vez, el culto a los muertos continúa prosperando, pues aparecen las tumbas para las personas importantes, enterradas en ellas sobre una capa de corteza vegetal o de cinabrio, acompañados de numerosos objetos como ofrenda; y las tumbas tienen ya paredes de piedra y techos de lajas; mientras que en las ofrendas se colocan cestos, cerámica, cuchillos, ornamentos, figurillas y otros objetos. Además de este tipo de enterramiento hay otros que se hacen

directamente en el suelo, con pobres ofrendas, lo cual indica también la diferenciación social existente.

La cerámica de este periodo se caracteriza por la policromía y la decoración negativa, por el predominio de los soportes ornamentales, y aparece la técnica del estuco seco pintado y la combinación del negativo-policromo. En la cuenca de México ese estilo alfarero se ve enriquecido por la introducción del estilo de Chupícuaro Guanajuato; y también se reciben influencias sureñas como los soportes mamiformes, las vasijas tetrápodos, la vertedera sencilla y las molduras labiales y basales.

Lo mismo sucede con las figurillas de barro, que localmente se siguen produciendo por la técnica del pastillaje o tradición "C", mientras que Chupícuaro, Guanajuato, introduce también su estilo de figurillas aplanadas que modifican un tanto a las anteriores (estilo H4).

También se trabaja más la concha y el caracol marino, traídos tanto del Atlántico como del Pacífico; y con ellas se hacían cuentas para los collares, pectorales, pendientes, objetos calados a manera de mosaico, figuras recortadas en varias partes y con perforaciones para coser o sujetar a los vestidos, discos perforados y otros más. De igual manera se observa el desarrollo del tejido del algodón y de la cestería, última que se hacía trenzada y enrollada en espiral.

La proliferación de varias aldeas alrededor del valle de Teotihuacán, y la concentración de la población hacia el centro del mismo determina la organización de un centro mayor; ello permitió la construcción de las grandes pirámides del Sol y de la Luna, a escala monumental, pero siguiendo el tipo de arquitectura en boga, es decir, plataformas superpuestas con muros en talud y revestimiento de estuco sobre la piedra, con angostas escalinatas limitadas por alfaradas; lo cual revela una organización social avanzada, ideas religiosas bien establecidas, excedentes económicos e integración de la fuerza de trabajo comunal, especialistas, etcétera, factores que permitieron el desarrollo de las grandes civilizaciones.

En resumen, durante este periodo aparecen los primeros edificios religiosos y una gradual especialización de labores; un patrón de pequeñas aldeas compactas que se concentran alrededor de un centro ceremonial con basamentos-templos; comienza la importancia de la casta sacerdotal, cuya fuerza se basa en un creciente prestigio por sus conocimientos; y esta casta funciona como grupo político que junta a varias aldeas y las controla o gobierna, que toma las decisiones de la sociedad, volviéndose una elite encargada del gobierno, de los cultos religiosos, de las artesanías y de los intercambios de productos y materias primas.

Desde luego, esa elite necesitaba coordinar el trabajo de las poblaciones aldeanas para lograr excedentes alimenticios, impulsar las construcciones de los centros, transportar la piedra y las materias primas de una región a otra, etcétera; y tal vez una fuerza coercitiva o un fervor religioso contribuyeron a la creación de esa nueva sociedad, autoritaria y estratificada, con una hábil organización y control centralizado.

El grupo directriz no necesitaba vivir directamente en los recintos ceremoniales, sino que éstos eran más bien atendidos por unos cuantos sacerdotes y sirvientes para la buena marcha de los asuntos administrativos y religiosos, sirviendo al mismo tiempo como lugares de peregrinaje y mercado en fechas especiales; pero allí se comienza a observar una concentración de población, una naciente aristocracia que controla el poder y el comercio, que divulga su estilo artístico y su ideología, sus conocimientos intelectuales, base de las futuras civilizaciones.

Y ejemplos de este periodo pueden ser San Lorenzo (1200-800 a. C.), La Venta (1000-400 a. C.), Ixapa (700-600 a. C.), Dzibilchaltún (800 a. C.) Chiapa de Corzo, Cuicuilco, Tlapacoya, cerro del Tepalcate, Chimalhuacan, entre otros; en los que se comienzan a manifestar los núcleos de construcciones alrededor de plazas, las esculturas monumentales, la orientación de los edificios y esculturas, ejes y espacios rectores de las estructuras, calendarios agrícolas y rituales, cultos agrícolas que se van modificando, costumbres funerarias más elaboradas, monopolio de las artesanías y rutas comerciales en potencia, repartición de las funciones sociales y otros muchos aspectos culturales que aumentarán de grado en el periodo siguiente.

Periodo de los centros ceremoniales y ciudades urbanas; 200-900 d. C. En este periodo se incluye a los grupos o sociedades que alcanzaron una alta cultura o civilización, basada en una economía que produce suficientes excedentes para el sostenimiento de una creciente población no productora de alimentos, concentrada en centros mayores que cuentan con numerosos edificios y una arquitectura desarrollada, tendientes en varios casos al urbanismo; regidos por jefes-sacerdotes principalmente, los cuales constituyen un gobierno central, organizador de las obras públicas, de las manufacturas, del comercio, de la administración y de la política.

En términos generales se obtienen más excedentes económicos por la agricultura con irrigación sencilla, por la incorporación de nuevas tierras para el cultivo, por la tributación de más aldeas, por una producción artesanal más especializada y por el comercio

intensivo y extensivo que incorpora materias primas, objetos y recursos de otras regiones, lo cual permite el sostenimiento de grupos no productores de alimentos, que contribuyen al engrandecimiento y embellecimiento del centro, prosperando una arquitectura monumental asociada a la escultura y la pintura mural; los conocimientos astronómicos, calendáricos, matemáticos y de medicina herbolaria; la escritura jeroglífica y otros aspectos culturales, todo ello a nivel más alto que en el periodo anterior.

La población más densa y concentrada; la diferenciación socioeconómica; la división del trabajo, la estratificación a distintos niveles; la estructura política piramidal; la jerarquización social y religiosa; el control de la producción y la distribución de los excedentes; la existencia de servicios sociales; la tributación; ciertas leyes institucionalizadas, entre otros, son aspectos que definen a una nueva sociedad, más teocrática y tendiente a la vida urbana, pero en la que, por sus finales, comienza a mostrar cierto énfasis guerrero, que la conducirá a la integración de los Estados militaristas.

También el dominio de un grupo superior que se sobrepone a la masa de campesinos; la especialización artesanal de tiempo completo; los ingresos por concepto del comercio y los tributos; el control sobre otras comunidades aldeanas, satélites de los centros; las especializaciones locales en ciertos oficios; los nuevos desarrollos tecnológicos e intelectuales, etcétera; son otros tantos rasgos que definen al nuevo periodo; y así mismo los amplios contactos e interrelaciones entre los pueblos y grupos permiten la transmisión de las ideas, de los productores materiales, de los estilos artísticos, que influyen y en muchos casos cambian el rumbo de algunas culturas.

En este periodo se desarrolla la civilización teotihuacana. El centro ceremonial, urbano y religioso, se planea sobre un eje norte-sur o Avenida de los Muertos, a cuyos lados se construyen los conjuntos de edificios para los nobles, jefes y sacerdotes, para la realización de los cultos y las funciones administrativas; se construyen espaciosas plazas para el mercado y las festividades religiosas que se llevan a cabo de acuerdo con un calendario; se levantan altares, adoratorios y templos para los dioses; se trazan redes de caños para el desagüe y se abren pozos para el abastecimiento del agua; a la vez que surgen los barrios residenciales y de artesanos, con bloques de construcciones compuestas de múltiples cuartos, y con calles y banquetas, mientras que en la periferia se acumulan las chozas para el pueblo.

En esa ciudad prospera la arquitectura monumental, dentro del estilo de talud y tablero; buena parte de los edificios se decoran con pinturas murales de

temas religiosos; se labran grandes esculturas de los dioses, mosaicos de piedra para las fachadas, pilas-tras y otras obras; se hacen delicadas máscaras funerarias, figurillas, vasos y ornamentos; en la alfarería se producen vasijas para el comercio, entre ellas los vasos trípodes decorados al champlé o pintados sobre estuco seco, lo mismo que la cerámica anaranjada delgada; los comerciantes viajan hasta lugares bastante alejados, acompañados de escoltas de guerreros, a través de rutas conocidas, trayendo plumas preciosas de quetzal y de otras aves, yugos lisos, conchas y caracoles marinos, pelotas de hule, tal vez cacao, cerámica zapoteca y maya, etcétera

La religión teotihuacana se vuelve politeísta, pues se rinde culto a Tláloc o dios de la lluvia, a Chalchiuhtlicue o diosa de las aguas, a Xipe o deidad de la primavera y los mantenimientos, a Huehuetotl o dios del fuego, a Quetzalpapatl, a un dios Gordo Costeño, etcétera; y la cultura teotihuacana influye sobre otros pueblos de Mesoamérica, especialmente de Oaxaca y de las tierras mayas, como se observa en Monte Albán, Kaminaljuyú y Tikal.

En la costa del golfo de México se desarrolla la cultura del centro de Veracruz, la cual se caracteriza por un estilo artístico a base de volutas, ganchos y entrelaces, patente en sus yugos, palmas, hachas y figuras sonrientes, como se ve especialmente en el Tajín, Veracruz; y en este gran centro ceremonial hay numerosos edificios decorados con nichos y grecas de piedra, juegos de pelota con tableros ornamentados con relieves, lápidas, esculturas, etcétera

Esta cultura influyó a su vez sobre otros pueblos, como se observa en Teotihuacán, Cholula, Xochicalco y varios lugares de la costa del Pacífico de Guatemala; y en esta parte se integra un nuevo estilo de volutas y entrelaces vegetales, aunado a una obsesión ofidiana, incorporando los yugos y las hachas a la decapitación de los jugadores de pelota, estilo que a su vez influirá sobre algunos sitios de la cultura maya en Yucatán.

Y también podría hablarse de la cultura de los centros o ciudades como Monte Albán, Xochicalco, Cholula, y muchos otros de Oaxaca, del Altiplano central, de la Huasteca y del occidente de México, regiones que alcanzaron en algunos puntos una situación similar; pero preferimos terminar esta ejemplificación con la región maya, en la cual florecían centros como Palenque, Bonampak, Yaxchilán, Piedra Negras, Tikal, Kaminaljuyú y muchos más.

Casi todos esos centros ceremoniales se sustentaban de aldeas y rancherías vecinas, ejerciendo el control sobre un territorio determinado, cuyo traspaso por otro centro podía causar un conflicto bélico —observable en las pinturas de Bonampak y Mul

Chic, o en estelas de Piedras Negras y otros sitios en que son comunes las representaciones de conquistas y jefes guerreros, esclavos, entre otros— y en ellos habían sacerdotes, jefes, comerciantes, artesanos campesinos, etcétera, constituyendo una sociedad con estamentos sociales. La sociedad era más bien de tipo teocrático, ya que aun el jefe o cacique principal era al mismo tiempo sacerdote, civil y guerrero, por lo cual en las estelas puede aparecer representado con una bolsa de copal o con una barra ceremonial (sacerdote) con escudo y lanza (jefe de la guerra) o con un cetro maniquí (jefe civil).

La arquitectura en esos centros alcanzó un gran desarrollo, dentro de estilos peculiares como el del Petén Guatemalteco y Campechano, el de Palenque, el de Río Bec, el del Usumacinta, Chenes y Puuc; a la vez que floreció al culto a las estelas con inscripciones calendáricas; la escultura en bulto y en bajorrelieve, tanto en dinteles, jambas y escalinatas como en las columnas y fachadas; el modelado en estuco; la pintura mural; y el tallado de delicados ornamentos en jade, entre ellos orejeras, placas pectorales, anillos, broches de cinturón, máscaras y otros objetos.

De hecho, la clase sacerdotal poseía los conocimientos de la época, especialmente astronómicos y matemáticos, lo mismo que el calendario y la escritura jeroglífica, la medicina herbolaria y la ingeniería; y así contaron con un sistema vigesimal por posición, con el correcto empleo del cero; elaboraron un calendario religioso de 260 días y un calendario solar de 365 días; calcularon las lunaciones y prepararon tablas para la predicción de los eclipses; computaron el ciclo venusino en 584 días; fijaron las fechas de los solsticios y de los equinoccios; hicieron observaciones sobre varias constelaciones; además utilizaron la columna y el arco falso o bóveda de piedra salediza, construyeron acueductos y caminos, juegos de pelota y arcos de entrada a las ciudades, tumbas de piedra y cámaras funerarias, etcétera

Los mayas crearon una religión politeísta, celebraban fiestas religiosas y días de mercado, intensificaron el comercio interno y foráneo; a la vez que recibieron influencias del centro de Veracruz, de Teotihuacán y de Xochicalco, influyendo al mismo tiempo sobre otros grupos y aún sobre esos sitios, con lo cual se mantenía el intercambio de ideas, experiencias y conocimientos en toda Mesoamérica.

Así, las altas culturas de México se derivaron del periodo de los centros ceremoniales, los cuales continuaron su desarrollo natural con un marcado incremento de todos sus aspectos: mayor densidad de población, marcada complejidad social, fuerte división de labor, comercio intensivo y mercado, concentración de excedentes económicos, cultivos por

irrigación de canales familiares, religión politeísta, etcétera; y la sociedad podía tener un carácter urbano o no, según la amplitud de los centros ceremoniales, por la existencia de algunos servicios públicos, por la formación de castas o grupos privilegiados que ostentaban el poder y la riqueza (nobles, sacerdotes, comerciantes, entre otros), por un sistema social jerárquico y por un jefe teocrático o señor; además de las relaciones entre centros y urbes, desarrollo de la escritura y el arte, conocimientos astronómicos.

Etapas de los pueblos y Estados militaristas

Se refiere a los tiempos en que grupos de individuos, ajenos a la producción de alimentos, se imponen a otros grupos por medio de la fuerza; y con ello surgen los tributos obligatorios, el ejército o policía, los centros fortificados, la fabricación de armas, etcétera, que conduce al Estado militarista en diversos grados.

A su vez, la consolidación del Estado se logra por la conquista de nuevos territorios; por la anexión de tierras, hombres y fuerza de trabajo; por el establecimiento de colonias que son explotadas. La conquista hace más ricos y poderosos a los gobernantes, que se convierten en herederos de los cargos, rodeados de una nobleza o aparato estatal en crecimiento.

Inclusive se llega al Estado imperialista, gobernado por un señor absoluto con cargo hereditario; la explotación se vuelve vertical y horizontal; los tributos se concentran en una sola ciudad o metrópoli y en una clase social; se tiende a la homogeneidad cultural de vastos territorios, casi a una nacionalidad; se inicia la propiedad privada de la tierra, se emprenden grandes obras públicas, arquitectónicas e hidráulicas; se dictan leyes y, en suma, se pasa a una nueva sociedad que se caracteriza por la producción artesanal, el comercio y los tributos por vivir en ciudades urbanas y por tener relaciones clasistas en desarrollo.

Periodo de las ciudades y señoríos militaristas 900-1250 d. C. Por los finales del periodo anterior se observan escenas de batallas, conquistas de lugares, obtención de prisioneros, castigo y sacrificios de los mismos; comerciantes que vigilan con escoltas de guerreros, el uso de armas ofensivas y defensivas, junto con otros aspectos bélicos, lo mismo en pinturas murales, como las de Bonampak y Mul Chic, que en estelas, dinteles y otras esculturas (Piedras Negras, Bonampak, Yaxchilán, La Mar, Seibal, entre otros) y aun en la cerámica (Teotihuacán, Tikal, Chama, etcétera); todo lo cual nos indica que varios centros y ciudades teocráticas inician el militarismo, relacionado con la expansión comercial, con la

posesión de tierras, con los límites de fronteras, con la migración de grupos y aún con la difusión de la religión y culto a Quetzalcóatl.

También, por esos tiempos los gobernantes-sacerdotes poseían el control de la sociedad, dictaban la religión y eran especialistas en astronomía, matemáticas, astrología, medicina, escritura, contabilidad, legislación, etcétera; los artesanos eran los productores de obras para los centros y el comercio; los artistas servían a la teocracia para el embellecimiento de las ciudades y para el disfrute de obras suntuarias; los comerciantes comenzaban a constituir una profesión productora de riqueza y de poder; los campesinos generaban los excedentes alimenticios y soportaban la carga de los trabajos público; o sea que en esas sociedades ya existía el germen de las clases sociales, la desigualdad de la población, una forma de vida productora de manufacturas para las actividades mercantiles, el monopolio de los centros y el urbanismo, rutas comerciales y verdaderos Estados, que habrían de pasar de un régimen teocrático a uno militarista.

Así, hacia 900 d.C., vemos como muchos de los pueblos teocráticos de entonces han entrado en la decadencia, en parte por el agotamiento de las tierras circunscritas a su territorio, en parte por el sistema conservador de los cultivos, además de factores como la proliferación de colonias religiosas y aldeas, alejamiento de las poblaciones tributarias, surgimiento de nuevos centros o focos de poder, migración de gentes y de artesanos, litigios de tierras, creación de nuevas religiones, etcétera, y todo ello contribuye a la extinción de las grandes civilizaciones teocráticas, al despoblamiento de varios lugares, a la migración de grupos y a la oportunidad de que algunos de ellos, con ímpetu guerreros, reorienten a la cultura y creen nuevos pueblos y sociedades.

En este sentido, el periodo siguiente se caracteriza por la extinción de muchos centros ceremoniales y urbanos, por la movilidad o migración de varios grupos que en algunos casos se consignan en las fuentes históricas (toltecas, olmecas-xicalancas y nonoalcas, itzaes, xiues, quichés, entre otros), por la integración de nuevos linajes y pueblos que heredan parte de la tradición cultural existente y la religión del dios Quetzalcóatl, por los conocimientos de la metalurgia, de la cerámica plomiza tohil, etcétera; o sea que ahora se van formando pueblos o sociedades que sojuzgan a otras poblaciones, a efecto de integrar centros rectores más amplios, a manera de señoríos y Estados militaristas, los cuales van desarrollando una organización social y política más compleja, un aparato estatal con funciones específicas y jerarquizadas, una nueva religión y una más profunda división social, todo ello basado en el militarismo, en la

conquista de territorios, en la fuerza de trabajo obligado y en la tributación.

Así, los toltecas dominan y organizan a varios grupos aldeanos que se encuentran por la vecindad de Tula, Hidalgo; fundan allí su capital, construyendo primero pobres estructuras de adobe y lajas, pero después edificios más ricos con columnas serpentinas, pilastras, banquetas, chacmoles, colosos, etcétera, cuya inspiración vino de Chichén Itzá, Yucatán; mantienen luchas con los pueblos vecinos, como por ejemplo contra Cholula, de donde desalojaron a los olmecas históricos; colonizan lugares de varias regiones, entre ellas de Chiapas y Guatemala; adoptan el culto a Quetzalcóatl, introducido por Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl o sacerdote de esa deidad, tal como se nombraban; y también inician el estilo de los templos circulares-rectangulares y de los altares decorados con calaveras (tzompantlis), como se ve en El Corral, lo mismo que los muros decorados con serpientes (coatepantlis) y ciertas deidades, que heredan los mexicas.

En la región maya, principalmente en la península de Yucatán, se observa como los xiues ocupan Uxmal, introduciendo el culto a Kukulcán (Quetzalcóatl), que modifica a algunos edificios y da lugar a la construcción de otros; en tanto que los itzaes conquistan Chichén, llevan también el culto a Kukulcán y contribuyen a crear un nuevo estilo arquitectónico y escultórico, que podríamos llamar “maya-yucateco”, en el cual hay relieves con representaciones de jugadores de pelota decapitados, de guerreros con escudos y lanzadardos, del dios Kukulcán, de jaguares y de águilas o zopilotes reales, lo mismo que banquetas, columnas y pilastras serpentinas, chacmoles, atlantes, pinturas murales de batallas y otros temas relacionados con la guerra. Durante el auge de este estilo es cuando se refleja en Tula, Hidalgo, llevado por artesanos de Chichén Itzá.

Y también, durante este periodo la religión maya se vuelve politeísta; se van haciendo comunes los sacrificios humanos, entre ellos la práctica de arrojar víctimas al Cenote Sagrado de Chichén Itzá; las ciudades se van rodeando de un muro defensivo, a manera de ciudadelas fortificadas; se establecen alianzas como la llamada Liga de Mayapán, y se instituye un gobierno en el que el señor principal o cacique es al mismo tiempo el jefe de la guerra, el sumo sacerdote y el mercader más rico, cargo que se hace hereditario.

Periodo de los señoríos y metrópolis imperialistas: 1250-1521 d.C. El paulatino desarrollo del militarismo crea cacicazgos o señoríos y alianzas entre los pueblos, provincias y Estados; ensaya la organización política confederada; trata de lograr

una verdadera unidad política, casi diríamos nacional en algunos territorios, con tendencias imperia- listas; y a ello se asocia el urbanismo en gran escala, el sistema económico de producción con especialistas de tiempo completo, el comercio intensivo y la tributación, los centros nucleados o populosos, la población concentrada y especializada económicamente, la explotación mayor de los recursos materiales y humanos, los cambios en las relaciones de propiedad y en la administración, las reglas o leyes judiciales, tal vez la esclavitud y otros factores.

Los guerreros se convierten en la clase dominante, adquieren grandes territorios por la expansión militar o conquista; establecen colonias de mercaderes y factorías con destacamentos militares; retienen los lugares conquistados por el nombramiento de jefes o caciques familiares; los comerciantes más ricos son los mismos jefes que gobiernan a las capitales provinciales; y se crean ciudades-Estados como centros de integración territorial, casi provincias con límites fronterizos, tendientes a la secularización y al Estado imperialista.

A este nuevo periodo y tipo de sociedad se ligán elementos culturales como el regadío intensivo y otras obras hidráulicas; construcción de ciudades amuralladas y fortificaciones; caminos y calzadas; códices, literatura, poesía y conocimientos geográficos e históricos que sobrevivieron hasta los primeros años de la Conquista; lo mismo que la metalurgia avanzada; rutas terrestres y marítimas para el comercio; artículos que hacían el papel de moneda; religión compleja y jerarquizada; nuevas artesanías y estilos artísticos; educación institucionalizada y, en suma, un alto grado de cultura y organización.

En la región maya, lugares como Mayapán, Ixamal, Tulum y otros centros, revelan esa situación; se establecen las casas reinantes de los cocomes, xiues, cheles, itzaes, peches, canules y otros más, los cuales gobiernan sobre provincias constituidas por aldeas, rancherías y pequeños centros ceremoniales en los que mandan familiares de esos señores; se contratan soldados mercenarios para la guerra, inclusive mexicas, y se trata de mantener el control de los productos y recursos de esos amplios territorios por las armas. Lo anterior explica por qué a la llegada de los españoles el territorio de la península de Yucatán estuviera dividida en provincias o cacicazgos importantes.

Y también podría hablarse de los mixtecas que bajaron de la sierra para conquistar a varios centros zapotecas de los ricos valles de Oaxaca, y que en no pocas ocasiones se unieron entre sí para combatir a la penetración Mexica y aun a la española, y que se convirtieron en habilidosos orfebres, pintores de códices, talladores del alabastro y del cristal de roca, experi-

mentados ceramistas y talladores del hueso y la madera; o de los tarascos de Michoacán, que llevaron sus conquistas hasta Colima y Jalisco, a Guerrero y el Estado de México, con objeto de controlar los recursos de ese territorio y defenderse de la expansión Mexica.

En el caso de la cultura mexicana, que por ser ampliamente conocida no trataremos, basta señalar su disposición para la guerra, su condición de pueblo elegido por el Sol, el enorme territorio conquistado en menos de dos siglos, la existencia de órdenes militares, como la de los caballeros águilas y tigres, el adiestramiento en las escuelas para el servicio militar y el aspecto de la guerra florida para la obtención de víctimas destinadas al sacrificio y a la esclavitud; lo mismo que el establecimiento de alianzas militares, la imposición de tributos a los pueblos conquistados, la existencia de un señor o tlatoani con cargo hereditario, un dios de la guerra, y la repartición de la tierra conquistada entre sus capitanes más distinguidos, en calidad de propiedad privada.

En otras palabras, en este periodo se llega a la consolidación de Estados poderosos por la conquista y la guerra, con anexión de tierras y hombres en un vasto territorio que pasa a ser propiedad de un señor o cacique principal, con cargo hereditario; y a ello se asocia cierto colonialismo de Estado, concentración de los tributos en los centros-capitales, reservas para el sostenimiento de un ejército permanente o temporal, y también la tendencia a homogeneizar la cultura, a la propiedad privada, y al engrandecimiento y embellecimiento de las ciudades o metrópolis, en donde se concentra una heterogénea población siempre en aumento, diversificada y estratificada socialmente.

Resumen

En el modelo de evolución sociocultural aquí propuesto es lógico advertir que grupos de vida recolectora-cazadora pudieron existir hasta los tiempos de la conquista española, excepto aquellos dependientes de una flora y fauna pleistocénica; que lo mismo aconteció con las aldeas, centros y ciudades, que una vez iniciadas continuaron hasta la etapa militarista; que la sociedad y cultura en abstracto se fue desarrollando de formas sencillas a formas complejas, a través de varios cambios fundamentales; y así la época de apropiación de alimentos marca la existencia de grupos recolectores y cazadores que se ajustaron a una vida trashumante o nómada; a una economía de apropiación o recolecta; que vivían temporalmente en cuevas, abrigos o campamentos al aire libre; que dependían de los recursos vegetales y animales de vastos territorios, considerados como propiedad colectiva; y que los bienes obtenidos eran repartidos

entre todos los miembros de las bandas, guiados por los hombres de más experiencia o prestigio.

Con el tiempo, varias de estas bandas se fueron agrupando en unidades mayores; dependieron más de la recolección de vegetales; desembocaron a la agricultura incipiente; pero todavía lo obtenido era redistribuido equitativamente entre los miembros que constituían el grupo, o sea que seguían siendo autosuficientes y autónomos.

Al iniciarse la época de producción de alimentos los agrícolas incipientes van dando lugar a los campesinos aldeanos, los cuales cultivan las tierras necesarias para su subsistencia, consideradas dentro de un territorio perteneciente a la comunidad; y éstos viven en chozas de materiales perecederos, combinan su tiempo con algunos oficios familiares, realizan trueques y desarrollan una economía basada en la agricultura, caza, pesca y recolección, consumiendo la colectividad todo lo que producen, sin observarse todavía la explotación del hombre por el hombre.

Pero dentro de la sociedad aldeana surgen los hechiceros, magos o chamanes que comienzan a dirigir al resto de la comunidad por sus prácticas mágicas, por constituirse en los intermediarios entre el hombre y las fuerzas sobrenaturales; y con ello va surgiendo también la necesidad de ciertos excedentes económicos para el sostenimiento de dichos brujos, para pagar sus servicios y tal vez para el desarrollo de las festividades y rituales.

Así, estos hechiceros o chamanes comienzan a constituir un grupo o casta que desemboca en los primeros sacerdotes, los cuales se basan en la religión como factor de dominio y poder, que crean dioses y cultos a manera de especialistas intelectuales; y con ello se desenvuelven los primeros centros ceremoniales, la arquitectura religiosa y las imágenes, para lo cual es necesario extraer mayores excedentes económicos, tanto en productos como en mano de obra, de las aldeas rurales que reconocen al centro como cabecera.

Las aldeas rurales continúan cultivando las tierras comunales, pero tienen que tributar alimentos, materia prima y mano de obra para el engrandecimiento y del centro y de los que allí residen, es decir, para especialistas no productores de alimentos; la producción agrícola tiene que intensificarse por medio del terracedo y de sencillos canales de irrigación; se incrementan los intercambios de materias primas y algunos objetos suntuarios que comienzan a demandar la casta o grupo en el poder; y se va afianzando un régimen teocrático que marca la desigualdad entre los hombres campesinos y especialistas urbanos o de los centros cuya situación explotadora se agudiza con el tiempo.

Así, varios centros ceremoniales se van transformando en ciudades urbanas, en las cuales proliferan los artesanos, artistas, burócratas y dirigentes de la sociedad; se incrementa el número de dioses, cultos y festividades; se impulsan las artes y los conocimientos intelectuales —arquitectura, escultura, pintura, astronomía, matemáticas, calendario, etcétera— y al mismo tiempo hay mayores demandas de excedentes económicos, comenzando la pauperización del pueblo sujeto a la ciudad; se intensifican los intercambios foráneos y se van desarrollando los mercados o tianguis, a la vez que la concentración de poblaciones y demografía aldeana van planteando problemas de subsistencia y tierras en el ámbito gobernado por la teocracia, que en algunos casos eran Estados en potencia con algunas colonias basadas en la fe religiosa.

Las contradicciones entre el campesino y la ciudad se van agudizando; los señores y gobernantes teocráticos se rodean cada vez más de un aparato burocrático que demanda crecientes excedentes económicos, dados por una incipiente producción artesanal; se necesitan más tierras y más objetos suntuarios para la clase en el poder, a través de intercambios foráneos; y ello va conduciendo a la existencia de un grupo que controlará la producción de productos artesanales y mercaderías, que harán del comercio una profesión lucrativa, aunque controlada por el Estado o clase gobernante.

Estos comerciantes se acompañan de una escolta para sus contrataciones en lugares alejados, viajan a través de rutas establecidas, comienzan a servir ciertos productos u objetos como moneda, surgen los caminos y mercados; a la vez que hay pleitos de tierras y fronteras, luchas civiles y batallas, conquistas de lugares, integración de señoríos, introducción de nuevos cultos y deidades, migraciones de grupos, etcétera, que desembocan en el militarismo.

Ahora la sociedad es gobernada por los militares y guerreros apoyados en la teocracia; la tierra comienza a ser controlada por el Estado o los señores, a ser repartida entre las comunidades y la clase gobernante; se impone el tributo obligatorio por las armas; se realizan conquistas y guerras para obtener tributos y tierras que pasan a ser propiedad privada de algunos nobles y señores; se desarrolla el comercio; se intensifica la agricultura mediante obras de regadío, chinampas, etcétera. La situación se acompaña de ciudades fortificadas, de alianzas militares, de leyes, de tributos obligados a los pueblos conquistados, de imposición de lengua y costumbres, entre otros cambios; o sea que se llega a un periodo imperialista con el predominio de una ciudad metrópoli de donde se gobierna un vasto territorio y en donde se concentran los tributos de las colonias, en donde hay una

clase social que explota al resto del pueblo, una desigualdad social y económica marcada, así como una incipiente economía mercantil que se ve truncada por la conquista española.

Esta evolución sociocultural así resumida no puede visualizarse en un cuadro cronológico cultural de tipo horizontal, es decir, encasillando a las fases y periodos locales de los arqueólogos simplemente en relación temporal y dentro de rubros como Preclásico, Clásico y Postclásico, pues no dan el verdadero sentido de la dinámica o evolución de las sociedades y culturas estudiadas; por lo cual aquí también seguimos un cuadro de tipo vertical o abierto, en el que la división de periodos marcan en la izquierda el desarrollo y cronología en abstracto, mientras que las fases establecidas por los arqueólogos quedan en columnas abiertas y van marcando a las distintas sociedades y grupos que se desarrollaron en el tiempo o históricamente.

Así, por ejemplo, los grupos nómadas de cazadores y recolectores de tiempos pleistocénicos quedan en la parte inferior de una columna, que puede incluir temporalmente a otros grupos semejantes, excepto dependientes de megafauna; las comunidades aldeanas quedan más altas y también en otra columna que puede dar cabida a otras aldeas posteriores, y así consecutivamente; cuadro que puede mostrar simultáneamente la aparición y coexistencia de las varias formas de vida, sociedades y culturas que se desarrollaron en México o Mesoamérica.

Y creemos también que este modelo puede ser adoptado por los estudiosos de otras áreas arqueológicas, ajustando las fechas y nomenclatura a sus investigaciones, o tomándolo como aquí lo proponemos; ya que, por ejemplo, si tomamos la evolución del área andina, nos encontramos con un inicio de poblamiento que ocurre hacia 20000 a. C., con grupos que poseían una industria lítica poco diferenciada; una evolución gradual de los cazadores y recolectores; la emergencia de los cultivadores hacia 5500 a. C.; un periodo aldeano con la introducción de la cerámica; la aparición de los centros ceremoniales con un auge escultórico como los olmecas y los chavín, aunque en Perú se desarrolla más el regadío y la metalurgia; un periodo de las sociedades teocráticas que impulsan la civilización, aunque en México se desarrollan los conocimientos calendáricos, astronómicos, matemáticos y la escritura en piedra; un periodo transicional en que se comienza a manifestar el militarismo (Teotihuacán, mayas, Nazca, Moche); un periodo preimperialista en que surgen los personajes mitológicos o legendarios y fundadores de reinos. (toltecas, quichés, itzaes, huaris, tiahuanacos), aunque en Perú aparece el bronce y en México se introduce la metalurgia; y un periodo imperialista (mexicas, tarascos, chimú, incas), en que con ligeras variantes se llega a la consolidación de imperios prehispánicos. La misma conquista española ocurre casi simultáneamente.

Estudios estratigráficos en el sitio arqueológico de Acozac, 1973

I. Obtención del material arqueológico

El sitio arqueológico Acozac se localiza en el actual fraccionamiento de Acozac, en la parte oriental del valle de México, cercano a la carretera vieja de Puebla, dentro del municipio de Ixtapaluca, Estado de México. Este sitio está asentado sobre una de las colinas de un macizo montañoso secundario y primario que debe su origen de formación tectónica a la actividad volcánica en el valle de México y es conocido por los pobladores de aquella región como Ixtapaluca Viejo. Fueron los arqueólogos norteamericanos Nicholson y Grove quienes por primera vez hicieron un estudio estratigráfico en la zona central del sitio y analizaron en el informe presentado en 1964 al Departamento de Monumentos Prehispánicos, INAH, la supuesta distribución y forma de los edificios más importantes.

El arqueólogo Eduardo Contreras exploró y reconstruyó recientemente, con la ayuda del INAH y la fraccionadora, algunos de los edificios, como son: la pirámide circular, el palacio, algunos altares y la parte inferior de la pirámide principal.

Durante la temporada de exploración arquitectónica del sitio, un equipo de varios pasantes de arqueología, entre ellos el señor Gilberto Hernández, la señorita Magdalena Herrera y la señora Margarita Treviño, bajo mi supervisión, se dedicó a la exploración estratigráfica del sitio y, como se puede notar en el croquis topográfico (fig. 1), tratase de una región con relieve accidentado.

Escogimos tres zonas que según nuestro criterio podrían ser sintomáticas para la estratificación social del sitio y sus alrededores inmediatos, los pozos 1 y 2 representan en este esquema la zona de producción primaria, es decir, la población dedicada al cultivo de plantas domésticas; los pozos 3 y 4 marcan la zona habitacional ligada a las funciones básicas del centro, y los pozos 5 y 6 están dentro de la zona central o monumental donde encontramos los edificios dedicados al culto y a la administración cívica.

¿Por qué la distancia relativamente grande entre los pozos 3-4 y 1-2? La razón está en la pendiente tan marcada de tal manera que la profundidad de una probable estratigrafía cultural es mínima, igual que la seguridad de encontrar algún material *in situ*, debido a los agentes de erosión pluvial que ejercen con toda libertad la fuerza física sobre la superficie casi totalmente erosionada. La única resistencia a la erosión pluvial es el escaso pasto, pero domina la superficie totalmente descubierta.

Toda la ladera sureste y en parte la norte fue ocupada por la población, que se puede considerar integrante del sitio Acozac; ello muestra la gran cantidad de pequeñas plataformas para casas-habitación. En la parte baja cercana al lago de Chalco debemos suponer que estaban los campos de cultivos de aquella población.

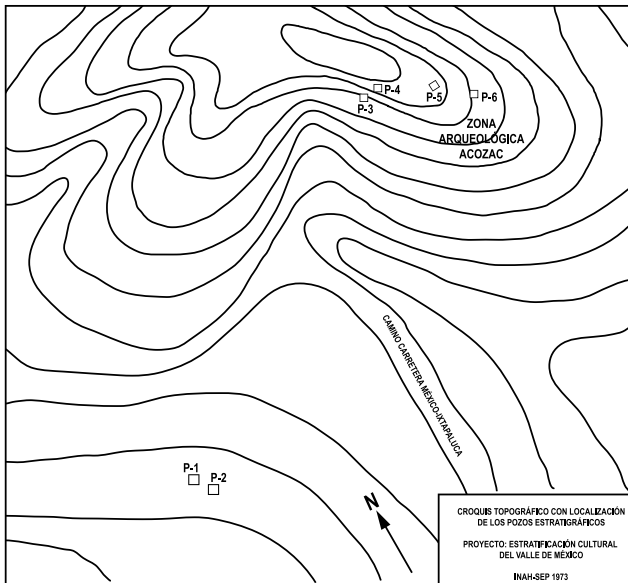


Fig. 1

Estratificación

La estratificación en lo que se refiere a las capas naturales tiene un gran parecido en sus aspectos de color y textura (figs 2-5). Por regla general podemos decir que en la capa I, correspondiente a la capa vegetal, contamos con materiales de color negro, negruzco o café oscuro, algo compacto; mientras hacia las capas inferiores encontramos tierras más bien sueltas de color café claro hasta amarillento.

La capa V generalmente está representada por un sedimento volcánico, que conocemos en el valle de México como tepetate y que es cultural estéril. Sólo en el caso del pozo 3 contamos con cuatro capas estratigráficas aparte de la capa formada por el tepetate. El pozo 6 (fig. 5) sólo tiene capas naturales.

En los pozos 2 y 3 (figs. 2 y 3) aparecen en la capa IV y III, respectivamente, muchas piedras redondeadas en una matriz de tierra suelta. El pozo 3, como elemento diferencial, muestra lentes de cenizas volcánicas en la capa III. El pozo 5 (fig. 4) contiene como única excepción una subestructura arquitectónica que consiste en un macizo de piedras volcánicas de la región con formas naturales, unidas entre sí por una mezcla de materiales más finos, y las piedras que se encuentran en las capas I y II del pozo 5 (fig. 4) no deben su origen a procesos naturales sino son el escombros de la estructura arquitectónica.

Aun tomando en cuenta las características específicas de cada pozo estratigráfico, podemos establecer la norma de que los pozos se parecen en lo que se refiere a la secuencia de las capas naturales en los aspectos de color y textura y pueden variar en el grosor de las capas y la diferenciación entre ellos en la zona de contacto.

1. Pozo 1 y 2: de cultivo
2. Pozo 4 y 3: habitacional
3. Pozo 6 y 7: central cívica-religiosa

II. Manejo del material arqueológico

Descripción de la cerámica

La clasificación de la cerámica se realizó distinguiendo tres grandes grupos por sus características generales: El primer grupo (1) reúne toda la cerámica que podíamos señalar con el calificativo doméstico. Son cerámicas burdas, de acabados sencillos como el alisado, toscos en sus formas, y de un desgrasante grueso generalmente. El segundo grupo, igualmente como el tercero, reúne cerámicas que convencionalmente se llaman “diagnósticas”, ya que por su elaboración y su gran cantidad de características específicas y modales son útiles para distinguir fácilmente una cerámica de otra. Se dividió este grupo cerámico en dos porque existe una marcada diferencia básica entre ellos. El segundo grupo cerámico reúne a todas las cerámicas anaranjadas con o sin decoración negra, mientras el tercero reúne a todas las cerámicas policromas sobre fondos rojos o anaranjados. Hay que señalar en este contexto que la cerámica policroma sobre fondo anaranjado pintado marca una fuerte relación con los tipos cholultecas, mientras las del fondo rojo pintado se identifican dentro de las cerámicas policromas texcocanas.

Por sus características específicas cada grupo se subdivide en unidades, que hemos llamado tipos. Tanto los grupos como los tipos deben su origen a un sistema clasificatorio que respeta tanto conceptos taxonómicos como tipológicos y en el cual la unidad básica son todos los tiestos que guardan un alto porcentaje de similitud entre sí. El manejo parte de la totalidad del material cerámico y agrupa al final del proceso la cerámica por capas y tipos.

Grupo: 1

Tipo 1A: Pasta anaranjada, color anaranjado rojizo en la superficie, la textura semicompacta, cocido en un ambiente oxidante, desgrasante de arenas y cuarzos muy angulosos de grano mediano, alisado en la superficie con un baño del mismo barro. Las paredes en su grosor varían entre 2.8 y 9 mm; las formas más frecuentes son ollas (fig. 6: a, b, c, d, e, f, g) cajetes de fondo plano, asas agarraderas, platos trípodes. Este tipo es el más abundante en el sitio (fig. 7: a, b, c, d).

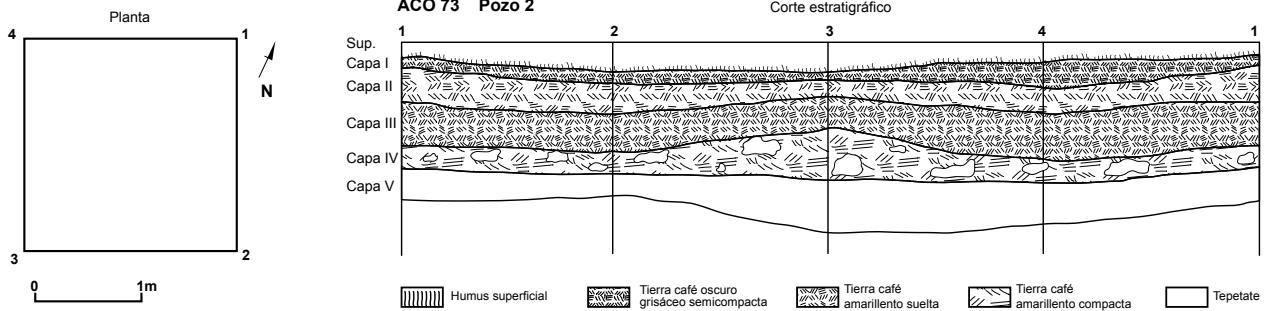


Fig. 2

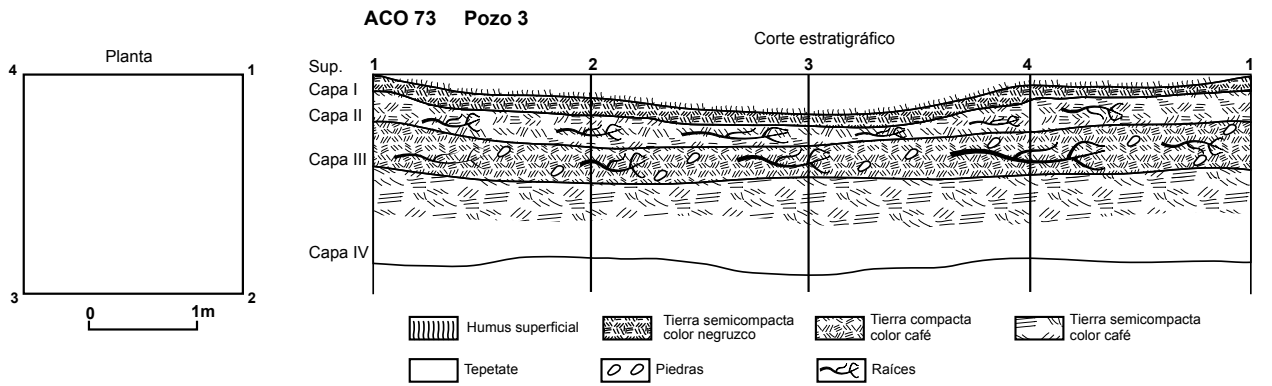


Fig. 3

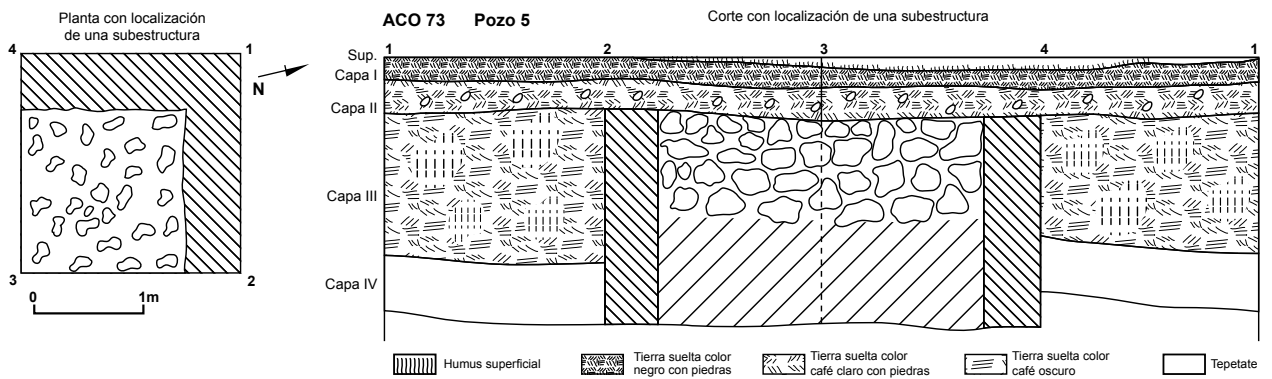


Fig. 4

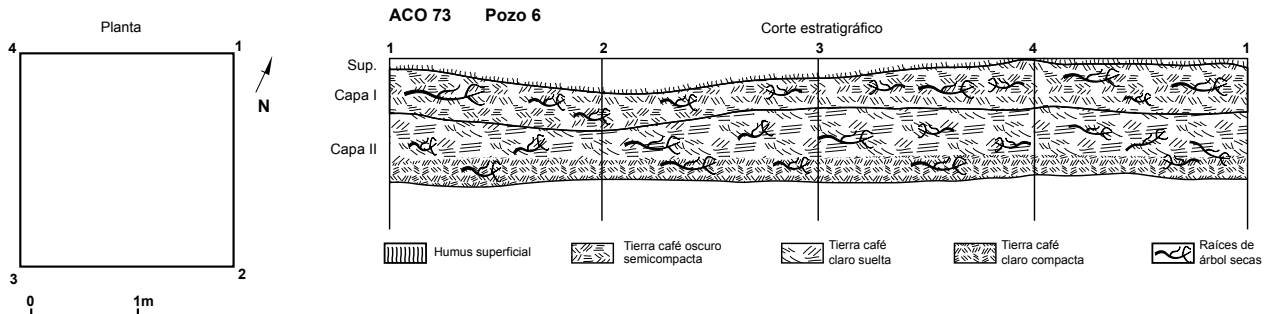


Fig. 5

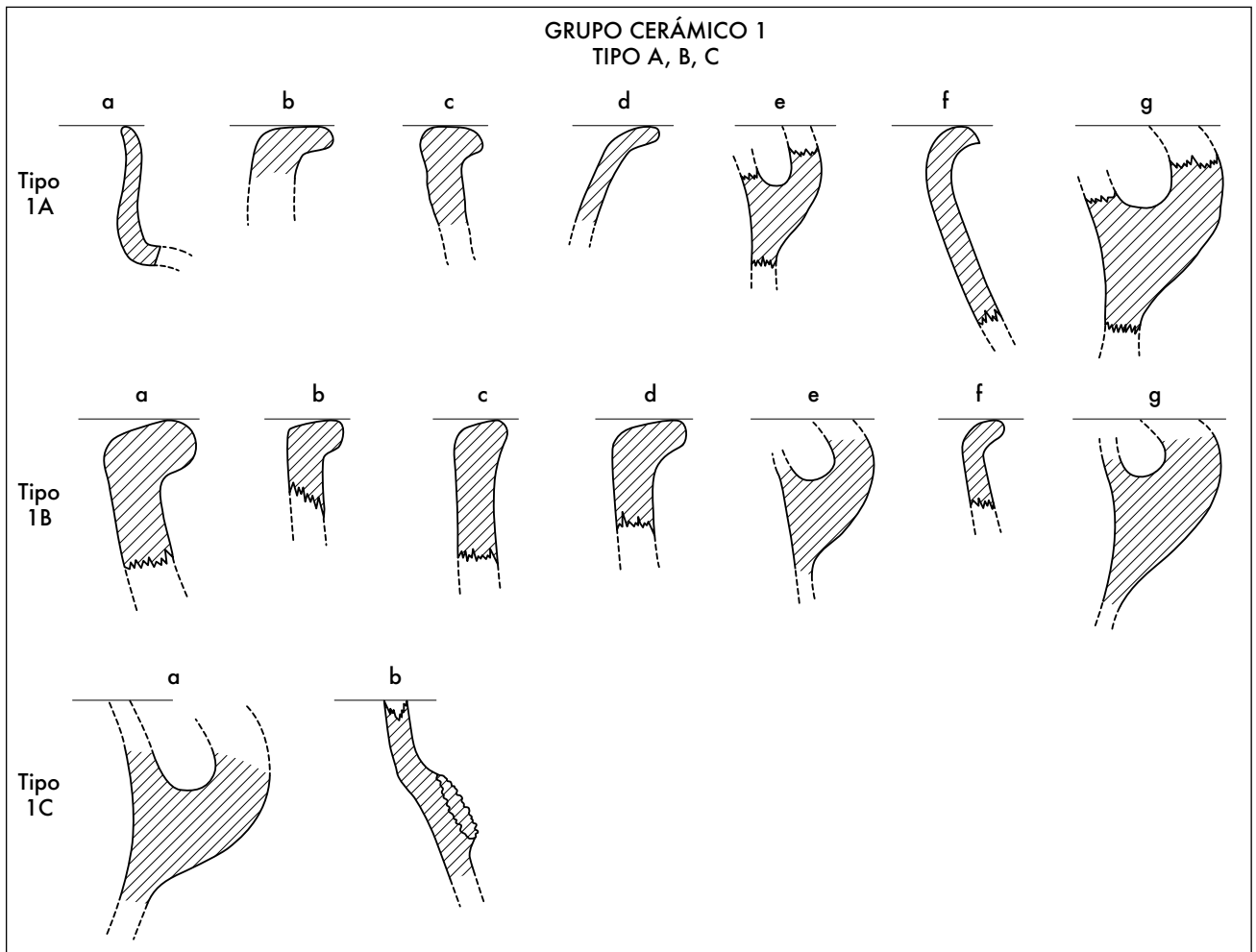


Fig. 6

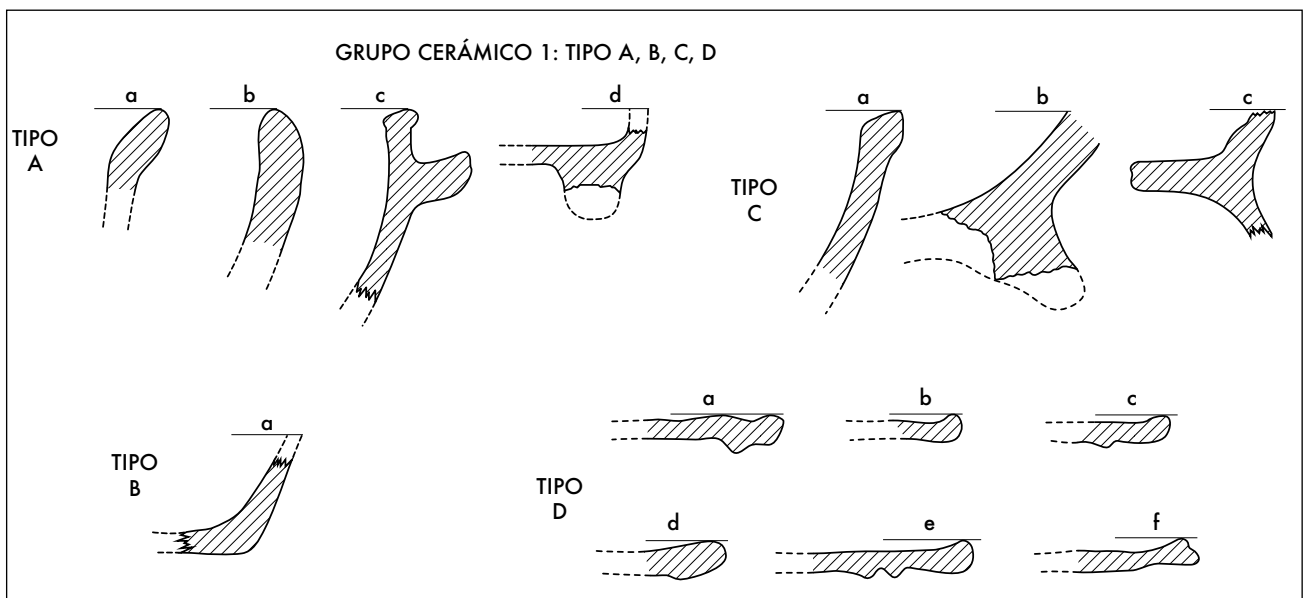


Fig. 7

Tipo 1B: Pasta anaranjada, color negruzco en la superficie, semicompacta porosa, oxidación incompleta, desgrasante: fibras vegetales, cuarzos angulosos, arenas redondeadas y subangulares, ceniza volcánica, grano mediano. Las paredes varían en su grosor entre 2.2 y 5 mm. Las formas más frecuentes son ollas sencillas con asas (fig. 6: a, b, c, d, e) y cajetes de fondo plano (fig. 7: a). Es el segundo tipo en frecuencia en el sitio.

Tipo 1C: Pasta anaranjada, anaranjado rojizo en la superficie semicompacta, desgrasante: de cenizas volcánicas, cuarzo (abundancia), obsidiana, angulosas de grano mediano; cocido en ambiente oxidante, a veces incompacto. El grosor de las paredes puede variar entre 2.4 y 6 mm, alisado en la superficie (un tiesto con restos de cal). Las formas más frecuentes son ollas con agarraderas (fig. 6: a, b) y cajetes sencillos y trípodes (fig. 7: a, b, c).

Tipo 1D: Pasta anaranjada, superficie interior anaranjada y exterior negruzca (ahumada): semicompacta; oxidación completa e incompleta, desgrasante: cenizas volcánicas, cuarzos, arenas finas y muy finas de formas muy angulosas. Acabado: alisado y escobillado (exterior) y alisado fino y pulido ocasionalmente en el interior. El grosor puede variar entre 12.1 y 4.3 mm. Este tipo se define por su forma particular de comal (fig. 7: a, b, c, d, e, f).

Tipo 1E: Pasta anaranjada, negruzco o rojizo oscuro ahumado en la superficie; textura porosa; desgrasante: vidrios volcánicos (obsidiana), cuarzos y arenas de grano mediano; oxidación completa; alisado burdo en la superficie exterior con escobillado, la superficie interior lleva un baño de color negruzco o rojizo alisado y a veces con algún pulimento. El grosor de las paredes varía entre 11.2 y 4.3 mm. La forma típica y exclusiva son comales. Este tipo se diferencia del tipo 1D por el acabado negruzco o rojizo en el interior de la pieza (fig. 8).

Tipo 1F: (cerámica con baño blanco en la superficie interior o exterior). Pasta anaranjada; blanco en la superficie interna o externa, compacta y semicompacta, desgrasante de vidrio volcánico y cuarzos de grano fino o mediano de formas angulosas; cocido en un ambiente oxidante y alisado en la superficie. Las paredes varían en su grosor entre 11.7 y 6 mm. La técnica decorativa consiste en la aplicación de una pintura blanca. Las formas principales son cajetes sencillos y de fondo plano (fig. 9: a, b, c).

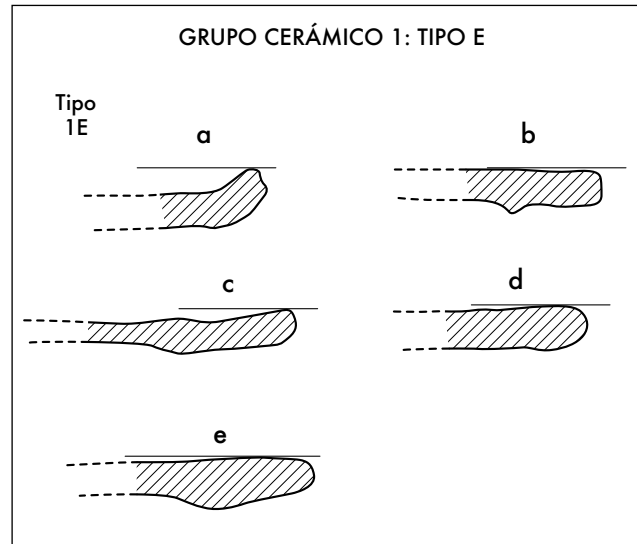


Fig. 8

Tipo 1G: Pasta anaranjada, “plomizo” en la superficie; semicompacta porosa, desgrasante: abundancia de ceniza volcánica y también minerales de cuarzo grano mediano y formas angulosas; oxidación completa. Paredes entre 13 y 6.4 mm; superficie pulida, formas principales: ollas (fig. 10: a, b) y cuencas (fig. 9: a, b).

Tipo 1H: Pasta anaranjada, superficie anaranjado rojizo y pulido, textura muy compacta, desgrasante: cuarzos, vidrio volcánico y arenas de grano muy fino y formas angulosas; oxidación completa. Paredes: de 8.4 a 4.3 mm. Formas: abiertas como cuenca y cajetes (fig. 9: a, b).

Tipo 1I: Pasta anaranjada, superficie grisácea y pulida, textura compacta; oxidación completa e incompleta; desgrasante: cuarzos y obsidianas de grano fino y anguloso y fibras vegetales; Formas: cajetes sencillos de fondo plano (fig. 9: a, b, c, d) y ollas (fig. 10: a)

Tipo 1J: Pasta anaranjada, superficie rojo o café pulido con palillo; textura compacta, oxidación generalmente incompleta, desgrasante: obsidianas y cuarzos de tamaño fino y mediano y formas angulosas. Paredes: de 1 a 4.3 mm. Formas: cajetes de fondo plano con soportes cónicos y alargados (fig. 15: a, b) y ollas de cuello recto y divergente (fig. 10: a, c).

Tipo 1L: Pasta anaranjada, superficie rojiza pulida en el exterior y alisada en el interior; textura compacta, oxidación completa; desgrasante: obsidiana y cuarzos de grano fino y anguloso. Paredes: 13 a 5 mm. Formas: ollas y asas (fig. 10: a, b, c) y vasijas abiertas (fig. 11).

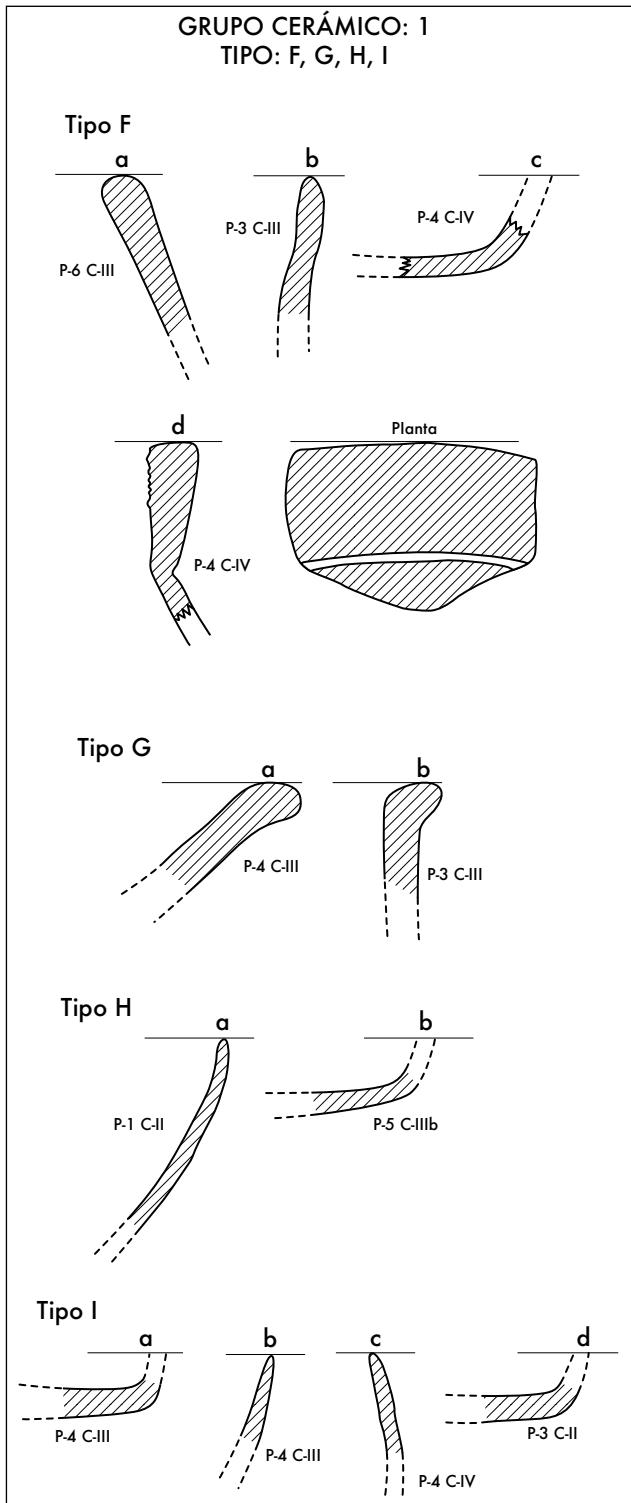


Fig. 9

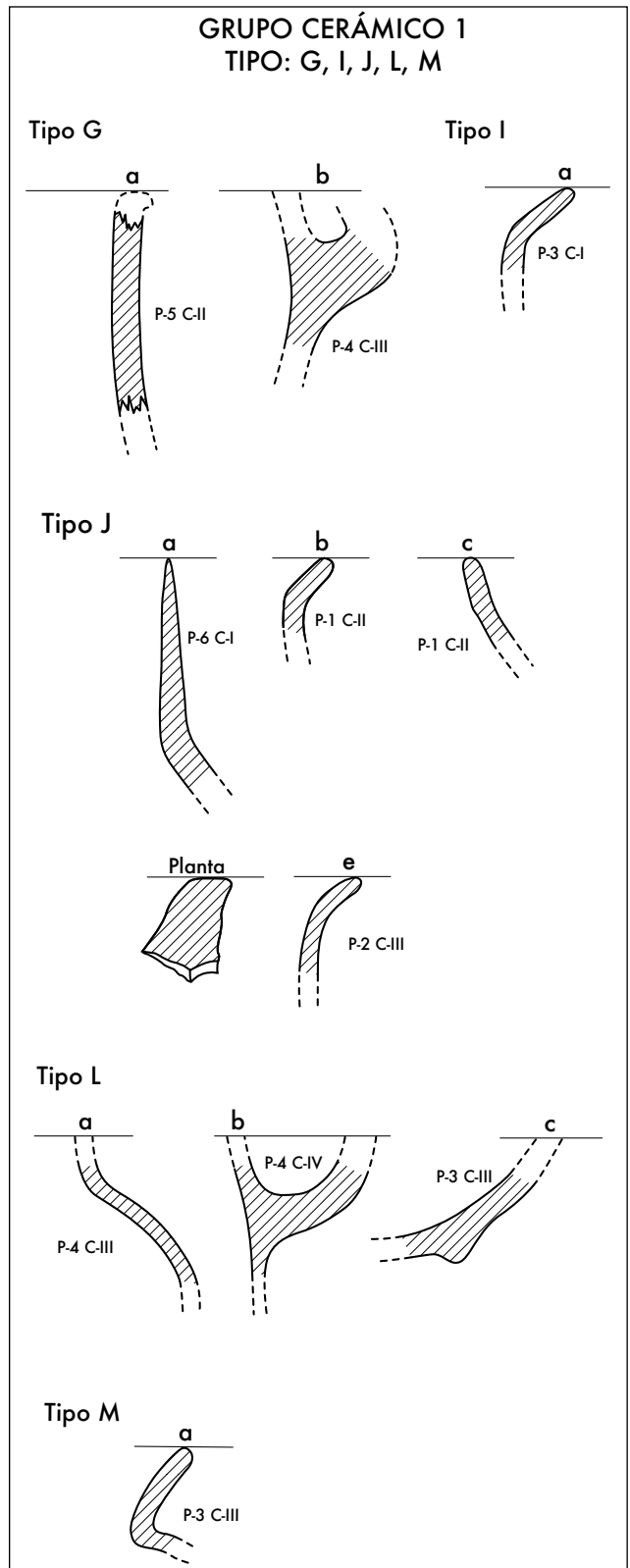


Fig. 10

Tipo 1M: Pasta anaranjada; superficie anaranjada es-cobillada ocasionalmente, presenta algún pulimento en forma rudimentaria por palillos, textura compacta, oxidación completa, desengrasante: obsidiana y cuarzo de grano fino y anguloso. Paredes: de 8.4 a 4.5 mm. Formas: cajetes sencillos y de fondo plano (fig. 11: 1-4) y pequeñas ollas (fig. 10: a).

Tipo 2A: Pasta anaranjada, superficie anaranjada, pulido y pintado (negro sobre anaranjado); textura compacta, cocción completa y semicompleta; desgrasante: obsidiana, cuarzos y arenas de grano muy fino y anguloso; motivos geométricos (fig. 12 y 13: 1-5) formas abiertas (fig. 12 y 13: 1-5) platos, cuencos, molcajetes, bordes rectos y curvos, divergentes y convergentes, vasijas trípodes con soportes almenados y rectangulares.

Tipo 2B: Pasta anaranjada; superficie pintada café sobre crema; textura compacta; cocción completa en un ambiente oxidante; desengrasante: obsidiana y cuarzos de grano fino: grosor de las paredes de 4.3 a 8.2 mm, motivos geométricos; formas: cuencos (fig. 14: 1-3) y ollas.

Tipo 3A: Pasta grisácea, superficie roja pintada, pulido y bruñido; textura compacta, oxidación incompleta; desgrasante: obsidiana y cuarzos, arenas finas y fibras vegetales; grosor de las paredes de 4.5 a 6.3 mm; formas abiertas: cajetes sencillos de soportes cónicos y cuencos sencillos (fig. 14: 1), cerradas: ollas con cuellos divergentes (fig. 15: a, b).

Tipo 3B: Pasta grisácea, superficie rojo pintado sobre anaranjado pulido; textura compacta; oxidación incompleta; desgrasante: obsidiana y cuarzos de grano muy fino; grosor de las paredes entre 9 y 4.1 mm; técnica de decoración: pintado y esgrafiado; motivos geométricos (líneas y bandas circulares, verticales, horizontales y diagonales) (fig. 14 y 15) formas abiertas: cuencos de fondo cóncavo y plano (fig. 14: 1-5); y ollas (fig. 15: a).

Tipo 3C: Pasta grisácea, superficie pintada, pulida y bruñida; textura semicomcompacta; oxidación incompleta; desgrasante: obsidiana, cuarzo y arenas finas de contornos subangulares; decoración policroma negro y rojo sobre anaranjado; motivos (fig. 16: a-f) geométricos y simbólicos (xicalcolihquis-ganchos) formas abiertas (fig. 16: a-f), cuencos sencillos, platos

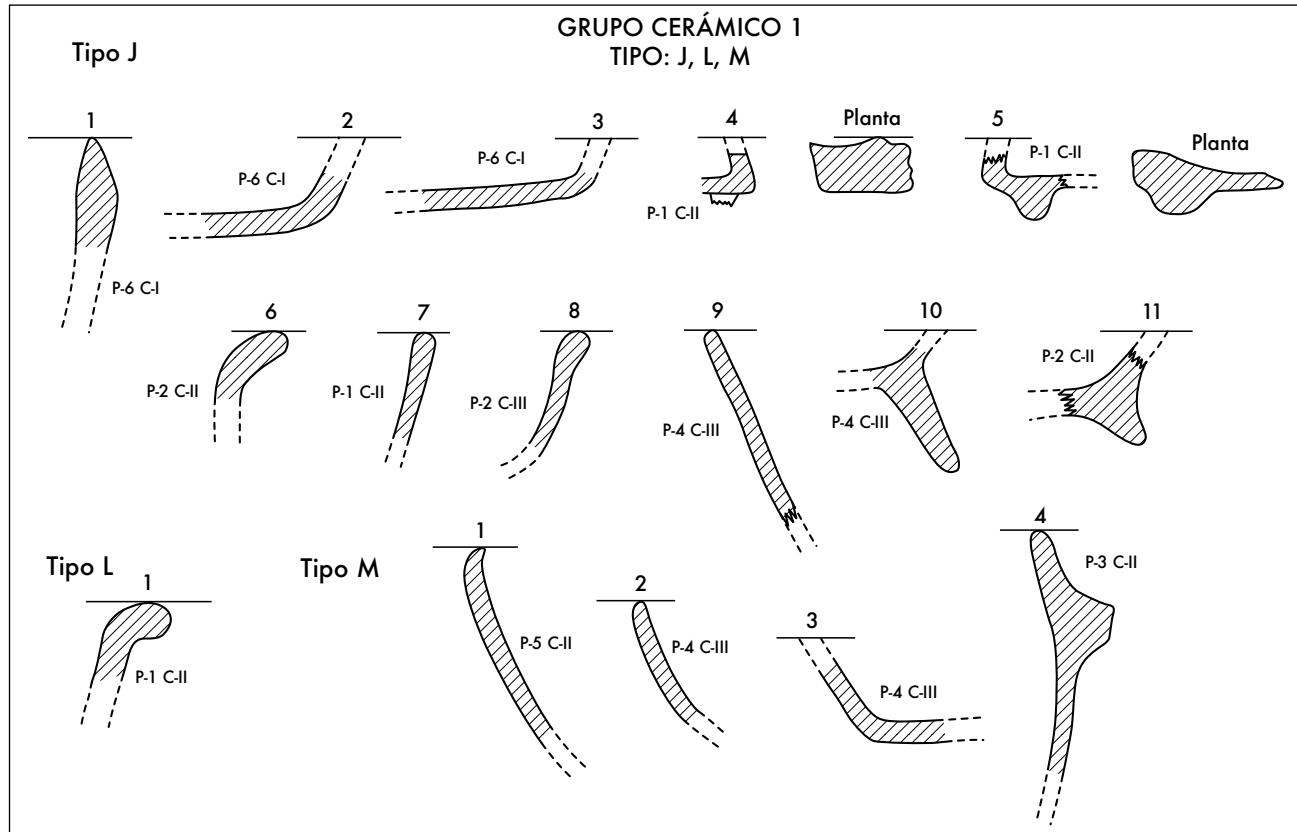


Fig. 11

de paredes inclinados hacia afuera; observaciones: los únicos soportes que aparecen son cilíndricos y no aparece ninguna variación descrita por Noguera (1954), igualmente como la variedad de formas, sin embargo, la semejanza de este tipo cerámico con el conocido como cholulteca es innegable.

Tipo 3D: Pasta rojiza —núcleo café oscuro— grisáceo; superficie pintada de rojo en el exterior y rojo café en el interior de la vasija con pulimento brillante; textu-

ra compacta; desgrasante: obsidiana, cuarzos, feldespatos y arenas finas de granos angulosos; oxidación incompleta; el grosor de las paredes varía entre 3.9 y 7.9 mm; decoración pintada de negro y blanco sobre rojo; motivos geométricos de gran variedad de formas (fig. 16: a,b,c,d,e,f); formas abiertas; cajetes sencillos o de fondo plano principalmente (fig. 16: a,b,c,d,e,f), observación; la cerámica de este tipo pertenece a un complejo de cerámicas conocidas como texcocanas que pertenece a la fase tardía de la época Posclásica.

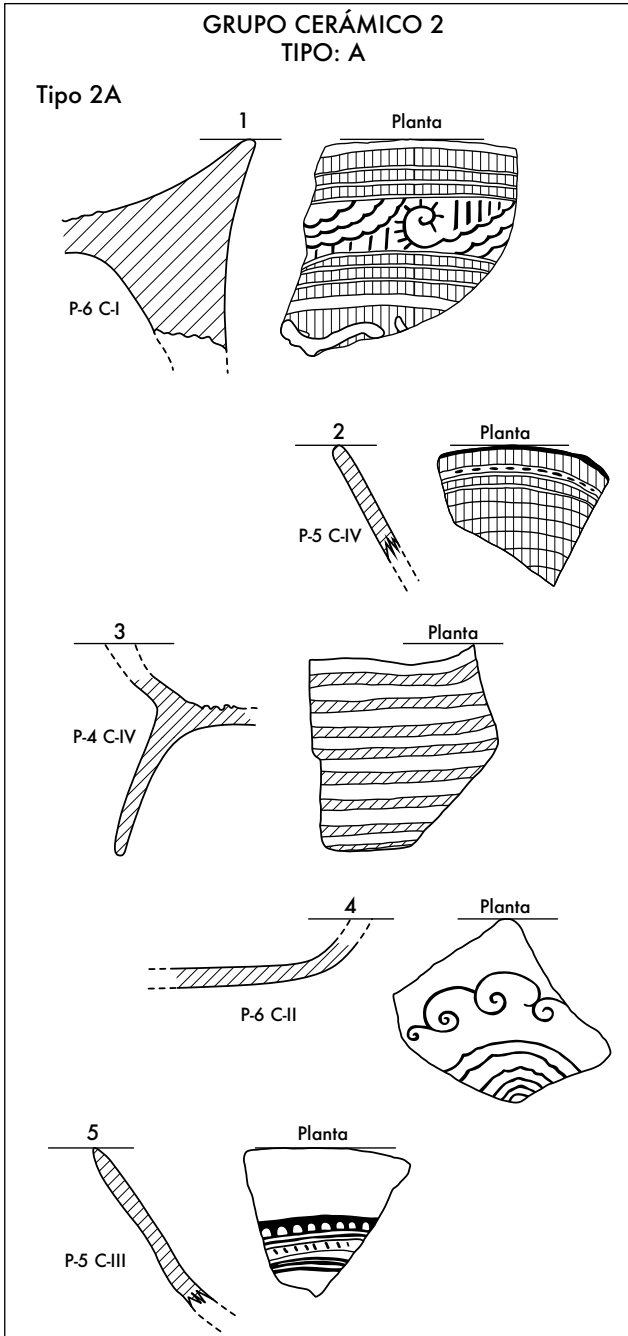


Fig. 12

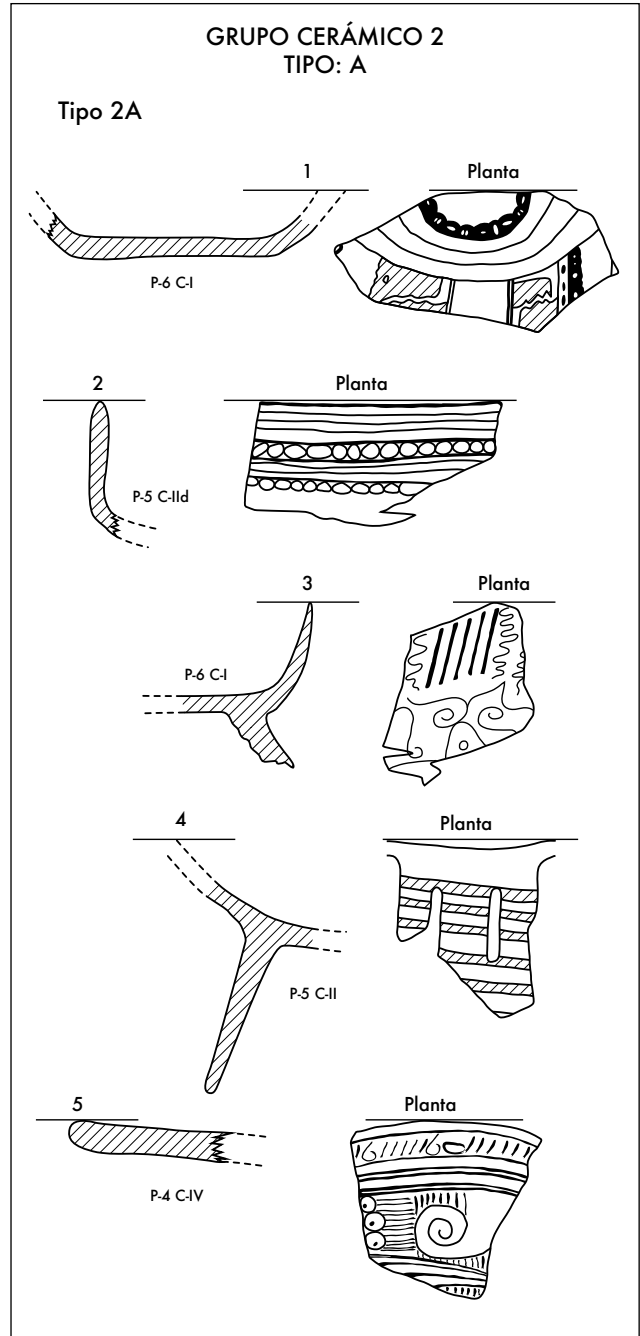


Fig. 13

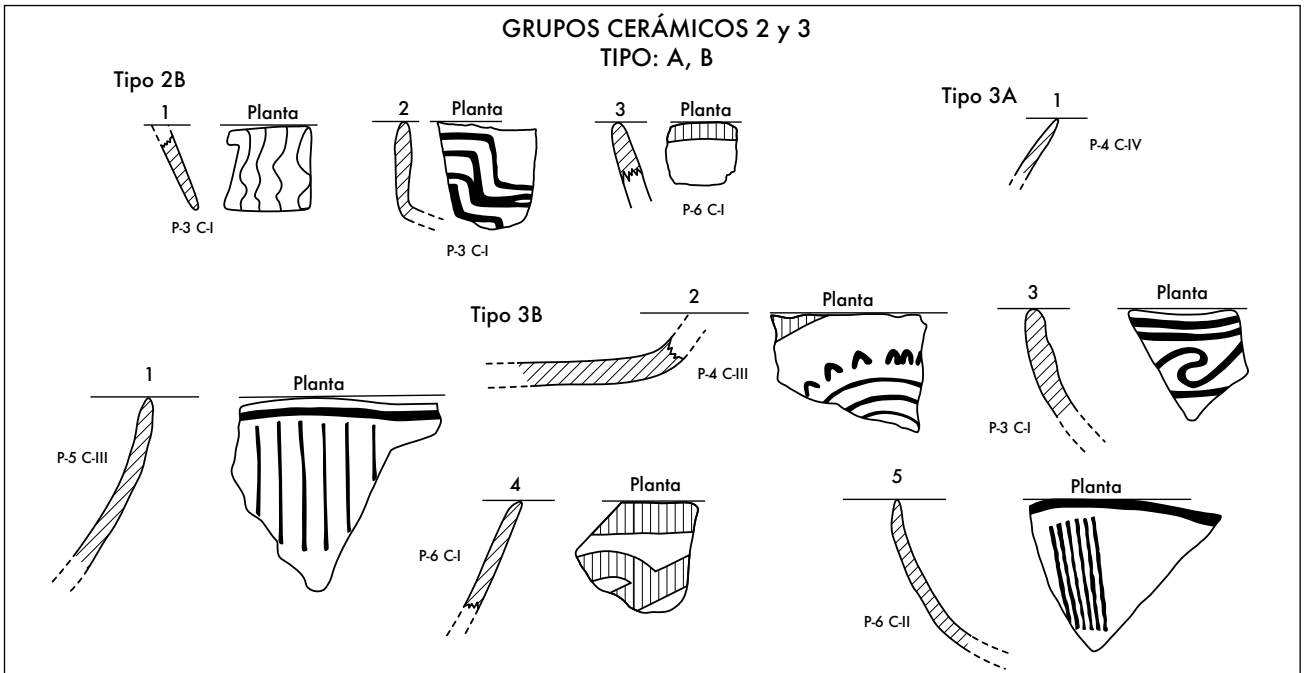


Fig. 14

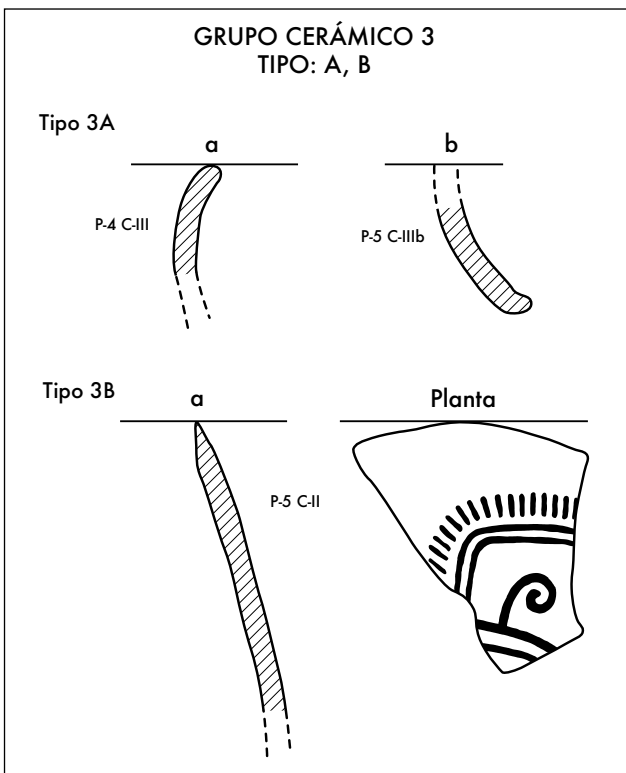


Fig. 15

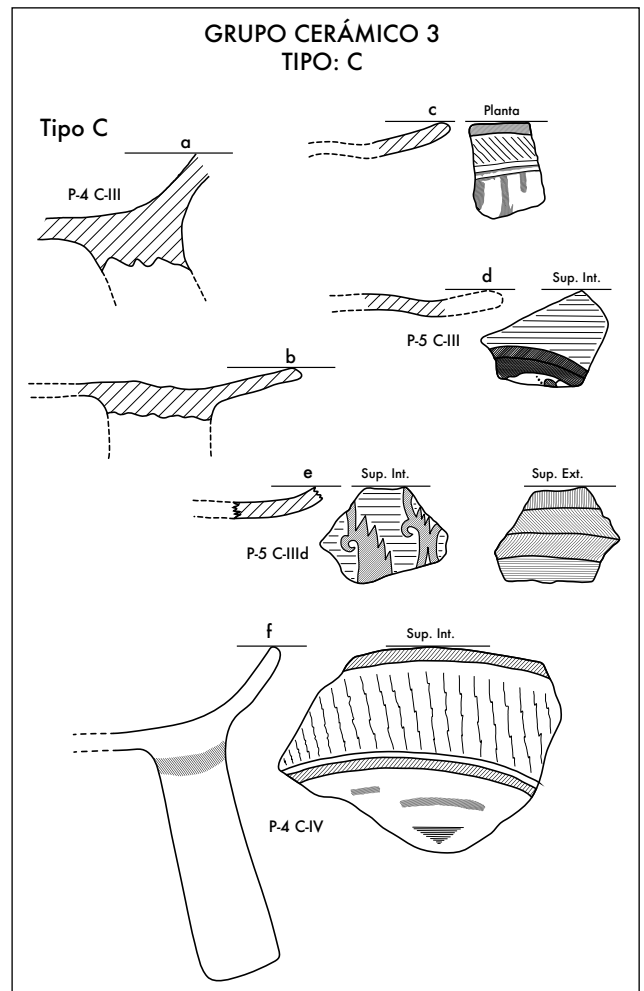


Fig. 16

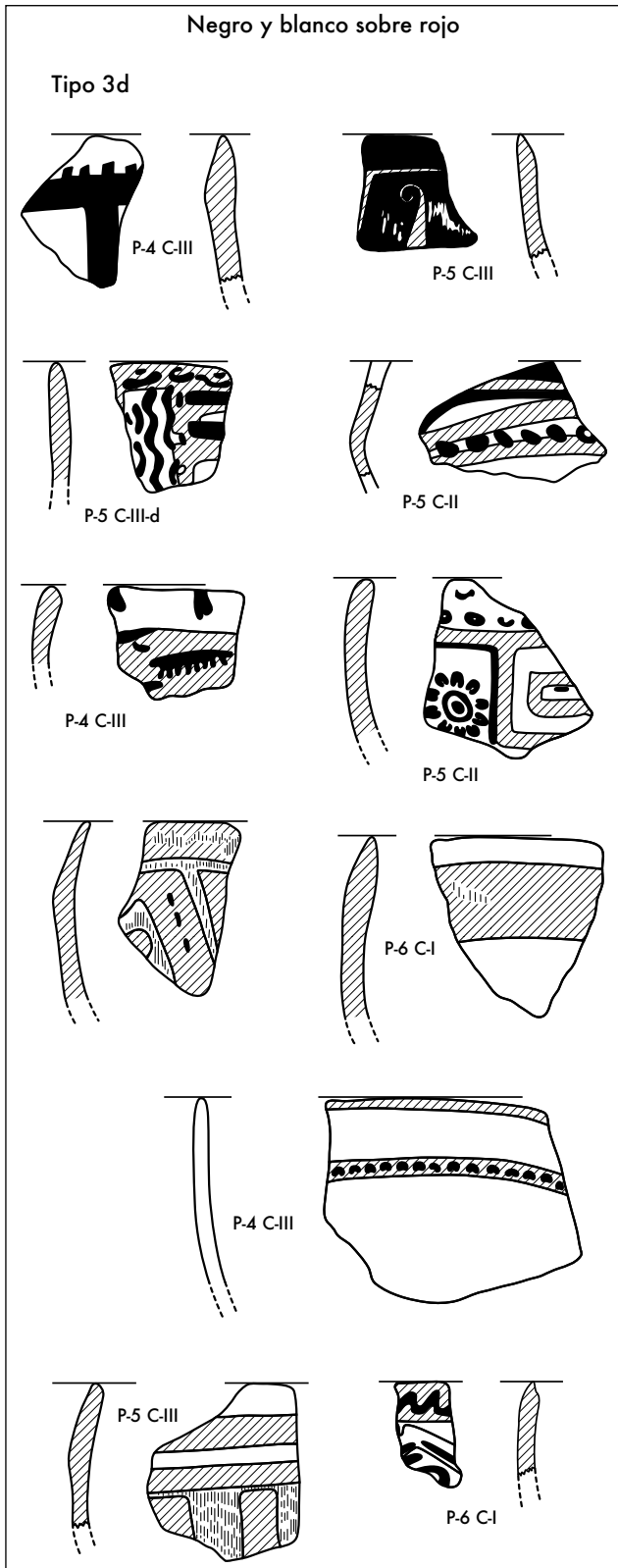


Fig. 16a

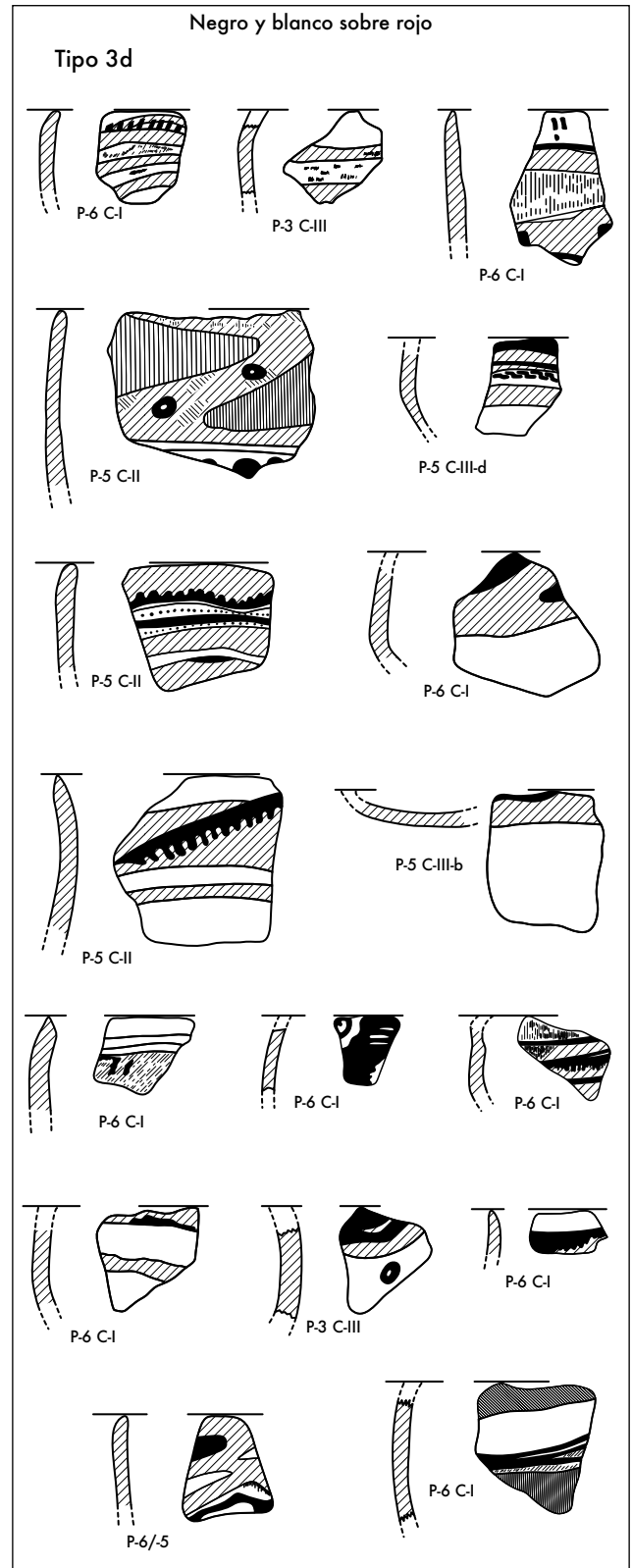


Fig. 16b

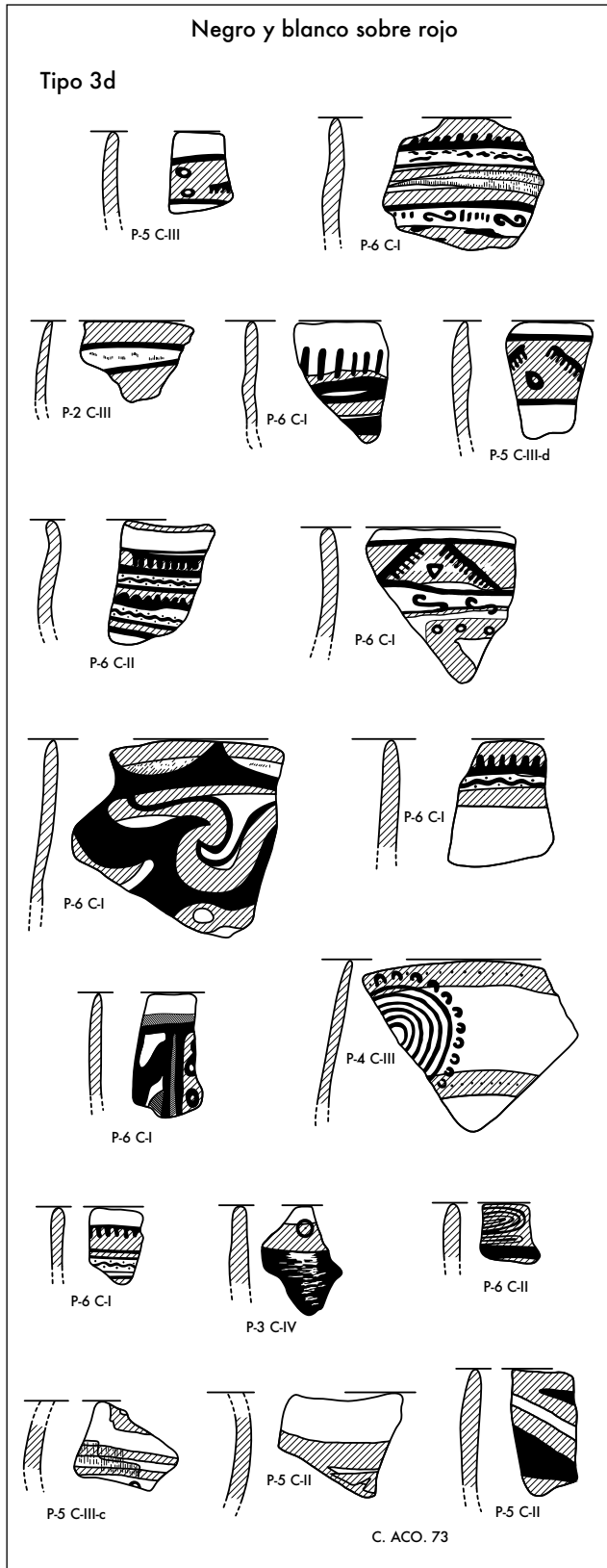


Fig. 16c

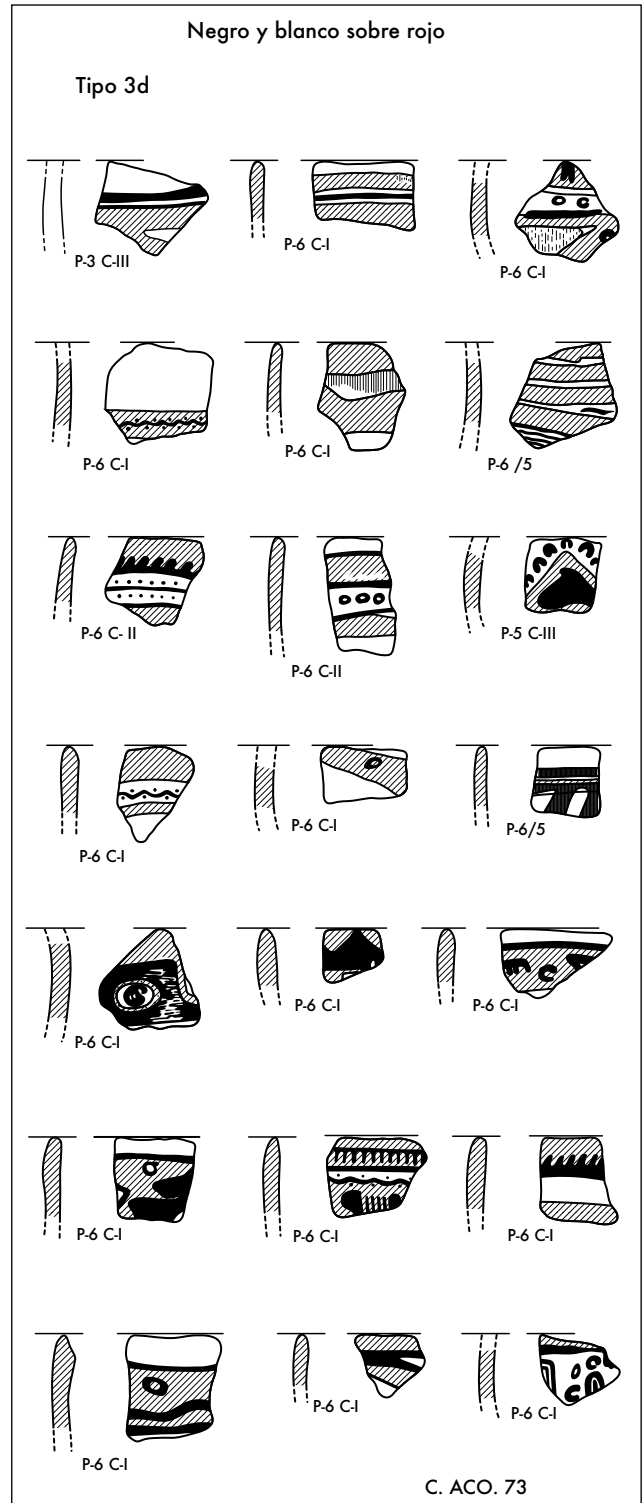


Fig. 16d

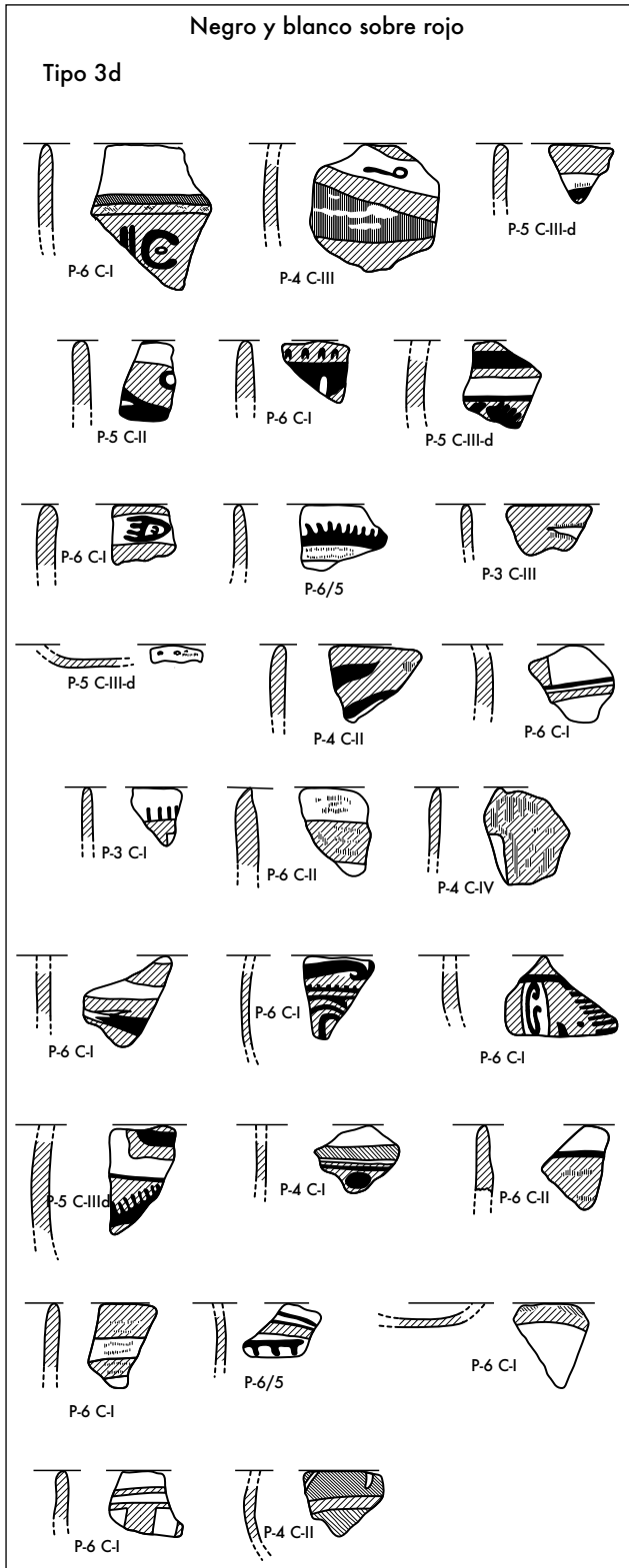
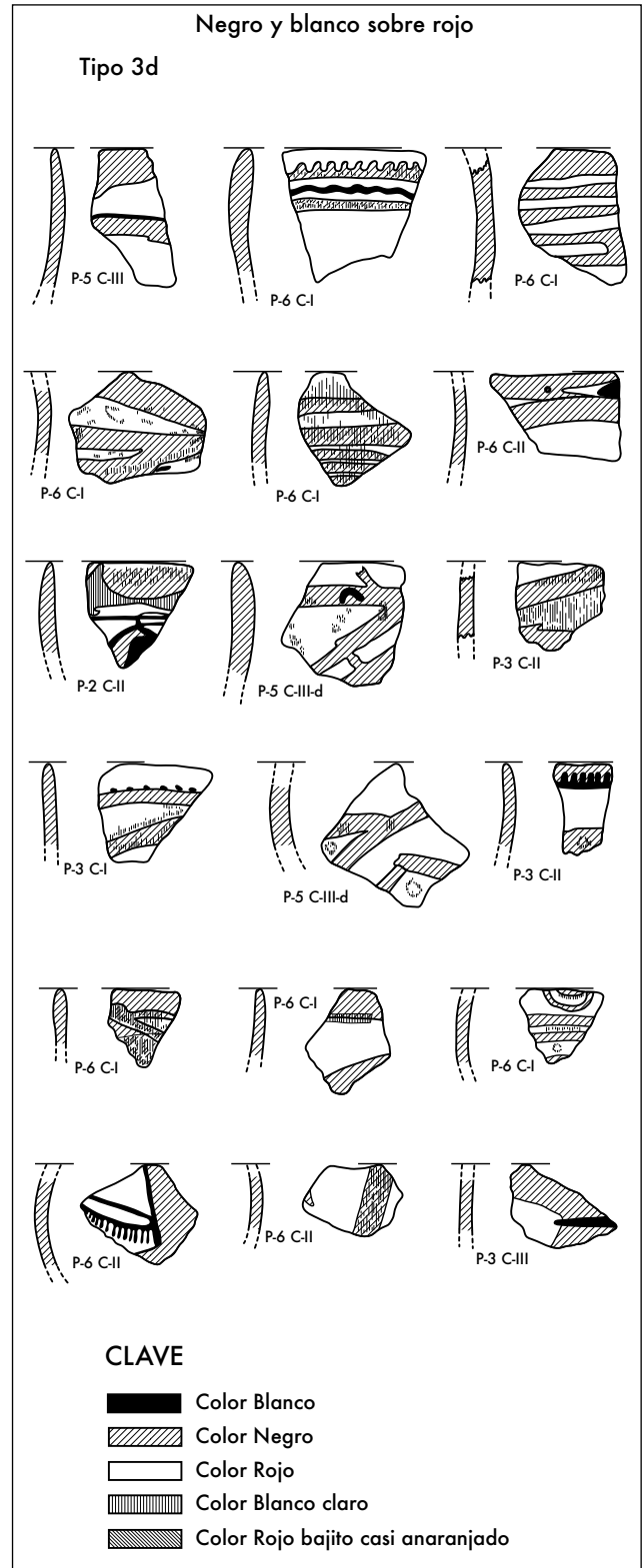


Fig. 16 e



CLAVE

- Color Blanco
- Color Negro
- Color Rojo
- Color Blanco claro
- Color Rojo bajito casi anaranjado

Fig. 16 f

Manejo estadístico

La distribución del material cerámico y lítico por pozos y capas en números absolutos se puede apreciar en las tablas 1a, b y c (figs. 17, 18, 19) haciendo un total de 4012 tiestos, que se distribuye por los grupos: grupo 1= 3383, o sea el 84.32%; grupo 2= 1350, o sea el 3.36%; grupo 3= 441, o sea el 10.99%, y el grupo 4 (lítica)= 53, o sea el 1.32%.

El grupo 1 corresponde a cerámicas domésticas o comunes (vea descripción de la cerámica); el grupo 2, a las cerámicas diagnósticas conocidas como aztecas, y las del grupo 3 son polícromas conocidas como texcocanas o cholultecas.

El material lítico guarda una relación de 1:74.69, es decir, por un fragmento lítico podemos esperar, en la región Acozac, Estado de México, dentro y cercano de la zona arqueológica, 74.69 tiestos cerámicos.

La seriación del material arqueológico presenta problemas en el sentido de que no había una estratificación obvia en lo que se refiere a los tipos. En el ordenamiento de todos los tipos cerámicos en todos los pozos y capas estratigráficas calculamos un coeficiente de concordancia (Kendall) significativo (fig. 24 y fig. 22),¹ quiere decir que los tipos cerámicos procedentes de distintos pozos estratigráficos son muy similares en su comportamiento en lo que se refiere a las capas estratigráficas=tiempo. Si hubiera una estratificación evidente del material arqueológico deberíamos esperar un coeficiente no significativo.

Hasta allí el carácter global del material, entrando en detalle sí podemos observar algunos fenómenos de estratificación interna, aunque debemos estar conscientes desde un principio que el material en estudio abarca un lapso muy reducido.

La presencia y ausencia de los tipos cerámicos en las capas estratigráficas de cada pozo está representado en la seriación que presentamos a continuación, siendo el grupo 1 siempre más reciente:

P1	
14, 16	Grupo 1
1J, 1M, 3C, 1C	Grupo 2
1B, 3A, 3B, 3D, 4, ZA	Grupo 3
1E, 1F, 1D, 1A	Grupo 4

P2	
1L, 1M, 1H, 1C	Grupo 1
1A, 1B, 1J	Grupo 2

P3	
2B, 16	Grupo 1
1B, 1E, 1J, 1L, 1M, 3A, 3E, 3D, 4	Grupo 2
1A, 1L, 1D, 1F, 1L, 2A, 3B	Grupo 3

P4	
1A, 1C, 1J, 2A, 3D, 1M	Grupo 1
1B, 1D, 1E, 1G, 1H, 1I, 1L, 3A, 3B, 3C, 4	Grupo 2

P5	
1H, 1G	Grupo 1
1J, 1M, 3C, 1C	Grupo 2
1B, 3A, 3B, 3D, 4, AZ	Grupo 3
1E, 1F, 1D, 1A	

P6	
1G, 1H, 1I, 2B	Grupo 1
1A, 1B, 1C, 1D, 1J, 1M, 2A, 3A, 3B, 3E, 3D	Grupo 2
1E, 1F, 4, 1L	Grupo 3

Los grupos seriados en cada pozo son de variable validez calculando su coeficiente de concordancia. Consultando la fig. 21 resulta que los grupos formados por los tipos cerámicos en las figuras 26, 27 y 28 no son significativos en lo que se refiere al tiempo, aunque no se rechaza la hipótesis nula y los de la figura 34 y 35 sólo son significativos al 5% de la distribución curva F. El resto de los tipos se agrupa en forma positiva. Especialmente buenos son los resultados de los pozos 4 y 3 y, con alguna reserva, las del pozo 6.

Las seriaciones basadas en la presencia de todos los tipos cerámicos en todas capas estratigráficas de cada pozo fueron luego generalizadas formando tres grupos cerámicos que se caracterizan por tendencias temporales: (de lo más reciente a lo más antiguo).

1^{er} grupo: 1H, 1G, 2B, 1I, 1L, 1C, 3D, 1M, 1B, 1D, 3C

2^{do} grupo: 1J, 3A, 1B, 3B, 4

3^{er} grupo: 1E, 1F, 1D, 1A, 2A

Los coeficientes de concordancia en el caso de los tres grupos son significativos (véase los valores para las figs. 23, 24 y 25 en la fig. 21) en alto grado. Su parecido es muy grande en lo que se refiere a sus características temporales.

Si la primera seriación del material se basó en la presencia o ausencia de un tipo cerámico en algunos de los pozos y capas estratigráficas, el siguiente sistema está fundado en gráficas no paramétricas que resultan de las matrices representadas en las figuras 38 y 39.

¹ Las figuras 24-82 se refieren a las tablas con ordenamiento no paramétrico. Los resultados calculados aparecen en las figuras 20 y 21 bajo el número de figura que corresponde a la tabla no paramétrica.

	Tipo 1A						Tipo 1B						Tipo 1C					
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						47						7						2
C-I	73	27	97	17	4	441	3	1	9			141	6	1	4	1		7
C-II	94	244	153	8	54	110		2	34			36	7	15	8		22	4
C-III	3	28	82	109	39			1	22	36	12			1	3	5	4	
C-IIIb					30						10							
C-IIc					31						6							1
C-IIId					25													4
C-IV	30	36	14	158				2		15			1		1	3		
C-V	4						1											
Total	204	335	346	292	183	598	4	6	65	51	28	184	14	17	16	9	31	13

	Tipo 1D						Tipo 1E						Tipo 1F					
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						12												2
C-I			41			122			2			13			7			30
C-II	4		51		16	37			1		2	3			15		2	8
C-III	1		38	41	10				4	3					8	8		1
C-IIIb					8													
C-IIc					4													
C-IIId					10						5						2	
C-IV			13	33						3					1	3		
C-V																		
Total	5	0	143	74	48	171	0		7	6	7	16	0	0	31	11	4	41

Fig. 17
Tabla 1a

De las gráficas IIa, b y IIIa, b*, resulta la siguiente relación interna de los tipos del grupo 1 y los tipos del grupo 2, 3 y 4 entre sí, según si disminuye o aumenta su representatividad.

El sistema de las estadísticas no paramétricas se funda en el principio de rango o estatus que puede tener un elemento (tipo cerámico) en relación con otros elementos (tipos cerámicos). Por ejemplo: el elemento más numeroso en una capa estratigráfica ocupa el rango número uno, y así sucesivamente. Las curvas de las gráficas II y III no son otra cosa que la representación gráfica de la variación de un tipo cerámico en sus valores-rango en las distintas capas estratigráficas.

La interpretación de la configuración de cada curva de un tipo cerámico se basa en el principio fundamental y ordenador de las relaciones internas de la cerámica en general: es más reciente un tipo cerámico en cuanto a otro cuando su curva tiende a aumentar sus valores-rangos hacia las capas superiores y es más antiguo cuando su conducta es contraria. Un tipo es indiferente cuando sus valores-rangos no sufren alteraciones en las distintas capas estratigráficas.

El cálculo de los coeficientes de concordancia está explicado en el libro de Felipe Montemayor 1973 sobre *Fórmulas estadísticas para investigadores*.

Por lo expuesto anteriormente las relaciones internas de la cerámica se presentan de la siguiente manera:

Grupo 1
 1F, 1C ————— Reciente
 1D, 1C, 1H, 1E, 1A ————— Intermedio
 1M, 1G, 1B, 1I 1L ————— Antiguo

Grupo 2, 3, 4
 3B, 3A ————— Intermedio
 3C, 3D, 2A, 4 ————— Antiguo

Luego, un grupo de tipos continuos, es decir, tipos cerámicos que durante las capas estratigráficas en las cuales están presentes no cambian considerablemente su representatividad y por el otro lado, tipos cerámicos discontinuos, tipos que aumentan o disminuyen su representatividad en las distintas capas estratigráficas.

Grupo continuo: 1A, 1B, 1J, 1I, 1M

Grupo discontinuo: 1F, 1C, 1E, 1H, 1L, 1G

* Nota del editor: Se respeta la numeración de las gráficas tal como figura en la publicación original; es decir, se inicia a partir de la gráfica II.

	Tipo 1G						Tipo 1H						Tipo 1I					
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup																		2
C-I			2			2					1	1			2			
C-II			15		1		1	1		2					9			
C-III				3											3	8		
C-IIIb											1							
C-IIIc																		
C-IV									1							3		
C-V																		
Total	0	0	17	3	1	2	1	1	0	3	2	1	0	0	14	11	0	2

	Tipo 1J						Tipo 1L						Tipo 1M					
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						5												2
C-I	4		1	3		47	2	3				1	1		17	1		26
C-II	11	15	24	1	6	13	4	9	11			2	1	2	31		3	2
C-III	1	2	6	16	17				3	9					13	18	4	
C-IIIb																		
C-IIc																		
C-IIId																		
C-IV	1	1		8					1							15		
C-V							2											
Total	17	18	31	28	23	65	8	12	14	10	0	3	2	2	61	34	7	30

Fig. 18
Tabla 1b

En el caso de los tipos de los grupos 2, 3 y 4 no existe continuidad alguna. Comparando los grupos continuos y discontinuos de las cerámicas del grupo 1 —cerámicas usuarias comunes, domésticas— podemos observar que están divididos numéricamente casi por la mitad. Sus coeficientes de concordancia (fig. 21; figs. 44 y 43) son altamente significativos en lo que se refiere a su temporalidad, aunque el coeficiente del grupo discontinuo mucho menos. Si hubiera realmente una estratificación significativa, especialmente este grupo debería tener un coeficiente muy cercano a 0, es decir un valor que marca una desigualdad entre los tipos en lo que se refiere al tiempo. Fijándose en la gráfica II a y b, vemos que la tendencia general de los tipos discontinuos es disminuir su representatividad hacia las capas estratigráficas superiores, lo que hace homogéneo este grupo en su desarrollo y por eso el coeficiente es significativo en lo que se refiere a su temporalidad. Los grupos 2, 3, 4 en su discontinuidad muestran igualmente la misma tendencia.

En lo que se refiere a los grupos establecidos por procedimientos no paramétricos (vea fig. 21; figs. 40, 41, 42, 45A, 45B y 46) muestran coeficientes de concordancia en general significativos, especialmente los de los grupos 2, 3 y 4, y solamente son poco

significativos en el caso del grupo 1 (reciente), donde su validez sólo puede considerarse al 5% de la distribución de la curva F (fig. 40). Este grupo parece mal establecido, porque habiendo ya demostrado que la tendencia general es disminuir la representatividad, no aumentaría. Además sólo consta de dos tipos, caso en el cual los coeficientes de concordancia fácilmente pueden ser alterados.

Comparando las curvas no paramétricas de las gráficas II y III los grupos 2, 3 y 4 pueden considerarse en general ligeramente más antiguas que los tipos de la misma categoría del grupo cerámico 1. Por eso se propone como resumen de esta seriación lo siguiente:

Tipos

1F, 1C, 1D, 1C, 1H, 1E, 1A, 3B, 3A ————— Reciente

1M, 3G, 1B, 1I, 1L ————— Antiguo

3C, 3D, 2A, 4

Los tipos recientes del grupo cerámico 1 se reprimió por haber demostrado que estaba mal establecido y se reunió al grupo intermedio o reciente de la seriación arriba expuesta. En el grupo 2, 3, y 4 sólo tenemos dos grupos con ligeras tendencias tempora-

Tipo 2A						
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						1
C-I			17	3		26
C-II			27	1	4	3
C-III			17	16	11	
C-IIIb						
C-IIId					11	
C-IV			3	16		
C-V						
Total	0	0	64	36	26	30

	Tipo 2B						Tipo 3A					
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						3						3
C-I			10			7			8			82
C-II			7		1	6			31		11	15
C-III			2	7	3				11	7	27	
C-IIIb												
C-IIId												
C-IV		1		3					1	1		
C-V												
Total	0	1	19	10	4	16	0	0	51	8	38	100

Tipo 3B						
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						
C-I			2			1
C-II						
C-III						
C-IIIb	1			1		
C-IIId						
C-IV						
C-V						
Total	1	0	2	1	0	0

	Tipo 3C						Tipo 3D						Tipo 4					
	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6	P-1	P-2	P-3	P-4	P-5	P-6
Sup						1						1						
C-I			3			24	3		17	1		16			4			12
C-II			8		8	6			20		8	4			3		1	5
C-III			12	12	11				3	2	5				4	7	9	
C-IIIb																		
C-IIId																		
C-IV				6						23						8		
C-V																		
Total	0	0	23	18	19	31	3	0	40	26	13	21	0	0	11	15	10	17

Fig. 19
Tabla 1c

les, así que de nuevo formulamos dos grupos definitivos divididos en reciente y antiguo o menos reciente.

Comparando esta seriación con la primera basada en la presencia o ausencia de los tipos cerámicos en las capas estratigráficas, notamos ciertas diferencias. En el primer caso tenemos tres grupos en lugar de dos. Luego los tipos 1E, 1F, 1B y 1A, aparecen una vez como los más recientes, otra vez como los más antiguos, mientras los tipos de los grupos 2, 3 y 4 no se disparan tanto, pero también viendo el detalle los resultados son contradictorios.

La explicación de por qué dos sistemas llegan a resultados contradictorios y sin embargo, sea estadísticamente válida, se funda en el hecho de que no se cuenta con una muestra suficientemente estratificada para que sea detectable a través de procedimientos estadísticos. Sin embargo, en caso de que existiera alguna estratificación o seriación entre el material arqueológico, creo que sea la seriación establecida por curvas no paramétricas la correcta, debido a que es mucho más sensible a las variaciones en el comportamiento de cada tipo cerámico en cada una de las capas estratigráficas.

Otro examen que se hizo al material constaba de la prueba para determinar qué tan parecidos en su aspecto temporal, son los grupos 2, 3 y 4 en cada pozo (figs. 20, 21 y figs. 49, 50, 47, 48 y 51). En el caso de los pozos 4, 5, 6 y 3, los coeficientes resultan significativos, sólo en el caso del pozo 1 no, luego se vio la relación de los tipos cerámicos (grupo 2, 3 y 4) con los pozos estratigráficos. (fig. 20 y figs. 52, 53 y 54). Los coeficientes de concordancia son significativos en los casos de las figuras 53, 54 y negativos en el caso de la figura 52, que incluye varios pozos estratigráficos. Esto quiere decir que existe similitud entre los tipos

del grupo 2, 3 y 4, en lo que se refiere a los pozos 3 y 6 y no en lo que se refiere a los pozos 1 y 6, igualmente existe similitud entre los pozos 3 y 6 en lo que se refiere a los tipos de los grupos cerámicos 2, 3 y 4 (fig. 20).

El resultado de esta operación es: los tipos de los grupos 2, 3 y 4 tienen por lo general un comportamiento homogéneo no estratificado, sólo en el caso de los pozos 1 y 2 existen argumentos para pensar en una estratificación y secuencia de los tipos cerámicos (figs. 20 y 21 y figs. 47 y 52).

En la fig. 55-74 (fig. 20) vemos el comportamiento de los tipos en relación con capas y pozos estratigráficos, y resulta que sólo en el caso del tipo 1A tenemos un coeficiente significativo en lo que se refiere a la similitud de los pozos en relación con las capas estratigráficas. Todos los demás tipos e inclusive la lítica demuestra un comportamiento negativo o disímil. La explicación está en que los pozos 1 y 2 contienen material estratificado y los demás no (fig. 20; figs. 75, 76, 77, 78, 80, 79). Esto es suficiente para que los coeficientes salen no significativos en el caso del tipo 1A, pero no es suficiente argumento para que el coeficiente sea no significativo cuando comparamos todos los tipos contra todos los pozos y viceversa (fig. 20 y figs. 81 y 82).

Resumiendo el trabajo del manejo estadístico podemos constatar que el material arqueológico en general (correlación entre todos los pozos estratigráficos) no estaba estratificado, con excepción de los pozos 1 y 2. Pero también allí la estratificación no es muy obvia a simple vista, por eso no modifica el cuadro cuando tratamos el material en su totalidad de espacio y de tiempo.

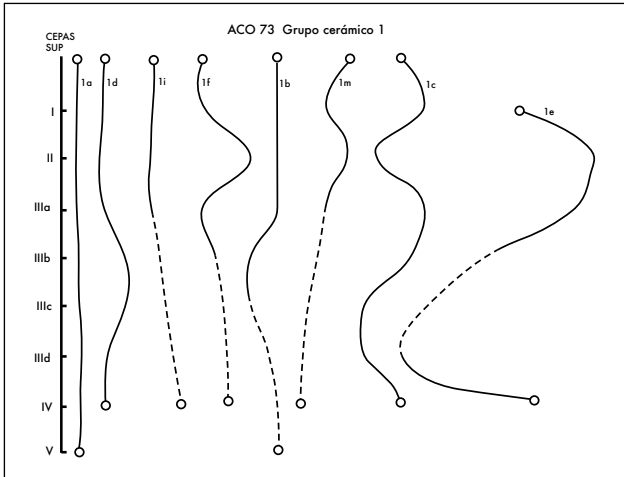
Coeficientes de concordancia según Kendall (1962)

Fig	Matriz	W	F	X ²	Significado Distr. F. 1% y 5% o X ²
49	G2, 3, 4/P 4 C/T	0.75	18.00		18.00 > 5.29 > 3.24
50	G2, 3, 4/P 5 C/T	0.50	6.00		6.00 > 5.29 > 3.24
47	G2, 3, 4/P 1 C/T	0.22	1.69		3.38 > 2.38 > 1.69
48	G2, 3, 4/P 3 C/T	0.59	8.63		8.63 > 5.29 > 3.24
51	G2, 3, 4/P 6 C/T	0.93	79.71		79.71 > 7.56 > 4.10
52	G2, 3, 4/P 1-6 C/P	0.26	1.75		3.53 > 2.44 > 1.75
53	G2, 3, 4/P 3-6 T/P	0.67	6.09		6.09 > 4.10 > 2.70
54	G2, 3, 4/P 3-6 P/T	0.61	9.38		9.38 > 5.29 > 3.24
55	G 1-a C/P	0.48		23.04	23.04 > 15.09 > 11.07
56	G 1-a C/P	0.28	1.94		1.94 < 3.41 < 5.74 > 1.94
57	G 1-b C/P	0.03	0.15		3.41 < 5.74 > 0.15
58	G 1-c C/P	0.29	2.04		3.41 < 5.74 > 2.04
59	G 1-d C/P	0.19	0.01		3.41 < 5.74 > 0.01
60	G 1-e C/P	0.03	0.15		3.41 < 5.74 > 0.15
61	G 1-i C/P	0.24	0.21		3.41 < 5.74 > 0.21
62	G 1-j C/P	0.24	1.58		3.41 < 5.74 > 1.58
63	G 1-l C/P	0.19	1.17		3.41 < 5.74 > 1.17
64	G 1-g C/P	0.09	0.49		3.41 < 5.74 > 0.49
65	G 1-f C/P	0.03	0.15		3.41 < 5.74 > 0.15
66	G 1-h C/P	0.15	0.88		3.41 < 5.74 > 0.88
67	G 1-m C/P	0.19	0.15		3.41 < 5.74 > 0.15
68	G 2-a C/P	0.05	0.26		3.41 < 5.74 > 0.26
69	G 2-b C/P	0.07	0.38		3.41 < 5.74 > 0.38
70	G 3-a C/P	0.02	0.10		3.41 < 5.74 > 0.10
71	G 3-b C/P	0.10	0.56		3.41 < 5.74 > 0.56
72	G 3-c C/P	0.12	0.68		3.41 < 5.74 > 0.68
73	G 3-d C/P	0.08	0.43		3.41 < 5.74 > 0.43
74	G 4 C/P	0.05	0.26		3.41 < 5.74 > 0.26
75	G 1/P1 C/T	0.39	2.85		2.90 < 4.69 > 2.85
76	G 1/P2 C/T	0.07	0.15		5.79 < 13.27 > 0.15
77	G 1/P3 C/T	0.93	66.43		66.43 > 5.74 > 3.41

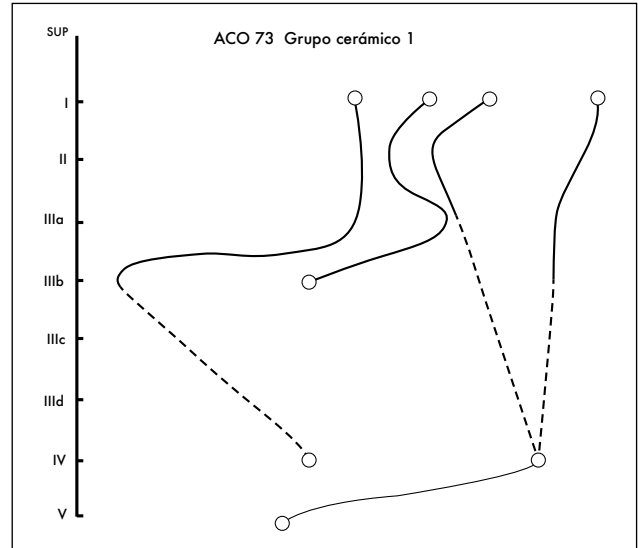
Fig. 20

Fig.	Matriz	W	F	X ²	Significado Distr. F. 1% y 5% o X ²
78	G1/P4 C/T	0.84	26.25		26.25 > 5.74 > 3.41
80	G1/P5 C/T	0.45	6.43		6.43 > 3.02 > 2.19
79	G1//P6 C/T	0.97	161.70		161.70 > 5.74 > 3.41
81	G1/ T/P	0.65		42.90	42.90 > 24.72 > 19.68
82	G1/ P/T	0.40	7.33		7.33 > 3.41 > 2.40
44	G1/CNCP C/T	0.89	32.36		32.36 > 3.02 > 2.19
43	G1/CNPAR C/T	0.68	10.63		10.63 > 3.02 > 2.19
40	G1/CNPR C/T	0.38	4.89		7.00 > 4.89 > 3.79
41	G1/CNP1 C/T	0.50	5.00		5.00 > 3.02 > 2.19
42	G1/CNPA C/T	0.77	13.39		13.39 > 3.17 > 2.27
45a	G 2, 3, 4/ CNPA C/T	0.79	12.29		11.29 > 3.41 > 2.38
45b	G 2, 3, 4/ CNPA C/T	0.79	12.29		11.29 > 5.76 > 3.36
46	G 2, 3, 4/ CNPI C/T	0.95	19.00		29.46 > 19.00 > 9.28
26	P1 g 2SCna C/T	0.45	3.14		6.22 > 3.59 > 3.14
27	P2 g 1SCna C/T	0.55	3.25		6.99 > 4.07 > 3.25
28	P2 g 2SCna C/T	0.77	5.14		13.27 > 5.79 > 5.14
29	P3 g 2SCna C/T	0.64	13.62		13.62 > 4.82 > 3.05
30	P3 g 3SCna C/T	0.86	34.00		34.00 > 5.42 > 3.29
31	P4 g 1SCna C/T	0.91	48.55		48.55 > 5.29 > 3.24
31	P4 g 2SCna C/T	0.66	20.43		20.43 > 4.46 > 2.90
32	P5g 2SCna C/T	0.71	7.35		7.35 > 4.69 > 2.96
33	P5 g 3SCna C/T	0.53	5.64		5.64 > 3.94 > 2.64
34	P5 g 4SCna C/T	0.58	3.98		4.69 > 3.98 > 2.96
35	P6 g 1SCna C/T	0.67	5.33		7.59 > 5.33 > 4.07
36	P6 g 2SCna C/T	0.98	490.00		490.00 > 4.57 > 2.95
37	P6g 3SCna C/T	0.77	8.54		8.54 > 7.59 > 4.07
22	C/ todos los tipos	0.72		109.44	109.44 > 21.67 > 16.92
23	C/ 1º grupo PA	0.78		68.64	68.64 > 21.67 > 16.92
24	C/ 2º grupo PA	0.73		40.88	40.88 > 21.67 > 16.92
25	C/ 3º grupo PA	0.90	36.00		36.00 > 3.17 > 2.27

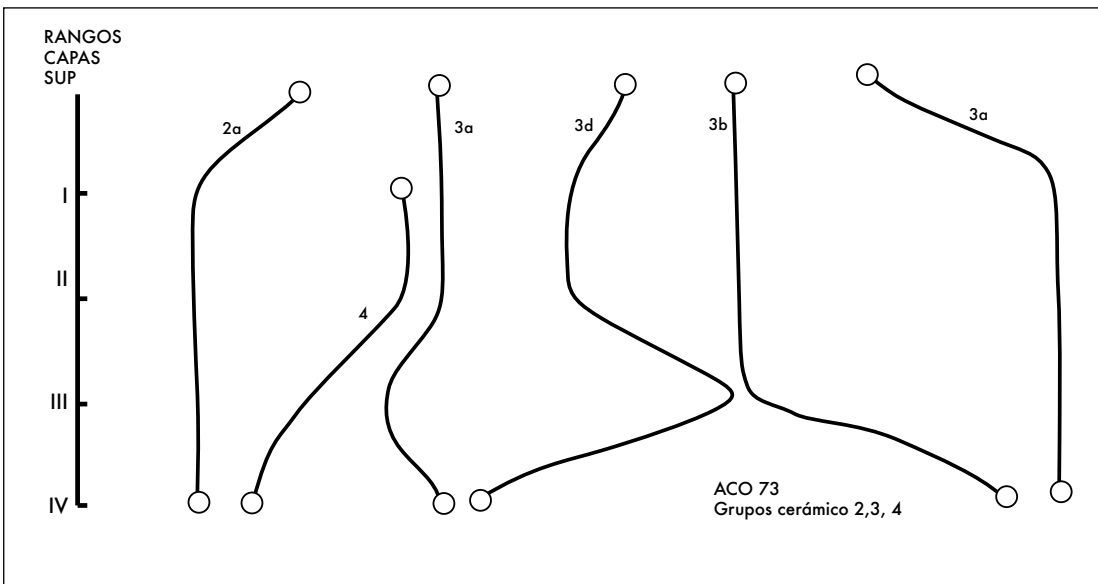
Fig. 21



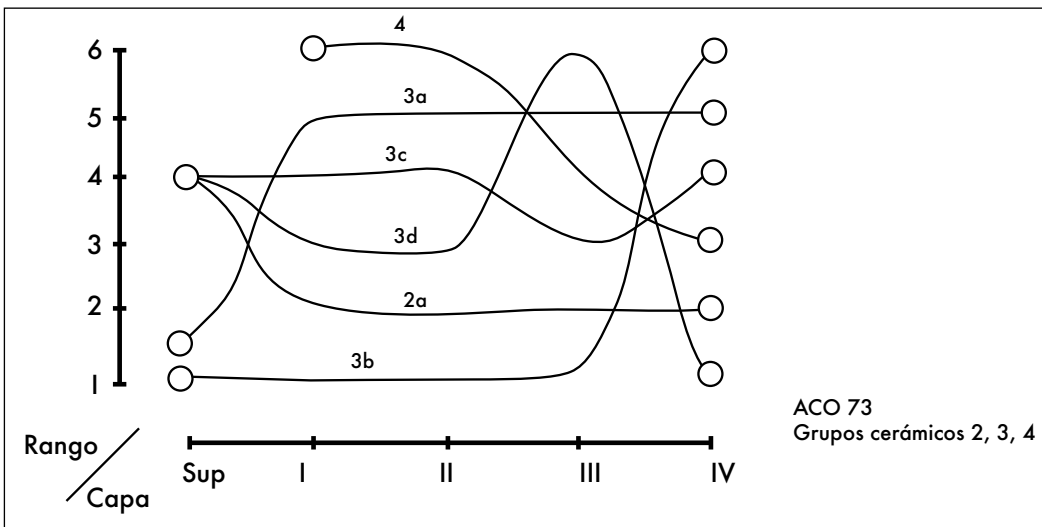
Gráfica IIa



Gráfica IIb



Gráfica IIIa



Gráfica IIIb

T C	1A	1B	1C	1D	1E	1F	1G	1H	1I	1J	1L	1M	2A	2B	3A	3B	3C	3D	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.0	6.0	6.0	5.0	7.5	5.5	6.5	7.0	7.0	5.0	7.0	5.0	6.0	6.0	5.0	4.0	5.0	5.0	7.0	110.5	240.25
C-I	1.0	1.0	2.0	1.0	1.0	1.0	2.0	2.0	3.0	2.0	3.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	27.0	4624.00
C-II	2.0	3.0	1.0	2.0	3.0	2.0	1.0	1.0	2.0	1.0	1.0	2.0	3.0	6.0	2.0	2.0	3.0	2.0	3.0	42.0	2809.00
C-III-a	3.0	2.0	3.0	3.0	2.0	3.0	3.0	7.0	1.0	3.0	2.0	3.0	2.0	6.0	3.0	3.0	2.0	4.0	2.0	57.0	1444.00
C-III-b	7.0	5.0	8.5	7.0	7.5	8.0	6.5	3.5	7.0	7.5	7.0	7.5	8.0	2.0	7.5	7.5	7.5	7.5	7.0	129.0	961.00
C-III-c	6.0	7.0	7.0	8.0	7.5	8.0	6.5	7.0	7.0	7.5	7.0	7.5	8.0	6.0	7.5	7.5	7.5	7.5	7.0	137.0	1764.00
C-III-d	8.0	8.5	5.0	6.0	4.0	5.5	6.5	7.0	7.0	7.5	7.0	7.5	5.0	6.0	7.5	7.5	7.5	7.5	7.0	120.0	1056.00
C-IV	4.0	4.0	4.0	4.0	5.0	4.0	6.5	3.5	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	6.0	4.0	5.0	4.0	3.0	4.0	81.0	196.00
C-V	9.0	8.5	8.5	9.0	7.5	8.0	6.5	7.0	7.0	7.5	7.0	7.5	8.0	6.0	7.5	7.5	7.5	7.5	7.0	144.0	2401.00
Total	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	855.00	15495.00

Fig. 22

T C	1H	1G	2B	1I	1L	1C	3D	1M	1B	1D	3C	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	7.0	6.5	6.0	7.0	7.0	6.0	5.0	5.0	6.0	5.0	5.0	65.5	240.25
C-I	2.0	2.0	1.0	3.0	3.0	2.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	18.0	729.00
C-II	1.0	1.0	6.0	2.0	1.0	1.0	2.0	2.0	3.0	2.0	3.0	24.0	441.00
C-III-a	7.0	3.0	6.0	1.0	2.0	3.0	4.0	3.0	2.0	3.0	2.0	39.0	36.00
C-III-b	3.5	6.5	2.0	7.0	7.0	8.5	7.5	7.5	5.0	7.0	7.5	69.0	576.00
C-III-c	7.0	6.5	6.0	7.0	7.0	7.0	7.5	7.5	7.0	8.0	7.5	78.0	1089.00
C-III-d	7.0	6.5	6.0	7.0	7.0	5.0	7.5	7.5	8.5	6.0	7.5	75.5	930.25
C-IV	3.5	6.5	6.0	4.0	4.0	4.0	3.0	4.0	4.0	4.0	4.0	47.0	4.00
C-V	7.0	6.5	6.0	7.0	7.0	8.5	7.5	7.5	8.5	9.0	7.5	82.0	1369.00
Total	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	45	495.00	5594.5

Fig. 23

T C	1	3A	1B	3B	4	2A	1E	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.0	5.0	6.0	4.0	7.0	6.0	7.5	40.5	30.25
C-I	2.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	8.0	729.00
C-II	1.0	2.0	3.0	2.0	3.0	3.0	3.0	17.0	324.00
C-III-a	3.0	3.0	2.0	3.0	2.0	2.0	2.0	17.0	324.00
C-III-b	7.5	7.5	5.0	7.5	7.0	8.0	7.5	50.0	225.00
C-III-c	7.5	7.5	7.0	7.5	7.0	8.0	7.5	52.0	289.00
C-III-d	7.5	7.5	8.5	7.5	7.0	5.0	4.0	47.0	144.00
C-IV	4.0	4.0	4.0	5.0	4.0	4.0	5.0	30.0	25.00
C-V	7.5	7.5	8.5	7.5	7.0	8.0	7.5	53.5	342.25
Total	45	45	45	45	45	45	45	315.00	2108.50

Fig. 24

T C	1E	1F	1D	1A	2A	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	7.5	5.5	5.0	5.0	6.0	29.0	16.00
C-I	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	5.0	400.00
C-II	3.0	2.0	2.0	2.0	3.0	12.0	169.00
C-III-a	2.0	3.0	3.0	3.0	2.0	13.0	144.00
C-III-b	7.5	8.0	7.0	7.0	8.0	37.5	156.25
C-III-c	7.5	8.0	8.0	6.0	8.0	37.5	156.25
C-III-d	4.0	5.5	6.0	8.0	5.0	28.5	12.25
C-IV	5.0	4.0	4.0	4.0	4.0	21.0	16.00
C-V	7.5	8.0	9.0	9.0	8.0	41.5	272.25
Total	45	45	45	45	45	225.0	1342.00

Fig. 25

T C	1b	1L	1M	1B	1C	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	4.0	2.0	1.5	1.0	2.0	10.5	30.25
C-II	1.0	1.0	1.5	4.0	1.0	8.5	56.25
C-III	2.0	4.0	4.0	4.0	4.5	18.5	6.25
C-IV	4.0	4.0	4.0	4.0	3.0	19.0	9.00
C-V	4.0	4.0	4.0	2.0	4.5	18.5	6.25
Total	15	15	15	15	15	75.00	108.00

Fig. 26

T C	1L	1M	1H	1C	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	1.0	3.0	3.0	2.5	9.5	0.25
C-II	2.0	1.0	1.0	1.0	5.0	25.00
C-III	3.5	3.0	3.0	2.5	12.0	4.00
C-IV	3.5	3.0	3.0	4.0	13.5	12.25
Total	10	10	10	10	40.00	41.50

Fig. 27

T \ C	1A	1b	1J	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	4.0	3.5	4.0	11.5	16.00
C-II	1.0	1.5	1.0	3.5	16.00
C-III	3.0	3.5	2.0	8.5	1.00
C-IV	2.0	1.5	3.0	6.5	1.00
Total	10	10	10	30.00	34.00

Fig. 28

T \ C	1B	1E	1I	1J	1M	3A	3c	3b	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.0	2.0	3.0	3.0	2.0	1.0	3.0	2.0	1.5	20.5	4.00
C-II	1.0	3.0	1.0	1.0	1.0	2.0	2.0	1.0	3.0	15.0	56.25
C-III	2.0	1.0	2.0	2.0	3.0	3.0	1.0	3.0	1.5	18.5	16.00
C-IV	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	36.0	182.25
Total	45	45	45	45	45	45	45	45	45	90.00	258.50

Fig. 29

T \ C	1A	1C	1J	2A	3D	1M	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	18.0	9.00
C-II	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	24.0	81.00
C-III	2.0	1.0	1.0	1.5	2.0	1.0	8.5	42.25
C-IV	1.0	2.0	2.0	1.5	1.0	2.0	9.5	30.25
Total	10	10	10	10	10	10	60.00	162.50

Fig. 30

T \ C	1A	1C	1D	1F	1L	2A	3B	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.0	2.0	2.0	3.0	3.5	2.5	3.0	18.0	0.25
C-II	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	7.0	110.25
C-III	3.0	3.0	3.0	2.0	2.0	2.5	2.0	17.5	
C-IV	4.0	4.0	4.0	4.0	3.5	4.0	4.0	27.5	100.00
Total	10	10	10	10	10	10	10	70.00	210.50

Fig. 31

T \ C	1B	1D	1E	1F	1G	1H	1I	1L	3A	3B	3C	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.5	3.5	3.5	3.5	3.0	3.5	3.5	3.5	3.5	3.5	3.5	3.5	41.5	132.25
C-II	3.5	3.5	3.5	3.5	3.0	1.0	3.5	3.5	3.5	3.5	3.5	3.5	39.0	81.00
C-III	1.0	1.0	1.5	1.0	1.0	3.5	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	15.0	225.00
C-IV	2.0	2.0	1.5	2.0	3.0	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	24.5	30.25
Total	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	120	468.50

Fig. 31a

T \ C	1C	1J	1M	3C	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	4.5	4.5	5.5	4.5	19.0	25.00
C-II	2.0	2.0	1.0	2.0	7.0	49.00
C-III-a	1.0	1.0	2.5	1.0	5.5	72.25
C-III-b	4.5	4.5	5.5	4.5	19.0	25.00
C-III-c	4.5	4.5	4.0	4.5	17.5	12.25
C-III-d	4.5	4.5	2.5	4.5	16.0	4.00
Total	21	21	21	21	84.00	187.50

Fig. 32

T \ C	1B	3A	3B	3b	4	2A	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	5.0	4.5	4.5	4.5	4.5	5.0	28.0	49.00
C-II	5.0	2.0	2.0	1.0	2.0	3.0	15.0	36.00
C-III-a	1.0	1.0	1.0	2.0	1.0	1.5	7.5	182.00
C-III-b	2.0	4.5	4.5	4.5	4.5	5.0	25.0	16.00
C-III-c	3.0	4.5	4.5	4.5	4.5	5.0	26.0	25.00
C-III-d	5.0	4.5	4.5	4.5	4.5	1.5	24.5	12.25
Total	21	21	21	21	21	21	126.00	320.50

Fig. 33

T \ C	1E	1F	1b	1A	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	4.5	4.5	6.0	6.0	21.0	49.00
C-II	2.0	1.5	1.0	1.0	5.5	72.25
C-III-a	4.5	4.5	2.5	2.0	13.5	0.25
C-III-b	4.5	4.5	4.0	4.0	17.0	9.00
C-III-c	4.5	4.5	5.0	3.0	17.0	9.00
C-III-d	1.0	1.5	2.5	5.0	10.0	16.00
Total	21	21	21	21	84.00	155.50

Fig. 34

T \ C	1b	1H	1I	2B	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	3.0	3.0	3.0	3.0	12.0	4.00
C-I	1.0	1.0	1.0	1.0	4.0	36.00
C-II	3.0	3.0	3.0	3.0	12.0	4.00
C-III	3.0	3.0	3.0	3.0	12.0	4.00
Total	10	10	10	10	40.00	48.00

Fig. 35

T C	1A	1B	1C	1D	1J	1M	2A	3A	3B	3C	3D	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	2.5	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	32.5	25.00
C-I	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	11.0	272.25
C-II	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	2.5	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	22.5	25.00
C-III	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	44.0	272.25
Total	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	110.00	594.50

Fig. 36

T C	1E	1F	4	1L	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	3.5	3.0	3.5	2.0	12.0	4.00
C-I	1.0	1.0	1.0	1.0	4.0	36.00
C-II	2.0	2.0	2.0	3.5	9.5	0.25
C-III	3.5	4.0	3.5	3.5	14.5	20.25
Total	10	10	10	10	40.00	60.50

Fig. 37

R C	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Sup	1-a	1-d	1-b	1-j	1-c	1-f	1-m	1-e	1-g	1-h	1-i	1-e
C-I	1-a	1-d	1-b	1-j	1-m	1-f	1-c	1-e	1-l	1-g	1-i	1-h
C-II	1-a	1-d	1-b	1-j	1-c	1-m	1-e	1-f	1-g	1-i	1-e	1-h
C-III-a	1-a	1-d	1-b	1-j	1-m	1-f	1-c	1-e	1-i	1-e	1-g	1-h
C-III-b	1-a	1-b	1-d	1-h	1-c	1-e	1-f	1-g	1-i	1-j	1-l	1-m
C-III-c	1-a	1-b	1-d	1-c	1-f	1-e	1-g	1-h	1-i	1-j	1-l	1-m
C-III-d	1-a	1-d	1-e	1-c	1-f	1-b	1-g	1-h	1-i	1-j	1-l	1-m
C-IV	1-a	1-d	1-b	1-m	1-j	1-c	1-f	1-e	1-i	1-l	1-h	1-g
C-V	1-a	1-l	1-b	1-c	1-d	1-e	1-f	1-g	1-h	1-i	1-j	1-m

Fig. 38

L C	1	2	3	4	5	6	7	8
Sup	3-a	3-b	2-a	3-c	3-d	X	X	X
C-I	3-b	2-a	3-d	3-c	3-a	4	2-b	X
C-II	3-b	2-a	3-d	3-c	3-a	4	X	X
C-III-a	3-b	2-a	3-c	4	3-a	3-d	X	X
C-III-b	2-b	X	X	X	X	X	X	X
C-III-c	X	X	X	X	X	X	X	X
C-III-d	2-a	X	X	X	X	X	X	X
C-IV	3-d	2-a	4	3-c	3-a	3-b	X	X

Fig. 39

R C	1f	1i	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.5	7.0	12.5	6.25
C-I	1.0	3.0	4.0	36.00
C-II	2.0	2.0	4.0	36.00
C-III-a	3.0	1.0	4.0	36.00
C-III-b	8.0	7.0	15.0	25.00
C-III-c	8.0	7.0	15.0	25.00
C-III-d	5.5	7.0	12.5	6.25
C-IV	4.0	4.0	8.0	4.00
C-V	8.0	7.0	15.0	25.00
Total	45	45	90.0	199.50

Fig. 40

T \ C	1d	1c	1h	1e	1a	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.0	6.0	7.0	7.0	5.0	30.0	25.00
C-I	1.0	2.0	2.0	1.0	2.0	8.0	289.00
C-II	2.0	1.0	1.0	3.0	1.0	8.0	289.00
C-III-a	3.0	3.0	7.0	2.0	4.0	19.0	36.00
C-III-b	7.0	8.5	3.5	7.0	7.0	33.0	64.00
C-III-c	8.0	7.0	7.0	7.0	6.0	35.0	100.00
C-III-d	6.0	5.0	7.0	4.0	8.0	30.0	25.00
C-IV	4.0	4.0	3.5	7.0	3.0	21.5	12.25
C-V	9.0	8.5	7.0	7.0	9.0	40.5	240.25
Total	45	45	45	45	45	225.0	1080.50

Fig. 41

T \ C	1m	1g	1b	1i	1e	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.0	6.5	4.0	7.0	7.0	29.5	20.25
C-I	1.0	2.0	1.0	3.0	3.0	10.0	225.00
C-II	2.0	1.0	2.0	1.0	1.0	8.0	289.00
C-III-a	3.0	3.0	3.0	2.0	2.0	12.0	169.00
C-III-b	7.5	6.5	6.0	7.0	7.0	34.0	81.00
C-III-c	7.5	6.5	7.0	7.0	7.0	35.0	100.00
C-III-d	7.5	6.5	9.0	7.0	7.0	37.0	144.00
C-IV	4.0	6.5	5.0	4.0	4.0	23.5	2.25
C-V	7.5	6.5	8.0	7.0	7.0	36.0	121.00
Total	45	45	45	45	45	225.0	1151.50

Fig. 42

T \ C	1f	1c	1e	1h	1i	1g	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.5	6.0	7.0	7.0	7.0	6.5	39.0	81.00
C-I	1.0	2.0	1.0	2.0	3.0	2.0	11.0	361.00
C-II	2.0	1.0	3.0	1.0	1.0	1.0	9.0	441.00
C-III-a	3.0	3.0	2.0	7.0	2.0	3.0	20.0	100.00
C-III-b	8.0	8.5	7.0	3.5	7.0	6.5	40.5	110.25
C-III-c	8.0	7.0	7.0	7.0	7.0	6.5	42.5	156.25
C-III-d	5.5	5.0	4.0	7.0	7.0	6.5	35.0	25.00
C-IV	4.0	4.0	7.0	3.5	4.0	6.5	29.0	1.00
C-V	8.0	8.5	7.0	7.0	7.0	6.5	44.0	196.00
Total	45	45	45	45	45	45	270.0	1471.50

Fig. 43

T \ C	3c	3d	2a	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.0	5.0	6.0	7.0	23.0	9.00
C-I	2.0	1.0	1.0	2.0	6.0	196.00
C-II	3.0	2.0	3.0	3.0	11.0	81.00
C-III-a	1.0	4.0	2.0	1.0	8.0	144.00
C-III-b	7.5	7.5	8.0	7.0	30.0	100.00
C-III-c	7.5	7.5	8.0	7.0	30.0	100.00
C-III-d	7.5	7.5	5.0	7.0	27.0	9.00
C-IV	4.0	3.0	4.0	4.0	15.0	25.00
C-V	7.5	7.5	8.0	7.0	30.0	100.00
Total	45	45	45	45	180.0	755.00

Fig. 45a*

T \ C	3c	3d	2a	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	5.0	5.0	5.0	5.0	20.0	64.00
C-I	2.0	1.0	1.0	2.0	6.0	36.00
C-II	3.0	2.0	3.0	3.0	11.0	1.00
C-III	1.0	4.0	2.0	1.0	8.0	16.00
C-IV	4.0	3.0	4.0	4.0	15.0	9.00
Total	15	15	15	15	60.0	126.00

Fig. 45b

T \ C	3a	3b	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	4.0	5.0	9.0	9.00
C-I	1.0	1.0	2.0	16.00
C-II	2.0	2.0	4.0	4.00
C-III-a	3.0	3.0	6.0	0.00
C-IV	5.0	4.0	9.0	9.00
Total	15	15	30.0	

Fig. 46

T \ C	2a	2b	3a	3b	3c	3d	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	4	4.5	4	4	4	4.5	4	29.0	1.00
C-I	4	4.5	4	4	4	1.0	4	25.5	12.25
C-II	4	4.5	4	4	4	4.5	4	29.0	1.00
C-III	4	4.5	4	4	4	4.5	4	29.0	1.00
C-III-b	4	1.0	4	4	4	4.5	4	25.5	12.25
C-IV	4	4.5	4	4	4	4.5	4	29.0	1.00
C-V	4	4.5	4	4	4	4.5	4	29.0	1.00
Total	28	28	28	28	28	28	28	196.0	29.50

Fig. 47

T \ C	2a	2b	3a	3b	3c	3d	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	1.0	1.0	3.0	3.0	2.0	1.5	14.0	12.25
C-II	1.0	3.0	2.0	1.0	2.0	1.0	3.0	13.0	20.25
C-III	2.5	3.0	3.0	2.0	1.0	3.0	1.5	16.0	2.25
C-IV	4.0	3.0	4.0	4.0	4.0	4.0	4.0	27.0	110.25
Total	10	10	10	10	10	10	10	70.0	145.00

Fig. 48

* Nota del editor: En la publicación original de este artículo la numeración de las figuras omitía el número 44; se ha optado por respetarla tal cual porque en los cuadros de los coeficientes de concordancia (véase las figuras 20 y 21), así como en el texto, hay una correlación entre las figuras y los datos de la investigación del doctor Brüggemann.

T C	2a	3a	3b	3c	3d	4	2b	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.0	3.5	3.5	3.5	3.0	3.5	3.0	23.0	30.25
C-II	4.0	3.5	3.5	3.5	4.0	3.5	3.0	25.0	56.25
C-III	1.5	1.0	1.0	1.0	2.0	1.0	1.0	8.5	81.00
C-IV	1.5	2.0	2.0	2.0	1.0	2.0	3.0	13.5	16.00
K	10	10	10	10	10	10	10	70.0	183.50

Fig. 49

T C	2a	2b	3a	3b	3c	3d	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	4.5	3	4	4	4	4	4	27.5	42.25
C-II	3.0	3	2	2	2	1	2	15.0	36.00
C-III-a	1.5	3	1	1	1	2	1	10.5	110.25
C-III-d	1.5	3	4	4	4	4	4	24.5	12.25
C-IV	4.5	3	4	4	4	4	4	27.5	42.25
K	15	15	15	15	15	15	15	105.0	243.00

Fig. 50

T C	2a	2b	3a	3b	3c	3d	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	3.0	2.5	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	20.5	42.25
C-I	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	7.0	49.00
C-II	2.0	2.5	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	14.5	0.25
Total	6.0	6.0	6.0	6.0	6.0	6.0	6.0	42.0	91.50

Fig. 51

T P	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
2a	4.5	4.0	1.0	1.0	2.0	3.0	15.5	72.25
2b	1.0	4.0	7.0	7.0	7.0	7.0	33.0	81.00
3a	4.5	4.0	5.0	5.0	6.0	6.0	30.5	42.25
3b	4.5	4.0	2.0	6.0	1.0	1.0	18.5	30.25
3c	4.5	4.0	4.0	3.0	3.0	2.0	20.5	12.25
3d	4.5	4.0	3.0	2.0	4.0	4.0	21.5	6.25
4	4.5	4.0	6.0	4.0	5.0	5.0	28.5	20.25
K	28	28	28	28	28	28	168.0	264.50

Fig. 52

T P	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
2a	1.0	1.0	2.0	3.0	7.0	81.00
2b	7.0	7.0	7.0	7.0	28.0	144.00
3a	5.0	5.0	6.0	6.0	22.0	36.00
3b	2.0	6.0	1.0	1.0	10.0	36.00
3c	4.0	3.0	3.0	2.0	12.0	16.00
3d	3.0	2.0	4.0	4.0	13.0	9.00
4	6.0	4.0	5.0	5.0	20.0	16.00
K	28	28	28	28	112.0	302.00

Fig. 53

T P	2a	2b	3a	3b	3c	3d	4	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
P1	1.0	1.0	1.0	2.0	2.0	1.0	3.0	11.0	42.25
P4	2.0	2.5	3.0	4.0	3.0	2.0	2.0	18.5	1.00
P5	4.0	4.0	4.0	3.0	4.0	4.0	4.0	27.0	90.25
P6	3.0	2.5	2.0	1.0	1.0	3.0	1.0	13.5	16.00
K	10	10	10	10	10	10	10	70.0	149.50

Fig. 54

T C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	7.5	7.0	7.0	7.0	7.5	3.0	39.0	81.00
C-I	2.0	4.0	2.0	3.0	7.5	1.0	19.5	110.25
C-II	1.0	1.0	1.0	4.0	1.0	2.0	10.0	400.00
C-IIIa	5.0	3.0	3.0	2.0	2.0	6.5	21.5	90.25
C-IIIb	7.5	7.0	7.0	7.0	4.0	6.5	39.0	81.00
C-IIIc	7.5	7.0	7.0	7.0	3.0	6.5	38.0	64.00
C-IIId	7.5	7.0	7.0	7.0	5.0	6.5	40.0	100.00
C-IV	3.0	2.0	4.0	1.0	7.5	6.5	24.0	36.00
C-V	4.0	7.0	7.0	7.0	7.5	6.5	39.0	81.00
K	45	45	45	45	45	45	270.0	1043.50

Fig. 55

T C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.0	4.0	2.0	3.0	3.5	3.5	18.0	9.00
C-II	1.0	1.0	1.0	4.0	1.0	1.0	9.0	36.00
C-III	4.0	3.0	3.0	2.0	2.0	2.0	16.0	1.00
C-IV	3.0	2.0	4.0	1.0	3.5	3.5	17.0	4.00
K	10	10	10	10	10	10	60.0	50.00

Fig. 56

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	1.0	3.5	3.0	3.5	3.0	1.0	15.0	0.00
C-II	3.0	1.5	1.0	3.5	3.0	2.0	14.0	1.00
C-III	3.0	3.5	2.0	1.0	1.0	3.5	14.0	1.00
C-IV	3.0	1.5	4.0	2.0	3.0	3.5	17.0	4.00
K	10	10	10	10	10	10	60.0	6.00

Fig. 57

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.0	2.5	2.0	3.0	3.0	1.0	13.5	2.25
C-II	1.0	1.0	1.0	4.0	1.0	2.0	10.0	25.00
C-III	4.0	2.5	3.0	1.0	3.0	3.5	17.0	4.00
C-IV	3.0	4.0	4.0	2.0	3.0	3.5	19.5	20.25
K	10	10	10	10	10	10	60.0	51.50

Fig. 58

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.5	2.5	2.0	3.5	3.5	1.0	16.0	1.00
C-II	1.0	2.5	1.0	3.5	1.0	2.0	11.0	16.00
C-III	2.0	2.5	3.0	1.0	2.0	3.5	14.0	1.00
C-IV	3.5	2.5	4.0	2.0	3.5	3.5	19.0	16.00
K	10	10	10	10	10	10	60.0	34.00

Fig. 59

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	2.0	3.5	3.0	1.0	14.5	0.25
C-II	2.5	2.5	3.0	3.5	1.0	2.0	14.5	0.25
C-III	2.5	2.5	1.0	1.5	3.0	3.5	14.5	1.00
C-IV	2.5	2.5	4.0	1.5	3.0	3.5	17.0	4.00
K	10	10	10	10	10	10	60.0	5.50

Fig. 60

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	1.0	3.5	2.5	1.0	13.0	4.00
C-II	2.5	2.5	2.0	3.5	2.5	3.0	16.0	1.00
C-III	2.5	2.5	3.0	1.0	2.5	3.0	14.5	0.25
C-IV	2.5	2.5	4.0	2.0	2.5	3.0	16.5	2.25
K	10	10	10	10	10	10	60.0	7.50

Fig. 61

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.0	4.0	3.0	3.0	3.5	1.0	16.5	2.25
C-II	1.0	1.0	1.0	4.0	2.0	2.0	11.0	16.00
C-III	3.5	2.0	2.0	1.0	1.0	3.5	13.0	4.00
C-IV	3.5	3.0	4.0	2.0	3.5	3.5	19.5	20.25
K	10	10	10	10	10	10	60.0	42.50

Fig. 62

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.0	3.5	3.5	2.5	2.0	16.0	1.00
C-II	1.0	1.0	1.0	3.5	2.5	1.0	10.0	25.00
C-III	4.0	3.5	2.0	1.0	2.5	3.5	16.5	2.25
C-IV	2.5	3.5	3.5	2.0	2.5	3.5	17.5	6.25
K	10	10	10	10	10	10	60.0	34.50

Fig. 63

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	3.0	3.5	3.0	1.0	15.5	0.25
C-II	2.5	2.5	1.0	3.5	1.0	2.0	12.5	6.25
C-III	2.5	2.5	2.0	1.0	3.0	3.0	14.0	1.00
C-IV	2.5	2.5	4.0	2.0	3.0	4.0	18.0	9.00
K	10	10	10	10	10	10	60.0	16.50

Fig. 64

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	2.0	3.0	3.0	1.0	14.0	1.00
C-II	2.5	2.5	1.0	3.0	1.0	3.0	13.0	4.00
C-III	2.5	2.5	3.5	1.0	3.0	3.0	15.5	0.25
C-IV	2.5	2.5	3.5	3.0	3.0	3.0	17.5	6.25
K	10	10	10	10	10	10	60.0	5.50

Fig. 65

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.0	3.0	2.5	3.0	1.0	1.0	13.5	2.25
C-II	1.0	1.0	2.5	1.0	3.0	3.0	11.5	12.25
C-III	3.0	3.0	2.5	3.0	3.0	3.0	17.5	6.25
C-IV	3.0	3.0	2.5	3.0	3.0	3.0	17.5	6.25
K	10	10	10	10	10	10	60.0	27.00

Fig. 66

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	1.5	3.0	2.0	3.0	3.5	1.0	14.0	1.00
C-II	1.5	1.0	1.0	4.0	2.0	2.0	11.5	12.25
C-III	3.5	3.0	3.0	1.0	1.0	3.5	15.0	0.00
C-IV	3.5	3.0	4.0	2.0	3.5	3.5	19.5	20.25
	10	10	10	10	10	10	60.0	33.50

Fig. 67

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	2.5	2.0	3.5	1.0	15.0	0.00
C-II	2.5	2.5	1.0	4.0	2.0	2.0	14.0	1.00
C-III	2.5	2.5	2.5	2.5	1.0	3.5	13.5	2.25
C-IV	2.5	2.5	4.0	1.5	3.5	3.5	17.5	6.25
	10	10	10	10	10	10	60.0	9.50

Fig. 68

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	1.0	2.5	2.5	1.0	12.0	9.00
C-II	2.5	2.5	3.0	2.5	2.5	3.0	16.0	1.00
C-III	2.5	2.5	3.0	2.5	2.5	3.0	16.0	1.00
C-IV	2.5	2.5	3.0	2.5	2.5	3.0	16.0	1.00
	10	10	10	10	10	10	60.0	3.50

Fig. 69

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	3.0	1.0	3.5	3.5	1.0	14.5	0.25
C-II	2.5	3.0	2.0	3.5	2.0	2.0	15.0	0.00
C-III	2.5	3.0	3.0	1.0	1.0	3.5	14.0	1.00
C-IV	2.5	1.0	4.0	2.0	3.5	3.5	16.5	2.25
	10	10	10	10	10	10	60.0	3.50

Fig. 70

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	3	3.5	3.5	1.0	16.0	1.00
C-II	2.5	2.5	1	3.5	2.0	2.0	13.5	2.25
C-III	2.5	2.5	2	1.0	1.0	3.5	12.5	6.25
C-IV	2.5	2.5	4	2.0	3.5	3.5	18.0	9.00
	10	10	10	10	10	10	60.0	18.50

Fig. 71

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	3	3.5	3.5	1.0	16.0	1.00
C-II	2.5	2.5	2	3.5	2.0	2.0	14.5	0.25
C-III	2.5	2.5	1	1.0	1.0	3.5	11.5	12.25
C-IV	2.5	2.5	4	2.0	3.5	3.5	18.0	19.00
	10	10	10	10	10	10	60.0	22.50

Fig. 72

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	1.0	2.5	2	3.0	3.5	1.0	13.0	4.00
C-II	3.0	2.5	1	4.0	1.0	2.0	13.5	2.25
C-III	3.0	2.5	3	2.0	2.0	3.5	16.0	1.00
C-IV	3.0	2.5	4	1.0	3.5	3.5	17.5	6.25
	10	10	10	10	10	10	60.0	13.50

Fig. 73

P \ C	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2.5	2.5	1.5	3.5	3.5	1.0	14.5	0.25
C-II	2.5	2.5	3.0	3.5	2.0	2.0	15.5	0.25
C-III	2.5	2.5	1.5	2.0	1.0	3.5	13.0	4.00
C-IV	2.5	2.5	4.0	1.0	3.5	3.5	17.0	4.00
	10	10	10	10	10	10	60.0	8.50

Fig. 74

T \ C	1a	1b	1c	1d	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	6.0	4.5	5.0	4.5	20.0	36.00
C-I	2.0	1.0	2.0	4.5	9.5	20.25
C-II	1.0	4.5	1.0	1.0	7.5	42.25
C-III	5.0	4.5	5.0	2.0	16.5	6.25
C-IV	3.0	4.5	3.0	4.5	15.0	1.00
C-V	4.0	2.0	5.0	4.5	15.5	2.25
Total	21	21	21	21	84.0	108.00

Fig. 75

T \ C	1a	1b	1c	1d	1e	1f	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	2	3	2	2	2	3	14.0	4.0
C-II	1	1	1	1	3	1	8.0	16.00
C-III	3	2	3	3	1	2	14.0	4.00
C-IV	4	4	4	4	4	4	24.0	144.00
Total	10	10	10	10	10	10	60.0	168.00

Fig. 77

T \ C	1a	1b	1c	1d	1e	1f	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
C-I	3.0	3.5	3.0	3.5	3.5	3.5	20.0	25.00
C-II	4.0	3.5	4.0	3.5	3.5	3.5	22.0	49.00
C-III	2.0	1.0	1.0	1.0	1.5	1.0	7.5	56.25
C-IV	1.0	2.0	2.0	2.0	1.5	2.0	10.5	20.25
Total	10	10	10	10	10	10	60.0	150.50

Fig. 78

T \ C	1a	1b	1c	1d	1e	1f	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	3.0	3.0	3.0	3.0	3.5	3.0	18.5	12.25
C-I	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	6.0	81.0
C-II	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	2.0	12.0	9.00
C-III	4.0	4.0	4.0	4.0	3.5	4.0	23.5	72.25
Total	10	10	10	10	10	10	60.0	174.50

Fig. 79

T \ C	1a	1b	1c	1d	1e	1f	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
Sup	8.0	6.5	7.0	7.5	6.0	6.0	41.0	121.00
C-I	6.0	6.5	7.0	7.5	6.0	6.0	39.5	81.00
C-II	1.0	6.5	1.0	1.0	2.0	1.5	13.0	289.00
C-III-a	2.0	1.0	2.5	2.5	6.0	6.0	20.0	100.00
C-III-b	4.0	2.0	7.0	4.0	6.0	6.0	29.0	1.00
C-III-c	3.0	3.0	4.0	5.0	6.0	6.0	27.0	9.00
C-III-d	5.0	6.5	2.5	2.5	1.0	1.5	19.0	121.00
C-IV	8.0	6.5	7.0	7.5	6.0	6.0	41.0	121.00
C-V	8.0	6.5	7.0	7.5	6.0	6.0	41.0	121.00
Total	45	45	45	45	45	45	270.0	964.00

Fig. 80

T \ P	P1	P2	P3	P4	P5	P6	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
1a	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	1.0	6.0	1089.00
1b	6.0	5.0	3.0	3.0	4.0	2.0	23.0	256.00
1c	3.0	3.0	7.0	9.0	3.0	8.0	33.0	36.00
1d	5.0	10.0	2.0	2.0	2.0	3.0	24.0	225.00
1e	10.5	10.0	10.0	10.0	6.5	7.0	54.0	225.00
1f	10.5	10.0	5.5	6.5	8.0	5.0	45.0	42.25
1g	10.5	10.0	11.5	11.5	10.0	10.5	64.0	625.00
1h	8.0	7.0	11.5	11.5	9.0	12.0	59.0	400.00
1i	10.5	10.0	8.5	6.5	11.5	10.5	57.5	342.25
1j	2.0	2.0	5.5	5.0	5.0	4.0	23.5	240.25
1l	4.0	4.0	8.5	8.0	11.5	9.0	45.0	36.00
1m	7.0	6.0	4.0	4.0	6.5	6.0	33.5	30.25
Total	78	78	78	78	78	78	468.0	3321.00

Fig. 81

T \ P	1a	1b	1c	1d	1e	1f	1g	1h	1i	1j	1l	1m	R	$\frac{(R-\sum R^2)}{N}$
P-1	5.0	6.0	4.0	5.0	5.5	5.5	5.5	4.0	5.0	6.0	4.0	5.5	61.0	361.00
P-2	3.0	5.0	2.0	6.0	5.5	5.5	5.5	4.0	5.0	5.0	2.0	5.5	54.0	144.00
P-3	2.0	2.0	3.0	2.0	2.5	2.0	1.0	6.0	1.0	2.0	1.0	1.0	25.5	272.25
P-4	4.0	3.0	6.0	3.0	4.0	3.0	2.0	1.0	2.0	3.0	3.0	2.0	36.0	36.00
P-5	6.0	4.0	1.0	4.0	2.5	4.0	4.0	2.0	5.0	4.0	6.0	4.0	46.5	20.25
P-6	1.0	1.0	5.0	1.0	1.0	1.0	3.0	4.0	3.0	1.0	5.0	3.0	29.0	169.00
Total	21	21	21	21	21	21	21	21	21	21	21	21	252.0	1002.50

Fig. 82

Bibliografía

Franco, J. L.

- 1957 *Motivos decorativos de la cerámica Azteca*. México, Museo Nacional de Antropología (serie Científica, 5).

Grove, D. C.

- 1964 The Ixtapaluca Viejo Ballcouet excavation. (Preliminary report) (mimeo). Reporte para obtener el grado en antropología. University of California, Los Ángeles.

Kendall, M.G.

- 1962 *Bank Correlation Methods*. Londres, Charles Griffin & Comp.

Montemayor, Felipe

- 1973 *Fórmulas estadísticas para investigadores*. México, INAH (Científica, 5).

Noguera, Eduardo

- 1954 *La cerámica de Cholula*. México, Editorial Guaranía.
1965 *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*. México, UNAM, Instituto de Historia (Primera serie, 86).

Sabloff, Jeremy, y Smith, Robert E.

- 1969 The Importance of Both Analytic and Taxonomic Classification in the Type Variety System. *American Antiquity*, 34: 278-285.

Tolstoy, Paul

- 1958 Surface Survey of the Northern Valley of Mexico: The Classic and Postclassic Periods. *Transactions of the American Philosophical Society*, 48 (5): 1-101.
1973 The Archaeological Chronology of Western Mesoamerica before 900 A.D. (mimeo). Nueva York, Dept. of Anthropology, University of New York.

B. Leonor Merino Carrión
Ángel García Cook

Proyecto arqueológico Huasteca

Arqueología, núm. 1, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1987

Las investigaciones llevadas cabo en la cuenca baja del río Pánuco de 1978 a 1982, nos han permitido plantear el desarrollo cultural en un área de 9500 km² (fig. 1), comprendida entre las coordenadas geográficas 21° 30' a 23° 05' latitud norte, y 97° 55' a 99° 15' longitud oeste. Esta área se caracteriza por un clima tropical caliente húmedo o muy húmedo al sur, subseco al norte, y por un flora donde los géneros y especies neotropicales son dominantes. La evolución del paisaje está influenciada por el hombre, que ha hecho desaparecer los bosques, sustituyéndolos por cultivos de gramíneas.

Esta región, considerada geográficamente como la Huasteca, es una planicie con algunos lomeríos y colinas de poca elevación con alturas sobre el nivel del mar que van de 10 a 200 m.

En esta área se localizaron 525 asentamientos humanos prehispánicos, tanto de grupos sedentarios (483) como de grupos nómadas (42) (García Cook y Merino Carrión, 1977, 1979).

La información obtenida ha venido a corroborar la idea que se tenía sobre la gran importancia que tuvieron las sociedades que se desarrollan en la cuenca baja del río Pánuco, con respecto de los del resto de la “superárea cultural Mesoamérica”, no sólo con su participación directa en el desenvolvimiento de esta región geográfica desde épocas tempranas, sino también en la aportación de algunas deidades al panteón mesoamericano para épocas tardías.

Han pasado tres años desde que concluyeron los trabajos de campo del Proyecto arqueológico Huasteca (PAH). Los análisis del material cultural —cerámico, lítico, concha, hueso, metal, etcétera— se han concluido; también se han terminado los estudios sobre el material biológico —restos zoológicos, malacológicos y columnas polínicas— y se cuenta con bastante información sobre los 181 enterramientos humanos explorados hasta la actualidad en el área base de dicho programa de investigaciones.

Los objetivos planteados en el PAH para su realización se alcanzaron satisfactoriamente: se llegaron a definir las sociedades que habitaron durante la época prehispánica en nuestra región de estudio, se observaron interrelaciones, los cambios sufridos a lo largo del tiempo y se trataron de delimitar las diversas culturas existentes en el área tanto espacial como cronológicamente.

Se ha logrado establecer una secuencia cultural para la región y a medida que vamos contando con resultados de los análisis hechos por especialistas, se van definiendo las culturas que caracterizaron la región durante la época prehispánica. Con base en esta idea general del desarrollo, se irán planteando otros programas de investigación que amplíen y detallen las fases culturales establecidas (Merino Carrión, 1984; 1985).

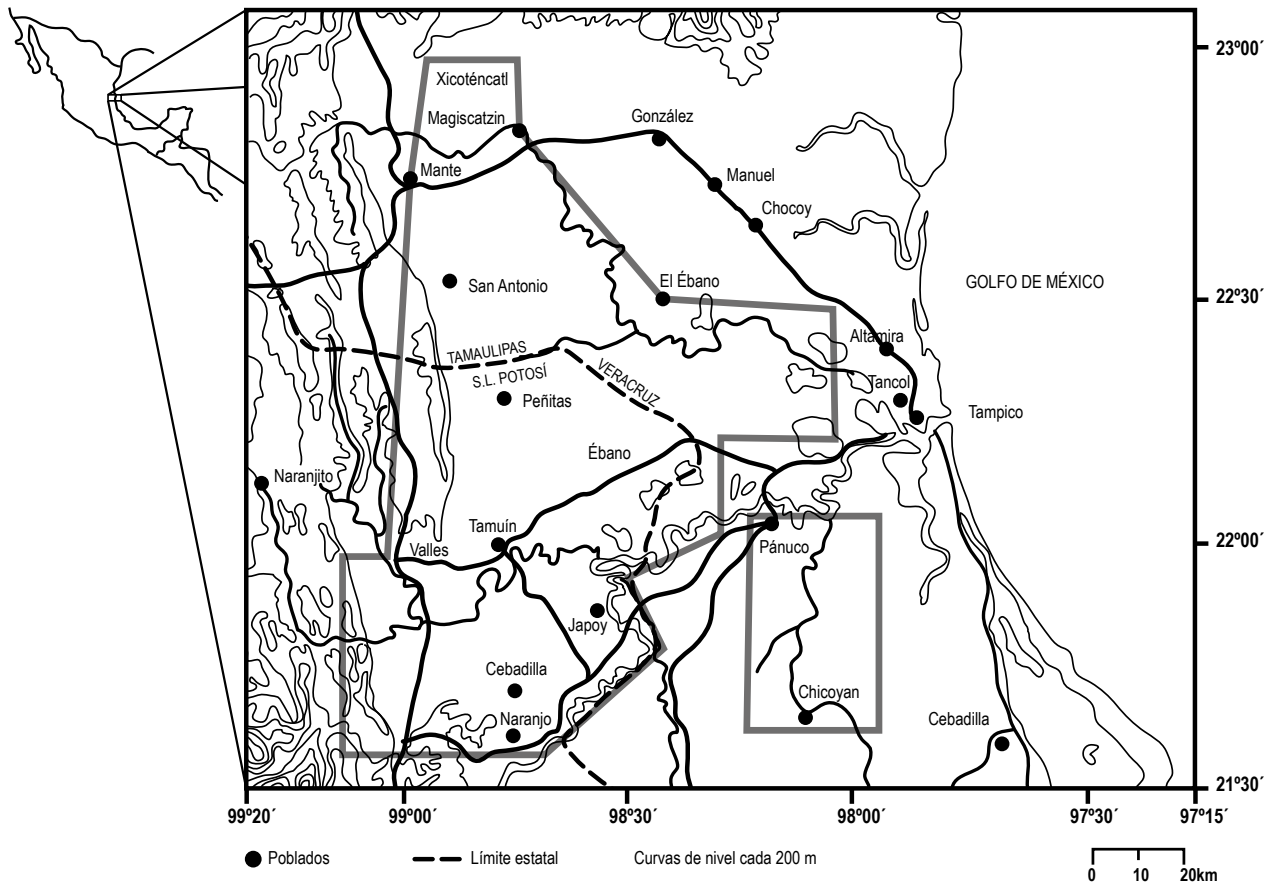


Fig. 1 Proyecto arqueológico Huasteca. Área de investigación.

La secuencia cultural

De los 525 asentamientos que caracterizan alrededor de 1 300 ocupaciones diferentes, se registraron 42 sitios arqueológicos que cuentan únicamente con material lítico (en algunos casos también concha), 37 de ellos se localizan en el área del embalse de la presa San Lorenzo, en Xicoténcatl, Tamaulipas. De estos 42 asentamientos se tienen más de 2 500 artefactos que indican que sus fabricantes fueron grupos nómicos o seminómicos precerámicos o acerámicos que habitaron la región al menos desde los 6 000 años a. n. e. al 1 000 d. n. e.

Existen algunas categorías de artefactos —tajadores, raspadores, puntas de proyectil, núcleos, cuchillos— que nos permiten vislumbrar tres periodos de ocupación y, a reserva de las conclusiones a que llegue Mauricio Perea (en preparación), podemos decir:

Las puntas de proyectil Abasolo, Nogales, Tortugas, Kinney y Flacco; los raspadores sobre lascas, raspadores triangulares, tajadores circular grueso, tajadores sobre “cantos” y tajadores sobre lasca gruesa; los núcleos “globulares” y los núcleos “informes”

pueden corresponder al primer periodo que podemos situar entre 6 000 y el 4 000 a. n. e. A este momento corresponde un conchero localizado por Alejandro Martínez en 1977 (Martínez, 1977) sitio Pc17 y del que se cuenta con dos fechamientos logrados por el método de C-14: 4376±179 a. n. e. y 4884±130 a. n. e. (University of Texas-Austin. Radiocarbon Laboratory).

Puntas de proyectil Bulverde, Hidalgo, Yarbrough, Gary, Almagre, Matamoros y Trinidad; tajadores circular abultado y sobre lasca delgada; raspadores triangulares, discoidales y sobre lasca delgada, además de los núcleos cónicos e “informes”, formarían un segundo conjunto de artefactos que pueden situarse entre 4 000 y 2 000 a. n. e.

Los tipos de puntas Young, Fresnitos, Catán, Sta. Cruz y los raspadores espigados; los tajadores circular delgado, sobre lasca y triangulares pequeños, además de los cuchillos cuadrangulares y los ojival alargado, así como los núcleos subprismáticos y cónicos, integran un tercer grupo correspondiente quizá a un tercer periodo, que se puede situar entre el 2 000 a. n. e. al 1 000 d. n. e. Además se encuentran en este último periodo algunos artefactos de molienda.

Con base en toda la información existente y apoyados por los fechamientos relativos obtenidos, entre ellos 44 dataciones de C-14, se han podido definir ocho fases culturales correspondientes a los grupos humanos sedentarios que habitaron la región (figs. 2 y 3); éstas son:

Fase cultural Pujal (1600 a 1100 a. n. e.)

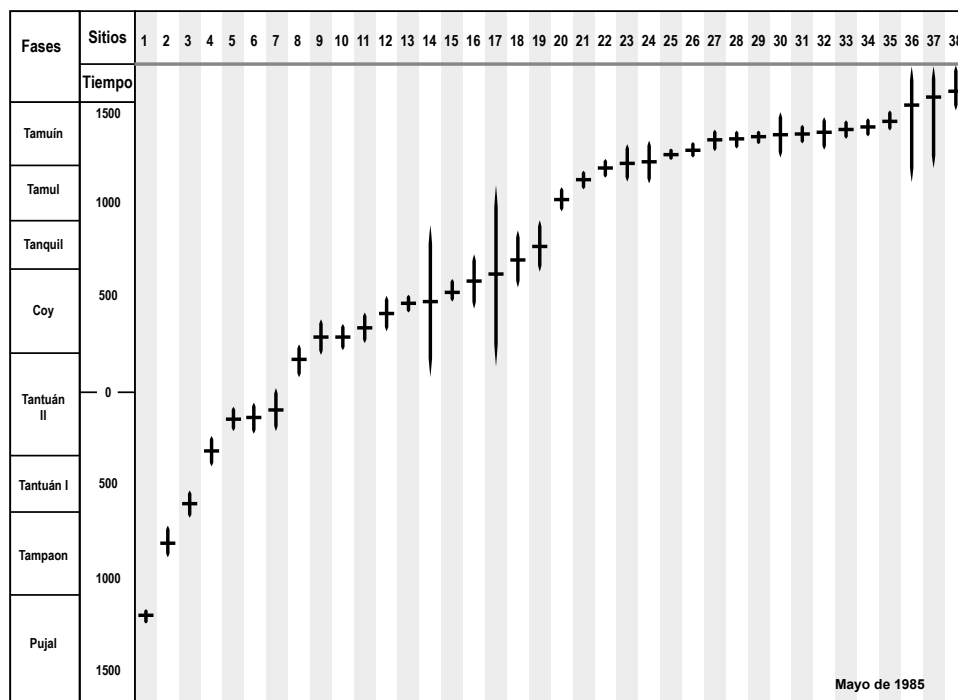
Pujal representa los primeros grupos humanos sedentarios identificados en la región que habitaron en microaldeas y aldeas chicas (de acuerdo con las definiciones de García Cook y Merino Carrión, 1977) situadas cerca o en las riberas de los ríos Moctezuma, Pánuco y Pujal-Tampaón, así como las cercanas a las lagunas. No se observa diferenciación social entre sus pobladores, ni en los asentamientos mismos, ni en los restos de su cultura material analizada, por tanto, los sitios no cuentan con estructuras arquitectónicas elevadas y sólo contienen montículos bajos de tierra donde situaron su habitación. Las dimensiones de estos asentamientos Pujal varían de media a tres hectáreas, conteniendo una población probable de 20 a 120 habitantes.

En la cerámica los tipos característicos son el Progreso Metálico y el Progreso Blanco, así como una doméstica lisa gruesa en rojo o en café; además del Heavy Buff que se da tanto en ollas como en tecomates (MacNeish, 1954). Para la segunda mitad de la

fase Pujal se observa, aunque no en todos los asentamientos, la presencia abundante de cerámica gris, quizá antecedente del Aguilar Gris, así como una cerámica gris o negra con manchas blancas semejante a la Negra y Blanca y a la Gris Nebulosa del centro y sur de Veracruz (Piña Chan, 1982). También para esta segunda parte está presente, en fuerte proporción, una cerámica naranja en ocasiones con manchas negras por cocción, la que al parecer es buscada; existen también escasos tiestos de Aguilar Rojo y en mayor

Áreas	Centro-norte de Veracruz (Wilkinson)	Tampico-Pánuco (Ekholm-MacNeish)	Cuenca baja del Pánuco (García Cook-Merino)	Sierra de Tamaulipas (MacNeish)	Suroeste de Tamaulipas (MacNeish)	Áreas
Tiempo						Tiempo
1500	Tapia				San Antonio	500
	Cabezas	Pánuco VI	Tamuín	Los Ángeles	San Lorenzo	
	El Cristo			?	?	
1000	Isla B	Las flores V	Tamul			1000
	Isla A	Zaquil IV	Tanquil	La Saita		
500	Cacahuatal	Pitahaya III	Coy		Palmillas	1500
d.n.e. o a.n.e.	Tecolutla	El prisco II	Tantuán II	Eslabones		
	Arroyo Grande	Chila I		Laguna	?	2000
500	Esteros B		Tantuán I			
	Esteros A	Aguilar				2500
		Ponce	Tampaón			
1000	Ojite				Mesa de Guaje	3000
	Montegordo	Pavón	Pujal			
1500	Almería				(García Cook 1983)	3500
	Raudal					

Fig. 2



- 1.- Hu24 Pozo1 Capa F
 - 2.- Hu24 Pozo 1 Capa F
 - 3.- Hu24 Pozo 1 capa F
 - 4.- Hp114-S11SW1 Capa D
 - 5.- Hp83-S214E23 Capa C
 - 6.- Hp295 Pozo 2 Capa B
 - 7.- Hu 28 Pozo 2 Capa C
 - 8.- Hp83-S268E147 Capa C
 - 9.- Hu23 Pozo 2 Capa E
 - 10.- Hp114-S65W114 Capa C
 - 11.- Hp114-S69W114 Capa B
 - 12.- Hu24 Pozo 1 Capa E*
 - 13.- Hp83-S215E29 Capa C
 - 14.- Hp83-S214E23 Capa C
 - 15.- Hp408-S158W195 Capa B
 - 16.- Hp462-S138E152 Capa B
 - 17.- Hu23 Pozo 1 Capa III
 - 18.- Hp462-S138E151 Aguj. 2
 - 19.- Hp110-N16E13 capa E*
 - 20.- Hp114 Pozo 3 nivel 3
 - 21.- Hp323 Pozo 2 Capa D
 - 22.- Hp462 Pozo 1 Capa C
 - 23.- Hp110-N16E13 Capa E
 - 24.- Hp110-N16E13 Capa E
 - 25.- Hp110 Pozo 10-E
 - 26.- Hp110-N4E10-E
 - 27.- Hp110 Pozo 3 Ent 2
 - 28.- Hp110-N4E4-E
 - 29.- Hp110-N16E13-E
 - 30.- Hp110-N16E13-E
 - 31.- Hp114-S115W88-E*
 - 32.- Hu23 Pozo 2-E
 - 33.- Hp38-S214E23-C
 - 34.- Hp38-N224E71-B
 - 35.- Hp110-N16E13-E
 - 36.- Hp83-S224E7-B
 - 37.- Hp83-S212E23-C
 - 38.- Hp110-N16E13-E
- * Fechamiento discordante

Fig. 3 Proyecto arqueológico Huasteca. Fechamientos de Carbono 14 que conforman la secuencia cultural.

proporción se encuentra ya el tipo Aguilar Gris. Salvo algunas incisiones que llevan los tecomates en su exterior, la mayoría de los tipos cerámicos tienen decoración incisa, excavada o punzonada en el fondo de las piezas, elaborándose figuras geométricas. También están presentes los soportes cónicos-cortos o cónicos ranurados para la segunda mitad de Pujal.

Hasta ahora no se han identificado figurillas de cerámica en la parte temprana de Pujal o si existen son muy escasas y se cree que corresponden a la segunda mitad —a partir del 1 400 a. n. e.— de esta fase cultural.

Respecto a estos últimos, las figurillas Pujal llevan decoración en cara y cuerpo hecha con pintura negra de chapopote, algunas presentan además pintura blanca y roja con decoración geométrica, formada por líneas o bandas; los rasgos de la cara se elaboran en la mayoría de los casos por incisión y en menor proporción por pastillajes con incisiones. Se representan tanto mujeres como hombres, en ambos casos con el sexo marcado y lo mismo se elaboran en pie que sentados con las piernas cruzadas. En algunas cabezas se observa la deformación tabular erecta del cráneo. La mayor parte son sólidas, aunque hay algunas que tienen las piernas o la cabeza huecas. Se representan también animales como monos, conejos y serpientes. Al final de Pujal están presentes también silbatos, con decoración igualmente de chapopote (fig. 4).

En cuanto a restos óseos humanos localizados en Pujal, se cuenta con dos enterramientos: uno de infante, enterrado en posición sedente con una “vasija capital” como ofrenda, la que lo cubría casi en su totalidad, y el otro caso se trata de huesos aislados cubiertos con un fragmento de vasija.

En lítica están presentes morteros, piedras de mollienda ápodas y abiertas de forma oval, con “manos” alargadas. Entre las puntas de proyectil destacan los tipos Tortugas, Matamoros, Palmillas Zacatenco y Dalton; en las dos primeras, obtenidas de excavación, se observa la presencia de chapopote en ambas caras de su base para facilitar su enmangado. Se cuenta con lascas de sílex y de obsidiana semejante a las que reportan Lowe (1975), Wilkerson (1981) y Piña Chán (1982) como propias para el procesamiento de la yuca; hay también algunos artefactos de obsidiana pero no se observa la presencia de navajas prismáticas de este material. Están presentes algunas hachas de piedra pulida, raspadores denticulados y raederas cóncava convexas.

La dependencia de los grupos Pujal estaba basada además de los productos de su incipiente agricultura, en la recolección de moluscos *Diplodon sp.* o almeja de agua dulce, en su mayoría en la cacería de artiodáctilos y reptiles —venado cola blanca y “tortuga

pinta” o “jicotea”—, en la pesca —de pejelagarto o catán, entre otros— y en los productos vegetales que en el área abundan. Recientemente se ha localizado un “piscador” en hueso, lo que corrobora la importancia de las actividades agrícolas (Merino Carrión, 1985) de esta fase. Se conoce otro piscador en hueso, aunque más tardío, para la fase San Lorenzo A, de San Lorenzo (Coe y Diehl, 1980).

En la actualidad sólo contamos, además de la correlación tipológica de los materiales, con un fechamiento de C-14 para localizar temporalmente esta fase cultural, que hemos situado tentativamente entre el 1600 y el 1100 a.n.e. Pujal está caracterizado por 17 asentamientos con toda seguridad y existe la posibilidad de incrementar el número en otros 15, lo cual sólo podrá corroborarse al ser excavado un mayor número de sitios con ocupaciones del Formativo.

Fase cultural Tampaón (1 100-650 a. n. e.)

Tampaón cuenta con un mayor número de asentamientos, y además de las aldeas chicas y microaldeas —*hamlets*— están presentes aldeas grandes, nucleadas y situadas igualmente en las riberas de los ríos y lagunas. Dada la presencia de estas aldeas grandes y aun cuando no se observan estructuras cívico-religiosas elaboradas —o elevadas— ya que sólo persisten los montículos de tierra habitacionales, pensamos que ya puede plantearse cierta diferenciación social entre sus pobladores y que estas aldeas grandes —de más de 100 casas-habitación o con más de 500 habitantes— serían las que controlarían de alguna manera a las aldeas menores y microaldeas. Esta diferenciación social también la hemos observado en las últimas exploraciones llevadas a cabo en la región, ya que al excavar dos casas, una de ellas presentaba un grueso piso de lodo apisonado y quemado, además de otro piso anterior, elaborado con concha molida y quemada a manera de estuco, mientras que en la otra, sus pisos fueron sólo de tierra apisonada. Además, en la primera (de las casas mencionadas) se observó la fuerte presencia de elementos olmecoides —desde la parte temprana de esta fase Tampaón— mientras que en la otra su existencia es mínima o nula.

Las dimensiones de los asentamientos de Tampaón varían entre 1 y 16 hectáreas, es decir, existen poblaciones que cuentan con 40 o 600 habitantes, para las menores y mayores respectivamente.

Los tipos cerámicos que caracterizan Tampaón son: Ponce Negro, Aguilar Gris, Aguilar Rojo y el Chila Blanco, además de persistir durante la primera mitad de la fase, los tipos mencionados anteriormente, así como una cerámica negra pulida, blanca o gris pulida con acabado y formas semejantes a los

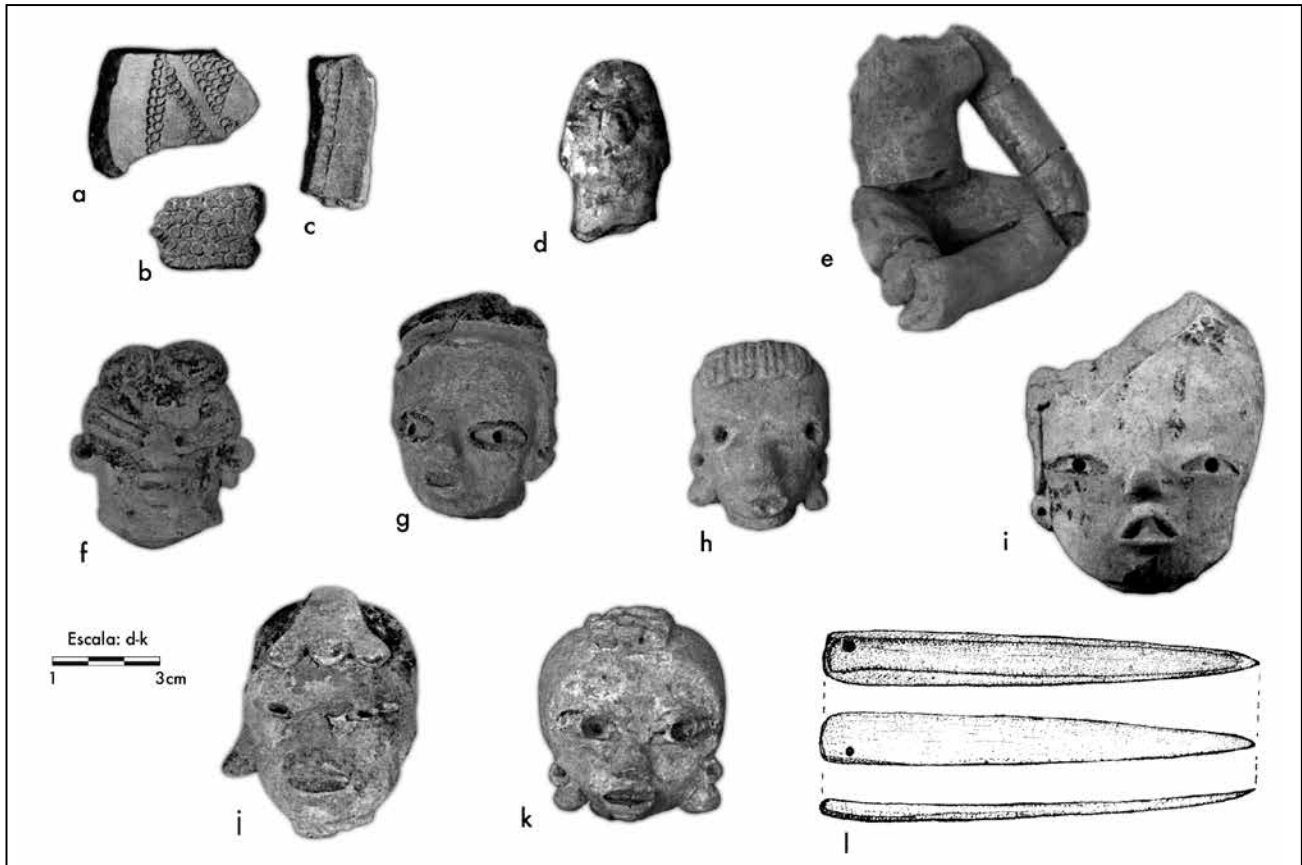


Fig. 4 Elementos Pujal.

olmecas. En las figurillas continúa la utilización del chapopote y de la pintura blanca y roja en la decoración. Existen algunas figurillas olmecas o con rasgos olmecoides, tanto de pie como sentadas, y se representan animales también decorados con chapopote; entre estos últimos pueden mencionarse aves y mamíferos como el perro o el mono. Se cuenta ya con la presencia de juguetes, perros o coyotes con ruedas de cerámica. Aparecen también cuentas esféricas de barro que tal vez fueron utilizadas para collares, así como orejeras sólidas cortas; existen algunas orejeras huecas, también cortas, hechas en hueso con pigmento rojo en el interior (figs. 5 y 6).

En lítica continúan usándose muchos tipos anteriores; aparecen en mayor proporción las hachas, algunas cuentas de piedra pulida, muelas ápodas abiertas y morteros. Entre las puntas de proyectil se encuentran los tipos Trinidad, Hidalgo, Morhiss, Pelona, Tortugas y Young, entre otros. Se tiene ya la presencia de navajas prismáticas de obsidiana, procedentes quizá de Zacualtipán, Hidalgo.

De las exploraciones se obtuvieron también 19 restos de enterramientos humanos y uno correspondiente a un cánido. Los restos humanos se presentan tanto en posición extendida dorsal flexionada como

dorsal o lateral, y fetal para dos infantiles. El cráneo de un adulto dorsal extendido reposaba dentro de una vasija Chila Blanco. También se observa en uno de los restos de un subadulto femenino (18-20 años), un hueco circular en dos incisivos superiores correspondiente al lugar donde llevó una incrustación, y otro que llevaba un hueso largo cortado por la mitad quizá de venado introducido entre las mandíbulas. Pronto se podrá otorgar mayor información (fig. 5). De incrustaciones para etapas tempranas sólo se conocen para Montenegro en Oaxaca (Formativo superior) y más tarde para Uaxactún en Guatemala (Romero, 1974). En nuestro caso (Altamirano, Veracruz) el entierro con huellas de incrustación es correspondiente al Formativo medio, fase cultural Tampaón, local.

La dependencia alimenticia sigue basada en los productos agrícolas, en la cacería y recolección de animales y vegetales y en la pesca. Con base en la existencia de un mayor número de hachas y artefactos de molienda, se puede inferir que la agricultura va tomando mayor importancia, además de que también se recuperaron tres restos de maíz —dos olotes y un fragmento de caña—. Los estudios polínicos correspondientes a esta fase están siendo procesados y esto ampliará la información.

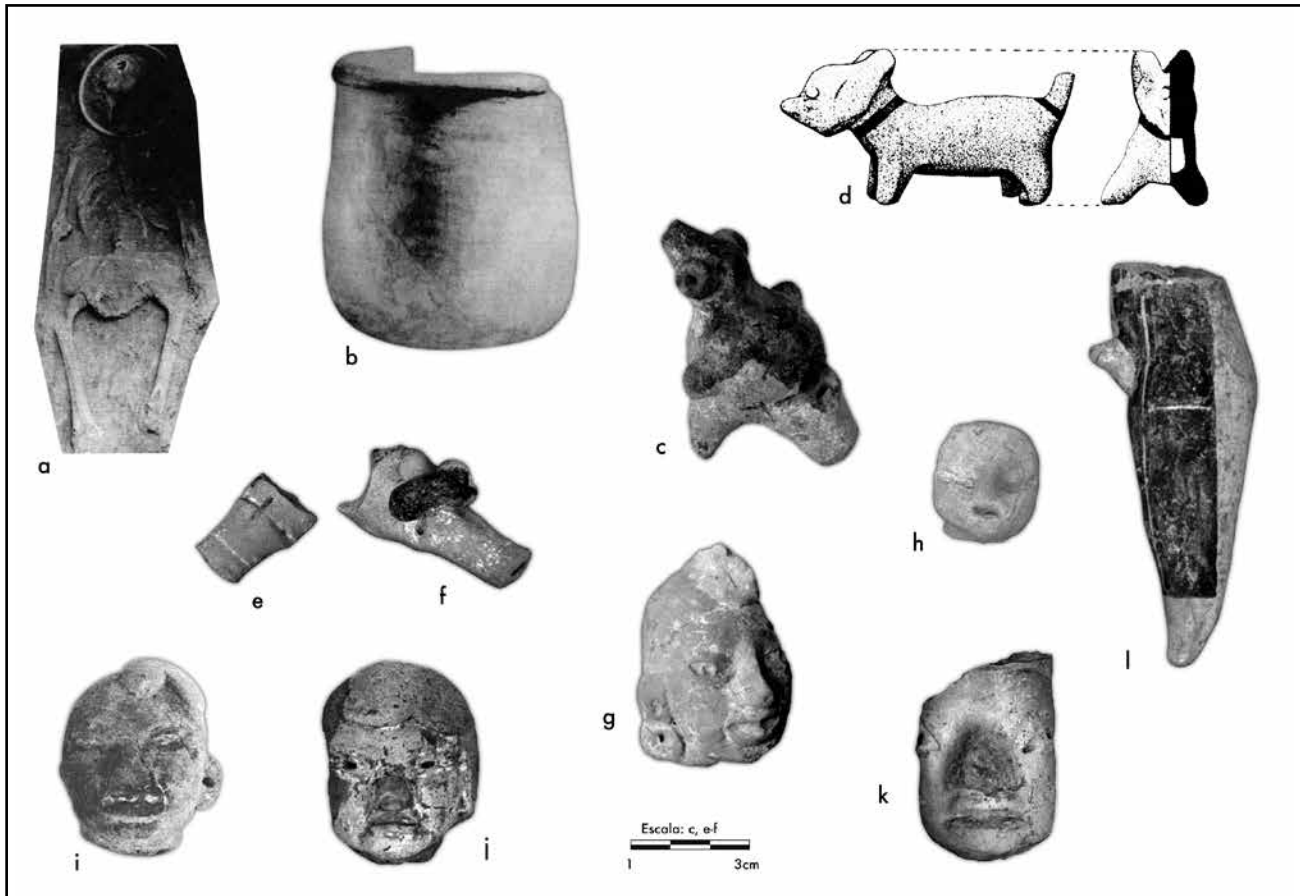


Fig. 5 Elementos Tropaón temprano.

Es importante recalcar en esta fase la presencia del perro domesticado —*Canis familiaris*—, del cual se cuenta tanto con restos óseos como con la representación en figuras de cerámica procedentes de nuestras excavaciones. También se puede mencionar la existencia de ciertos ritos religiosos, manifiestos en la realización de figurillas (aunque ya presentes desde Pujal) y en las ceremonias al efectuar enterramientos, así como en los enterramientos mismos y en los elementos de adornos presentes (pendientes, orejeras y cuentas de collares). Estos últimos junto con los restos óseos con incrustación, indican también cierta jerarquización social. Hacia el final de la fase se cuenta con la presencia de estructuras “ceremoniales” o cívico-religiosas.

A Tropaón la hemos situado entre 1100 y 650 a. n. e., aunque de acuerdo con las últimas excavaciones, es probable que estos límites cambien, de 1200 a 700-750 a. n. e. Tropaón se caracteriza por 35 asentamientos diferentes —que podrán también incrementarse— y por tanto, la población sedentaria anterior se ha duplicado y aún más. Esto último se infiere debido a la presencia de aldeas grandes concentradas y de algunas villas hacia el final de esta fase cultural.

Fase cultural Tantuán I (650-350 a. n. e.)

En Tantuán I se cuenta, además de microaldeas, aldeas chicas y aldeas grandes con entradas, con la presencia de villas —o aldeas concentradas, con estructuras cívico-religiosas—, mismas que al parecer están presentes desde la parte tardía de Tropaón, pero se generalizan para Tantuán I. Estas villas sugieren una diferenciación social interna, por la presencia de estructuras elevadas mayores de tres metros, de planta circular de 25 a 30 m de diámetro, que sirvieron como base para colocar “templos” o bien para ubicar la casa del “jefe”. Además de contar con uno o hasta tres montículos elevados, estas villas tienen también plazas circulares en cuya periferia se sitúan, sobre montículos bajos de tierra, las estructuras habitacionales.

El tamaño de los asentamientos es de dos hectáreas para los menores y hasta de 20 hectáreas para los más grandes (de 80 a poco más de 750 habitantes). Los sitios ya no sólo se ubican en las riberas de ríos sino también en lomas bajas alejados de alguna fuente de agua permanente, pero ahora cuentan con uno o más “jagüeyes”.

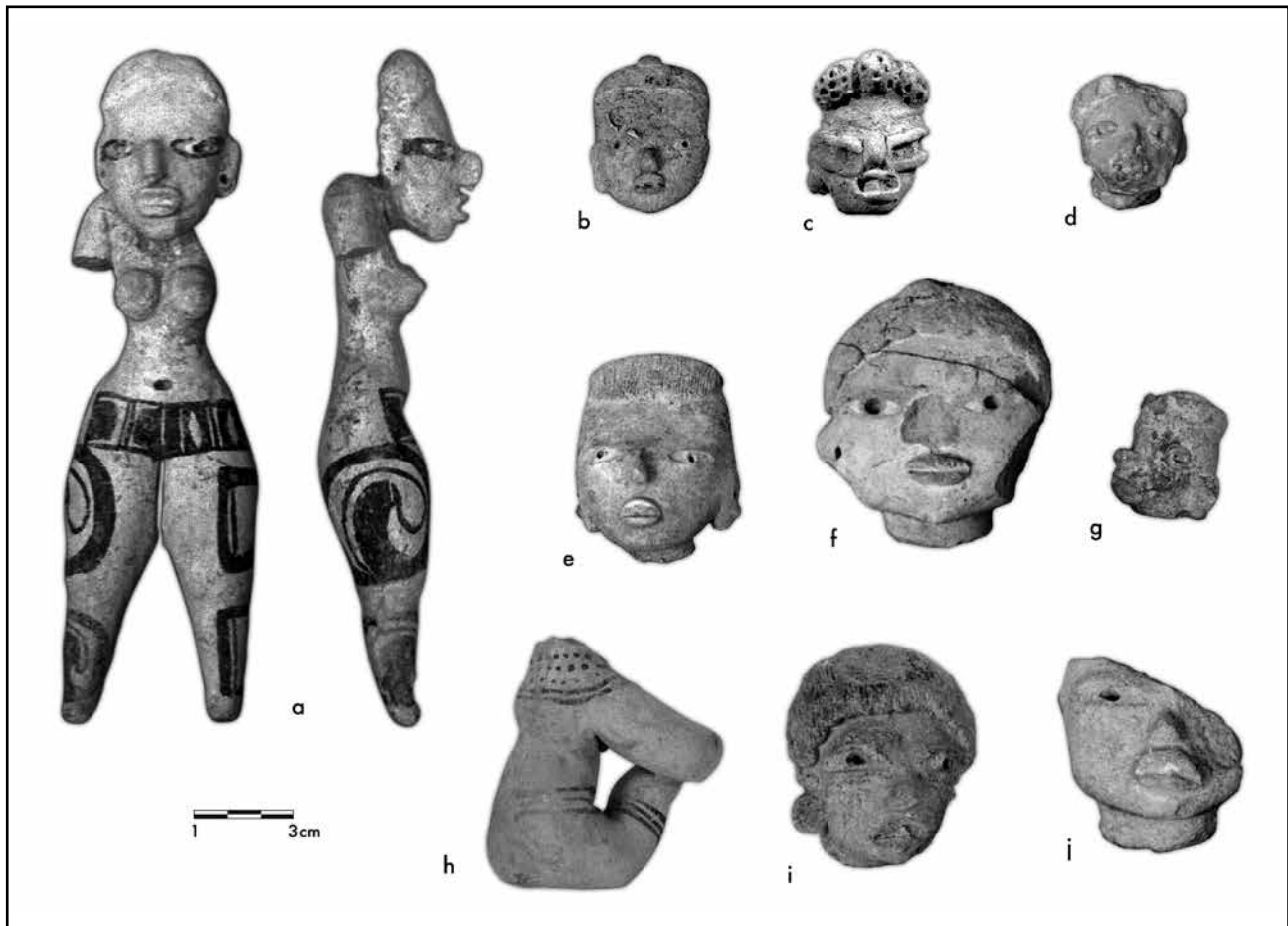


Fig. 6 Elementos Tropaón.

En la cerámica se utilizan aún algunos tipos anteriores como Aguilar Gris, Aguilar Rojo y Chila Blanco, y se inicia el uso de Prisco Negro y Café paredes delgadas, además —desde luego— de la cerámica Lisa gruesa en diferentes subtipos y variantes. Las figurillas de esta fase se continúan fabricando por modelado y se utiliza todavía el pastillaje junto con la incisión para la realización de ojos y boca. Las figurillas llevan orejeras, pendientes y algunas presentan un tocado elaborado. Se hace uso igualmente del chapote para la decoración (figs. 7 y 8).

En lítica se tienen muelas ápodas de paredes cerradas; “manos alargadas” y “cortas”. En puntas de proyectil predominan los tipos: Fresnos, Matamoros, Catán, Palmillas y Travis. Se incrementa el uso de obsidiana, aunque sólo alcanza 2% del total de artefactos, que en su mayoría siguen elaborándose en rocas sedimentarias. Están presentes las navajas prismáticas de obsidiana negra y se utilizan pendientes o cuentas de piedra pulida como adornos.

La dieta alimenticia sigue basándose en la caza, la pesca, la recolección y la agricultura. Se observa aún una fuerte proporción de las almejas de agua dulce

—*Diplodon sp.*— y están presentes también restos de tortugas —jicotea—, del venado cola blanca y se encorrala y utiliza al perro.

Se han explorado restos físicos de entierros humanos, y aun cuando falta el estudio específico de los mismos, podemos adelantar que estos se encontraron en posiciones sedente en tres de los casos, a uno de ellos le colocaron una vasija sobre el cráneo —el cual estaba deformado—, otros dos corresponden a infantes sepultados al lado del primero. El cuarto entierro se localizó en posición flexionada lateral izquierda y con ofrenda de una vasija colocada en forma invertida, conteniendo siete huevos, y el quinto se encontró en decúbito dorsal flexionado —total— y al parecer fue amarrado.

A Tantuán I lo hemos localizado entre 650 y 350 a. n. e., aunque es probable que su inicio se dé un poco antes; cuando se tengan más fechamientos podremos afinar esta cronología. Se han localizado hasta el momento 68 asentamientos, lo que indica un crecimiento gradual —el doble— de la población respecto a la fase Tropaón anterior.

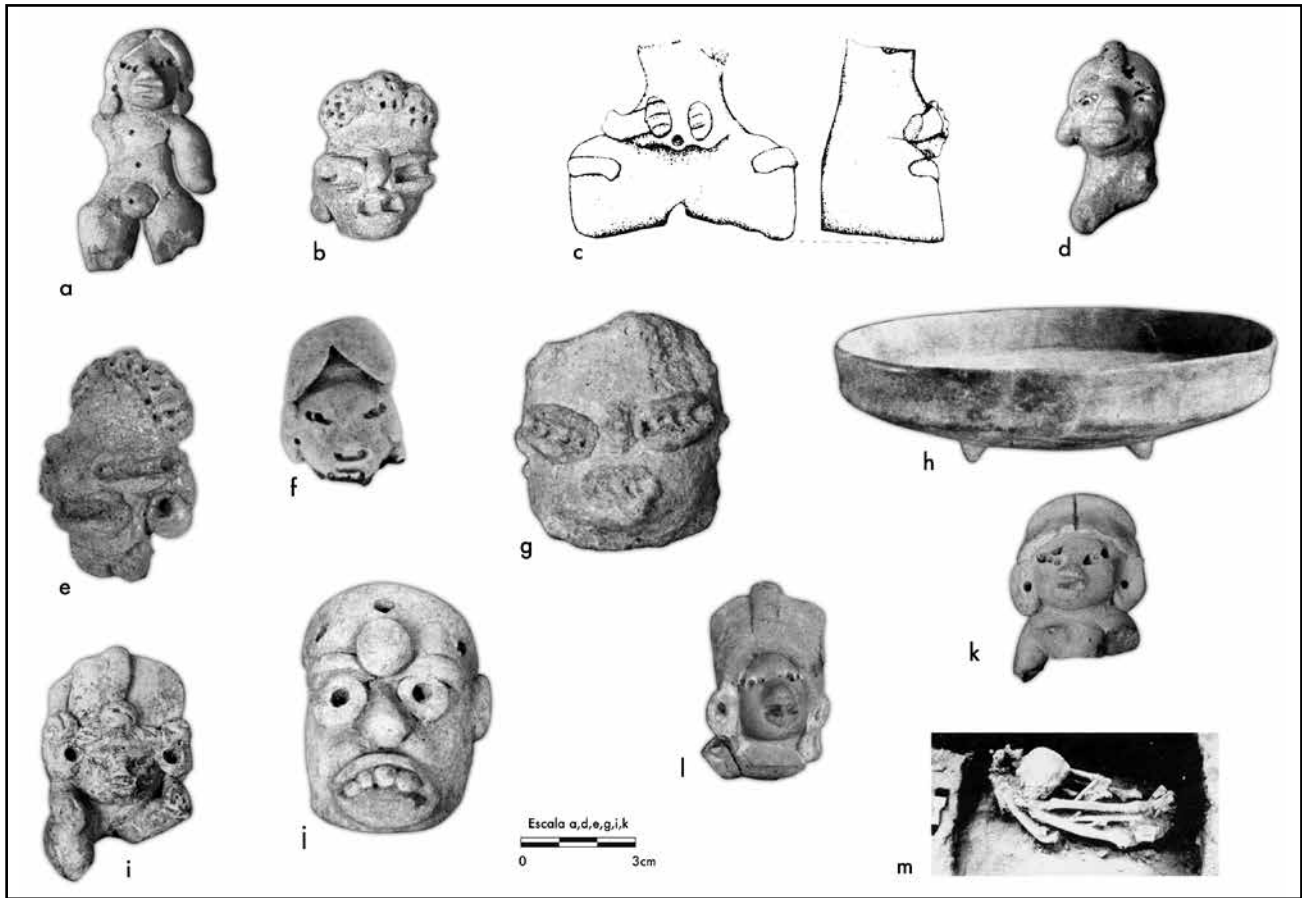


Fig. 7 Elementos Tantuán I.

Fase cultural Tantuán II (350 a. n. e.-200 d. n. e.)

Tantuán II ocupa el momento de mayor apogeo que se dio en la región de estudio. Es la fase cultural en la secuencia regional que cuenta con el mayor número de asentamientos, ubicados en todas partes indistintamente, cerca o lejos de alguna fuente de agua permanente, situación que se había iniciado desde Tantuán I. Además de aldeas chicas y aldeas grandes, concentradas, y de villas, en Tantuán II existen verdaderos pueblos en los que al parecer habitaron al menos tres grupos sociales, mismos que fueron identificados a través de los restos de estructuras arquitectónicas, tales como las existentes en el área cívico-religiosa, los montículos elevados menores de dos metros, donde se asentó la población rural. Podemos suponer entonces que en estos pueblos se concentraría el poder no sólo económico-político, sino que también serían quienes marcaran las pautas regionales a seguir.

En Tantuán II existen más de 30 pueblos diseminados por toda el área que cuentan con villas y aldeas a su alrededor. Dos de estos pueblos pueden considerarse como pueblos grandes o “ciudades” dadas sus

dimensiones —150 y 300 ha, respectivamente— y el número de plazas circulares que contienen —cuatro y ocho— y tal vez fueron éstos los que tuvieron el control general del área. Así, tenemos que las dimensiones de los asentamientos varían de 3 a 300 ha, es decir, contaron con población cuyo número de habitantes variaba de 100, para las aldeas menores, a 9000 o poco más para el poblado mayor.

Los tipos cerámicos Prisco Negro, Café Paredes Delgadas y Pánuco Gris forman la cerámica que caracteriza a Tantuán II, y para la segunda mitad son también diagnósticos, junto con los tres tipos mencionados, los tipos Pánuco Negro Burdo y Pánuco Pasta Fina. Las figurillas de cerámica se continúan elaborando como las de Tantuán I, representadas tanto de pie como sentadas. Se utiliza tanto el pastillaje como la incisión, las figurillas presentan tocado y orejeras, los cuerpos son esbeltos con caderas y piernas anchas, hay máscaras y algunas figurillas recuerdan a las de Teotihuacán I y están elaboradas en una pasta más fina, correspondiente quizá al tipo cerámico Pánuco Pasta Fina. Se tiene también la presencia de representaciones en cerámica de aves, armadillos, perros y monos. Las orejeras sólidas son

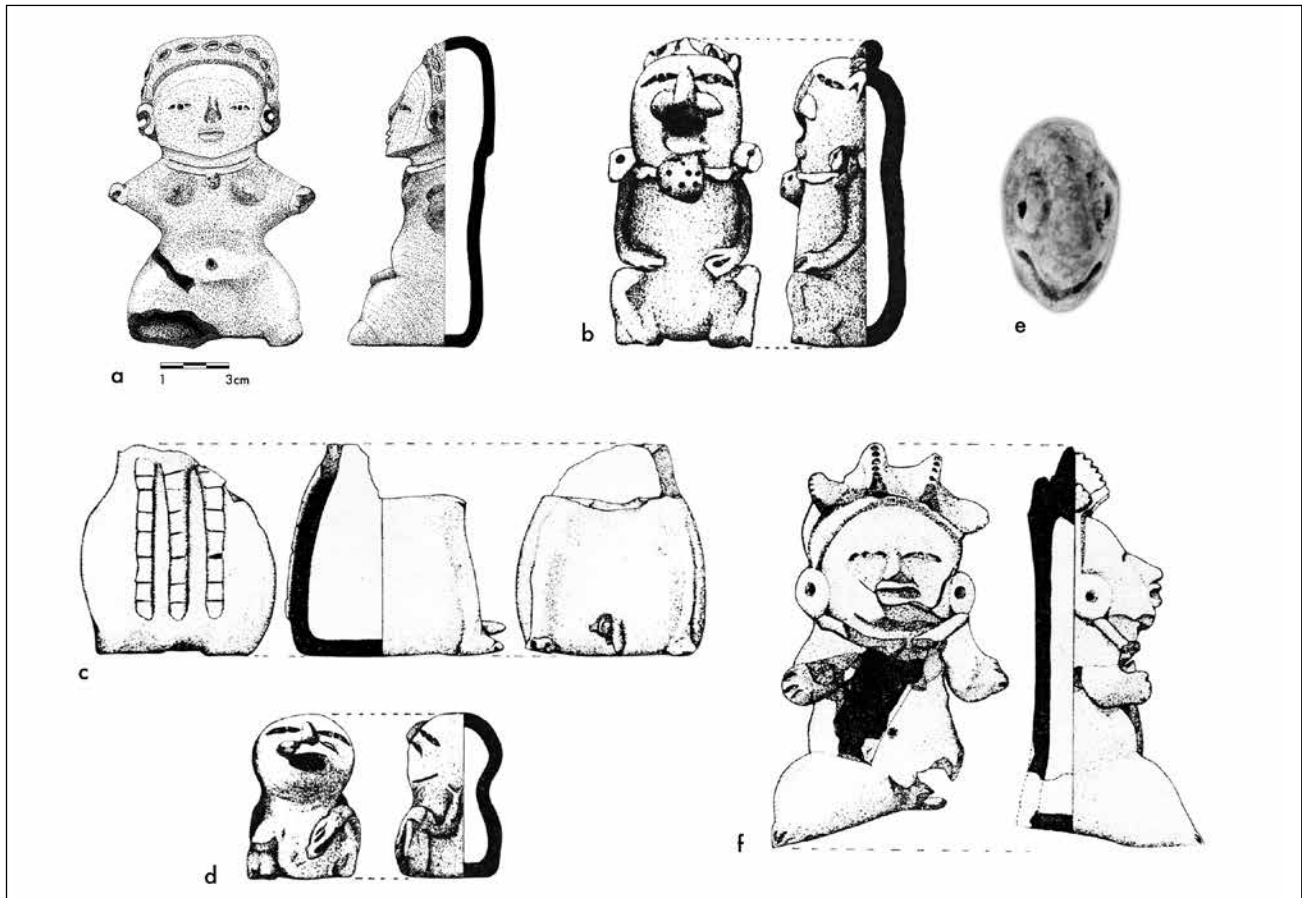


Fig 8 Elementos Tantuán I.

escasas o están ausentes y aparecen ahora unos anillos de barro cocido que tal vez funcionaron como cuentas o pendientes de collares. Existen silbatos y flautas de distintas formas, entre ellas aparece una representación de niño en su cuna. Además se trabaja el caracol y la concha, existen cascabeles y un ave realizados con este material. Se encontró una aguja de hueso (figs. 9 y 10).

En la lítica de Tantuán II no hay grandes cambios, sólo aparece en mayor proporción, lo cual es lógico dado el número de asentamientos y de habitantes. Las hachas de piedra pulida continúan presentes, aunque en menor proporción. Se incrementan los artefactos para molienda y en las puntas de proyectil destacan los tipos: Enser, Zacatenco, Carrollton, Starr, La Mina y Lange. Existen raspadores elaborados sobre navajas de obsidiana negra, además de tipos que vienen realizándose desde fases anteriores en obsidiana y sílex, hay raederas cóncavas y convexas, y artefactos compuestos como raederas-cuchillos, raedera-tajador y raedera-perforador.

Por el momento se han explorado 34 enterramientos humanos para esta fase, los que van acompañados por lo regular de alguna ofrenda, se presentan

flexionados o sedentes, predominando en fuerte proporción estas últimas, ya sea en posición de “flor de loto”, “media flor de loto” o en posición fetal. La ofrenda consiste de vasijas y pendientes de concha o bien de un metate con su mano. Enterramientos en “flor de loto” sólo han sido reportados para las Pilas en Morelos (Martínez, 1979) aunque a juzgar por las ilustraciones, más bien se trata de enterramientos en posición de cúbito dorsal flexionado y no en “flor de loto” como los de nuestra área de estudio, los que aparecen en forma semejante o idéntica a las representaciones de algunas figurillas.

En Tantuán II, aun cuando se continúa con la explotación de los recursos naturales, se depende básicamente de los productos obtenidos gracias a la agricultura, actividad que llega a su apogeo. Continúa la presencia y utilización del perro —*Canis familiaris*— de artiodáctilos —venados— y de tortuga —*Chrysemis sp.*—; se cuenta igualmente con abundantes restos de armadillo —*Dosypus novemcinctus*— y de moluscos marinos —*Macrocallista*, *Pseudochama*, *Melogenia corona*, *Brachidontes*, *Busycon contrarium*, *Strombus sp.* y *Oliva sp.*— muchos de los cuales se utilizaron para elaborar adornos —pendientes en forma de cascabel

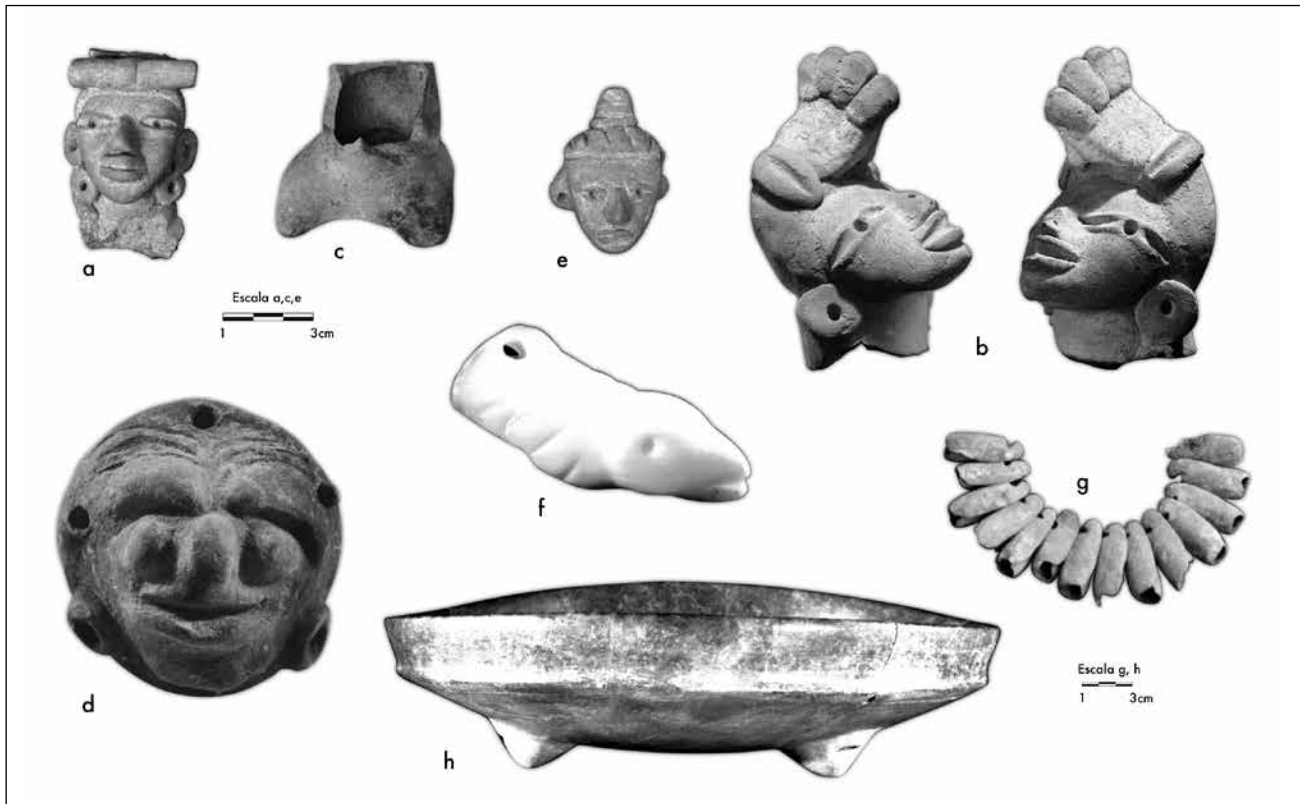


Fig. 9 Elementos Tantuán II.

o simples— o bien como utensilios (Blanco, 1983). Esta fuerte presencia de moluscos marinos indica el grado de contacto existente con los grupos humanos que habitaban en la costa del golfo y es un elemento más que comparten los habitantes de esta región noroeste de México, además de su cerámica.

Se han ubicado para Tantuán II 268 asentamientos humanos diferentes y lo mismo existen aldeas chicas de pocos habitantes que pueblos y grandes pueblos con fuerte población, como mencionamos anteriormente. Se ocupa toda la región de estudio, a excepción del actual embalse de la prensa Xicoténcatl, Tamaulipas, y se comparten muchos elementos culturales con los asentamientos ubicados en la costa del golfo inmediata (Ekholm, 1944; MacNeish, 1954).

Tantuán II ha sido ubicado cronológicamente entre 350 a. n. e. y 200 d. n. e., justo el momento en que la mayor parte de Mesoamérica —tomada como área geográfica— logra un gran apogeo cultural que tendría como resultado el florecimiento de las grandes ciudades del llamado “Clásico”.

Fase cultural Coy (200-650 d.n.e.)

Durante esta fase cultural se presenta un fuerte decrecimiento de la población debido a la reducción

drástica del número de asentamientos existentes en el área; el norte y noroeste se deshabita y el número de pueblos también es menor. Aun cuando para esta fase se presenta uno de los mayores asentamientos —en dimensiones y en población— existente en toda la secuencia, el número total de asentamientos así como el de habitantes se reduce significativamente.

La población emigra hacia el sureste, lugar donde se localiza también este “pueblo grande”; aparecen estancias, microaldeas, aldeas chicas y pocas aldeas grandes —tanto concentradas como dispersas— villas y escasos pueblos.

Así, salvo el pueblo grande donde pudieron habitar durante esta fase —ocupación que se inicia desde Tantuán II— unos 20 000 habitantes, en el resto del área la población fluctúa entre 80 habitantes para las menores —microaldeas y estancias— a 2 500 para las de mayor dimensión.

El pueblo grande es conocido en la actualidad como “El Lomerío” —Hv28—, por su apariencia, ya que contiene varios conjuntos cívico-religiosos, “residenciales” así como habitacionales, mismos que están bastante bien diferenciados entre sí, y ocupan un área de 1 100 ha. Es éste el asentamiento para el que se elaboró el convenio SARH-Ejido de Oviedo-INAH, para lograr su no afectación por obras hidráulicas y para que quedara también como reserva ecológica.

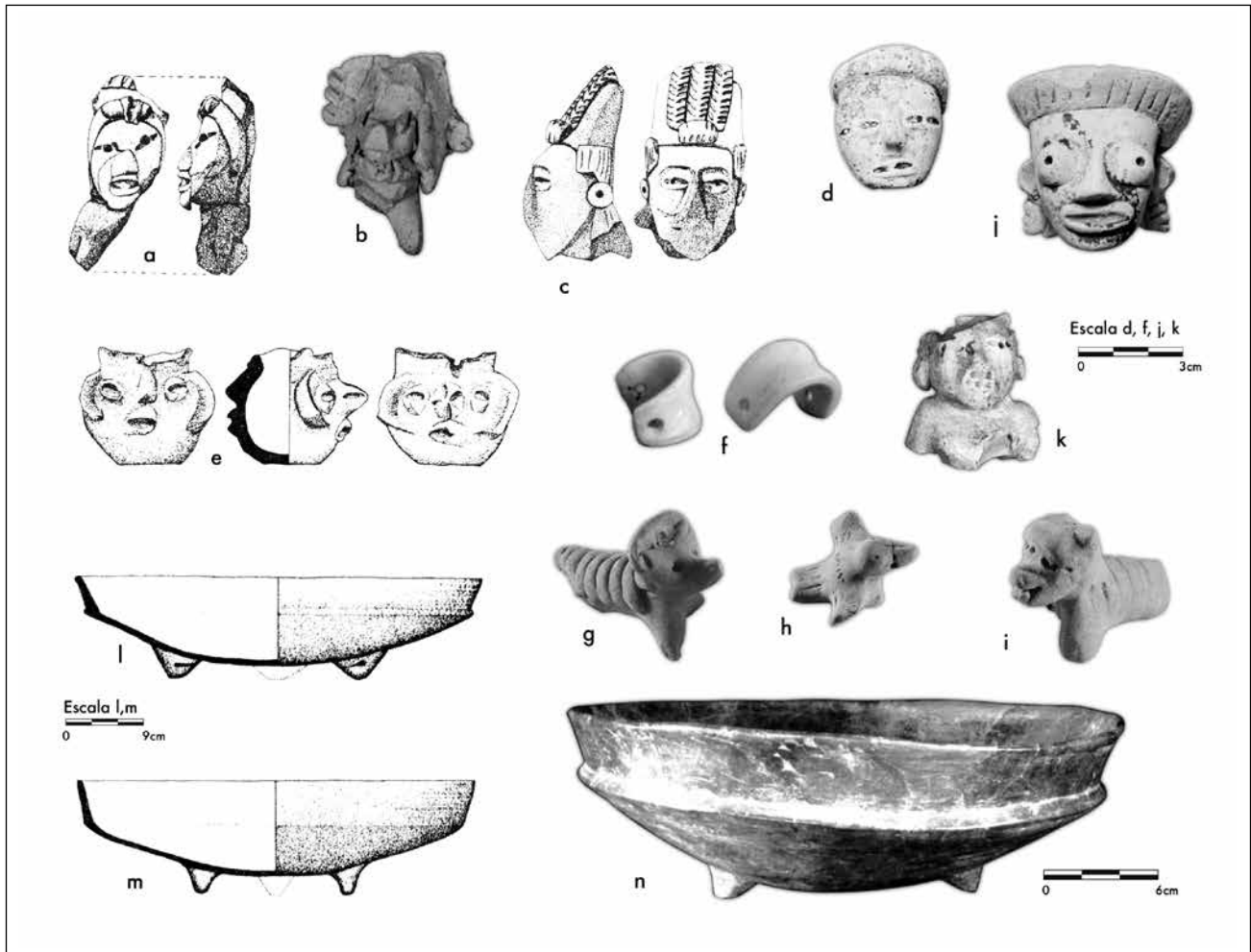


Fig. 10 Elementos Tantuán II.

Durante Coy se observa ya el uso del estuco para recubrir los montículos de tierra, base de los templos o de las casas “residenciales” y hacia el final de la fase existe el uso de lajas calizas para recubrir sus estructuras arquitectónicas. Ahora la mayoría de los asentamientos se ubican nuevamente cercanos a las fuentes de agua permanente, además de contar con sus propios “jagüeyes”, elaborados dentro del asentamiento mismo y cuya tierra extraída sirvió para la construcción de montículos. La mayor parte de los montículos de “mayores dimensiones”, están formados por lomas naturales, adaptadas o transformadas para su función, es decir, servir como plataforma o base de templos. En Coy, al igual que en las fases anteriores, tanto la planta de las estructuras como las plazas tienen forma circular.

Ya mencionamos que la parte norte del área de exploraciones se encuentra deshabitada durante Coy, es decir, todo el extremo sur de Tamaulipas no muestra ocupación Coy, pero sabemos que hacia el extremo sur de la sierra de Tamaulipas —San Antonio No-

galar— sí existen asentamientos contemporáneos, aunque con fuerte influencia de Teotihuacán (Stresser-Pean, 1977).

Las cerámicas de pasta fina: Pánuco pasta fina con engobe rojo y Pánuco pasta fina con engobe blanco, son los tipos diagnósticos de Coy, y se continúan utilizando el Pánuco Gris y el Pánuco Negro burdo y, en menor proporción, los tipos Prisco Negro y Café de paredes delgadas. Hacia la segunda mitad de Coy aparece el tipo Zaquil Negro y el tipo Zaquil Rojo, además por supuesto de contarse con la cerámica doméstica (García Cook y Merino Carrión, 1979).

Existen también figurillas semejantes a las contemporáneas de Teotihuacán, además de las típicas huastecas mencionadas por Ekholm (1944) para las fases Prisco y Zaquil. Están presentes representaciones de animales, silbatos y flautas, también de cerámica (fig. 11).

En la lítica se incrementa el uso de navajas prismáticas de obsidiana negra, aunque ahora ya aparecen algunas de obsidiana verde, sobre todo para la región

de Chicayán, Veracruz, zona sureste de nuestra área de estudio; las hachas de piedra pulida también están presentes, así como las gubias y las cuentas para pendientes de piedra pulida. En Coy aparecen por primera vez las muelas con patas o metates, aunque se continúan utilizando en mayor proporción las muelas ápodas, tanto abiertas como cerradas, así como morteros. Entre las puntas de proyectil destacan los tipos: Harrell, Teotihuacán, Shumla, Tula y Salado.

Para la primera parte de esta fase se cuenta con restos óseos de nueve individuos, los que fueron sepultados en posición sedente o en decúbito dorsal extendida; algunos de estos entierros con ofrenda de vasijas de cerámica.

La dieta alimenticia de Coy está basada en el uso de los productos agrícolas, aunque desde luego apoyada en la explotación de los recursos naturales, es decir caza, pesca y recolección. Además del uso del perro, se cuenta ahora con toda seguridad con el pavo domesticado —*Meleagris gallopavo*— o guajolote

La fase Coy cuenta con 137 asentamientos diferentes entre estancias, microaldeas —*hamlets*—, aldeas chicas; algunas aldeas grandes, ambas concentradas o dispersas; villas; pocos pueblos y sólo un pueblo

grande, el Hv28 o “El Lomerío”, ya mencionado. Esta fase cultural la ubicamos entre 200 y 650 d. n. e.

Fase cultural Tanquil (650-900 d. n. e.)

Tanquil se inicia con la presencia de una nueva corriente cultural que no tiene raíces en la región de estudio. Esta corriente se ve reflejada en la conformación de los asentamientos, en nuevos elementos presentes en éstos y en la escultura. Así, en los pueblos y pueblos grandes se observa la presencia de estructuras y plazas rectangulares, el uso de las lajas de piedra en la construcción se incrementa, la utilización del talud y cornisa, así como de alfardas en las escaleras y en algunas plataformas rectangulares. Se observa un mayor y mejor uso del estuco en sus construcciones, la presencia de estructuras arquitectónicas para el juego de pelota así como la existencia de pintura mural en algunos asentamientos. Además se continúa con la elaboración de plazas circulares y ahora éstas, las más de las veces, son de mayores dimensiones y al parecer más importantes que las rectangulares. La mayoría de las estructuras rectangulares tienen sus ángulos exteriores redondeados.

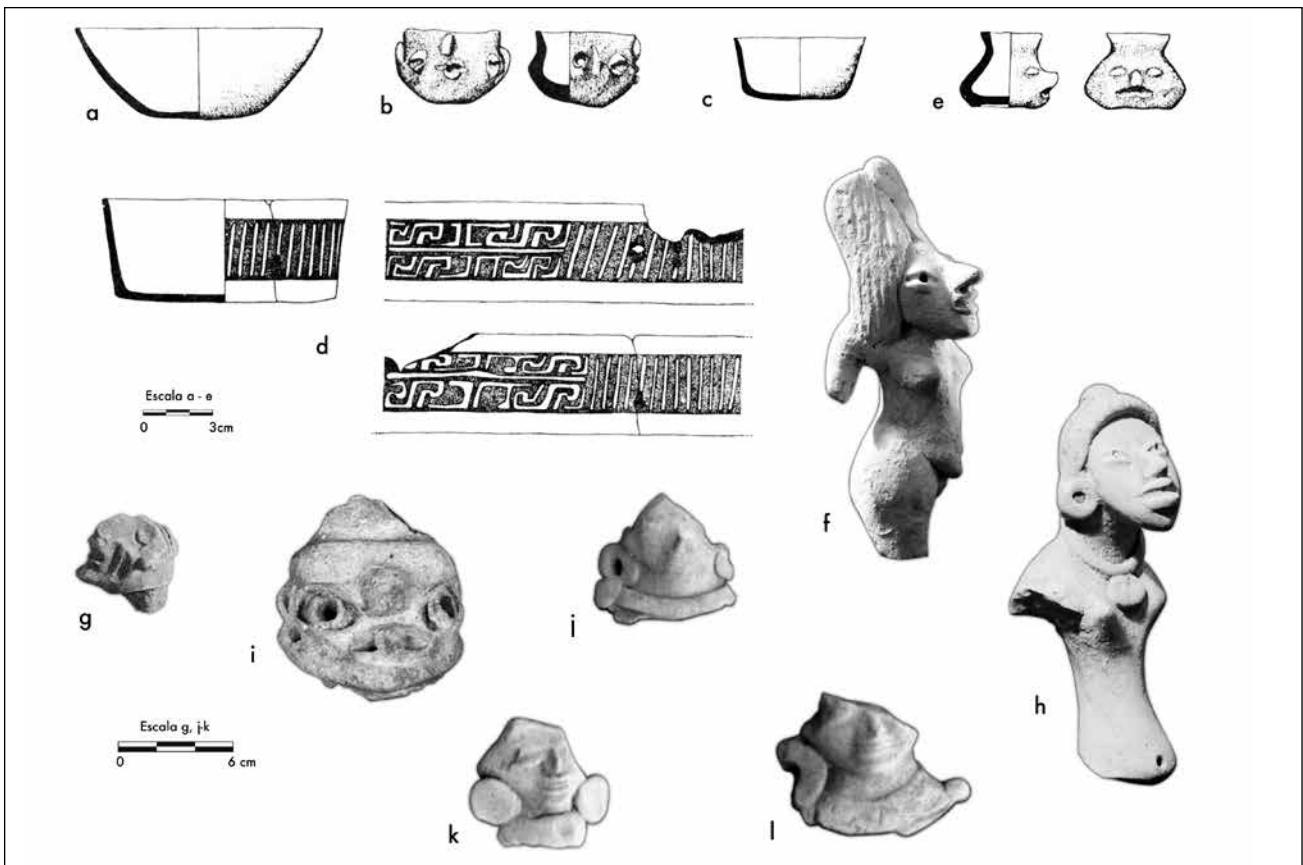


Fig. 11 Elementos Coy.

En muchos asentamientos Tanquil no están presentes las plazas rectangulares, aunque sí pueden contar con estructuras de planta rectangular.

En Tanquil, se pueden inferir las jerarquías sociales de acuerdo con las dimensiones y localización de los montículos, bases de sus casas “residenciales” y habitacionales, que pueden aparecer o no formando plazas circulares y estar alejadas o al lado del área cívico-religiosa.

En la cerámica, Tanquil no observa tipos característicos, ya que se continúan utilizando los tipos de la fase anterior: los de pasta fina, el Zaquil Negro y el Zaquil Rojo, aunque hacia su parte final se inicia el tipo Las Flores, típico de la fase siguiente. Sin embargo, en las figurillas de cerámica, Tanquil sí observa diferencias con las de la fase anterior, tanto en las modeladas como en las moldeadas que ahora aparecen en mayor número. Las primeras se caracterizan por un tocado simple pero muy alto y en las moldeadas aparecen representaciones de algunos dioses, como lo es Xipe, y en general muestran cierta semejanza con los tipos Coyotlatelco y/o Mazapa. El número de tipos y de figurillas se reduce respecto de las fases anteriores (fig. 12).

En la lítica de esta fase Tanquil se continúa con la utilización de muchos tipos ya existentes, aunque se

observa por vez primera la presencia de talón pulido en las navajas de obsidiana y se incrementa el uso de la obsidiana verde, pero desde luego se continúa utilizando la negra. En las puntas de proyectil, además del uso de muchos tipos anteriores, destacan los tipos Catán, Texcoco y Pogo. En la escultura aparece una nueva tradición, como ya mencionamos: las representaciones tienen todo el volumen trabajado y son más elaboradas y realistas a diferencia de las anteriores, que son esquemáticas y simbólicas.

La dieta Tanquil se basa sobre todo en los productos agrícolas tales como el maíz, frijol, yuca, calabaza, etcétera, pero siguen explotándose los recursos naturales por medio de la caza, pesca y recolección, tanto de animales trampeados como de vegetales. Se tienen evidencias, por vez primera en la secuencia, de la utilización de crustáceos, así como de otro género de tortuga —*Terrapene*— además de las “jicotea” —*Chrysemis*— que se consumían desde mucho antes. Se continúa con el consumo del pejelagarto, del cocodrilo, de los guajolotes y los perros, además de las almejas de agua dulce y de los moluscos marinos (Blanco, 1983; González, en prensa, a, b y c).

La ocupación Tanquil es hacia el sur del área, aunque ya se observa cierta reocupación hacia la parte central de la misma. Se han registrado hasta la ac-

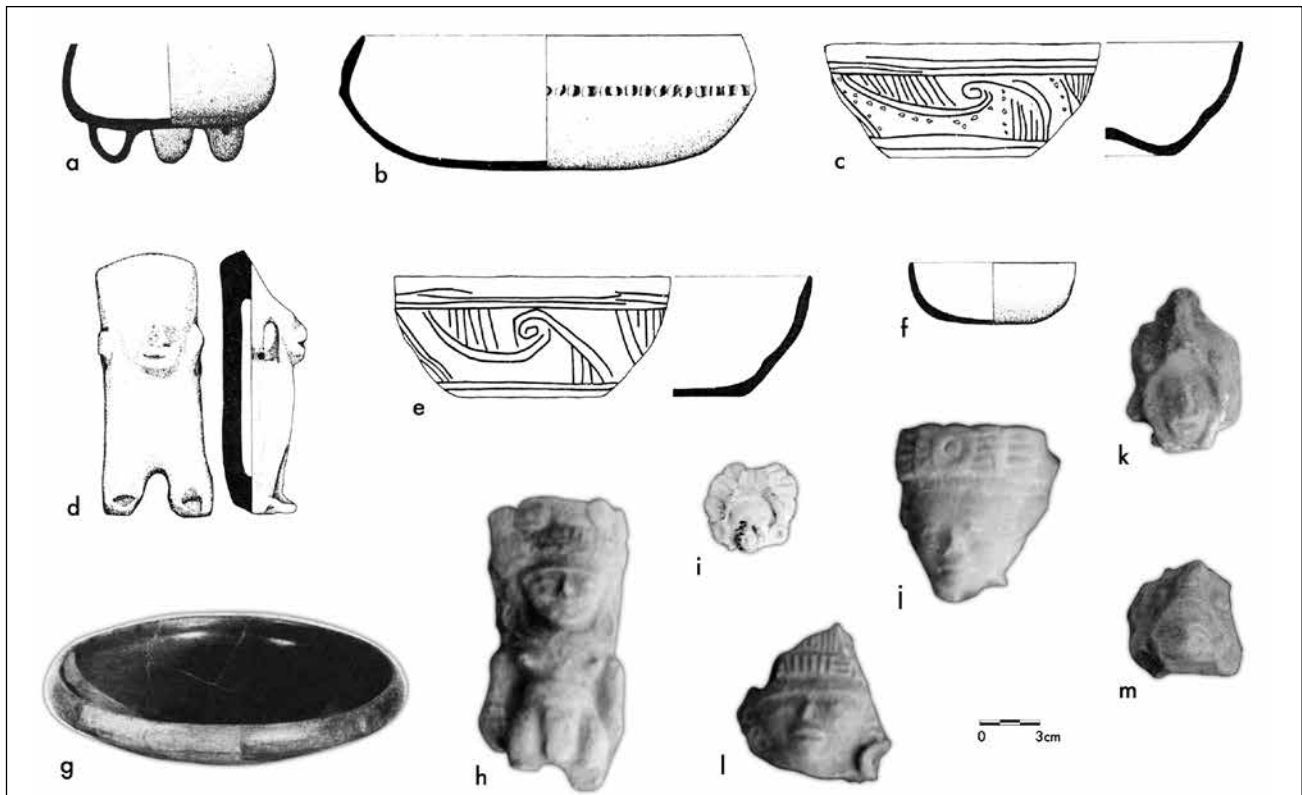


Fig. 12 Elementos Tanquil.

tualidad 136 asentamientos Tanquil, fase que hemos localizado entre 650 y 900 d. n. e., y entre los que se presentan más pueblos y villas y menos aldeas chicas y estancias, por lo que la población también se incrementa respecto de Coy.

Fase cultural Tamul (900-1200 d.n.e.)

En esta fase se observa la consolidación de la nueva tradición cultural arribada durante Tanquil —plazas y estructuras arquitectónicas cuadrangulares, juego de pelota, pintura mural, escultura más elaborada, etcétera— y por tanto, ahora se asimila y se adapta con la tradición local, caracterizando una nueva tradición cultural, misma que se ha considerado como “huasteca”.

Los asentamientos Tamul son semejantes a los Tanquil, presentándose estancias, microaldeas, aldeas —chicas y grandes villas, pueblos y pueblos grandes, con dimensiones también semejantes y muchos de los cuales se localizan en sitios estratégicos. Sólo algunos pueblos grandes Tamul ocupan una superficie mayor —hasta 220 ha— y las dimensiones de sus montículos y plataformas son también más grandes, llegando a tener hasta 30 m de altura. Muchos de estos asentamientos cuentan, además del terracedo y de las plataformas, con canales, además del uso de pasillos para comunicar una estructura con otra. De esta forma se tienen asentamientos Tamul con extensiones que varían de 5 a 220 ha —de 175 a unos 7 700 habitantes, aproximadamente—.

La cerámica característica de Tamul es el tipo Las Flores, con cuatro variantes: Las Flores Negro sobre Rojo, Las Flores Negro sobre Crema, Las Flores Negro o Rojo sobre Blanco o Crema y Las Flores Negro y Rojo sobre Blanco o Crema. Este último tipo no lo menciona Ekholm (1944), pero todas sus características hacen que lo incluyamos en este grupo de Las Flores.¹ Se continúa también con el uso de la cerámica Zaquil Negro y la Rojo, así como aún subsisten algunas de pasta fina, y hacia mediados de esta fase cultural se inicia el tipo conocido como Negro sobre blanco el que en ocasiones se presenta también como Rojizo o Café oscuro sobre blanco. Esta última cerámica mencionada al parecer llega al área por el 1 000 d. n. e, es aceptada y más tarde ampliamente utilizada es la cerámica que ha sido considerada comúnmente como “huasteca”, aunque a esta región de la planicie costera, que también se le ha considerado como huasteca, llega durante Tamul, quizá procedente del sur o suroeste inmediato al área. Hacia la segunda mitad de Tamul

aparece también el tipo Tancol Policromo, cerámica derivada del tipo Negro sobre Blanco. Las figurillas de cerámica continúan en disminución, tanto de tipos como de ejemplares y cada vez se elaboran de un modo más tosco (fig. 13). Se cuenta con objetos de metal, como anillos de cobre.

La pintura mural se multiplica durante Tamul; en este momento se elaboran las conocidas pinturas de El Consuelo en Tamuín, San Luis Potosí (Du Solier, 1946). Recientemente hemos explorado los fragmentos —acomodados— de otro mural, que también fueron encontrados cerca o en el mismo lugar de los conocidos y presentes al público actualmente y que corresponden también a la fase Tamul. Así mismo, durante esta fase se esculpe la escultura por todos conocida de “El adolescente huasteca”, la que al parecer se realiza fuera de nuestra área de estudio aunque se dice que apareció también en El Consuelo, de Tamuín.

Hasta la actualidad se han explorado únicamente enterramientos correspondientes a esta fase, de los cuales cuatro corresponden a infantes y los otros fueron colocados en posición extendida con o sin ofrenda y aislados o en grupo: dos adultos —hombre y mujer— y un niño.

Los productos agrícolas en Tamul son la base de la alimentación, aunque se continúa explotando el medio ambiente, que es pródigo en alimento como las almejas de agua dulce, las cuales aún se siguen consumiendo, aunque en menor proporción, así como las tortugas, el perro y los venados.

Para Tamul tenemos 199 asentamientos localizados, de toda clase, desde estancias hasta grandes pueblos. Cronológicamente hemos situado entre 900 y 1200 d. n. e. y nuevamente se ocupa la mayor parte del área, aunque concentrándose sobre todo hacia la mitad sur-norte de Veracruz y al este de San Luis Potosí, y se vuelve poca o nula en la mitad norte del área explorada —sur de Tamaulipas—.

Fase cultural Tamuín (1200-1550 d.n.e.)

Con el nombre de Tamuín llamamos a la última fase cultural del desarrollo prehispánico regional, por ser esta ciudad (actual) la sede de todos nuestros trabajos de investigación arqueológica en campo —44 meses—, y además por contar cerca de la misma con el único centro arqueológico abierto al público. Por supuesto toma ese nombre del río Tampaón, que cruza la población prehispánica y actual.² Supuestamente es la mejor conocida hasta la actualidad por la mayoría de los investigadores y es la que ha

1 En otra publicación se efectúa la descripción de este tipo subtipo nuevo.

2 Los nombres de cada una de las fases fueron dadas con base en los nombres de los ríos, de acuerdo al área o cercanía al o a los sitios epónimos del momento.

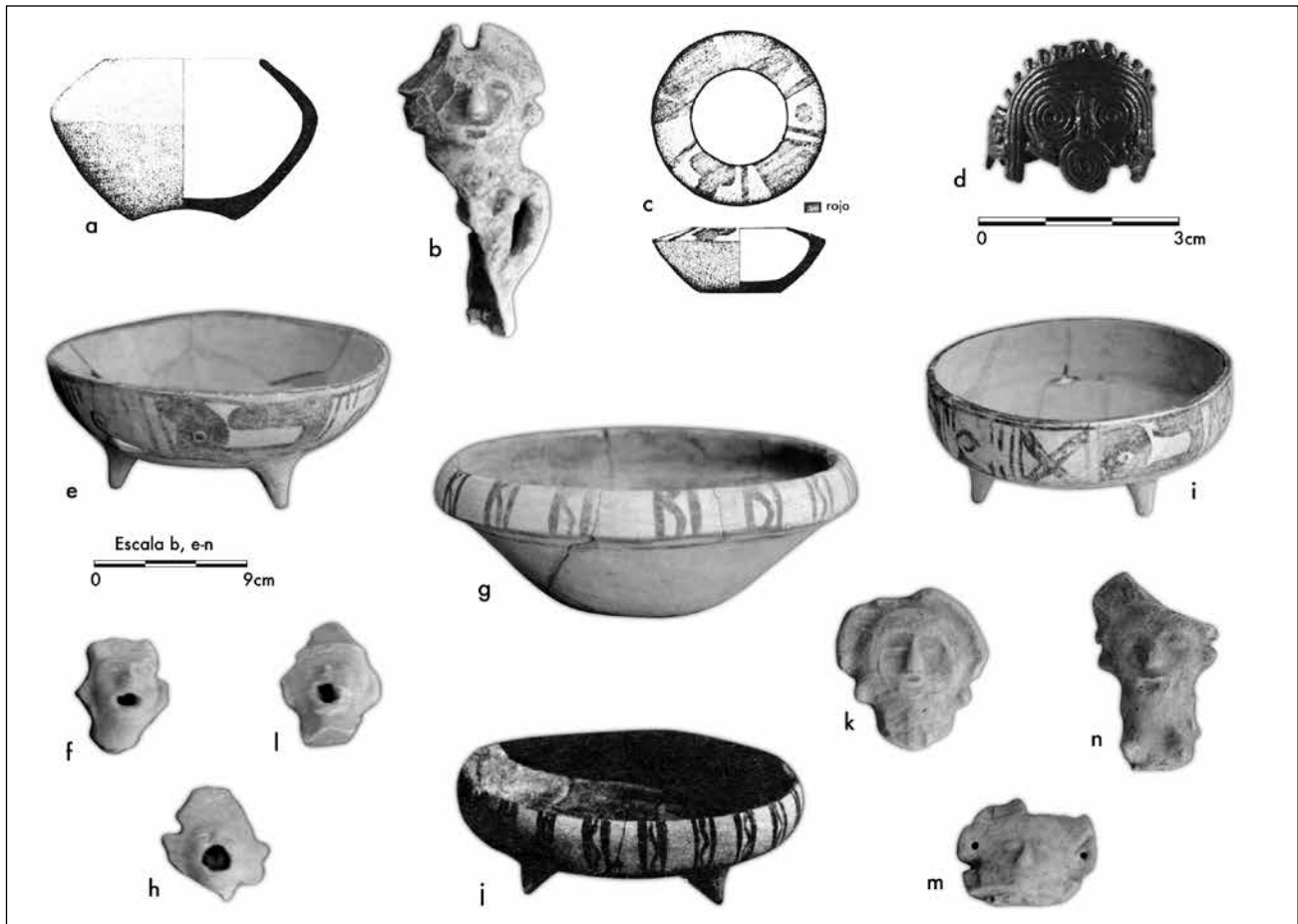


Fig. 13 Elementos Tamul.

sido considerada como huasteca, dado el “conocimiento” que se dice tener de los sitios arqueológicos de Tamuín —El Consuelo— y de Tamtok. Los asentamientos Tamuín son semejantes a los de la fase anterior Tamul y la mayoría fueron ocupados también en dicha fase. Existen por tanto, aldeas, villas, pueblos y pueblos grandes. Aunque vienen desde Tamul, en Tamuín se presentan agrupaciones de sitios con la presencia de al menos un pueblo grande; esto nos lleva a pensar en la existencia de señoríos o cacicazgos que controlan a los grupos establecidos en una región específica. El área de control de estos supuestos señoríos no sobrepasa los 150 km² y podemos mencionar, entre otros, los comandados por Tamtok, Loma Alta, El Consuelo —conocido también como Tamuín—, San José del Tinto, Agua Nueva —identificada con Tzitzin-Tujub—, Tamacuiche, Tanute, Cuitlatem, Oviedo, El Tanleón y otros más fuera del área de estudios, como Tamzan.

Encontramos, aunque quizá vengan desde Tamul, en Tamuín la presencia de un grupo evidenciado por la calidad y característica de su cerámica con cultura diferente a la del resto del área, aunque adaptado a

ella y compartiéndola. Este Grupo ocupa la parte suroeste de nuestra área de estudio y creemos que tiene filiación Pame o más ligada a éstos. Estos grupos los tenemos presentes en los “señoríos” comandados por Tamacuiche, Tanute y Cuitlatem, ya mencionados.

La cerámica característica Tamuín es el tipo Negro sobre Blanco y la Tancol Policromo, básicamente, aunque por supuesto existe la doméstica Lisa gruesa que aparece en diversas variedades. Las figurillas se continúan elaborando, sobre todo moldeadas y toscas aunque aparecen aún algunas modeladas y de buena manufactura. En la lítica se continúan utilizando los tipos anteriores y no hay algo diagnóstico Tamuín. Se cuenta también con la presencia de objetos de metal: anillos, orejeras y aretes, elaborados tanto de cobre (filigrana) como de plata (martillada) y de estaño (pinzas) (Ortega, 1982) (fig. 14).

La dependencia alimenticia de Tamuín se basaba en los productos agrícolas y en la explotación de los recursos naturales, así como del comercio o intercambio con la costa y otras regiones.

Contamos con cerca de 100 restos físicos de enterramientos humanos que nos ofrecen información

sobre la ideología y rasgos religiosos del momento, además de datos sobre nutrición, estatura, costumbres —deformaciones, sistemas de enterramientos— y enfermedades de algunas gentes que habitaron durante esta fase Tamuín. Todos los enterramientos fueron realizados en forma extendida, entre ellos algunos tienen deformación craneana “tabular erecta” atrición y caries dentaria, dientes supernumerarios, etcétera (Peña y Ávila, 1982). La estatura calculada con base en esta muestra es de 1.53 m para las mujeres y de 1.6 m para los hombres. Al parecer estas características vienen desde Tanquil.

En esta última fase cultural prehispánica se presenta el segundo apogeo regional. Se ocupa casi toda el área de estudios. Se cuenta por ahora con la presencia de 258 asentamientos humanos diferentes y pensamos que la población total del área puede ser ligeramente superior a la que habitó durante el primer apogeo, en Tantuán II, con —268 asentamientos— debido al mayor número de pueblos y pueblos grandes.

Antes de dar por concluido este resumen de la evolución regional de los grupos humanos prehispánicos que habitaron esta parte de la planicie costera es im-

portante mencionar que las incursiones de los grupos mexicas nunca llegaron a cruzar el río Pánuco y, salvo algunas poblaciones del extremo oeste del área de estudios —región de Ciudad Valles—, el resto del área permaneció sin la presencia de los grupos conquistadores del Altiplano central, lo que no implica que no haya habido intercambio con esos grupos. Por esto mismo la región conserva muchos toponímicos en huasteco más que en náhuatl, estos últimos aparecen hacia el sur del área que nos ocupa.

Hemos visto así, en una forma muy sintética, el desarrollo cultural de la cuenca baja del río Pánuco, área que pertenece a la gran macroárea de la Huasteca, a la que se le ha asignado, a pesar de los escasos estudios con los que cuenta, un patrón único de cultura —para alrededor de 64000 km²— en donde existen y existieron poblaciones costeñas, de planicie, de pie de monte y serrana, cada una de las cuales tuvo diversos contactos y relaciones con culturas vecinas distintas, con quienes intercambiaron, adoptaron o aportaron, tanto nuevos conocimientos como materias primas, que transformaron sus patrones de conducta y que las diversificó, aunque con raíces comunes.

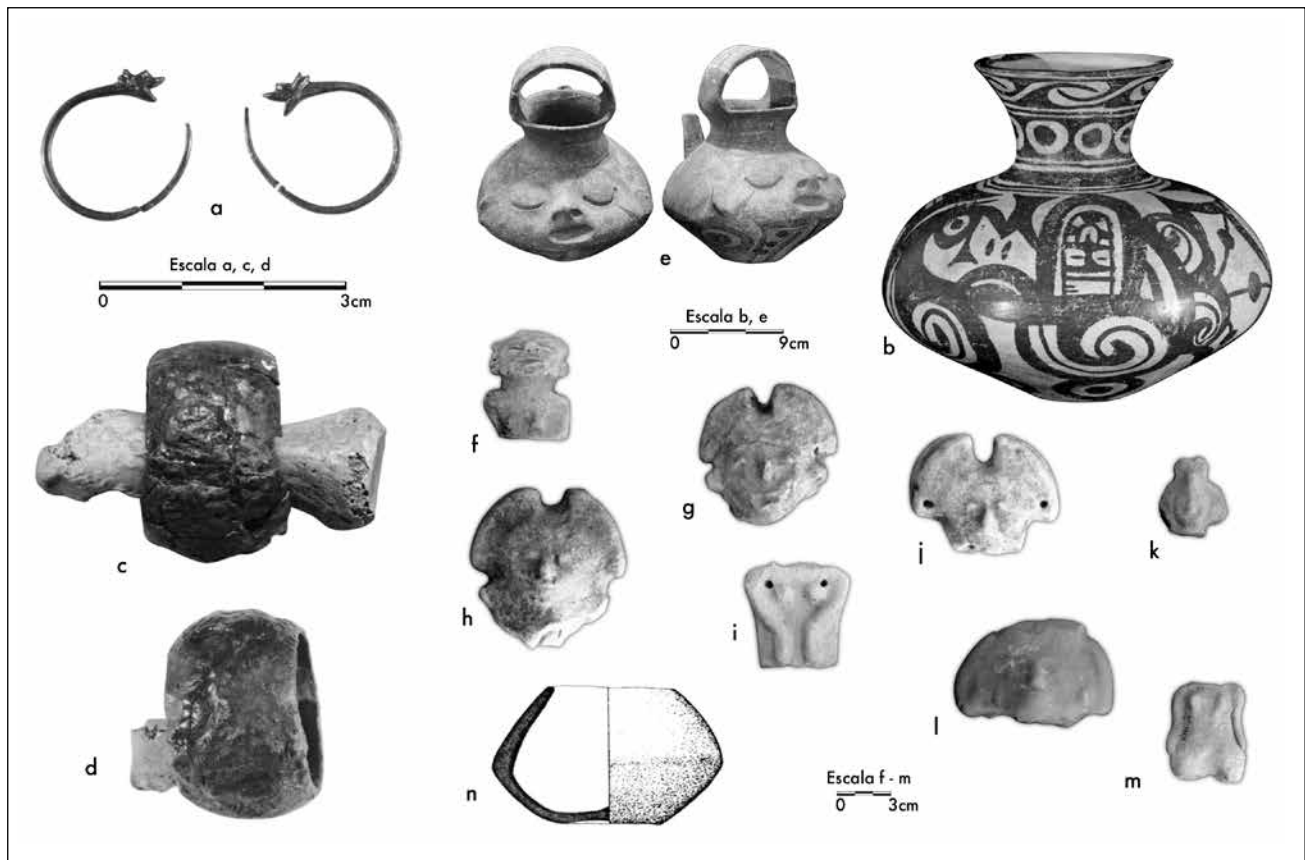


Fig. 14 Elementos Tamuín.

Bibliografía

Arias, Martha

1982 *El Formativo en la cuenca baja del río Pánuco*. Tesis. ENAH, México

Blanco, Alicia

1983 Análisis taxonómico de los materiales zoológicos del proyecto Huasteca (mecanoescrito). México, Archivo del PAH; Monumentos Prehispánicos, INAH.

Coe, Michael, y Diehl, Richard

1980 *In the Land of the Olmec*. 2 vols. Austin, Univ. of Texas press.

Ekholm, Gordon

1944 Excavations at Tampico an Pánuco in the Huasteca México. *Anthropologist Paper of the National Museum of Natural History*, vol. xxxviii (v). Nueva York.

García, Asunción

1982 *La cerámica huasteca de la planicie costera*. Tesis. ENAH, México.

García Cook Ángel, y Merino, B. Leonor

1977a Notas sobre caminos y rutas de intercambio al este de la cuenca de México. *Comunicaciones*, 4: 71-82. Puebla, FAIC.

1977b Proyecto Arqueológico Huasteca. *Boletín del Consejo de Arqueología*, 1. México, INAH.

1979 Investigación arqueológica en la cuenca baja del Pánuco. En *Homenaje a José Luis Lorenzo*. México, INAH.

González, Lauro

(en prensa) *Análisis polínico de la Huasteca: I, El lomerío, Veracruz*. México, INAH.

(en prensa) *Análisis polínico de la Huasteca: II, Las Pozas, S.L.P.* México, INAH.

(en prensa) *Análisis polínico de la Huasteca: III, Xicoténcatl, Tamps.* México, INAH.

Lowe, Gareth

1975 The Early Preclassic Barra Phase of Altamira, Chiapas. A Review With New Data. *Papers of the New Archaeological Foundation*, 38. Provo, Utah.

MacNeish, Richard S.

1954 An Early Archaeological Site near Pánuco, Veracruz. *Transactions of American Philosophical Society*, xli (5). Philadelphia.

MacNeish, Richard S., Peterson F. A., y Flannery, K. V.

1970 *The Prehistory of the Tehuacan Valley. Vol. III. Ceramics*. Austin, Robert S, Peabody Foundation, University of Texas Press.

Martínez, Alejandro

1977 Informe de los trabajos arqueológicos de la segunda temporada del proyecto Pujal Coy (mecanoescrito). México, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Martínez Donjuan, Guadalupe

1979 *Las Pilas, Morelos*. México, INAH (Científica).

Merino Carrión, B. Leonor

1984 Definición del formativo en la cuenca baja del Pánuco (mecanoescrito). Proyecto presentado al Consejo de Arqueología, Dirección de Monumentos Prehispánicos. México, INAH.

1985 Definición del Formativo en la cuenca baja del río Pánuco. *Boletín del Consejo de Arqueología*, 2. México, INAH.

Ortega, José

1982 Informe mineralógico de las muestras de metal enviadas por el Proyecto arqueológico Huasteca (mecanoescrito). Archivo de Monumentos Prehispánicos. México, INAH.

Peña, Rosa María y Ávila López, Raúl

1982 *Los olmecas antiguos*. México, Consejo editorial del Gobierno del Estado de Tabasco.

Romero, Javier

1974 La mutilación dentaria. En *Antropología física. Época prehispánica*. México, INAH (México: panorama histórico cultural. III).

Solier, Wilfrido du

1946 Primer fresco mural huasteco. *Cuadernos Americanos*, xxx. México.

Stresser-Pean, Guy

1977 *San Antonio Nogalar*. México, MAEFM (Et. Mec., 3).

Wilkerson, Jeffrey

1981 The Northern Olmec and Pre-Olmec Frontier of Middle America. En *The Olmec and Their Neighbors*. Washington, D. C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections.

Alba Guadalupe
Mastache Flores

El trabajo de lapidaria en el estado de Guerrero, una artesanía actual inspirada en formas prehispánicas

Arqueología, núm. 2, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1988

Este artículo trata sobre la producción actual de piedra pulida en el estado de Guerrero, donde existe una tradición lapidaria muy antigua. Por más de tres milenios, al parecer desde el Formativo temprano (1400-900 d. C.), esta región ha constituido la fuente principal de piedras diversas como serpentina, jadeita, cristal de roca, amatista y otras más, las cuales fueron de gran importancia para la elaboración de objetos suntuarios y ceremoniales en Mesoamérica. Esta región, en especial el área de Mezcala, fue también una importante zona de producción de objetos de alta calidad tallados en diversas piedras locales, (Covarrubias, 1948; Coe, 1968). Al parecer la materia prima de piezas notables de la llamada cultura olmeca, como el jade azul, procedía de un área que se localiza en el actual estado de Guerrero, así como gran parte de las máscaras funerarias y otros objetos de jadeita y serpentina característicos de la cultura teotihuacana. Durante el Postclásico tardío esa zona continuó siendo un área clave para la producción de lapidaria, como lo muestra la importante ofrenda de máscaras y esculturas de estilo Mezcala encontrada en las recientes excavaciones del Templo Mayor.

Todo lo anterior llevaría a suponer que la industria lapidaria que existe actualmente en Guerrero es una continuidad de esa larga tradición prehispánica, sin embargo no es así, ya que en realidad se trata de una expresión artesanal de reciente creación. Surge en la década de los treinta, como una respuesta al interés que en ese momento se da en México y en el extran-

jero por nuestro pasado indígena y por las antigüedades prehispánicas. Esta situación propicia el saqueo y la comercialización ilegal de objetos arqueológicos y estimulan el surgimiento de una industria lapidaria, tanto de copias de piezas arqueológicas como de objetos arqueologizantes inspirados en estilos y en motivos prehispánicos.

Como es sabido, éste no es un hecho reciente ni exclusivo del área mesoamericana, sino un fenómeno general que en el Viejo Mundo se remonta, al parecer a la época romana, cuando existía no sólo una producción extensiva de copias de piezas griegas, sino también de falsificaciones, es decir, de copias que trataban de hacerse pasar por originales griegos. A este tema se refiere ampliamente Meyer (1973) en su estudio sobre el tráfico de antigüedades y falsificaciones en el Mundo clásico y en Mesoamérica.

En época reciente, además de copias o falsificaciones de obras especiales, destinadas a satisfacer el interés de coleccionistas que desean piezas únicas o de gran calidad estética, existe también la producción de objetos artesanales inspirados en piezas y temas arqueológicos de diversas culturas, los cuales en general, no pretenden ser copias exactas, ni son vendidas como piezas auténticas. Se trata de lo que podría llamarse *souvenir* de tipo arqueológico destinado a un mercado muy amplio que se desarrolla principalmente como consecuencia del gran incremento de turismo que a nivel internacional se da después de la Segunda Guerra Mundial.

En esta investigación no se trata el problema del saqueo y la comercialización de piezas arqueológicas y falsificaciones, sin embargo, es importante señalar brevemente algunos aspectos relacionados con esta problemática, porque en cierta forma están ligados con el tema que aquí interesa.

En México y en particular en el estado de Guerrero, el saqueo es parte de un fenómeno complejo, vinculado tanto con la existencia de una población campesina ligada a una exigua agricultura de autoconsumo, con una escasa o nula oferta de trabajo local y condiciones de vida precarias, como con la existencia de elites nacionales y extranjeras interesadas en la adquisición de piezas arqueológicas. De este modo se crea un mercado para esos objetos, los cuales se convierten en mercancías, con valor de cambio especial, que aumenta en los distintos niveles de circulación por los que pasa. Cambiando también el significado de estas piezas en cada uno de esos niveles.

Para el campesino o el saqueador ocasional que encuentra piezas arqueológicas en su milpa o las extrae esporádicamente del sitio arqueológico se trata no sólo de mercancías por las que obtiene un ingreso adicional, sino también de objetos que forman parte de su entorno inmediato y cotidiano, símbolos de un pasado remoto, con el cual en la mayor parte de los casos, no establece una continuidad histórica ni se siente vinculado en forma directa. Para el saqueador profesional y para los intermediarios los mismos objetos son únicamente mercancías, piezas para la venta que constituyen la base de su economía, su *modus vivendi*. Por último, para el consumidor, es decir, para el coleccionista, se trata de piezas con un valor intrínseco, cultural y estético, cuya posesión le confiere estatus y prestigio y que constituyen al mismo tiempo una inversión, cuyo valor puede aumentar con el tiempo.

Este artículo forma parte de una investigación más amplia sobre la producción de artesanías en el estado de Guerrero. En esa investigación la artesanía interesaba, más que como fenómeno ideológico y cultural, como una manifestación económica. Se consideró que el estudio de la producción artesanal era una vía importante para el conocimiento de algunos de los mecanismos concretos a través de los cuales, las formas de producción precapitalistas —como es el caso de las artesanías— se integran al modo de producción dominante y del carácter específico que esas formas de producción dan al peculiar desarrollo del capitalismo en el estado de Guerrero, por esto la investigación se centró en la producción, distribución y consumo de la artesanía.

En el caso del trabajo de lapidaria, tema de este artículo, se intenta dar una visión somera sobre el

desarrollo histórico de esa industria, la organización del trabajo y el proceso de producción. El trabajo de campo que incluyó el estudio de otras manifestaciones artesanales, y en el cual se contó con la colaboración de Nora Morett, se llevó a cabo entre diciembre de 1979 y mayo de 1980, por lo que los datos que se mencionan sobre costos y precios se refieren a ese periodo. Si bien en algunos casos fue posible observar algunas etapas del proceso productivo, los datos provienen fundamentalmente de entrevistas con artesanos residentes en las ciudades de Taxco e Iguala.

I

De acuerdo con nuestros informantes, hacia 1935 un campesino empezó a elaborar en Taxco diversos objetos de piedra por sugerencia de una pareja de comerciantes extranjeros radicados en esa ciudad. La producción fue al principio muy limitada, las piezas eran trabajadas totalmente a mano y mediante técnicas rudimentarias, sin embargo, al paso del tiempo, la producción se transformó y la industria se extendió notablemente, como consecuencia de la creciente demanda de esos objetos. Numerosos campesinos de la región aprendieron a trabajar la piedra y se dedicaron en forma parcial o de tiempo completo a esta actividad. La industria se expandió a la ciudad de Iguala y siete años después a la vecina población de Cocula. En la actualidad, no obstante que los artesanos consideran que se encuentra en plena decadencia debido a la saturación del mercado, se calcula que sólo en Taxco hay todavía alrededor de 300 personas que se dedican a esta actividad.

Como antes se señaló, un aspecto importante de estudio de esta manifestación artesanal es su proceso de transformación, los cambios que en un periodo de 40 años se han dado tanto en su estructura productiva como en el tipo de objetos elaborados y en sus formas y ámbitos de comercialización.

En términos generales, podemos distinguir dos tendencias fundamentales en el trabajo de lapidaria:

- a) Por una parte, están los artesanos que se dedican a la elaboración de artículos cuya técnica de manufactura y acabado son muy cuidadosos; con frecuencia esos objetos están hechos de piedras duras y semipreciosas y su talla requiere gran habilidad y destreza por parte del artesano. En algunos casos se trata de copias exactas de piezas arqueológicas. En otros sólo de objetos inspirados en motivos y temas prehispánicos. Es a este tipo de piezas que se refiere Peterson en su breve artículo sobre falsificaciones en Guerrero (1952). Es frecuente también la producción de una gran variedad de objetos de

tipo naturalista; pájaros, ranas, chapulines y tortugas, entre otros, así como de piezas finas y pequeñas para joyería como aretes, dijes y cuentas para collares, elaborados con “ojo de tigre”, venturina, malaquita, ágata y piedras semipreciosas.

- b) Por otra parte, un gran número de artesanos trabaja con materiales de la región, en general con piedras blandas de poco precio, con las cuales elaboran, sobre todo, figuras de tipo arqueológico: “ídolos” o “muñecos” de manufactura tosca y descuidada y figuras pequeñas de animales hechas con piedras de diversos colores así como cuentas para collares. Estas piezas, a diferencia de los artículos mencionados en primer término, son en general objetos de bajo precio y en algunos casos, debido a la poca dureza de las piedras utilizadas, los objetos se elaboran manualmente sin la ayuda de herramientas eléctricas.

Las formas de obtención de la materia prima varían, dependiendo del tipo de material de que se trate. Existen en Guerrero rocas duras y semiduras, por ejemplo cuarzo, serpentina y granito, que los artesanos pueden obtener, comprándolas en bloque o por peso, ya sea directamente en las zonas de origen o con vendedores que los abastecen a domicilio. Otras piedras, como el “ojo de tigre” y la sodalita vienen de Querétaro y de Morelos. Las piedras semipreciosas, como el topacio y la amatista, se venden casi siempre por quilate.

También se utilizan algunas piedras de importación, como es el caso de la venturina de Alaska y la malaquita de Katanga, que empezaron a usarse en los últimos años. Un artesano indicaba que no obstante la calidad de esta piedra y la facilidad con que se talla, pocas personas la trabajan, porque contiene arsénico y resulta sumamente peligrosa para la salud. En Guerrero también hay malaquita, pero al parecer es muy quebradiza y de baja calidad y se usa poco debido a estas características.

En ocasiones, también se emplean piezas prehispánicas originales, como materia prima, y hachas, cuentas o figuras de piedra que son reutilizadas para elaborar con ellas otros objetos, pero debido a la reserva que guardan los artesanos sobre el tema es difícil precisar con qué frecuencia se recurre a esta práctica. Al parecer, el uso de piedras arqueológicas como fuente de materia prima está directamente relacionado con la comercialización clandestina de los objetos producidos; los cuales se hacen pasar en el mercado como piezas originales prehispánicas.

Algunas veces los artesanos extraen las piedras blandas en zonas de libre acceso, barrancas, cerros

y bancos de materiales cercanos a Taxco e Iguala, y en otros casos, de sitios más lejanos; por ejemplo, la piedra caolín, el jaboncillo y el alabastro blanco, que con frecuencia se utilizan para hacer “ídolos” y “muñecos,” se obtienen de las cercanías de Huitzuc y Tepecuacuilco, donde se compran por tonelada o por “camión”. Una “camionada”, que cuesta alrededor de 10000 pesos, es suficiente, en opinión de una familia de artesanos, para trabajar durante dos meses. La serpentina “corriente” y la jicorita, procedentes de la zona de Puente Ixtla en el estado de Morelos, se emplean a menudo para hacer collares de cuentas. Estas piedras se compran en general por “puños” o por kilo, un kilo cuesta entre 15.00 y 20.00 pesos y esa cantidad es suficiente, según se nos indicó, para el trabajo de una persona durante una semana.

II

Los artesanos iniciadores de esta industria nos hablan de sus orígenes y de las características de la producción durante esa primera etapa. Uno de ellos se refiere a este hecho en los siguientes términos:

Ellos le dijeron: “hombre haga máscaras al estilo antiguo; entonces él empezó como pudo, feo primero, después ya mejor y mejor... al principio eran modelos antiguos, sobre todo: máscaras, caras, muñecos, cabezas, pájaros, ranas, varias formas de animales... al principio sí llamo la atención porque ninguno había traído la presente la industria aquella de los indígenas, ninguno se había preocupado por eso, y aquí por sugestión de esa señora... se empezó a trabajar así con cincel. Fuimos los iniciadores de esta industria no se lo copiamos a ninguno... nomás empezamos a tallar a cincel la piedra”. Y acerca de las técnicas de elaboración y de los instrumentos usados, indica: “Se trabajaba con herramientas muy rudimentarias, martillo, cincel y pura mano, se pulía también a mano con una lija de agua. Primero empezábamos con cincel y luego abrasivo para borrar las huellas del cincel, con el cincel se le daba la forma, después se lijaba a mano para que quedara lisa, se le daba la mejor forma que se pudiera a la piedra... a veces se pasaba uno meses en una pieza”.

En cuanto a la piedra utilizada y la comercialización de piezas el informante señala:

Empezamos a trabajar con piedra común y corriente, unas de granito duro, después con otras piedras verdes no muy duras y con esas seguimos trabajando; estas piedras se conseguían en cualquier barranca, por ejemplo aquí en la barranca de Taxco hay mucha, la piedra hay donde quiera, la cuestión es tallarla; se hacía piedra verde o cualquier piedra, nada más le dábamos forma y ya

valía algo. Vendíamos en el centro de Taxco, nos compraban de a una de a dos. Al principio, creían que era antiguo; no decíamos ni es nuevo o es viejo, bien baratos que los dábamos, que ninguno, desde la época de los españoles se habían fijado en tallar piedras al estilo antiguo... Por 1940 empezaron a llevar a México, hacíamos una pieza cada dos o tres meses y nos daban 1 000 o 1 500 pesos, valía más el dinero. Eran casi sólo extranjeros que compraban... se entregaba a mucha gente en los consulados... íbamos a México a las embajadas, y si no, iban a buscarnos a los hoteles. No las pagaban bien porque uno no sabía de eso. Se calculaba el tiempo que se había invertido y así se cobraba, pero poco... hay gentes que saben apreciar el trabajo, lo bien hecho, sí pagan... Muchas veces va uno a vender aquí en México y el que la compra ahí es el que se las vende a los extranjeros.

Hacia 1950, el trabajo de lapidaria sufre una transformación radical, se introduce el uso de maquinaria eléctrica como sustituto de los instrumentos manuales con los que hasta entonces se había venido trabajando. Esta innovación permite a los artesanos no sólo un cambio en su ritmo de trabajo y un notable aumento en su productividad con un menor esfuerzo físico, sino también el acceso a una serie de piedras duras como granitos, basalto, cuarzo, ágata, venturina, sodalita, etcétera, que hasta entonces no había sido posible trabajar. A partir de ese momento, la lapidaria adquiere una mayor importancia económica en la región, aumenta el número de artesanos dedicados a este trabajo, surgen los talleres familiares como unidad de producción y numerosos talleres pequeños basados en el trabajo asalariado, aun cuando algunos artesanos continúan trabajando en forma individual. Al parecer Espejel se refiere a esta situación cuando menciona que “en algunas poblaciones de Guerrero ha resurgido el tallado de determinadas piedras, serpentinas, malaquita, amatista, para hacer animalitos y figuras de tipo prehispánico” (Espejel 1972: 121).

El tipo de objetos producidos también se diversifica paulatinamente, se continúa elaborando copias de piezas arqueológicas y artículos inspirados en objetos prehispánicos, pero ahora mucho más variados, tanto en lo que se refiere a los materiales usados como a su estilo y dimensiones: máscaras de estilo olmeca y teotihuacano, figurillas olmecoides y tipo Mezcala, jaguares, pájaros, serpientes, hachas, collares de cuentas de cristal de roca, de serpentina y amatista, miniaturas de distintos tipos, etcétera (fig. 1). Algunos artesanos compran libros de arqueología y arte prehispánico para copiar este tipo de objetos y familiarizarse con los elementos y estilos que distinguen cada época. “De ahí sacamos que es un totonaco... hubo varias civilizaciones, aztecas, toto-

nacos, olmecas, tarascos... el sistema que tenían ellos ese agarramos, tantito cogíamos de un libro y tantito del natural, nomás que ellos tenían una manera de plasmar la fisonomía y todo eso, muy de ellos, con poquitos rasgos, le daban a cada tipo, cada civilización tenía su tipo” (fig. 2).

Nos parece de interés citar textualmente los comentarios de uno de nuestros informantes sobre la introducción de “motores” en la producción y la forma en que esta actividad se extendió en el área.

Con el tiempo fuimos agarrando modos de ir avanzando en el trabajo, que fuera saliendo mejor y yo conseguí y empecé a usar motorcitos chicos y grandes, facilitan el trabajo, se hace con más perfección... es laborioso, si no hubiera máquina yo creo que ninguno trabajaría ya en esto, ahora ya se pueden hacer mejor, con mejores formas y más rápido... Nada más empezamos a trabajar con motor nosotros, luego vinieron algunos amigos, vecinos, que veían como trabajaba, y de ahí aprendieron unos y después otros y luego que se regó la industria, por Iguala y por Huitzuc y por Cocula... ahora ya hay muchos campesinos que se dedican a esto... esta industria ha ido creciendo, han aumentado los trabajadores, muchos, cuando yo empecé, tenían sus hijos chiquititos, y así como van creciendo, luego uno le enseña al otro y al otro, y ya se regó todo. Yo tenía muchos amigos del campo, iba yo por su tierra a traer piedras de bonito color y luego yo le enseñaba a uno y esos a otros. Ahora ya no sé cuántos serán, ya la industria se generalizó... empecé con máquinas ahí por los cincuentas, entonces empezaron varios, compraron también sus motores, viendo, cualquier persona por tonta que sea aprende. Siquiera han tenido vida... ya no les deja mucho, porque ya se choteó, se vulgarizó la cosa, pero todavía deja para vivir... muchos trabajan en la agricultura, pero la dejaron, algunos todavía siembran, pero casi ya todos viven de esto. Siembran algo porque les ayuda mucho, pero nunca dejan de trabajar esto, se irán unos días o ponen sus peones y ellos siguen trabajando. Aquí, los que trabajan de empleados, ellos mismos dicen, si voy a trabajar por ahí me gano 40.00 o 50.00 pesos o ahora como 100.00 pesos, que gana un peón, mejor me hago dos caritas aquí, y ya tengo dinero. En esta forma es como ha vivido mucha gente, de esta industria.

Efectivamente, al parecer es frecuente que los artesanos que se dedican a la lapidaria se encuentren desligados de la agricultura; muchos de ellos carecen de tierra y les resulta económicamente más productivo continuar con esta actividad durante todo el año, que buscar trabajo como jornaleros. En otros casos, prefieren rentar sus parcelas, darlas a “medias” o dejarlas sin sembrar, debido a los muchos gastos que la siembra implica y al bajo rendimiento que generalmente obtienen. En realidad, la lapidaria es una

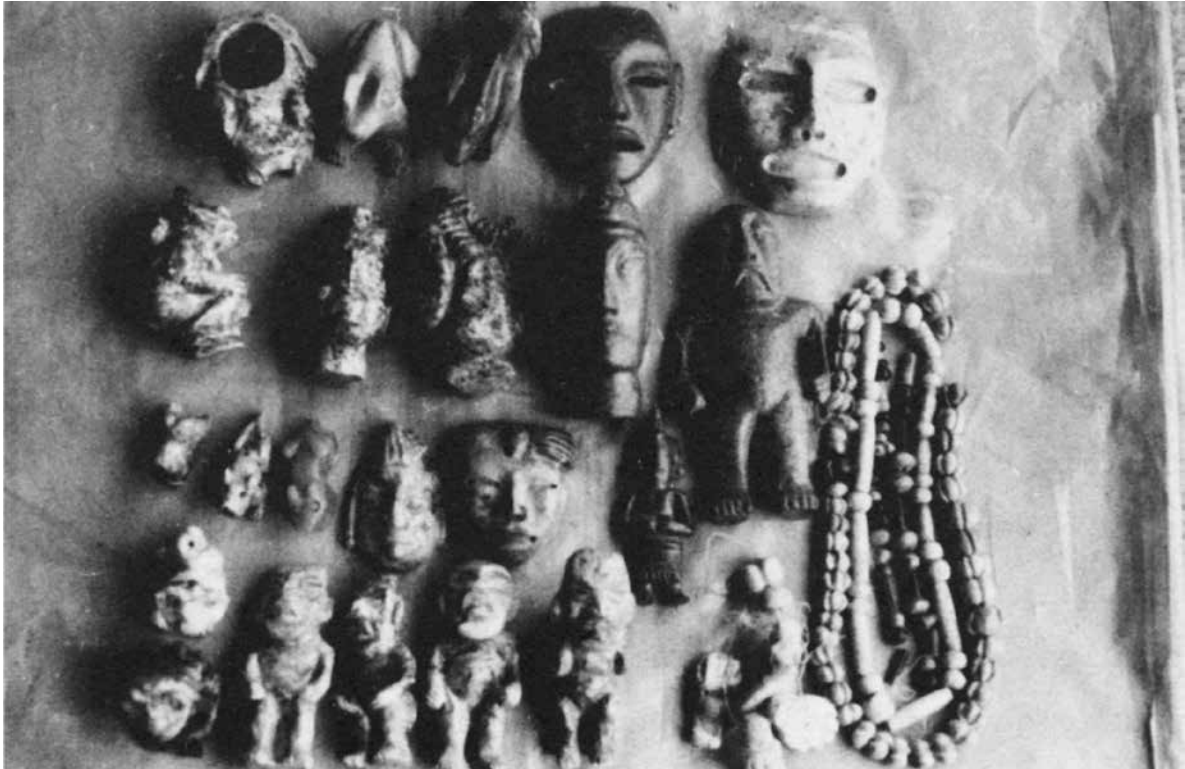


Fig. 1 Muestra de la gran variedad de objetos que elaboran los lapidarios en Guerrero: collares, figuras de animales, máscaras y figuras de tipo arqueológico.



Fig. 2 Figura y máscaras de supuesto estilo "olmeca," "teotihuacano" y "mezcala".

de las pocas manifestaciones artesanales en la entidad sobre la cual una gran parte de los artesanos entrevistados señalan que, gracias a esa actividad, cuentan con un nivel de vida más alto que antes, y aseguran que aún ahora que está en decadencia les permite vivir en mejores condiciones que cuando se dedicaban sólo al trabajo agrícola.

III

Respecto de la organización de la producción; tanto en Taxco como en Iguala se encuentra presente el trabajo familiar y el asalariado. Existen también artesanos que trabajan en forma individual, pero al parecer esto es poco frecuente, se trata en general de lapidarios que elaboran objetos de piedras caras y que gozan de prestigio por las características estéticas y técnicas de las piezas que producen, participan en concursos y exposiciones, y sus piezas son valuadas en el mercado, sobre todo en función del valor artístico que se les atribuye. Un artesano que trabaja individualmente indicaba:

Nunca he tenido trabajadores, me atengo a mi propio trabajo, en primer lugar porque yo sé qué voy a hacer, el que no sabe no puede, uno sabe porque ya se lo forjó en la cabeza, ya la formó en el cerebro y dice: la forma de la pieza es ésta, para que no le quite tanto, ¿de aquí que me saldrá? y empieza uno a tallarla, a desmontarla y solita va diciendo donde le sobra y donde le falta.

El proceso productivo es responsabilidad fundamentalmente masculina y algunas operaciones están a cargo sólo de los hombres, aunque en las unidades de producción de tipo familiar es importante el trabajo de las mujeres y los niños. Los niños empiezan a participar entre los ocho y diez años, y las mujeres combinan el trabajo artesanal con el cuidado de los hijos y las tareas domésticas. En los talleres que emplean trabajo asalariado se paga a los trabajadores a destajo, es decir, de acuerdo con el número de piezas hechas.

Es frecuente que un trabajador, después de haber estado durante un cierto tiempo con algunos de los principales lapidarios de Taxco, donde ha aprendido el oficio, trate de independizarse una vez que ha reunido la cantidad necesaria para comprar al menos un "motor." La mayor parte de los iniciadores de esta industria en Iguala y Cocula fueron primero trabajadores en talleres de Taxco, se da también el caso de algunos talleres cuyos dueños no son lapidarios, es decir, no se trata de artesanos que participan directamente en el proceso productivo, sino de pequeños empresarios capitalistas que cuentan con un capital que le permite la contratación de trabajo asalariado,

así como la compra de materias primas y de los instrumentos necesarios para la producción.

El proceso productivo, ya sea que se realice manualmente o con la ayuda de máquinas, consta básicamente de las mismas operaciones: desbastar, grabar, alisar, lijar, pulir y dar brillo. Un conocido artesano de Taxco, que trabaja con maquinaria eléctrica indica en que consiste cada una de estas operaciones:

Lo primero que se hace para trabajar ésto es formárselo en la mente, según la forma de la piedra. Después se procede a desmontar (desbastar) la piedra con una máquina grande, se usa un taladro al que se le pone una flecha gruesa aproximadamente de un cuarto de pulgada, cuando ya no se puede seguir desmontando con la máquina grande, se usa un taladro chico. Una vez que la piedra ha sido desmontada, es decir, cuando tiene ya la forma general de la figura que se va a hacer, se empieza a grabar, para lo cual se utiliza un taladro pequeño, se hacen los ojos, orejas y otros detalles. Los barrenos o perforaciones se hacen con hojalatas y polvo de esmeril; en lugar de flecha se coloca en el talador un tubito de hojalata y a la pieza se le pone polvo de esmeril, procediendo entonces a hacer el barreno. Los tubitos se elaboran de diversos diámetros, de acuerdo con el tamaño de la perforación que se desea hacer. Antes de esto, perforaba con los dedos y ¿cuántas revoluciones podría ponerle?, le ponía una piedrita y le echaba esmeril ¡Me pasaba semanas! Ocho días haciendo un barreno, usaba el tubo de hojalata polvo de esmeril y las manos. En cambio esto tiene 22000 revoluciones, se hacen barrenos en una hora, media hora, hasta veinte minutos (fig. 3).

Cuando una pieza ya está grabada, es decir, cuando ya tiene todos los barrenos y detalles pequeños, se procede a alisar, se talla manualmente con esmeril y agua para borrar la huella de las máquinas; esta operación es muy sencilla, pero requiere varias horas, porque no se utilizan máquinas. Posteriormente la pieza se desbasta con lijas "de agua," que se montan en la máquina. Se usan sucesivamente tres o cuatro tipos de lija de distinta finura, hasta que la pieza queda completamente lisa. Viene por último la operación de pulir, que consiste en darle brillo a la pieza; para esto se emplea un producto en polvo llamado "patea" y un motor grande, en el que se coloca un pedazo de cuero o de tela, mediante la rotación de éste, se da brillo a la pieza. Entre algunas de las piedras duras que sólo pueden ser trabajadas a máquina están los granitos, el cristal de roca, el ojo de tigre y la saladita. Algunas piedras que no son muy duras son desbastadas primero con cincel y sólo para las operaciones subsiguientes se utiliza máquina.

Es difícil determinar el rendimiento promedio de un artesano, ya que éste depende de varios factores, como

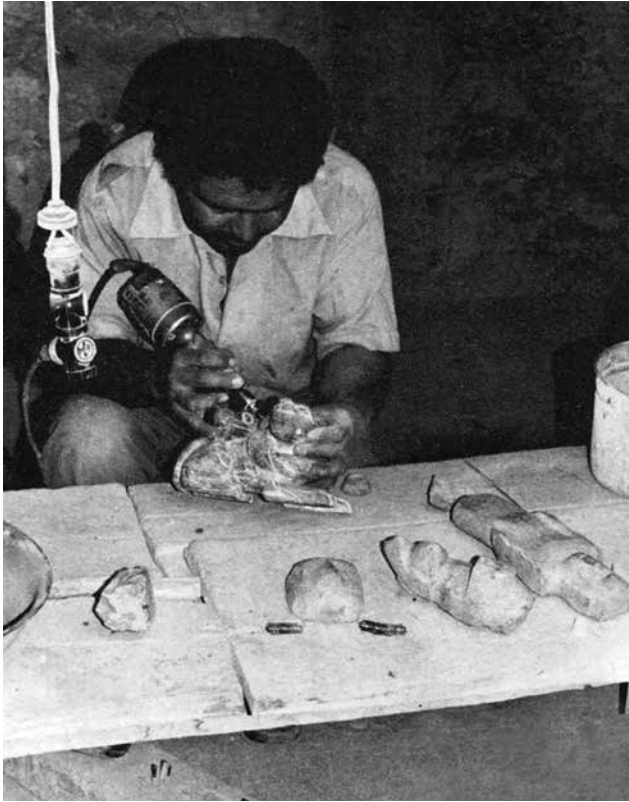


Fig. 3 Artesano trabajando con taladro eléctrico durante la operación de grabado, la cual se realiza cuando ya se le ha dado a la pieza la forma general de acuerdo con la figura de que se trata.

son el tamaño y características de la pieza, la dureza de la piedra, la calidad de la talla, la habilidad personal del artesano, etcétera. Hay objetos cuya ejecución requiere de tres a cinco días de trabajo, mientras que otras figuras de mayor tamaño son más complejas, “se llevan como 20 días para trabajarlas”. En Taxco pudimos observar una pieza de granito, de aproximadamente un metro de alto, que representaba un caballero águila muy estilizado, el artesano había trabajado en ella durante aproximadamente tres meses y aún no estaba completamente terminada. Hay en cambio una gran variedad de objetos sencillos, en cuya elaboración los artesanos tienen mucha práctica, que son terminadas en uno o dos días.

Una familia de artesanos de Iguala describe el proceso de producción de objetos elaborados con piedras blandas, sin la ayuda de máquinas. Ellos utilizan sólo piedra caolín para las piezas que trabajan, son “muñequeras”, es decir, hacen ídolos y figuras de tipo arqueológico. Trabajan en su casa, el padre la madre y los hijos mientras los hijos mayores trabajan por su cuenta y tienen sus talleres en casas vecinas. Como herramientas utilizan sólo cincel, martillo y limas; señalaron que las piezas que elaboran se deben por

completo a su imaginación y no utilizan libros para copiarlas (fig. 4). El proceso productivo consta básicamente de las siguientes operaciones:

1. Primero se escoge la piedra de acuerdo con el tamaño de la figura que se desea hacer.
2. Como siguiente paso la piedra se remoja dos o tres días antes de trabajarla.
3. Se le da forma con cincel y martillo, procurando aprovechar al máximo su forma y poniendo mucho sentido de observación y creación sobre las características del animal o de la figura que elaborarán.
4. Se escofina la pieza, utilizando una lima curva.
5. Se lija durante varias horas, con lijas de distinto grano, hasta que la pieza queda completamente lisa (fig. 5).
6. Una vez que ha sido escofinada y lijada, se procede a darle pátina, con una mezcla de caldria y yema de huevo, que se aplica varias veces, dejando secar la pieza entre una y otra aplicación.
7. Como la piedra que se utiliza es blanca, todas las piezas deben ir pintadas. Ellos mismos preparan la pintura y sólo algunos artesanos conocen

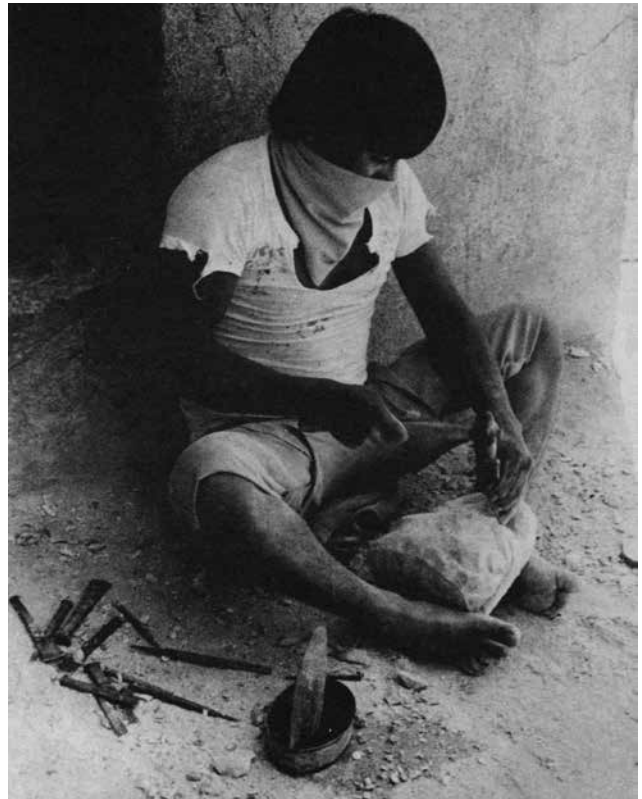


Fig. 4 Artesano trabajando piedra blanda sin la ayuda de herramienta eléctrica; utiliza únicamente cincel, martillo y limas. Se cubre la cara para protegerse del polvo fino que se desprende durante la talla.



Fig. 5 El trabajo de las mujeres y niños es importante en las unidades de producción de tipo familiar. Aquí la artesana pule una pieza usando ligas de distinto grosor. Por lo general esta operación requiere de varias horas.

la forma de preparación y los ingredientes necesarios. Como tinta se utiliza permanganato y tinta fuchina que se mezclan con alcohol y limón, y todos los ingredientes deben hervirse juntos. La pintura se aplica con una brocha de tela que hacen ellos mismos. Los colores usados con más frecuencia son café, verde y gris, porque semejan el color natural de algunas piedras duras.

8. Cuando se ha pintado se procede a darle brillo, aplicándole grasa comercial de color neutro, la misma que se utiliza para calzado, puliéndola repetidamente con una tela.

En general, son los niños los que se ocupan de dar pátina, pintar y pulir las piezas, mientras que la mujer es responsable del lijado. El tiempo que se requiere para lijar una pieza de tamaño mediano (40 × 40 cm aprox.) es de cinco a seis horas, aunque lo más común es que en una jornada de trabajo de ocho a diez horas termine sólo una. Cuando se trata de objetos chicos y sencillos, el padre alcanza a tallar dos, tres y aun cuatro piezas al día, pero para elaborar piezas de mayor tamaño o más complicadas, se requieren tres o cuatro días de trabajo por cada una.

Como antes se indicó, los lapidarios consideran que en la actualidad esta industria se encuentra en plena decadencia, pues al dedicarse a ella demasiadas personas el mercado se saturó y los precios descendieron mucho. “Demasiada gente se dedicó a esto, cuando vieron que convenía, se choteó el producto, empezaron unos cuantos y después siguieron todos, trabajaban hasta los niños”.

Otro artesano señala:

Ya no deja mucho, se choteó, se vulgarizó la cosa, pero todavía deja para vivir. Ya una vez que vieron esto se vulgarizó y si había de vender uno a mil, ahora lo venden a cincuenta pesos, hay mucha competencia, hay algunos que más o menos tienen y no malbaratan sus cosas, pero hay otros que van con el día y lo venden en lo que sea, se choteó.

En Iguala algunos artesanos que hacen collares y “muñecos” de poco precio indicaron que la época de mayor auge empezó hacia 1972 y duró aproximadamente cinco años. “En la buena temporada cuando había buena venta, se trabajaba en todas las casas, se tenía que regar a cada rato para detener el polvo y que no molestara a los vecinos... nosotros vendíamos como cien collares a la semana, trabajábamos todos y poníamos peones”.

Durante los últimos tres años las ventas han bajado mucho y ya no hay artesanos que contraten trabajadores; en la actualidad trabaja en general únicamente la familia y sólo hay cuatro o cinco personas que se dedican a la producción de collares.

IV

Los canales de distribución y de comercialización de los objetos de lapidaria que se producen en la entidad son muy variados; existe desde la comercialización clandestina a nivel nacional e internacional, en aquellos casos de copias de piezas arqueológicas que se hacen pasar por originales, hasta la comercialización mediante vendedores en calles y mercados de los principales centros turísticos del país y en la ciudad de México. En cuanto al primer nivel mencionado, es poco lo que sabemos pues, por razones obvias, los artesanos mantienen una actitud desconfiada y guardan mucha reserva cuando se trata este punto y subrayan que ellos nada tienen que ver con el hecho de que las piezas se hagan pasar, en muchos casos, por antiguas, ya que se trata de un asunto que depende de los intermediarios: “Nosotros vendemos como nuevo ya todo... este negocio es a base de intermediarios, casi tratamos con puro intermediario, coyotes les decimos... si vendieron como antiguo es

cosa de ellos... mucho de esto ahora se va al mercado negro”.

Refiriéndose a una pieza grande de tipo arqueológico, el mismo artesano mencionó: “Todavía no la vendo, un señor mandó pedir fotografías a ver si la compran, yo no conozco al cliente, hay otro intermediario aquí que recoge... a veces vienen los intermediarios a comprar aquí, a veces dan la piedra y dicen házmela, tratamos el precio y ya”.

Al parecer algunos de estos intermediarios son también acaparadores de objetos arqueológicos, que después distribuyen en forma clandestina principalmente hacia el extranjero y a comerciantes y coleccionistas del país.

Respecto de los precios a que se cotizan las réplicas de piezas originales es poco lo que sabemos; parece que en ocasiones asciende a varios miles de pesos, aunque la mayor parte del dinero no va al artesano, sino queda en manos de los intermediarios. En términos generales, independientemente de que se trate o no de piezas de tipo arqueológico, una gran parte de la producción se distribuye a través de distintos tipos de intermediarios. Con frecuencia, las piezas elaboradas con piedras duras o semiduras circulan en joyerías y *boutiques* de diversos lugares de la república, y los objetos hechos con piedras de poco precio son comercializados, fundamentalmente por vendedores ambulantes hablantes de náhuatl, originarios de Ameyaltepec, Xalitla y otros pueblos pertenecientes al municipio de Tepecuacuilco, que elaboran pinturas sobre papel de amate, bateas, alfarería pintada y máscaras de madera, destinadas a un mercado turístico.

Los vendedores de papel de amate han sido los principales promotores de la comercialización a nivel nacional de los artículos de lapidaria producidos en Taxco e Iguala. Desde hace aproximadamente 15 años acuden periódicamente a estos lugares para surtirse de diversos artículos de piedra, que más tarde venden en sus viajes por diferentes zonas de la república. Es frecuente ver a estos comerciantes en la Ciudad de México y en las principales ciudades y centros turísticos del país, ofreciendo en la calle y en pequeños puestos improvisados hojas de papel de amate pintado, máscaras y otros artículos, así como una gran variedad de objetos de piedra: pequeñas figuras de animales, collares, dijes, ídolos, pendientes, etcétera.

En muchos casos acuden directamente a casa de los artesanos y pagan en efectivo la mercancía adquirida. Algunos lapidarios que elaboraban collares de jicorita y otros objetos en Iguala señalaron que hace aproximadamente cinco años, en la época de mayor demanda de estos artículos, sus principales compradores eran dos o tres vendedores de papel de amate, hablantes de náhuatl, quienes iban cada semana para

adquirir un gran número de collares. Ahora que el mercado se ha saturado continúa comprando varios artículos, aunque con menos frecuencia y en menor cantidad.

También hay algunos acaparadores, a quienes acuden en ocasiones los artesanos para vender parte de su producción; estas personas pagan de inmediato y acumulan mercancía, que después revenden en la Ciudad de México. Varios vendedores de papel de amate mencionaron que algunas de estas personas les dan a consignación una determinada cantidad de artículos que ellos pagan al regresar de cada viaje. De esta manera, aunque pagan precios más elevados que cuando compran directamente a los productores, no tienen que desembolsar dinero de inmediato y cuentan con una mayor cantidad de mercancía para llevar al viaje, y el acaparador cuenta así con una serie de agentes y distribuidores gratuitos, que le permiten cubrir un área de venta muy amplia que de otra manera no podría abarcar.

Es obvio que hace falta un estudio intensivo acerca de los sistemas de distribución y comercialización de la lapidaria, ya que los datos de que ahora disponemos son muy generales. Una investigación sobre el particular permitiría conocer con detalle las características de cada uno de los niveles de comercialización y los mecanismos específicos, a través de los cuales se integran estos artesanos en el mercado nacional e internacional de artesanías.

Bibliografía

Coe, Michael

1968 *American First Civilization*. Washington, D. C., The Smithsonian Library.

Covarrubias, Miguel

1948 Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del río Mezcala. En *El occidente de México. IV Mesa Redonda* (pp.78-86). México, SMA.

Espejel, Carlos

1972 *Las artesanías tradicionales en México*. México, (SEP Setentas, 45).

Meyer, Karl

1973 *The Plundered Past*. Nueva York, Atheneum.

Peterson, Frederic A.

1952 Falsificaciones arqueológicas en el estado de Guerrero, México. *Tlatoani*, III-IV: 15-19, México.

Beatriz Braniff Cornejo

Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo

Arqueología, núm. 1, segunda época, Dirección de Arqueología, INAH, 1989

Este artículo es un intento más por entender la región septentrional de Mesoamérica, a la cual alguna vez llamé la Mesoamérica marginal. Se trata, al mismo tiempo, de un resumen sobre los diferentes enfoques: ajenos y personales, viejos y recientes, que han permitido avanzar en el conocimiento de esta región y de sus diferencias y a la vez de sus relaciones con la Mesoamérica tradicional, aquella ubicada al sur de la frontera delimitada para el siglo XVI y que ha recibido más atención por parte de los antropólogos. Intento presentar también una base para la diferenciación de lo que no es mesoamericano, más al norte.

Siendo ésta una región de fronteras, es necesario adoptar modelos e hipótesis que sirvan para entender las interacciones entre grupos de diferente clase y nivel cultural. Los modelos aplicables son numerosos, puesto que deben incluirse tanto aquéllos que sirven para definir las “áreas culturales” que entren en juego, como los que sirven para entender las relaciones internas de los sistemas sociopolíticos dentro de las áreas culturales, como las externas; es decir, los sistemas sociopolíticos no necesariamente imbricados dentro de las áreas culturales. Se requiere, igualmente de parámetros que sirvan para puntualizar los distintos niveles de desarrollo, puesto que el tipo de relaciones será de diferente categoría de acuerdo con ellos.

Un problema interesante que se analizará es que el término Mesoamérica se refiere desde su concepción

original a un área cultural, mientras que a la región al norte no se concibe hoy en día como tal; es decir, se está ante concepciones diferentes. El occidente de México, que está muy relacionado con la Mesoamérica septentrional ocupa un lugar impreciso dentro del desarrollo mesoamericano, quizá porque los parámetros empleados han sido siempre los determinados para las regiones nucleares de Mesoamérica. Tampoco se ha concebido estos núcleos como centros de redes que incluyan agrupaciones menos complejas en sus periferias, las cuales pueden estar ubicadas tanto dentro del área cultural como fuera de ella.

Ha habido importantes esfuerzos por reanalizar la validez del concepto Mesoamérica (Sociedad Mexicana de Antropología, 1985) y también por reubicar al occidente (Sociedad Mexicana de Antropología, 1983), pero en ningún caso se ha llegado a conclusiones en cuanto a su esencia.

Estamos pues, ante una serie de problemas complejos que no se pretende organizar aquí, ni proponer soluciones generales, pues estos temas requieren de amplia discusión. Sólo se presentarán algunas alternativas derivadas de proposiciones incluidas dentro de los varios modelos y diversas hipótesis que hay al respecto. Se tiene como meta aclarar lo que es Mesoamérica, especialmente en contraste con lo que no es —el área norte— para así entender cultural y cronológicamente a Mesoamérica.

Antecedentes

En términos generales el problema inicia hace un siglo, cuando los antropólogos norteamericanos descubren al nuevo “suroeste” dentro de su reciente adquisición territorial. Ellos elaborarían esquemas culturales y cronológicos particulares, sin manifestar mayor interés al hecho de que la región había pertenecido a México hasta hacía muy poco tiempo por lo que el término “suroeste” era a todas luces inadecuado. Además en esta región persistían elementos del centro y del sur de México que entonces se interpretaban como intrusiones recientes de épocas coloniales. Afortunadamente este enfoque centralista norteamericano cambió con el tiempo, y recientemente, el problema de las conexiones con Mesoamérica es un tema de estudio muy relevante (ver Wilcox, 1986 para un análisis histórico de estas ideas).

Sería Kroeber quien en 1939, delimitaría las “Áreas culturales y naturales de Norteamérica” definiendo un “suroeste” centrado en Arizona, Nuevo México y Colorado. Sin embargo, pronto se anexarían, en forma bastante forzada, culturas evidentemente diferentes como la muy antigua *Cochise* y las supervivientes de cazadores-recolectores; así como la de los nuevos cazadores atapascanos. Luego se ampliaría geográficamente el concepto para integrar culturas supuestamente relacionadas ubicadas en el norte de México, ahora bajo el nombre del El Gran Suroeste (ver Kirchhoff, 1954, para un análisis histórico del Gran Suroeste), lo cual “es un acto superfluo de colonialismo cultural” (Beals, 1954: 193).

Como es de todos conocido, pocos años después, en 1943, Paul Kirchhoff definiría la Mesoamérica tradicional como un área cultural con base en una lista de elementos etnográficos diagnósticos y específicos, que se referían tanto a las superestructuras, como a aspectos de carácter básico. Estos se presentaban dentro del área cultural, cuya frontera norteña corría a lo largo del Pánuco, Lerma y Sinaloa, en una línea curvada hacia el sur (Kirchhoff, 1943) que colindaba con regiones “áridas” al norte (Sanders y Price, 1968, fig. 5), donde vivían grupos de muy bajo nivel cultural llamados chichimecas, quienes formaban parte de los recolectores-cazadores del norte de México y estaban integrados, por lo tanto, dentro del Gran Suroeste (Kirchhoff, 1942: xviii; 1943).

Como contraste con esta realidad que se daba en el siglo xvi, en esa misma región chichimeca, al norte del río Lerma, se han reconocido desde hace muchos años restos arqueológicos que pertenecen a asentamientos de tipo mesoamericano, que lógicamente corresponden a una época anterior a la que mencionan las fuentes etnohistóricas (Hers, 1989: cap. 1; Reyes,

1879). Ésta es la Mesoamérica septentrional, cuya evolución se tratará a la luz de nuevos datos e hipótesis. Es en la década de los cincuenta cuando empieza a concretarse la problemática de esa otra Mesoamérica.

Kirchhoff intentaría mejorar el enfoque del suroeste y del Gran Suroeste, proponiendo la existencia de dos áreas culturales: Aridoamérica y Oasisamérica. La base de esta diferenciación sería, en esencia, el patrón de subsistencia y se incorporaría dentro del primer grupo a los recolectores-cazadores y dentro del segundo a los agricultores, estos últimos considerados como una derivación de Mesoamérica. Era evidente, sin embargo, que había grupos intermedios y otros que revertían a la caza, la recolección y la agricultura según las circunstancias y necesidades, por lo cual era imposible clasificarlos. Esta proposición recibió duras críticas, puesto que el concepto de área cultural era así, prácticamente inaplicable ya que en la región existe una enorme gama de medios ambientes naturales, a veces vecinos, que condicionaron y permitieron toda clase de adaptaciones (Kirchhoff, 1954; véase también los comentarios de varios autores en esa obra).

Por otra parte, los arqueólogos que se han especializado en la Mesoamérica tradicional, la conceptualizan como una unidad homogénea y han elaborado esquemas para reconocerla a lo largo del tiempo como un desarrollo también homogéneo, que se inicia a partir de una base neolítica durante el Formativo, para alcanzar un nivel urbano (Clásico y Postclásico) que se liquidaría en el siglo xvi con la colonización europea (Piña Chan, 1985, entre otros).

En la región nororiental de la Mesoamérica septentrional se establecería una impresionante y larga secuencia arqueológica en la sierra de Tamaulipas, donde en forma insospechada se daba el desarrollo de la agricultura en una época muy temprana fuera de la Mesoamérica tradicional (MacNeish, 1958). Asimismo, en ese tiempo se iniciaron en Zacatecas y Durango las investigaciones de J. Charles Kelley y su grupo, que incluía a Pedro Armillas (ver Hers, 1989, para un análisis y resumen) y Braniff inicia su primera investigación que intentaría delimitar la máxima frontera mesoamericana en la porción norcentral. Desde entonces surgieron los problemas de cómo identificarla, vistas las ambiguas proposiciones a las que se ha hecho referencia y especialmente por estar en los límites fronterizos donde debieran darse situaciones de marginalidad y retraso con respecto a las zonas nucleares, así como actividades de penetración (aculturación y colonización) y de retracción, así como de interrelación entre grupos de diferente nivel. En forma simplista se utilizaron tres elementos arqueológicos para definir que se estaba en

Mesoamérica: la evidencia de sedentarismo (cimientos, basureros), de agricultura (granos, metates planos) y cerámica; es decir, los elementos básicos del Formativo. Estos instrumentos funcionaron bien en la región, puesto que no se encuentran al norte de la propuesta frontera, la cual coincidía, a su vez, con una frontera ecológica definida por el límite sureño del desierto de Chihuahua y del Gran Salado; por el límite entre los climas B (desérticos) y C (húmedos y templados), y el determinado por la isoyeta de los 500 mm anuales (Braniff, 1951).

Esos trabajos de los años cincuenta fueron integrados en dos importantes obras de Armillas en las que resalta su enfoque ambientalista para explicar, sobre todo, el problema del abandono de aquellas regiones norteñas por parte de los agricultores hacia el siglo XII; en esos mismos trabajos reinterpreta la información de carácter etnohistórico que por una parte concuerda con la destrucción de Tula, y por otra muestra el rechazo que los tenochcas tenían hacia el *chichimecatlalli*. Revisa también las diferentes categorías de chichimecos reconocidos por los etnohistoriadores: los verdaderos y “recalcitrantes” salvajes; los agricultores bárbaros, los mesoamericanos transculturados (los tolteca-chichimeca) y otros de origen norteño que preservaban elementos de alta cultura (los chichimecas de Xolotl). Armillas no se enfrentó especialmente al problema del avance de la frontera de los cultivadores que ubicaba a fines del Clásico y que concebía como reflejos de movimientos activos procedentes de los núcleos vecinos de civilización o como el resultado de una progresiva aculturación de la población local (Armillas, 1964 y 1969).

A fines de los años setenta hice una síntesis de lo conocido hasta entonces en la Mesoamérica (Braniff, 1972, 1975a y 1975b) y volví después a retomar los problemas generales sobre este tema y los enfoqué hacia regiones más norteñas, extramesoamericanas (Braniff, 1985a; 1985b; 1986; 1988a; 1988b; 1988c 1989a y 1989b).

Los trabajos recientes llevados a cabo en Zacatecas y Durango han sido analizados y resumidos en la obra de Marie Areti Hers (Hers, 1989), para la región norcentral (Guanajuato y Querétaro), el nuevo análisis del Centro Regional de Querétaro (1989) cubre las importantes aportaciones sobre esa zona. Otra obra actual de Foster y Weigand (1985) se refiere al noroeste e incluye trabajos sobre el occidente de México. El estudio más importante sobre la región noreste. Río Verde, San Luis Potosí, es de Michelet (1984 y 1986). Otras dos importantes investigaciones arqueológicas se refieren a la muy descuidada cultura de los chichimecas (Rodríguez, 1983 y 1985).

Los modelos teóricos

Ante la necesidad siempre presente de tener a la mano criterios arqueológicos para entender el proceso histórico, la esencia y límites de esta nueva Mesoamérica, he planteado hipótesis sucesivas que aún requieren trabajo.

Se presentó un estudio sobre el tema del área cultural, estableciendo un modelo aplicable a cualquier región, no sólo a Mesoamérica, y se incluyeron algunas proposiciones respecto de sus relaciones externas. En esta obra se considera el área cultural como un ecosistema, concepto inspirado en los planteamientos de varios investigadores, entre los que sobresalen Armillas (1964 y 1969), Sanders y Price (1968), Litvak (1975), Martin y Plog (1973) y Pailles y Whitecotton (1979). Dicho modelo enlista las categorías de carácter especial y temporal que deben conducirnos a establecer el carácter específico de una área cultural, incluyendo tanto los denominadores comunes como los más desarrollados, así como la calidad de “intensidad” (Braniff, 1983).

Los trabajos de Olivé (1985) y Niederberger (1987), aunque sólo se refieren a Mesoamérica, desarrollan diseños basados en modelos universales para entender el desarrollo y proceso de complejidad de Mesoamérica, Olivé profundiza en categorías socioeconómicas y políticas y Niederberger añade consideraciones de carácter ecológico e ideológico.

Un modelo muy interesante por ser típicamente mesoamericano, aunque restringido en su aplicación inicial, pero que puede ampliarse, se basa en la estructura del “señorío” de la época histórica, convertida en parámetros arqueológicos con indicadores que pueden ser reconocidos en el campo (Castañeda *et al.*, 1988). Este modelo podría ampliarse, empleando igualmente las analogías histórico-etnográficas relacionadas con las estructuras de los “imperios”: como el *Huey tlatocáyotl* de López Austin (1985: 221) para los mexicas y tarascos, así como las “provincias” mayas y otras, integrando la información de cómo esas unidades estaban constituidas internamente y cómo se interrelacionaban entre sí a corta y larga distancia. Trabajos como los de Attolini (1988), Broda (1985), Lameiras (1985:359-365) y otros son obviamente aplicables.

Una proposición simplista y revolucionaria a la vez es la que Di Peso enfoca a lo no mesoamericano, considerando todo lo que sucede al norte, como una sola unidad llamada la Gran Chichimeca. En ella evita el encajonamiento de la región dentro de áreas culturales y se refiere simplemente a una zona geográfica ubicada al norte del Trópico de Cáncer, cuyo común denominador de carácter ecológico es la aridez

generalizada. En esa región vivieron varios tipos de chichimecas (los cazadores-recolectores, los agricultores bárbaros y los agricultores civilizados), quienes se adecuaron a los diferentes medios y circunstancias temporales. Dentro de la Gran Chichimeca el autor incluye el discutible suroeste y gran suroeste, y presenta proposiciones para explicar las evidentes presencias mesoamericanas en la región (Di Peso, 1968 y 1974).

En cuanto a las sugerencias para reconocer los amplios sistemas de intercomunicación, existen varios modelos que se refieren a sistemas económicos y políticos, que dejan a un lado el concepto de área cultural. Estos pueden organizarse en dos grupos: los que se refieren a interrelaciones a nivel preestatal y los que se refieren a interrelaciones entre estados. Sugiero que en este último caso, puede coexistir el primer nivel.

Dentro del primer grupo es adaptable el modelo llamado “esferas de intercambio”; dentro del segundo son utilizables los modelos que se aplican a las interrelaciones que se dan entre “unidades políticas equivalentes” y las que se dan entre unidades sociopolíticas de mayor poder hacia otras de menor categoría como es el diseño de sistemas y economías mundiales. El modelo de esferas de interacción es aplicable a ambos grupos.

Las “esferas de intercambio” se basan en analogías etnográficas, que se establecen con base en el intercambio de diferentes objetos o servicios. Las “esferas” pueden tener el carácter de intercambio de objetos o conocimientos relacionados con la subsistencia básica o con el intercambio de objetos de prestigio (Nelson, 1986).

El modelo de “esferas de interacción” se inspiró en el antiguo concepto griego del “mundo conocido” u *oikouménē* que se aplicó originalmente a la expansión del mundo hopewelliano. Estas esferas son: “matrices espaciales donde se da una articulación intersocial que es regular y que es mantenida institucionalmente [...] Para definir las se utilizan ítems que son ampliamente intercambiados y que ocurren dentro de un contexto social específico [...] en un tiempo dado” (Binford, 1972).

El diseño de “Estados en equivalencia” (Peer Polity) (Renfrew, 1986) tiende a borrar las antiguas proposiciones difusionistas y tiene como meta entender el desarrollo de los sistemas sociopolíticos, así como la emergencia de su complejidad, integrando los variados tipos de intercambio entre unidades socio políticas (cacicazgos y Estados primitivos) independientes y “en igualdad” que existen dentro de una sola unidad geográfica y en algunos casos más ampliamente.

El modelo de “sistema mundial” (Wallerstein, 1974) y el paralelo “economía mundo” (Braudel, 1984) contemplan las acciones de colonización y explotación por parte de Estados fuertes en competencia (los núcleos) sobre organizaciones menos poderosas (las periferias y áreas externas). En el primer caso (Wallerstein, 1974) las periferias se caracterizan por una especialización diferencial (ecológica, ocupacional o política). Las áreas externas están fuera del sistema económico-político, pero proveen artículos específicos al sistema. Los sistemas mundiales pueden ser sólo económicos (como el capitalismo) o económico-político (los “imperios”).

Con base en estos modelos se han propuesto hipótesis respecto de las probables interrelaciones de los Estados mesoamericanos y algunas localidades en la Gran Chichimeca. Esta primera proposición fue posteriormente ampliada y perfeccionada por los mismos autores, quienes vuelven a analizar los varios conceptos de economías “mundiales,” así como los varios modelos imbricados en éstas en una importante aportación, cuya lectura se recomienda (Whitcotton y Pailles, 1986). Finalmente, otro modelo aplicable (al que todavía le falta una estructuración concreta) utiliza la ideología religiosa y mítica (que se manifiesta a través de objetos materiales), para reconocer a una unidad cultural tanto internamente como en sus extensiones en espacio y tiempo que puede utilizarse para organizaciones estatales, aun cuando “a mayor complejidad cultural los intereses y objetivos (de un grupo) serán más claros y la ideología que acompaña al poder será más consistente” (Mancha y Rivera, 1984, en Braniff, 1985: 26-27).

La ideología en sociedades precapitalistas se realiza a través de formas religiosas míticas [...] cuando las comunidades sencillas se someten a un poder central, ya no son las fuerzas naturales las que personifican la conciencia religiosa sino que se personifica a ese poder superior en la persona del déspota real o en el ser imaginario que es dios. Ese dios a su vez se convierte en mito y la verdad del mito se comprueba a través de ritos y fiestas. El mito es la legitimización del poder [...] La ideología es un instrumento representativo y estructural del poder [...] Las ideas y sus representaciones vienen a ser una práctica política y social que objetivan los intereses y posiciones de un grupo determinado que tiende a mantener el régimen social existente [...] (Mancha y Rivera 1984, en Braniff, 1985: 26-27). Una característica de las sociedades tradicionales es la de agrupar dentro del cuadro de asentamientos importantes, los cultos religiosos, las actividades económicas y las fiestas públicas [...] La esencia de las prácticas rituales es la de transformar [...] las manifestaciones seculares, objetos, mensajes, actividades, personajes. Instituciones [...] en entidades sagradas [...] Los elementos gráficos

esotéricos constituyen una especie de metalenguaje ligado a la reflexión cosmológica y religiosa y representan claramente un repertorio de mensajes y símbolos (Niederberger, 1987: 709, 712).

Proposiciones semejantes son utilizadas para corroborar la presencia de Estados mesoamericanos con base en símbolos religiosos particulares, que se encuentran en varios sitios de la Gran Chichimeca (Di Peso, 1968), así como en la definición de una ruta y sistema mundial comercial, que unía sitios como Casas Grandes, Chihuahua, la región de Trincheras de Sonora, el occidente de México, la región Mixteca-Puebla y Chichén Itzá en Yucatán después de 1 200 d. C. (Kelley, 1986 y Braniff, 1988a).

Mesoamérica

Esta serie de modelos, y otros no mencionados, deben ser coordinados para ser aplicados en forma coherente, lo que no se pretende hacer ahora, aunque sí se utilizan algunas proposiciones, añadiendo información particular para establecer un primer y simplificado modelo de lo que es Mesoamérica, contrastándolo después con lo que es la Gran Chichimeca (*sensu* Di Peso), para luego integrar información que se tiene sobre la región mesoamericana septentrional. Será evidente para el lector la omisión de muchos temas de investigación que dichos modelos sugieren, y que es necesario cubrir para entender mejor la zona que nos ocupa. Acepto, además, como lo demuestra la información arqueológica y etnológica, que hubo conexiones entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca durante largos milenios y las hipótesis que en adelante se presentan tienen como meta principal intentar establecer una primera base de diferenciación y una mayor precisión cronológica del desarrollo cultural, que ayude a entender las interrelaciones en el tiempo. Este ensayo es apenas un principio.

Los denominadores comunes a nivel básico

Como ecosistema a nivel rural, Mesoamérica tiene como base la agricultura de roza y temporal (Armillas, 1985: 39), por lo que requiere ubicarse dentro de una región ecológicamente adecuada, especialmente en relación al patrón de lluvias que posibilita tales cultivos veraniegos (Braniff, 1988b). La isoyeta de 700 mm anuales marca el límite por debajo del cual la agricultura de temporal es totalmente aleatoria y precaria (Niederberger, 1987: 51, 95).

La agricultura fue la actividad humana más importante y generalizada. Era el eje de la vida diaria y esa actividad determinó ciclos temporales regula-

res: ritos y trabajo, tributación y guerra (Rojas, 1985: 129). Mesoamérica se caracteriza por relaciones específicas de parentesco y una forma de entender al cosmos, al individuo, a la diferenciación de clases y al poder, que permite a la fecha diferenciar a esta tradición de la cultura “nacional” (Medina, 1988).

Los símbolos, ritos y mitos están íntimamente relacionados con la agricultura y la fertilidad, los que son característicamente concebidos dentro de un orden y equilibrio cósmico que es el resultado de posiciones opuestas inseparables. Estos conceptos de fertilidad y equilibrio están presentes en todo tipo de materiales, como en la simetría arquitectónica, evidente particularmente, en los centros cívicos y ceremoniales, así como en el juego de pelota (Braniff, 1985: 46-48). Los diseños como la greca escalonada, el jaguar, el lagarto, la serpiente, los peces y las combinaciones de éstos, a veces asociados al hombre, se relacionan con antiguos símbolos de fertilidad y cultivo (Braniff, 1974b); son también símbolos de comunicación e integración social, conceptos religiosos y formas de poder (Niederberger, 1987: 712-715). La navaja prismática de obsidiana es un elemento característico tanto de los niveles básicos, como de los más complejos, y por ello fue artículo de comercio de primera necesidad.

Los denominadores comunes a nivel superestructura

A partir de una base rural de aldeas agrícolas —hacia 2000 a. C.— y con base en una transformación en la naturaleza de los asentamientos, se establece un periodo preurbano hacia 1200 a. C., caracterizado por la emergencia de capitales regionales, que son centros de integración regional de una constelación de pueblos (*villages*) satélites, que no son radicalmente diferentes a las *cités* (ciudades) autocéfalas de épocas protohistóricas. Estas capitales (cabeceras, no urbes) constituyen el centro de un poder estable y de una organización política centralizada con connotaciones sagradas. Son centros de concentración de la riqueza (del *surplus* producido por un sistema agrario eficaz y de los recursos comerciales, así como del intercambio de bienes básicos y mercancías exóticas). El intercambio se basa en la producción y explotación específica de cada región, lo cual produce una trama multidireccional densa, compleja y formalmente organizada. Este sistema de bienes materiales es paralelo a otro sistema, igualmente regular, de intercambio de información de mensajes, que se basa en un conjunto de símbolos visuales así como en un sistema mítico y un campo semántico común. Cada unidad participa e irriga la vida y el organismo social del

conjunto; dicha participación dinámica contiene un esquema cosmogónico y mítico común, y constituye uno de los principales motores de una integración cultural interregional (Niederberger, 1987: 747-752).

La diferencia con las etapas posteriores se da con base en la importancia y densidad de este modo de organización política del territorio típicamente mesoamericano, que se define por esa confederación de *cités* políticamente autónomas. El periodo siguiente, llamado Protourbano, se da hacia 500 a. C., se caracteriza por capitales regionales mayores, con más poder político de integración regional (Niederberger, 1987: 695).

Es en este mismo tiempo (equivalente al Preclásico superior o Formativo terminal y Protoclásico) durante el cual:

Los avances tecnológicos impulsaron el desarrollo de las fuerzas productivas, que a su vez proporcionó la estructura necesaria para que pudieran formarse los primeros centros urbanos. Ello repercutió en una modificación superestructural drástica, surgiendo el Estado como la organización social apropiada [...] Fueron estos adelantos quizá los que abrieron la posibilidad de que algunos grupos se aventurasen a colonizar un hábitat que antes los hombres no habían podido establecerse (Olivé, 1985: 95-98).

La estructura del Estado mesoamericano está en formación entre 800 a. C. y 100 d. C. En ese tiempo existen cuatro geometrías constructivas, asociadas desde entonces a la cosmovisión particular mesoamericana. Las geometrías son la circular, la rectangular, la perpendicular y la tetraespacial. Esta última es la única que tiene continuidad en el segundo tiempo (100 a. C. a 650 d. C.) (Yadeun, 1985: 122-123). “La homogeneidad arquitectónica de las estructuras, es una manifestación material de otras homologías relacionadas con la organización social y con el sistema de creencias” (Renfrew, 1986: 5. Ver además Weigand, 1985: 90, nota 1).

Para el periodo Protourbano, según Niederberger, o de la Revolución urbana de acuerdo con Olivé, existen en la región norcentral de Mesoamérica —por debajo del río Lerma—, por lo menos dos tradiciones (fig. 1), que se caracterizan por arquitecturas, tipos cerámicos, figurillas y otros datos específicos. Una de ellas corresponde a la transformación que se da en la cuenca central de México, después de la fase de “deculturación olmeca” (después de 700-850 a. C.) y son característicos los conocidos sitios de Zacatenco, Ticomán y Cuicuilco (Niederberger, 1987: 695). La otra, que llamo “tradición de occidente”, se desarrolla a partir de una antigua base formativa que se da hacia

1 500 a. C., en Michoacán, Jalisco, Colima, Nayarit y Sinaloa. Esta tradición está claramente desprovista de influencias olmecas y del centro de México (Braniff, 1975a; Weigand, 1985: 69; Scott, 1985). La fase El Arenal (ca. 350-300 a. C., a 150-200 d. C.) en Teuchitlán, Jalisco, representa la culminación del típico culto funerario (tumbas de tiro) y consolidación en forma submonumental del patrón arquitectónico básico (plataforma circular y construcciones circundantes simétricas) y sus asociaciones específicas (juego de pelota abierto, etcétera) que serán la base de las subsecuentes fases dentro del Clásico. Existen desarrollos regionales diferentes: una región nuclear en Teuchitlán y las vecinas áreas lacustres de Nayarit, una segunda zona menos compleja que se extiende hasta la zona costera de Jalisco, Nayarit y Colima; finalmente otra más sencilla y dispersa en el norte de Jalisco y sur de Zacatecas. En la zona nuclear, rica en recursos no comunes y estratégicos, las complejas tumbas son evidencia de linajes importantes y las ofrendas asociadas, que incluyen la turquesa química que proviene de regiones extramesoamericanas, indican contactos con amplios territorios y son evidencia clara de una habilidad sociológica para obtener riqueza con fines funerarios y de estatus (Weigand, 1985: 63-70).

Corresponden a esta época, entre otros sitios en occidente: Morett, en Colima, en su fase temprana (300 a. C.-100 d. C.) (Meighan, 1972: 18), y posiblemente Amapa, Nayarit, en su fase Gavilán, así como la fase Tierra del Padre en Chametla, Sinaloa (Meighan, 1976: 16, 267 y fig. 6).

En estos tiempos se coloca, además del ya mencionado Cuicuilco, D. F., al importantísimo sitio de Chupícuaro, Guanajuato. Mientras unos autores ven a Chupícuaro como el componente de un sistema estatal en expansión, cuyo foco es Cuicuilco (Florance, 1985: 45), otros ven en este último un fuerte impacto que proviene de occidente (Bennyhoff, 1986: 20). La arquitectura circular de Cuicuilco que no tiene antecedentes en la Mesoamérica tradicional (Yadeun, en prensa), puede estar relacionada con las plataformas circulares de Teuchitlán (Weigand, 1985: 70). Yo considero a Chupícuaro como un heredero de la tradición del occidente (Braniff, 1975a).

Por último, dentro del proceso de desarrollo de Mesoamérica, la cristalización de metrópolis o superpotencias calificadas como “centros de integración supraregional” se dan en un periodo urbano, entre el primer y sexto siglo de nuestra era (Niederberger, 1987: 694) o entre 200 y 900 d. C. (Piña Chan, 1985: 68). El carácter de las superestructuras es en este tiempo de tipo teocrático (Olivé, 1985: 103-104) y la forma arquitectónica tetra espacial es la más

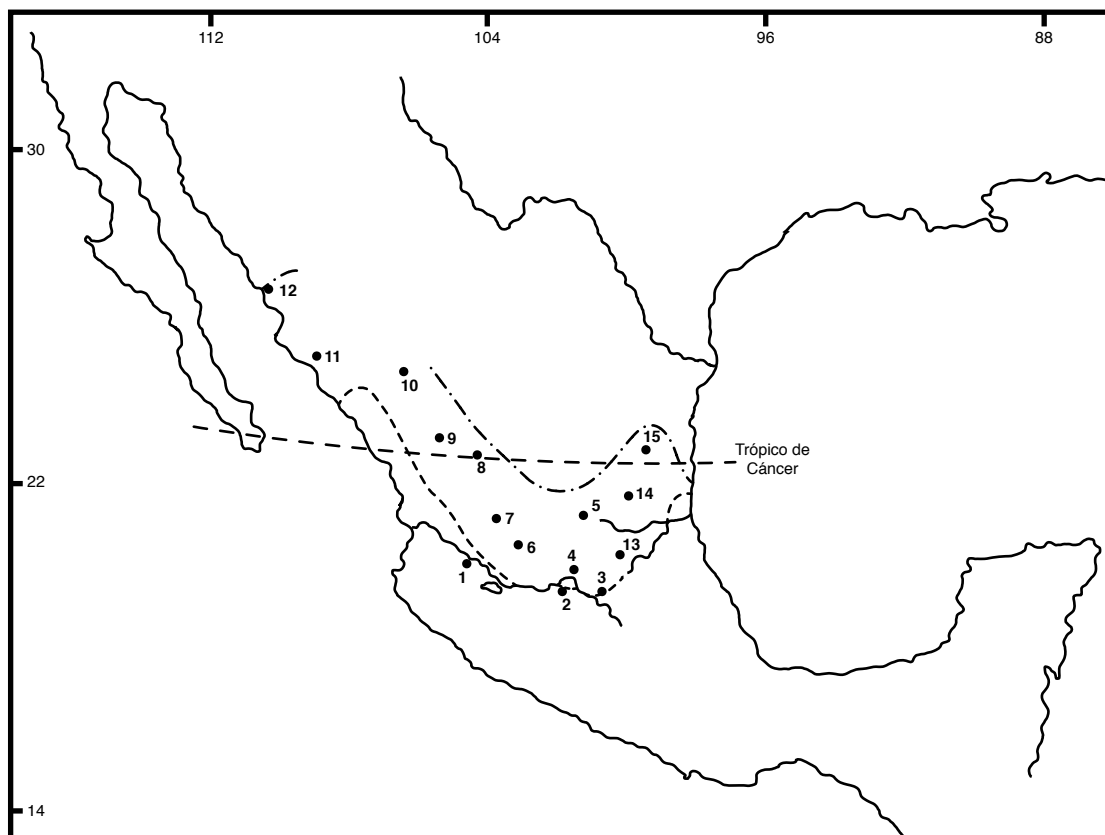


Fig. 1 Mapa 1, Mesoamérica septentrional. Frontera del S. XVI: 1. Teuchitlan, Jal.; 2. Chupícuaro, Gto.; 3. San Juan del Río, Qro.; 4. Morales, Gto.; 5. Villa de Reyes, S.L.P.; 6. Cerro Encantado, Jal.; 7. La Quemada, Zac.; 8. Chalchihuites, Zac.; 9. Schroeder, Dgo.; 10. Zape, Dgo.; 11. Mochicahui, Sin.; 12. Huatabampo, Son.; 13. Sierra Gorda; 14. Río Verde, S.L.P.; 15. Sierra de Tamaulipas.

adaptada, desapareciendo la geometría circular (Yadeun, 1985: 123, en prensa).

Hacia 650 d.C., desaparece Teotihuacán como centro de integración suprarregional; construyéndose luego y hasta 950 d.C., el mayor número de capitales de Estado en toda Mesoamérica. Es también el momento de coexistencia del mayor número de variantes temporales de la geometría espacial. Vuelve a aparecer en los valles centrales (Tula-El Corral) la geometría circular, esta vez asociada a la rectangular (Yadeun, en prensa). Es también en esta época cuando en Mesoamérica aparece el mayor número de canchas de juego de pelota (Taladoire, 1981, en Braniff, 1989).

Hacia 900 d.C., los centros de integración de tipo urbano tienen carácter militarista (Olivé, 1985: 106) y es también cuando la estructura urbana se contrae al mínimo. Entre esa fecha y 1250 d.C.:

El reproductor cósmico forma ahora parte de la plaza central y se agrega a ella el exhibidor de la muerte (Yadeun, 1985).

Con la llegada de los toltecas al centro de México, aparece un nuevo pensamiento arquitectónico [...] Es el concepto de “espacio interior” en un conjunto [...] Los

toltecas llegaron a dominar el espacio interno por medio de soportes aislados [...] y lograron una mayor amplitud en el interior de los edificios y pudieron construir grandes columnatas y pórticos techados (Acosta Jorge, en Olivé, 1985: 106).

Así, los toltecas dominan y organizan a varios grupos aldeanos que se encuentran por la vecindad de Tula; fundan allí su capital, construyendo primero pobres estructuras de adobe y lajas, pero después edificios más ricos con columnas serpentinas, pilastras, banquetas, chacmoles, colosos, etcétera, cuya inspiración vino de Chichén Itzá... adoptan el culto a Quetzalcoatl [...] inician el estilo de los templos circulares-rectangulares y de los altares decorados con calaveras [...] como se ven en El Corral, lo mismo que los muros decorados con serpientes (Piña Chan, 1985: 73).

La Gran Chichimeca (GC)

Empleo las ideas de Di Peso para una definición de carácter general. En forma selectiva y limitada se describirán algunos aspectos de esta enorme y variada región, con el objeto de contrastarla con Mesoamérica y establecer una diferenciación.

La Gran Chichimeca no es un sólo ecosistema sino varios, cuyo común denominador es una generalizada aridez (Cordell, 1984: 2), propia de regiones fuera de los trópicos (Braniff, 1985: 55). Su límite meridional es, por consiguiente, el Trópico de Cáncer (Di Peso, 1974, fig. 4.1.) más no es una línea recta, pues la región desértica intruye (por razones topográficas, meteorológicas y otras), en forma combada hacia el sur, hasta la porción central del altiplano potosino (Braniff, 1961, mapas 3-5; 1985, fig. 1.8). La Gran Chichimeca así definida, se ubica en la porción mexicana por debajo de la isoyeta de los 400 mm (Rzedowski, 1978, fig. 18) (fig. 2) por lo que se infiere que la agricultura de temporal es precaria o imposible.

A partir del siglo x y en definitiva desde el xiii, hasta la llegada de los españoles, la *Chichimecatlalli* se había expandido hacia el sur, anexándose tierras que antes fueron mesoamericanas, siguiendo en forma más o menos paralela la anterior línea combada (fig. 3). La nueva frontera del siglo xvi y la anterior de los siglos x y xiii, incluye regiones cuya lluvia es menor que los 800 mm anuales, por lo que actualmente la agricultura de temporal es también precaria (fig. 2). Es lógico suponer que si esta expansión hacia el sur

tiene que ver con un proceso de desertización progresiva serían las regiones más norteñas las primeras en ser abandonadas por grupos cultivadores. Esta proposición parece confirmarse en Guanajuato, puesto que entre los siglos xiv y xv la frontera entre grupos sedentarios y cazadores-recolectores había descendido hasta aproximadamente el centro del estado y para el siglo xvi todavía más hacia el sur, casi en los límites con Michoacán (Castañeda *et al.*, 1988; figs. 22 y 23).

Si de acuerdo con nuestras proposiciones el abandono de esas tierras está correlacionado con un impedimento de carácter ecológico, asociado a la falta de lluvias cíclicas que permite o no el cultivo de roza y temporal, es interesante ahondar más acerca de esos patrones pluviométricos.

En el extremo noroeste de la Gran Chichimeca (el suroeste para los norteamericanos), se tiene información arqueológica de una época de cambios culturales profundos que se dieron entre 1200 y 1300 d.C., durante la cual se abandonaron grandes regiones, se poblaron otras y se adoptaron nuevos patrones. Las explicaciones que se dan para estos movimientos son de tipo cultural y de cambios en el medio ambiente.

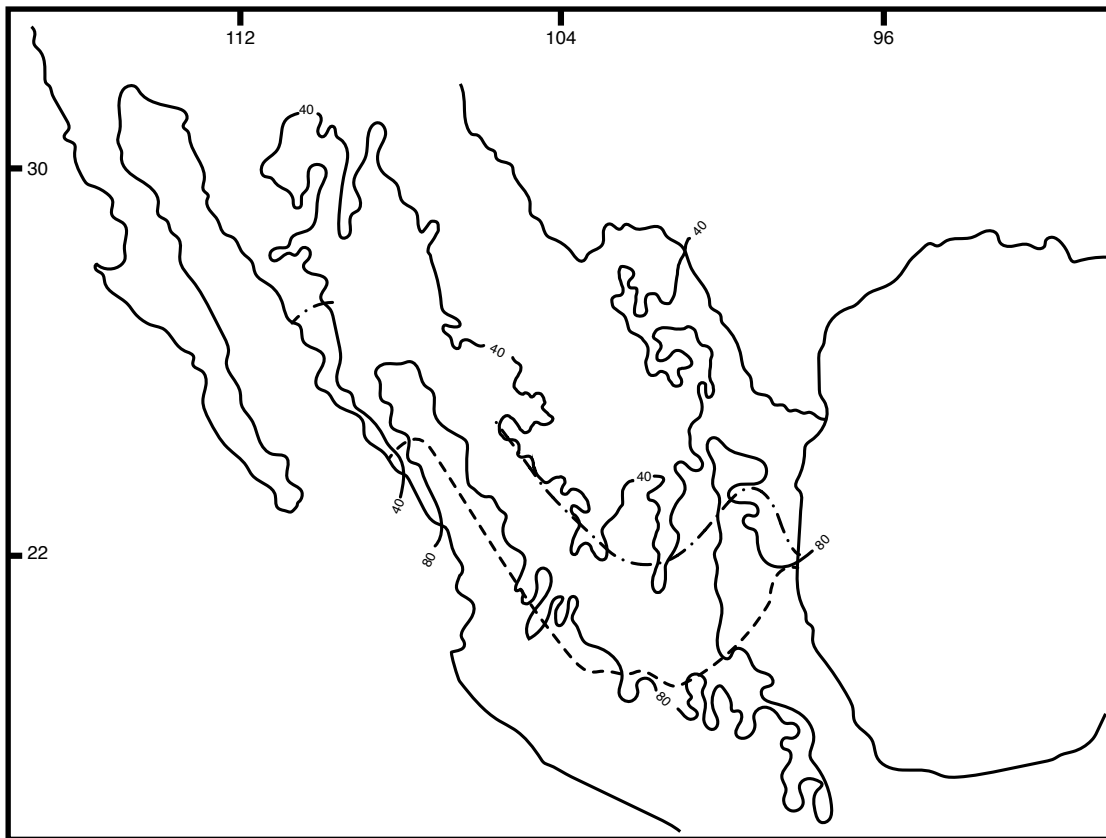


Fig. 2 Mapa 2. Mesoamérica septentrional. Precipitación total anual en mm. Fuente: Basado en Rzedowski, 1978, fig. 18.

Estos movimientos coinciden con una sustitución momentánea de una producción agrícola intensiva por una menos intensiva, y por una mayor actividad de caza y recolección. Sin embargo, pronto se reorganizaría toda la región dentro de sistemas que fueron de diferente calidad que los anteriores (Cordell, 1984: cap. 1).

Sin embargo, en la región desértica del suroeste los hohokam, hacia 1 100 d.C. muestran igualmente una inseguridad cultural que se basa en cambios del medio ambiente, que produjeron cambios culturales sustanciales. Entre otros, se abandona el famoso sitio de Snaketown y se inicia una reorganización política con tendencia a la secularización (a diferencia del carácter religioso anterior). Además, se nota un cambio en los sistemas comerciales, por lo que se dejan de recibir objetos de origen o inspiración mesoamericana, como son las guacamayas, vasijas trípodes y figurillas (Cordell, 1984: 305-23).

En cuanto a estudios del medio ambiente, se menciona que entre 900 y 1 200 d.C. existió un cambio en el régimen de lluvias, que consistió en dos largas épocas, durante las cuales llovió mucho más que antes (las máximas se alcanzan en 950 d.C. y luego en 1 150 d.C.), separadas por una sola, pero muy larga sequía (cuya máxima se ubica hacia 1 050 d.C.). Antes de 900 d.C., y después de 1 200 d.C., la oscilación entre épocas de lluvias y de sequías era mucho más frecuente, aun cuando la cantidad de lluvia era menor (Cordell, 1984: fig. 9.2). También se tienen datos dendrocronológicos que sustentan una gran sequía entre 1 279 y 1 299 d.C., aunque Martín (1979: 65-68) refuta esta teoría. Hay información acerca de la reducción de nivel freático y profundización de arroyos en esos tiempos.

Sin embargo, los estudios polínicos que se han llevado a cabo en el norte de México no confirman claramente dichas sequías (Brown, 1985).

Como contraste, en la cuenca de México, hacia 1 000 d.C., hay una tendencia a una mayor precipitación y temperatura que las actuales. Hacia 1 250 d.C. la lluvia sigue en aumento y la máxima se alcanza hacia 1 750 d.C. Hacia 1 250 d.C., la temperatura alcanza su máxima y se reduce notablemente hacia 1 500 d.C., cuando alcanza un nivel similar al de hoy en día. Hacia 1 750 la temperatura desciende mucho más (Niederberger, 1987: fig. 596). Los niveles de lluvia en la cuenca actualmente son de 800 mm, y la temperatura (oscilación media) es de 6° (Rzedowski, 1973: figs. 18 y 13).

Una información que puede ser utilizada analógicamente es de tiempos coloniales, cuando se registran fluctuaciones climáticas de años buenos y malos para la agricultura, que se suceden cada 10 años.

Las crisis de 1624 y 1692 fueron memorables. En el siglo XVIII las sequías y heladas produjeron una serie de hambres y escasez entre 1724 y 1810, las más terribles fueron las de 1749-1750; las de 1785-1786 y la de 1809-1810 (Florescano, 1986: 52 y 71-73).

De acuerdo con la información anterior es precisamente en 1750 d.C. cuando la lluvia alcanza un punto máximo, pero también cuando hace más frío.

Los datos históricos sugieren, por otra parte, que en los valles centrales hubo una época de sequías hacia 1 150-1 200 d.C. (fin de Tula), acompañadas de migraciones chichimecas (Armillas, 1964 y 1969). Esto contrasta con la información arriba indicada, que señala una situación totalmente opuesta a la de 1750 d.C., que es también de sequía, pues es entonces cuando la precipitación pluvial fue mayor que la actual y la temperatura más alta.

Es evidente que se requieren estudios climáticos más precisos. Sin embargo, como señala Michélet (1984), en las regiones semiáridas norteñas, una sequía de dos o tres años consecutivos es suficiente para acarrear el desastre a pueblos cultivadores.

Para el problema que aquí se analiza es de toda forma interesante la concordancia cronológica entre los cambios que se dan en el extremo noroeste hacia 1 100-1 200 d.C., y el desplome progresivo de la frontera de los agricultores que está bien ubicado en Guanajuato hacia esas fechas.

En cuanto a la agricultura, en gran parte del suroeste de Estados Unidos, las plantas cultivadas fueron las que suplían la mayor parte de la alimentación, pero siempre se requirió invertir una considerable mano de obra para asegurar el éxito de la cosecha, empleándose siempre una multitud de sistemas ingeniosos para llevar agua a los campos para conservar la humedad y para detener la erosión. La agricultura de temporal requirió siempre de esa inversión. En otras localidades la agricultura fue sólo suplemento de la caza y recolección y en otras más, sólo un experimento corto y sin éxito (Cordell, 1984: cap. 6).

Hay que hacer énfasis en que los sistemas de irrigación que se construyeron en ciertas localidades del desierto por los pueblos hohokam son infinitamente más amplios y complejos que cualquiera de sus contrapartidas mesoamericanas, a pesar de que la densidad de estas poblaciones es mucho menor (Doolittle, 1988) sugiriéndose así que éste es un desarrollo regional no importado de Mesoamérica (Braniff, 1985: 83).

En relación con la arquitectura, las casas más antiguas en el suroeste de Estados Unidos (200 d.C.) son las casas foso, de planta circular y semihundidas, que difieren totalmente de la antigua habitación mesoamericana. Se distribuyen en aldeas, a veces alrededor de

una casa principal (Cordell, 1984: 218). Este tipo de casa es el que posteriormente se da en Chihuahua (San Antonio de Padua) hacia 750 d. C. (Di Peso, 1974; volumen 1) y en Sonora (San José Bavícora), entre los siglos XI y XIV (Pailes, 1980: 29). En la región Hohokam la casa foso difiere en cuanto a que tiende a ser rectangular, con entrada lateral de rampa, que se da entre 300 a. C., y 1 100 d. C., (Haury, 1976: 82, fig. 3.28) aunque los recientes estudios cronológicos sugieren que la primera fecha mencionada es mucho más reciente (500 d. C., Schiffer, 1982: 335). En Snaketown la zona habitacional de casas foso rodea una “plaza” central (zona llana circular) y los montículos plataformas circulares de carácter ritual (Haury, 1976: 82), se ubican al sur de la zona habitacional. Los juegos de pelota de muros combados ocupan igualmente una posición alrededor de la sección de casas (Wilcox *et al.*, 1981: fig. 32). Posteriormente, entre 700 y 1 000 d. C., se da un cambio en ciertas localidades hacia la construcción de “pueblos”, que son estructuras que integran cuartos contiguos de múltiples usos. En la mayoría de ellos se encuentra la Kiva de planta semihundida y circular, cuya función es ritual, entre otras. En algunas áreas (Chaco) la planta del pueblo tiene forma de anfiteatro (Cordell, 1984: 237-301).

Es en el periodo prehistórico final de “pueblos agregados” —que se inicia hacia 1 175 d. C.—, en el periodo Clásico hohokam (McGuire y Schiffer, 1982: 193 y 335) o hasta 1 300 d. C. (Cordell, 1984: cap 10), cuando se inaugura una nueva época, durante la cual se conforman comunidades muy grandes de estilo “pueblo” (cuartos contiguos), varios de los cuales fueron conocidos por los españoles. En la región Hohokam entre 1 300 y 1 450 d. C., se alcanza la mayor complejidad y se construyen (complejos, *compounds*, “casas grandes” de muros masivos de adobe, plataformas y los “cerros de Trincheras” (McGuire y Schiffer, 1982). De este periodo es la fase Paquimé, que corresponde al auge de Casas Grandes, Chihuahua, el cual se caracteriza, precisamente, por sus casas grandes de muchos cuartos contiguos, varios pisos y muros de adobe (Ravesloot *et al.*, 1986). No obstante que en esta última existen elementos de tipo mesoamericano, su conformación es totalmente diferente a la arquitectura mesoamericana (Braniff, 1988b; Yadeun, en prensa).

Para concluir, y con base en esta sintética exposición, que se ha referido fundamentalmente a los aspectos ecológicos y arquitectónicos, me parece que existen suficientes argumentos para distinguir a la Gran Chichimeca (o gran suroeste) de Mesoamérica. Además, es claro que mientras ésta última todavía puede reconocerse como una “área cultural” (*sensu* Kirchhoff, 1954), la primera no lo es, por lo que sus

evidentes interacciones deben verse a través de otros parámetros como los sugeridos en el apartado referente a modelos.

La inserción de Mesoamérica septentrional a la Mesoamérica tradicional

De acuerdo con lo mencionado anteriormente, dentro del área Mesoamericana tradicional y occidental, en el periodo Preurbano 1 250 a 700 a. C., florecen diversas capitales regionales, cuyas características han sido ya descritas. Esas capitales participan entre sí de una simbiosis de carácter económico y cultural, definida esta última con base en intercambios regionales de información y mensajes que se asocian a una ideología religiosa y mítica compartida, representada por símbolos iconográficos, que a su vez sirven como un elemento importante de cohesión política y social.

Durante el siguiente periodo Protourbano —700 a 150 a. C.— proseguirá el mismo sistema arriba descrito, aunque ahora las capitales regionales son mayores y tienen una más amplia capacidad y potencialidad tecnológica, económica y política, alcanzando así la “revolución urbana,” que cristaliza en las grandes construcciones como las de Cuicuilco y Tlapacoya en el D. F.; Chupícuaro, en Guanajuato y Teuchitlán, en Jalisco.

Las interrelaciones de estos centros de poder deben ser estudiadas como el preludio de las formaciones estatales y el modelo utilizable sería el de “Estados de igualdad” que describimos superficialmente. Un estudio de tipo arquitectónico e iconográfico ayudará a entender dichas interrelaciones, así como a definir las esferas de interacción coetáneas.

Es precisamente en este tiempo que se incluye la información sobre los primeros grupos agrícolas de la Mesoamérica septentrional, en su porción norcentral y noroccidental (los pocos fechamientos que tenemos para el Formativo terminal en la Mesoamérica septentrional se insertan en un apéndice al final de este trabajo).

Infiero que la emergencia de los asentamientos referidos se debe a esta revolución cultural, lo que a su vez sugiere una colonización, más que una transculturación de los nuevos territorios. Esta proposición no implica, necesariamente, una mejoría climática para explicar la ampliación de la frontera mesoamericana, como ha sido invocada vagamente en el pasado; aun cuando es de suponer que el medio ambiente debió ser el adecuado para conformar las supuestas premisas de una agricultura de roza y temporal, que hemos propuesto como común denominador mesoamericano. En este sentido es interesante hacer notar

que esta colonización temprana casi alcanza la máxima extensión mesoamericana correspondiente a sus fronteras climáticas y que *grosso modo* sigue el Trópico de Cáncer (fig. 3). Esta primera colonización tiene, por lo demás, una apariencia dispersa que sólo se consolidará posteriormente, en un tiempo equivalente al de los “Estados” del Clásico en Mesoamérica.

En esta discusión cobra importancia mayúscula el sitio y la “tradición” Chupícuaro de Guanajuato, no sólo por su participación e impacto en la cuenca de México —que ya mencionamos— sino porque se le ha reconocido como la base de desarrollos ulteriores en Guanajuato (Braniff, 1972) y Zacatecas (Kelley, 1966). Desafortunadamente, las investigaciones en Chupícuaro se enfocaron, solamente, hacia el complejo funerario, y si bien aportaron valiosas colecciones, la secuencia cronológica aún no es clara. Los elementos intrusivos en la cuenca de México permiten colocar a la “tradición” Chupícuaro, en términos generales, dentro del Preclásico superior, pero no existe todavía la suficiente información para precisar su ubicación (Florance, 1985). Parte del problema radica en que a esta “tradición” se le adjudica una larguísima temporalidad —entre 500 a.C., y 350 d.C.— (Castañeda *et al.*, 1988, fig. 2); es decir, casi un milenio, durante el cual existe una región nuclear (¿más temprana?) alrededor de la presa Solís (Castañeda *et al.*: 323) y versiones regionales y/o temporales del complejo cerámico.

Es evidente que entre la cerámica del sitio Chupícuaro, según Porter (1956), y la fase Morales, que es afín al sitio del mismo nombre (cerca de Comonfort) existen similitudes, pero también discrepancias que en mi opinión implican una diferencia cronológica. Por una parte hemos identificado en la fase Morales varios elementos similares e idénticos a la fase Ticomán (Braniff, 1972, lista 1), que se ubica entre 400 y 150 d.C. (Niederberger, 1987, fig. 595) lo que me hacen suponer que Chupícuaro es más antiguo y cercano a la herencia de la tradición de occidente, cuya presencia en Tlatilco es evidente en tiempos anteriores (Braniff, 1975: 216).

Una discrepancia importante es el diseño de la greca escalonada, que aun cuando tiene gran antigüedad en Sudamérica (Braniff, 1974b), se presenta, aunque en forma no muy clara, en Morales, Guanajuato. Otros diseños importantes que no existen en Chupícuaro son de aves y cuadrúpedos. Estas decoraciones son muy importantes, pues considero que son símbolos tradicionales y míticos, que deben contener aquella calidad ideológica y de cohesión social que mencionábamos arriba. Estos diseños aparecen posteriormente en los altos de Jalisco hacia 100-250 d.C. (Bell, 1974), después en Zacatecas, en la fase Altavista, hacia 300 d.C. (Kelley y Kelley, 1971; lám. 1)

o 750 d.C. (Kelley, 1985: fig. 11.3), y luego en Snake-town, Arizona en la región hohokam, donde comienzan a aparecer en la fase Snaketown —hacia 350 d.C. (Haury, 1976: fig. 12.93 y 16.1) o 750 d.C. (Schiffer, 1982: 335)—, y proliferan en las siguientes fases Gila Butte y Santa Cruz —hacia 550 d.C. (Haury, 1976: fig. 12.93 y 16.1) u 800-1000 d.C. (Schiffer, 1982: 335)—. Ciertos diseños, especialmente la greca escalonada, el ave, la serpiente y combinaciones de éstos, sobrevivirán en contextos más tardíos, después de 1200 d.C., en Casas Grandes, Chihuahua y entre los pueblos históricos del sur-oeste de Estados Unidos (Braniff, 1986). Estas similitudes sugieren, ciertamente, la continuidad de una ideología (¿transculturación?), más no pueden constituir esferas de interacción o sistemas mundiales porque no son sincrónicas.

Un diseño ausente en Chupícuaro es la greca esgrafiada en líneas quebradas que se encuentran dentro de los platos de la fase Morales (Braniff, 1972: lám. 1f.), muy similar a los diseños que aparecen en un tipo de la fase Manantial (Zacatenco 1) de Zohapilco, D. F. (Niederberger, 1976; lám. LVII, 1-6, 10,11). Este tipo es el que encontramos distribuido hasta el norte de Guanajuato, en el Cópore (fase Cópore temprano) (Braniff, 1972: 277 y 1974: fig. 3) y el Cubo (Braniff, 1974a: fig. 3).

Con relación a los tipos de arquitectura de carácter cívico o religioso que pueden sugerir ideologías y centros de poder y precisamente en Chupícuaro, éstos, que son pocos, se concentran en el sur del estado. Se ilustra una plataforma rectangular con construcciones superpuestas que recuerda la de Tlapacoya, D. F. (Barba de Piña Chan, 1956: planos 7 y 8) y una versión de la geometría tetraespacial, aunque le falta un lado (Castañeda *et al.*, 1988: figs. 3 y 4). Estas construcciones son verdaderamente monumentales, pues alcanzan entre 80 y 120 m por lado. Se menciona además una pirámide circular en Chupícuaro y una construcción circular en la región de Salvatierra (Brown, 1985: 225). Aquí hay que anotar un dato curioso, pues en el norte de Tlaxcala existe un complejo con centro ceremonial, zona residencial y construcciones de tipo fortaleza, asociado a materiales típicamente Chupícuaro (Porter, 1956) (García Cook y Rodríguez, 1975). Desafortunadamente, el estudio está inconcluso. Esta investigación serviría mucho para aclarar la posición de Chupícuaro mismo.

Se ha mencionado ya la arquitectura de Teuchitlán, Jalisco, que es circular, asociada a juegos de pelota de tipo abierto y a tumbas de tiro, que sobrevivirá en forma monumental durante el Clásico (Weigand, 1985: 70). Muy posiblemente la geometría circular que se da en Snaketown, Arizona (montículos-plataformas recubiertas con estuco, ampliadas periódicamente)

camente, con superposiciones) desde la fase Snake-town (Haury, 1976: 82-94) y en el sitio Gatlin en el Gila Bend (Wasley Johnson, 1965) pertenezcan a esta tradición, como es posible que lo sean también las construcciones posteriores en Ixtlán del Río, Nayarit y en la región de Tomatlán, Jalisco (Mountjoy, 1982).

Volviendo al Formativo, en Totoate, Jalisco, para una fecha muy temprana (100-1 a.C.), la geometría circular de Teuchitlán, aparece junto con la construcción rectangular con un altar central, que será la arquitectura típica de la cultura de Chalchihuites, que incluye a La Quemada durante el Clásico (Hers, 1989: 34 y fig. 3) y también características del mismo periodo en Guanajuato, lo que sugiere una participación con Mesoamérica, por lo menos de tipo ideológico, que tal arquitectura tetraespacial implica. Sin embargo, no parece existir en esta región central noroccidental de la Mesoamérica septentrional una filiación política hacia ningún Estado dentro de Mesoamérica (Braniff, 1989). La presencia teotihuacana se detecta sólo en la porción sureste de Guanajuato y oeste de Querétaro (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 14) y en Salvatierra (Braniff, en elaboración). Algunos tuestos de Anaranjado delgado se encontraron en el Cópore (Braniff, 1972: 276) y otros en Teuchitlán, Jalisco, lo que contrasta con la clara presencia teotihuacana en el vecino valle de Atemajac, Jalisco (Weigand, 1985: 90). Esto hace suponer que, tanto la región que dominaba el núcleo ubicado en la región de Teuchitlán y que extendía su poderío hasta el sur de Zacatecas (Weigand, 1985; fig. 218), así como los núcleos de La Quemada y Chalchihuites, que dominaban regiones en Zacatecas y Durango y las diversas culturas regionales localizadas en Guanajuato, que muestran centros de diversas jerarquías durante el periodo Clásico, pudieran considerarse bastante ajenas a los sucesos políticos de Mesoamérica (Weigand, 1985: 60-90). El autor sugiere, sin embargo, que los desarrollos específicos de las fases del Clásico pudieron haber sido una “respuesta social que mantuvo su independencia e identidad, intensificando su herencia del Formativo, transformándose así en un componente de la generalizada civilización mesoamericana” (Jiménez, 1989: fig. 5 y Castañeda *et al.*, 1988: figs. 5 y 13) sugieren que pueden establecerse esferas de interacción basadas en la distribución de ciertos tipos cerámicos, figurillas y demás, que podrán en el futuro reconocerse como unidades sociopolíticas, autónomas, rivales o satélites de los estados sureños. En un caso servirá bien el modelo de Estados en equivalencia, en el último, podrá aplicarse el de sistema mundial.

En cuanto a relaciones a larga distancia, la temprana presencia de turquesa en Jalisco (Weigand, 1985: 64) y Zacatecas (Weigand *et al.*, 1977) bien puede

interpretarse como una explotación minera de tipo Sistema mundial en Nuevo México. Esta interrelación estaría corroborada por la presencia de un mosaico de tipo mesoamericano de turquesa que se encuentra en los niveles más antiguos de Snaketown, Arizona (Haury, 1976: fig. 17.3).

Por otra parte la arquitectura de “espacios internos”, columnatas y pórticos a los que se referían Acosta y Piña Chan en relación a Tula, Hidalgo, que citamos anteriormente, tiene sus claros antecedentes en La Quemada y Chalchihuites, las cuales se ubican en pleno Clásico (Hers, 1989, ver discusión en el cap. 1). Esta evidencia, más el burdo Chac Mool y el tzompantli de Huejuquilla, Jalisco (Hers, 1989: cap. 3, 45, 83 cap. 4), el tzompantli de Chalchihuites (Kelley, 1978), los chac mooles de piedra y cerámica de Snaketown, Arizona (Haury, 1976: figs. 11.25, 12, 26, 12.34 y 17.3) el diseño del ave devorando una serpiente en Chalchihuites (Kelley y Kelley, 1971: lám. 48b) y entre los hohokam (Haury, 1976: fig. 15.28f), así como los cascabeles de cobre y la turquesa en el culto a Tezcatlipoca (Di Peso, 1968: 5; Jiménez, 1989: 37) son más antiguos en el norte que en Mesoamérica, lo que viene a sustentar más firmemente mis antiguas proposiciones —basadas en otros elementos— de una cultura prototolteca norteña, que tiene bases en el Preclásico superior y que a fines del Clásico e inicios del Postclásico irrumpe en los valles centrales, específicamente en Tula, Hidalgo (Braniff, 1972: 289-299). Esto mismo es sugerido por Hers, quien propone que esa “ida y vuelta” está implícita en la información histórica de los mexica (Hers, 1989: 192-197).

Mientras esto sucede en la porción central y noroccidental de nuestra Mesoamérica septentrional, una situación muy diferente se desarrolla en la región nororiental que incluye la sierra Gorda, la meseta de río Verde y la sierra de Tamaulipas. Las relaciones con Teotihuacán y la costa del golfo de México son evidentes: yugos, palmas, vasos de fondo plano y paredes almenadas, los negros esgrafiados Zaquil, las figurillas moldeadas, los juegos de pelota, perfiles de edificios, etcétera, verifican la presencia de aquellos centros de poder en la región (Franco, 1970: lám. 20-31, 51-52-55; Braniff, 1975c: 223-241 y Michelet 1984 y 1986) que Michelet asocia con la explotación mineral del cinabrio (Michelet, 1984), que fuera muy utilizado en la pintura mural (Weigand *et al.*, 1977).

El ocaso. Los chichimecos, grandes, pequeños y medianos

Existen claros indicios acerca de que el abandono de la región septentrional mesoamericana se inicia hacia

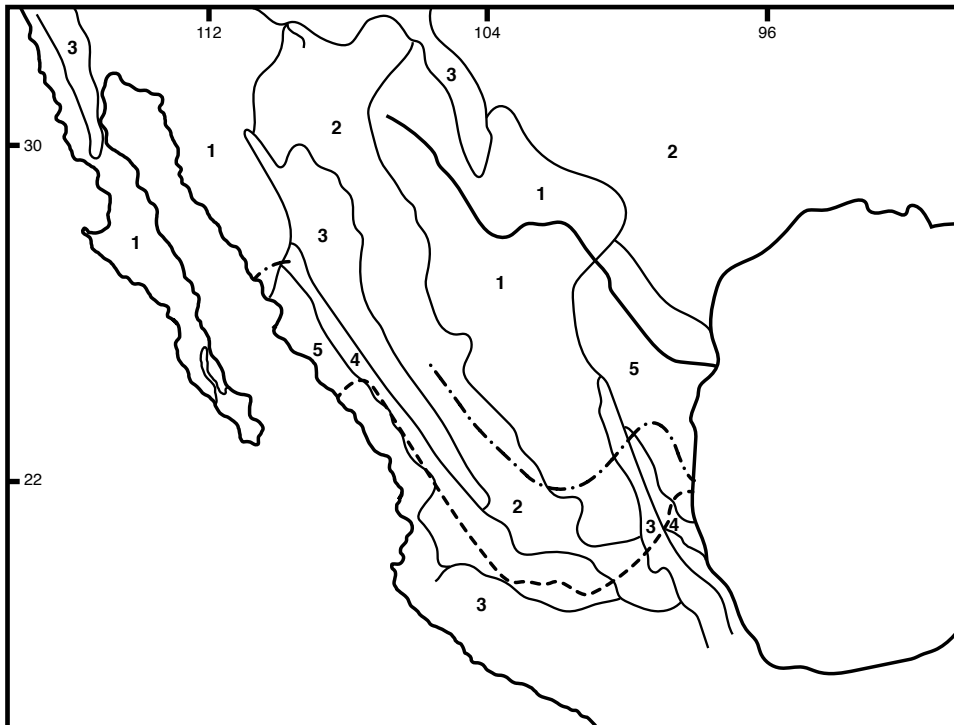


Fig. 3
Mapa 3. Vegetación del
norte de México. Fuente:
Rzedowski, 1985, fig. 1.8.

900-100 d.C. (Braniff, 1989; Castañeda *et al.*, 1988: 329), que también puede interpretarse como una “colonización” —si es que el nombre es el adecuado— de grupos “salvajes” chichimecas no agrícolas, o como una involución progresiva de los grupos mesoamericanos civilizados, hacia una barbarie y salvajismo, lo cual está relacionado con un cambio climático hacia la desertización que impidió la agricultura de temporal; las regiones más norteñas, cerca del desierto —el Trópico de Cáncer— debieron haberse abandonado primero. Esto se sustenta a medias con base en la información que ahora se tiene sobre la cultura de Chalchihuites y la región de río Verde, San Luis Potosí y la sierra de Tamaulipas, que nunca más fueron habitadas por mesoamericanos. Sin embargo, el sitio de Villa de Reyes, o Electra, en el altiplano potosino, que es la región más árida de Mesoamérica septentrional, aún cuando muestra una discontinuidad arqueológica, puesto que el complejo del Clásico (valle de San Luis) termina abruptamente, al contrario de lo que la lógica sugiere, volvió a habitarse (fase Reyes) por gente que traía un complejo cerámico muy parecido al de la fase Tollan de Tula, Hidalgo (Braniff, 1975; Crespo, 1976). Otros sitios toltecas de la fase Tollan (900-1150 d.C.), se encuentran en Guanajuato: El Cópore tardío (Braniff, 1972: 276), El Cerrito, cerca de la ciudad de Querétaro (Crespo, 1965, en Castañeda *et al.*, 1988: 328) y Carabino, cerca de San Luis de la Paz (Braniff, 1972, lista 2). En este último aparece, por primera vez en la entidad, un juego de pelota que es de tipo ce-

rrado —como los de Tula—; las construcciones ahora son rectangulares, sin el patio central característico del Clásico (Crespo y Flores, 1984, en Castañeda *et al.*, 1988, fig. 16) que organizaba el patrón tetraespacial. La disposición de estas construcciones difiere de la geometría del centro de Tula (Yadeun, 1985, fig. 7).

Estos sitios toltecas en el altiplano potosino y noroeste de Guanajuato no tienen carácter defensivo, por lo que la presencia de “aguerridos chichimecas” no se sustenta.

En estos mismos tiempos, hacia el centro oriental del estado, existe, al parecer, un reacomodo hacia una economía mixta de caza recolección con agricultura; y hacia el poniente aparece una nueva tradición cerámica asociada a sitios defensivos (Castañeda *et al.*, 1988: 329-330).

Los tarascos habitan algunos sitios en el sur del estado entre 1350 y 1530, para cuando la frontera se retrae muy al sur, en los límites con Michoacán (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 22 y 23).

Este proceso de abandono, que se inicia en el Epiclásico y que se resume en el momento de los contactos hispanos, podría simbolizarse quizá con lo primero que representa Mixcoatl y luego Xolotl para terminar con aquello que dice: “Es un lugar de miseria, dolor, sufrimiento, fatiga, pobreza y tormento. Es un lugar de rocas secas, estéril, un lugar de lamentación, un lugar de muerte por sed, un lugar de inanición. Es un lugar de mucha hambre, de mucha muerte. Queda al norte” (Sahagún, 1963: 263).

Apéndice

Fechamientos

Guanajuato

Sitio: Morales (Comonfort). fase Morales: similitudes específicas con la fase Ticomán de la cuenca central (Braniff, 1972: lista 1), fase que ahora se sitúa entre 400 y 150 a.C. (Niederberger, 1987: fig. 595). Otros sitios cercanos —de la misma fase— se ubican en la región de San Miguel de Allende (Martínez y Nieto, 1987; Braniff, 1967).

Sitio: El Cópore (sitio 1, en Braniff, 1974: fig.3). Fase Cópore temprano. Identificada con un tipo de la fase Morales (Braniff, 1974: 277).

Sitio: El Cubo (sitio 3, en Braniff, 1974: fig.3). Se identifica con el mismo tipo de la fase Morales.

Sitios de tradición Chupícuaro en el sur del estado, entre 500 y 350 d.C. (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 2).

Sitios relacionados con Chupícuaro (Porter, 1956) y con cerro del Chivo (Gorenstein, 1976; Snarkis, 1976) en el sureste del estado sin cronología absoluta (Florancen, 1985).

Jalisco

Sitio: El Cerro Encantado (cerca de Teocaltiche) similitudes con la fase Morales de Guanajuato y con el complejo de tumbas de tiro de occidente. Una fecha por C-14 dio 1800 ± 80 a.p. (100 a 250 d.C.) (Bell, 1974).

Sitio: Totoate, fechas por C-14, entre 100 y 1 a.C. (Hers, 1989, fig. 3).

Varios sitios que se concentran en la frontera entre Jalisco y Zacatecas, del periodo Formativo medio y tardío (Weigand, 1985: fig. 2.5.).

Zacatecas

Varios sitios de la fase Canutillo, entre 1 y 500 d.C. (Hers, 1989: fig. 3.).

Sitio: Altavista o Chalchihuites. Fase Canutillo, entre 200 d.C. y 650 d.C. (Kelley, 1985: fig. 11.4).

San Luis Potosí

Sitio: Electra (o Villa de Reyes). Fase San Juan (Braniff, 1975: 34-38; Crespo, 1976: 45-47). Una fecha por C-14 arrojó la fecha $2020 \pm 200 \pm 70$ a.C., para esta fase (Braniff, en prensa). Tiestos de esta fase han sido hallados en Cerrito de Rayas, León, Guanajuato (Ramos *et al.*, 1968: 313).

Querétaro

Bocamina El Garambullo, Trinchera. Sin asociación precisa. Fechamiento por C-14: 15 d.C. (Franco, 1970: 23-49) (sierra Gorda).

Ocho sitios en la región de San Juan del Río. Varios tipos cerámicos con formas similares a las del Preclásico superior de la cuenca; en un sitio asociado a figurillas H4 y H1, se propone una cronología entre 500 a.C.-1 d.C. (Nalda, 1975: 82-87 y 99) Hay indicaciones (pocas) de estructuras, una de ellas de carácter ceremonial —pero no se ofrecen planos, (Nalda, 1975: 102)—. La secuencia continúa con una segunda fase 1-400 d.C., 48 sitios, varias estructuras de tipo ceremonial (Nalda, 1975: 102-105).

Bibliografía

Armillas, Pedro

1964 Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica. En *Homenaje Márquez-Miranda*, (pp. 62-82). Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

1969 The Arid Frontier of Mexican Civilization. *Transactions of The New York Academy of Sciences, Series 11, 31* (6): 697-704. Nueva York.

1985 Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, (comps) *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 25-40). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Attolini, L. Amella

1988 *Comercio, poder y los antiguos mayas*, Tesis. ENAH-INAH, México.

Barba de Piña Chan, Beatriz

1956 Tlapacoya: un sitio Preclásico de transición. *Acta Antropológica, época 11, 1* (1), México.

Beals, Ralph L.

1954 Comentarios a "Gatherers and Farmers of the Greater Southwest de P. Kircchhoff". *American Anthropologist, 56* (4): 551-553 (parte 1).

Bell, Betty

1974 Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco. En Betty Bell (ed.), *The Archaeology of West México* (pp. 147-167). Ajijic, Jalisco, WMSAS.

Bennyhoff, James

- 1968 Chronology and Periodization: Continuity and Change in the Teotihuacan Ceramic Tradition. En *Teotihuacan, XI Mesa Redonda* (pp. 19-29). México, Sociedad Mexicana de Antropología.

Binford, Lewis R.

- 1972 *An Archaeological Perspective*. Nueva York/Londres, Seminar Press.

Braniff, Beatriz

- 1961 *Artefactos líticos de San Luis Potosí: ensayo de sistematización*. Tesis de Maestría. ENAH, México.
- 1967 Informe sobre los sitios arqueológicos en la presa Begonia, Gto (mecanoescrito). México, Monumentos Prehispánicos, INAH.
- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación. En *Teotihuacan, XI Mesa Redonda 1966* (pp. 272-323). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1974a Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana. En B. Bell (ed.), *The Archaeology of West México* (pp. 40-50). Ajijic, Jalisco, WMSAS.
- 1974b La greca escalonada en el norte de Mesoamérica. *Anales del INAH*, 7 (4): 27-30. México.
- 1975a The West Mexican Tradition and the Southwestern United States. *The Kiva*, 41 (2): 215-222.
- 1975b La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes. S.L.P., un sitio en la frontera mesoamericana. *Cuadernos de los Centros*, 17. México, INAH.
- 1975c El norte de México. En *Los Pueblos y señoríos teocráticos* (pp. 217-272). México, SEP-INAH (México Panorama Histórico y Cultural, VII).
- 1983 El concepto de área cultural (mecanoescrito). México, UNAM (aceptado para su publicación en la Sociedad Mexicana de Antropología).
- 1985a *La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México. Propositiones arqueológicas preliminares*. Tesis doctoral. UNAM, México.
- 1985b *Mesoamérica y el noroeste. XIX Mesa Redonda*. Querétaro, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1986 Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños. Ensayo de interpretación. En *Arqueología del occidente y norte de México, Homenaje al Dr. J. Charles Kelley*. Zacatecas, UNAM.
- 1988a *The Identification of Possible Elites in Prehispanic Sonora*. Tempe, Southwest Symposium, Arizona State University.
- 1988b *The Mesoamerican Northern Frontier and the Gran Chichimeca*. Ponencia presentada en seminario Culture and Contact: Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca, Amerind Foundation Dagoon.

- 1988c A propósito del Ulama en el norte de México. *Arqueología*, 3: 47-97. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

- 1989a El Formativo en el norte de México. En Martha Carmona (ed.) *Seminario de Arqueología Román Piña Chan. El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*. México, Museo Nacional de Antropología.

- 1989b *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica*. México, ENAH (Cuadernos de Trabajo, 9).

- (en prensa) *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P.* (Revisión de la publicación de 1975). México, INAH.

- (en preparación) *La estratigrafía de Morales*. Gto.

Braudel, Fernand

- 1984 *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVII*. Madrid, Alianza Editorial.

Broda, Johanna

- 1985 La expansión imperial mexicana y los sacrificios del Templo Mayor. En J. Monjarás, A. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 433-476). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Brown, Roy B.

- 1984 *The Paleoecology of the Northern Frontier of Mesoamerica*. Tesis. Department of Anthropology, University of Arizona, Tucson.
- 1985 A Synopsis of the Archaeology of the Central Portion of the Northern Frontier of Mesoamérica. En M. S. Foster y P. C. Weigand (ed.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 219-236). Boulder/Londres, Westview Press.

Castañeda, Carlos et al.

- 1988 Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato. *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México, Memoria, Centro Regional de Querétaro* (pp. 321-356). México, INAH (Cuadernos de Trabajo, 1).

Centro Regional de Querétaro

- 1988 *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México. Memoria*. México, INAH (Cuadernos de Trabajo, 1).

Cordell, Linda S.

- 1984 *Prehistory of the Southwest*. Orlando, Academic Press.

Crespo Oviedo, Ana María

1976 *Villa de Reyes, San Luis Potosí. Un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica*. México, INAH (colección Científica, 42).

Crespo, Ana María

1985 El Cerrito, asentamiento prehispánico en Querétaro. *Antropología, boletín del INAH*, 6: 21-25. México.

Crespo, Ana María, y Flores, Luz María

1985 Carabino. Un asentamiento tolteca en el norte de Guanajuato, informe. Archivo Centro Regional Guanajuato. INAH. México.

Doolittle, William

1988 Canal Irrigation at Casas Grandes: A Technological and Development Assessment of Its Origins. Trabajo presentado en el seminario *Culture and Contact, Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca*, Amerind Foundation (1988).

Flannery, Kent V. (ed.)

1976 *The Early Mesoamerican Village*. Nueva York, Academic Press (Studies in Archaeology).

Florance, Charles A.

1985 Recent Work in the Chupicuaro region. En Michael S. Foster y Phil C. Weigand (ed.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 9-46). Boulder/Londres, Westview Press.

Florescano, Enrique

1976 *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México. 1500-1821*. 8ª ed. México, Era (Problemas de México).

Foster, Michael S., y Weigand, Phil C. (eds.)

1985 *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. Boulder/Londres, Westview Press.

Franco, José Luis

1970 Trabajos y excavaciones arqueológicas. En *Minería prehispánica en la sierra de Querétaro* (pp. 23-26). México, Secretaría del Patrimonio Nacional.

García Cook, Ángel

1975 Excavaciones arqueológicas en Gualupita las Dalias. Puebla. *Comunicaciones*: 1-8. Proyecto Puebla-Tlaxcala 12. Fundación Alemana para la Investigación Científica. Puebla.

Gorensteln, Shlrtey

1974 Chronological Interpretation. The Tarascan-Aztec Frontier, The Acambaro Focus (mecanoescrito). México, Archivo Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Haury, Emil

1976 *The Hohokam. Desert Farmers and Craftsmen*. Tucson, University of Arizona Press.

Hers, Marie-Areti

1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. México, UNAM.

Jiménez Betts, Peter

1989 Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas. *Arqueología*, 5: 7-50. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Kelley, Ellen A .

1978 The Temple of the Skulls at Altavista, Chalchihuites. En Carro L. Ailey y Basil C. Hedrick (ed.), *Across the Chichimec Sea* (pp. 102-126). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Kelley, J. Charles

1966 Mesoamerica and the Southwestern United States. *Handbook of Middle American Indians*, 4: 95-110.

1985 The Chronology of the Chalchihuites Culture. En Michael S. Foster y Phil C. Weigand (ed.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 269-288). Boulder/Londres, Westview Press.

1986 The Mobile Merchants of Molino. *Ripples in the Chichimec Sea* (pp. 81-104). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Kelley, J., y Abbott Kelley, E.

1971 *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, México*. Carbondale, Univ. Museum So. Illinois University (Mesoamerican Studies, 5, part 1).

Kirchhoff, Paul

1942 *Introducción, noticias de la península americana de California por el Rev. Padre Juan Jacobo Baegert*. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa.

(en prensa) Los recolectores-cazadores del norte de México. *El norte de México y sur de los EU* (pp. 133-144). México, Sociedad Mexicana de Antropología.

- 1954 Gatherers and Farmers of the Greater Southwest: a Problem in Classification. *American Anthropologist*, 56 (4): 520-550 (parte 1).
- Lemeiras, Brigitte B.**
1985 El mercado y el Estado en el México prehispánico. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, (comps), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 343-370). México, INAH (Biblioteca del INAH).
- Litvak King, Jaime**
1975 En torno al problema de la definición de Mesoamérica. *Anales de Antropología*, 12: 171-195. México, UNAM.
- López Austin, Alfredo**
1985 Organización política en el Altiplano central de México durante el Postclásico. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 197-234). México, INAH (colección Biblioteca del INAH).
- MacNeish, Richard S.**
1958 Preliminar y Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas. México. *Transactions, American Philosophical Society*, 48 (6, nueva serie).
- Mancha González, Esperanza, y Rivera Estrada, Araceli**
1984 Las relaciones ideológicas entre Mesoamérica y los hohokam, Seminario Regional (mecanoescrito). México, ENAH
- Martin, Paul S.**
1979 *The Last 10.000 Years. A Fossil Pollen Record of the American Southwest*. Tucson, The University of Arizona Press.
- Martin, Paul S., y Plog, Fred**
1973 *The Archaeology of Arizona*. Nueva York, Doubleday Natural History Press.
- Martínez V., Balbina, y Nieto G., Luis F.**
1987 *Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja*. Tesis colectiva. ENAH-INAH, México.
- McGuire, Randall H., y Schiffer, Michael B.**
1982 *Hohokam and Patavan: Prehistory of Southwestern Arizona*. Nueva York, Academic Press.
- Medina, Andrés**
1988 La agricultura mesoamericana y su matriz espacio-temporal. Trabajo presentado en el *Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, Instituto de Investigaciones Antropológicas (1988).
- Meighan, Clement W.**
1972 *Archaeology of the Morett Site, Colima*. Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, (University of California Publications in Anthropology, 7).
- Meighan, Clement W. (ed.)**
1975 *The Archaeology of Amapa, Nayarit. Monumenta Archaeologica, 2*. Los Ángeles, The Institute of Archaeology, University of California.
- Michelet, Dominique**
1984 *Río Verde. San Luis Potosí, Mexique*. México, Centre D'Etudes Meixicaines et Centraméricaines (Collection Etudes Mésoaméricaines, 9).
1986 ...¿Gente del golfo tierra adentro? Algunas observaciones acerca de la región de Río Verde, S.L.P. *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 8: 80-83. México, Facultad de Arquitectura, División de Posgrado, UNAM.
- Mountjoy, Joseph B.**
1982 *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico*. México, INAH (Científica, 122).
- Nelson, Richard S.**
1986 Pochtecas and Prestige: Mesoamerican Artifacts in Hohokam Sites. En F. Joan Mathien y R. H. McGuire (ed.), *Ripples in the Chichimec Sea* (pp. 154-182). Carbondale, Southern Illinois University.
- Niederberger, Christine**
1976 *Zohapilco*. México, INAH (Científica, 30).
1987 *Paleopaysages et archeologie pre-urbaine du bassin de México*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines (Collection Etudes Mesoaméricaines, 1-11).
- Nalda, Enrique**
1975 *UA San Juan del Río*. Tesis. ENAH, México.
- Olivé Negrete, Julio César**
1985 Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica. En J. Monjarás R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 81-114). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Pailes, Richard A.

- 1980 The Upper Río Sonora Valley in Prehistoric Trade. En Carroll L. Riley y B. C. Hedrick. (ed.), *New Frontiers in the Archaeology and Ethnohistory of the Greater Southwest. Transactions of the Illinois State Academy of Science*, 72 (4): 20-39.

Pailes, Richard A., y Whitecotton, Joseph

- 1979 The Greater Southwest and the Mesoamerican World System: an Exploratory Model of Frontier Relationships. En W. W. Savage Jr. y S. L. Thompson (ed.), *The Frontier: Comparative Studies 11* (pp. 105-121). Norman, University of Oklahoma Press.

Piña Chán, Román

- 1985 Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México*. México, INAH (Biblioteca del INAH).

Peso, Charles C. di

- 1968 Casas Grandes and the Gran Chichimeca. *El Palacio*, 75 (4): 45-61.
- 1974 *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. 3 vols. Dragoon/Flagstaff, Northland Press (Amerind Foundation Publications, 9).

Porter, Muriel

- 1956 Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, Mexico. *Transactions of the American Philosophical Society*, 46 (5, nueva serie). Philadelphia, The American Philosophical Society.

Ravesloot, John C., Dean, Jeffrey S., y Foster, Michael S.

- 1986 A New Perspective on the Casas Grandes Tree Ring Dates. Documento presentado en *Fourth Annual Mogollon Conference*, University of Arizona, Tucson.

Renfrew, Colin

- 1986 Introduction: Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change. Cap I. En C. Renfrew y J. F. Cherry (ed), *Peer Polity Interaction and Socio Political Change*. Cambridge, Cambridge University Press.

Rodriguez, Francois

- 1983 *Outillage lithique de chasseurs collecteurs du nord du Mexique*. París, Centre d'Etudes

Mexicaines et Centreaméricaines. (*Etudes Mesoamericaines*, 11-6, éditions recherche sur les civilisations).

- 1985 *Les Chichimeques*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines (*Collection Etudes Mesoamericaines*, 1-12).

Rojas, R., Teresa

- 1985 La tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI. En Teresa Rojas Rabiela y William T. Sanders (ed.), *Historia de la agricultura, época prehispánica, siglo XVI* (pp. 129-232). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Rzedowski, J.

- 1973 *Vegetación de México*. México, Limusa.

Sahagún, Bernardino de

- 1963 *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain*, book IX. Earthly Things, Trans, trad. de C. E. Dibble y A. J. O. Anderson. Salt Lake City, Utah, Univ. of Utah Press.

Sanders, William T., y Price, Barbara J.

- 1968 *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization*. Nueva York, Random House (Studies in Anthropology).

Schifler, Michael B.

- 1982 Hohokam, Chronology: An Essay on History and Method. En Randall H. McGuire y Michael B. Schiffer (ed.), *Hohokam and Patayan* (pp. 229-344). Nueva York, Academic Press.

Snarkis, Michael

- 1974 Ceramic analysis. En *The Tarascan Aztec Frontier. The Acámbaro Focus* (mecanoescrito). México, Archivo Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Sociedad Mexicana de Antropología

- 1983 *El occidente de México. XVIII Mesa Redonda*. Taxco, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1985 *Validez teórica del concepto de Mesoamérica, XIX Mesa Redonda*. Querétaro, Sociedad Mexicana de Antropología.

Wallerstein, Immanuel

- 1974 *The Modern World System*. Nueva York, Academic Press (Studies in Social Discontinuity).

Wasley, William W., y Johnson, Alfred E.

1965 Salvage Archaeology in Painted Rocks Reservoir. Western Arizona. *Anthropological Papers of the University of Arizona*, 9. Tucson, The University of Arizona Press.

Whitecotton, Joseph W., y Palles, Richard S.

1986 New World Precolumbian World Systems. En Frances J. Mathien and Randall H. McGuire (ed.) *Ripples in the Chichimec Sea* (pp.183-204). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Wilcox, David R.

1986 A Historical Analysis of the Problem of Southwestern Mesoamerican Connection. En Frances J. Mathien y Randall H. McGuire (ed.), *Ripples in the Chichimec Sea* (pp. 9-44). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Wilcox, David R., McGuire, Thomas, y Sternberg, Charles

1981 Snake Town Revisited, *Arizona State Museum Archaeological*. Tucson, Arizona State Museum, University of Arizona (serie 155).

Weigand, Phil C.

1985 Evidence for Complex Societies During the Western Mesoamerican Classic Period. En Michael S. Foster y Phil C. Weigand. Westview (ed.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 47-92). Boulder/Londres, Westview Press.

Weigand, Phil C., Hardbottle, Garman, y Sayre, Edward V.

1977 Turquoise Sources and Source Analysis: Mesoamerica and the Southwestern USA. En *Exchange Systems in Prehistory* (pp. 15-34). Nueva York, Academic Press.

Yadeun, Juan

1985 La diacrosincronía de la estructura urbana del estado en el caso de Mesoamérica. En J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 115-132). México, INAH (Biblioteca del INAH).
(en prensa) *Arqueología del movimiento*.

La arqueología de la presa de Chicoasén, Chiapas

Arqueología, núm. 4, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1988

El objetivo del presente artículo es dar una visión de los trabajos realizados en el Proyecto arqueológico Chicoasén, así como algunos de los resultados de las investigaciones que se tienen a la fecha. El proyecto de salvamento arqueológico se origina por la construcción de la presa hidroeléctrica Ing. Manuel Moreno Torres, mejor conocida como Chicoasén, en el Grijalva medio, estado de Chiapas.

La cortina de la presa se localiza sobre el cauce del río Grijalva, a 2.5 km arriba del poblado de Chicoasén. La construcción de la obra se inició en 1974 y se concluyó en mayo de 1980; para septiembre del mismo año el vaso estaba completamente lleno. El embalse cubre el valle de Osumacinta-río Hondo, la barranca Muñiz, el cañón del Sumidero, el valle El Sumidero y parte de las tierras bajas de Cahuaré-Chiapa de Corzo. El área aproximada que cubre el vaso de la presa es de 30 km², entre las cotas 200 y 400 msnm (figs. 1 y 2).

El área afectada por la construcción de la presa, desde el punto de vista cultural y geográfico, se puede dividir en tres subregiones:

1. El valle El Sumidero, que comprende desde Cahuaré hasta la Curva de La Ceiba, región que estuvo poblada por grupos chiapanecas en el momento de la Conquista.
2. El valle de Osumacinta-río Hondo, es la región de Barranca Muñiz y el valle de Osumacinta hasta la

cortina de la presa, esta región en el momento de la Conquista tenía población zoque.

3. El cañón del Sumidero, es el tramo en que se encajona el río Grijalva entre La Ceiba y barranca Muñiz, ya que se trata de una región inhóspita, esta parte del río nunca tuvo población humana permanente (fig. 1).

La investigación arqueológica se inició en 1978; realizándose los trabajos de campo durante 1979 y 1980 (15 meses), el procesamiento de los datos se llevó a cabo en los años posteriores y a la fecha se tienen cinco tesis; tres con temas prehispánicos (Beutelspacher, 1982; Espinoza, 1985; Olay, 1935), una de arqueología histórica (Beristaín, 1982) y una de etnoarqueología (Denis, 1982). Actualmente se está trabajando en tres monografías más y en la integración de los resultados de los diferentes estudios. (Alaminos, en preparación; Espinoza, en preparación; González Quintero, en preparación; Martínez Muriel, 1988 y en preparación).

Objetivos

La arqueología científica siempre ha discutido la validez académica de los proyectos de salvamento, ya que uno de sus objetivos es la recuperación de datos y evidencias culturales de sitios o regiones en peligro de ser afectados, en algunos casos sin una metodología clara para resolver problemas teóricos. Dentro de

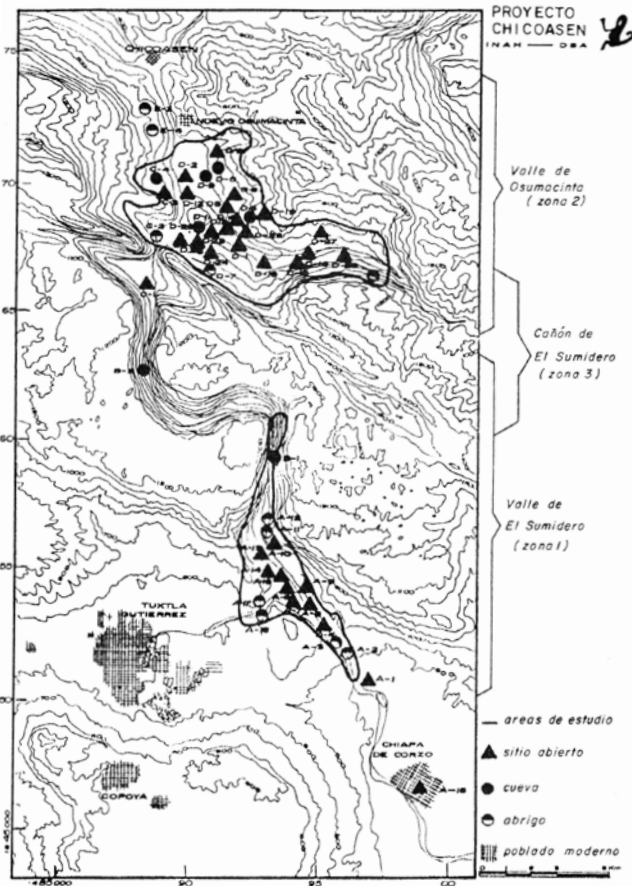


Fig. 1 Áreas de estudio; los Valles de El Sumidero y Osumacinta.

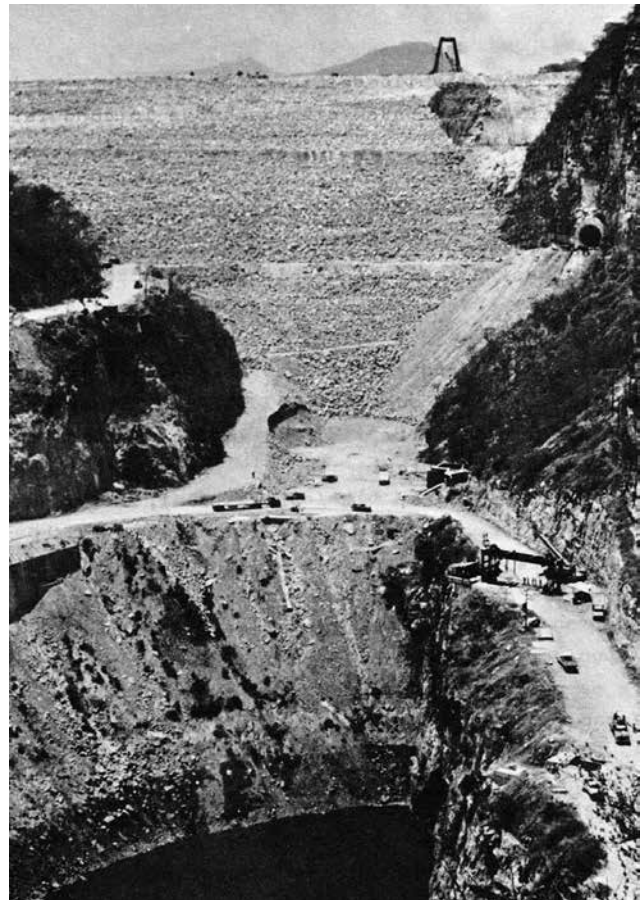


Fig. 2 Cortina de la presa Chicoasén, días antes de su cierre definitivo.

estas limitaciones el proyecto se programó como un proyecto de investigación y a la vez como un proyecto de “rescate de datos”; de esta manera, además de cumplir con la función de salvamento, se plantearon una serie de problemas concretos a investigar.

Es importante señalar que, al conocerse mejor la región y avanzar el trabajo, el enfoque original de algunas investigaciones (Martínez Muriel y Navarrete, 1978), se definió con más precisión:

- a) Tomando en cuenta la situación geográfica de estos dos pequeños valles fuera de las rutas de comunicación y sin ningún recurso natural importante, se les puede considerar regiones económicamente marginales. El problema es definir las causas que llevaron a ciertos grupos a poblarlos, y qué papel desempeñaron dentro del sistema regional. Alrededor de este problema se integran las diferentes investigaciones monográficas (Martínez Muriel, 1988).
- b) En el campo de la arqueología histórica y etnohistoria, se llevó a cabo el estudio de la ocupación colonial del valle de Osumacinta (Beristáin, 1982).

- c) El estudio del pueblo viejo de Osumacinta como problema de metodología en el campo de la etnoarqueología y como rescate de datos etnográficos. Este estudio se planteó durante el trabajo de campo, ya que tres años antes de nuestra llegada, el poblado había sido abandonado, dejando una especie de laboratorio arqueológico (Denis, 1982; Martínez Muriel, en preparación).

Valle El Sumidero

Es un angosto valle por el que pasa el río Grijalva a la entrada del cañón del Sumidero, de siete kilómetros de largo y un kilómetro de ancho, aproximadamente. La topografía del valle se compone de angostos bancos aluviales a orillas del río, las laderas de las montañas son inclinadas y rematan en acantilados en su parte alta. Al centro del valle sobre la margen izquierda, desemboca el río Sabinal, que baja del valle de Tuxtla Gutiérrez (fig. 3).

Arqueológicamente el valle era prácticamente desconocido, sólo por el sitio El Sumidero, que Marcos Becerra identificó como Chiapa Viejo (Becerra,



Fig. 3 Vista aérea del valle El Sumidero.

1923: 76), y que Enrique Berlín excavó en 1941 (Berlín, 1946). Posteriormente, Lowe (1959: 26), lleva a cabo un reconocimiento en las décadas de los cincuenta y los sesenta; Navarrete y Martínez hacen dos entradas, una por Cahuaré y otra por el río Sabinal (Navarrete y Martínez Espinoza, 1960; Navarrete, 1966). Río arriba, en Chiapa de Corzo, se cuenta con los trabajos de la Fundación del Nuevo Mundo (Lowe y Agrinier, 1960).

Durante el reconocimiento se registraron 17 sitios arqueológicos, de los cuales diez son abiertos, tres cuevas y cuatro abrigos rocosos (fig. 1). Los sitios abiertos se localizan en su mayor parte cerca del río, sobre los angostos bancos aluviales, aunque hay dos de ellos en la ladera de las montañas. El tamaño de los sitios fluctúa entre 1.5 y 11 ha, la arquitectura consta por lo general de una estructura principal, terrazas y cimientos de casas, o asentamientos con varias plazas, plataformas, juego de pelota y otras estructuras. Las cuevas y abrigos se localizan en los acantilados; por lo general son pequeños y en algunos casos tienen pinturas rupestres.

En esta región realizamos excavaciones en cinco sitios abiertos (A-4, A-6, A-7, A-10 y A-14) y en un abrigo rocoso (A-11). Se excavaron dos juegos de pelota, varias plataformas, cimientos de casas, un te-

maxcal o baño de vapor y una serie de entierros. Los sitios de este valle no quedaron cubiertos por el agua, así que fue necesario restaurar algunas estructuras para garantizar su conservación (figs. 4 y 5).

En la excavación del abrigo de La Ceiba, ubicado a la entrada del cañón, se registró una gran cantidad de materiales de origen orgánico, tanto vegetales como animales, así como una serie de pisos y hogares.

Sobre este valle hay una monografía terminada y tres investigaciones en proceso: *El Sumidero: un sitio del Clásico tardío*, de Olay (1985), quien describe la arquitectura y materiales registrados, el sitio (A-10) que tuvo una ocupación durante el Clásico tardío-Posclásico temprano y otra menos importante en el Posclásico tardío, su función parece haber sido ceremonial, ya que no se encontraron estructuras de carácter doméstico, además que su ubicación lo hace de difícil acceso.

Para el sitio El Amolillo (A-14), se está llevando a cabo el estudio monográfico en el que se discute sobre todo, la importancia del juego de pelota en la arqueología del centro de Chiapas (Alaminos, en preparación).

La importancia de las excavaciones en el abrigo llamado La Ceiba radica en la cantidad de restos botánicos y zoológicos encontrados, ya que se trata de



Fig. 4 Estructura principal del sitio El Sumidero (A-10) una vez restaurada.



Fig. 5 Estructura 1 del sitio Las Avispas (A-4), una vez restaurada.

las únicas muestras de este tipo para esa región (González Quintero, en preparación).

El análisis y procesamiento de los datos obtenidos a lo largo del valle, se integrarán en un estudio con las monografías, para dar una visión de su arqueología en conjunto, de acuerdo con los objetivos del proyecto.

Valle de Osumacinta

Este valle se forma por las aguas del río Hondo, que baja del rumbo de Ixtapa para desembocar en el río Grijalva a la salida del cañón del Sumidero. Es un pequeño valle de forma triangular de 2 500 ha de superficie aproximadamente; al sur está delimitado por el acantilado de la falla Muñiz, al este por la montaña de la mesa de Ixtapa y al norte por el Sumidero y el río Grijalva. Como parte del valle también se incluyó la barranca Muñiz y El Playón en la margen izquierda, frente a la desembocadura del río Hondo (fig. 6).

No se tenían antecedentes arqueológicos para esta región salvo un breve reconocimiento no publicado de Streker (1974), en el que informa sobre una serie de abrigos con pinturas rupestres cerca del poblado de

Chicoasén, y dos artículos de Gussinyer (1976 y 1980), quien reporta motivos zoomorfos para estas pinturas rupestres. Río abajo se cuenta con los trabajos de Mal Paso, de los que se han publicado algunos informes (Lee, 1974; Agrinier, 1969).

Durante el reconocimiento de superficie registramos 32 sitios arqueológicos, de los cuales 21 son abiertos, 5 cuevas y 6 abrigos (fig. 1). La mayoría de los sitios abiertos se localizan cerca del río, en las tierras aluviales, otros están situados en las laderas de las montañas al lado de arroyos secundarios. El tamaño de los sitios varía entre 1.5 y 30 ha y su complejidad arquitectónica va desde sitios simples construidos a base de terrazas y cimientos hasta sitios complejos con plataformas, plazas, juego de pelota y otras estructuras. También se registraron una serie de abrigos con pinturas rupestres, entre las que destacan las de la barranca Muñiz, que tienen hasta tres superposiciones distintas.

En este valle se realizaron excavaciones en tres sitios abiertos (D-2, D-12 y D-22), en una cueva (D-5) y en la iglesia colonial del viejo Osumacinta (D-1). En los sitios D-2 y D-22 se excava todo tipo de estructuras, entre las que incluyen dos juegos de pelota, plataformas, cimientos, terrazas y otros elementos. En el sitio D-12 sólo se hicieron algunos pozos estratigráficos y se recolectaron una serie de vasijas y artefactos completos que quedaron expuestos gracias a la erosión. En la cueva (D-5), los materiales son del Posclásico y del Formativo terminal (figs. 7 y 8).

En el viejo Osumacinta se llevaron a cabo excavaciones en la iglesia colonial y sus alrededores, con las que se define la casa curial, la sacristía y la nave (fig. 9).

En este valle se llevaron a cabo 4 estudios monográficos:

En los sitios Río Hondo (D-2) y El Magueyal (D-22) se hicieron dos estudios sobre la arquitectura y los materiales arqueológicos recuperados (Espinoza, 1985; Beutelspacher, 1982).



Fig. 6 Vista aérea del valle de Osumacinta desde el norte.



Fig. 7 Confluencia del río Hondo y Grijalva, al pie de la montaña se localiza el sitio Río Hondo (D-2).

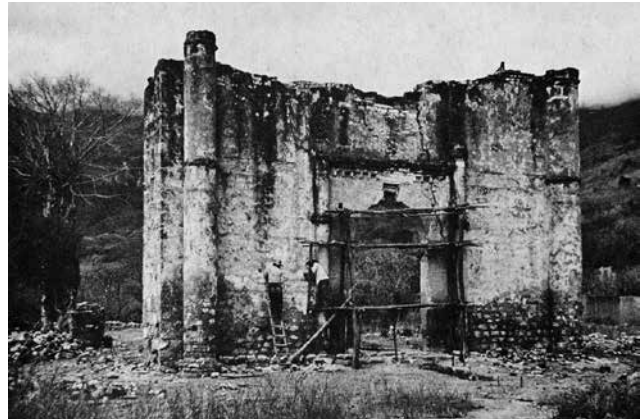


Fig. 9 Fachada de la iglesia colonial del poblado Osumacinta Viejo.



Fig. 8 Vista aérea de las excavaciones en el sitio El Magueyal (D-22).



Fig. 10. Vista aérea del antiguo poblado de Osumacinta antes de ser abandonado.

Respecto de la época colonial, se llevó a cabo una investigación en el valle en torno a la iglesia del siglo XVII del viejo poblado de Osumacinta (Beristáin, 1982).

También se lleva a cabo el estudio del asentamiento moderno con técnicas arqueológicas, ya que tres años antes de nuestra llegada el poblado había sido abandonado; así, teníamos unas ruinas arqueológicas de tres años de antigüedad. Este estudio no sólo se enfoca a problemas de metodología y de formación del registro arqueológico, sino también como un testimonio de la existencia de esta comunidad, ahora desaparecida (Denis, 1982) (fig. 10).

Comentarios finales

Para el valle El Sumidero, de manera preliminar se puede decir que los primeros pobladores llegaron en el Formativo, momento para el que se registraron pocas evidencias de ocupación, pero durante el Clásico tardío y el Posclásico temprano, se da el momento de

mayor actividad en la región, que disminuye durante el Posclásico tardío. Actualmente hay en esta zona tres ranchos agrícola-ganaderos con una población mínima.

Las ocupaciones más tempranas registradas en el valle de Osumacinta corresponden al Formativo medio en el sitio D-2 que fue ocupado hasta el Clásico tardío, durante el Posclásico temprano se ocupa el sitio D-18, y el D-22 para el Posclásico tardío. A la llegada de los españoles el pueblo se asienta en el mismo lugar en que se encontraba en 1976. Actualmente la nueva comunidad fue ubicada cerca de la subestación, a un lado de la cortina.

En resumen, el área de estudio está constituida por dos valles fuera de las principales rutas de comercio, y de los principales centros ceremoniales, los que les da un carácter de zona rural o periférica con respecto de los grandes centros, se trata de valles que siempre fueron marginales, si bien hay dos momentos de desarrollo que se ubican: uno a finales del Formativo y otro durante el Clásico tardío-Posclásico temprano.

Quisiera referirme a algunos de los problemas sociales relacionados con las construcciones de grandes obras de infraestructura, como son las presas. En el caso de población de Osumacinta, compuesta por campesinos de origen zoque, la mayoría de ellos, al llegar los ingenieros con la construcción de la hidroeléctrica, se volvieron obreros, y al terminar la obra su economía se tuvo que orientar hacia la presa, ya que ahora habitan tierras más pobres. La construcción de la presa trajo también otros cambios, ya que hubo gran afluencia de gentes, dinero, prostitución, inflación, y una mayor comunicación con el mundo exterior. Como podemos observar, la vida de esta comunidad cambió radicalmente en el lapso de seis años, cambios que ningún antropólogo registró y no podremos utilizar esta experiencia para casos similares (fig. 11).

Bibliografía

Agrinier, Pierre

1969 Excavations at San Antonio, Chiapas, Mexico. *Papers of the New World Archaeological Foundation*, 24. Provo, Utah.

Alaminos, Marta

En preparación *Monografía del sitio A-14 El Amolillo*. Tesis de licenciatura. ENAH, México.

Becerra, Marcos E.

1923 El Sumidero del alto Grijalva. *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, época quinta*, x (2): 66-76. México.

Beristáin, Francisco

1982 *La iglesia colonial del pueblo de Osumacinta, Chiapas*. Tesis de Licenciatura. ENAH, México.

Berlín, Hemdrich

1946 Archaeological Excavations in Chiapas. *American Antiquity*, II (1): 19-28. Menasha.



Fig 11 Las torres de la iglesia católica durante la inundación del poblado de Osumacinta.

Beutelspacher, Ludwig

1982 *El Magueyal, Chiapas: un asentamiento Postclásico del valle de Osumacinta*. Tesis de licenciatura. ENAH, México.

Denis, Pierre

1982 *Osumacinta viejo, Chiapas. Estudio de un asentamiento campesino actual: un intento de Arqueología Experimental*. Tesis de licenciatura. ENAH, México.

Espinoza, Lino

1985 *Río Hondo: una comunidad prehispánica dentro del valle de Osumacinta en Chiapas*. Tesis de licenciatura. Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, Jalapa.

En preparación *Monografía de la cueva El Nanche (D-5)*. México, Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH.

González Quintero, Lauro

En preparación *Subsistencia y explotación de recursos en el alto Grijalva en la época prehispánica*. México, Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH.

Gussinyer, Jordi

1976 Pinturas rupestres de Chiapas: el abrigo de Juy Juy. *Revista de la Universidad Autónoma de Chiapas*, 1 (2): 79-102. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

1980 Les pintures rupestres de L' Abric de "Los monos" de Chiapas. *Boletín Americanista*, 30: 125-180. Universidad de Barcelona.

Lee Jr., Thomas A.

1962 Mound 5: and minor excavations, Chiapa de Corzo, Chiapas, México. *Papers of the New World Archaeological Foundation*, 12. Provo, Utah.

1974 Mound 4: Excavations at San Isidro, Chiapas, Grijalva River, Chiapas, México. *Papers of the New World Archaeological Foundation*, 2. Orinda, California.

Lowe, Gareth W., y Agrinier, Pierre

1960 Mound 1: Chiapa de Corzo, Chiapas, México. *Papers of the New World Archaeological Foundation*, 8. Provo, Utah.

Martínez Muriel, Alejandro

1980 Informe de las investigaciones de campo realizadas en el Salvamento Arqueológico de la Presa de Chicoasén, Chiapas (mecanoescrito). México, Archivo del Departamento de Salvamento Arqueológico.

1988 *Prehistoric Rural Social Organization in Central Chiapas, México*. Tesis de doctorado. Departamento de Antropología de la Universidad de California, Los Ángeles.

En preparación *Etnoarqueología del Pueblo Viejo de Osumacinta, Chiapas*. México, Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH.

Martínez Muriel, Alejandro, y Navarrete, Carlos

1978 El Salvamento Arqueológico en el Estado de Chiapas. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, xxiv (3): 229-255. México, SMA.

Navarrete, Carlos

1966 The Chiapanec History and Culture. *Papers of the New World Archaeological Foundation*, 16. Provo, Utah.

Navarrete, Carlos y Martínez E., Eduardo

1960 Investigaciones arqueológicas en el río Sabinal, Chiapas. *Revista ICACH*, 2: 49-83, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Olay Barrientos, María de los Ángeles

1985 *El Sumidero, Chiapas: un sitio del Clásico tardío*. Tesis de licenciatura. ENAH, México.

Streker, Mathias

1974 Rock Paintings of Chicoasén, Chiapas (mecanoescrito, comunicación personal).

Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico

Arqueología, núm. 21, segunda época. Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, 1999

Huapalcalco, “El lugar de la casa de tablas”, es el centro regional del valle de Tulancingo durante el Epiclásico. Las fuentes históricas se refieren a Huapalcalco como un lugar fundado por los toltecas-nonoalcas que venían de Huehuetlapalan, en el sur de Veracruz, o bien, por chichimecas originarios de Chicomoztoc y procedentes de la cuenca de México. Su importancia radica en ser considerado como el primer intento de hegemonía tolteca en el centro de México, establecida por los nonoalca-chichimeca y los tolteca-chichimeca, ya que en Huapalcalco tuvo lugar el encuentro y el establecimiento de alianzas políticas entre estos dos pueblos de filiaciones étnicas y orígenes diversos (Lameiras, 1986: 165). Es decir, de acuerdo con las fuentes documentales, en Huapalcalco-Tulancingo, donde se encontraba el templo original de Quetzalcóatl, se gesta una nueva organización sociopolítica, que posteriormente daría sustento a la hegemonía establecida por los toltecas en Tollan Xicocotitlan, entre los años 900 y 1 200 d. C.

Su ocupación, como en la mayoría de las principales capitales regionales del Epiclásico en el centro de México, es intensa y efímera, y está fechada por radiocarbono entre 650 y 900 d. C., por lo que corresponde plenamente al periodo Epiclásico, con un inicio o traslape con la fase Metepec de Teotihuacán, situación que comparte con los centros regionales contemporáneos fuera de la cuenca de México como Xochitécatl, Cacaxtla, Xochicalco y Tula Chico.

La definición del Epiclásico como un periodo con una identidad propia, que ya no se considera un Clá-

sico tardío, ni un Posclásico temprano, es uno de los avances más importantes de la arqueología reciente del centro de México. Se ha advertido que no hay una relación directa entre la desestabilización del sistema teotihuacano y la consolidación de la hegemonía tolteca. En cambio, se ha documentado el desarrollo de centros regionales de poder efímero, considerado por Webb como las sociedades más vitales y expansionistas de la historia mesoamericana (1978: 165).

Sin embargo, en cuanto al origen, desarrollo y fechamiento de las tradiciones cerámicas, el asunto todavía es polémico y existen posiciones encontradas. Con base en la información procedente de Teotihuacán, todavía se considera que, debido a que el establecimiento de los grupos Coyotlatelco es posterior a la fase Metepec, el desarrollo de las tradiciones cerámicas asociadas a ellos también son posteriores (Rattray, 1991). Asimismo, prevalece la idea que la tradición Coyotlatelco es la tradición dominante en el centro de México (García y Córdoba, 1990). En la actualidad se ha documentado arqueológicamente que estas consideraciones no son aplicables a otros sitios del Epiclásico fuera de la cuenca de México, ya que su desarrollo está pautado por las diversas formas en que estas regiones estuvieron insertadas en el sistema estatal teotihuacano, cuya hegemonía no se mantuvo con las mismas características durante el Clásico en todas las regiones del centro de México.

En este trabajo se analizan las tradiciones alfareras presentes en el complejo cerámico de Huapalcalco. La importancia que tiene su caracterización contribuye

al conocimiento de las nuevas relaciones geopolíticas y rutas de intercambio que se gestaron en la porción nororiental del centro de México durante el Epiclásico, establecidas como consecuencia de los cambios que tuvieron lugar entre la desestabilización de Teotihuacán y su abandono como centro urbano, hasta que Tula adquiere el control político en el centro de México. La información procedente de Huapalcalco permite apoyar algunas tesis planteadas con anterioridad por diversos autores:

1. Que las tradiciones alfareras del Epiclásico se gestan fuera de la cuenca de México y son parcialmente contemporáneas a la fase Metepec. Huapalcalco comparte esta situación tanto con el centro-norte del Altiplano (Mastache y Cobean, 1989; Cervantes y Torres, 1991), como con el suroeste (Molina, 1977; Serra y Lazcano, 1997; Hirth y Cyphers, 1988).
2. Que la tradición alfarera representada por la cerámica Coyotlatelco no es la tradición dominante durante el Epiclásico en el centro de México, situación que comparte con el sur del Altiplano. En cambio, la tradición dominante es la cerámica café pulido de palillos (Dumond y Muller, 1972).
3. Que durante este periodo hay un intenso contacto comercial e ideológico entre la costa del golfo de México y todo el norte de Mesoamérica (Jiménez Moreno, 1977), en el que Huapalcalco, por su posición geográfica y sus características culturales, jugó un papel destacado.

Para la caracterización de las tradiciones alfareras que integran el complejo cerámico del Epiclásico de Huapalcalco fue necesario establecer sus afinidades con otros complejos contemporáneos procedentes de diversos sitios del Altiplano central. Las regiones con las que presenta mayores afinidades son, en orden de intensidad: Xochitécatl-Cacaxtla, la cuenca de México y Xochicalco. Con el centro-norte de la costa del golfo hay evidencias de intercambio de cerámica.

El complejo cerámico de Huapalcalco

La cerámica de Huapalcalco está fechada por radiocarbono entre 650 y 900¹ d. C. y procede de la excavación extensiva de tres unidades habitacionales. Dos de ellas forman parte de la zona habitacional que rodea el centro cívico ceremonial de Huapalcalco y se localizan en la porción oeste del sitio (Gaxiola, 1979;

1980), mientras que la otra forma parte de uno de los conjuntos habitacionales construidos sobre el yacimiento de obsidiana del Pizarrín, especializados en la manufactura de instrumentos de obsidiana y que conforman el límite sureste del asentamiento (Gaxiola y Guevara, 1981; 1989) (fig. 1).

A diferencia de otras colecciones, procedentes principalmente de sitios de la cuenca, la de Huapalcalco es importante por varias razones: 1) su fechamiento es absoluto; 2) en lo general, porque la ocupación de Huapalcalco corresponde sólo al Epiclásico, de modo que no se encuentra mezclada con materiales ni del Clásico ni toltecas; 3) el contexto particular de donde procede es de la excavación extensiva de unidades habitacionales. Este conjunto de circunstancias hacen, sobre todo si se comparan con las colecciones conocidas de la cuenca de México, que las conclusiones presentadas tengan un mayor sustento fáctico.

Los tipos de cerámica que predominan en Huapalcalco pueden agruparse en cuatro: 1) la de servicio Café pulida a palillos, 2) la utilitaria, 3) la ritual y 4) la de intercambio.

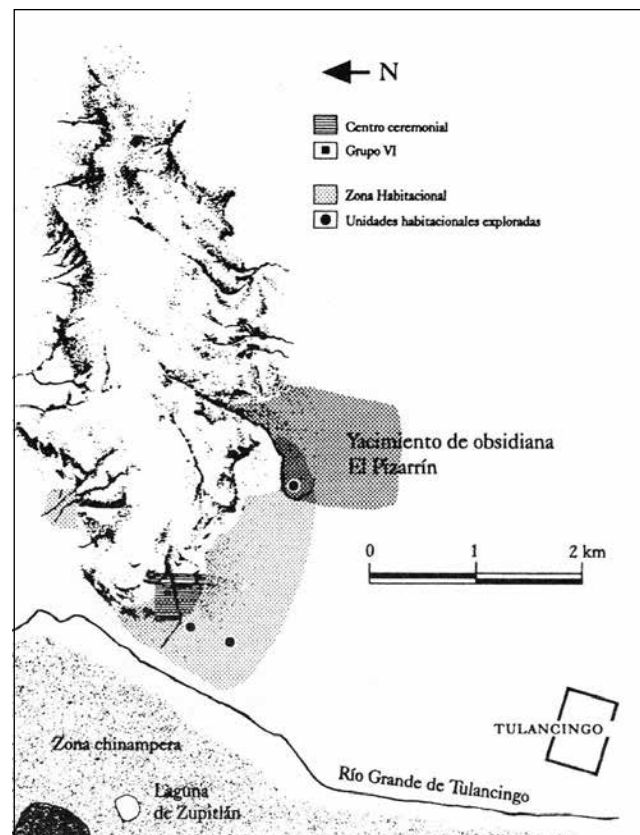


Fig. 1 Zona arqueológica de Huapalcalco.

1 Las fechas procesadas en los laboratorios del INAH son las siguientes 643 (673) 775; 645 (664) 759; 650 (714) 890; 665 (711) 800, 673 (711) 797; 679 (740) 801, y 773 (803) 889 d.C.

1. Cerámica Café pulida a palillos

Está integrada por un conjunto de tipos de cajetes, tanto monocromos como con decoración sellada, incisa, grabada y pintada rojo sobre café.

a) Café monocromo

Sus principales atributos están relacionados con el acabado de superficie. Uno de ellos es su variabilidad cromática, presentando tonalidades que van desde naranjas, café claro, café oscuro, gris claro y oscuro. El otro atributo diagnóstico es el tipo de pulido: son muy evidentes las estrías formando grupos de líneas paralelas sin un patrón definido en ambos lados de la vasija, normalmente opacas, que indican que el pulido se realizó con la técnica de palillos. Siempre se trata de cajetes de tres formas básicas: cajete trípode cónico, cajete semiesférico de fondo plano y cajete de silueta compuesta. Sus dimensiones varían entre los 10 y los 27 cm de diámetro. El cajete cónico de paredes divergentes y fondo plano con soportes huecos globulares es el más común en la variedad monocroma (figs. 2 y 10).

Este tipo, con su característica variación en tonalidades (desde el crema al café oscuro con un poco de naranja) y presencia de manchas negras de cocción, es común a todos los sitios epiclásicos del centro de México. Desde Xochicalco (Hirth y Cyphers, 1988), Xochitécatl (Dumond, 1997a), sitios de la cuenca de México (Tolstoy, 1958:23) como Oxtotipac (Obermeyer, 1963), cerro Portezuelo (Hicks y Nicholson, 1964), cerro Tenayo (Rattray, 1966: 118) y Coyoacán (Piña Chán, 1967). En la cerámica de Huapalcalco es notoria la ausencia de los cajetes con bases anulares y con ángulo basal en "Z".

Las variantes decoradas incisa, sellada, grabada y rojo sobre café son diagnósticas de este periodo y son las que presentan mayores afinidades con la cerámica

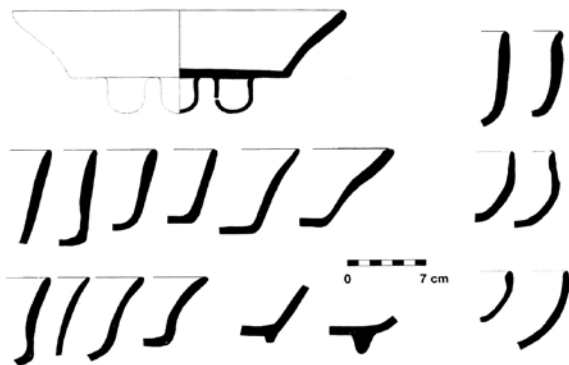


Fig. 2 Cerámica Café pulida a palillos monocroma.

de otros sitios. En general presentan el mismo acabado de superficie que la variante monocroma.

b) Café sellado

Este tipo de decoración está asociada con dos formas de cajetes: cónicos y semiesféricos, los que presentan toda la gama de colores desde el crema, naranja, café, gris y negro. El pulido de esta variedad es, en ocasiones, bastante fino. La decoración, formada por una banda continua o discontinua de motivos sellados que se repiten alrededor de la vasija, está colocada en la mitad superior del exterior del cajete. Ocasionalmente a la banda se le aplicó pintura roja. Existe una gran variedad de diseños, siempre de tipo geométrico, y el más frecuente está compuesto por las grecas que se enrollan a sí mismas, con distintos arreglos, a veces formando una doble o triple banda (figs. 3 y 10). Otros motivos son equis con puntos intercalados, círculos, grupos de líneas verticales y horizontales, flores.

Este tipo es el que tiene una amplia distribución, pues sin excepción se encuentra en todos los sitios del Altiplano central: en el norte de la cuenca de México (Tolstoy, 1958: 25, fig. 8u.w), en Azcapotzalco, Ahuizotla, Tenayuca, El Risco; cerro Tenayo (Rattray, 1966: 120-121, figs. 2d-h), cerro Portezuelo (Hicks y Nicholson, 1963: 498), cerro de la Estrella (Treviño, 1996: 26), Culhuacán (Sejourné, 1970: fig. 17), Oxtotipac (Obermeyer, 1963: 42; figs. 17 y 18), Teotihuacán (Muller, 1978: 132; Sejourné, 1966: figs. 109 y 111).

En el sur del Altiplano también está presente en todos los sitios. En Xochitécatl lo llaman tipo Celosía Café Sellado y es considerado diagnóstico de la ocupación del Epiclásico (Serra y Lazcano, 1997: 94; fig. 5); también se encuentra en cerro Zapotecas (Mountjoy, 1987), Cacaxtla (Molina, 1986: 57-58) y Xochicalco (Muller, 1972; Hirth y Cyphers, 1988: 70, fig. 4.33).

En la Huasteca, esta decoración se asocia al tipo Zaquil Negro de la fase Zaquil IV (Ekholm, 1944: 355, figs. 9 a-h), y en Tula, al tipo Jiménez Sellado (Cobean, 1990: 197, láms. 88-91).

c) Cerámica incisa

Esta decoración se presenta en cajetes de silueta compuesta y semiesféricos. Los motivos son geométricos muy sencillos en el exterior de la vasija, entre los que destaca la greca escalonada. Aun cuando este tipo está presente en casi todos los sitios de la cuenca de México (Rattray, 1966: 120-121, fig. 3; Piña Chán, 1967; Treviño, 1996), así como en el sur del Altiplano, tiene afinidades con el tipo Batalla Café Esgrafiado (Serra y Lazcano, 1997: 96, fig. 6); existen diseños como la decoración zonal rellena de puntos que está ausente en Huapalcalco (figs. 4 y 9).

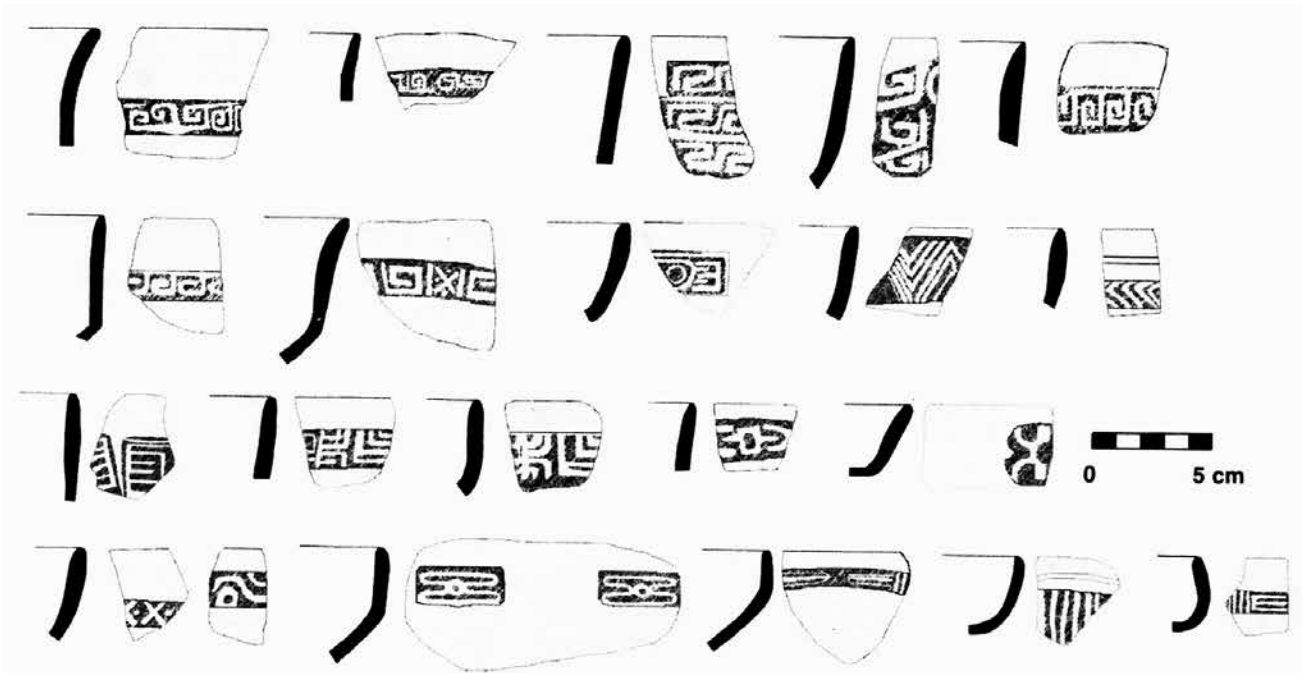


Fig. 3 Cerámica Café sellado.

d) Cerámica grabada

Se presenta en cajetes semiesféricos y cónicos, en proporciones muy bajas. Mediante una combinación de incisión y raspado, se representan en la pared exterior de la vasija personajes y motivos simbólicos o fitomorfos, pintados con rojo (fig. 10). Este tipo se encuentra en todos los sitios de la cuenca (Rattray, 1966: 120-21, fig. 4; Treviño, 1996). En Culhuacán se ha considerado como marcador del Epiclásico (Sejourné, 1970, fig. 16). En Xochitécatl este tipo llamado Foso Esgrafiado y Tablero Esgrafiado es abundante con una gran variedad de diseños (Serra y Lazcano, 1997: 94, fig. 4).

e) Cerámica bícroma, Rojo sobre Café

La mayoría de los tiestos presentan un pulido medio con huellas de palillos o fino un poco lustroso. La pintura roja, en ocasiones, está corrida, debido probablemente a que el pulimento se realizó cuando la pintura estaba todavía fresca, dejando manchada la superficie café y borrosos los contornos de los diseños. El rojo tiene una gran gama de tonalidades, variando de rojo oscuro a rojo naranja y rojo hematita.

La decoración en el exterior se presenta en cajetes cónicos, cilíndricos y semiesféricos; el pulido es bastante fino, dejando, en ocasiones, superficies lustrosas. La banda labial es la decoración más común. Otros diseños consisten en la combinación de gruesas bandas horizontales y verticales, paralelas o delimitando círculos o rectángulos también de tamaño grande (fig. 5). La decoración en los cajetes semi esféricos es

poco frecuente y consiste en líneas delgadas, generalmente en grupos de líneas paralelas en posición vertical o inclinada, cubriendo casi toda la superficie exterior de la vasija. En esta variante, en la mayoría de los casos la pintura es rojo-naranja (fig. 11).

La decoración en el interior se presenta en cajetes cónicos de fondo plano con pequeños soportes sólidos en forma cónica o bien sin soportes y en cajetes semiesféricos abiertos. La decoración se encuentra tanto en el cuerpo como en el fondo de los cajetes. El diseño más común son las bandas labiales; también hay medios círculos partiendo de la banda labial; bandas gruesas verticales, alternadas con medios círculos rellenos, y ganchos gruesos. Los diseños en el fondo de los cajetes son manchones circulares grandes en el centro, trapecios unidos en el centro por un círculo rojo, y delimitados por una banda en la unión entre el fondo y el cuerpo, flores, ganchos, entre los más frecuentes (figs. 6a y 11).

Una decoración que ocasionalmente está asociada a este tipo es la decoración negativa en negro, que a veces se presenta en cajetes cónicos con borde labial rojo y líneas onduladas en negro negativo en la pared exterior, y otras se encuentra delineando los diseños rojos (fig. 11).

Otra variante es aquella en que la pintura fue aplicada de forma completa en alguna de las dos caras de la vasija o en ambas; en la mayoría de los casos el engobe rojo fue aplicado de manera que es posible apreciar el color café original de la vasija. Cuando

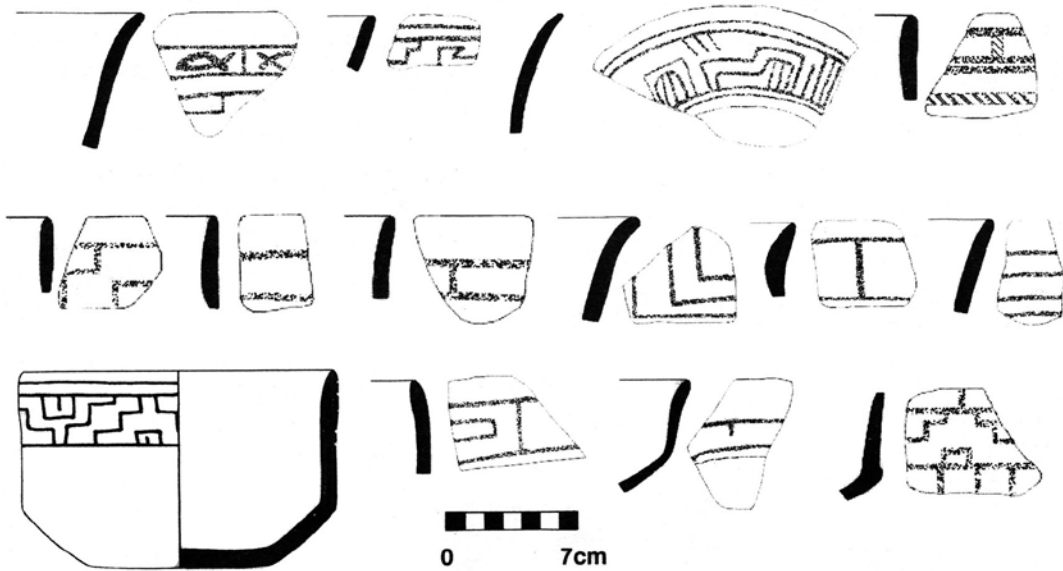


Fig. 4
Cerámica
Café inciso.

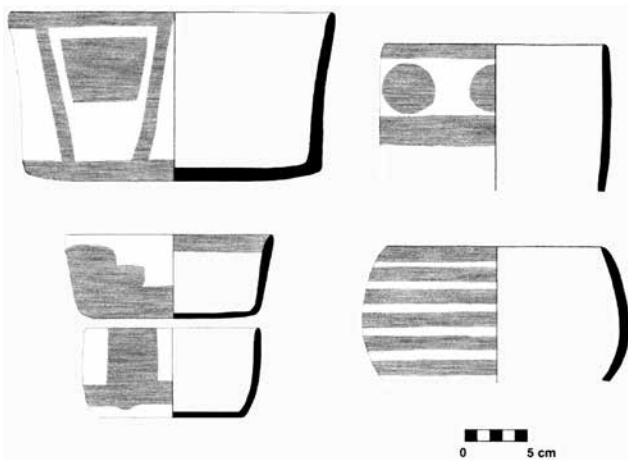


Fig. 5 Cerámica Rojo sobre café inciso con decoración exterior.

la pintura sólo cubre una de las caras, presenta una banda labial roja en la otra. Las formas asociadas a esta variedad son cajetes cónicos bajos y semiesféricos de fondo plano (figs. 6a y 11).

Una decoración que ocasionalmente está asociada es la decoración negativa en negro, que a veces se presenta en cajetes cónicos con borde labial rojo y líneas onduladas en negro negativo en la pared exterior, y otras se encuentran delineando los diseños rojos (fig. 11).

Otra variante es aquella en que la pintura fue aplicada de forma completa en alguna de las dos caras de la vasija o en ambas; en la mayoría de los casos el engobe rojo fue aplicado de manera que es posible apreciar el color café original de la vasija. Cuando la pintura sólo cubre una de las caras, presenta una

banda labial roja en la otra. Las formas asociadas a esta variedad son cajetes cónicos bajos y semiesféricos de fondo plano (figs. 6b y 11).

Ha quedado claramente establecido que este tipo es muy distinto a la cerámica Coyotlatelco, puesto que las diferencias son más numerosas que las similitudes; entre tales destacan la forma, el acabado de superficie y los diseños (Rattray, 1966: 125; Obermeyer, 1963; Tolstoy, 1958: 44). Bernal considera que esta cerámica, a la que llama Rojo sobre Café, se deriva de la cerámica de Teotihuacán IV y es transicional entre este periodo y el Coyotlatelco (Bernal, 1963: 38-39). Aun cuando existe cierta diversidad regional en los diseños y en las formas, este tipo comparte la característica de que la decoración pintada es zonal, elaborada a partir de gruesos diseños geométricos simples, casi como manchones. En todos los sitios están presentes los diseños que predominan en Huapalcalco:

Las bandas labiales en el exterior e interior de la vasija y los círculos rojos como decoración de cuerpos y fondos. Otras características afines son el uso del rojo especular y la pintura barrida ocasionada por el pulimento.

En la cuenca de México se encuentra en Oxtotipac (Obermeyer, 1963: 43-44, fig. 21), y cerro Tenayo (Rattray, 1966: 125, fig. 7).

En los valles de Puebla y Tlaxcala es un tipo que se presenta con mucha frecuencia y es considerado como diagnóstico del Epiclásico.

En Cacaxtla se han definido por lo menos doce variedades (Molina, 1986: 47-51).

Se encuentra en Cholula, donde predomina el diseño de banda labial y disco rojo en el fondo (Dumond, 1997a: 185-186). En Xochitcatl se han definido dos

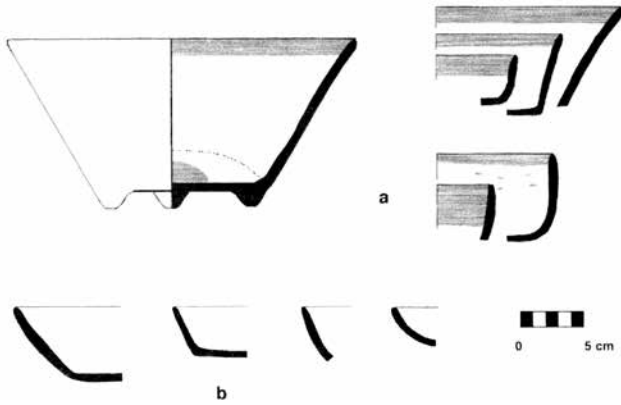


Fig. 6 a) Cerámica Rojo sobre café con decoración interior.; b) Cerámica Rojo monocroma sobre café.

variedades (Dumond, 1997a: 176-177; Serra y Lazcano, 1997: 94-96, fig. 5).

En Xochicalco sólo es común el cajete trípode con banda labial y los discos sólidos (Noguera, 1975: 153; Sáenz, 1963: lám. VI d, e y f, lám. VIIa; Hirth y Cyphers, 1988: 75, fig. 4.33; Muller, 1974: 60-61).

En Tula se ha documentado, como un tipo poco frecuente; sólo la variante Rojo sobre Café pintado al negativo y los motivos pintados en rojo son muy diferentes a los del Coyotlatelco (Cobean, 1990: 126-130).

Fuera del Altiplano central, en San Juan del Río, Querétaro se ha identificado el tipo Rojo sobre Bayo La Trinidad, que presenta afinidad. Su presencia se ha interpretado como indicador de una población de colonizadores procedentes de Teotihuacán (Nalda, 1987).

2. La cerámica utilitaria

Está integrada por ollas y comales: los cucharones y las cazuelas se encuentran en proporciones muy bajas.

a) Ollas

Son de forma globular y presentan tanto cuello corto como alto y asas simples o dobles colocadas en forma vertical al inicio del cuerpo. En el interior de las vasijas se observan huellas del torno en forma de estrías poco profundas y paralelas horizontalmente. La parte exterior presenta, en la mayoría de las piezas, un alisado, ya sea restringido al cuello o en toda la vasija (figs. 7a y 12).

b) Comales

Se han detectado dos variantes de acuerdo con el ángulo de separación entre el borde y el plano horizontal de su base: una de paredes altas y otra de paredes cortas. La cara interior está sumamente pulida, pero en algunos casos también en la parte de la cara posterior de los bordes. La variedad de paredes altas está

documentada como diagnóstica en la mayoría de los complejos cerámicos del Epiclásico en el centro de México (fig. 7b).

3. La cerámica ceremonial

a) Sahumerios

Son cajetes cónicos con fondo plano y mango tubular hueco; su diámetro varía entre 12 y 26 cm. La forma recta del borde y ligeramente colgado es una característica que guarda mucha homogeneidad. No tienen engobe. La cara exterior muestra una superficie rugosa y en la interior se notan unas huellas horizontales muy homogéneas, poco profundas y paralelas, debido a un pulido con un instrumento tipo escobilla. La mayoría de las piezas no presenta decoración; sin embargo, algunos ejemplares tienen una banda de pintura blanca alrededor del borde en el interior de la pieza, o bien pequeñas incisiones hechas con la uña en el derredor del borde interior. También hay ejemplos de aplicaciones al pastillaje en forma de bolitas y, en algunos casos, de figura de animal como ratón o murciélago (figs. 8b y 12). Esta forma definitivamente es una innovación y es diagnóstica del Epiclásico; se ha documentado en todos los sitios con dicha ocupación. No obstante, el sahumero de Huapalcalco es muy diferente, tanto en su forma específica como en el acabado de superficie.

b) Braseros

Se trata de piezas de forma bicónica, de entre 16 y 26 cm de diámetro. El exterior del borde presenta un abultamiento en forma de reborde, pero no conocemos mucho sobre el pedestal o fondo. La mayoría de las piezas están alisadas, sin engobe, y presentan pintura de color blanco, azul, rojo y café, aplicada probablemente después de la cocción. La decoración siempre se encuentra en el exterior del brasero; se

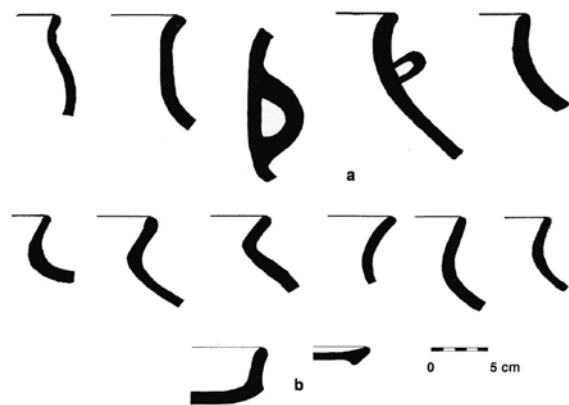


Fig. 7 Cerámica utilitaria: a) ollas; b) comales.

combina la pintura, la incisión y el pastillaje de piezas modeladas entre las que destacan los caracoles pintados de rojo y colocados en serie; grecas pintadas de azul, círculos y cuadretes. Los motivos principales de los diseños incisos son líneas simples horizontales y verticales de poca profundidad (figs. 8a y 12).

4. La cerámica de comercio

a) Cerámica Naranja y Marfil

La pasta es fina y en ocasiones tiene un sonido metálico; su color es amarillo rojizo o rosa. Entre los componentes de la fracción no plástica destacan el cuarzo (entre un 25 y 10%), fragmentos de roca silícea, plagioclasas y minerales opacos (hematita). Para la elaboración de la cerámica fina de El Tajín se utilizó una arcilla con alto contenido de calcio, que se caracteriza justamente por ser de color que varía entre el crema y el rojizo naranja, así como por tener como desgrasantes (partículas no plásticas) el cuarzo, la calcita y la hematita. Los granos son muy finos y la matriz compacta. Todo esto muestra una fuerte afinidad entre los tipos de pasta; ello indica que efectivamente se trata de una cerámica de importación, cuyo centro de producción estuvo tal vez en el centro de Veracruz, cerca de Cempoala (Lira, 1989: 95,121-123).

Esta cerámica fue pintada y pulida antes del cocimiento y pueden distinguirse cinco variantes sin decoración y tres con decoración. Las primeras cinco corresponden a las diferentes combinaciones de aplicación de pintura blanca o marfil y naranja, tanto en el interior como en el exterior de la vasija. Las tonalidades naranja varían desde el naranja, rojizo y café, hasta las del blanco-marfil, amarillo, crema y café claro. Son cajetes pequeños, entre 10 y 16 cm de diámetro con paredes delgadas. La forma más común son cajetes bajos de paredes casi rectas y fondo plano, vasos de paredes curvoconvergentes, cajetes cónicos de paredes divergentes y fondo plano y cajetes semiesféricos de fondo plano.

Las variantes sin decoración consisten en las diversas combinaciones de aplicación de los engobes:

1. Marfil en el interior y naranja en el exterior. Es la variedad menos frecuente y nunca presenta decoración. En ambos lados de la vasija se le aplicó un engobe marfil y posteriormente, en su exterior, pintura naranja. Todas las formas se encuentran con este tipo de acabado de superficie.
2. Marfil en el exterior y naranja en el interior. Ésta es la variedad más común; generalmente en el interior sólo presenta pintura naranja, y a veces lleva debajo pintura blanca o marfil.

3. Variante con doble pintura, exterior naranja. Primero se aplicó en ambos lados de la vasija la pintura blanca y posteriormente, naranja sólo en el exterior. La forma más común de esta variedad es el cajete cónico.
4. Blanco en ambos lados.
5. Naranja en ambos lados.

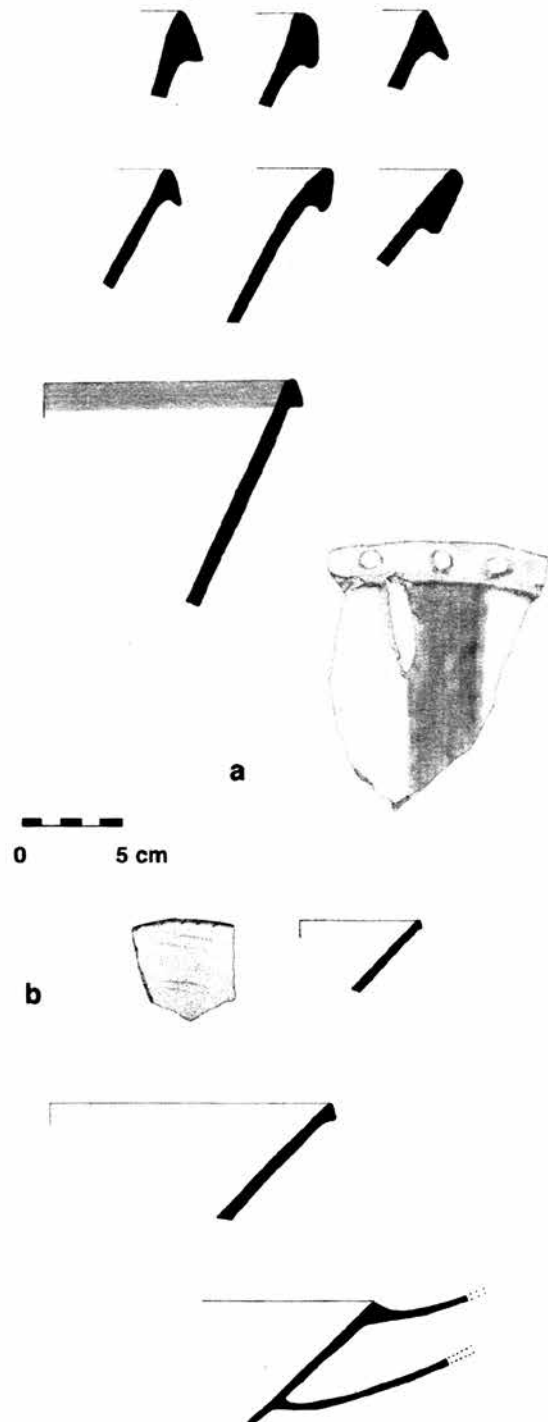


Fig. 8 Cerámica ceremonial: a) braseros; b) sahumerios.

Existen tres variedades con decoración. La decoración más común es la pintada en el exterior de la vasija, asociada a la variante con exterior marfil e interior naranja. Los diseños son bandas horizontales, verticales o una combinación de ellas. Las bandas horizontales generalmente están asociadas a los cajetes cónicos mientras que las verticales se encuentran en pequeños cajetes cilíndricos. Las bandas horizontales se localizan tanto en el borde exterior del cuerpo como en la base de la vasija, en tanto que las verticales cubren, desde el borde a la base, todo el cuerpo de la vasija (fig. 9). Otro diseño poco frecuente son bandas pintadas en forma de círculos. El segundo tipo de decoración es la incisa, en forma de diseños geométricos de líneas escalonadas enmarcadas en líneas que rodean todo el cuerpo en el exterior de la vasija. Las incisiones son poco profundas y fueron hechas después de que se aplicara el engobe o la pintura. Normalmente la decoración incisa se asocia a la variedad con doble pintura blanco sobre naranja y en la variedad con interior blanco y exterior naranja. El tercer tipo de decoración es el negativo; generalmente está asociada a vasijas con interior naranja y exterior blanco sobre naranja. Los diseños son bandas delgadas verticales negras en las paredes exteriores de cajetes cilíndricos. También se encuentran en vasijas con exterior naranja e interior blanco y los diseños son bandas verticales delgadas (fig. 13).

Como se dijo anteriormente, al parecer este tipo de cerámica se produjo en el centro de Veracruz, cerca de Cempoala, y fue la cerámica de servicio de lujo (Kroster, 1975: 199) y de intercambio de El Tajín debido a que tiene una amplia distribución a lo largo de toda la frontera nororiental de Mesoamérica.

Las variedades presentes en Huapalcalco pueden identificarse con dos subtipos del grupo de la cerámica de pasta fina de El Tajín. La variedad Naranja Marfil tiene diversos nombres: Anaranjada sin desgrasante (Cortés, 1991: lám. 1, figs. 77-80), Naranja fina sobre Blanco y Naranja fina erosionada (Lira, 1989: 191-193, figs. 89,90 a-d), Naranja sobre Laca (Krotser, 1975: 198-199, lám. 7a), Anaranjada Rojiza y Cerámica Rayada (Du Solier, 1945). Este tipo tiene tanto en el interior como en el exterior engobe naranja que cubre la vasija sobre un engobe crema; en otros casos sólo el exterior tiene engobe blanco y sobre él bandas horizontales o verticales pintadas en naranja. También se menciona una variedad con decoración incisa en el exterior con motivos de grecas y con decoración negativa sobre blanco y naranja o rojo (Krotser, 1975: fig. 7b: 25 y 26).

La variedad marfil se integra por vasijas con pintura blanca con tendencia a ser crema en ambos lados, muy espesa y bien adherida al barro de las vasijas. Las

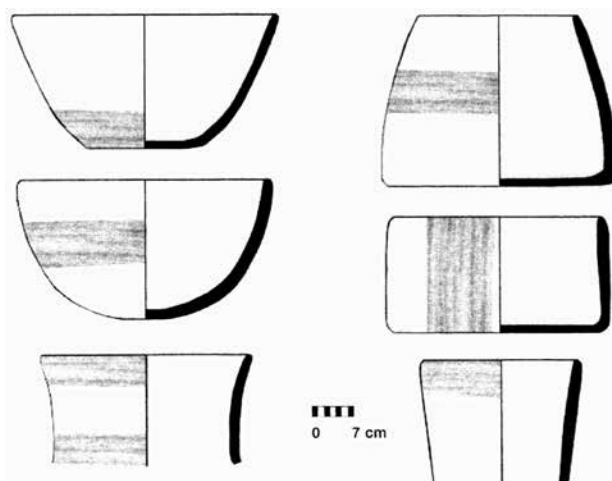


Fig. 9 Cerámica Naranja y Marfil de la costa del golfo.

formas son las mismas que en el tipo anterior: cajetes de paredes casi rectas y cajetes de paredes ligeramente divergentes (Du Solier, 1975; Krotser, 1975: fig. 7a: 10, 14, y 17 a 21; y Lira, 1989: 183, figs. 85 d-h).

En cuanto a la cronología de este tipo, Krotser (1975: 198-199) lo ubica como una de las cerámicas más antiguas dentro de su excavación. El subtipo Naranja y Marfil fue hallado en las capas profundas, mientras que la cerámica Marfil la sitúa un poco posterior. Lira también les asigna diferentes temporalidades: a la Naranja y Marfil la ubica en el Clásico tardío, mientras que a la Marfil, en el Posclásico temprano (Lira, 1989: 183, figs. 85 d-h). Se considera que es un excelente marcador para la transición entre el Clásico tardío y el Posclásico temprano (Cortés, 1991: 221) De acuerdo con la seriación hecha con base en la cerámica, los marcadores para el periodo más temprano de El Tajín son dos tipos: el Terrazas Lustroso y el Anaranjado sin desgrasante pasta fina (Brüggemann, 1989; 1993: 65).

La cerámica Naranja y Marfil tiene una amplia distribución en la frontera nororiental de Mesoamérica. Su presencia ha sido documentada en la Huasteca para el periodo IV del sitio de Pavón; los tipos de pasta fina Blanco, Pánuco, Engobe Rojo y Pintura Negativa (Ekholm, 1944: 349, 351 y 358); y en la cuenca baja del Pánuco, durante la fase Tanquil (650-900 d. C.) (García Cook y Merino; 1989:200, 208).

En la zona minera de cinabrio de la sierra Gorda se encontró el tipo Soyatal Blanco (Franco, 1970: 31, 59, láms. 4, 24), el cual parece ser muy abundante (Branniff, 1992: 64), así como en la región norte, el tipo Concá Baño Blanco (Muñoz, 1994: 188-189).

En la cuenca del río Verde, en San Luis Potosí, se correlaciona con el tipo Amoladeros Fino de la fase Río Verde A y B (500-1 000 d. C.) (Michelet, 1996: 47). Más al oriente, en la subárea arqueológica de Tunal

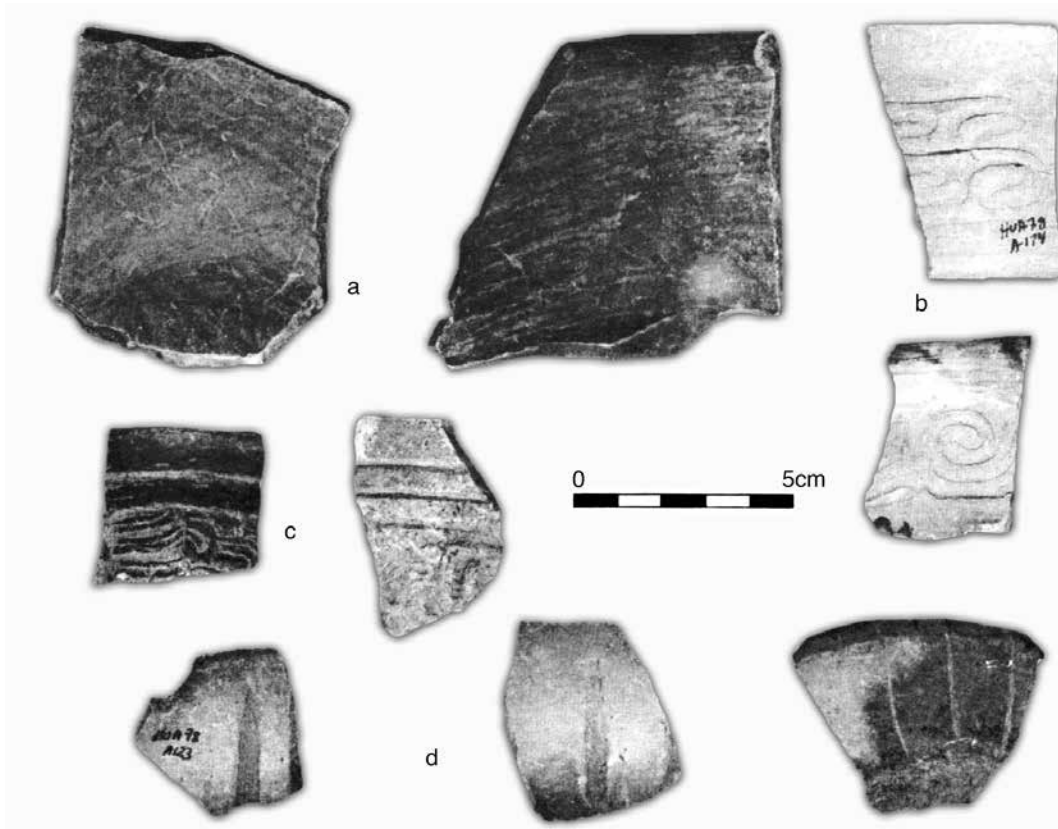


Fig. 10 Cerámica
Café pulido de
palillos:
a) Monocroma
b) Sellada
c) Grabada
d) Incisa

Grande, este tipo, llamado Río Verde Naranja Fino, ha sido encontrado en los sitios de Villa de los Reyes y Electra, y corresponde a la fase San Luis (700-800 d. C.) (Braniff, 1992: 63-64, 149-151, láms. 22 y 23).

Más al noroeste, en Buena Vista, San Luis Potosí, se encuentra este tipo de cerámica con todas sus variantes (Du Solier, 1991: 202-204, 213).

En el valle del Mezquital se han distinguido dos variantes: la Costa Anaranjado Pulido y la Costa Anaranjado-Anaranjado. La forma más frecuente es el cajete semiesférico. Estas variantes se encuentran asociadas a tipos cerámicos Coyotlatelco y se correlacionan con el complejo Prado-Corral de Tula (Cervantes y Fournier, 1994: 112, fig. 11).

Al sur de Huapalcalco, en el norte de Tlaxcala, este tipo ha sido documentado como parte del complejo Acopinalco, fechado entre 650 y 850 d. C. (García Cook y Merino, 1997a: 207, lám. 24)

b) Negro y Naranja Pulido

Se han encontrado muy pocos tiosos de uno cajetes cónicos con engobe naranja y negro, con pulimento lustroso. Es muy semejante al tipo Terrazas Lustroso de El Tajín, correspondiente al Clásico tardío (Krotser, 1975: 199; Du Solier, 1991: 29; Lira, 1989: 162-163, fig. 76).

La tradición del complejo A de los valles de Puebla y Tlaxcala

Las principales afinidades que presenta la cerámica de Huapalcalco pueden establecerse con el complejo cerámico denominado Complejo A, que caracteriza la transición entre el Clásico y el Posclásico en los valles de Puebla y Tlaxcala (Dumond y Muller, 1972); en especial, con la cerámica de Xochitcatl, Cacaxtla y Cerro Zapotecas. Las características que presenta la cerámica de Huapalcalco parece apoyar, en lo general, la evidencia presentada por Dumond y Muller (1972), posteriormente por Mountjoy (1987), a la que tipifican como un complejo cerámico nuevo, derivado de una tradición alfarera teotihuacana y en donde están ausentes los tipos estilo Coyotlatelco. Es decir, la afinidad con el complejo cerámico de Huapalcalco no sólo radica en las similitudes de los tipos que integran el Complejo A, sino también en la ausencia de los tipos estilo Coyotlatelco.

Los tipos que integran el Complejo A son, al igual que en el complejo de Huapalcalco, cajetes cafés con pulido de palillos de diversas formas, con una gran variabilidad cromática entre el gris oscuro, el ocre y el café claro. En cuanto a las formas, algunos tipos de la cerámica café pulida parecen derivar de la

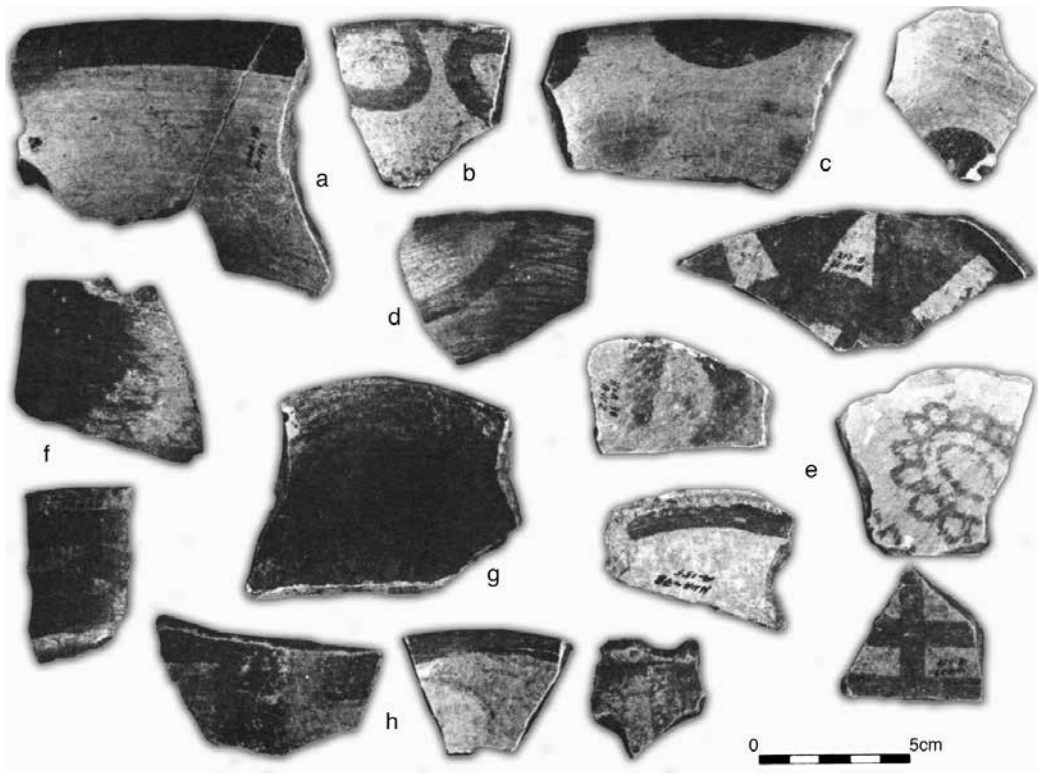


Fig. 11
Cerámica Rojo
sobre Café:
a-d) Cajetes
con decoración
interior
e) Fondos planos
decorados
f) Cajetes con
decoración
exterior
g) Cajete rojo
monocromo en
el interior, café
en el exterior
h) Cajetes con
diseños pintados
en rojo y deco-
ración al negativo

cerámica teotihuacana, especialmente los cajetes semi-sféricos con soporte anular, así como las técnicas decorativas incisas, selladas y pintadas, mientras que otros pueden considerarse elementos nuevos, diagnósticos del Epiclásico, como los platos trípodes de fondo plano con soportes cónicos, los cajetes trípodes cerrados con soportes de botón y en forma de tableta (Dumond y Muller, 1972: 219-220).

En Cacaxtla, la cerámica diagnóstica del Epiclásico es la Rojo sobre Café con decorado a base de bandas en el borde y gajos hacia el interior de la pieza y con formas semejantes, sobre todo en los cajetes, y bícromas incisas. Las variantes incisas tienen diseños de líneas rectas u onduladas con punteado entre ellas y los sellados con motivos fitomorfos (López de Molina y Molina, 1986: 76). Al igual que en Cacaxtla, en Xochitécatl el tipo Celosía Café Sellado se considera como uno de los diagnósticos principales (Serra y Lazcano, 1997: 94); también la cerámica Rojo sobre Ocre, y Rojo sobre Café Oscuro en vasos con decoración en el exterior y platos trípodes pintados en el interior. Los motivos de los diseños son relativamente simples, e incluyen un conspicuo uso del disco pintado en rojo en el fondo y de bandas labiales, así como elementos lineales simples que se desprenden de ellas en los interiores de las vasijas. La decoración negativa se usa a manchones, a veces en combinación con pintura positiva roja (Dumond, 1997: 185-186).

Entre la cerámica utilitaria, los tipos diagnósticos son las ollas con asas verticales y con asas trenzadas, así como los cucharones. Entre la cerámica ritual aparecen los sahumeros como una forma nueva y los braseros bicónicos (Dumond, 1997: 172-178; Dumond y Muller, 1972: 220-221).

Cuando el Complejo A fue aislado con base en materiales procedentes del adoratorio de Xochitécatl y de unos pozos en Cholula, su fechamiento se hizo en forma relativa por sus afinidades con el complejo cerámica Oxtotipac o Protocoyotlatelco de la cuenca de México,² por lo que se le asignó una temporalidad de 750 y 850 d.C. Posteriormente se llevaron a cabo exploraciones en Cacaxtla, Xochitécatl y cerro Zapotecas, y en todos los casos se obtuvieron fechas de radiocarbono que sitúan este complejo cerámico, como sucede en Huapalcalco, por lo menos un siglo antes. El Epiclásico en Cacaxtla ha sido fechado entre 600 y 850 d.C. (Molina, 1977: 2), en Xochitécatl en 630 y 950 d.C. (Serra y Lazcano, 1997: 100) y en cerro Zapotecas hacia 600-630 d.C. (Mountjoy, 1987: 244 y 246). Es decir, aun cuando en términos estilísticos se correlaciona con el complejo Oxtotipac o Protocoyotlatelco de la cuenca, en términos cronológicos existe un desfase de 100 años,

2 Especialmente con la cerámica de Oxtotipac (Obermeyer, 1973), cerro Portezuelo (Hicks y Nicholson, 1964) y también con cerro Tenayo (Ratray, 1966).

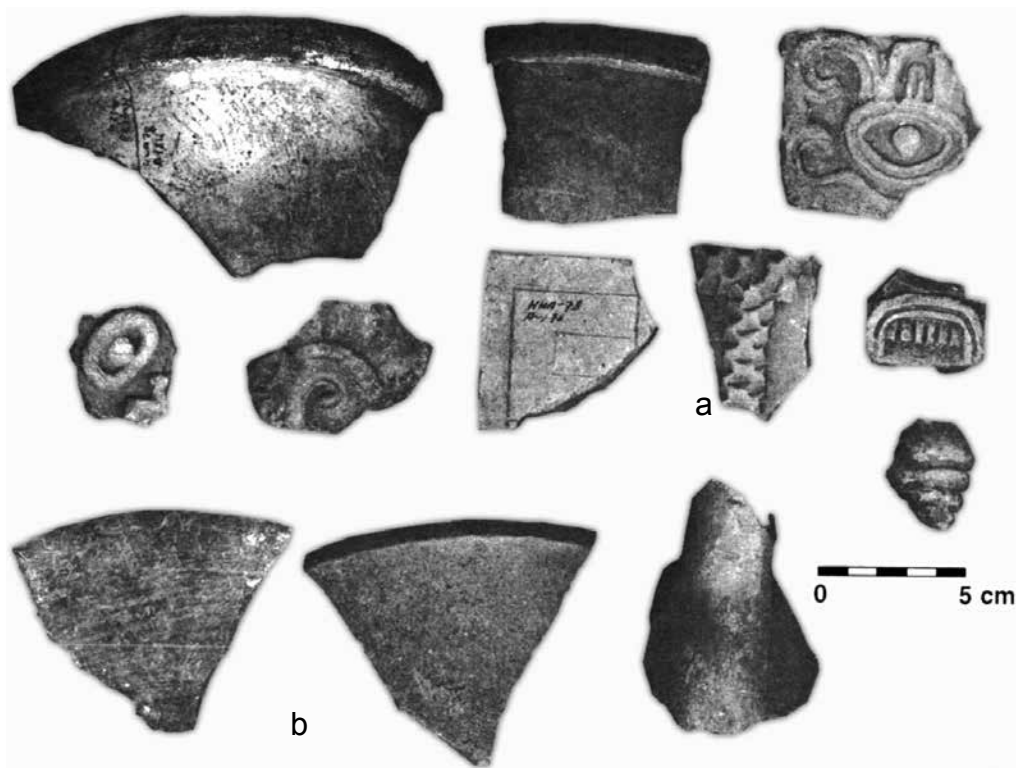


Fig. 12
Cerámica ceremonial:
a) Bordes y adornos
de braseros
b) Saumerios

pues parcialmente es contemporáneo a la fase Metepec.

Al tratar de correlacionar específicamente la cerámica de Zapotecas con los materiales de la cuenca de las fases Metepec y Oxtotipac, Montjoy llega a la conclusión de que son más cercanos a los de la fase Oxtotipac, aun cuando falte la cerámica Coyotlatelco del contexto excavado y haya altas cantidades de Anaranjado Delgado.

Tales diferencias podrían ser el resultado de la persistencia tardía del Anaranjado Delgado en el valle de Puebla, o debido a un error en el muestreo, o bien a la variación regional. Me parece factible que el complejo de cerámica de Zapotecas represente principalmente una subfase para la cual resulta muy apropiada la designación de Metepec tardía (Montjoy, 1987: 247).

Considero que los hallazgos en el cerro Zapotecas son de suma importancia para la comprensión del origen de la tradición del Complejo A, debido a que en este lugar se encuentra bien documentada la transición entre el abandono de Cholula, sitio provincial teotihuacano en el valle de Puebla-Tlaxcala, y el lugar donde se reubicó una parte de su población. La fundación de este nuevo asentamiento ha sido interpretado como una zona de refugio debido a que Zapotecas se convirtió en un punto focal de actividad después del

abandono de Cholula (Montjoy, 1987: 250). Es decir, el complejo cerámico encontrado en este sitio representa quizá la versión más temprana de la tradición alfarera definida como Complejo A, que se desarrolla después de que el Estado teotihuacano dejó de tener control sobre la población en esta región.

Como se puede apreciar en la figura 15, las diferencias más importantes entre el Complejo A y el de Huapalcalco son en las formas de los cajetes. En Huapalcalco están ausentes los cajetes hemisféricos con base anular, los platos con soporte de tableta y los cajetes con ángulo en Z, cuyo origen se atribuye a la cerámica de Xochicalco (Senter, 1981: 152-154); al parecer prevalece la preferencia por los cajetes cónicos con soportes globulares huecos. Los cajetes de silueta compuesta encontrados en Huapalcalco parecen estar ausentes en esta región; comparten formas como los cajetes trípodes con soporte cónico sólido, así como todos los tipos con decoración. En cuanto a la cerámica utilitaria, comparte las características y las formas más diagnósticas, como las ollas con asas verticales. Respecto de la cerámica ritual, aun cuando están presentes los saumerios, parecen diferir, y esto es común a todos los complejos del Epiclásico, en las características particulares como el acabado de superficie, la forma específica y la decoración.

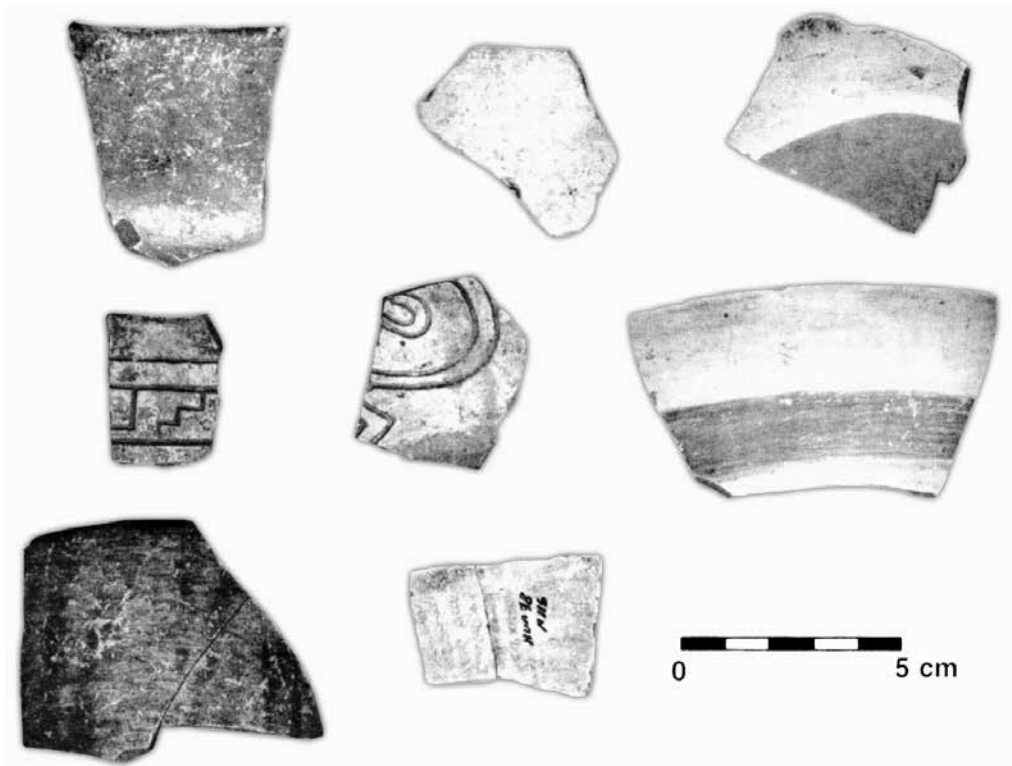


Fig. 13
Cerámica Naranja
y Marfil de la costa
del golfo.

El complejo cerámico de Xochicalco

Al igual que en Huapalcalco y que en los valles de Puebla y Tlaxcala, la cerámica característica de la fase G (650-900 d.C.) tiende a ser monocroma, con una tendencia al cambio de color a través de la secuencia de crema, café y naranja (Hirth y Cyphers, 1988: 71). Las formas que predominan son cajetes cónicos trípodes con soportes globulares huecos, macizos cónicos y tipo botón; cajetes de silueta compuesta, semiesféricos y, en proporciones bajas, con pestaña basal (ángulo Z). Entre los tipos decorados, se consideran diagnósticos los cajetes con incisión y estampado en el exterior, pintura roja (formas desconocidas de motivos Coyotlatelco, bandas rojas sobre el borde interior y círculos rojos en el fondo o en las paredes interiores, bandas rojas delimitadas por incisión, engobe rojo sobre mangos de sahumerios) y decoración negativa (Hirth y Cypher, 1988: 75, figs. 4.33, 4.23 y 4.24).

Muller concluye que son marcadores para esta fase la impresión sellada y la decoración al negativo. Los elementos más usuales en la impresión sellada son geométricos: bandas verticales o diagonales, cuadros, discos y triángulos. Los cajetes pueden ser decorados con discos sólidos rojos sobre la pared interior y en el fondo. Los sahumerios son pintados en hileras de discos sólidos sobre la pared exterior del plato (Muller, 1974: 60, 61).

Se considera que toda la influencia de la cuenca de México desaparece, pues los tipos Coyotlatelco están ausentes (Hirth y Cyphers, 1988: 44-45; 148-150). Esta afirmación, al parecer, se refiere a que el complejo cerámico de la cuenca está representado únicamente por la cerámica Coyotlatelco. Si se observa la figura 15, todos los tipos de la cerámica Café Pulido de Palillos identificados en Huapalcalco se encuentran presentes en Xochicalco. Aun cuando en la cerámica de este sitio parecen predominar las tonalidades naranjas, también presenta la variabilidad cromática que le caracteriza. En cuanto a la cerámica decorada, en este complejo cerámico está ausente la variabilidad de diseños que caracterizan al tipo Rojo sobre Café y sólo se presentan los más frecuentes y diagnósticos, como son la banda labial y los discos rojos pintados en el fondo y en el interior de los cajetes.

El complejo cerámico de la cuenca de México

El complejo cerámico de la cuenca de México que caracteriza a la fase Oxtotipac ha sido identificado en muchos sitios; sin embargo, sólo en algunos se ha clasificado y descrito detalladamente. La cerámica mejor documentada procede de la fase II del cerro Portezuelo (Hicks y Nicholson, 1964); los depósitos

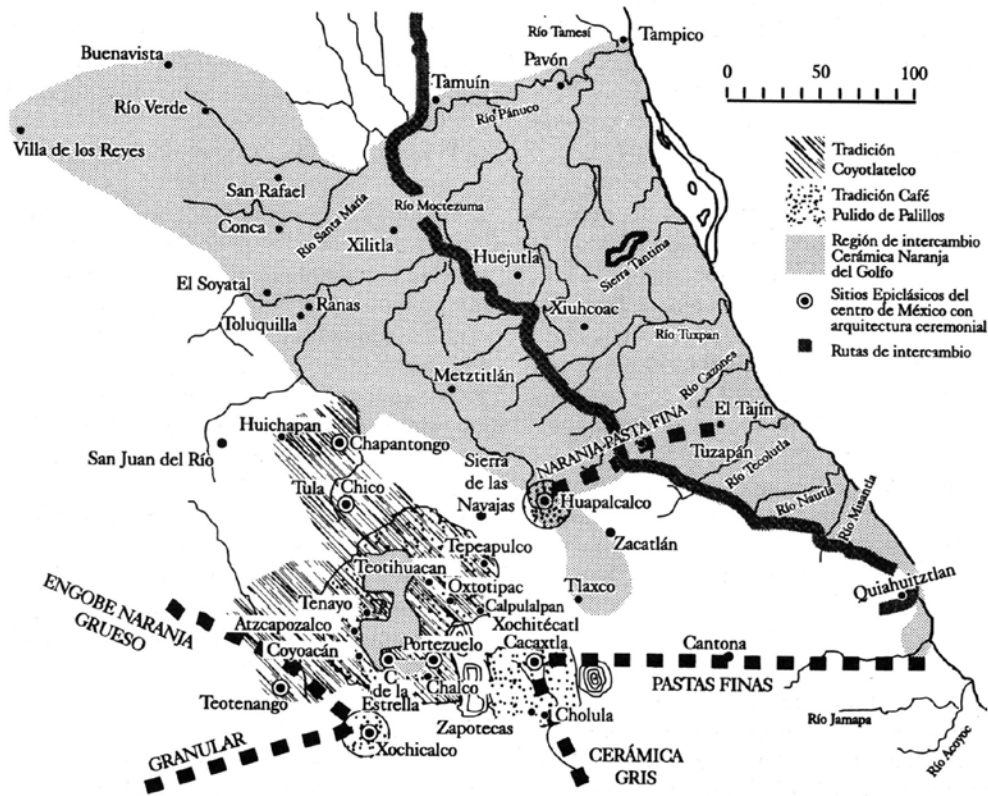


Fig. 14
Mapa de distribución de las tradiciones alfareras del Epiclásico en el centro de México.

excavados en la cueva de Oxtotipac, en el valle de Teotihuacán³ (Obermeyer, 1963); Coyoacán (Piña Chán, 1967); cerro Tenayo, cerca de Tenayuca (Ratray, 1996), y cerro de la Estrella (Treviño, 1996).

El primer problema con el complejo cerámico del Epiclásico de la cuenca de México es su nombre: Coyotlatelco. Este apelativo, originalmente atribuido a un grupo específico de cerámica, ha sido utilizado para identificar tres cosas distintas: los tipos de cerámica Rojo sobre Bayo y Rojo sobre Amarillo, el complejo cerámico en su conjunto y al periodo cronológico en que se presenta (fases Oxtotipac y Xometla). Considero que este múltiple significado, en ocasiones, ha contribuido a sobrevalorar este tipo de cerámica diagnóstico del Epiclásico, y a considerar en un segundo término los otros tipos que integran el complejo cerámico como secundarios y sin valor diagnóstico.

Otro problema es la cronología que tradicionalmente se le ha asignado, ya que, con la excepción de la cuenca de México, el Epiclásico en el centro del país se inicia entre los años 630-650 d.C. y la fase Oxtotipac está desfasada 100 años. Sin embargo, los

primeros fechamientos absolutos de la cerámica del Epiclásico en la cuenca de México, que se dieron a conocer en 1993, corroboran la cronología establecida para esa etapa en sitios fuera de la cuenca. Se trata de seis fechas de radiocarbono procedentes de Chalco y abarcan entre 578 y 796 d.C. (Hodges, 1993). Es importante señalar que el sitio de donde proceden sólo tiene ocupación Coyotlatelco y Azteca 1, es decir, no tiene ocupación teotihuacana previa.

El conocimiento de estas nuevas fechas y su concordancia con las fechas epiclásicas de sitios fuera de la cuenca de México, sumado al de los depósitos parcialmente contemporáneos de Metepec y Oxtotipac en Teotihuacán y cerro Portezuelo⁴ hacen indispensable la revisión de la secuencia cronológica del Epiclásico, desde la fase Metepec hasta la Xometla en toda la cuenca de México.

El complejo cerámico Epiclásico de la cuenca de México, al que Dumond y Muller (1972) llaman Complejo B, está caracterizado por siete grupos cerámicos de acuerdo con el estudio más sistemático, hecho por Rattray (1991), de la cerámica procedente de cerro Tenayo. De estos siete grupos sólo uno de ellos corresponde a la cerámica Coyotlatelco; los otros seis presentan fuertes afinidades tanto con el Complejo A

3 Rattray (1996: 224) considera, al contrario de lo que tradicionalmente se había planteado que la cerámica de este sitio no es representativa del complejo cerámico del Epiclásico de la cuenca de México. Sin embargo, como puede observarse en la figura 15, con la excepción del tipo Café Inciso, la mayoría de los tipos están presentes.

4 Este tipo de depósitos se ha encontrado en Tetitla, en La Ventilla (Acosta, 1972) y en Tepantitla (Rattray, 1991).

	OX	CP	CE	CY	CT	HU	XT	CA	CH	CZ	XCH
Café pulido palillos											
Cajete silueta compuesta	•	?	?	•	•	•	-	-	-	-	•
Cajete semiesférico, fondo plano	•	•	•	•	•	•	-	•	•	•	•
Cajete reborde basal en Z	•	•	•	-	-	-	-	-	-	•	•
Cajete semiesférico base anular	•	•	•	•	•	-	•	•	•	?	•
Cajete cónico soportes huecos globulares	-	•	?	?	•	•	•	-	?	?	•
Cajete cónico soportes huecos cilíndricos	•	-	-	-	-	-	•	•	•	?	•
Cajete cónico soportes sólidos cónicos	•	•	•	•	•	•	•	•	•	?	•
Cajete cónico con soportes sólidos tableta	•	?	•	•	•	-	•	•	•	?	•
Cajete semiesférico cerrado soportes sólidos	•	•	•	?	?	-	•	•	•	?	•
Cajete inciso	-	•	•	•	•	•	•	•	?	•	•
Cajete sellado	•	•	•	•	•	•	•	•	?	•	•
Cajete grabado	-	?	•	?	•	•	•	•	?	?	•
Cajete rojo/café decoración interior	•	•	?	•	•	•	•	•	•	•	•
Cajete rojo/café decoración exterior	•	•	?	•	•	•	•	•	•	•	-
Cajete rojo/café decoración negativo	•	?	•	•	•	•	•	•	•	•	•
Cajete rojo/café inciso	-	•	•	•	-	-	-	-	-	-	•
Cajete rojo/café sellado	-	•	-	•	-	-	-	-	-	-	-
Cajete engobe rojo	•	•	?	•	•	•	•	•	?	•	•
Cerámica Coyotlatelco											
Cajete cerrado	•	•	•	•	•	-	-	-	-	-	-
Cajete abierto	•	•	•	•	•	-	-	-	-	-	-
Cerámica de intercambio											
	-	-	-	-	-	•	•	•	•	•	•

Figura 15 Cuadro comparativo de los tipos cerámicos del Epiclásico en el centro de México. Las abreviaturas corresponden a los siguientes sitios: Oxtotipac (OX), cerro Portezuelo (CP), cerro de la Estrella (CE), Coyoacán (CY), cerro Tenayo (CT), Huapalcalco (HU), Xochitécatl (XT), Cacaxtla (CA), Cholula (CH), cerro Zapotecas (CZ) y Xochicalco (XCH)

de los valles de Puebla y Tlaxcala como con la cerámica de Huapalcalco y parecen haberse desarrollado a partir de una tradición alfarera teotihuacana.

Los tipos que lo caracterizan son:

1. Cerámica utilitaria: ollas, cazuelas, comales y cucharones.
2. Cerámica ceremonial: sahumerios y braseros.
3. Cajetes Café-Negro: monocromo; inciso; sellado; grabado.
4. Rojo.
5. Rojo sobre Café.
6. Rojo sobre Café, decorado al negativo.
7. Coyotlatelco:
 - a) Platos y cajetes abiertos con base anular o trípodes con soportes sólidos. Pulida y decorada en el interior con motivos complejos arreglados en bandas.
 - b) Cajetes cónicos o cilíndricos trípodes, de paredes cerradas, con decoración pintada en el exterior.

Todavía en la actualidad existe la polémica sobre si el complejo Coyotlatelco es heredero de la tradición

teotihuacana, o bien, si se trata de un complejo cerámico introducido a la cuenca de México por pueblos que migraron desde el poniente. Pueden definirse tres posiciones respecto de la identidad del complejo cerámico del Epiclásico en la cuenca de México:

1. El complejo cerámico es una combinación de dos tradiciones.
2. El complejo cerámico en su conjunto es una tradición foránea.
3. El complejo cerámico es un desarrollo local.

La cerámica Café Pulida de Palillos se desarrolla a partir de la tradición alfarera de Teotihuacán; de ella se derivan el color y el pulimento de palillos, así como las técnicas decorativas. La decoración sellada, considerada como diagnóstica de la fase Oxtotipac, aparece primero en Metepec; cerámicas Rojo sobre Bayo, pintura roja delimitada por incisión y la decoración negativa. En cuanto a las formas, los braseros con borde abrupto, las ollas de cuello corto, los cajetes de base anular, así como los soportes de botón y tubulares, parecen tener el mismo origen. Los orna-

mentos escalonados comunes en los sahumeros de Oxtotipac parecen tener antecedentes en Metepec; los diseños como la flor de cuatro pétalos, la línea ondulada, la escalonada y la enrollada pueden haberse derivado de la tradición teotihuacana. La fusión de cajetes de base anular y diseños Rojo sobre Bayo de los platos dieron como resultado la vasija decorada más común de la fase Oxtotipac. Sin embargo, el impacto más fuerte de elementos extraños es evidente en sahumeros, ollas de cuello alto, cucharones, cuencos de borde grueso y cerámica Rojo sobre Blanco, estilo Coyotlatelco. La única forma intrusiva que hasta ahora se ha identificado es el cajete con ángulo basal en Z, forma característica de Xochicalco; sólo ocurre en la fase Oxtotipac (Bennyhoff, 1966: 26-28; Piña Chán, 1967: 141-160; Obermeyer, 1963: 51-54).

Casi todos los autores que han analizado la cerámica de la fase Oxtotipac coinciden en que se trata de un complejo híbrido en el que se combinan la tradición alfarera teotihuacana y una de origen externo, procedente del Bajío. Aun cuando se reconozca este hecho, la interpretación difiere sobre la naturaleza del cambio. Algunos opinan que se trata de un fenómeno gradual, por lo que consideran a la fase Oxtotipac como una fase de transición (Bennyhoff, 1966; Obermeyer, 1963; y Piña Chán, 1967), mientras que otros piensan que el complejo cerámico en su conjunto muestra un cambio abrupto, por lo que todas las innovaciones deben atribuirse a la llegada de grupos portadores de nuevas tradiciones alfareras (Acosta, 1972: 152-155; Rattray, 1996: 230; Hicks y Nicholson, 1964).

Bennyhoff (1966) considera a la cerámica Oxtotipac de Teotihuacán como una variante rural de la cultura Coyotlatelco, centrada en Tenayuca y Azcapotzalco, mientras que Piña Chán (1967) sostiene que se origina en Teotihuacán entre 650 y 800 años d. C. y desde ahí se difunde a Azcapotzalco, Tenayuca, Portezuelo y Culhuacán.

La posición opuesta, la que considera al complejo cerámico como un desarrollo local, es sostenida por Dumond (1997) y por Sanders. Aun cuando la interpretación es similar, los argumentos y consideraciones son muy distintas, sobre todo en relación a la naturaleza de las tradiciones alfareras.

Los argumentos que Sanders (1989: 215) propone para plantear esta hipótesis son básicamente tres. Los primeros dos se refieren al patrón de asentamiento: uno, debido a que Teotihuacán es el sitio más poblado de la cuenca y que todavía funcionaba como una entidad urbana durante esta fase; el otro, por la continuidad Xolalpan-Metepec-Oxtotipac, que muestran las ocupaciones Coyotlatelco en la cuenca. El tercer argumento es la suposición de que la cerá-

mica Coyotlatelco tiene una distribución muy amplia que abarca casi todo el Altiplano central, desde el sur de Hidalgo hasta Cacaxtla. Está en desacuerdo con el origen externo de la tradición Coyotlatelco propuesta por Mastache y Cobean (1989), en virtud de que el patrón de asentamiento de Tula difiere totalmente del de la cuenca.

Considero que la evidencia en que Sanders se basa para postular la tesis del desarrollo local no está del todo probada arqueológicamente.

1. No está demostrado que la distribución de la cerámica Coyotlatelco sea tan amplia como lo supone (véase García Cook y Merino, 1990; Dumond y Muller, 1972; Mountjoy, 1987). De hecho, desde la perspectiva de la tradición alfarera del complejo cerámico de Huapalcalco, la situación parece ser a la inversa y apoya la tesis de que en la cuenca convergen dos tradiciones alfareras diferentes, propuestas por varios autores desde hace mucho tiempo (Braniff, 1972; Cobean, 1990).
2. La continuidad en las ocupaciones Xolalpan-Metepec-Oxtotipac no es un patrón dominante en la cuenca. Existen asentamientos Coyotlatelco como fundaciones nuevas,⁵ como reocupaciones de sitios Tlamimilolpa o anteriores,⁶ o bien, con ocupaciones sólo Metepec.⁷
3. El asentamiento Epiclásico en Teotihuacán no está lo suficientemente estudiado como para concluir que toda la población que ahí residía formaba parte de un solo núcleo urbano (Diehl, 1989: 11-14; Rattray, 1996: 217).

Si se analiza la figura 15, las afinidades entre la cerámica de la cuenca de México y la de Huapalcalco son notables, con la excepción de los tipos Coyotlatelco, ausentes en Huapalcalco. Las diferencias más importantes son, al igual que con el Complejo A de los valles de Puebla y Tlaxcala, la ausencia de cajetes con soporte anular y con ángulo basal en Z Café Pulido de Palillos de Huapalcalco. Otra diferencia importante, que comparte con el Complejo A es la alta frecuencia y la diversidad de formas de vasijas y diseños del tipo Rojo sobre Café en Huapalcalco, ya que en la cuenca de México parece ser un tipo con baja frecuencia y poca diversidad en las formas y en los diseños decorativos.

5 Como por ejemplo, cerro Tenayo, de donde procede el complejo cerámico mejor estudiado (Rattray, 1996), y Chalco, de donde procede el único fechamiento absoluto de la cerámica de este periodo (Hodges, 1993).

6 Como por ejemplo, sitios en el suroeste de la cuenca (García y Córdoba, 1990: 297) y de la región de Xochimilco-Chalco (Rattray, 1996).

7 Como el cerro de la Estrella (Treviño, 1996).

La evidencia en Huapalcalco de que "la cerámica asociada" —como se designa en la cuenca de México a los tipos cerámicos que no son de estilo Coyotlatelco— forma una unidad cultural independiente de la cerámica estilo Coyotlatelco, permite considerar como complementarias y no como opuestas las dos tesis principales planteadas: efectivamente, el complejo cerámico de la cuenca muestra la combinación de dos tradiciones alfareras de distintas raíces que se desarrollaron conjuntamente, y también muestra que la población local participó en las innovaciones que se desarrollaron en la cerámica.

Conclusiones

El complejo cerámico de Huapalcalco indica el desarrollo en la región nororiental del centro de México de una tradición alfarera derivada de Teotihuacán, que se manifiesta en la continuidad de algunas técnicas manufactureras y decorativas como: el pulido de palillos, las decoraciones sellada, incisa, pintadas de rojo y asociadas a la decoración al negativo, la persistencia de los soportes de botón. También muestra innovaciones, tanto en las formas de las vasijas como en la preferencia por la simpleza de los diseños decorativos. Esta caracterización, aunada a la ausencia de la cerámica estilo Coyotlatelco en Huapalcalco, así como en otros sitios del centro de México como Xochitécatl y Cholula (Dumond y Muller, 1972: 220-221), Cacaxtla (López de Molina y Molina, 1986), Cerro Zapotecas (Mountjoy, 1987: 247) y Xochicalco (Hirth y Cyphers, 1988: 148-150) permite plantear la existencia de dos tradiciones alfareras distintas y, por lo tanto, apoyar la tesis de que la tradición alfarera representada por la cerámica Coyotlatelco no es la tradición dominante durante el Epiclásico en todo el centro de México.

La cerámica de Huapalcalco también evidencia que el desarrollo de las tradiciones alfareras del Epiclásico que se gestan fuera de la cuenca de México son parcialmente contemporáneas a la fase Metepec. La ausencia de cerámica Anaranjado Delgado tanto en las unidades habitacionales como en el centro ceremonial (Muller, 1956: 135) confirma su carácter Epiclásico.

Si se observa la distribución de las tradiciones alfareras del Epiclásico desde la perspectiva de la cerámica de Huapalcalco (fig. 14), es posible esbozar el siguiente panorama:

La amplia distribución de las tradiciones estilo Huapalcalco refleja el ámbito geográfico donde la población de la cuenca de México se relocalizó a partir de la fase Metepec y durante el Epiclásico. La disminución total de la población en la cuenca de México

durante el Epiclásico se ha estimado entre 250 000 y 175 000 habitantes. Teotihuacán perdió el 76% de su población en 150 años, un promedio anual de 633 habitantes. Sin embargo, el proceso no fue paulatino, sino en episodios cortos de pérdidas sustanciales, seguidos de intervalos de pérdidas graduales. Hacia la fase Metepec había perdido 40 000 habitantes y para la fase Xometla otros 45 000 (Diehl, 1989: 12-13).

Considero que las variantes regionales de esta tradición alfarera obedecen a las diversas formas en que estas regiones estuvieron insertadas en el sistema estatal teotihuacano y la nueva organización política.

La variante de Huapalcalco se desarrolla en un contexto de discontinuidad espacial; es decir, Huapalcalco es un sitio fundado al inicio del Epiclásico con un importante centro ceremonial. Es muy probable que, al igual que Tula, dicha discontinuidad espacial esté relacionada con el hecho de que el valle de Tulancingo se desligó del control teotihuacano durante la fase Xolalpan.

El carácter defensivo que durante esta fase adquiere Tepeapulco, centro provincial teotihuacano localizado en el extremo nororiental de la cuenca de México y el más cercano al valle de Tulancingo (López Aguilar, 1988: 84), probablemente indica la retracción del límite nororiental del área de control teotihuacano, con la consiguiente exclusión del valle de Tulancingo de su dominio político y económico.⁸ Esta evidencia coincide con la temporalidad asignada a Zazacuala, el centro provincial teotihuacano del valle de Tulancingo, cuya ocupación abarca desde el Formativo tardío hasta el Clásico temprano, siendo la del Formativo terminal y Protoclásico la más intensa.⁹

De acuerdo con la evidencia de la cerámica, la fundación de Huapalcalco quizás obedezca a dos razones principales. El inicio del despoblamiento de Teotihuacán, situado durante la fase Metepec, y los movimientos migratorios de elites, procedentes del sur de Veracruz, portadoras de las relaciones de intercambio de cerámicas lujosas de servicio, de tradiciones

8 Esta retracción territorial quizá se relacione con un cambio de estrategia del Estado teotihuacano en relación con el control de sus colonias más lejanas en la costa del golfo y área maya, y tuvo la finalidad de conservar y consolidar la ruta entre Teotihuacán y la costa del golfo, que ha sido llamada por García Cook, el "corredor teotihuacano". Por razones que aún se desconocen, en esta época Teotihuacán canceló la expansión más al norte, desbordando los límites del Altiplano central.

9 Los porcentajes de la cerámica por periodo son: Preclásico superior y Protoclásico 88%, Clásico temprano 22%. En toda la colección sólo fueron encontrados 15 tiestos de cerámica Anaranjado Delgado (Muller, 1986: 75). Es muy probable que una de las relaciones más antiguas entre el valle de Tulancingo y Teotihuacán se deba al intercambio de obsidiana del Pizarrín. Spence ha documentado la presencia de esta obsidiana en varios talleres de la fase Tzacualli (0-200 d. C.) en el centro ceremonial de Teotihuacán. Esta materia prima constituye el tercer tipo de obsidiana utilizada en la urbe durante ese periodo (Spence, 1984: 94, 109).

arquitectónicas de la costa del golfo (Muller, 1962) y de esculturas como los yugos (Lizardi, 1956). Los recursos económicos que ofrecía el valle de Tulancingo fueron aprovechados por los pobladores de Huapalcalco como la práctica de la agricultura intensiva y la explotación intensiva y especializada de la obsidiana.

El Complejo Cerámico A de los valles de Puebla y Tlaxcala es quizá la variante regional más enraizada en la tradición teotihuacana, que se observa tanto en la continuidad de algunas de las formas de cajetes, como en el predominio y complejidad de los tipos decorados. Esta variante se desarrolla en la región poblana que estuvo dominada durante todo el Clásico por Teotihuacán a través de Cholula y en el centro y sur de Tlaxcala, en donde se ha documentado un incremento demográfico notable durante esta época y con complejo cerámico distintivo del Epiclásico¹⁰ (García Cook y Merino, 1990; Dumond, 1997b).

Al contrario, el complejo cerámico G de Xochicalco es quizás el más distante estilísticamente, lo que coincide con el carácter marginal del dominio teotihuacano en el occidente de Morelos; sin embargo, con relación al periodo anterior también se registra un importante aumento demográfico debido a la reubicación de población externa a la región (Hirth y Cyphers, 1988: 138, 149).

Una tercera tradición alfarera es la que está asociada a la cerámica Coyotlatelco de Tula y del valle del Mezquital. Estas regiones, que se desligaron del control teotihuacano desde la fase Xolalpan (Mastache y Cobean, 1989; Polgar, 1998: 46-47), presentan un notable incremento demográfico en el Epiclásico (Mastache y Crespo, 1974: 74-75; Fournier, 1995: 57). El patrón de asentamiento, así como las tradiciones cerámica y lítica, evidencian cambios radicales, lo que se ha interpretado como consecuencia de migración de pueblos procedentes del área norte periférica de Mesoamérica, así como por la interacción con grupos Xajay (Mastache y Cobean, 1989; López, 1998: 32). El único elemento cultural que vincula estas regiones con la cuenca de México es que la cerámica Coyotlatelco es similar o idéntica a la de la cuenca; los demás componentes tempranos del complejo cerámico Epiclásico, integrado por los tipos Guadalupe Rojo sobre Café Esgrafiado y Clara Luz Negro Esgrafiado son similares en forma y decoración a la cerámica del periodo Clásico del Bajío. Por esta razón se ha postulado que fueron introducidos por un grupo

de la elite desde el Bajío a Tula (Cobean, 1990: 499). Es decir, en esta región la tradición alfarera del estilo de Huapalcalco está ausente, lo que permite suponer que el desarrollo del complejo cerámico de la cuenca de México es producto de la fusión de dos tradiciones alfareras. Aun cuando apoya la tesis de que la tradición Coyotlatelco proviene del Bajío, quedaría por explicar la razón por la cual sólo los componentes Coyotlatelco son los que entran a la cuenca. Una de las explicaciones que se han planteado es que las poblaciones Coyotlatelco conformaron sistemas de control regional diferenciados entre sí y que, por lo tanto, la expansión hacia el centro de México habría ocurrido por diferentes zonas y que en realidad se trataría de distintos grupos (Cervantes y Torres, 1991: 29).

Una de las características del Epiclásico es el establecimiento de nuevas esferas regionales de interacción. Webb (1978: 160-164) ha propuesto la conformación de una amplia zona de contactos interregionales que vincula centros del Altiplano y de la costa del golfo. Aun cuando no tiene elementos para documentar su conformación temprana, propone que adquiere importancia inmediatamente después de la desestabilización de Teotihuacán en un área que se convertirá más tarde en la ruta de expansión tolteca. Menciona que representa un cambio en los patrones de comercio a larga distancia: de la importación teocrática de bienes de ritual y prestigio muy exóticos se pasó al movimiento de bienes lujosos de carácter más bien secular, para el consumo de la elite.

En los complejos cerámicos de los centros epiclásicos del Altiplano central este fenómeno puede observarse con claridad porque una de sus características es la presencia de diversas cerámicas de intercambio que se encuentran asociadas a los principales sitios. Su presencia es característica compartida por todos los complejos cerámicos fuera de la cuenca en la que están ausentes los tipos Coyotlatelco. La cuenca de México es la excepción, pues en el complejo cerámico del Epiclásico no se ha identificado ninguna cerámica producto del intercambio (Rattray, 1966: 128). Se podría establecer entonces como tendencia general que en los complejos cerámicos en donde se desarrolla la tradición alfarera Coyotlatelco están ausentes las cerámicas de intercambio.¹¹

10 Dumond (1997b), mediante un análisis de correlación, estudia la cerámica procedente de sitios de los valles de Puebla y Tlaxcala con el objeto de encontrar asociaciones sistemáticas entre la cerámica teotihuacana del Clásico y otros tipos. Logra aislar el Conjunto IV siendo el tipo Rojo sobre café el diagnóstico, al que le asigna una temporalidad de 600-700 d.C.

11 Hay dos excepciones en el sur, en cerro Zapotecas parece perdurar, en asociación al complejo A, la cerámica Anaranjado Delgado. Ello parece indicar que esa cerámica todavía era intercambiada en esa región hacia 600 d.C.; su persistencia puede deberse tanto a la cercanía con la región manufacturera (Mountjoy: op. cit. 224), como al hecho de que se representa una población relocalizada procedente de Cholula. La otra excepción es el Valle del Mezquital, ya que en esta región parece convivir la cerámica epiclásica de intercambio Naranja y Marfil, procede del centro-norte de Veracruz con la cerámica estilo Coyotlatelco (Cervantes y Fournier, 1994: 112).

Si se analiza el mapa de distribución de las tradiciones cerámicas, se observa que el intercambio de la cerámica era controlado por las capitales en donde la tradición Coyotlatelco estaba ausente. Su posición geográfica muestra un escenario que desvincula la cuenca de México y la región de Tula de las redes de intercambio de cerámica. Esta situación crea un vacío de relaciones comerciales con el centro de México.

Así, hasta Huapalcalco llegaba el intercambio de la cerámica Naranja-Marfil y Marfil del centro norte de la costa del golfo, convirtiéndose en uno de los principales centros de distribución de esta cerámica, cuya dispersión abarcaba toda la frontera nororiental mesoamericana. En el sur, en Cacaxtla se han encontrado cerámicas que provienen de la costa del golfo, de la región oaxaqueña y del sur de Puebla (López de Molina y Molina, 1986: 75). A Xochicalco llegaban dos rutas comerciales principales: la de Morelos-Mezcala, que constituía la red de intercambio de la cerámica Granular, cuyo origen probablemente esté situado en Xochipala, Guerrero (Hirth y Cyphers, 1988: 150) y la ruta valle de Toluca-noreste de Guerrero, de la cerámica de Engobe Naranja Grueso (Sugiura y Nieto, 1987: 465).

Bibliografía

- Acosta, Jorge R.**
1964 *El Palacio de Quetzalpapálotl*. México, INAH.
1972 El epílogo de Teotihuacan. *XI Mesa Redonda* (pp. 149-156). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- Bennyhoff, James A.**
1966. Chronology and Periodization: Continuity and Change in Teotihuacan Ceramic Tradition. En *XI Mesa Redonda* (pp. 19-36). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- Bernal, Ignacio**
1963 *Teotihuacan. Descubrimientos y reconstrucciones*. México, INAH.
- Braniff, Beatriz**
1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación. *XI Mesa Redonda* (pp. 273-324). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
1992 *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí, México*. México, INAH (Científica, 265).
- Brueggemann, Jürgen**
1993 El problema cronológico de El Tajín. *Arqueología, segunda época, 9-10*: 61-72. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- Brueggemann, Jürgen, y Ortega G., René**
1989 Proyecto Tajín. *Arqueología, 5*. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.
- Cervantes, Juan, y Torres, Alfonso**
1991 Consideraciones sobre el desarrollo Coyotlatelco en el valle del Mezquital. *Cuicuilco, 27*: 25-34. México ENAH.
- Cervantes, Juan, y Fournier, Patricia**
1994. Regionalización y consumo: una aproximación a los complejos cerámicos epiclásicos del valle del Mezquital, México. *Boletín de Antropología Americana, 29*: 105-130. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Cobean, Robert H.**
1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. México, INAH (Científica, 215).
- Cortés Hernández, Jaime**
1991 Cerámicas de tradición costera en Tajín, Veracruz. En *Proyecto Tajín, T III* (pp. 221-313). México, INAH (Cuaderno de Trabajo, 10).
- Diehl, Richard A.**
1989 A Shadow of Its Former Self: Teotihuacan during the Coyotlatelco Period. En R. Diehl y J. C. Berlo (eds.), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*. Washington D. C., Dumbarton Oaks. Research Library and Collection.
- Dumond, Donald E.**
1997a Cerámica del relleno del Montículo 4, cerro Xochitécatl, Tlaxcala. En A. García Cook y B. L. Merino C. (comps.), *Antología de Tlaxcala* (vol. III, pp. 167-191). México, INAH.
1997b Aspectos demográficos del periodo Clásico en Puebla-Tlaxcala. En A. García Cook y B. L. Merino C. (comps.), *Antología de Tlaxcala* (vol. I, pp. 164-204). México, INAH.
- Dumond, Donald E., y Muller, Florencia**
1972 Classic to Postclassic in Highland Central Mexico. *Science, 175* (4027): 1208-1215. Washington.

Ekholm, Gordon F.

1944 Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, Mexico. *Anthropological Papers*, vol. xxxviii (V). Nueva York, American Museum of Natural History.

Franco, José Luis

1970 Trabajos y excavaciones arqueológicas. En *Minería prehispánica en la sierra de Querétaro* (pp. 23-36). México, Secretaría de Patrimonio Nacional.

Fournier, Patricia

1995 *Etnoarqueología cerámica otomí: Maguey, pulque y alfarería entre los hñāhnü del valle del Mezquital*, Tesis doctoral. UNAM, México.

García Chávez, Raúl, y Córdoba Barradas, Luis

1990 Comparación arqueológica entre varios sitios Coyotlatelco en el centro de México. En Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y el norte de México: siglos IX-XII* (t. 1, pp. 289-320). México, INAH.

García Cook, Ángel, y Merino Carrión, B. Leonor

1989 Investigación arqueológica en la cuenca baja del Pánuco. En L. Mirambell (coord.), *Homenaje a José Luis Lorenzo* (pp. 181-210). México, INAH (Científica, 188).

1990 El Epiclásico en la región Tlaxcala-Puebla. En Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y el norte de México: siglos IX-XII* (t. 1, pp. 257-280). México, INAH.

1997 Notas sobre la cerámica prehispánica en Tlaxcala. En A. García Cook y B. L. Merino C. (comps.), *Antología de Tlaxcala* (vol. IV, p. 161-230). México, INAH.

Gaxiola, Margarita

1979 Informe preliminar de la primera temporada del proyecto Huapalcalco, 1978. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

1980 Informe preliminar de la segunda temporada del proyecto Huapalcalco, 1979. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

Gaxiola, Margarita, y Guevara, Jorge

1981 Informe preliminar de la tercera temporada del proyecto Huapalcalco, 1980-1981. México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH.

1989 Un conjunto habitacional en Huapalcalco, Hgo., especializado en la talla de obsidiana. En M. Gaxiola y J. Clark (coords.), *La obsidiana en Mesoamérica* (pp. 227-242). México, INAH (Científica, 176).

Hicks, Frederic, y Nicholson, H. B.

1964 The Transition from Classic to Postclassic at Cerro Portezuelo, Valley of México. *Actas del xxxv Congreso Internacional de Americanistas* (vol. 1, pp. 493-506). México, Congreso Internacional de Americanistas.

Hirth, Kenneth G., y Cyphers Guillén, Ann

1988 *Tiempo y asentamiento en Xochicalco*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.

Hodges, Mary G.

1993 Estudio arqueológico del Chalco prehispánico. Ponencia presentada en el XXIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México.

Jiménez Moreno, Wigberto

1977 Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica. En C. Cook de Leonard (ed.), *Esplendor del México Antiguo* (vol. 2, pp. 1009-1108). México, Centro de Investigaciones Antropológicas.

Krotser, Roman, y Krotser, Paula H.

1975 Topografía y cerámica de El Tajín, Veracruz. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 7a. época, 3: 177-221*. México, Secretaría de Educación Pública.

Lameiras, Brigitte Boehm de

1986 *Formación del Estado en el México prehispánico*. México, El Colegio de Michoacán.

Lira López, Yamile

1989 *La cerámica de El Tajín, norte de Veracruz, México. Un análisis arqueológico, químico y mineralógico*. Tesis doctoral. Beitrage, zur Archäologie Bd. 3, Lit., Berlín.

Lizardi Ramos, César

1956-1957 Arquitectura de Huapalcalco, Tulancingo. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, xiv*. México, Sociedad Mexicana de Antropología.

López Aguilar, Fernando

- 1988 Tepeapulco como centro provincial del Clásico y del Postclásico. *Arqueología*, 4: 77-97. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.
- 1998 El valle del Mezquital. Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo. *Arqueología, segunda época*, 20: 21-40. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

López de Molina, Diana, y Molina F., Daniel

- 1986 *Cacaxtla. El lugar donde muere la lluvia en la tierra*. México, INAH/Gobierno de Tlaxcala.

Mastache, A. Guadalupe, y Cobean, Robert

- 1989 The Coyotlatelco Culture and the Origins of The Toltec State. En R. Diehl y J. C. Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*. Washington, D. C., Dumbarton Oaks.

Mastache, A. Guadalupe, y Crespo, Ana María

- 1974 La ocupación prehispánica en el área de Tula, Hgo. En *Estudios sobre la Antigua Ciudad de Tula* (pp. 71-104). México, INAH (Científica, 121).

Michelet, Dominique

- 1996 *Río Verde. San Luis Potosí*. San Luis Potosí, Instituto de Cultura de San Luis Potosí/Lascasiana/C.M.C.A.

Molina Feal, Daniel

- 1977 Consideraciones sobre la cronología de Cacaxtla. En *XV Mesa Redonda* (t. II, pp. 1-6). México, Sociedad Mexicana de Antropología.

Mounljoy, Joseph B.

- 1987 La caída del Clásico en Cholula vista desde cerro Zapotecas. En J. Mountjoy y D. Brockington (eds.), *El auge y la caída del Clásico en el México Central*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas. UNAM

Muller, Florencia

- 1956-1957 El valle de Tulancingo. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, xiv: 129-137. México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1962 Exploración arqueológica en Huapalcalco, Hgo. Quinta temporada, 1959. *Anales*, 15: 75-98. México, INAH.
- 1974 Cerámica de Xochicalco, Morelos. Temporada 1962. *Cultura y Sociedad*, 1 (1): 54-60.
- 1986 *Entierro radial de Tulancingo, Hidalgo*. México, Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH (Cuaderno de Trabajo, 1).

Muñoz, María Teresa

- 1994 Material cerámico de la sierra Gorda. En H. Samperio (coord.), *Sierra Gorda: pasado y presente. Coloquio en Homenaje Lino Gómez Canedo 1991* (pp. 13-34). Querétaro, Fondo Editorial de Querétaro.

Nalda H., Enrique

- 1987 A propósito de la cerámica Coyotlatelco. *Revista Mexicana de Antropología*, xxxiii (1): 175-187. México, Sociedad Mexicana de Antropología.

Obermeyer, Gerald

- 1963 *A Stratigraphic Trench and Settlement Pattern Survey at Oxtotipac, Mexico*. Tesis de maestría. Pensilvania, Pennsylvania State University.

Piña Chan, Román

- 1967 Un complejo coyotlatelco en Coyoacán. *Anales de Antropología*, IV: 141-160. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.

Polgar Salcedo, Manuel

- 1998 La periferia en la continuidad y el colapso. Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del valle del Mezquital. *Arqueología*, 20, segunda época: 41-52. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

Ratray, Evelyn C.

- 1966 An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery. *Mesoamerican Notes*, 7-8: 87-211. Puebla, Universidad de las Américas.
- 1972 El complejo cultural coyotlatelco. *XI Mesa Redonda: Teotihuacán* (pp. 201-210). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1987 Evidencia cerámica de la caída del Clásico en Teotihuacán. En J. Mountjoy y D. Brockington (eds.), *El auge y la caída del Clásico en el México Central*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- 1991 Fechamiento por radiocarbono en Teotihuacan. *Arqueología*, 6, segunda época: 3-18. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- 1996 A Regional Perspective on the Epiclassic Period in Central Mexico. En A. G. Mastache, J. R. Parsons, R. Santley y M. Serra (coords.), *Arqueología mesoamericana, homenaje a William T. Sanders, arqueología mexicana*, 1 (pp. 213-231). México, INAH.

Saénz, César A.

1963 Exploraciones en la pirámide de las serpientes emplumadas, Xochicalco, Mor. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, xix: 7-26. México, Sociedad Mexicana de Antropología.

Sanders, William T.

1989. The Epiclassic as a Mesoamerican Stage. En R. Diehl y J. Berlo (eds.), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*. Washington D. C., Dumbarton Oaks, Research Library and Collection.

Sejourné, Laurette

1966 *Arqueología de Teotihuacán. La cerámica*. México, FCE.
 1970 *Arqueología del valle de México I, Culhuacan*. México, INAH.

Senter, Donovan

1981 Algunas consideraciones entre Xochicalco y Teotihuacan. En E. Rattray *et al.* (eds.), *Interacción Cultural en México Central*. México IIA-UNAM.

Serra Puche, Mari Carmen, y Lazcano, C.

1997 Xochitécatl-Cacaxtla en el periodo Epiclásico (650-950 d.C.). *Arqueología, segunda época*, 18: 85-102. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

Solier, Wilfrido du

1945 La cerámica arqueológica de El Tajín. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5a. época, 3, (1936-1938): 147-191. México.

Solier, Wilfrido du, Krieger, A., y Griffin, J. B.

1947 The Archaeological Zone of Buenavista Huaxcama, San Luis Potosí. *American Antiquity*, 13 (1): 15-32.

Spence, Michael

1984 Craft Production and Polity in Early Teotihuacan. En K. Hirth (ed.), *Trade and Exchange in Early Mesoamerica*. Albuquerque, University of New Mexico Press.

Sugiura, Yoko

1996 El Epiclásico y el problema coyotlatelco vistos desde el valle de Toluca. En A. G. Mastache, J. R. Parsons, R. Santley y M. Serra (coords.), *Arqueología mesoamericana, homenaje a William T. Sanders, arqueología mexicana*, 1 (pp. 233-249). México, INAH.

Sugiura, Yoko, y Nieto, Rubén

1987 La cerámica con engobe Naranja grueso: un indicador del intercambio en el Epiclásico. En *Homenaje a Román Piña Chan* (pp. 455-466). México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.

Treviño, Margarita

1996 Informe de los trabajos arqueológicos en el cerro de la Estrella. México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH.

Tolstoy, Paul

1958 Surface Survey of the Northern Valley of Mexico. The Classic and Postclassic Periods. *Transactions of the American Philosophical Society*, 48 (5).

Webb, Malcom C.

1978 The Significance of the Epiclassic Period in Mesoamerican Prehistory. En D. L. Browman (ed.), *Cultural Continuity in Mesoamerica* (pp. 155-178). La Haya, Mouton Publisher.

Enrique Nalda Hernández

Algunas consideraciones sobre el desarrollo prehispánico de la bahía de Chetumal

Arqueología, núm. 23, segunda época. Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, 2000

Las fuentes primarias del siglo xvi poco ayudan a ubicar al antiguo Chetumal. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en su relato de la entrada de Alonso Dávila a la provincia de Uaymil-Chetumal en 1531-1532, menciona que, en ruta a Chetumal, los españoles pasaron por Mazanahau y Yuyumpetén —en ese orden—, dos pueblos importantes de la provincia de Uaymil, de alrededor de tres mil casas cada uno. Saliendo de esta provincia “para entrar a la de Chetumal”, encontraron “una laguna de doce leguas de longitud que atravesaron en canoas”; finalmente, llegaron a Chetumal, donde encontraron: “un pueblo de dos mil casas, a dos leguas de la costa de la mar, e cuasi cercado de agua, porque la costa esta de la una parte e la laguna de la otra, e tiene una entrada, por tierra, de dos tiros de ballesta” (Oviedo, 1959: III, 415).

El relato de Oviedo, construido a partir de información proporcionada por Alonso de Luján, compañero de Dávila, deja ver que en esa época, viniendo desde el norte de la península, el acceso al pueblo de Chetumal se hacía desde la laguna de Bacalar, y que el embarcadero se encontraba al norte de la laguna. El mismo Oviedo sugiere ese punto cuando indica, a propósito del repliegue de Dávila en su expedición punitiva contra la provincia de Cochuah, que del pueblo de Mazanahau al punto en la laguna [de Bacalar] donde los españoles se embarcaron para regresar a Chetumal, había tan sólo dos leguas.

Alonso Dávila, en la relación que hiciera de esa misma incursión de 1531-1532, consigna haber llegado a Chetumal embarcándose en algún punto de la laguna de Bacalar, haberla cruzado a lo ancho, haber alcanzado después un pueblo costero y, desde ahí, haber navegado tres leguas antes de llegar a Chetumal:

[...] e porque de allí adelante no había camino por tierra a causa de haber grandes lagunas de agua en medio, aunque importuné mucho a los señores por ello, determinamos de embarcarnos en canoas y pasar de la otra banda de la laguna que será cerca media legua de travesía, y de allí fui a salir a un pueblo questa a la costa, do hice a los señores que llevasen las canoas por el agua abajo, y nos embarcamos, y por la mar fuimos tres leguas hasta llegar al dicho pueblo de Chetemal, a do después de llegados, hallamos el pueblo desamparado de los indios (Dávila, 1864-1884: 14, 98).

Las canoas pudieron haber seguido el curso del río Hondo (Noh Ukum) o del Raudales, utilizando en el primer caso el canal del Chacy, en el segundo, los canales que conectan laguna Guerrero con la laguna Bacalar y con el mar. El relato deja abierta la posibilidad de que, una vez cruzada la laguna Bacalar, el contingente de Dávila se haya desplazado por tierra, mientras las canoas seguían la vía fluvial a la bahía de Chetumal. De esta manera, el pueblo costero podría ser algún asentamiento en o cerca de la

desembocadura del río Hondo, o Chequitaquil (ver más adelante). Lo único en claro sería que Chetumal no podría ser ubicada al sur del río Hondo, pues de otra manera no tendría sentido el cruzar la laguna de Bacalar a su ancho.

De la cita textual de Oviedo hay que destacar, igualmente, el hecho de que el cronista ubica a Chetumal lejos de la costa, “a dos leguas de la costa de la mar”. Dávila no coincide en este punto; para él, al igual que para otros cronistas posteriores, el emplazamiento de Chetumal es al borde o muy próximo al mar. En su relación, al referirse al envío de mensajes al señor de Chetumal, indica: “hice a los señores de este pueblo de Chable [...] que fuesen al pueblo de Chetumal, questa en la costa de la mar, y me llamasen al señor de él” (Dávila, 1864-1884: 14, 98).

En el viejo Chetumal, Alonso Dávila fundó la población de Villa Real; dos meses después de su llegada, atacó la población de Chequitaquil, a casi cuatro leguas al norte de Chetumal, sobre la costa. En ese lugar se refugiaron los habitantes de Chetumal que habían abandonado el sitio ante el avance de los españoles. El relato correspondiente refuerza la tesis de que Chetumal se hallaba en la costa, pues el desplazamiento hacia Chequitaquil se hizo por mar.

Existe, sin embargo, un relato que parece contradecir los señalamientos de Dávila. En su *Historia de Yucatán*, publicada en 1688, fray Diego López Cogolludo, refiriéndose al viaje de evangelización que hicieron Bartolomé de Fuensalida y Juan de Orbita en 1618 al norte del actual Belice y la región de Tipú, menciona:

[...] salieron de Bakhalál los religiosos y el alcalde [de Salamanca de Bacalar, Andrés Carrillo] en su compañía, a los principios de mayo, por la laguna en cuya ribera está fundada la villa, como se ha dicho en otra parte, y fueron con buen tiempo por el río que los indios llaman Noh Ukum, que quiere decir río grande. Hace también este río de salir a la mar división en muchos pequeños, que forman gran número de isletas y todos ellos se vuelven a juntar a una madre para salir a la mar que dista como nueve leguas de la villa. Salidos a la mar pasaron una travesía de tres leguas para llegar a una estancia de un vecino de la villa, que estaba allí y los recibió con mucho gusto, dándoles buen refresco para pasar adelante. Este sitio de la estancia es donde al tiempo de la conquista de esta tierra estaba fundado el gran pueblo de Chetumal [...] y ya no hay más de la memoria de que estuvo allí fundado. De la estancia fueron a un pueblo llamado Uaitibal que estaba cerca de la playa, y ahora totalmente despoblado [...] y de allí a la boca de un río que los indios nombran Zuluinicob, que es lo mismo que de los españoles [...] Por el Zuluinicob llegaron al pueblo de Ppuncuy que está a orilla de él, y pasaron al de Zonail, al de Hopatin, al de Lamanay o Lamayná (López Cogolludo, 1868: II, 189-190).

La lógica del recorrido hace difícil de justificar la primera lectura del texto, que el viejo Chetumal se encontrara al norte del río Hondo (Noh Ukum). Este hecho, sumado a ciertas consideraciones sobre la capilla en el límite norte del sitio de Oxtankah, la cual se pensaba podía haber sido la de la fundación de Villa Real en 1531 (véase Escalona Ramos, 1943), han hecho que varios investigadores apoyen la idea de una posible correspondencia entre Chetumal y Santa Rita Corozal, y la de que la actual capilla al norte del sitio prehispánico de Oxtankah sea, en realidad, la iglesia del poblado de Tamalcab, el cual, originalmente, estaba en tierra firme y no en la isla que hoy lleva ese nombre. En apoyo a esta tesis está, además, el hecho de que una capilla con el grado de formalización como la de Oxtankah difícilmente podría haberse levantado en el breve periodo que Dávila ocupó el sitio, una etapa, por cierto, de hostigamiento continuo por parte de los mayas, que resistieron la conquista española de manera persistente y decidida.

Se debe destacar, sin embargo, que —también por lógica— la “estancia [del] vecino de la villa” debió estar cerca de Bacalar y, por tanto, al este del poblado, en la costa; el itinerario seguido por los religiosos habría sido, de esta manera, hacia el norte, desde la desembocadura del río Hondo, para posteriormente desplazarse en sentido contrario, hacia el sur, en busca del río Dzuluinicob (New River). Interpretado de esta forma, el texto del viaje de Fuensalida y Orbita no estaría en desacuerdo con el de Dávila.

No son muchos los candidatos al nombre de Chetumal: pocos son los sitios prehispánicos de importancia en la bahía del mismo nombre, emplazados en la costa o cerca de ella; éstos son: El Cocal (Nohichmul), Oxtankah, Ichpaatun y Calderitas Pueblo (Yaaxcanab), en México; y Santa Rita Corozal —incluidos Corozal Town y Wilson’s Beach— (véase Sydris, 1983) en Belice; fuera de estos sitios, los asentamientos en la bahía de Chetumal son muy modestos, incluso carentes de arquitectura monumental, difícilmente asociables a la imagen que se pudiera tener de un Chetumal equivalente en importancia y prestigio a otros sitios contemporáneos de la costa oriental, como Tulum, o por consideración del hecho de que Chetumal debió haber sido un asentamiento compacto, de alrededor de 10 000 habitantes.

El relato de Fuensalida y Orbita, al igual que el de Dávila de su primera entrada a Chetumal, deja abierta la posibilidad de que Chetumal se encontrara al norte o al sur de la bocana del río Hondo; pero el relato de Dávila descarta a Santa Rita Corozal. Nohichmul tiene, a juzgar por los materiales que se encuentran en superficie, una fuerte ocupación del Clásico y un Posclásico tardío muy modesto (Adriana Velázquez, comunicación

personal). Oxtankah, según las recientes excavaciones de Hortensia de Vega, es un sitio del Clásico, con una ocupación relativamente marginal del Posclásico, manifiesta en la refuncionalización de espacios que en otra época estaban reservados a la actividad pública (la instalación, por ejemplo, de albarradas en plazas). De Yaaxcanab, debido al gran deterioro que ha sufrido, al igual que San Manuel, que en alguna ocasión se consideró ser el puerto de Oxtankah, es poco lo que puede decirse, excepto que, apoyados en el informe de Escalona Ramos, podemos suponer que se trata de un sitio del Clásico tardío y Posclásico, en general; su posición, muy cercana a la desembocadura del río Hondo, la deja, de cualquier forma, fuera de toda duda razonable, pues el viejo Chetumal se encontraba a tres leguas por mar desde la desembocadura de un río.

Con base en esta información, si algún sitio merece ser considerado la “cuna del mestizaje” de México, en alusión a la descendencia de Gonzalo de Guerrero y una de las hijas del señor de Chetumal, ese sitio sería Ichpaatun. Lo sería, por descalificación.

Más allá de la cuestión de la identificación del emplazamiento de Chetumal a partir de las fuentes coloniales, habría que analizar el desarrollo mismo de la región bajo su control político inmediato.

La región lacustre-marítima: el Clásico

Un recorrido por la franja que corre desde Calderitas hasta Punta Lagartos, entre la costa y la laguna de Bacalar, pone al descubierto dos particularidades del patrón de asentamiento prehispánico de esa zona. Primero, llama la atención la intensidad de la ocupación alrededor de la laguna Guerrero, en especial a lo largo de los esteros; la segunda es la presencia de un continuo de evidencias arqueológicas a lo largo de toda la costa, especialmente de restos de casas que, por lo general, fueron construidas con un rodapié de piedra, y con muros y techos de material perecedero.

Laguna Guerrero se comunica a través de un canal con la bahía de Chetumal, fácil de navegar excepto en bajamar. La salinidad de sus aguas es relativamente baja; esto se debe a que, además del aporte que recibe con la marea, se alimenta con las aguas del río Raudales, el cual funciona como canal de comunicación con laguna de Bacalar. En la laguna proliferan los peces chiguas, pargo, mojarra; entre sus piedras se encuentran caracoles en abundancia; en los manglares de sus orillas y de los islotes de la laguna hay cangrejos; y, en la salida al mar, en el área de Punta Lagartos se encuentran manatíes.

Desde la orilla de la laguna hacia adentro se extiende una franja de “tierras salobres” donde hoy día

no crecen sino cicales, pero pasando esa franja, cuyo ancho es de alrededor de 100 m, se encuentran tierras fértiles y bien drenadas, en las que se pueden sacar hasta dos buenas cosechas de maíz, frijol y chile, por año.

Difícilmente se puede encontrar en la península de Yucatán un hábitat tan rico y variado en recursos como el de este ambiente lacustre-marítimo. Se trata de un sistema privilegiado; por ello debe esperarse que investigaciones futuras encuentren ahí las fases más tempranas de la ocupación prehispánica sedentaria de la región, con o sin práctica agrícola.

Siguiendo las orillas de la laguna Guerrero hasta la entrada del canal se encuentran montículos espaciados entre 50 y 100 m, algunos de ellos cortados por el movimiento de sus aguas. Son grandes acumulaciones de tierra mezclada con restos orgánicos y de cerámica, de forma irregular; ocasionalmente llegan a medir 50 m de diámetro y cinco de altura.

Este tipo de montículo aparece no sólo en laguna Guerrero; también se hallan en otras lagunas de la región y, con más frecuencia, en los esteros; ahí se encuentran alineados, siguiendo las cotas de la pleamar y de sus cambios con el tiempo. Los montículos más grandes están en laguna Roja, un cuerpo de agua casi pequeño, separado de laguna Guerrero por un corto estero; opera como una pequeña cuenca cerrada y depende marginalmente de las aportaciones de laguna Guerrero; sus aguas, por tanto, son significativamente más salinas. Si para algunos de los pobladores de estas lagunas y esteros la producción de sal era una actividad fundamental de su economía, la cercanía a las áreas de mayor salinidad, como laguna Roja, habría tenido ventajas innegables.

En ninguno de los montículos revisados por nosotros encontramos restos de muros o pisos, por lo que a primera vista parecen ser simples acumulaciones de basura, producto del consumo de alimentos, así como de desechos de alguna actividad especial, quizás, como sugerimos antes, de la extracción de sal; esta última idea se apoya en el hecho de haber detectado pequeñas áreas de tierra quemada, que pueden ser producto de la aplicación de fuego en la preparación de alimentos o de la evaporación del agua utilizada para disolver la sal en la tierra extraída del fondo del manglar. La existencia ocasional de canaletas de piedra, similares a las encontradas en Kohunlich y Dzibanché para drenar el agua acumulada en las azoteas de los cuartos, permite pensar, sin embargo, que en algún momento estas acumulaciones habrían servido de plataformas de estructuras habitacionales con un relativo alto grado de formalización.

La cerámica preponderante en estos montículos es de un tipo especial; sus formas son, por lo general,

cucos de gran diámetro y poca altura, paredes cóncavas y muy delgadas con un engobe color rojo. El tipo no ha sido descrito con anterioridad y a juzgar por la cerámica policroma que se encontró asociada al mismo, habría que fecharlo en el Clásico temprano.

Es necesario hacer excavaciones en los montículos de las lagunas Guerrero y Roja que permitan establecer al menos la función de esos montículos y su cronología, y apoyar el estudio del patrón de subsistencia de quienes habitaron la región. El proyecto Oxtankah de Hortensia de Vega prevé este tipo de trabajo; mientras se realiza, es posible postular la existencia en esta región lacustre-marítima de una economía mixta, complementada con la producción de sal. Dados los recursos disponibles y la lejanía de fuentes alternativas de sal en la costa oriental, es de esperarse que, en ausencia de un comercio circunpenninsular suficientemente desarrollado, que introdujera sal a la región desde el norte de Yucatán, el lavado de tierras salobres haya sido visto como solución al aprovisionamiento de este recurso vital, no sólo para las poblaciones de la costa sino también para los grandes centros que emergían en ese momento en el interior. Creo, adicionalmente, que ese patrón de economía mixta y el clímax poblacional que se asocia con ese patrón, data y se limita al Clásico temprano y, en menor medida, al Preclásico tardío: el Posclásico tardío no parece haber tenido mayor relevancia en esta área específica de esteros.

Con esta tesis, El Cocal (Nohichmul) y Oxtankah habrían sido los centros políticos y de actividad religiosa de esas comunidades, y el patrón de asentamiento del Clásico habría que verlo como un continuo de casas distribuidas a lo largo de lagunas y esteros, con centros cívico-ceremoniales ubicados hacia la costa, no muy lejos de ella, manteniendo distancias de alrededor de 10 km entre centros contiguos. Dado este patrón general, el siguiente centro mayor, en dirección sur, estaría localizado en Santa María Calderitas —ya fuera del sistema lacustre— y, más allá, en el norte de Belice, en Aventura y Chan Chen, ambos ubicados en un ambiente favorecido, además, por dos anchos ríos, perennes: el río Hondo y el New River, respectivamente. Se trataría de un patrón típico de comunidades constituidas por adición, es decir, integradas por unidades domésticas con un grado mínimo de especialización; la población total pudo haber alcanzado cifras respetables, en las decenas de miles de habitantes, pero el alineamiento de las casas, a orillas de los esteros, librando la pleamar, y la repetición monótona del patrón de viviendas, sugieren una forma de cohesión mecánica, consistente con una economía sin excedentes importantes, y de estructuras políticas de bajo perfil,

de tipo “equivalente”, con poder relativamente difuso y poca centralización.

El Clásico del interior y la desestabilización del Clásico tardío

Si las fechas tentativas que estamos dando para el clímax del desarrollo del ambiente lacustre-marítimo del sur de Quintana Roo son correctas, entonces queda por interpretar la relación que guarda ese clímax con el estancamiento y declinación de la región durante el Clásico tardío y el surgimiento, en el Posclásico tardío, de una ocupación intensa, desplazada hacia el mar.

Paralelo al auge de la región lacustre, en el interior del sur de Quintana Roo se desarrollaron comunidades culturalmente afiliadas al Petén. Algunos de los edificios de Kohunlich y de Dzibanché exponen de manera notable esa influencia. El Templo de los Mascarones y los edificios E-1 y E-3 de la plaza Ya'axná de Kohunlich, así como el Templo 1 en la plaza Xibalbá, el Edificio 16 en la plaza Gann y la acrópolis del conjunto Kinichná, estos últimos en Dzibanché, muestran las características típicas de la arquitectura petenera del Clásico temprano: cuerpos con molduras en delantal; esquinas redondeadas remetidas; templos con cuartos angostos y anchos muros sobre los que se apoyaban cresterías masivas decoradas con estucos; arreglos y diseños tripartitas; y escaleras voladas, sin alfardas, flanqueadas por grandes mascarones.

A diferencia de las comunidades de la costa, éstas otras eran más complejas y mayores en extensión y población. No son producto de migrantes portadores de una “cultura más avanzada, típicamente maya”; se derivan, más bien, de un Preclásico regional que, a juzgar por las ocupaciones de esa época encontradas en la región, son, a su vez, producto de un largo desarrollo local (sitios al sudoeste Becán y Chakanbacan, o al noreste Chacchoben y, quizás, Ichkabal, más próximo a Dzibanché, al este; ya en el norte de Belice estarían Cerros, Chan Chen y, acaso Aventura y Louisville (Sydris, 1983). En contraste con la autosuficiencia de los sitios de la costa, los centros del Clásico temprano en el interior practicaron una economía de base agrícola; acusaron una fuerte división del trabajo y, asociada a ella, debieron haber contado con un sistema muy activo de intercambios; en especial hacia el Clásico medio, estos sitios del interior se encontraban articulados a una extensa red de alianzas y sus gobernantes parecen haber asumido papeles cada vez más diferenciados.

A partir del Clásico medio, la distancia formal entre los sitios de la costa y del interior, ya muy notable

en el Clásico temprano, se hizo mucho más grande. No es fácil justificar la razón del estancamiento de los primeros, ni tampoco el desarrollo acelerado de los centros del interior; parece, sin embargo, que la población de la costa avanzó más rápido sobre los recursos disponibles y, dada la fragilidad del sistema ecológico y la circunscripción a la que estaba sometida la región —el mar al este y el fin del sistema lacustre al poniente de Bacalar—, pronto habría inducido un deterioro ambiental significativo al encontrarse un límite a su expansión, sin asumir un cambio en el patrón de subsistencia. Sea como fuere, la realidad es que el centro de desarrollo se desplazó desde la costa hacia el interior. En el Clásico tardío, casi todos los grandes centros de población del sur de Quintana Roo se encontraban en el interior, relativamente alejados de la costa.

Los sitios del interior crecieron en número, extensión individual y complejidad operativa, hasta encontrar un punto de desestabilización que implicó, hacia finales del siglo IX, y antes, desplazamientos poblacionales, reacomodos y reestructuraciones de todo tipo. Ese proceso, en Kohunlich, parece estar marcado por un debilitamiento y fragmentación del poder central, y una mayor participación de las unidades domésticas —que con el tiempo se habrían hecho inusualmente extensas— en el ceremonial y, quizás, en la planeación y control de la actividad civil comunitaria. La reubicación de funciones marca el fin de la hegemonía de las dinastías de gobernantes de los centros del Clásico tardío. En su lugar parecen emerger comunidades operando con un poder político débil, circunstancial, constituido por alianzas más o menos efímeras. Roto el control político, la fisión poblacional se multiplicó; apareció un accionar parcialmente desorganizado, sin normas estrictas, que parece culminar en una falta de reconocimiento a la historia hasta entonces asumida por la comunidad, en su totalidad, como propia, dejando abierta la posibilidad de un ajuste en cosmovisión.

En Kohunlich, hacia finales del Clásico, se dio un importante crecimiento poblacional: los complejos habitacionales que en un principio contaban con amplios espacios abiertos y de circulación, empezaron a ser modificados a fin de acomodar la creciente población. Las nuevas construcciones redujeron los espacios libres y complicaron la circulación. A diferencia de las primeras construcciones, cubiertas con bóveda maya, los nuevos edificios fueron construidos, por lo general, con techos de material perecedero.

En Kohunlich existen múltiples casos de escaleras, externas e internas, que permiten el acceso a la parte superior de los cuartos cubiertos con bóveda maya; la utilización de estos espacios —azoteas— podría

verse como una forma de compensar la reducción de los espacios abiertos en que siempre se desarrollaron una buena parte de las actividades domésticas cotidianas. De ser así, resulta lógico pensar que el aprovechamiento de los techos de esas construcciones corresponda al momento de la máxima expansión demográfica.

Los cambios de fines del siglo IX, en Kohunlich, quedan evidenciados por la presencia profusa de depósitos de materiales que formaron parte de la parafernalia asociada a un ritual propiciatorio. Interpretados, en primera instancia, como basureros, estos depósitos contienen, entre otras cosas, fragmentos de artefactos muy elaborados (entre ellos se ha encontrado un metate con una inscripción de 3 Ahau que, de corresponder a un cierre de katún, marcaría la fecha de 869 d.C.); restos de cerámica no utilitaria (de hecho, de estos basureros se han recuperado la mayor parte de los tios de cerámica diagnóstica, con la mejor decoración posible), y fragmentos de huesos humanos. El producto del ceremonial solía dividirse en múltiples depósitos que se hacían en lugares bien seleccionados. Así fue como, por ejemplo, el metate mencionado se encontró roto y sus fragmentos repartidos en dos diferentes depósitos distanciados unos 20 m entre sí. Este tipo de depósito no lo hemos encontrado en otro contexto excepto, quizás, en épocas más tempranas, en la base de grandes montículos que funcionaron como monumentos funerarios dedicados a personajes de indudable prestigio social.

El cambio, finalmente, queda sugerido por la profusión, hacia esta misma época del Clásico terminal (800-1000/1150 d.C.), de edificios de corte civil, y la de mucho menor importancia concedida a la construcción de estructuras dirigidas a reforzar la imagen del gobernante; y, en especial, por la aparente refuncionalización de algunas de las construcciones en complejos habitacionales, tal vez con la intención de cubrir en ellas algunas de las tareas descentralizadas. El cambio de función del “palacio” del conjunto de los 27 Escalones —abandonando el uso original de habitación—, ejemplificaría este tipo de conversión y tendencia hacia la constitución de entidades comparativamente autónomas operando con base en los complejos habitacionales.

En Kohunlich —como en Dzibanché y en muchos otros lugares de la región—, el desenlace de este proceso fue el cese de toda construcción monumental; el abandono de áreas vinculadas a la elite y a la organización de la vida comunitaria, así como el éxodo de una gran parte de su base social. Con el tiempo, y ya con el sitio en ruinas, llegaron nuevos pobladores que desmantelaron edificios abandonados, extrajeron

materiales con los que construyeron sus casas y se acomodaron anárquicamente sobre estructuras o en medio de plazas; este proceso de desacralización de espacios reservados al culto —espacios centrales para el desarrollo de la vida social, política e ideológica de los habitantes—, marca el fin de la sociedad del Clásico en esta región.

El regreso a la costa

Con el derrumbe del sistema económico y político del interior, perdida ya la cohesión orgánica que garantizaba el funcionamiento de las sociedades complejas de esa época y región, el movimiento más seguro de la población dispersa era hacia la costa, rumbo al lugar donde la diversidad ecológica garantizaba la subsistencia, aún bajo condiciones de deterioro climático, hacia las áreas que en el Clásico tardío habían acusado una ocupación muy tenue. Había una doble razón para desplazarse hacia el mar.

A juzgar por el patrón de asentamiento preliminar que se ha encontrado en la región lacustre-marítima, los migrantes se dirigieron primero hacia los escasos y pequeños pueblos que habían perdurado en la región; los encontraron en los mismos emplazamientos que habían privilegiado los habitantes del Preclásico superior y Clásico temprano: próximos a las lagunas y esteros. Producto de este proceso de colonización por “contagio” emergió un solo sitio de relativa importancia. Se trata del sitio Rancho San Andrés; De Vega Nova lo ha descrito como un asentamiento de dimensiones excepcionales, con siete montículos de piedra y tierra, de entre 7 y 10 m de altura, dispuestos alrededor de una plaza (Vega, s/f: fig. 2). Por el material recuperado en superficie, se sabe que el sitio fue ocupado durante el Clásico terminal y el “Posclásico inicial” (Vega, s/f: 17-18).

Con los grandes complejos arquitectónicos del Petén prácticamente desiertos, sin centros de poder alternativos, y con una visible declinación cultural de esta “área nuclear”, los centros del norte de Yucatán se convirtieron en focos de desarrollo regional, extendieron sus intereses económicos y redes de intercambio, e integraron el sur de Quintana Roo a sus esferas de influencia cultural. La navegación circunpeninsular introdujo a esta región la sal de la costa norte de Yucatán; producida y transportada a costos muy bajos, inhibió la extracción por lavado que se habría practicado durante el Clásico temprano en los esteros de la región lacustremarítima; en intercambio la región pudo haber ofrecido algodón, cacao y, con seguridad, miel y cera. Fernández de Oviedo y Valdés describe con gran detalle y admiración cómo

se practicaba en Chetumal la apicultura (véase Oviedo, 1959).

Igualmente importante para la economía regional debió haber sido el comercio generado en razón de la posición especial que guardaba el sur de Quintana Roo y el norte de Belice con respecto de las fuentes de abastecimiento de materias primas, así como de bienes de consumo y de productos de distinción social, destinados a ofrendas. La región intermedia entre el norte de Yucatán y los depósitos de calizas de grano fino en el centro de Belice; de basalto para metates, de jade y de obsidiana de Guatemala, y las fuentes de aprovisionamiento de cobre y oro de Centro y Sudamérica debieron haber funcionado como escalas en la ruta circunpeninsular y haber inducido la aparición de intermediarios de todo tipo, y acaso de centros manufactureros. Ese comercio quizás fue más allá de la península de Yucatán y la costa atlántica de Centroamérica: así lo sugieren quienes consideran que los murales que encontró Gann en Santa Rita Corozal a finales del siglo pasado fueron ejecutados en el “estilo Puebla-Mixteca”, y que esa afinidad es producto de la incursión de mixtecos en la región en su carácter de comerciantes.

La influencia del norte de Yucatán en la cultura del sur de Quintana Roo tiene una historia relativamente larga: en el interior se dejó sentir desde el Clásico terminal con la aparición masiva, entre otros tipos, de cerámica “pizarra” y de vasijas decoradas por escurrimiento del engobe. La intrusión de esas cerámicas acompañó la aparición de cambios en la arquitectura, que comenzaron a hacerse presentes mucho antes, desde el Clásico medio, y que culminaron con la producción de un estilo propio, integrador de elementos de varias regiones, en especial de Chenes y de Río Bec; tomado en su conjunto, el nuevo complejo cultural del interior se alejó de manera radical con respecto de los estilos del Petén con los cuales se había identificado en un primer momento. En el Posclásico tardío, además del Rojo Tulum, y otros marcadores norteños de ese periodo, aparecieron profusamente incensarios tipo efigie, estilo Mayapán, que no sólo confirman la estrecha relación que se mantiene con el norte de Yucatán, sino que hablan de la recuperación de las viejas concepciones del mundo: los viejos mitos de la creación y el orden universal se habían mantenido latentes y por fin, refuncionalizados, ellos y sus dioses, habían vuelto a ser objeto de culto.

Como un reflejo de este renacimiento, se encuentran las ofrendas que en el Posclásico tardío depositaron peregrinos o pobladores de los alrededores en los edificios más altos de los sitios del Clásico, y que en ese momento se encontraban en ruinas y parcialmente desmantelados. Ofrendas de este tipo se han

encontrado en Dzibanché, Kohunlich, Chacchoben, y muchos otros lugares del interior; fueron colocados en el derrumbe de los templos, en edificios que en algunos casos habían sido abandonados por más de 500 años. Las ofrendas contienen por lo común artefactos con representaciones de Itzamná, por lo regular en incensarios tipo Chen Mul, y pueden llegar a ser de una riqueza excepcional; las depositadas en el Templo VI de Dzibanché, por ejemplo, incluyeron jade y metales preciosos.

Pasada la mencionada primera fase de colonización por contagio, la tendencia fue ocupar en especial las tierras fértiles, bien drenadas, que se extendían entre las lagunas y la costa. Los recursos de los lagos, manglares y el mar, no fueron ignorados, pero, a juzgar por la posición de las casas y de los centros cívico-religiosos del Posclásico tardío, el objetivo primario era la explotación y control de las tierras potencialmente cultivables. La importancia asignada a sus campos y sus solares queda también evidenciada por la proliferación de albarradas en esta época (elementos del paisaje que, en el interior, estaban ya presentes desde el Clásico tardío, y que en la costa oriental marcan de manera distintiva el Posclásico).

En ausencia de bajos y ríos perennes, la agricultura que se practicó en la región dependía en gran medida de las lluvias; la variabilidad de recursos les permitía sortear malos años, frecuentes en la región por escasez o por exceso de agua, así como por la entrada de ciclones, pero no permitió alcanzar un nivel de compactación poblacional como sucedió en otras zonas del área cultural maya. El patrón de la costa entre Calderitas y Nohichmul fue el mismo del resto de la costa oriental: dispersión de casas, rodeadas de solares; un sistema de cultivo de doble campo; albarradas que afirmaban la relación con los recursos: tierra, agua, sascab, etcétera; y, a relativas grandes distancias unos de otros, pequeños centros de culto y actividad social y comercial. De esa manera, al postular a Ichpaatun como centro de población mayor en el Posclásico tardío, identificable con el Chetumal de las fuentes, lo hacemos dentro de esta visión general de patrón de asentamiento, donde las unidades domésticas, y las casas que habitaban, se encontraban dispersas en una amplia franja que seguramente iría desde el río Hondo hasta Punta Lagartos.

En esta franja estarían ubicados dos sitios cuya relación con Ichpaatun habría que investigar. El primero de ellos es Calderitas Pueblo. Al momento de la visita, en 1937, de Escalona Ramos (quien le diera el nombre de Yaaxcanab por el color verde de las aguas de su mar), el sitio tenía un total de 25 montículos, dispuestos alrededor de patios. Al menos dos de ellos, de cerca de 5 m de altura, pudieran corresponder a

edificios de función especial; el resto, a juzgar por el croquis que Escalona Ramos hizo del sitio, serían estructuras habitacionales en arreglo típico de cuartos delimitando espacios libres, dispuestos en geometrías diversas. Siendo contemporánea de Ichpaatun, habría que considerar a Yaaxcanab, tentativamente, como sujeto de Ichpaatun, diferenciable en el continuo y monótono de casas a lo largo de la costa, por la presencia de estructuras de función especial.

El otro sitio sería Chequitaquil, ubicado, como ya se mencionó, a una distancia de tres o cuatro leguas arriba de Chetumal, muy próximo al mar. A la fecha no hemos podido encontrar en esa área un sitio que pudiera sospecharse que corresponde al retiro estratégico de los chetumaleños ante el avance español. Sin embargo, hay razón para sospechar que Chequitaquil habría sido otro sujeto de Chetumal; puesto que el desplazamiento a Chequitaquil tuvo la pretensión de lograr mejores posibilidades de defensa, la ubicación habrá que buscarla justo al norte de la salida de Laguna Guerrero al mar. Posteriores estudios en esa área más septentrional deberán dar cuenta de la ubicación de este otro sitio.

Hablar de Ichpaatun es, por tanto, hablar de un asentamiento costero con un centro ceremonial y de actividad político-social que habría que identificar con el sitio amurallado, monumental, descrito con cierto detalle por quienes lo visitaron en la primera mitad de este siglo; ese sitio habría que verlo como un continuo de ocupación y de control de las tierras fértiles bien drenadas, próximas a la costa, y un sistema lacustre a sus espaldas, con recursos abundantes; esta diversidad ambiental habría sido la base económica a partir de la cual se desarrolló un comercio muy intenso —a pesar de la aparente “caída” de la producción de sal—, una consecuente fuerte división del trabajo, una renovada heterogeneidad social y un indudable bienestar social que fue el motor de la resistencia tan decidida e inusual que los chetumaleños presentaron al avance español.

Bibliografía

Dávila, Alonso

1864-1884 (1533). Relación de lo sucedido a Alonso Dávila, Contador de su Magestad en Yucatán, en el viaje que hizo para pacificar y poblar aquella provincia. Junio de 1533. En *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias* (vol. 14. pp. 97-128). Madrid.

Escalona Ramos, Alberto

- 1943 Algunas construcciones de tipo colonial en Quintana Roo. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 10. México, UNAM.
- 1946 Algunas ruinas prehispánicas en Quintana Roo, México. *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, LXI (3): 513-618. México, Artes Gráficas del Estado.

López Cogolludo, Diego (fray)

- 1955 *Historia de Yucatán*. 3 vols. 4ª ed. Campeche, México, Talleres Gráficos del Gobierno Constitucional del Estado de Campeche, Comisión de Historia.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de

- 1959 (1851-1855) *Historia general y natural de las Indias*. 5 vols. Madrid, Ediciones Atlas

(Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, TT. CXVII a CXXI. Historiadores Primitivos de Indias, TT. I al V).

Sydris, Raymond V.

- 1983 *Archaeological Excavations in Northern Belize, Central America*. Los Ángeles, Institute of Archaeology, The University of California (Monograph, XVII).

Vega Nova, Hortensia de

- s/f *Informe de la primera temporada de campo, 1996, Proyecto de investigación y conservación del sitio arqueológico Oxtankah, Quintana Roo, México* (mecanoescrito). México, INAH/Universidad de Quintana Roo.

Roberto García Moll

Algo sobre papeles viejos de Palenque

Arqueología, núm. 30, segunda época. Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, 2003

Sabemos que los estudios previos de Palenque cuentan con una larga tradición —más de dos siglos de descripciones, reconocimientos y exploraciones—, y que los diferentes datos deben irse articulando para un mejor y adecuado entendimiento del sitio y su entorno, pero el ejercicio implica además de los nuevos hallazgos y teorías, recurrir a los viejos papeles que hoy más que nunca podrán darnos pistas sobre el pasado con una adecuada reflexión.

El primer material que presentamos es un breve segmento de un texto de Alfred P. Maudslay publicado entre 1889-1902, *Archaeology*, como parte de la obra *Biología Centrali-Americana*. En segundo lugar nos referimos a la intervención que realizó Edward H. Thompson en el Templo de la Cruz y el área inmediata. Este autor publicó en 1895 en la *American Antiquarian Society*, un escrito intitulado “Ancient Tombs of Palenque”, en el cual además del texto incluye un sugerente dibujo de sus hallazgos.

Llegar a conclusiones definitivas en el ámbito arqueológico resulta una verdadera aventura, ya que nunca tendremos una visión completa del pasado. Más si a tal, como es natural en nuestra forma de pensamiento, le agregamos una fuerte dosis de pensamiento occidental, del cual resulta difícil desprenderse, ya que éste ha permeado todos los niveles del conocimiento y sus expresiones. Es ésa una de las razones por la que la investigación arqueológica se basa únicamente en hechos que pueden ser probados y verificados.

A partir de la información sistematizada ha sido posible brindar una amplia perspectiva del desarrollo cultural de los habitantes del México antiguo; esta visión, con el paso del tiempo se ha ampliado y sobre todo complicado, dada la diversidad de disciplinas científicas que, unidas a la arqueología, nos permiten extender el conocimientos del pasado. En ocasiones estas razones nos impiden brindar a un amplio público explicaciones sintetizadas y sencillas.

Hoy en día resulta difícil mantenerse informado de los materiales, así como de los sitios, áreas, técnicas, cronologías e interpretaciones. También es complicado estar al tanto del trabajo de otras disciplinas, ya que éstas se han multiplicado de manera exponencial en todos y cada uno de los campos debido a los diferentes avances científicos. Posiblemente esto es uno de los motivos por los cuales la investigación bibliográfica y las lecturas de “viejos” textos han sido omitidas o simplemente desechadas.

Palenque es uno de los sitios arqueológicos del área maya sobre el cual se ha generado a lo largo del tiempo —fundamentalmente en las últimas dos décadas— un enorme cuerpo documental conformado por todo tipo de materiales bibliográficos: desde trabajos monográficos, base para múltiples interpretaciones, hasta las teorías que rayan en la ciencia ficción o en la fantasía.

Retomando la inquietud expresada en relación con la importancia de los viejos papeles, para el presente escrito hemos rescatado dos trabajos que merecen, al

igual que muchos otros, nuestra atención y difusión. El valor de estos materiales se acrecenta a partir de las nuevas intervenciones en Palenque y de los estudios fundamentalmente generados alrededor del sistema funerario, las inscripciones epigráficas y los materiales arqueológicos de esta compleja comunidad, que tuvo su mayor apogeo durante el periodo Clásico tardío, es decir, entre los años 600 a 850 d.C.

Los dos textos seleccionados ya fueron citados por Alberto Ruz en su trabajo *Costumbres funerarias de los antiguos mayas* (1968); el primero que presentamos es un breve segmento de uno de los precursores de la arqueología moderna en el área maya, Alfred P. Maudslay, quien publicó entre 1889-1902, *Archaeology*, en cinco tomos, como parte de la obra *Biología Centrali-Americana*. En ellos nos presenta un amplio capítulo sobre Palenque; el texto está acompañado de ilustraciones, fotografías y dibujos: este conjunto ha sido fundamental para el estudio del sitio y de otros en sus múltiples aspectos (fig. 1).

El breve, pero importante escrito se refiere concretamente al Templo de la Cruz y al montículo que se localiza al norte de Templo del Sol, y que hoy debe ser el Templo XXI. En los comentarios (pág. 32) y en las láminas 90 y 91, se encuentran el dibujo de las cá-

maras y la fotografía de los objetos a ellas asociados (figs. 2 y 3).

En segundo término, nos referimos a la intervención realizada por Edward H. Thompson en el Templo de la Cruz y el área inmediata. Thompson será recordado en los anales de la arqueología mexicana por sus trabajos en Chichén Itzá —fundamentalmente en el Cenote Sagrado— y por el juicio que estableció en su contra el gobierno mexicano por la extracción de objetos arqueológicos y su entrega al museo Peabody. Este singular personaje, cuya vida será tema de otro trabajo, publicó en 1895, en la *American Antiquarian Society*, un escrito intitulado “Ancient Tombs of Palenque” (1895: 418-421), y además un sugerente dibujo de sus hallazgos.

Desde los últimos años del siglo XIX a la fecha, la zona de Palenque —los edificios de la Cruz, del Sol, así como los templos XVII y XXI, entre otros—, ha sido objeto de varios estudios, los cuales se han centrado en dos vertientes: por una parte la arqueológica, en la que los arqueólogos Miguel Ángel Fernández y Alberto Ruz se encuentran en primera instancia, seguidos más tarde de Jorge Acosta y César Augusto Sáenz y en épocas recientes por Arnoldo González. La otra vertiente es la de la epigrafía de este edificio y del conjunto de las Cruces, estudiado por un importante número de investigadores, y cuyos resultados más amplios se han visto en las décadas recientes.

Este conjunto, situado al sureste del núcleo monumental llamado genéricamente “de las Cruces”, fue adaptado sobre las colinas de roca caliza que conforman Palenque, con notables aportes artificiales de materiales para nivelar el terreno y para la misma construcción de terrazas, basamentos, escalinatas y templos. El estudio de las inscripciones jeroglíficas ha establecido que esas construcciones fueron hechas por el descendiente del gobernante conocido como Pakal, realizador del ya famoso y conocido Templo de las Inscripciones, en el que se encuentra la majestuosa cámara funeraria y su sarcófago monolítico. Se ha designado a Chan-Bahlum II como constructor del conjunto, alrededor del año 690 d.C. (Schele y Freidel, 1999: 300), siendo sin duda ésta una de las razones para ubicar en dicha sección el sepulcro de tan importante personaje, el que se presupone debe de ser tan suntuoso como el de su antecesor.

A partir de 1989, Arnoldo González realizó trabajos de exploración y consolidación del basamento de uno de los edificios más excavados de Palenque: el Templo de la Cruz. Durante la intervención se reveló con certeza la presencia de una colina de roca caliza sobre la cual se adaptó tanto el basamento como el templo. Además fueron recuperadas diez tumbas de distintas complejidades, algunas de ellas estaban situadas sobre

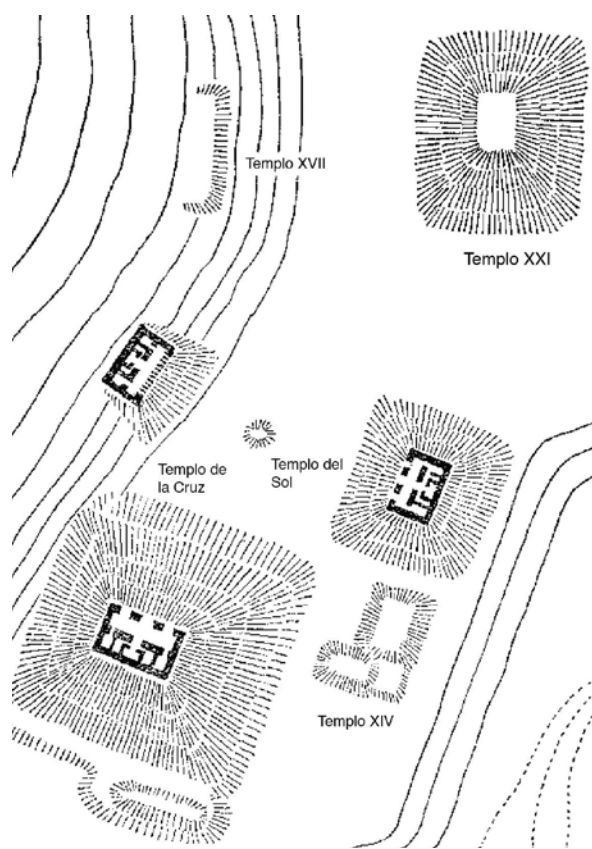


Fig. 1 Palenque, sección de las Cruces. Fuente: croquis según Holmes, 1887: plate xxvi.



Fig. 2 Grupo de los templos de las Cruces y el Sol. Fuente: Maudslay, 1898-1902, vol. iv: plate 63.



Fig. 3 Templo de la Cruz. Fuente: Maudslay, 1898-1902, vol. iv: plate 66.

uno de los descansos del basamento, rasgo que resulta inédito en la arquitectura del sitio (González, 1993; 1994a y 1994b). También se recuperaron cerca de cien portaincensarios fragmentados y colocados sobre los cuerpos del basamento (Cuevas, 2000: 56-61).

Existen dos intervenciones más de fines del siglo XIX. La primera es la de Maudslay, quien de su trabajo en el Templo de la Cruz, dice:

A dos terceras partes de la distancia a la cuesta, al ángulo del sur-oeste del montículo de base, hay varias cámaras sepulcrales que ya se habían abierto. En uno de éstos está una clase de ataúd corto de la piedra, los lados y extremos formados de lajas bien cortadas. El contenido había sido robado y se habían pasado por alto sólo unas lascas de jadeíta. El fondo y lados del ataúd fueron cubiertos con un polvo rojo oscuro.

Ninguna de las paredes de la terraza de este montículo podría verse, a causa de la masa de ruinas con que fue cubierto (1899-1902: 27).

Refiriéndose al montículo al norte del Templo del Sol escribe:

Al norte del montículo del Templo del Sol está otro montículo más pequeño que soporta un edificio de que su esquina sur oeste todavía se conserva de pie. Este montículo se une por una terraza a un montículo más pequeño que contiene las cámaras sepulcrales que se muestran en la lámina xc.

La entrada a estas cámaras estaba originalmente de la cima del montículo y a través de una escalinata, con escalones que descienden a la cámara sur-oriental. Esta entrada ha estado intencionalmente cerrada con una laja grande de la piedra, y el acceso a las bóvedas se logra ahora por un agujero realizado a través de la mampostería.

Hay un descenso de dos escalones desde el exterior a la galería interna o del norte, que está dividida en tres cámaras. Las puertas de las cámaras del centro y occidental han sido tapiadas. En la pared del extremo oriental de la galería del sur está una puerta bloqueada por la mampostería y escombros.

En el suelo de la cámara central hay un ataúd, hecho de lajas delgadas de piedra, revestido en el exterior con estuco y cubierto en el interior con el polvo rojo. Del ataúd se habían robado su contenido (Maudslay, 1899-1902: 32) (figs. 4 y 5).

La segunda intervención es la de Edward Thompson, quien en su breve visita a Palenque presenta un breve y sugestivo artículo sobre el sistema funerario de este sitio; al igual que Maudslay, incursionó en el área de los edificios de la Cruz, y lo que aparentemente es el Templo XXI. El texto de este autor está acompañado, como ya se mencionó, por una lámina con el dibujo de las cámaras localizadas en el Templo de la Cruz.

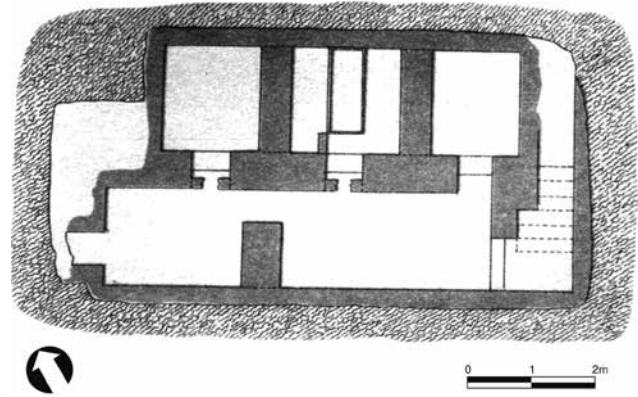


Fig. 4 Tumbas antiguas en el montículo al norte del Templo del Sol, Palenque. Fuente: según Maudslay, 1889-1902, vol. IV: plate 90.

En el trabajo de William H. Holmes, titulado *Archaeological Studies among the Ancient Cities of Mexico*, se trata —entre otras más— la ciudad de Palenque. En el correspondiente capítulo, hay un apartado sobre las tumbas (1897: 206-208), al cual le agrega una lámina (plate xxiii) en la que muestra parte de los objetos recuperados. El texto cita los trabajos de Thompson, con ligeras variantes al que aquí se presenta, así como su participación en Palenque durante un breve tiempo. Los trabajos de Thompson se realizaron sobre el Templo de la Cruz y la plataforma al norte del Templo del Sol, éstos en coordinación con Holmes.

A continuación presentamos la traducción hecha por la doctora Josefina Mancilla del trabajo de Edward Thompson, “Ancient Tombs of Palenque” (1895: 418-421) dada la riqueza de información que nos brinda sobre el tema:

Al sur, 60 grados al oeste se localiza el llamado Templo de la Cruz núm. 1, y cerca de dos tercios de la pendiente oeste de la pirámide, descubrí una serie de tumbas selladas. Éstas estaban, en su mayor parte, muy destruidas debido a las largas raíces de los árboles y por la destrucción de la pirámide, eso hace que de su perfil original sólo se puedan hacer conjeturas. Sin embargo tuve la buena fortuna de encontrar una prácticamente intacta, y de la cual desprendo los siguientes hechos:

Esta tumba fue construida en el interior de la pirámide y formó un cuarto pequeño rectangular de 2.3 m de longitud por 1.82 m de altura y 2.13 m de ancho. Construido con material calcáreo y piedra, tenía la apariencia de haber tenido una vez una capa de estuco blanco pulido. De este estuco quedan difícilmente vestigios en su sitio, pero el piso de la tumba estaba cubierto por fragmentos desintegrados de su acabado. El techo estaba abovedado con la forma de arco falso conocida como arco maya. En el centro de la tumba estaba una caja de piedra, de 1.72 m de largo, 0.61 m de ancho y 0.46 m de altura, cada lado

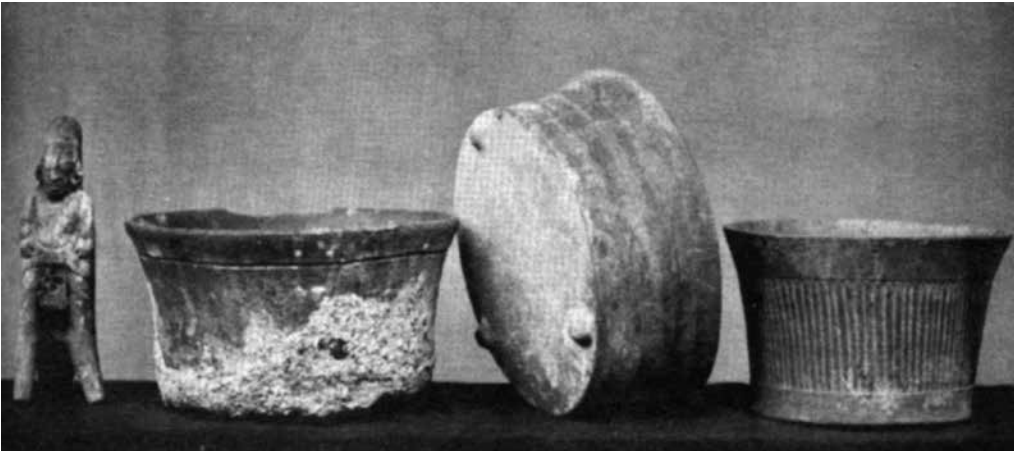


Fig. 5
Objetos encontrados
en las tumbas del
edificio al norte del
Templo del Sol,
Palenque. Fuente:
Maudslay, 1889-1902,
vol. IV: plate 9.

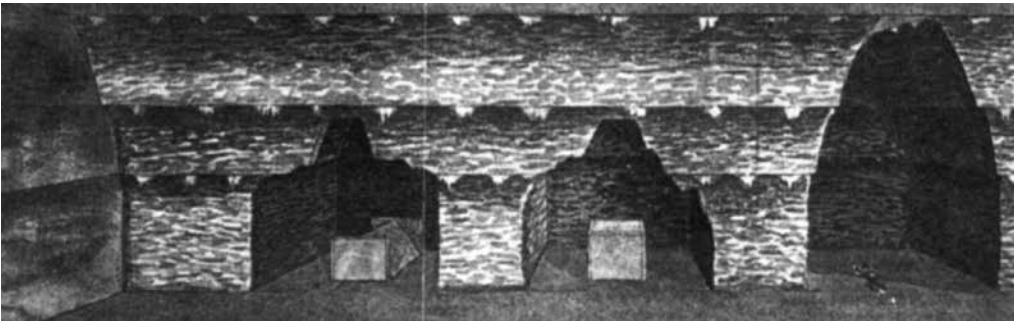


Fig. 6
Tumbas antiguas de
Palenque. Fuente: Ed-
ward Thomson, 1885).

de la caja estaba formado por lajas de piedra pulida cada una de 5 cm de grosor. Las lajas internas estaban montadas sobre los bordes del exterior, de forma suficiente para permitir que la laja que servía como tapa estuviera a ras de los bordes, formando así un depósito bien terminado, decoroso y simple para el muerto. La parte superior de la caja estaba cubierta con desechos, los cuales con el tiempo y la humedad se endurecieron, convirtiéndose en una masa de cemento. Con mucho cuidado, al limpiar esta masa adherida encontré sobre la superficie expuesta las ofrendas votivas de los antiguos deudos, consistente de una pequeña y rota efigie de un guerrero de arcilla, con plumas sueltas y otras vestimentas de guerrero, puntas de lanza, cuentas de jade y pendientes de arcilla, rotas intencionalmente antes de ser puestas dentro de la tumba, como indica la posición de los fragmentos. Esta vieja costumbre de romper las ofrendas funerarias prevaleció extendida en Yucatán, como mis excavaciones lo han demostrado. Levantada la pesada tapa encontré los restos de dos esqueletos; sin embargo, tan descompuestos, que un toque los destruía. Uno yacía sobre un lado con los brazos y rodillas flexionados hacia la barbilla. El otro estaba tan degradado por las filtraciones de agua que entraron a través de las juntas de la caja, abiertas por la destrucción de la base de la pirámide, que su posición exacta no pudo ser determinada. Una pequeña jarra de barro, una vasija en forma de cuenco, algunas cuentas de jade y un hermoso malacate grabado también de jade, que fue cuidadosamente

recuperado y dejado para no disturbar por quizás otro lapso de siglos.

Alrededor de 7.60 m al norte de este sepulcro está un montículo amorfo el cual contiene una cámara real de los muertos. Una estrecha abertura en la parte superior del montículo, de 0.71 m de ancho por 1.82 m de longitud fue sellada por pesadas lajas de piedra trabajada y pegada para mantenerla en su lugar, esta entrada conduce a una escalera con seis escalones, que termina en una plataforma que mide 0.93 m; dos escalones más en ángulos rectos a las otras dan la entrada a una cámara que mide 5.02 m de longitud y 2.11 m de ancho y 2.53 m de altura. La pared a mano izquierda de esta cámara no ha sido abierta. El mortero ha caído casi por completo de su lugar y ha sido sustituido por innumerables puntos brillantes de incrustaciones de calizas, y de la parte del techo abovedado cuelgan innumerables estalactitas. El muro del lado derecho de la cámara tiene tres pequeñas aberturas, cada una de 1.63 m de largo por 0.76 m, sólidamente selladas con cementante y piedras, pero ahora abiertas por el descubridor del hallazgo, el señor German Kohler, residente de Palenque. A través de la primera abertura yo me introduje gateando y descendí un escalón, encontrándome dentro de una bien planeada cámara mortuoria con la misma forma general que la descubierta por mí, pero mayor, siendo ésta de 2.13 m de largo por 1.82 m de ancho y 3.23 m de altura. En esta cámara no había ninguna caja mortuoria, el esqueleto yacía directamente sobre el piso de cemento

de la cámara, y por lo que pude observar el cuerpo fue depositado con la cabeza hacia el norte, la ofrenda votiva, era un vaso simple poco profundo, alineado con el hombro derecho.

La segunda cámara, del mismo tamaño y apariencia general que la primera, tenía cerca del centro una caja grande, bien hecha, de 1.52 m de longitud por 0.61 m de ancho y 0.61 m de altura, delgadas lajas lisas de piedra, semejando en su apariencia a la caja de la tumba que yo descubrí. Esta caja tenía, cerca un esqueleto, y dos vasijas, una en forma de cuenco y la otra semejante a un gran cucharón, ambos de arcilla bien cocida, dos navajas de obsidiana de 0.20 m de largo y un malacate de cerámica.

La tercera cámara, similar en tamaño y forma a las precedentes, contenía un esqueleto colocado directamente sobre el piso de cemento de la tumba, dos grandes lajas de piedra lo cubrían, a modo de tienda, una descansaba sobre la otra, con los extremos cubiertos por unas lajas más pequeñas, todas aseguradas por cemento en su sitio. Por debajo de esta curiosa, pero efectiva caja mortuoria, descansaba un solo esqueleto y una vasija común de paredes bajas.

En la esquina suroeste de la cámara mayor se encontró un esqueleto colocado con la cabeza hacia el oeste, con una vasija ornamental colocada cerca de su hombro izquierdo. La cámara principal se abre hacia el oeste, y da paso a otra más pequeña, en realidad una continuación, pero separada por un medio muro. Este cuarto más pequeño también contenía un esqueleto sin caja para entierro. En la pared aparece una apertura que conduce hacia una tumba, probablemente similar a la ya descrita, sin embargo, la parte superior y laterales de esta parte de la estructura se encuentran hundidas y es necesario excavar antes de que esta investigación se pueda hacer.

La visita a Palenque fue realizada para tener un simple estudio comparativo, y fue, desde luego, imposible emprender el trabajo que requiere una gran excavación.

Como yo ya he dicho, las paredes y el techo de las tumbas y cámara estaban cubiertas con estalactitas y aplanado de caliza. Los pisos fueron de duro estuco, coloreado de ocre amarillento por el uso y el tiempo. Los depósitos de caliza y arcilla amarillenta, etcétera, habían cubierto el piso de una capa de duro cementante de unos de 23 cm de profundidad, adhiriendo al piso como si ambos fueran una sola masa. Permanentemente permanece húmeda esta estructura, que ahora es subterránea, como sea, ésta pudo ser original.

Cuál fue la forma original de este montículo yo no lo puedo decir. Alguien que no ha visitado el bosque de Palenque no se puede imaginar la inexplicable confusión de grandes raíces, troncos derribados, enredaderas, vegetación caída, y entierra cualquier cosa, parece, una sombría cubierta. Un paso adelante puede uno caerse sobre una columna desplomada, y enseguida encontrarse hundido hasta la cintura en la vegetación caída y podrida entre gigantescos alacranes y hormigas que pican. Si se despejara la cubierta de vegetación y vegetación

enmohecida tendríamos que emprender una seria tarea, y yo eso no lo puedo realizar.

Pienso que en la confluencia del montículo que cubre la cámara mortuoria estuvo una vez una estructura, pero para saber qué era y realizar un completo plan, tendríamos que trabajar en el futuro.

Nunca fue tiempo invertido con mejores ventajas que el nuestro en Palenque, el infatigable profesor W. H. Holmes realizó el trabajo de tres gentes en su campo. Nosotros trabajamos midiendo, estudiando y anotando de día y dibujando, revisando notas y comparando de noche, descansando el tiempo suficiente para mantenernos vivos, confiando que el futuro nos dé descanso y nos restituya en buenas condiciones (figs. 6 y 7).

Ambos textos hoy se vuelven muy sugestivos a la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos: ahora sabemos que el Templo XXIII —conformado por un basamento con restos del templo en su porción superior y que fue explorado por Ruz y más tarde



Fig. 7 Objetos encontrados en las tumbas del Edificio de la Cruz, Palenque. Fuente: Holmes, 1887, vol. I, núm. 1: plate xxiii.

por Acosta— se encuentra adosado al Templo de las Inscripciones así como los ductos de ventilación de las escaleras que descienden a la cripta funeraria. En el interior de dicho basamento se localizaron una serie de crujías con tres cámaras; dentro de una de ellas, además de que estaba tapiada, se localizó el sarcófago con los restos mortales de una mujer llamada la Reina Roja. Los lectores interesados pueden encontrar descripciones generadas en González (1994: 43-45) y en la revista *Arqueología Mexicana* (1994: 66-68). Algunos datos específicos interesantes son los siguientes: la presencia de cámaras construidas con una función diferente a la funeraria, aunque en este caso sí fue utilizada para tal fin; la elaboración del sarcófago a base de seis lajas de roca caliza; el abundante pigmento rojo tanto en el sarcófago como sobre los restos humanos, los objetos asociados al conjunto y, finalmente, el tapiado de los accesos a la cámara.

Los dos textos recuperados, el de Maudslay y el de Thompson, nos dan cuenta tanto en el Basamento de la Cruz como en el basamento del edificio XXI(?) de cámaras cuyo fin último fue albergar a diferentes muertos. Nos describen por lo menos cuatro sarcófagos más del mismo estilo que el de la Reina Roja, construidos a base de lajas lisas sin inscripciones; el quinto sarcófago referido por Thompson fue construido en forma de “tienda” a partir de dos grandes lajas, apoyadas entre sí, cuyos extremos están cubiertos por lajas de menores dimensiones. Aquí también señala que en estas cámaras los entierros eran depositados directamente sobre el piso. Ambos investigadores destacan la presencia de objetos ubicados tanto alrededor de los sarcófagos como encima de la tapa y en el interior.

Todos estos elementos, sumados al reciente descubrimiento de la Reina Roja, nos muestran un claro patrón de sarcófagos para el sitio de Palenque: el del Templo de las Inscripciones es, por el momento, único, ya que evidentemente es el más elaborado tanto en su manufactura como en su decoración.

Aparentemente Maudslay y Thompson ingresaron a cámaras funerarias diferentes en el Basamento del Templo de la Cruz, aunque desafortunadamente no podemos afirmarlo ya que las descripciones que hacen no son suficientes para definir si se trata de las mismas o de tres distintas localizadas en el basamento al norte del Templo del Sol (posiblemente el basamento del Templo XXI). Por esto es importante que hoy en día se vuelva sobre ambas descripciones con el fin de ubicarlas a través de exploraciones arqueológicas. Nos parece que sería de gran trascendencia poder comprobar lo que se nos presenta como un claro patrón, en cuanto a la disposición de algunos de los muertos en Palenque.

Lo anterior nos lleva a otro tipo de reflexiones y desde luego de interrogantes, ya que tenemos diferentes informaciones de tres fuentes distintas: por una parte la de Alberto Ruz, quien resume los enterramientos documentados en Palenque desde el inicio de las exploraciones y trabajos hasta el año de 1968 (1968: 109-111); de 1970 a 1972 los trabajos hechos por Acosta (1973, 1975 y 1976) y finalmente los de Arnoldo González, quien da cuenta de lo realizado hasta 1994 (1994a: 43) en cuanto a las formas de enterramiento en el sitio.

Ruz (1968: 109-111) documenta 55 entierros, de los cuales clasifica nueve como sencillos, 27 en fosas y 19 en cámaras funerarias. Todos los adscribe al periodo Clásico tardío, la gran mayoría fueron explorados bajo su dirección en el conjunto monumental de Palenque y adicionalmente Acosta (1970, 1971, 1972) nos informa de por lo menos cinco fosas y un entierro. A lo anterior se agregan 180, más reportados por González (1994a: 43) como parte de la intervención en el sitio a partir de 1989, lo cual nos da un total superior a los 251 enterramientos en las distintas modalidades que se presentan a la fecha. Esto convierte a Palenque en el sitio maya con mayor número de enterramientos humanos, adjudicados todos al periodo Clásico tardío.

Las preguntas que hoy nos surgen de los hallazgos del pasado son múltiples: ¿Quiénes eran estos personajes? ¿De qué época son? ¿Qué significan en el contexto palenquense los templos de las Cruces a la luz de un patrón funerario más complejo?

Algunas reflexiones breves nos permiten ir en diferentes direcciones: si Alberto Ruz (1992: 225-227) fue capaz, con su intuición, de definir un patrón de tumbas a través de publicaciones previas —Maudslay (1974), Thompson (1895), y Holmes (1897)—, cuando se refiere a los sarcófagos no monolíticos y de Blom (1991: 129) al abordar el Templo de las Inscripciones, y finalmente Ruz (1992: 29-30), por qué sólo siguió la pista de Charnay en relación a las escaleras interiores del Templo de la Cruz (Ruz, 1992: 22-23) y no a otros autores de finales del siglo XIX. Por el momento únicamente nos queda especular sobre el tema.

Otro punto relevante y que confluye en el tema que nos ocupa es el de la íntima relación que debería de existir entre la arqueología y la epigrafía. Por un lado los epigrafistas, además de abordar la lectura y posible interpretación de los textos, han pasado a un campo por demás difícil: aquel donde se relaciona directamente el hallazgo arqueológico con el texto. Así hemos visto en otros sitios arqueológicos que una tumba pretende relacionarse automáticamente con el monumento más cercano, cuando entre uno y otro median un sin número de elementos y consideraciones. En el caso de Palenque, hemos señalado la infructuosa

búsqueda del gobernante Chan-Bahlum II en el área de las Cruces, sin tomar en cuenta los viejos textos, donde se muestra que ya en el siglo XIX habían sido reconocidas varias cámaras funerarias con sus respectivos sarcófagos. La pregunta obligada es: ¿cuáles gobernantes o personajes de la elite política fueron ahí depositados? Éstos y otros son algunos asuntos que no pueden ser desechados a la ligera, si la intención es la del conocimiento del sitio y su desarrollo.

El ejemplo más reciente de interpretación lo tenemos con Martin y Grube en su obra *Crónica de reyes y reinas mayas* (2002: 169-170), cuando después de una serie de reflexiones sobre el Grupo de las Cruces, concluyen diciendo: “Aunque algunos entierros intensivos, también fueron descubiertos en la pirámide, el premio mayor, la tumba de Kan B’alam, hasta ahora ha sido eludida por los investigadores”. ¿No será que este personaje, así como otros más ya fueron explorados y las pistas están en los papeles del siglo XIX?

A Palenque, como a otros sitios importantes de las tierras bajas del sur, se le ha adjudicado una amplia ocupación, la cual normalmente se inicia en el Clásico temprano (250 a 600 d. C.), y en algunos casos antes. Sabemos por otros sitios que el desarrollo fue sostenido durante un lapso mayor y que las ciudades tuvieron varios momentos en su formación, por lo que hoy nos parece poco lógico adscribir la totalidad de los hallazgos en Palenque sólo al Clásico tardío. Así, la pregunta sería: ¿existen restos arquitectónicos o restos humanos anteriores a esta época, e incluso de épocas posteriores al colapso del Clásico maya?

Sabemos que los estudios previos de Palenque cuentan con una muy larga tradición —más de dos siglos— de descripciones, reconocimientos y exploraciones. Los datos contenidos en ellos tienen que irse articulando para un mejor y adecuado entendimiento del sitio y su entorno, pero el ejercicio implica, además de los nuevos hallazgos y teorías, recurrir a los viejos papeles que hoy más que nunca podrán darnos pistas sobre el pasado con una adecuada reflexión.

Bibliografía

Acosta, Jorge

- 1973 Exploraciones en Palenque, 1970. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, época 7, III*: 60-70. México, INAH.
- 1975 Exploraciones en Palenque, 1970. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, época 7, IV*: 347-376. México, INAH.
- 1976 Exploraciones en Palenque, 1972. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, época 7, V*: 5-42. México, INAH.

Anónimo

- 1994 Un noble exhumado en Palenque. *Arqueología Mexicana, II* (9): 66-68. México, Raíces/INAH.

Blom, Franz

- 1991 *Las ruinas de Palenque, Xupá y Finca Encanto*. México, INAH (Biblioteca del INAH).

Cuevas, Martha

- 2000 Los Incensarios del Grupo de las Cruces, Palenque. *Arqueología Mexicana, VII* (15): 54-61. México, Raíces/INAH.

Charnay, Désiré

- 1885 *Les anciennes villes du Nouveau Monde: voyages d'explorations au Mexique et l'Amérique Centrale*. París, Librairie Hachette.

González Cruz, Arnoldo

- 1993 Nuevos descubrimientos. El Templo de la Cruz. *Arqueología Mexicana, I* (2): 39-41. México, Raíces/INAH.
- 1994 Trabajos recientes en Palenque. *Arqueología Mexicana, II* (10): 39-45. México, Raíces/INAH.
- 1994 El Templo de la Reina Roja, Palenque, Chiapas. *Arqueología Mexicana, V* (30). México, Raíces/INAH.

Holmes, William H.

- 1897 *Archaeological Studies Among the Ancient Cities of Mexico*. Chicago, Field Columbian Museum (Publication 16, Anthropological Series, vol. I, number 1, part II).

Martin, Saimon, y Grube, Nikolai

- 2002 *Crónica de los reyes y reinas mayas*. México, Planeta.

Maudslay, Alfred P.

- 1974 *Biología Centrali-Americana: Archaeology*. 5 vols. Edición facsimilar. Nueva York, s.e.

Ruz Lhuillier, Alberto

- 1968 *Costumbres funerarias de los antiguos mayas*. México, UNAM.
- 1992 *El Templo de las Inscripciones, Palenque*. México, FCE.

Schele, Linda y David Freidel

- 1999 *Una selva de reyes*. México, FCE.

Thompson, Edward H.

- 1895 Ancient Tombs of Palenque. *American Antiquarian Society, X*. (2): 418-421. Massachusetts, Worcester.

REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ SEPTIEMBRE DE 2017

54



♦ *Patrón de asentamientos prehispanicos en la cuenca baja del río Baluarte*

♦ *Cosmogonía compartida en la costa sinaloense y el valle de Guadiana*

♦ *Paisaje ritual en el valle de Unión de Tula*

♦ *Revisión de la interacción Aztatlán-Chalchihuites*

♦ *Arqueología y paisaje sagrado en Atla y Xolotla, Pahuatlán, Sierra Norte de Puebla*

♦ *Los popoloca: ¿un solo pueblo?*

♦ *El Museo Comunitario de Tenochtitlán*

♦ *Representaciones zoomorfas en la cerámica Yestla-Naranjo de Guerrero*

♦ *Contaminación multielemental de metales pesados a finales del Clásico en la Sierra Gorda*

♦ *Resolución acústica en edificaciones de Yucatán y Chiapas*

♦ *Estudios arqueoastronómicos en El Castillo de Chichén Itzá*

CONOCE LAS REVISTAS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ALQUIMIA

Publicación cuatrimestral del Sistema Nacional de Fototecas del INAH. Se edita desde finales de 1997, buscando llegar al público interesado en la fotografía histórica y contemporánea, mediante la edición de números monográficos que dan a conocer investigaciones inéditas y relevantes de especialistas en torno a los acervos fotográficos y fotografías notables dentro del territorio nacional, contribuyendo con ello a la construcción de la historia de la fotografía en México.

revistas.inah.gob.mx/index.php/alquimia



ANTROPOLOGÍA.

Revista interdisciplinaria del INAH

Revista de la Coordinación Nacional de Difusión del INAH, que desde 1984 se mantuvo como Boletín Oficial del INAH, con la edición de 101 números. En 2017 inicia una nueva etapa con periodicidad semestral. Publica investigaciones recientes, de carácter teórico o empírico, partiendo del principio de la interdisciplinaria, entendida ésta como la necesaria vinculación entre los saberes histórico, antropológico, arqueológico o lingüístico.

revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/issue/archive



ARQUEOLOGÍA

Revista científica de periodicidad cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, fundada en 1987. Publica artículos originales de investigación arqueológica, enviados o propuestos, en los temas de exploración y ensayo sobre la arqueología mexicana. Su contenido va dirigido a un público de especialistas e interesados en la investigación arqueológica reciente en nuestro país.

revistas.inah.gob.mx/index.php/arqueologia



ARQUEOLOGÍA MEXICANA

Revista bimestral fundada en 1993, copatrocinada con Editorial Raíces. Su propósito es difundir entre un público muy amplio, y por los más diversos medios, los trabajos de exploración arqueológica realizados en diversas regiones de México. Publica números monográficos a partir de las colaboraciones de un sinnúmero de especialistas.

arqueologia.inah.gob.mx



BOLETÍN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS

Publicación cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, en la que distintos especialistas, entre arquitectos, historiadores y arqueólogos, difunden sus investigaciones más recientes, con el propósito de aportar al conocimiento del patrimonio histórico edificado de nuestro país.

boletin.inah.gob.mx



CON-TEMPORÁNEA.

Toda la historia en el presente

Revista digital, de periodicidad semestral, de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, dirigida a investigadores de diversas disciplinas, estudiantes y público en general, interesados en la historia contemporánea en sus diversas vertientes temáticas (política, violencia, migración, ciencia, movimientos sociales, urbanización, etc.). Promueve variadas tramas narrativas, captura acontecimientos fundadores, amplía el tiempo-espacio con nuevos sujetos y temas, acoge la riqueza de miradas y métodos históricos.

con-temporanea.inah.gob.mx



CONVERSACIONES... CON

Publicación de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del INAH, que da a conocer textos fundamentales del campo de la conservación del patrimonio cultural que han influenciado el desarrollo teórico y conceptual de la disciplina y que no han sido publicados en español. Incluye los textos en su versión original, acompañados de su traducción al español, además de otros ensayos de autores invitados nacionales e internacionales que retoman, discuten y debaten los temas planteados en el texto principal.

conservacion.inah.gob.mx/publicaciones



CUJUILCO.

Revista de Ciencias Antropológicas

Revista cuatrimestral de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, dedicada a difundir avances de investigación en el ámbito de temas concernientes a las ciencias sociales como la antropología social; la etnohistoria, la arqueología, la historia, la etnohistoria, la lingüística y la antropología física. Incluye con frecuencia artículos provenientes de los campos de la filosofía, el psicoanálisis, la sociología y la politología. Forma parte del índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt.

revistas.inah.gob.mx/index.php/odcuilco



DIARIO DE CAMPO

Publicación cuatrimestral de difusión y extensión académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, que da a conocer resultados de investigaciones sobre temas de antropología, historia, lingüística y ciencias sociales afines, con el propósito de contribuir al conocimiento sobre las ciencias antropológicas y la historia en nuestro país. En la actualidad se encuentra en su cuarta época y en camino de integrarse en diversos índices de producción académica.

diariodecampo.inah.gob.mx



DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA

Revista cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, dedicada a la difusión científica de las diversas disciplinas antropológicas—antropología física, lingüística, arqueología, etnohistoria, etnología, antropología social—y la historia, desde una perspectiva integral. Busca destacar el valor de la investigación antropológica en sus muy diversas corrientes y tendencias, y estimular el debate sobre libros especializados de publicación reciente. También difunde hallazgos y acervos sobre la fotografía histórica.

dimensionantropologica.inah.gob.mx



GACETA DE MUSEOS

Publicación cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH, dedicada al intercambio, reflexión y libre opinión sobre museología, curaduría, museografía, políticas culturales relativas a los museos, comunicación educativa, estudios de públicos y otros temas afines en los ámbitos nacional e internacional. Pretende ser un espacio abierto para compartir experiencias, reflexionar, aportar herramientas y tender puentes entre los trabajadores de los museos, con especial énfasis en los pertenecientes a la red de museos del INAH.

biblioteca.inah.gob.mx/museos-y-exposiciones/gaceta-de-museos



HEREDITAS

Revista de divulgación de la Dirección de Patrimonio Mundial del INAH, que desde el 2001 mantiene el firme interés en abrir un espacio de información sobre el patrimonio mundial a la comunidad cultural de nuestro país, de la región latinoamericana y de otras regiones. Aborda diversidad de temas, desde una visión contemporánea de los conceptos del patrimonio, que ha hecho suyos la Convención de Patrimonio Mundial Cultural y Natural (1972).

patrimonio-mexico.inah.gob.mx/index.php



HISTORIAS

Revista cuatrimestral de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, que publica y discute—abierta, diversa, pluralmente—algunas aportaciones de producción histórica y de los diversos aspectos del acontecer humano, en especial en México, aunque no exclusivamente. Se inscribe en la dimensión contemporánea de la historiografía, sin agotar con ello las posibilidades de comprender la realidad y sin pretender una verdad definitiva. Aborda diversos aspectos del acontecer histórico, apelando a diversas disciplinas, fuentes, enfoques, metodologías e interrogantes.

estudioshistoricos.inah.gob.mx/revista/historias/



INTERVENCIÓN.

Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología

Publicación semestral de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía del INAH. Busca contribuir al avance del conocimiento en materia de conservación, restauración, museología, gestión y disciplinas afines al estudio del patrimonio cultural. Forma parte del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt y está dirigida a los profesionales en activo o en formación, profesores e investigadores de instituciones nacionales e internacionales.

escuela.inah.gob.mx/index.php/revista-intervencion



NUEVA ANTROPOLOGÍA

Revista semestral coeditada con el apoyo de otras instituciones académicas como el Colegio de México, el Centro de Estudios Superiores en Antropología Social y la Universidad Autónoma Metropolitana, entre otras. Forma parte del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt. Recibe colaboraciones de investigadores en ciencias sociales, nacionales y extranjeras. Sus artículos son originales, resultado de investigaciones teóricas o empíricas, que abordan temas de ciencias sociales, en particular de la antropología.

revistas-colaboracion.juridica.unam.mx/index.php/nueva-antropologia



REVISTA DE ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA SEXUAL

Publicación anual coeditada por la Dirección de Antropología Física y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ambas instituciones del INAH. Publica trabajos de investigación reciente en los temas de sexualidad en relación con diferentes tópicos como cuerpo, corporeidad, género, erotismo, reproducción, vinculación afectiva, identidades, expresiones del comportamiento sexual, y desde la perspectiva de diversas disciplinas afines a los estudios antropológicos como la historia, la sociología, el psicoanálisis, la ciencia política, la filosofía, las ciencias de la salud, el arte y el derecho.

revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologiasexual



RUTAS DE CAMPO

Revista semestral de divulgación y extensión académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, que da a conocer textos resultantes del trabajo de campo (fuentes históricas, reflexiones, relatos, experiencias, anécdotas, etc.), peritajes, resultados de eventos académicos (seminarios, encuentros, coloquios, etc.) que son producto de la praxis de las disciplinas antropológicas en nuestro país.

revistas.inah.gob.mx/index.php/rutasdecampo



VITA BREVIS.

Revista electrónica de estudios de la muerte

Publicación electrónica semestral de la Dirección de Antropología Física del INAH. Da a conocer artículos originales sobre el tema de la muerte, desde los enfoques de la antropología, la historia y las ciencias sociales. Es un foro abierto para debatir y enriquecer, desde una pluralidad de perspectivas y posiciones teóricas y empíricas, el estudio de la muerte. Su edición está a cargo del proyecto "Antropología de la Muerte" de la DAF.

revistas.inah.gob.mx/index.php/vitabrevi



ADQUIERA ÉSTAS Y OTRAS PUBLICACIONES EN LAS LIBRERÍAS DEL INAH Y EDUCAL

Libros INAH saber de nosotros

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

INVITACIÓN A LOS COLABORADORES

ARQUEOLOGÍA recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico.

Procedimiento:

Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Ya recibidos los dictámenes, se proporcionará copia a su autor para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. Una vez publicado el artículo, el autor recibirá diez ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, cinco cuando se trate de dos autores, y dos cuando sean más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos a solicitud expresa del autor o autores.

Requisitos para la presentación de originales:

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionará una copia impresa en papel, acompañada de su archivo electrónico en disco compacto (sólo un CD) en programa Word; las gráficas e ilustraciones serán entregadas en archivos separados al del texto, según se indique en los siguientes puntos.
2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán 15 cuartillas y su contenido reflejará, sobre todo, hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1 800 caracteres aproximadamente, con doble interlineado, en tipo Arial de 11 puntos y escritas por una sola cara. Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (900 caracteres) en inglés y en español; así como las palabras clave del texto, todo dentro del mismo artículo.
3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.
4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría izquierda en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al prin-

cipio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.
6. Los números del cero al quince deberán escribirse con letra.
7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores; año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guión corto: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.
8. Los símbolos de asterisco (*) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.
9. Para elaborar la bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R.S., Nelken-Terner, A., y Johnson, I.W.
1967 *The Prehistory of Tehuacan Valley*. Vol. II. *The Non-ceramic Artifacts*. Austin, The University of Texas Press.

Ball, Joseph W., y TASCHEK, Jennifer T.
2003 Los policromos palaciegos del Clásico tardío en Cahal Pech, Belice: documentación y análisis. Recuperado de: <http://www.famsi.org/reports/95083es/95083esBall01.pdf>

Lorenzo, J. L., y Mirambell, L. (coords.)
1986 *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco*. México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana
1986 Análisis de suelos y sedimentos. En J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco* (pp. 67-76). México, INAH (Científica, 155).

Oliveros, J. Arturo., y De los Ríos, Magdalena
1993 La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono. *Arqueología*, 9: 45-48. México, INAH.

Pérez, L. M., Aguirre, J.P., Flores, A., y Benítez, J.
1994 Los tipos cerámicos en el occidente de México. *Boletín Americano de Antropología*, 27 (4): 23-49.

Lechuga Solís, Martha Graciela
1977 *Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la chinampa*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

González, Carlos Javier
1988 Proyecto Arqueológico "El Japón". Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, México.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos digitales en baja resolución. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel *bond*, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta, digitalizadas de manera individual, con resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato JPG, TIF o BMP. Abstenerse de insertar las imágenes digitales en el archivo del texto en Word.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.

13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de los mismos, en un plazo no mayor de cinco días hábiles.

De no cumplir cada uno de estos puntos, el dictamen de su colaboración será detenido hasta nuevo aviso.

Correspondencia:

REVISTA ARQUEOLOGÍA
Moneda 16, col. Centro, Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06060.

Tels: 55 22 42 41
40 40 56 30 Ext 413104

Correo electrónico:
revistarqueologia@gmail.com